PAUL CLEAVE

«Intensamente cautivador, deliciosamente retorcido y con un toque de humor oscuro como el infierno»

MARK BILLINGHAM



CINCO MINUTOS A SOLAS

UN THRILLER DIABÓLICAMENTE RETORCIDO

SU JUSTICIA ES LA MUERTE...

JENTAS


PAUL CLEAVE
«Intensamente cautivador, deliciosamente retorcido y con un toque de humor oscuro como el infierno»
MARK BILLINGHAM
CINCO MINUTOS A SOLAS
UN THRILLER DIABÓLICAMENTE RETORCIDO
SU JUSTICIA ES LA MUERTE...
JENTAS


PAUL CLEAVE
«Intensamente cautivador, deliciosamente retorcido y con un toque de humor oscuro como el infierno»
MARK BILLINGHAM
CINCO MINUTOS A SOLAS
UN THRILLER DIABÓLICAMENTE RETORCIDO
SU JUSTICIA ES LA MUERTE...
JENTAS

CINCO MINUTOS A SOLAS

Cinco minutos a solas

Título original: Five Minutes Alone

© 2014 Paul Cleave. Reservados todos los derechos.

© 2023 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

Traducción, Jorge de Buen

ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1277-8

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

TAMBIÉN POR PAUL CLEAVE

Limpieza mortal

La víctima

El lago del cementerio

El coleccionista de muerte

La casa de la risa

Cinco minutos a solas

Hombres de sangre

Cueste lo que cueste

No te fíes de nadie

—

A mi madre.

El otro día, en uno de mis viejos cuadernos, encontré un mensaje que ella había escrito. Decía: «¿Cómo estás, Paul? No seas perezoso, levántate más temprano (como yo) y disfruta del día». Me hizo sonreír.

Me recordó a cuando ella tachaba las palabrotas de mis manuscritos. Siempre nos reíamos de eso. Mamá: te alegrará saber que últimamente me levanto antes de la hora de comer, sin falta. Y te echamos de menos. Y cuida a Mogue…

Capítulo uno

A Kelly Summers ya no le gusta salir de noche. Antes sí. Hace años, salía de fiesta toda la noche y volvía a casa por la mañana, a veces, solo para ponerse un poco de desodorante y maquillarse, con el tiempo justo para cambiarse de ropa y lavarse la boca con enjuague bucal antes de ir a trabajar. Los fines de semana se iba a la playa con sus amigas. Quizá se tomaba un par de cervezas y se dejaba llevar por la alegría, pero eso fue hace años, en una vida diferente, cuando tenía más energía y menos cicatrices, antes de que el mundo se redujera al edificio del trabajo y a las cuatro paredes de su casa. Su mejor amiga solía quejarse de lo caras que eran la ciudad, las bebidas, los taxis, los zapatos y las faldas —nunca supieron por qué, cuanto más corta era la falda, más cara era—, y, por aquel entonces, la vida era bastante trivial.

Todo cambió hace cinco años, cuando su mundo se cruzó con el de un hombre llamado Dwight Smith. La parte Dwight del nombre evocaba a un vaquero, alguien que va por la calle con sombrero de diez galones y espuelas a juego; como un buen tipo, todo bonachón, de los que dicen «Hola, señora» y cantan canciones tristes. La parte Smith lo hacía sonar como un hombre ordinario. Un apellido como ese podría convertirlo en tu médico, tu contable, tu vecino; o, en este caso, también podía convertirlo en tu violador. Ella no sabía su nombre antes de que sus caminos se cruzaran. Había visto a Dwight Smith unas cuantas veces, había intercambiado con él algún gesto de reconocimiento o levantado la mano al pasar en el coche, como buena vecina, porque eso es lo que eran: vecinos.

Dwight la había cortado. Le había dado muchos navajazos. Le había hecho cortes después de irrumpir en su casa, antes de arrastrarla al dormitorio, donde la había cortado un poco más. Luego le había

hecho algunas cosas muy desagradables. Al tipo le gustaba la violencia. Eso es lo que uno de los policías le dijo a Kelly después de que a Dwight se lo llevaran a la cárcel.

Ahora es de noche y, como todas las noches —y también de día, seamos sinceros—, está pensando en Dwight Smith. Su mente no puede dejar de pensar en él. Al lavar los platos, al hacer el inventario en el trabajo, al cortar el césped… Dwight Smith siempre está reptando, reptando, reptando por su mente. Esta noche, el trabajo la ha retenido hasta tarde. Uno de los chicos llamó para decir que estaba enfermo, además de que Jane simplemente no se presentó —algo típico de Jane en estos días— y alguien tenía que hacer el relevo. Lo cotidiano. Son cosas que nunca han cambiado, sin importar el trabajo. Kelly trabajaba en un gimnasio. Era entrenadora. Tenía clientes. Ellos le pagaban y ella los torturaba hasta hacerlos perder kilos y endurecer la carne. A veces, también allí tenía que trabajar hasta tarde.

Después de lo que ahora llama «el momento Dwight», dejó de trabajar durante doce meses. Se quedó sentada en su nueva casa, vio telebasura y comió mal, y, en lugar de engordar, adelgazó. Demasiado. La mala comida no es tan mala cuando comes poca; en cambio, si es lo único que comes, es muy mala. La vida, por supuesto, sigue adelante. Avanza exactamente al mismo ritmo del dinero, según se agota. Necesitaba conseguir un trabajo. ¿Qué experiencia tenía? Bueno, había dos cosas en las que era buena: poner a la gente en forma y ser violada. En un supermercado consiguió un trabajo que no implicaba ninguna de las dos habilidades. Tiene que firmar las entregas y ayudar a desembalarlas. En verano, el edificio es demasiado caluroso y, en invierno, demasiado frío; y siempre huele a verduras.

Su coche está a veinte metros. La distancia no es grande durante el día, pero sí cuando está oscuro. Hay luces que inundan el aparcamiento, y, aun así…, hay muchas sombras, sombras que reptan, reptan, reptan. Va caminando con las llaves apretadas en el

puño. En las clases de defensa personal a las que asistió cuando de nuevo empezó a salir de casa, aprendió a hacer mucho daño con una llave de coche. Una parte de Kelly siempre piensa en lo empoderador que sería vencer a alguien de forma aplastante. Pero otra parte de ella sabe que eso no podría ocurrir, que, en posición fetal, se dejaría hacer lo que fuera. C'est la vie. ¿No diría eso un francés?

A grandes zancadas, recorre con rapidez los veinte metros. No ve al vaquero Dwight por ningún lado. ¿Y por qué demonios habría de verlo? Todavía está en la cárcel. Con suerte, le estarán haciendo lo mismo que él le hizo a ella. Ella quiere que el tipo se pudra allí. Quiere que se muera. Quiere que sufra. Cada noche se va a dormir exhalando odio hacia Dwight Smith y cada mañana se despierta inhalando lo mismo. Llega a su coche y mira por las ventanillas. Es paranoia, seguro, pero la paranoia ha evitado que su camino se cruce con el de otros Dwight Smith. No hay nadie dentro.

El coche se está quedando sin gasolina. Detesta repostar. Odia los dos o tres minutos que se tarda en echar gasolina, abomina el breve intercambio de palabras con quien sale a ayudarla, aborrece el olor y la sensación de que todo el lugar está a un cigarrillo desechado de convertirse en una bola de fuego. Pero echa gasolina y paga, y no la violan en la gasolinera ni sale corriendo de la carretera a que la violen después. Utiliza el mando a distancia para abrir la puerta del garaje. Entra y mira por el retrovisor cómo se cierra la puerta. Nadie ha pasado por debajo.

Dentro, las luces ya están encendidas. Las deja encendidas durante el día para que, al volver, la casa no esté a oscuras. Escucha atenta en busca de algún ruido, pero no hay nada. Se desnuda en el cuarto de baño. Pasa quince minutos en la ducha. Se seca, se pone un albornoz y, al abrir la puerta del baño, se encuentra al vaquero Dwight en el pasillo.

En los últimos años ha visto al vaquero Dwight en el supermercado, en casa de su hermana, en la parte de atrás de su coche. Incluso se le apareció brevemente hace unos meses, en el papel de su optometrista. Así que no es nada nuevo. De hecho, su psiquiatra le recetó algo para hacer desaparecer las visiones. A veces, las pastillas funcionan; a veces, no. Kelly cierra los ojos. Todo lo que tiene que hacer es contar hasta cinco y el vaquero Dwight se habrá ido. Volverá a la cárcel a cumplir sus once años.

—¿Me has echado de menos? —pregunta él.

Y esto es nuevo, porque, en el pasado, las visiones no hablaban. Ella siempre se había preguntado qué dirían sus visiones si hablaran. Llegó a pensar en algunas cosas. Quizá «He vuelto para terminar lo que empecé» o «Voy a hacerte daño». Algunos improperios, tal vez una o dos frases sobre cómo iba a hacer esto o aquello, cómo le haría gritar, aunque diciéndole «De verdad, de verdad que esto te encanta, ¿no, zorra?». La primera vez que él se le apareció después del ataque, Kelly salió corriendo de la habitación y llamó a la policía. No encontraron nada. Le aseguraron que Dwight estaba en la cárcel. Revisaron las ventanas y las puertas, y luego ella los obligó a llamar a la prisión para comprobar que el tipo seguía allí. La segunda vez, volvió a llamarlos. La tercera vez, el que intervino fue un psiquiatra.

Cierra los ojos. Inhala. Exhala. Abre los ojos y el vaquero Dwight sigue allí. Lleva pantalones grises. La camiseta también es gris y tiene un logotipo rojo. Ella tarda unos segundos en reconocer el dibujo: es el logotipo de la gasolinera de la que acaba de salir. El tipo está mascando chicle. En las otras visiones, siempre llevaba los mismos vaqueros que cuando se coló en su casa. Llevaba una estúpida camiseta negra con llamas naranjas que salían del borde inferior, como tuviera la cintura en llamas. Y nunca mascaba chicle.

El corazón de Kelly empieza a acelerarse. Algo en su mente se curva, se curva con lentitud.

Vuelve a cerrar los ojos. «Uno».

—Apuesto a que me has echado de menos —dice él, y ella puede oler su visión: la gasolina en la ropa y el aliento a chicle. «Dos»—. Apuesto a que no has pensado en otra cosa en los últimos cinco años. Bueno, la verdad sea dicha… —«Tres»—, yo tampoco he pensado en mucho más.

Él le pasa los dedos por el costado de la cara, los desliza por la cicatriz, esa horrible cicatriz que le hizo, y, oiga, señor psiquiatra, ahora que las visiones hablan y la tocan, tendrá que actualizarle la receta.

«Cuatro».

—Qué rica, Kelly. Qué rica, de verdad. Solía pensar, bueno, solía pensar que, si hubiera tomado la iniciativa y te hubiera clavado ese cuchillo profundamente entre tus preciosas tetas, nunca habrías podido delatarme y nunca me habrían atrapado.

—Cinco —dice, aunque mantiene los ojos cerrados.

—La cárcel hace que un hombre se arrepienta de cosas —dice—. Algunos se arrepienten de sus delitos. La mayoría solo se arrepienten de haber sido atrapados. Eso es lo que yo siento, Kelly. Lamento que me pillasen.

—¡Cinco! —dice, esta vez más alto. Abre los ojos. Las pastillas no han funcionado porque el vaquero Dwight sigue aquí. Puede ver los puntos negros en los costados de su nariz. Puede ver los pliegues alrededor de sus ojos. Dwight tiene un par de pelos en las cejas que sobresalen mucho más que los otros y se curvan hacia el ojo—. Vete al infierno —le dice, y la confianza que no creía tener, las habilidades que llegó a aprender en aquellas clases de defensa personal, vuelven a ella en un abrir y cerrar de ojos. Da un paso atrás, echa todo su peso adelante y lanza un puñetazo al aire.

Su visión de Dwight se hace a un lado. Él desvía el puñetazo con el dorso de la mano y lanza uno de los suyos, que da de lleno en el vientre de Kelly. Ella se tambalea hacia el baño y se golpea contra la bañera. En un intento por equilibrarse y no caer, se agarra a la cortina de la ducha. La cortina resiste, resiste, pero entonces una de las anillas de plástico se rompe. Luego otra. Todas se rompen y vuelan por el cuarto de baño. Kelly cae en la bañera y su cabeza rebota contra la pared, pero no lo bastante fuerte como para que desaparezca la visión. Por desgracia, tampoco lo bastante fuerte como para dejarla inconsciente. Eso significa que va a participar de su derrota.

—Por favor —dice.

—Esto no será como antes —la advierte él—. Quiero decir que empezará igual. Vas a tener que darme algo de esa buena y anticuada cooperación, pero esto va a terminar muy diferente. No puedo permitir que me delates esta vez.

—Por favor —dice Kelly, y ahora está llorando.

Él se inclina. Da un tirón y la despoja del albornoz. Ella queda desnuda, expuesta y vulnerable, demasiado entumecida para defenderse. Demasiado asustada. ¿Y por qué demonios no puede luchar, maldita sea? Dwight la saca a rastras de la bañera y la empuja bocabajo contra el suelo del cuarto de baño, justo sobre un charco de agua.

—Dime que me has echado de menos.

Ella no puede responder. Aunque pudiera, no sabría qué decir. Él le da un fuerte golpe en la parte posterior de los muslos y el sonido resuena en el cuarto de baño como un disparo. Luego vuelve a golpearla. Ella no quiere llorar. Dwight podrá llevarse su cuerpo, podrá acabar con su vida, pero ella no le concederá ni una lágrima. Puede que no sea mucho, pero es todo lo que tiene.

Ella. No. Llorará.

Será. Fuerte.

—Dímelo —dice él.

—No.

Kelly oye el tintineo del cinturón, la bragueta que se desabrocha. No sobrevivirá, no esta vez. La verdad es que ya ni siquiera quiere sobrevivir. C'est la vie. Cierra los ojos y, ahora sí, llegan las lágrimas. Solloza sobre las baldosas, las frías y húmedas baldosas que la aprietan, con la esperanza de que su cuerpo permanezca entumecido hasta el final.

Capítulo dos

Estoy en medio de un sueño cuando suena mi móvil. El sueño transcurre en un museo de arte. No es uno en el que haya estado nunca, pero, en la televisión y en las películas en las que hay robos de obras de arte, he visto suficientes museos como para saber qué aspecto tienen. Estamos en una sala tenuemente iluminada. La luz del sol se difumina a través de las ventanas esmeriladas. Bridget y yo hablamos de que no entendemos nada. Simplemente no entendemos nada. Estamos viendo esculturas hechas con tiritas, con sacos de arpillera; contemplando cosas que alguna vez hemos visto tiradas en los bordillos. «Así es el arte moderno», me dice Bridget. Algunas parecen haber sido hechas en diez minutos; otras parecen haberse llevado un año. Pueden gustarte o no, pero, al menos, dan de qué hablar.

Una de las piezas está sonando. Es un teléfono móvil y tiene la altura de un hombre. El cuerpo está construido con tiras de hierro para tejados y, en vez de teclas, es como uno de esos viejos teléfonos de baquelita con los que crecimos, cuando esos aparatos tenían discos y no botones, cuando la gente tenía que ver porno en cintas de vídeo porque internet era cosa del futuro. Hay varios teléfonos atornillados en un grupo de doce, tres por cuatro, y no sé cuál es el que está sonando. Los voy descolgando de uno en uno. Me devuelven solo tonos de llamada, y, cada vez que vuelvo a colgar uno, el mundo del arte moderno se desvanece, poco a poco, hasta que queda un solo teléfono. El mío. Mi móvil, que descansa en los cajones de la mesilla de noche de mi dormitorio y que, a las siete y media de la mañana de un sábado, no tiene nada que ver con el arte; y, a las siete y media de la mañana de un sábado, ya es de día, gracias a que falta una semana para diciembre. Eso también nos

sitúa a una semana del verano y a un mes de la Navidad. Y supongo que, en cualquier momento, siempre falta algo para algo.

Bridget duerme con sueño profundo. Así es como lo hace últimamente. Los doce teléfonos de mi sueño —trece, si incluyes el grande, al que los otros están pegados— podrían estar aquí sonando y ella no los oiría. Todas las mañanas, cuando me despierto antes que ella, me preocupa que Bridget haya encontrado el camino de vuelta al estado vegetativo en el que estuvo durante casi tres años, hasta que, hace seis meses, algo en su interior volvió a la vida.

Ya sé de qué va a tratar la llamada. Nadie llama temprano con buenas noticias. La pantalla del móvil dice que es la detective Rebecca Kent. Mi compañera. Trabajamos juntos desde hace cuatro semanas, cuando ambos volvimos al cuerpo. Yo ya la conocía, pero nunca había trabajado con ella.

—¿Te he despertado? —pregunta.

Me siento en un lado de la cama.

—Estaba soñando con arte moderno.

—¿Eso te gusta soñar en tus días libres? —pregunta.

—Entre otras cosas.

—¿Alguna vez has tenido un sueño en el que pudieras permitirte comprar alguna obra?

—Eso intento —le digo.

—La próxima vez, mientras duermes, acepta algunos sobornos. Por cierto, ¿puedes adivinar por qué te estoy llamando?

Estiro los hombros hacia atrás, intento aflojarlos. Algo hace clic. En estos días, siempre hay algo que hace clic.

—¿Para desearme un buen fin de semana?

—Primer strike —dice.

—¿Para decirme que pasarás a por mí en treinta minutos?

—Strike dos —dice—. Pero has estado cerca. Cambia de treinta a veinte y habrás bateado un home run. Estamos con el equipo.

—¿Qué equipo? —pregunto.

—El equipo suicida.

—¿Nos mataremos hoy?

Se ríe.

—¿No nos matamos todos los días por esta ciudad?

—Cierto.

—Y hoy no será diferente. Tenemos que echar un vistazo a un suicidio. ¿Recuerdas a un tipo llamado Dwight Smith?

Sé que he oído el nombre, pero es demasiado temprano para recordar cuándo. Quizá, si tomara café o tuviera mejor memoria, lo recordaría. Mi memoria ha sido un poco irregular desde el coma. Me llevo la mano a la cabeza y me palpo la parte del cráneo donde recibí el golpe. Hace seis meses, cuando estaba a punto de reincorporarme al cuerpo de policía, una grave lesión en la cabeza hizo que me indujeran un coma. Yo estaba siguiendo a un asesino en serie, pero este se me adelantó y, con un tarro de cristal, me golpeó la cabeza tan fuerte que el tarro se hizo añicos. Ese fue el comienzo. Un mes después, recibí más golpes de un asesino diferente que sentía por mí la misma antipatía. La combinación de todos esos golpes en la cabeza me consiguió el billete a la Tierra del

Coma, donde pasé unos meses. Antes de la lesión, ya llevaba tres años fuera del cuerpo.

—No estoy segura. Pero supongo que estás a punto de contarme todo sobre él.

—¿Recuerdas a Kelly Summers?

Me lo pienso unos segundos.

—Vagamente.

En veinte segundos, me hace un resumen del pasado de Kelly Summers y de lo que Dwight Smith le hizo hace cinco años. Luego, me dice que me verá enseguida.

—Tengo café —me dice, y eso hace que la mañana suene un poco mejor. Y tendrá que mejorar, porque también me ha dicho que el cadáver está partido en una docena de pedazos.

Entro en el cuarto de baño. Desde hace unos meses, tengo lo que llamo «rodillas de viejo». Todos los días amanecen inflamadas y, durante media hora más o menos, me duelen un poco al andar. El año que viene cumpliré cuarenta años, así que las rodillas de viejo me parecen un aviso. Paso dos minutos en la ducha, lavándome las otras partes del cuerpo de viejo. Al salir, veo que la cama está vacía, y entonces oigo a Bridget en la cocina. Saco el traje del armario y me pregunto si alguna vez podré permitirme uno de más de doscientos dólares. Me imagino que sí, siempre y cuando haga lo que me ha sugerido Kent: aceptar sobornos en mis sueños. Al llegar a la cocina, se me parte un poco el corazón. Bridget está preparando el desayuno. Hay tres cuencos en la mesa. Uno es para mí, otro para ella y otro para nuestra hija, Emily. Bridget lleva el pelo recogido en una coleta que le llega justo por debajo de los hombros. Es tan rubio como cuando nos conocimos, e igual de ondulado, pero ahora lo lleva casi siempre recogido. A los treinta y siete, es dos años más joven que yo, pero siempre ha parecido envejecer a un ritmo algo

más lento. Incluso después de todo lo que hemos pasado, de todo lo que su cuerpo ha sufrido a raíz del accidente, solo aparenta treinta. Es algo genético, porque su madre parece veinte años más joven de lo que es en realidad. Bridget se vuelve hacia mí y sonríe con esa sonrisa suya que entibia habitaciones, con la que la he visto desarmar a otros; la sonrisa que ha hecho a hombres mirarle la mano para ver si lleva anillo de casada. Imagino que el sueño de todo hombre es acabar con una mujer hermosa, y yo estoy viviendo ese sueño.

Bridget se gira hacia las tostadas y las coloca en una bandeja. Deja caer los trozos rápidamente, porque están calientes. Luego, empieza a untarlas con mantequilla y las va cambiando de mano cada segundo. Me acerco y la abrazo por detrás.

—Buenos días —le digo, y beso su cuello.

—Buenos días —dice, sin darse la vuelta—. Supongo que era Schroder, ¿no? —pregunta.

Schroder. El cuenco para Emily. Esto ocurrió por primera vez hace dos semanas.

—No —le digo—. Era Kent.

—¿Kent? No lo conozco.

—La.

—¿Es nueva?

—La trasladaron de Auckland este año.

Sigue untando la tostada con mantequilla.

—¿Mala cosa?, ¿el cadáver que han encontrado? Por eso ha llamado, ¿verdad?

No contesto. Suelto a Bridget y me dirijo a la nevera, de donde saco el zumo de naranja para servirnos un vaso a cada uno. Ella deja el cuchillo y se vuelve hacia mí.

—¿Qué te pasa? Pareces muy triste de repente.

—Ya no trabajo con Schroder —le doy la noticia fácil. Espero que recuerde el resto sin necesidad de que se lo explique, pero sé que es poco probable. Cuando salió del estado vegetativo, se pasó cuatro semanas sin recordar nada, sin saber apenas quién era. El día que salió fue el mismo en el que yo entré en coma. Solo coincidimos unos minutos. Fuimos como barcos que se cruzaban de noche. Antes de caer en mi propio coma, recuerdo que el médico me dijo que Bridget había despertado, que había un problema, pero no recuerdo nada más.

—¿No? —pregunta ella.

—Dejó la policía.

Frunce un poco el ceño.

—¿Cuándo?

—A principios de año.

—¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Lo ha sustituido Kent? ¿Es tu nueva compañera?

—Y tú le preparas el desayuno a Emily —le digo. He decidido no ponerla al día sobre Schroder. Dejó el cuerpo porque lo despidieron. Lo echaron porque se vio obligado a tomar una decisión imposible.

Ella sacude un poco la cabeza y me dedica una leve sonrisa.

—¿Cómo no voy a prepararle el desayuno? Esta mañana la llevaré al cine. Es una pena que no puedas venir. Pero estás eludiendo mi

pregunta. ¿Por qué no me habías hablado de Kent? ¿Es atractiva?

Cuatro semanas después de volver a la tierra de los vivos, Bridget recuperó la memoria. Toda, excepto las horas anteriores al accidente y el accidente mismo. Entonces, hace dos semanas, empezaron los problemas: pequeños problemas, problemas dolorosos. Mi mujer se despierta en la mañana del accidente. Piensa que todo está como hace tres años. Son las vacaciones escolares y lleva a Emily al cine. Schroder es mi compañero de trabajo y el mundo, para ella, no ha avanzado.

Hoy, está ocurriendo por tercera vez.

Doy un paso adelante y le agarro las manos. Ella inclina ligeramente la cabeza y arruga la frente.

—¿Qué vas a decirme? —pregunta.

—Emily ya no está aquí —le digo.

Su frente se arruga aún más. La habitación huele a café y tostadas, y oigo el tictac del reloj de la pared de la cocina. Cada segundo se alarga más de lo debido: tic…, tac…, tic.

—¿Qué quieres decir? Son… —dice, y mira el microondas—. Son las siete y cuarenta. ¿Dónde más podría…, podría…? —continúa, cada vez más despacio. Las grietas están a punto de aparecer. Veo que se da cuenta—. Ay, otra vez estoy con estas tonterías —dice, y se aparta de mí. Vuelve a coger el cuchillo y continúa untando la tostada con mantequilla—. Me siento estúpida —se lamenta con voz un poco temblorosa.

—Bridget…

Deja el cuchillo y lleva la tostada a la mesa.

Se sienta.

—No estará despierta hasta dentro de una hora. Cuando está de vacaciones, nunca se levanta antes de las ocho. No sé por qué se me ocurrió prepararle el desayuno tan temprano. Ojalá… Desearía que esto dejara de suceder, es como si estos estúpidos puntos negros en mi memoria siempre estuvieran cambiando de lugar.

—Bridget —le digo, y me siento a su lado y le cojo las manos. Se las agarro con fuerza—. Emily no está aquí. Emily murió. Murió hace tres años, en el mismo accidente en el que tú resultaste herida.

Su cara se tensa. Trata de apartar las manos de las mías, pero yo no la suelto.

—Eso no tiene gracia —dice—. ¿Por qué eres tan cruel? ¿Por qué…?

—Bridget…

—¿Por qué dices eso, Theodore? —pregunta.

—Cariño…

—¿Por qué? —pregunta, y empieza a llorar. Las fisuras son cada vez más grandes. La acerco más a mí—. ¿Por qué? —me dice, y empieza a sollozar, me rodea el cuello con los brazos y solloza sobre mí—. La echo de menos. —Sus lágrimas corren por mi cuello y empapan la parte superior de mi camisa—. La echo mucho de menos.

—Sé que la echas de menos —le digo—. Yo también. Lo siento mucho.

—Fue culpa mía —dice—. No debería haberla llevado. Deberíamos habernos quedado en casa, deberíamos…

—No fue culpa tuya.

—No recuerdo nada —dice, y nunca lo recordará. Lo único que recuerda es lo que otros le hemos contado: que un conductor ebrio

atravesaba el aparcamiento de un centro comercial en el momento en el que Emily y mi mujer estaban allí. Era un conductor borracho al que ya habían detenido varias veces, uno que había perdido el carné y pagado numerosas multas, un conductor borracho al que el sistema judicial seguía devolviendo a la calle, como si a un pandillero que le dieran una pistola cargada y lo mandaran de paseo. Ese conductor ebrio se llamaba Quentin James. Alcoholizado, se cruzó en el camino de mi mujer y mi hija.

Bridget sabe que ese hombre desapareció, pero no sabe que fui yo quien lo hizo desaparecer. Lo arrastré al bosque. Y a ella, mientras estaba en estado vegetativo, le conté lo que había hecho. Siempre le contaba todo lo que hacía. Le confesaba mis pecados. Ya no.

La abrazo, y sigo abrazado a ella cuando oigo que un coche se detiene fuera. Kent apenas toca el claxon.

—Puedo quedarme —le digo.

—No —dice ella—. Estoy bien. Te doy mi palabra.

—Lo siento mucho.

—No es culpa tuya —dice. Pero, de algún modo, parece que sí lo fuera. Yo tendría que haber sido capaz de proteger a mi familia—. Estoy bien. Ve a salvar al mundo, Teddy —dice, y es la única persona que me ha llamado así. Ni siquiera mi madre lo hacía—. Sal y evita que otras chicas como Emily resulten heridas.

Le doy un beso de despedida. Ella me acompaña hasta la puerta. Saluda a la detective Kent, porque ahora sí se acuerda de ella, y Kent le devuelve el saludo.

—Tienes mal aspecto —dice Kent cuando entro en el coche.

—Una mañana dura.

—Está a punto de empeorar —dice, y pone el coche en marcha. Bridget sigue saludándonos mientras nos alejamos de la casa.

Capítulo tres

—La víctima no está partida en una docena de trozos; no del todo, pero cerca —explica Rebecca—, y, si fueras tú quien tuviera que ir en bolsas separadas, probablemente no te afectaría gran cosa.

Pero eso aún no ha ocurrido, está en el futuro, a veinte o treinta minutos. En este momento, vamos en coche por el extrarradio. El coche huele a café. Pongo mi chaqueta en el asiento de atrás, encima de la de Rebecca. Por ahora, hay sol y no hay sangre. Aire fresco y nada de sangre. Solo dos personas dando un paseo.

Aún no ha llegado el verano como para que haga calor a las ocho de la mañana, pero llegará. Dentro de un mes nos estaremos levantando con mañanas de más de veinte grados, vientos calientes y, después del almuerzo, un sol abrasador. En la primera parte de diciembre, las mañanas parecen más cálidas de lo que son. El sol está bajo, pero brillante; el cielo es azul y la temperatura apenas roza los diez grados. Es ese tiempo molesto en el que parece que no necesitas chaqueta. Estás demasiado abrigado cuando la llevas y pasas demasiado frío cuando no.

Rebecca es solo un poco más baja que yo, pero su aspecto es mucho más atlético. Tiene uno de esos cuerpos que no podrías dejar de mirar si pasara trotando. Con el pelo negro hasta los hombros y los ojos azules brillantes, es el tipo de mujer a la que seguirías hasta las profundidades del infierno solo por verla sonreír. Hace cinco meses, una explosión le arrebató la sonrisa. Se conoce que las explosiones hacen que la gente guapa sea mucho menos guapa, y eso es exactamente lo que le ha ocurrido a Kent. Es originaria de Christchurch. Estuvo destinada en Auckland, donde pasó diez años en la policía hasta que, a principios de año, la enviaron de vuelta

aquí para librar la batalla de los buenos de Christchurch y sustituir a uno de nuestros detectives caídos. Esa buena lucha casi la mata. Por poco la destroza un coche bomba. Ocurrió justo al comienzo del juicio del Tallador de Christchurch. Había habido un tiroteo en el aparcamiento del edificio de los juzgados mientras el Tallador estaba siendo trasladado ahí, y esa fue la primera parte de la distracción. La segunda llegó unos minutos más tarde, cuando detonaron una bomba C-4 en el coche de Schroder. Kent y Schroder salieron corriendo, pero algunos trozos de metal y cristal golpearon a Kent el pecho y le perforaron un pulmón. El tímpano izquierdo se le rompió y dos articulaciones se le dislocaron. La mayor parte de los daños está oculta, sea internamente o bajo su indumentaria, pero no la cicatriz de la cara. La lleva como una insignia de honor. Tiene más de medio centímetro de grosor y sigue un patrón en forma de S desde la oreja derecha hasta la parte inferior de la mandíbula. También está un poco rasgada. Es como si alguien le hubiera enganchado un anzuelo justo debajo de la oreja y hubiera tirado de él hasta desprenderlo en el borde de la cara.

Los dos estamos tratando de volver a pisar tierra firme. Intentamos seguir adelante.

No hablamos de tonterías. Acabamos de pasar cinco días trabajando juntos y, al parecer, ahora también trabajaremos el fin de semana. Kent va directa al grano. Me dice qué esperar. Me dice que no hay una pieza completa como para que la forense le eche un vistazo. Ya he visto cadáveres en pedazos, cadáveres recogidos en cubos, cadáveres a los que les faltaban partes que no aparecieron nunca. Tengo una buena idea de lo que se avecina.

En mi regazo está el expediente de Dwight Smith. Es una lectura horrible, pero estas cosas siempre lo son. Los expedientes de los Dwight Smiths del mundo no vienen con forros plateados. El caso no me tocó a mí. Es posible que recuerde algunos aspectos y haya olvidado otros. Recuerdo que era uno de esos casos que te provocaban ganas de enterrar al tipo. Muchos me han hecho sentir

así: los Dwight Smith del mundo. Hace cinco años, este Dwight Smith en particular se tomó unos chupitos de whisky, fumó un poco de hierba y, un viernes a las ocho de la tarde, se coló en la casa de su vecina —una tal Kelly Summers— para descargar sobre ella el odio que sentía por el mundo entero. Estaba resentido porque había perdido el trabajo. Estaba resentido porque su novia lo había dejado tres días antes. Estaba enfadado porque las drogas que quería ya no estaban a su alcance. Estaba enfadado porque esa mañana había pinchado una rueda, la había cambiado y había pinchado otra por la tarde. Así que se llevó a rastras esa rabia, tres puertas calle abajo, y la utilizó para violar brutalmente a Kelly Summers y casi matarla. Algo le impidió dar el paso extra. No fue la preocupación de haber traspasado una línea. No violas a alguien, lo descuartizas y luego te preocupas por los límites. Smith no era uno de esos tipos contenidos. Lo que sí resultó ser fue un reo con muy buen comportamiento, de manera que solo cumplió la mitad de su condena.

Hay una fotografía de Kelly Summers, cuya mirada refleja rendición; la que le hicieron el día después del ataque. Tiene una herida irregular en el lado izquierdo de la cara. Está hinchada y morada, y los puntos que sujetan la piel parecen demasiado grandes, como los de una muñeca de trapo. Por cierto, Smith, aparte de tener buen comportamiento, también mordía. Le dejó marcas de mordiscos por todo el cuello y el pecho.

Llegamos a las afueras de la ciudad. Las calles grises se extienden en líneas rectas entre los edificios grises, formando bloques de tablero de ajedrez. Es una mañana nublada. Si hubiera que resumir Christchurch en una palabra, esta sería gris. Por donde quiera que mires, encontrarás distintas tonalidades. Excepto por el tráfico y la gente. Hay coches de colores, trajes de colores y salpicaduras de verdor cuando pasas junto a algún que otro árbol. Atravesamos la ciudad y salimos por el otro lado. Nos dirigimos hacia el oeste. Tiendas y tiendas de saldos dan paso a estaciones de servicio y edificios industriales, y estos pronto dan paso a zonas residenciales

que, a su vez, dan paso a prados y granjas. Vamos en dirección a la prisión de Christchurch, que siempre me trae malos recuerdos. El verano anterior pasé allí cuatro meses, haciéndome amigo de las paredes de bloques de hormigón. Me enviaron a la cárcel después de que, el invierno pasado, me emborraché, me subí al coche y me salté un semáforo en rojo. Estaba trabajando como investigador privado en un caso, uno que iba mal, uno que me hizo empezar a beber y que, al final, me llevaría a estrellar el coche contra otro. Estuve a punto de matar a la adolescente que lo conducía. Ese fue el peor momento de mi vida. Era yo convertido en el hombre que me había quitado a mi hija. Sigo avergonzado, incluso ahora. Los malos recuerdos permanecen sin importar que la cárcel vaya y venga y sigamos conduciendo.

Los suicidios son un trabajo duro. Son tristes, no por la tristeza misma del homicidio, sino por otro tipo de amargura, con la que me identifico. Las mujeres suelen tomar pastillas, pero los hombres… hacen cualquier cosa. He visto hombres que se han medio cortado la cabeza con sierras mecánicas, otros que se han apuñalado en la garganta con destornilladores, otros que se han golpeado la cabeza con martillos una y otra vez. En el mundo de los suicidios, las ferreterías prosperan. Hace tres años, cuando murió mi hija y parecía que mi mujer moriría también, esos mismos pensamientos oscuros susurraron a mi oído. «Vamos, Tate —me decían—, hazle un favor al mundo. ¿Qué tal si tú, esa pistola tuya y yo hacemos algo peligroso?».

Cinco minutos después de la prisión, el GPS habla y le dice a Kent que tome la siguiente salida a la izquierda. A uno y otro lado hay granjas, y no mucho más. Hay que conducir un largo tramo para venir aquí a suicidarse, a no ser que lo último que quieras ver sean ovejas, vacas y trigo.

Giramos a la izquierda y, dos minutos después, llegamos a las vías del tren. Encontramos el ajetreo y el bullicio propios de cualquier accidente ferroviario: un montón de coches de policía, una

ambulancia, personal del departamento de ferrocarriles. No hay medios de comunicación; no de momento, al menos. Los suicidios no son noticia, excepto cuando están conectados con alguien famoso. En las vías está el detective Hutton. La escena se extiende unos quinientos metros de un extremo al otro. Es enorme. Está acordonada con cinta. Salimos del coche a un día que se ha calentado medio grado. Me pongo la chaqueta y pasamos por debajo de la cinta. Antes, todos los hombres normales miraban a Kent y le dedicaban una sonrisa, todos los hombres normales intentaban acercarse a ella para pedirle una cita. Pero, desde la explosión, Kent pasa entre ellos como un fantasma mientras ellos se esfuerzan por fingir que no ven la cicatriz de su cara.

Las vías del tren van de este a oeste, o de oeste a este, si eres de los que prefieren el vaso medio vacío. Hacia la orilla pedregosa sube hierba seca y fina, larga y desigual, la clase de hierba que parece seca en cualquier estación del año, la clase de hierba que no es césped, sino maleza, y la clase de maleza que no se cuida. Llega hasta el borde de las piedras, que se inclinan hacia arriba y elevan las vías un metro o metro y medio por encima de todo lo demás. Algunas piedras tienen aceite; otras, grasa; otras, mierda de pájaro. Ahora también las hay que tienen sangre.

El detective Wilson Q. Hutton avanza hacia nosotros por la orilla. Lleva los brazos extendidos para mantener el equilibrio. Algunas cosas cambiaron mientras yo estaba en coma, pero, en su mayor parte, el mundo ha seguido girando, como suele hacer. Aunque no todo ha sido igual. Hace seis meses, Hutton tenía casi setenta kilos de sobrepeso y estaba a una hamburguesa con queso de que su corazón y los órganos aledaños pusieran un alto a su sufrimiento. Recibió un ultimátum: o perdía peso, o perdía el trabajo. Cuando volví a verlo hace un mes, había perdido algo más de cincuenta kilos, y sigue en la buena dirección. Nos sonríe. Antes no sonreía. Le sienta bien. Y verlo aquí significa que en este caso hay más de lo que pensamos.

—Hay dos escenarios probables —dice—. El primero es que Dwight Smith viniera a sentarse en las vías a esperar a que el tren lo lanzara por los aires.

Miro a mi alrededor y, efectivamente, hay trozos de lo que, supongo, era Dwight Smith. Cada uno tiene a un lado, clavada en el suelo, una pequeña bandera roja que marca el lugar. Un recuento rápido muestra nueve.

—¿Y el segundo? —pregunto.

—El segundo es que alguien lo trajera aquí. Nuestra víctima violó a una mujer hace cinco años. Salió de la cárcel hace dos semanas. Esto parece un suicidio, sin duda, pero la cronología es un problema.

—Porque, si Dwight Smith tenía intenciones de suicidarse, lo habría hecho cuando entró en la cárcel, no después de salir —digo.

—Exacto. —Hutton empieza a jugar con la cintura de sus pantalones. Están un poco flojos. Tal vez ha perdido peso en el viaje.

—¿Y estamos seguros de que es Smith? —pregunta Kent.

—La nómina que lleva en el bolsillo sugiere que es él, pero no hemos encontrado la cartera ni ningún documento de identidad. El coche —dice, y señala con la cabeza uno que está aparcado a veinte metros— pertenece a Ben Smith, que es el hermano menor de Dwight.

—¿Así que podría ser Ben Smith? —pregunto.

Hutton niega con la cabeza.

—Cuando liberaron a Smith, hace dos semanas, le dieron trabajo en una gasolinera —dice—, y el cadáver que tenemos aquí lleva ese uniforme.

—Así que podría ser cualquiera de la gasolinera.

—Podría ser —concede Hutton—, si llevara la nómina de Smith en el bolsillo y hubiera cogido prestado o robado el coche. De todos modos, hemos tomado las huellas dactilares de la mano que hemos podido encontrar. Un agente va camino a la ciudad mientras hablamos. Pronto lo sabremos.

—¿La mano que pudisteis encontrar? —pregunto.

—Tenemos todo, menos su mano derecha —dice Hutton, y señala con la cabeza hacia las marcas rojas—. O está por ahí, o algún perro callejero se la ha llevado.

—¿Has llamado al hermano? —le pregunto.

—No. Eso te lo dejo a ti —dice—, pero no hasta que tengamos una identificación definitiva. En cuanto confirmemos que es Smith, tendremos que interrogar a su familia y a sus antiguos compañeros de celda. Tendremos que hablar con cualquiera que lo conociera. Matarse en la cárcel tiene sentido, matarse fuera de la cárcel es una anomalía. Durante las últimas dos semanas, Smith estuvo llenando depósitos de gasolina por el salario mínimo. Se comportó con mucha discreción. Al parecer, el maquinista ni siquiera vio el cuerpo; ni siquiera se enteró de que había golpeado algo. El cadáver lo encontró un tipo que trasladaba vacas desde allí —señala, al otro lado de las vías, un campo que no alcanzamos a ver bien debido a la elevación— hasta aquí —dice, y apunta a lo que, imagino, es un campo semejante, solo que a este lado de las vías—. Digamos que el de las vacas encontró la mayor parte. El último tren de la noche pasó a la una y media de la madrugada; era uno de mercancías que se dirigía a Christchurch. La médica forense está de camino. Además, un equipo de forenses se dirige a buscar sangre en la parte delantera de los últimos trenes, a ver si podemos averiguar cuál lo ha golpeado.

Llega otro coche. Es un tipo con traje y chaleco de seguridad de color verde brillante. Debe trabajar para el ferrocarril. Se apea. Parece nervioso y tenso. Tarda tres segundos en examinar la escena y averiguar quién tiene pinta de poder tomar una decisión. Se dirige hacia nosotros. No llega lejos, ya que uno de los policías lo intercepta. Hay una breve discusión y, un momento después, el hombre es escoltado hacia nosotros.

Subo entre las piedras hasta las vías, con mis rodillas de viejo protestando por el camino. El tipo del chaleco llega hasta Hutton y Kent, y enseguida los tres se ponen a discutir sobre trenes, horas y horarios. Por supuesto, debieron cerrar la línea en cuanto se descubrió el cadáver. El tipo del chaleco quiere acelerar las cosas, dice una y otra vez la frase «el tiempo es dinero» y, para dar más énfasis, golpea de vez en cuando el dorso de una mano contra la palma de la otra.

—Esto es una putada —dice—. ¿Aparece un gilipollas, salta delante de un tren y ahora soy yo el que se va a la mierda? Dígame si esto tiene sentido.

Hutton intenta explicarle que sí tiene sentido, y yo me alegro de no participar en la discusión. Que los trenes lleguen tarde forma parte de la vida, y que la gente salte delante de ellos, también. Eso es lo que yo diría. Solemos llamarlo «suicidio espontáneo»: coges el ciento cuatro, que va de Porquédemoniosno a Atomarporculo. Esa podría ser la explicación de que Dwight Smith condujera hasta aquí. Vino por un motivo y se quedó por otro. Tal vez Smith era un tipo que se comportaba bien, un tío que no conocía límites, pero es posible que también fuera el señor Espontaneidad.

Hay agentes recorriendo las vías en busca de la mano que falta. El punto de impacto es bastante obvio, dadas las salpicaduras de sangre. El tren golpeó a Smith a ciento diez o ciento veinte por hora y, como resultado, el cuerpo de la víctima se convirtió en proyectiles de carne y sangre disparados en todas las direcciones, como cuando

se golpea un globo de agua con un bate de béisbol. En las vías, la sangre parece óxido; en las gruesas traviesas de madera, se asemeja al aceite, y en las piedras parece sangre. Los trozos de Smith no están muy lejos. La parte más grande es el torso, que ha perdido las piernas por encima de la rodilla, así como un brazo. Está cubierto de suciedad y grasa y tiene pegados unos cuantos dientes de león tronchados. En su mayor parte, está envuelto en el uniforme de la gasolinera para la que trabajaba. Me siento mal al mirarlo.

Me alejo cincuenta metros a lo largo de las vías. Camino sobre las traviesas. La vista que tengo delante no es muy diferente de la que tengo detrás. Maleza. Vías. Una carretera y granjas y, en la distancia, algunos viejos caseríos. La única diferencia real es la dirección de las sombras y la cantidad de partes corporales. Camino otros cincuenta metros. Aquí no hay sangre. Doy media vuelta y regreso. Cada veinte o treinta segundos miro por encima del hombro, por si un tren se dirigiera hacia mí; aunque lo sentiría y lo oiría y la gente empezaría a gritar advertencias. No obstante, miro, del mismo modo en el que un niño echaría miradas atrás si corriera de noche por un cementerio. Pienso en Dwight Smith tumbado sobre las traviesas, en los raíles vibrando como alimentados por un reactor nuclear. Él no fue a la luz: la luz vino a él. Más adelante, Kent y Hutton hacen una pausa en su conversación con el ferroviario, y tanto Hutton como el ferroviario se ponen a hablar por teléfono mientras Kent espera de pie, con las manos metidas en los bolsillos. No sé por qué, pero la saludo con la mano. Ella sonríe y también me saluda. Le devuelvo la sonrisa. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Dos minutos desde la última vez que nos vimos?

Me aparto de las vías y bajo con mis rodillas de anciano hasta el coche que Dwight cogió prestado. Es una camioneta destartalada. Según la pegatina de la matrícula en el parabrisas, tiene quince años. Parece que la hubieran sacado del concesionario con la condición de no lavarla nunca. Tiene arañazos y abolladuras por toda la carrocería, marcas de gravilla en la pintura y algunos desconchones en el parabrisas. Los neumáticos están gastados; uno

de ellos, casi liso. Hasta los esponjosos dados que cuelgan del retrovisor están descoloridos por el sol. Algunos de los puntos han desaparecido.

Me pongo unos guantes de látex. La puerta del conductor está cerrada, pero el pestillo no está echado. La luz interior habrá permanecido encendida toda la noche, imagino, y la batería estará descargada, pero no lo compruebo. Las llaves están en el contacto. Pronto vendrán en busca de huellas. Por todo el coche. Está la llave de la camioneta, la de la casa y una que, supongo, será de un candado. Más tarde, esta misma mañana, el coche será remolcado a un laboratorio forense, donde gente más inteligente que yo será capaz de averiguar si Dwight Smith fue quien lo condujo por última vez. En la guantera hay un mapa, una linterna pequeña, una navaja, algunas carátulas de discos compactos y algunos discos sueltos. Algo de country y western, algo de heavy metal, algo de rock de los setenta. Hay cosas que me gustan, otras que detesto, otras que no he oído nunca. Reviso bajo los asientos, detrás de ellos, todo el coche. No hay sangre. No parece que hayan aspirado el interior. Solo hay suciedad, polvo y trozos de hojas secas.

En el asiento del copiloto hay una botella de agua. La etiqueta dice «Agua Bro». Este producto forma parte de una nueva gama dirigida a los hombres. Empezó hace unos meses con una publicidad agresiva y algunos productos bien ubicados en los supermercados. Se trata del rango Bro, también llamado «Brango». Uno puede comprar patatas Bro, cola Bro, ensalada Bro, pan Bro… entre docenas de productos disponibles. Hace un mes que yo utilizo la espuma de afeitar Bro, pero no me atrevo a probar el dentífrico Dientes Limpios Bro. Han tenido tanto éxito con esta marca que hace seis semanas abrieron dos restaurantes de comida rápida en la ciudad.

La botella de agua está medio llena. Le quito la tapa y huelo el contenido. Un tipo que estuviera preparándose para saltar delante de un tren bebería algo más fuerte que el agua, pero no, este no ha

sido el caso. Es posible que el señor Espontaneidad no hiciera un alto para tomar un poco de ginebra cuando venía hacia aquí.

Cierro el coche. Hutton ha colgado el teléfono y está hablando con Kent. Camino hacia ellos. El ferroviario sigue con su llamada y, con el brazo libre, gesticula en el aire, como si estuviera pintando en un lienzo invisible.

—¿Qué me he perdido? —pregunto.

—Acabamos de confirmar que se trata de Smith —dice Hutton—. Lo han comprobado con las huellas dactilares.

Asiente con la cabeza mientras me lo dice, y Kent también asiente, y debe ser un sábado de asentimientos, porque me descubro uniéndome.

—¿Qué quieres que hagamos ahora? —pregunto.

—Habla con su jefe. Luego, con su hermano. Ve a su casa y habla con su agente de la condicional. Hazte una idea de lo que Smith estaba haciendo y de cuál era su estado de ánimo. No queremos que, dado que no nos gustaba el tipo, la gente piense que no intentamos cubrir todas las posibilidades. Si dejáramos de hacerlo, el titular de mañana nos acusaría de desestimar cualquier crimen que implique herir a personas desagradables. Puede que no nos caiga bien, pero tenemos que tratarlo del mismo modo que trataríamos a cualquier otra víctima de homicidio.

—¿Tienes su dirección?

—Vive en una pensión de la ciudad. Ya sabes cuál, la que dirige ese tipo que se hace llamar el Predicador.

Asiento con la cabeza. Recuerdo la casa y al Predicador. A principios de año, un caso en el que estaba trabajando como detective privado

me llevó allí. Fue al día siguiente cuando me estrellaron el tarro de cristal en un lado de la cabeza.

—Escuchad, detectives —dice en voz baja—. Es importante que pongamos todos los puntos y las comas en este caso. Estoy seguro de que Dwight Smith tendría motivos para lanzarse a las vías y acabar con su vida, pero… ¿recordáis aquel caso que Schroder cogió hace unos años? —pregunta, con la mirada fija en mí—. ¿El del tren?

—Lo recuerdo —le digo, y sospecho que esa no es la única razón para poner todos los puntos y todas las comas, sino también las rayitas de las tes.

—¿Qué caso fue ese? —pregunta Kent.

Dejo que Hutton cuente la historia. Un hombre había sido atropellado por accidente. El que lo atropelló estaba borracho y pensó que la mejor manera de ocultar lo que había hecho era arrojar a su víctima bajo un tren, con la esperanza de que pareciera un suicidio. Casi le funcionó.

—El impacto del tren sí encubrió todos los cortes y contusiones anteriores, pero no pudo ocultar el hecho de que el asesino había sido visto mientras lo hacía —dice—; pero, eh… ¿Recuerdas lo que he dicho antes sobre la cronología?

Ambos asentimos.

—Bueno, ya es raro suicidarse cuando acabas de salir de la cárcel, pero ¿por qué hacerlo al final de la jornada laboral? ¿Por qué no al principio?

—Quizá las noticias que recibió y que lo hicieron querer suicidarse no llegaron hasta tarde —dice Kent.

Hutton asiente.

—Podría ser.

En ese momento, uno de los agentes pega un silbido. Todos nos giramos a verlo. Está a unos cien metros a lo largo de la vía y a unos veinte metros de lado. Todas las demás partes corporales están a veinte metros de él. Está agitando un brazo. Su propio brazo.

—Ha de ser la parte que faltaba —dice Hutton. Luego se lleva la mano a la cara, apoya la barbilla en la palma y empieza a golpearse los dientes con el índice. Hace eso durante unos segundos—. Mira —dice, y esa palabra me basta para recordar a Schroder, la forma en la que solía abrir algunas de sus conversaciones conmigo, sus «Mira, Tate, no necesitamos tu ayuda en esto». Al pensar en Schroder, me doy cuenta de que echo de menos trabajar con él. Diablos, incluso echo de menos trabajar en contra de él—. La verdad sea dicha —prosigue, pero luego no dice nada más, así que la verdad no se ha dicho. Se golpea los dientes un par de veces más—. ¿Cómo decirlo?

—No hace falta —dice Kent.

Y no hace falta. Si ha sido un suicidio, vale, todos respiraremos aliviados de que un tipo realmente malo haya decidido fastidiarse a sí mismo en lugar de a otra persona. Caso cerrado. Volvamos al fin de semana que teníamos previsto. Pero, si no ha sido un suicidio, entonces seguiremos sintiendo alivio, porque Dwight Smith parece ser una de esas personas a las que les gusta tomar los males de su pasado y usarlos para construir un futuro aún peor. Así que la única diferencia entre un suicidio y un asesinato, en el caso de Smith, es a quién le tenemos que dar las gracias.

Eso es lo que Hutton está pensando.

Eso es lo que Kent está pensando.

Eso es lo que yo estoy pensando.

Pero, por supuesto, ninguno de nosotros dice nada de eso.

—Esperemos que no tengas que interrogar a Kelly Summers. Esperemos que ella no haya tenido nada que ver con este asunto, pero, si esto no ha sido un suicidio, el hecho la convertiría en sospechosa. —Me mira mientras habla—. No seas blando con ella.

—Por los puntos, las comas y las barritas de las tes —digo.

—Exacto. Sé lo que estás pensando, que, si Kelly Summers ha sido parte de esto, la sociedad debería dejarlo pasar. Y, sinceramente, estoy de acuerdo. Creo que la sociedad le debe una. Pero, sin importar lo que nosotros pensemos, tenemos que seguir adelante. No somos jueces. ¿Estamos en la misma sintonía? —pregunta.

—Lo estamos —le digo.

—Bien —dice, y asiente—. Sabremos más cuando la forense lo haya examinado. Con un poco de suerte, no dirá cosas raras como que ya estaba muerto cuando el tren lo golpeó ni encontrará heridas de bala, pero mi instinto me dice que la cosa no será tan fácil —añade, y me pregunto si su instinto será más pequeño ahora que ha perdido tanto peso—. Ve a hablar con esa gente. Ojalá que nos digan que Smith no paraba de quejarse de lo mucho que odiaba la vida. Si llegamos a aclararlo todo sin problemas, daré el caso por cerrado —dice. Solo que no se lo cree, porque su instinto le sugiere otra cosa, y el mío también me sugiere otra cosa. Nunca nada es así de fácil. Ni siquiera en un simple suicidio.

Capítulo cuatro

El hombre que ha salvado a Kelly Summers de Dwight Smith sabe dos cosas. La primera es que se ha inventado un buen apodo. Es el tipo de nombre que los medios le darían si supieran cómo funciona su mente. Es el Hombre de los Cinco Minutos. Suena bien. En los últimos años, la ciudad ha tenido al Tallador de Christchurch, al Asesino de los Sepulcros, a la Gran Parca e, incluso, a Melissa X. Todos psicópatas, todos asesinos. El Hombre de los Cinco Minutos es un superhéroe. A la gente le encantan los superhéroes. Él mismo solía amar a los superhéroes cuando sabía cómo.

La otra cosa que sabe es que hoy mismo, un poco más tarde, la médica forense determinará que Dwight Smith ya estaba muerto cuando lo pusieron en las vías del tren. Y eso será un problema. Les ha dado algo de tiempo —veinticuatro horas; cuarenta y ocho, tal vez, si acaso la forense se retrasara— para encontrar el modo de que la policía no sospeche de Kelly Summers. Y eso suponiendo que Summers se comporte hoy, en el momento del interrogatorio, como él le ha dicho que lo haga. Cree que eso es lo que harán: interrogarla hoy. Ella solo tiene que seguir el guion, y él está convencido de que lo seguirá. Después de todo, fue ella quien mató a Smith. Es ella que tiene más que perder. Lo hará bien, él lo sabe, porque anoche la mujer experimentó algo con lo que había soñado durante cinco años: la venganza.

La noche anterior, dentro de él despertó algo que se había perdido. Ha pasado los últimos meses sentado en su salón, viendo cómo el sol sube por una pared y baja por la otra. Ha seguido los avances de una araña mientras esta hacía su vida en una de las esquinas. Pasan días en los que no hace otra cosa que comer y dormir. Algunos días viene su mujer, pero la mayoría, no; y los días que ella viene no trae

a los niños, porque él ya no es el padre, no de verdad. Y tampoco es el marido. No es, ni siquiera, él mismo. Sabe que hay algo más en la vida, aunque no le importa. Su mujer y sus hijos son parte de su antigua existencia, y en esa ¿no era feliz? Trabajar muchas horas, cortar el césped, llevar a su hija al ensayo de ballet, cambiar los pañales a su hijo, pagar la hipoteca y sacar la basura. Eso era su vida. Mirando atrás, no sabe si eso lo hizo feliz; lo único que sabe es que su nueva vida hace que todo aquello parezca irrelevante. No echa de menos a su familia. Sabe que debería. Debería echarlos de menos, mucho. La verdad es que no le importa. Esa es la cuestión: su viejo yo se habría rebelado contra la persona en la que se ha convertido, habría luchado y gritado para que lo escuchara, habría acudido a todos los médicos del país para que le pusieran remedio; y, de no haber encontrado al médico para eso, habría ido a buscar uno por todo el mundo. Pero Viejo Yo se ha ido. Ha sido reemplazado por Nuevo Yo, y Nuevo Yo es todo aceptación. Es lo que él es. Así es la vida. Y qué bien. Nuevo Yo no se pondría a buscar a Viejo Yo. Se saltó las cuatro primeras etapas del duelo.

Nuevo Yo moría despacio frente a un televisor que siempre estaba apagado, en un sofá que ni le gustaba ni le disgustaba, en una casa que ni le gustaba ni le disgustaba, observando una araña que se alimentaba de alguna que otra mosca desafortunada y a la que había bautizado con el nombre de Warren. No se siente aburrido. Cuando va de compras, escoge comidas instantáneas que se pueden calentar en el microondas. Viejo Yo habría elegido comidas apetitosas, comidas basadas en sabores, texturas y olores, en la diversión de cocinar y en los recuerdos que esos sabores y olores evocan. Nuevo Yo no nota ninguna diferencia. Pollo, helado, arroz, tomates… Ahora solo hay un sabor. El médico le ha dicho que no hay nada que hacer al respecto. Pero a él no le importa. La comida era combustible. Comía para sobrevivir. Y, para ser franco, no le importaba si vivía. O moría. Pero, cuando no comía, sentía hambre, y el hambre le dolía, y por eso comía; por eso compraba alimentos. Warren habría estado de acuerdo. Warren conocía el hambre, claro que sí.

Luego, vino la conversación.

Pero, una semana antes de la conversación, tuvo lugar el referéndum. O, más en concreto, el resultado del referéndum. Hace un mes, se preguntó a los ciudadanos de Nueva Zelanda si querían mantener al primer ministro o votar a uno nuevo. Esa oportunidad se les daba cada tres años. Personalmente, él nunca pensó que hubiera mucha diferencia entre un político y otro. ¿Se puede confiar en ellos? No. ¿Lo sabe la gente? Sí. Entonces, ¿quién es el tonto cuando un político te decepciona? Votaría a los laboristas, votaría a los nacionales. Ese mismo día tomaría la decisión. ¿Cuál era la mejor de las dos desgracias? Marcaría esa casilla. Pero esta vez se planteaba una segunda pregunta, una que muchos estaban pidiendo que se hiciera. ¿Debería volver la pena de muerte? El actual primer ministro ganó por goleada, pero lo de la pena de muerte estuvo equilibrado. La mitad del país votó sí. La otra mitad votó no. La cuenta quedó dividida justo en dos. Empate. Así que hubo que contar los votos. Y recontarlos. Y contarlos de nuevo. Eso se llevó dos semanas. Los votos no estaban divididos justo por la mitad, sino que había una diferencia de ciento setenta y siete. Dicen que cada voto cuenta. En este caso, eso fue verdad por ciento setenta y seis votos.

La pena de muerte estaba de vuelta.

A él no le importó.

Eso era lo que era. No lo afectaba. No era para tanto.

Fue lo que fue. Nada más. Vida.

Luego ocurrió la conversación. Hace tres días. No vino solo su mujer, vinieron otros. Gente con la que había trabajado. Gente que conocía. Lamentaban lo que le había pasado. Por supuesto que sí. Aunque él no. Fue lo que fue. Nada más. Vida. Lo tenía sin cuidado. No le gustaba. No lo odiaba. Lo había aceptado. Aparecía gente de su pasado. Aparecían sin ser invitados. A veces, traían comida; a veces,

cerveza. Él se sentaba a escuchar con pocas ganas de contribuir a la conversación, lo que, en retrospectiva, significaba que sentía algo, ¿no?

La conversación que lo cambió todo fue, en apariencia, intrascendente. Empezó con el tiempo. Llovería, nevaría o el sol abrasaría la tierra, ¿y cuál sería la diferencia? Él se quedaría sentado en su habitación y, vale, tal vez encendería un calefactor o abriría una ventana, pero la vida seguiría adelante. Otras personas. Le lanzaron nombres de su pasado: este tipo está haciendo aquello, aquel está haciendo esto. Los acontecimientos mundiales. El petróleo sube de precio, algún lugar está siendo invadido, los derechos humanos están en peligro, como siempre lo estaban en algún rincón lejano, la gente era descuartizada como forma de vida, al igual que los helados de las playas en verano eran la forma de vida en Nueva Zelanda. El referéndum. La pena de muerte estaba a punto de volver, ¿y cambiará los niveles de violencia en el país?

El Tallador de Christchurch —que, en realidad, se llamaba Joe Middleton— era un hijo de puta enfermo y retorcido. Durante años, fue conserje diurno en el departamento de policía, pero, por la noche, se dedicaba a irrumpir en las casas de mujeres solas, a atarlas y convertirlas en estadísticas de homicidios. La policía tardó en detenerlo y, un año después, el día en el que debía haber empezado el juicio —el juicio que posiblemente lo enviaría al corredor de la muerte—, Joe se fugó. Aún hoy deambula libre, aunque nadie sabe por dónde.

Y ahí empezó todo. Con la pura mención del Tallador, sintió que algo se agitaba por dentro. Fue como arrancar el motor de un viejo coche que hacía años que no se ponía en marcha. Solo que el combustible era malo y el motor estaba medio bloqueado. Había suficiente sustancia para que el motor intentara girar, pero eso era todo: un atisbo de vida, y luego, nada. Así que Nuevo Yo tenía una nueva preocupación. Le importaba el Tallador, porque, en su antigua vida, Viejo Yo había formado parte del grupo especial que durante largo

tiempo había fracasado en los intentos de atraparlo. Aún estaba furioso por esa huida, pero ¿qué podía hacer al respecto? ¿Rastrear al Tallador? No, nadie había sido capaz de hacerlo. Le preocupaba…, pero después ya no. La ira se fue desvaneciendo. Viejo Yo, el viejo él, se habría encendido, habría llevado el cuentarrevoluciones al rojo, habría explotado.

Más de la conversación. El primer ministro. ¿Le gustaba el tipo? Estaba bien. La pesca. Deberían ir a pescar alguna vez, como solían hacer. ¿Recordaba el anzuelo que una vez se le clavó en un tobillo? La temporada de rugby había terminado ¿y había visto algo de cricket? Debería salir más, debería intentar ir por ahí, debería tratar de hacer esto y aquello… Y algunas veces asentía y otras, no, y se quedaba mirando al frente, esperando a quedarse solo otra vez. Viajar. Jardinería. Se abrían nuevos restaurantes, otros se cerraban. Se estaba construyendo un nuevo centro comercial. Las ampliaciones de las prisiones estaban casi terminadas. Dwight Smith fue liberado hace dos semanas.

Otro sobresalto. Algo se encendió dentro.

¿Se acordaba de Dwight Smith? Sí. ¿Y no era demasiado pronto para que Dwight Smith fuera liberado? Sí. ¿Por qué? Seis años antes de tiempo. «¿Por qué?», había preguntado. «¿Por qué qué?», le habían dicho.

Así que habían saltado chispas y él se había inflamado. ¿Y por qué? En retrospectiva, piensa que con Dwight Smith sí que se podía hacer algo. Con respecto al Tallador de Christchurch… Bueno, nadie sabía dónde diablos estaba, qué hacía, si vivía o estaba muerto, si seguía residiendo en la ciudad. Pero ¿Dwight Smith? Bueno, bueno, Dwight era una lata de gusanos completamente distinta.

La conversación terminó y él volvió a quedarse solo en el sofá que no le gustaba ni le disgustaba, aunque con el motor en marcha. Había pequeñas interrupciones y momentos en los que sus

pensamientos estaban a punto de detenerse, pero seguían dando vueltas.

Dwight Smith estaba libre.

Dwight Smith era un perro que había probado la sangre.

Viejo Yo había existido por hombres como Dwight Smith. Viejo Yo era un levantarse cada mañana a las siete, llegar al trabajo a las ocho y librar una lucha interminable, un consagrarse a la causa. Era cosa de sentarse en su escritorio con un café y ponerse al día con el papeleo, recibir órdenes, dar órdenes y estar a menudo en medio de la cadena de mando. Había tenido que golpear puertas y entrevistarse con propietarios de tiendas, cajeros de bancos y personas que habían sufrido robos en sus casas. Había tenido que interrogar a familiares, víctimas y sospechosos. Había visto lo bueno y lo malo de la gente, pero, sobre todo, lo malo. Se pasaba el día encerrando a los villanos, y estos cumplían su condena y volvían a salir, y él pasaba más días encerrándolos de nuevo. Así funcionaba el mundo. De ocho a cinco, cinco días a la semana: esa era su vida. A menudo, con horas extra: un ciclo interminable. Por supuesto, la vejez y el karma caían sobre algunas de aquellas malas personas, y entonces ya no volvían a verlas. A veces, abandonaban la vida criminal o se volvían tan buenas que desaparecían del radar, pero siempre salían más tipos malos de las fábricas de escoria de la ciudad: una cadena de producción de fabricantes de metanfetamina, sociópatas, violadores, ladrones, pirómanos y gente a la que nada le importaba una mierda. Y, por supuesto, Viejo Yo dejó de ser Viejo Yo por culpa de gente como Dwight Smith y el Tallador de Christchurch, y por qué debería…

«Por qué debería».

Ahí estaban esas tres breves palabras: «Por qué debería». El futuro se abrió ante él, sin más. Una puerta a un mundo de posibilidades. En ese momento se dio cuenta de que era un hombre en busca de

algo. Eso hacían los hombres. Si los hombres dejaran de buscar, el mundo no evolucionaría, el mundo no sería explorado. La gente seguiría viviendo en cuevas y matando lagartijas a pedradas.

¿Por qué darle a un tipo como Dwight Smith una segunda oportunidad de hacerle daño a la gente?

¿Por qué Dwight Smith debería ser feliz? ¿Por qué debería salir airoso? ¿Debería ser libre?

Eso no era relevante. Y, al mismo tiempo, sí.

No podía entenderlo.

Pero sí era capaz de entender que Dwight Smith no se pasaría la vida encerrado en una habitación contemplando a una maldita araña en un chaflán. Dwight Smith era una bomba de relojería a punto de causar mucho dolor.

«Por qué debería».

Esto estaba evolucionando. ¿Por qué Dwight Smith debería tener una vida mejor que la suya? ¿O mejor que la de la mujer a la que había atacado?

«¿Por qué?».

La respuesta era sencilla: no había ninguna razón.

Capítulo cinco

Nos alejamos de las vías del ferrocarril en un viaje inverso. Todo lo que hemos visto a la ida lo vemos ahora a la vuelta, solo que desde el otro lado de la carretera y en dirección contraria. Hay algunas diferencias. El flujo de tráfico ha aumentado un poco, aunque no mucho. El sol ha ascendido un poco, aunque no mucho. La temperatura ha subido otro grado. En los campos vemos más gente que cría ovejas y ganado y convierte semillas en verduras. Yo no podría hacer algo así. Me imagino que podría trabajar en una granja, como mucho, cinco días antes de coger el mismo tren que cogió Smith.

No hablamos. Vamos pensando en nuestras cosas. Kent está inmóvil, con la mirada fija al frente, y sus manos apenas hacen nada mientras circulamos en línea recta a ciento diez kilómetros por hora.

«¿Estamos en la misma sintonía?».

Las palabras de Hutton retornan a mí otra vez. Sí, vuelvo a ser policía; sí, vuelvo al cuerpo; sí, soy uno más del equipo. Pero, durante los últimos tres años, después de haber matado al hombre que me arrebató a mi hija, estuve fuera del equipo. En ese tiempo desarrollé algunos hábitos como investigador privado que no encajan bien con estar en la misma sintonía. Eso es lo que Hutton me está cuestionando. Me pregunta si seré leal al trabajo y a hacer lo correcto. O, al menos, lo que yo crea correcto.

La gasolinera en la que trabajaba Dwight Smith está en la esquina de una concurrida intersección. Hay dos entradas y dos salidas separadas. Cada par sirve a una carretera distinta. La intersección está en el límite de la ciudad, justo donde acaban las granjas y empiezan las casas. Vemos una docena de surtidores y media

docena de empleados. En medio de la explanada hay un edificio, una especie de torre de tráfico aéreo que lo domina todo. El edificio y la señalización están pintados de los mismos colores amarillo y azul que llevaba Dwight Smith, solo que aquí los amarillos y azules no están salpicados de rojo ni de negro. Aparcamos junto al edificio y cerramos el coche con llave, puesto que hace poco han robado dos coches de policía. Por eso, en el trabajo ha circulado un memorándum para recordarnos poner en práctica un poco de ese sentido común con el que todos hemos sido educados.

La explanada se siente un poco más caliente que el resto de la ciudad. Contra una de las paredes de la torre han apilado bolsas de carbón para barbacoas y, a un lado de estas, veinticuatro paquetes de refrescos. Junto a los refrescos hay pizarras con precios especiales. Ofrecen bebidas y chocolatinas por lo que, según imagino, será el doble de lo que cuestan en un supermercado. Entramos. Detrás del mostrador, un tipo limpia una taza de café que se le había caído. Tiene las manos llenas de papel de cocina. Le preguntamos por el encargado. Coge el teléfono y, un minuto después, aparece el encargado. Nos damos la mano. Su placa indica que se llama Andrew Andrews, lo que sugiere que sus padres eran holgazanes. Andrew Andrews está bien afeitado, pero le vendría bien un parche bajo la barbilla. Sus cejas pobladas parecerían más propias de un Teleñeco.

—Déjenme adivinar —dice—. Están aquí por Dwight Smith. Por eso no ha venido a trabajar, ¿verdad? Está detenido por algo, ¿verdad?

—No parece sorprendido —le digo.

—Todos los años contratamos a un par de presos en libertad condicional. Todos los años dejan de venir a trabajar. Todos los años viene alguien como usted a decirme por qué no han venido. Pero alguien tiene que contratar a estos tipos, ¿no? —dice, aún con voz alegre, como si contratarlos pudiera salvar el mundo—. ¿Qué otra

cosa se puede hacer?, ¿echarlos a la calle y esperar lo mejor de ellos?

—¿Tiene Smith una taquilla? —pregunto.

—Sí. Es por aquí.

Nos lleva a través de una puerta a un pasillo que tiene más colores de la empresa. En las paredes hay grandes fotografías de la gasolinera a lo largo de los años, empezando por imágenes en blanco y negro de hace cincuenta años: coches viejos y hombres con monos pasados de moda. Todo el mundo fuma alrededor del taller. Sentado en una caja de madera, un tipo bebe un refresco mientras mira hacia el sol con los ojos entrecerrados. Un niño pequeño juega debajo de un coche levantado. La gente no se preocupaba tanto por la salud y la seguridad, pero, sin duda, el tiempo era mucho mejor. La torre de control de tráfico aéreo en el centro de la explanada solo aparece en las fotos más recientes. Recuerdo haber venido aquí con mi padre de vez en cuando y haber tomado un refresco de cola mientras alguien lavaba el parabrisas y echaba gasolina al coche. La gasolina costaba entonces ¿cuánto?, ¿la cuarta parte?

—Dwight Smith ha estado trabajando aquí dos semanas —le digo—. Usted debe haberse formado alguna impresión del hombre. ¿Qué puede decirnos de él?

Andrew Andrews, el tipo que contrata a estos empleados por la bondad de su corazón —y, sin duda, algunas exenciones fiscales que vendrán con ello— se encoge de hombros.

—No lo sé. Viene a trabajar puntual. Echa gasolina. Es muy reservado. No ha causado ningún problema. No ha robado nada, que yo sepa. ¿A dónde quiere llegar? Si me lo dijera, quizá podría ayudarlo un poco más.

—¿Ha hecho algún amigo? —pregunta Kent.

Otro encogimiento de hombros.

—No lo creo. Parece encajar bien. Si le hablan, habla con los otros, pero no lleva aquí el tiempo suficiente para haber entablado amistades. Como dije, es muy reservado. ¿Va a decirme qué ha hecho?

—Está muerto —dice Kent.

Andrew asiente despacio.

—Supongo, entonces, que no hay necesidad de despedirlo —dice.

Sigue hablando con esa voz alegre, y no podría decir si está hablando en serio o si solo ha sido una broma de mal gusto.

Llegamos a las taquillas. Hay una docena, todas con distintos candados, incluida la de Dwight Smith. Es la número diez. El candado de Smith es más pequeño que la mayoría de los demás, como si tuviera menos que esconder.

—¿Iba a despedirlo por no presentarse? —le pregunto.

—Escuchen —dice, y se sitúa de espaldas a las taquillas para poder mirarnos—. Intentamos ayudar a estos chicos, ¿vale? Pero, si no aparecen, ¿qué quiere que haga? Hay otros cien tipos fuera de la cárcel a los que les encantaría tener su trabajo.

—¿Sabe lo que hizo? —pregunta Kent.

—¿Qué? ¿Se refiere a las razones por las que estuvo en la cárcel?

Ella asiente.

Andrews sacude la cabeza.

—No. Es decir, nos envían a gente que no tiene antecedentes por robo, pero, aparte de eso, no tenemos cómo saberlo. No nos lo

dicen. Si nos lo dijeran, no podríamos trabajar con ellos. ¿Me entiende? Si nos enteráramos de que el nuevo compañero de trabajo se ha dedicado a lastimar niños… Bueno, la gente no tendría una segunda oportunidad en la vida si se pusiera a compartir con uno esos equipajes.

—¿Cree que estar en la cárcel por violación o asesinato es un equipaje? —pregunta Kent.

Andrews niega con la cabeza.

—Ya sabe a qué me refiero —alega—, y no es eso. Es que así tienen que ser las cosas. ¿Qué nos queda? ¿Dejar que estos tipos vivan en la calle? ¿Y luego qué? Al menos, mientras trabajan, no están por ahí haciendo otras cosas. ¿Qué pasó, entonces? ¿Alguien lo mató? ¿Se suicidó?

—¿Por qué pregunta? ¿Cree que se habría suicidado? —quiere saber Kent.

—No estoy sugiriendo nada —dice Andrews—. Solo tengo curiosidad. ¿Me lo va a decir?

—No estamos autorizados para decírselo —le digo—. ¿Tiene la llave de esto? —pregunto, señalando el candado.

—Sí. Todos los empleados tienen que dejar llaves de repuesto con nosotros. Espere aquí un minuto.

Nos deja solos. Las taquillas forman parte de una sala anexa a un par de duchas y cuartos de baño, ninguno de los cuales se está usando en este momento. Delante de las taquillas hay un banco que recorre toda la sala. Me recuerda al gimnasio de cuando iba al colegio. En el banco hay un par de revistas de coches y alguien ha dejado una bolsa de bocadillos. Andrews vuelve. Nos entrega una llave con una etiqueta que pone «Dwight Smith, n.º 1».

—¿Ayer dijo o hizo algo fuera de lo normal? —pregunto—. ¿O vino alguien a verlo?

—Ayer era mi día libre —dice Andrews—, pero puedo averiguarlo.

—Vale, hágalo —le digo.

Andrews parece querer quedarse a ver qué encontramos en la taquilla, pero Kent y yo lo miramos fijamente y solo consigue aguantar unos segundos antes de marcharse. Abrimos la taquilla. Hay una chaqueta colgada. Es de cuero marrón, y parece vieja y estropeada. Quizá ha sido una compra de segunda mano, puede que sea de su hermano, puede que sea de antes de la cárcel. ¿Hizo calor anoche? No mucho. Yo no habría salido sin chaqueta. Hay un móvil que parece anticuado. Sigue encendido, la batería está al quince por ciento. No necesita contraseña para activarse. Reviso sus registros de llamadas, sus mensajes de texto, su agenda. Están el trabajo, su hermano, sus padres y el predicador del centro de reinserción social.

La cartera de Smith también está aquí. Hay un carné de conducir, dos billetes de veinte dólares y una fotografía de una mujer desnuda. Cuando saco esta foto, me queda claro que ha sido arrancada de una revista. No hay tarjetas bancarias. No hay tickets. No hay nada más en la taquilla. Reviso los bolsillos de la chaqueta. Están vacíos.

—Es como si hubiera decidido irse de repente —dice Kent—. Excepto por las llaves.

—Pero se llevó las llaves —le digo—. Esta llave de repuesto de la taquilla es idéntica a la que colgaba del contacto de su coche. Necesitaba las llaves para disponer de sus cosas.

—Entonces, ¿por qué no la usó anoche para abrir esto? —pregunta Kent—. ¿A dónde iría sin su chaqueta, su cartera ni su teléfono?

—No necesitas nada de eso si vas a enfrentarte a la parte delantera de un tren —le digo, pues es una de las dos explicaciones lógicas. La otra es que hubiera visto algo que lo hiciera salir a toda prisa. Metemos todo en bolsas de pruebas, cerramos la taquilla y volvemos a poner el candado.

Suena mi móvil. Es Hutton.

—¿Cómo vas? —pregunta.

Le cuento lo del móvil, la chaqueta y la cartera.

—Así que alguien o algo lo asustó —dice Hutton—, o las ganas de suicidarse le entraron con tanta fuerza que tuvo que partir.

—Hay una tercera posibilidad —le digo, porque, después de todo, aquí todos estamos en la misma sintonía—. Quizá vio a alguien que encajaba en cualquier fantasía que él estuviera conjurando.

—La gasolinera ha de tener vídeos de vigilancia. Mira a ver si te dejan echar un vistazo; si no, y si las cosas fueran en esa dirección, podríamos conseguir una orden judicial. La forense acaba de llegar hace unos minutos. Estamos embolsando el cuerpo. Ella espera tener algo para nosotros al final de la jornada. Los forenses también están remolcando el coche ahora mismo. Sabremos más dentro de una o dos horas.

Colgamos. Andrew Andrews nos espera fuera de los vestuarios.

—¿Ha conseguido lo que necesitaba? —pregunta.

—Casi —le digo.

—¿Puedo darle esta taquilla a otra persona?

—Todavía no —le dice Kent—. No hasta que cerremos la investigación.

—¿Qué más quiere de mí?

—Vídeos de vigilancia de anoche —le digo—. Y queremos hablar con alguien que trabajase ayer con Smith.

—No hay problema con la segunda parte —dice—. Pueden usar mi despacho.

—¿Y la primera parte?

Se lo piensa durante unos segundos. Veo cómo se inclina por una decisión. Técnicamente, tendríamos que traer una orden judicial, y puedo verlo pensando eso. También tengo la esperanza de que piense que el mundo está lleno de tecnicismos y que, si se eliminaran, lo convertirían en un lugar más fácil para vivir. Así que asiente y nos dice que la videovigilancia tampoco será un problema.

Nos conduce a su despacho. Huele a pollo y beicon, y me hace rugir el estómago. Veo fotos de coches en las paredes, algunas más nostálgicas que las del pasillo. Hay un asiento detrás de su escritorio y dos delante. Los reordenamos antes de que él vuelva con quien resulta ser un tipo llamado Kevin McKay.

McKay ronda la treintena y, como siempre, siento cierta envidia de cualquiera que sea más joven que yo. Parece cansado y molesto de estar aquí, y conozco esa sensación. Se sienta en la silla vacía. Nos presentamos. No nos damos la mano. Saco un cuaderno y un bolígrafo.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí? —le pregunto.

—Tres años.

—¿Con qué frecuencia ha trabajado con Smith?

—¿Qué Smith? Siempre hay un Smith.

—Dwight Smith —le digo.

—Un poco —dice—. Ya sabe, no todo el tiempo, pero sí un poco. Solo lleva dos semanas aquí, pero nuestros días se solapan: cuatro días a la semana, cuatro horas al día. Él empieza a las cuatro y termina a medianoche. Yo empiezo a las ocho de la noche y termino a las cuatro de la mañana.

—Es la una y media —le digo.

Echa un vistazo a su reloj.

—También es sábado. Las cosas son diferentes los fines de semana. Hoy, Dwight tenía que empezar a las siete de la mañana, pero no ha aparecido, ¿sabe? El turno más duro es cuando uno sale el viernes por la noche y debe llegar aquí el sábado temprano. Por eso estoy aquí, para cubrirlo, ya que Smith no ha aparecido. Es culpa de Andrew, pero no le diga que he dicho eso. Sigue contratando gente en la que no se puede confiar. Así que esta mañana me han llamado para cubrir el turno de Dwight. Por eso estoy cansado, por eso estoy de mal humor, así que lo siento mucho si parece que no estoy cooperando. Si quiere llegar a algo, ahora sería un buen momento para hacerlo.

—¿Se fue temprano anoche? —le pregunto.

—¿Eso es lo que quiere saber? —pregunta McKay.

—Eso es lo que quiero saber.

Se encoge de hombros.

—No lo sé. Tal vez.

—¿Puede pensarlo un poco más? —le pregunto—. Es importante.

Se lo piensa un poco y vuelve con una nueva respuesta.

—Sí, se fue temprano. Fue algo muy molesto. Ni siquiera se lo dijo a alguien. Tan solo se levantó y se fue.

—¿A qué hora? —pregunto.

Otro encogimiento de hombros.

—No lo sé con exactitud.

—¿Qué tan inexactamente lo sabe? —pregunta Kent—. ¿Qué tal si nos da una aproximación?

—O sea, allí estaba, y, de repente, ya no. No me di cuenta hasta que dieron las once, más o menos. Lo que pasa es que no estoy seguro de cuándo se fue en realidad. Podrían haber sido las nueve o las diez. No lo sé.

Apunto en el cuaderno.

—¿Lo vio hablando con alguien?

—Sí, con un millar de personas. Fue un día ajetreado.

—¿Alguno que no fuera cliente? —le pregunto.

Sacude la cabeza.

—No lo sé. Tal vez.

—¿Parecía diferente ayer? —pregunta Kent.

Otro suspiro, y esta vez consulta su reloj.

—¿Diferente? ¿Cómo?

—Diferente —digo—. ¿Estaba más contento de lo normal? ¿Estaba enfadado? ¿Se quejaba de algo? ¿Estaba deprimido?

—Dwight nunca se queja de nada. Se limita a hacer su trabajo. Lo normal en él es mantener la boca cerrada, echar gasolina y no estorbar nunca. En ese sentido, creo que ayer no hubo nada diferente, salvo que desapareció pronto.

Pasamos otros cinco minutos hablando con McKay y no nos enteramos de nada nuevo. Cuando se ha ido, Andrews entra de nuevo y ocupa el espacio que McKay ha dejado. Arrastra el asiento, ahora vacío, hasta su escritorio, se inclina sobre este y coloca el monitor del ordenador en ángulo para que todos podamos verlo. Juguetea con el ratón y la imagen en el monitor cambia de una hoja de cálculo a varios ángulos de cámara con imágenes en directo de la explanada de la gasolinera. Hay cámaras en el interior de la tienda y sobre los mostradores y cajas, además de una en la puerta de los vestuarios. Son de la mejor calidad que he visto nunca. Contratar a tipos que salen de la cárcel significa que un lugar como este probablemente esté cubierto desde todos los ángulos. Tal y como está la economía de hoy, la gente a menudo viene a repostar sabiendo que no tiene con qué pagar.

—Deme un momento —dice Andrews.

—Anoche —le digo—. McKay ha dicho que Dwight Smith se fue temprano. Supongo que podríamos ir a las ocho, a ver si lo encontramos.

Andrews va a las ocho en punto. Echamos un vistazo a los distintos ángulos de la cámara, que son nueve, y encontramos a Smith en la explanada, junto a un coche. Está echando gasolina. Al cabo de un minuto, saca la boquilla del depósito de gasolina y la cuelga. Desaparece de esa cámara y entra en el campo de otra. Andrews adelanta media hora. Luego una hora más. McKay está allí, igual que el resto del personal. Los clientes van y vienen. Andrews sigue dando saltos hacia delante sin que haya nada, salvo el típico violador en libertad condicional que hace su trabajo con la cabeza gacha.

Entonces las cosas cambian.

Porque, a las diez en punto, Dwight Smith está sacando de un coche el surtidor para colgarlo, pero se detiene por completo a mitad de camino, con la boca abierta y los ojos desorbitados. Mira fijamente a una mujer que, a cuatro surtidores de distancia, pasa su tarjeta de crédito para pagar la gasolina. La mujer manosea los botones, se vuelve hacia su coche y mete la boquilla en el tubo del depósito. No ve a Dwight Smith.

El cliente de Smith se marcha. Smith desaparece de esa cámara y entra en otra. Un momento después, sube a su coche. Al mismo tiempo, la mujer ya ha colgado la boquilla, vuelve a colocar el tapón de la gasolina y sube a su coche.

Se aleja de la gasolinera.

Y Dwight Smith va tras ella.

Capítulo seis

Andrew Andrews graba en un DVD una copia del vídeo de vigilancia. Una parte cubre el ángulo de la mujer que llena su coche de gasolina y se marcha; la otra, a Dwight Smith quedándose inmóvil cuando la ve, para luego subirse en su coche e incorporarse a la calle detrás de ella. Andrews promete llamarnos si se le llega a ocurrir algo más. En cuanto salimos, Kent se vuelve hacia mí.

—¿La has reconocido? —pregunta.

«¿Estamos en la misma sintonía?».

Asiento lentamente.

—La iluminación no era muy buena, y el ángulo tampoco, pero… Sí…, creo que sí. Además, han pasado cinco años. Si es ella, se ha cortado mucho el pelo.

—Era Kelly Summers. Tenía la cicatriz en la cara —dice Kent. Al mismo tiempo, sube un dedo hasta su propia cicatriz y traza la curva en forma de S.

La he visto hacer esto muchas veces en las últimas semanas. Se pasa los dedos para recordarse a sí misma que las cosas están tan mal como las recuerda.

Entramos en el coche y, con el ordenador de la policía, buscamos la matrícula del coche que llenaba la mujer. Unos segundos después, se confirma que pertenece a Kelly Summers.

—La siguió —dice.

—Lo sé.

—¿La habrá matado? —pregunta.

—No lo sé. Eh…, no lo sé —digo.

Hace cinco años, Kelly Summers sobrevivió. Se mire desde donde se mire, Kelly Summers es una superviviente. ¿Habrá sobrevivido anoche? ¿Dwight Smith acabó en las vías por culpa de ella?

La matrícula del coche también nos proporciona la dirección de Summers. Ponemos las sirenas y Kent conduce hasta allí rápidamente, pero no pedimos refuerzos. No los necesitamos. El hombre que la ha seguido está muerto. Vamos a encontrar a Kelly viva, muerta o en algún punto intermedio, y por eso vamos tan rápido.

Tardamos diez minutos desde la gasolinera. A cuatro manzanas, Kent corta las sirenas y ralentiza el paso. No sabemos qué esperar, pero Kelly no debe saber que estamos llegando. No, si es sospechosa. Son las diez y media cuando nos detenemos en la calle. En los jardines y en la vía hay niños montando en bicicleta, y, sin duda, también los habrá dentro de las casas, delante de los televisores, con tazones rebosantes de cereales y leche que se han servido ellos mismos. Kent detiene el coche e intercambiamos miradas. La mía le dice que este caso nos va a llevar por malos derroteros; la suya me dice que la vida es mala cuando te dedicas a esto.

—Solo espero… Solo espero que esté bien —dice Kent, y se lleva una mano a la cara, como hace un rato.

Recorremos el camino de entrada hasta la puerta principal. La casa parece haber sido pintada en los últimos años. Hay tablones rojos, alféizares blancos y tejas negras de hormigón en cuyos bordes crece musgo. Parece acogedora, pero, al mismo tiempo, poco hospitalaria, aunque no sé si la percibo así por los motivos que nos han traído a

este lugar. Hay mucho color en el jardín delantero: un árbol de la seda en la esquina, algunos rododendros que derraman flores sobre el césped, una fila de rosas que llega hasta la puerta. Estamos en esa época del año en la que hoy tienes el césped corto, pero te llega a los tobillos la semana que viene. El césped de Kelly Summers es corto. Las franjas sugieren que el cortacésped ha pasado por aquí en los últimos dos días. Sentado en la valla vecina hay un gato negro de nariz blanca y ojos llenos de curiosidad. Me pregunto qué cosas habrá visto.

Me pregunto si anoche vería a Dwight Smith.

Kent pone el dedo en el timbre. Lo oímos sonar dentro. No hay ventanas rotas, sangre ni una puerta destruida, pero eso no significa nada. Esperamos veinte segundos y volvemos a llamar. Unos instantes después, oímos movimientos en el interior; luego, los pasos de una figura que avanza por el pasillo.

Al abrir la puerta, Kelly Summers parece sorprendida, somnolienta y, sobre todo, muy viva.

Capítulo siete

El Hombre de los Cinco Minutos escucha la radio. Han encontrado un cuerpo atropellado por un tren. Aún no tiene nombre, no hay detalles; todavía no. La policía cubrirá todos los ángulos. Hablará con gente que conocía a Dwight Smith. Se preguntarán qué lo motivó a sentarse en esas vías del tren. Entonces las cosas empezarán a parecer incoherentes. Las cosas no encajarán. La hora de la muerte, por un lado; por el otro, el coche de Dwight Smith.

Se sienta en el salón, en ese sofá que ni le gusta ni le disgusta, y espera. Y, mientras espera, piensa en hace tres días, en hace dos, en anoche. El referéndum, la charla, la chispa que ha encendido esta evolución. Por supuesto que piensa en ello; y poco más. Viejo Yo. Nuevo Yo. Ambos han evolucionado hasta convertirse en Nuevo Nuevo Yo, y así es como ve las cosas Nuevo Nuevo Yo: ahora que la pena de muerte ha sido aprobada, tiene permiso para matar a las personas que merecen morir. Lo de anoche fue el sistema judicial en acción mientras el crimen empezaba, y no al final. Lo de anoche fue ponerse una tirita en el dedo para no clavarse la astilla.

Dwight Smith vivía en ese horrible centro de reinserción social que hay en la ciudad, el que alberga a una colección de exdrogadictos, exvioladores y locos activos; carroña de todas las clases sociales. Incluso el edificio era una cagada: un par de pisos de tablones cubiertos de moho y pintura descascarillada, con un jardín tan seco que parecía más propenso a incendiarse que la propia casa. El lugar estaba regentado por un exyonqui y exconvicto, ahora limpio y convertido, que intentaba vender religión a todo el que pasaba por su puerta.

Hace dos días condujo hasta allí. No le importaba nada, pero se daba cuenta de que, cuanto más se acercaba, más le importaba. Dwight Smith no merecía una segunda oportunidad, porque el Hombre de los Cinco Minutos no la había tenido. No era justo. Matar a Dwight Smith era como darle un regalo a Viejo Yo, lo cual era irónico, porque Viejo Yo detestaría al hombre en el que se estaba convirtiendo.

La casa estaba tal como la recordaba. Tablones deformados pintados de verde, canalones oxidados del mismo tono rojo del tejado, un gran porche de madera plateándose bajo el sol. Había gente sentada en el jardín delantero, bebiendo cerveza. También había algunos coches en el camino de entrada. No podía plantarse justo delante de la casa, no con esos bebedores de cerveza plagando el vecindario, así que condujo un poco y pasó varias veces por delante de la misma casa hasta aparcar un par de puertas más abajo. Su persistencia tuvo premio. A media tarde, Dwight Smith se subió a uno de esos coches y la aventura comenzó.

Smith trabajaba en una gasolinera. Empezó en el turno de las cuatro de la tarde y terminó a medianoche. Al final de la jornada, visitó un salón de masajes, pasó una hora en el piso de arriba y volvió convertido en un hombre más feliz. El Hombre de los Cinco Minutos siguió a Smith de vuelta a casa sin dejar de pensar «Por qué debería».

¿Por qué la vida debería ser buena para Dwight Smith?

Lo de ayer parecía una repetición del día anterior, pero entonces Kelly Summers apareció en la gasolinera. Smith la descubrió por pura casualidad. Christchurch es así: la casualidad es algo que ocurre a menudo en las ciudades pequeñas.

Smith salió de la explanada, subió a su coche y siguió a Kelly hasta su casa. El Hombre de los Cinco Minutos…, bueno, él también los siguió, y en ese tiempo fue muy consciente de no llamar a la policía;

fue muy consciente del motor en marcha que podía sentir dentro, del petardeo que desaparecía, de los conductos de combustible ahora despejados, de todos los sistemas en pleno funcionamiento. Lo único que tenía que hacer era pisar a fondo el acelerador. Eran las diez. Estaba oscuro. Estaba nublado. No había luz natural por ninguna parte, solo la que ofrecían las farolas y otras casas. Eran las condiciones perfectas para allanar y violar. «Una buena noche para coger lo que se me debe», había dicho Smith cinco años antes. Smith se quedó sentado en su coche durante quince minutos sin hacer nada, quizá cavilando, cavilando el tipo de pensamientos que se le ocurren a un hombre como él. Entonces esos pensamientos lo llevaron a salir del coche y entrar en la casa. Apoyó la cara contra una de las ventanas de la casa de Kelly Summers, miró el interior y luego se dirigió a la siguiente ventana. Le dio la vuelta a la casa hasta la parte trasera. Llevaba una palanca.

No volvió.

El Hombre de los Cinco Minutos estaba sentado en su coche, a pocas casas de distancia, con el motor en marcha, el motor interior también en marcha, y sabía lo que tenía que hacer. Debía llamar a la policía. El «por qué» ya no tenía nada que ver. La vida de una mujer estaba en peligro.

Solo que la policía no llegaría a tiempo. Aunque estaba desarmado, confiaba en que la sorpresa sería suficiente. Salió del coche y se dirigió a la parte trasera de la casa. Había una cerca de dos metros de alto, la misma altura que la valla vecina. Estaba cerrada. Cuando se acercó para abrirla, descubrió que le habían echado la llave. Smith debía haberla escalado. Así que él también la escaló. En la parte trasera de la casa había una ventana abierta y, alrededor de la cerradura, la madera estaba astillada. Las cerraduras podían ser fuertes, pero los marcos de las ventanas y las puertas a menudo no lo eran. Él no lo sabía en ese momento, pero Summers estaba en la ducha; por eso no había oído que rompían la cerradura.

El Hombre de los Cinco Minutos entró con una idea bastante buena de lo que encontraría, y justo eso fue lo que descubrió. Estaba teniendo lugar en el cuarto de baño: Kelly en el suelo, bocabajo, y Smith agachado detrás de ella. Ambos mirando hacia el otro lado.

Entonces Dwight sintió algo. Se giró y miró hacia arriba. «¿Quién cojones…?», dijo, pero eso fue todo. Esas fueron sus últimas palabras en esta tierra. No exactamente para inscribirlas en una lápida, pero eran las que tenía bajo su dominio en ese momento, antes de que la Muerte lo dominara a él. Un hombre es más fácil de someter cuando está desnudo y con la polla en la mano. Smith recibió un golpe que lo dejó inconsciente y luego fue puesto en la bañera.

La mujer se había refugiado en un rincón del cuarto de baño. Estaba sentada en el suelo, apoyada contra la pared. Lo miraba fijamente, con los ojos húmedos, las manos temblorosas, tratando de cubrirse.

—¿Está bien? —preguntó él.

—Gracias a Dios —respondió ella—. Gracias a Dios que me ha salvado —dijo. Estaba llorando, le caían mocos por la cara, tenía las mejillas sonrojadas y estaba asustada, y confusa, y agradecida, y un montón de cosas más para las cuales él ya no tenía sentimientos.

Él le entregó la bata. Ella la cogió rápidamente y se cubrió.

—Lo conozco —dijo—. Estoy segura de que lo conozco.

Ella lo conocía, solo que él se ve diferente en estos días. Ha perdido peso. Ahora es calvo y tiene una gran cicatriz en un lado de la cabeza. Ella no podía penetrar sus recuerdos, no podía ponerle un nombre a la cara.

—Usted es policía —dijo.

—No —respondió él—. Ya no.

—Se suponía que estaba en la cárcel —dijo ella, y luego empezó a sacudir lentamente la cabeza.

Él sabía lo que Kelly estaba haciendo: cuentas. Intentaba calcular cuántos años habían pasado, pero las cuentas no le cuadraban. Entonces ella empezó a enfadarse. Su rostro se contrajo, su mandíbula se tensó. La aritmética y el choque estaban dando paso a la realidad de lo que casi acababa de suceder.

—Voy a llamar a la policía —dijo él, y lo dijo en serio. Habría querido matar a Dwight Smith, pero eso era lo que tenía que hacer. No podía matar al tipo delante de la mujer. Smith iría a la cárcel. En unos años, el problema les tocaría a otras personas. El motor seguía en marcha, aunque ralentizado. Llamar a la policía era el siguiente paso.

—¿Quién es usted? —volvió a preguntar ella—. ¿Qué hace aquí?

—Lo estaba siguiendo.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Por cualquier razón —dijo.

Ella no entendió la respuesta.

—Lo ha seguido hasta aquí.

—Sí.

—Usted me ha salvado la vida —le dijo—. Este tipo ha estado a cinco segundos de violarme.

Él no comenta nada.

—Nada de esto tiene sentido —dice Kelly—. No lo entiendo. O sea, se suponía que estaba en la cárcel, estoy segura. ¿Y por qué usted lo estaba siguiendo? ¿Cómo sabía que iba a venir a por mí?

—No lo sabía.

—Entonces, ¿por qué lo seguía?

—Por cualquier razón —volvió a decir.

—No sé qué quiere decir con eso.

—Todo va a ir bien —dijo él—. Usted estará bien.

Ella, sentada en un rincón del cuarto de baño, le dio las gracias una y otra vez. Estaba asimilando lo ocurrido. Entonces se dio cuenta de quién era él. Esto no tenía sentido. Claro que no. Le preguntó:

—¿Cuánto tiempo estará en la cárcel esta vez?

Él se encogió de hombros. Dwight Smith había irrumpido en su casa y la había agredido, pero no la había violado. El sistema judicial era, a veces, como una lotería.

—No lo sé. Dos años. Cinco. Diez. No lo sé.

—¿Puedo asearme primero? No… No quiero estar desnuda cuando llegue la policía.

—Por supuesto —dijo él.

Lo miraba a él y miraba a Smith, pero, sobre todo, miraba el lugar del suelo donde, si las cosas no hubieran cambiado, ahora estaría inmovilizada bajo un hombre y un cuchillo. Kelly no parecía dispuesta a levantarse pronto. Cabeceaba. No decía nada. Seguía mirando al suelo y asentía.

Entonces llegó. Fue una pregunta diferente. No muy diferente a «Por qué debería», aunque sí lo bastante cercana para poder relacionarla. Ella preguntó «¿Qué pasaría si…?».

—¿Y si no los llamáramos enseguida? —Tras esa pregunta se hizo el silencio, y él dejó la respuesta en suspenso, dándole tiempo a la mujer para que pusiera sus ideas en orden—. ¿Y si…? Quiero decir, ¿y si me diera cinco minutos a solas con él?

Ella levantó la vista para mirarlo, y ya no había lágrimas, todas se habían secado, y también los mocos; solo las mejillas seguían sonrojadas. Kelly estaba muy disgustada; pero había algo más. Algo en sus ojos. Divisaba al futuro. Estaba mirando cinco minutos hacia el futuro y podía distinguir lo que un ser humano es capaz de hacerle a otro, y la idea le estaba gustando. Y Nuevo Yo, ¿qué advirtió? Nuevo Yo se vio a sí mismo evolucionando hacia Nuevo Nuevo Yo. El motor giraba al límite de las revoluciones.

—¿Me daría cinco minutos? —preguntó ella.

Era una buena pregunta. Una pregunta excelente. Lo hizo pensar. Lo hizo recordar que, en sus veinte años como policía, había encerrado a mucha gente mala y que, en ese tiempo, mucha gente buena le había hecho la misma pregunta. Siempre eran cinco minutos. Querían cinco minutos a solas con el hombre que les había hecho daño a ellos o a su familia. Nunca eran diez. Ni media hora. Ni una hora. Siempre eran cinco minutos. Sabía que los cinco minutos de Kelly probablemente no terminarían pareciendo defensa propia. Sabía que esto podría traer problemas.

—Sí —contestó, porque ¿qué le importaba? ¿Quién era él para decir que no?

Aun así, no quería terminar en prisión, bien lo sabía. Tampoco quería que ella fuera a la cárcel. Puso eso en balanza junto con el futuro de Dwight Smith: al tipo lo habían puesto en libertad por buena conducta. Y volvería a ocurrir lo mismo.

—Si quiere cinco minutos, son suyos —le dijo, y pensaba que ella los merecía. Se los había ganado.

—¿Y después? —preguntó Kelly.

—Que pase lo que pase —dijo—. Ya nos ocuparemos.

—Lo odio —dijo ella, mientras miraba a Dwight Smith—. Pensaba en él como el «vaquero Dwight». No importa que haya estado metido en la cárcel todos estos años, todavía me quita el sueño. A veces, sueño con lo que me hizo. Otras veces, sueño con lo que quiero hacerle. ¿Matarlo me ayudará a dormir mejor?

—No la hará dormir peor —dijo él, y de verdad lo creía.

—Entonces, ¿qué? Cuando venga la policía, ¿me arrestarán? Sabrán que no ha sido en defensa propia.

—La policía no vendrá —dijo él—. Dwight Smith desaparecerá. Le prometo que no lo encontrarán nunca.

—¿Está seguro?

—Sí —dijo. Pero, claro, el coche… El maldito coche lo convertiría en un mentiroso.

Así que le dio a Kelly Summers sus cinco minutos, tiempo en el que Smith pasó de estar inconsciente a muerto. Luego metieron el cadáver en la parte de atrás del coche de Smith, y todo iba bien… hasta que dejó de ir. A diez minutos del lugar a donde se dirigían, el coche de Dwight Smith se averió.

¿Irá la policía a la gasolinera donde trabajaba Smith? Sí, por supuesto. ¿Habrá imágenes de vigilancia? Sí, las habrá. Nada concluyente. Eso es lo que él le ha dicho a Kelly Summers. Ella solo tenía que hacer su parte cuando viniera la policía. Le ha dicho que la ventana de su habitación estaba rota. Le ha dicho lo que ella tenía que decir. Solo que no será suficiente. Él tiene que hacer algo para que la policía la descarte como sospechosa.

Todos esos años… Toda esta gente haciéndole la misma pregunta… Está empezando a pensar que esta es la respuesta. Esto es lo que mantendrá a la policía alejada de Kelly Summers. «Cuando encuentres al tío que ha hecho esto, dame cinco minutos a solas con él. Por favor».

Por favor.

Y él siempre respondía igual: un pesaroso «lo siento», porque no podía hacerlo. Comprendía el dolor de la víctima, pero no era así como se hacía justicia.

¿No? ¿Qué le da a ese tipo —capullo, imbécil, hijo de puta— más derechos que a mi hija —hijo, hermano, amigo, hermana, padre— muerta? Mi hija —hijo, hermano, amigo, hermana, padre— estará bajo tierra para siempre, mientras que el tipo que la ha puesto ahí saldrá libre dentro de quince años para vagar por la tierra. ¿Qué sentido tiene esto? ¿Por qué las cosas deberían ser así?

¿Por qué debería?

Él ya sabe lo que tiene que hacer.

Capítulo ocho

Kelly Summers tiene veintiocho años y cumplirá veintinueve en Navidad. El cumpleaños de mi padre es el día de Navidad y sé, por experiencia, que eso dificulta las compras. La ventaja es que no tienes que hacerlo dos veces al año. El pelo de Kelly es diferente al de la fotografía del archivo, pero igual al de los vídeos de vigilancia. Antes era rubio y le llegaba hasta los hombros; ahora es negro y del largo de un dedo. Le salta en diferentes direcciones, porque la hemos sacado de la cama. Lleva un pijama holgado y una bata como la que se pondría mi madre. Tengo la sensación de que, dentro de una hora o dos, estará igual. Creo que Kelly le quita importancia a lo verdaderamente atractiva que es. Tal vez piensa que su atractivo influyó en el proceso de selección de Dwight Smith, hace cinco años.

—¿Les ha pasado algo a mis padres? —pregunta con urgencia.

Ambos negamos con la cabeza.

—No —dice Kent, y aunque Kelly no lo sabe, puedo sentir el alivio de mi compañera. Tal y como están las cosas…, ambos esperábamos encontrar a Kelly Summers bocabajo en un charco de sangre. ¿Será este uno de esos casos en los que todo sale bien? Kelly está bien y Dwight está muerto, y sus mundos se cruzaron en la gasolinera anoche, pero se separaron media manzana más tarde.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—¿Podemos entrar? —le pregunto.

Ella asiente con movimientos lentos. Su cara cambia mientras se da cuenta de algo.

—Están aquí por lo que me pasó hace cinco años —dice. Las palabras son planas, pero luego la voz se eleva un poco—. Han venido porque ese enfermo hijo de puta va por ahí diciendo que no lo hizo, ¿verdad? ¿Y la gente se lo cree?

—No es nada de eso —dice Kent—. Por favor, ¿podemos entrar?

Summers mira a mi compañera. Veo que sus ojos se fijan en la parte dañada de la cara de Kent y, entonces, su mano sube hasta el daño en la suya.

—De acuerdo —dice. Se aparta y nos deja entrar. Luego cierra la puerta y echa el pestillo, como supongo que es su costumbre.

Nos lleva al salón. Hace calor aquí. Colores cálidos, muebles cálidos. Hay un equipo de música, pero no televisión. Hay un gran cuadro de un campo de margaritas. Una mujer con un vestido amarillo camina entre ellas, de espaldas a quien la pintó, con la cabeza ligeramente girada hacia un lado; no lo suficiente para que podamos verla bien, pero sí para que podamos distinguir en su rostro una expresión que me hace pensar enseguida en la pérdida. A su paso, va tocando las flores con las dos manos.

—No es mi mejor obra —dice Kelly.

—¿Usted pintó esto?

Se encoge de hombros.

—Era un pasatiempo.

—¿Era?

—Lo dejé —dice, pero el mensaje tácito ha quedado ahí: lo dejó después de que su vida cambiara.

—Es precioso —le digo.

Vuelve a encogerse de hombros, pero parece satisfecha con el cumplido. Es una habitación bonita, una habitación alegre. Y el cuadro, aunque sea triste, contribuye a ello. Lo único que falta es el olor a café. Ofrecerse a hacer café es una buena manera de hacer amistad con un policía, pero Kelly no parece dispuesta a hacer amigos.

Me quito la chaqueta y la dejo en el borde del sofá. Luego, me siento en el sofá de al lado. Kent se sienta en una silla que queda en ángulo recto y Summers se sienta frente a nosotros. Formamos los tres vértices de un triángulo equilátero, grados más, grados menos. Kelly tendrá que mirar a izquierda y derecha para hablar con los dos.

—Dwight Smith salió de la cárcel hace dos semanas —dice Kent.

Summers se echa un poco hacia atrás y hacia un lado para poder subir los pies y quedar sentada sobre ellos. Lleva calcetines a rayas, que desaparecen dentro del pijama. Se queda totalmente inmóvil mientras mira a Kent. Después de pasar unos segundos como una estatua, sonríe y sacude la cabeza. La sonrisa desaparece durante unos segundos, pero vuelve a aparecer. Está intentando procesar algo que no encaja. Su mente quiere meter un cubo en un agujero redondo.

—Lo… Lo siento —dice Summers, que sigue sonriendo—, pero se equivoca. Aún le quedan seis años.

—Ha sido puesto en libertad condicional por buen comportamiento —dice Kent—. Esa posibilidad siempre existió.

La sonrisa sigue ahí, en la cara de Summers. Pero es la sonrisa de alguien que no siente calidez ni humor. Así sonreiría alguien que, sin saber hacerlo, acabara de ver a otro sonreír en la televisión.

—No —dice ella. La habitación se queda en silencio. Esperamos, a sabiendas de que llenará este silencio. Se hace incómodo. Pasan cinco segundos. Luego, diez—. Alguien debe haberlos informado mal

—dice al final—. Dwight Smith no es capaz de portarse bien. Esto —se pasa el dedo por la cara, a lo largo del corte que Smith le hizo con un cuchillo de filetear— no proviene de alguien que sabe cómo portarse bien. Por lo tanto, han cometido un error. Por lo tanto, no tenían por qué haber venido. Por lo tanto, alguien los está haciendo perder el tiempo. Ahora, si no hay nada más que hablar, tengo planes para un gran día. —Despliega las piernas y pone en el suelo los pies envueltos en calcetines a rayas. Apoya las manos en las rodillas y empieza a impulsarse hacia arriba.

—Kelly —digo.

Ella sacude la cabeza. Vuelve a sentarse en el sofá.

—No —dice—. No se atreva a decirlo. El tipo está en la cárcel. No lo dejarían salir. No lo dejarían salir después de lo que me hizo.

—Kelly —le digo—, todo va a ir bien, se lo prometo.

—Claro que va a estar bien, pero solo durante seis años más —dice —, hasta que lo dejen salir de la cárcel. Me quedan seis años de libertad, y eso es todo. Lo sé. Lo sé a ciencia cierta, porque, si lo hubieran soltado hace dos semanas, ustedes habrían venido a decírmelo hace dos semanas. Lo contrario habría sido ponerme en peligro. Lo contrario los habría convertido en cómplices, en caso de que me hubiera hecho daño.

—Así no funcionan las cosas —le digo.

—Seis años —repite, sacudiendo la cabeza, y parece que está a punto de llorar—. Es el tiempo que me queda hasta el fin de mi libertad. Entonces intercambiamos lugares. Convertiré mi casa en una cárcel mientras él se queda con el mundo.

—Hay liberaciones sin que el público se entere —le digo—. Yo no lo sabía. La detective Kent no lo sabía. Nos hemos enterado esta mañana. Lo siento mucho.

—No —dice ella.

—Hay más —dice Kent.

—¿Hay más? Qué buena noticia, ¿no? —pregunta, y ahora las lágrimas empiezan a brotar—. ¿Otro psicópata en la calle? Así que ahora vienen a ponerme bajo advertencia porque hay más. ¿Qué más? ¿Qué más puede haber? ¿Le están dando mi nueva dirección? ¿Lo tienen en el coche con ustedes, ahora mismo, para que venga a terminar lo que empezó?

—Anoche encontraron muerto a Dwight Smith —le digo. Y me imagino que no solo es una gran noticia para ella, sino un dato espectacular. Imagino que, ahora mismo, no podríamos darle una noticia mejor.

—¿Lo encontraron…? —Deja de hablar y busca el resto de las palabras, pero no las encuentra. Se mira la mano, como si esas palabras estuvieran allí. Exhala con fuerza—. ¿Está muerto? Así que me están diciendo… Me están diciendo que soy libre. ¿Me están diciendo que soy libre?

—Sí —dice Kent—, y por eso estamos aquí. Esperamos que usted pueda ayudarnos a averiguar qué pasó exactamente.

Ella asiente. Es probable que esté haciendo conjeturas sobre lo que significa «que pasó exactamente». Es probable que tenga esperanzas de que ese «que pasó exactamente» venga acompañado de una gran dosis de «la peor manera posible».

—Ojalá que lo hayan asesinado —dice con naturalidad—. O sea…, sería estupendo. Ojalá que alguien le haya cortado las pelotas y se las haya metido en la garganta. Gracias por contármelo —dice, y las lágrimas caen ahora libres, y son lágrimas de alegría. Es como si estuviera a punto de saltar y bailar, a punto de abrazarnos con fuerza. Ahora no parece alguien que ha aprendido a sonreír viendo sonrisas en la tele, sino una persona criada por payasos—. Ojalá yo

hubiera podido… —empieza, pero deja de hablar—. Bueno, ya saben.

Sí, ambos lo sabemos.

No puedo decir si esto de Summers ha sido genuino o si ella ya lo sabía. Me han pillado antes con este tipo de cosas. Parece que ha sido de verdad. El problema es que, en sociedad, nos las arreglamos para fingir autenticidad cada vez que lo necesitamos.

—¿Intentó ponerse en contacto con usted? —le pregunto.

—No, en absoluto. O sea, ya se lo he dicho: yo ni siquiera sabía que estaba fuera de la cárcel. De todas formas, no le habrían permitido ponerse en contacto conmigo, ¿o sí? No… —dice, y luego sacude despacio la cabeza—. Qué estúpida soy. Iba a decir que no se lo habrían permitido. Seguro que era una condición para su puesta en libertad, ¿no?

—Cierto —digo, pero esas condiciones no sirven de mucho cuando la persona a la que más temes vuelve a aparecer en tu vida a las tres de la madrugada.

—Pero no importa —dice ella—, porque era imposible que supiera dónde vivo. Él habría ido a mi antigua casa. Quizá deberían probar allí.

—Háblenos de anoche —dice Kent.

—¿Anoche? —Asiente con lentitud, pensativa—. Lo mataron anoche —dice.

—Sí —dice Kent.

—Así que la verdadera razón por la que están aquí es que soy sospechosa, ¿no? Están aquí para ver si yo lo quería muerto. —Suelta una pequeña risa—. Lo quería muerto. Claro. Pero no lo maté.

Ni siquiera sabía que había salido de la cárcel. Ninguno de mis amigos, nadie de mi familia, nadie lo sabía. Si hubiera sabido que estaba fuera de la cárcel, habría comprado un arma. O me habría ido del país.

—Smith le hizo daño, así que es lógico que algunas personas piensen que usted querría hacerle daño —dice Kent, y con «algunas personas» se refiere a nosotros.

Kelly asiente.

—¿Debería conseguirme un abogado?

Las palabras «Eso depende de si tienes algo que ocultar» acaban de pasar por mi mente. Sin duda, también por la de Kent. Son palabras que ya hemos usado muchas veces, y son un desafío. Lo que dicen esas palabras es, simplemente, «¿Cómo de bueno crees que eres?». Pero no las usamos. No ante una mujer como Kelly.

—Eso depende de usted —dice Kent.

Kelly parece insegura y, de nuevo, hay una pausa mientras pondera sus opciones.

—Está bien —dice—. No tengo nada que ocultar. Tan solo no me gusta la idea de…, ya sabe, haber sido víctima una vez y, de alguna manera, volver a serlo, solo porque alguien piensa que he hecho algo que no he hecho.

—Así no son las cosas —le digo. Pero, claro, a veces, sí.

—Bueno, anoche fue anoche —dice—. Nada diferente. Terminé de trabajar y vine directa a casa; y, ¿sabe?, las noches pueden ser difíciles para mí. No me gusta salir a ningún sitio.

—¿Difíciles? —pregunta Kent, aunque sabemos cuál será la respuesta.

—Duras, simplemente —responde Kelly—. Llegué a casa y, por alguna razón, yo estaba entre tinieblas. Cuando eso sucede, tomo las pastillas que me dio mi médico. A veces, esas pastillas no funcionan tan bien si no las acompaño con un poco de vino. Así que eso hice anoche: me tomé una botella entera. Y eso… Bueno, eso y las pastillas me dejaron inconsciente. Me quedé dormida en el sofá, desperté sobre las cuatro y me arrastré hasta la cama.

—¿A qué hora terminó de trabajar? —pregunta Kent.

—No lo sé exactamente, pero sobre las nueve y media.

—Y vino directa a casa.

—Siempre lo hago —responde.

—¿No fue a ningún otro sitio? —pregunta Kent.

Kelly niega con la cabeza. Luego asiente.

—En realidad, sí, paré a repostar.

—Sabemos lo de la gasolina —dice Kent—, porque usted fue a la misma en la que trabajaba Dwight Smith.

—No —dice Kelly—. Quiero decir… ¿qué?

—Trabajaba en esa gasolinera desde que salió de la cárcel. Venimos de allí. Hemos visto imágenes de las cámaras de vigilancia: la hemos visto a usted usando su tarjeta de crédito. Dwight Smith también la vio. La observó y luego la siguió.

—Creo que voy a vomitar —dice Kelly, y se lleva una mano a la boca —. ¿Me siguió?

—Sí —dice Kent.

—¿Me siguió a casa?

—No sabemos hasta dónde la siguió —dice Kent—, pero esperamos que nos deje echar un vistazo para ver si ha estado aquí.

—Pero no ha estado aquí —dice Kelly—. Al menos, no aquí dentro.

—Entonces, ¿podemos echar un vistazo? —pregunta Kent.

Esperamos a que Kelly se lo piense. Si dice que no, es que tiene algo que ocultar. Si tiene algo que ocultar, lo encontraremos. Negarse la hará parecer sospechosa. No debería tener ninguna razón para decir que no.

—¿Quiere echar un vistazo a mi casa? —pregunta.

—Sí —le digo.

—Claro, adelante —dice ella—. Es que… no puedo creer que me siguiera.

Me levanto del sofá y Kent se queda en su sitio. Seguirán conversando mientras yo busco cualquier indicio de que Dwight Smith haya estado aquí. Camino por el salón sin intenciones de desaparecer inmediatamente de la vista de Kelly. Escucho la conversación. Es sobre el trabajo. Kelly le cuenta a Kent que la mayor parte de la semana ha tenido que trabajar hasta tarde. Me dirijo a la cocina. La conversación se convierte en murmullos para mí. La cocina está ordenada, aunque no tanto como el salón, y estar de pie aquí me recuerda la conversación de esta mañana con mi mujer, cuando ella le preparaba el desayuno a nuestra hija muerta. Kelly Summers es una persona ordenada, pero en la encimera de la cocina hay una botella vacía de vino tinto. En el fregadero ha dejado una copa vacía, salvo por una cucharada.

El baño está limpio y ordenado, y huele a lavanda. Hay una cortina de ducha verde brillante que no encaja con el resto de la decoración. Imagino que ver una así todos los días me provocaría mareos. Reviso el botiquín y encuentro diferentes envases que contienen

pastillas. Algunos nombres los reconozco; otros, no. Quizá sean pastillas para ayudar a Kelly Summers a dormir. Habrá otras que la ayuden a mantenerse adormecida cuando los pensamientos tenebrosos se acercan sigilosamente.

Desde el pasillo, cruzo la entrada que da al garaje. Kelly conduce un coche azul oscuro de dos puertas de hace diez años. Abro las puertas y el maletero, y no veo señales de sangre. Echo un vistazo al garaje, pero no hay muchas herramientas: un martillo, un par de destornilladores y nada más. Ninguno tiene sangre. Hay un contenedor de reciclaje justo a la entrada. Levanto la tapa. Solo está lleno hasta la cuarta parte. Hay otras botellas de vino, tickets, trozos de cartón y papel.

Vuelvo a entrar a la casa. Uno de los dormitorios se ha convertido en estudio, con un ordenador sobre un escritorio y estanterías alineadas en la pared. Reviso los títulos. No hay nada de novela negra. No hay novelas románticas. La mayoría son de literatura juvenil. El tipo de cosas que lee mi mujer: libros donde las mujeres están a salvo y los niños no desaparecen.

En el dormitorio principal hay un cuadro que también debe ser de Kelly, ya que concuerda con el del salón. Diferentes flores, diferente mujer, también girada apenas para que su expresión sea legible. O, quizá, para ocultar la cicatriz. Hay una funda nórdica blanca con bordes de color azul claro. En su mayor parte, sin decorar, salvo por un par de flores y hojas en las esquinas. Las cortinas están corridas. Las abro. En una de las ventanas, la cerradura ha sido arrancada. Abro la ventana y veo marcas de palanca por el exterior. Alguien ha clavado una palanca o un destornillador grande y ha forzado la ventana para abrirla.

Dwight Smith estuvo aquí anoche.

Me vienen a la mente las fotografías de Kelly Summers que he visto hace unas horas. Recuerdo algunos de los hechos que estaban

consignados en el expediente. Él la violó, la mordió y la cortó.

«¿Estamos en la misma sintonía?».

Cierro la ventana y vuelvo a correr la cortina. En el salón, la conversación continúa. Me asomo a la puerta y observo.

—Cuando Smith estaba en la cárcel, ¿nunca le escribió? ¿Nunca intentó llamarla? —pregunta Kent.

—No, que yo sepa. Como le he dicho, me mudé hace cinco años. No pude volver a ese lugar. Nunca me reenviaron nada de allí, pero, ahora que lo pienso, no dejé una dirección de reenvío. Así que quizá sí intentó escribir. —Me mira—. ¿Puede decirme cómo murió?

—De momento, no —le digo.

—¿Tuvo una mala muerte?

No tenemos ni idea, así que no podemos decirle nada. Según creemos, lo más probable es que sí.

Terminamos la entrevista y Kelly Summers nos acompaña a la puerta.

—Por fin, por primera vez en cinco años —dice—, me siento… No segura; no, segura no es la palabra adecuada. Pero siento algo. Alivio, supongo.

—¿Justicia? —le pregunto—. ¿Percibe una sensación de justicia?

Me sonríe.

—Gracias por venir, detectives —dice, y la entrevista termina.

Capítulo nueve

Kent arranca el coche y un gato sale corriendo de entre los arbustos de la casa del vecino, cruza la calle y pasa por delante de nosotros.

—¿Qué te ha parecido? —pregunta.

«¿Estamos en la misma sintonía?».

Sí, lo estamos. Solo que no lo estamos. Si lo estuviéramos, le estaría contando a Kent lo de la ventana forzada. Le estaría hablando de la cortina de baño recién comprada con marcas de pliegue muy arrugadas. Todo depende de si ha sido comprada antes de que el tren arrollara a Dwight Smith o después. Las cortinas de ducha son como las alfombras, los paños y las lonas: muy útiles para envolver un cuerpo cuando se tiene prisa.

—Es difícil saberlo —le digo.

—Algo no iba bien —me dice—. Parecía una representación. ¿Me entiendes?

Sí, sé lo que quiere decir. Esas preguntas de Kelly cuando abrió la puerta, la forma en la que se le borró la sonrisa en cuanto le dijimos que Dwight Smith había salido de la cárcel.

—Sí, lo sé. Ese es un buen resumen, pero ¿no es así como se comporta la gente auténtica también?

—Si lo mató, no pudo haberlo hecho sola —dice Kent—. La rabia puede ser un gran envión cuando se trata de poner fuerza, pero no la veo aquí. Había mucho que levantar y mucho que mover para alguien del tamaño de Kelly.

—Dicen que puedes levantar un coche si tu bebé está atrapado debajo.

—Sí, y puede que sea verdad —dice—, pero eso dura ¿cuánto?, ¿un segundo?, ¿dos? Digamos que cinco segundos, como mucho. Pura adrenalina. Pero eso no te sirve para transportar un cadáver y deshacerte de él. Eso requiere fuerza y determinación.

—Estoy de acuerdo —digo.

—Por supuesto, todo esto podría ser para nada. Por lo que sabemos, Smith se lanzó debajo de ese tren. Tal vez alguien lo empujó, aunque no fue Kelly. Ahora bien, si ella lo hizo, fue con ayuda.

Pienso en ello. Me imagino que, si hubiera ido en busca de ayuda, un ejército de voluntarios, formado por familiares y amigos, habría levantado la mano. Al menos, en teoría. ¿Y a la hora de la verdad? ¿Habrían estado allí en los momentos difíciles?

—Vayamos a hablar con el hermano de Smith —dice Kent.

Llegamos a las afueras de la ciudad y encontramos mucho más tráfico. Kent tiene que reducir la velocidad. En las próximas semanas, a medida que se acerque la Navidad, el tráfico no hará más que empeorar. Algunas tiendas ya han colocado sus adornos. Papá Noel está listo para llevarse el dinero que tanto nos ha costado ganar; Papá Noel, dándote la bienvenida; Papá Noel, aporreando la economía. Han pasado cuatro años desde la última vez que disfruté de una Navidad. Entonces, mi hija estaba viva. Recuerdo que corría de un lado a otro en busca de un muñeco de animal parlante que le encantaba, pero el problema era que otros niños de todo el país también querían uno, y se habían agotado en todas partes. Las dos Navidades siguientes fui a visitar a mi mujer a su residencia, mientras que la última la pasé en la cárcel.

Mientras conducimos, siento una bola de culpa en el estómago. Si la investigación volviera sobre Kelly Summers, podré decir que no me

di cuenta de la cerradura rota ni de las huellas de la palanca. ¿Me creerán los demás? Probablemente no; pero ¿qué podrían hacer?

Llamo a Hutton y lo pongo al día de todo, menos de la cerradura rota y la cortina de ducha nueva.

—Hay algo más —me dice—. Han buscado huellas en el coche. Solo han encontrado las de Smith y las de su hermano, además de las de la mujer del hermano. Nadie más tenía acceso al vehículo; no parece que nadie más lo haya conducido. El asiento está a la distancia correcta de los pedales, así que, si el propio Smith no fue quien condujo el coche, el conductor tiene su misma estatura o volvió a encajar el asiento en su sitio. Seguramente llevaba guantes y no puso las manos donde cualquier conductor normal las habría puesto. De esa forma evitó borrar las huellas de Smith en el volante. Hay algunos pelos ajenos en el espacio para los pies y en los pedales, el tipo de pelos que se enganchan en los zapatos y pasan de un lugar a otro. Tendríamos que conseguir una muestra de Kelly Summers y hacer las comparaciones para descartarla.

—¿Es sospechosa? ¿Aunque estés seguro de que Smith fue quien condujo el coche hasta ese sitio?

—Él la estaba siguiendo —dice Hutton—. Y hay más. El coche no tenía gasolina.

Me tomo unos segundos para asimilarlo. Repito:

—No tenía gasolina.

—El indicador de combustible es una entre las muchas cosas que no funcionan en ese coche. Está atascado alrededor de la mitad. Supongo que Smith calculaba la gasolina mediante el cuentakilómetros, así que una aguja atascada significa que no hay aviso de falta de combustible. El coche se quedó sin gasolina exactamente donde lo encontramos.

—Así que Smith se dirigía a otro lugar y calculó mal —le digo.

—O quizá no hizo mal los cálculos —dice Hutton—, ya que no condujo tan lejos de la ciudad. Se habría asegurado de tener suficiente gasolina. Después de todo, trabajaba en una gasolinera y podía haber repostado. Dijiste que tenía cuarenta dólares en la cartera, ¿verdad?

—Así es —digo.

Hutton continúa:

—Tal vez, esa vía de tren no era el destino que tenía en mente. Quizá se dirigía a otro sitio y se olvidó del combustible, porque, como dices, estaba distraído después de haber visto a Kelly Summers. Creo que lo siguiente es esperar hasta que la forense les haya echado un vistazo a los restos. ¿Por qué no vas a verla ahora? Sé que es pronto, pero podría tener algo.

Cambiamos de dirección y nos dirigimos al hospital. Llegamos a la hora de almuerzo. Hay obras, las mismas que llevan haciendo desde hace casi dos años. De hecho, están durando tanto que, una vez que la maquinaria y los obreros se hayan ido, el hongo de polvo que rodea el hospital tardará probablemente otra semana en asentarse. En estos momentos, las grandes máquinas están destrozando el hormigón y el metal existentes. Dentro de diez años volverán a hacerlo todo de nuevo para agrandar aún más las cosas. En la parte de atrás hay un aparcamiento para la policía. Un par de enfermeras, con el sol en la cara, comparten un cigarrillo. Pasamos por una entrada trasera, firmamos el registro de visitantes y cogemos un ascensor en el que no suena ninguna música. No me imagino un depósito de cadáveres en el piso de arriba.

Cuando se abren las puertas, Tracey Walter, la forense, se reúne con nosotros. Se ha teñido el pelo de rojo. La última vez que la vi, lo llevaba negro y antes, castaño. Supongo que está buscando cierta apariencia y no acaba de decidirse. Quizá está esperando a que

alguien le diga cómo debe llevarlo. Se ve igual que siempre: delgada y demacrada. Tiene cuerpo de corredora de fondo, listo para entrar en acción ante la primera señal de que se ha levantado un zombi.

—¿Cómo estás, Rebecca? —pregunta.

—Estoy bien —dice Kent, como siempre, aunque sé que no está bien. Solo espero que, por lo menos, lo esté en un buen porcentaje.

—¿Y tú, Theo? ¿Cómo está Bridget?

—Tirando. Ya sabes, no está al cien por cien, pero ha avanzado mucho.

—Estupendo —dice—. Lo que no está bien es que hayáis llegado unas seis horas antes de lo conveniente.

—Lo sé —intento parecer contrito—, y lo siento. ¿Has tenido tiempo de echarle un vistazo?

Suspira. He pasado por esto antes con ella. Y todos los detectives de homicidios, cuando tienen prisa, han tenido la misma experiencia con todos los médicos forenses, como cuando el capitán Kirk incordiaba a su jefe de ingenieros para que hiciera milagros en el menor tiempo posible.

Nos adentramos en la morgue. Me alegra llevar puesta la chaqueta. La sala tiene paredes de bloques de hormigón, una de ellas llena de cajones deslizantes con puertas de nevera cuadradas en la parte delantera y cuerpos tendidos en el interior. Hay superficies llenas de fluidos y bandejas y herramientas de aspecto afilado. Vemos cadáveres tumbados en las mesas, personas que han sido víctimas de la mala suerte o la mala salud, así como otras que han muerto porque se les ha acabado el tiempo, y nada más. Es fácil distinguir a Dwight Smith. Una mirada sobre él y me viene a la mente la frase «esto no ha sido un accidente de barco», seguida de «necesitaremos una morgue más grande». El tren ha hecho de él un

rompecabezas. Se me revuelve un poco el estómago y, por un segundo, un breve segundo, me da miedo que el contenido haga acto de presencia.

La cabeza está separada del cuerpo. Hay un áspero desgarrón donde antes se unían las dos partes, trozos de hueso y carne y músculo mezclados en un amasijo, rematados con grasa y suciedad y pequeñas hojas que, junto con lo que parece una polilla muerta, se han pegado a la sangre. En la muñeca izquierda hay un reloj de pulsera que ahora solo acertará dos veces al día, aunque Dwight Smith no se enterará de cuándo. El otro brazo yace a un lado de Dwight, más o menos donde estaría si permaneciera unido. Lo mismo ocurre con la mano. Y también con las piernas.

Lo más difícil de ver es la cabeza. Ni siquiera parece una cabeza. No sé qué demonios parece. Hay sangre, pelo y carne, pero no parece humana. Es como si una de las ruedas del tren le hubiera dado un empujón y, en vez de pasarle por encima, la hubiera lanzado al aire. Está parcialmente abierta. El cráneo se ha hendido por la parte superior y deja ver toda la materia gris que alguna vez produjo en Dwight Smith pensamientos muy enfermizos. No encuentro los ojos. No sé si están ahí dentro, en alguna parte, o si saltaron como uvas. Puedo distinguir la boca solo porque sé dónde debería estar. Kent se ha quedado con un brazo cruzado sobre el pecho mientras se lleva una mano a la cara. Se tapa la boca con el puño.

—No es difícil dilucidar que ha sido atropellado por un tren —dice Tracey.

Asiento con la cabeza. No puedo hablar. Pienso que Dwight Smith va a ocupar el lugar de mis sueños de arte moderno o, tal vez, aparezca en forma de exposición.

Mi respiración es entrecortada.

—¿Estaba muerto antes de que el tren lo golpeara?

Tracey mueve unos centímetros uno de los brazos amputados. Parece algo innecesario, y sospecho que lo hace porque sabe cómo me siento. Me está castigando por presentarme antes de tiempo. Al despegarse de la mesa, el muñón ensangrentado hace un húmedo sonido de succión. Sigo esperando que la forense intente encajarlo en su sitio, como si hubiera suficiente sangre y sustancia viscosa para que se quedara pegado, como si Tracey pudiera encajarlo en el hueso de la misma forma que yo solía ponerles los brazos a las muñecas de Emily.

—Ya se lo he dicho antes a Hutton: esta noche. Te llamaré más tarde, ¿vale?

—Esperábamos… —digo.

Levanta la mano para interrumpirme.

—No lo hagas —dice—. ¿De acuerdo? Se hará cuando tenga que hacerse. Has perdido el tiempo al venir aquí. Acéptalo y sigue con lo tuyo.

Así que lo aceptamos y seguimos con lo nuestro. Volvemos a montarnos en el ascensor. Es otro de esos viajes que veo al revés. El mismo guardia de seguridad. Las mismas dos enfermeras fuera, solo que ahora ya no están fumando. Están sentadas en un banco; una envía mensajes de texto mientras la otra lee una revista. Por pura comparación con el depósito de cadáveres, parece que el día acabara de calentarse veinte grados.

Llamo a Hutton mientras Kent empieza a conducir. Contesta al primer timbrazo. Lo pongo al día, lo que no es una actualización en absoluto, ya que no nos hemos enterado de nada.

—Vale —dice—. Escucha, he tenido una idea. ¿Por qué no vas y hablas con Carl Schroder?

Casi sacudo la cabeza. Hace tiempo que no veo a Schroder. Ahora está diferente. Es difícil hablar con él. Es difícil estar cerca de él. Después de la explosión que por poco mata a Kent, Schroder intentó rastrear al Tallador por su cuenta. Y lo encontró, pero, por andar haciendo esas cosas, recibió un balazo en la cabeza, mientras que el Tallador escapó. Estuvo a punto de morir. Durante algunos días, los dos estuvimos en coma al mismo tiempo. Fue entonces cuando los medios nos llamaron los Policías del Coma, aunque técnicamente Schroder ya no era policía.

—¿Schroder? ¿Por qué?

—Él fue quien arrestó a Dwight Smith y ayudó a Kelly Summers y, bueno, quisiera su opinión sobre esto.

—¿Su opinión? —pregunto, pero no puedo imaginar que tenga mucho que decir. Últimamente no tiene puntos de vista sobre nada.

—Sí. Quiero saber de qué cree que es capaz Kelly Summers.

—Pensé que estábamos esperando a ver qué dice la médica forense.

—Y en eso estamos. Pero, como acabas de decir, no sabremos nada hasta más tarde. Ya sabes cómo es esto: a veces suceden cosas que no llegan a los archivos.

Tiene razón. Hay cosas que no llegan a los archivos. En este caso, entre las cosas que no entraron están, sin duda, las amenazas de la familia Summers.

—Vale. Hablaré con él.

—Quiero que vayas tú solo —me dice—. Tenemos que atender una denuncia.

Me cuenta que acaban de recibir una llamada: una niña de nueve años ha desaparecido de uno de los centros comerciales de la zona.

Aún no hay detalles, solo el testimonio de un guardia de seguridad que lidia con una mujer histérica cuya bien educada hija ha desaparecido. Es el tipo de llamada que te parte el corazón, aunque en noventa y nueve de cada cien veces se trata, simplemente, de una niña que se ha escapado. La que a todos nos asusta es la que no está entre las noventa y nueve.

—Es fin de semana y estamos cortos de personal. La mitad del cuerpo sigue buscando al Tallador de Christchurch, y, coño, seamos francos, una niña de nueve años desaparecida siempre estará por encima de un violador muerto, así que quiero que os dividáis. Deja a Kent en el centro comercial; luego, ve a hablar con Schroder.

Colgamos y le explico la situación a Kent. Ella asiente mientras me escucha y luego cambia de dirección. Nos detenemos en un semáforo. El semáforo está en verde, pero el tráfico no avanza. La luz es del mismo tono que la cortina de ducha del baño de Kelly Summers. Hay un coche delante de nosotros rotulado como autoescuela. El conductor se ha detenido. Después de unos segundos, consigue arrancar. El coche avanza unos metros y vuelve a detenerse. Una vez más, el semáforo se pone en rojo. Entonces se abren las dos puertas. Un adolescente muy joven sale del coche y se dirige al otro lado, donde también está su padre. Cambian de sitio. El coche arranca. El semáforo se pone en verde. Atraviesan suavemente el cruce y se detienen. Pasamos de largo.

Kent se baja en el centro comercial. Yo también rodeo el coche y me subo al asiento del conductor. Le aseguro a Kent que me reuniré con ella más tarde aquí o que pasaré a recogerla.

—Buena suerte —le digo.

—Espero no necesitar suerte. Espero que la niña se haya ido a alguna tienda.

Ojalá que solo esté vagando por ahí y que no se la hayan llevado a la fuerza. Hay un mundo de diferencia entre los dos escenarios.

Capítulo diez

La casa empieza a llenarse de luz solar que vuela por encima de los árboles y entra a través de las ventanas del norte. Dibuja una línea en la alfombra que se va moviendo unos milímetros con cada minuto que pasa. Warren se ha ido. La telaraña está vacía esta mañana. Él se pregunta si algo más grande habrá venido a comérsela o si ha evolucionado porque necesitaba más espacio para crecer y convertirse en una araña mejor. Es la hora de comer. Lo sabe por la altura del sol y porque tiene hambre, pero no por lo que dice su reloj. Su reloj está estropeado. Aún lo lleva, pero la esfera está agrietada y las manecillas no se mueven. Murió el mismo día que murió Viejo Yo.

Tiene trabajo que hacer, pero primero necesita comer. Hay comida en casa, solo que no tiene ganas de cocinar. Lo que le apetece es comer.

La comida lo ayudará a pensar.

Camina hasta el garaje. En el garaje no hay herramientas, salvo un cortacésped que, piensa, no es en realidad una herramienta. A Viejo Yo le encantaba cortar el césped. Era el único momento en el que se sentía en paz. Se movía arriba y abajo por el jardín, vaciando el recogedor cada vez que estaba lleno. De verdad, era lo único en el mundo que lo desconectaba de su mente. Bueno, eso solía pensar hasta que se enteró de que recibir un disparo en la cabeza también funciona.

Se sube a su coche y conduce con el equipo de música apagado. Ya no escucha música. No lo hace desde el accidente. No es que pueda llamarse «accidente», en realidad. Fue un accidente en el mismo sentido en el que puede serlo un cáncer: en que es algo que no

quieres que te suceda. Le encantaba la música. A los quince años aprendió a tocar la guitarra. Tocaba hasta que le sangraban los dedos y, por más que le dolieran, seguía haciéndolo, pensando que así impresionaría a las chicas. Pero no. En aquella época, para impresionar a las chicas hacía falta algo más que tocar la guitarra: había que llevar la ropa y el corte de pelo adecuados, ser un gilipollas intenso y melancólico o tener una personalidad despreocupada, casi de vagabundo. Si no tenías ninguna de esas dos cosas, entonces no eras músico, no eras artista; eras solo un tío con una guitarra.

Se dirige a un autoservicio llamado Burger Bro y pide una triple B, que es la Big Bro Burger. El chico del mostrador lleva una camiseta que dice «Bro es tu tío» y, cuando se da la vuelta para coger la comida, queda a la vista la parte de la espalda. Hay un dibujo de patatas fritas que caen del cielo, una raya multicolor que corta el horizonte y, al fondo, una olla llena de nuggets de pollo. Debajo aparecen las palabras «Escala Bromática». Y él, por primera vez en meses, casi sonríe.

Tiene demasiada hambre para conducir a ningún sitio y detesta comer dentro de los restaurantes de comida rápida, así que se sienta en el aparcamiento a dar cuenta de su triple B mientras piensa en lo de anoche y en el lío que ha montado Kelly Summers. Ella le pidió cinco minutos, y cinco no fueron suficientes. Diez eran perfectos. Cuando ella terminó, se dio cuenta de que habían cometido un error. Tirar el cuerpo donde nadie pudiera encontrarlo era una cosa, pero al tipo tenían que haberlo matado fuera. La única salvación fue que todo sucedió en el baño. Los baños son más fáciles de limpiar. En los baños no tienes que arrancar alfombras.

Así que matar exige una curva de aprendizaje. Debería haberlo sabido. La próxima vez…

«¿Próxima vez?».

Sí, la próxima vez. Otro par de palabras importantes, como Burger Bro e ¿y si…? Tiene que haber una próxima vez. Después de esta noche, habrá más próximas veces, hasta que haya una última vez.

Termina de comer, recoge el desorden y arroja todo a una papelera cercana. Enciende la radio y escucha las noticias de la una. El cadáver en las vías del tren es la tercera noticia y hay muy pocos datos.

Conduce hasta el centro comercial más cercano. En esta ciudad, podría conducir diez minutos en cualquier dirección y encontrar un centro comercial. Compra el móvil más barato que encuentra. Paga en efectivo. Ya tiene un móvil, pero quiere uno desechable. Luego, va a otra tienda de telefonía del mismo centro comercial y compra una segunda tarjeta SIM de prepago. Va después al supermercado y compra una tercera. Al llegar a casa, carga el teléfono. Con este enchufado, llama a la prisión donde, hasta hace unas semanas, residía Dwight Smith. Suena dos veces y contesta una mujer.

—Soy el detective Theodore Tate —dice—. Necesito que me pase con alguien que pueda ayudarme con información sobre un exconvicto. Más concretamente, busco los nombres de algunos de sus compañeros de celda.

—Un momento —le dice la mujer, y lo pone en espera. Y de verdad es solo un momento, porque, a los dos segundos de la música de espera, otra mujer se pone en la línea.

Él se presenta de nuevo y habla con confianza, como un hombre que ha hecho esto antes, porque lo ha hecho. Dice que Dwight Smith ha aparecido en una investigación activa.

—¿Qué investigación? —pregunta ella.

—Bueno, tiene que ver con el cuerpo encontrado en las vías del tren —le dice.

—¿Era Smith? —pregunta.

—Sí.

—¿En qué puedo ayudarlo exactamente, detective…?

—Tate —dice—. Theodore Tate. Necesito saber quiénes fueron los compañeros de celda de Smith en los últimos cinco años.

—Deme dos minutos —dice, y se toma cinco. Cuando vuelve, retoma la conversación donde la había dejado—. Fueron tres. El primero, Eugene Walker. Compartieron celda durante doce meses, pero luego Walker fue puesto en libertad. Lo sustituyó Bevin Collard —dice—, y fueron compañeros de celda durante casi tres años, hasta que Bevin también salió libre. Luego, Smith, antes de que lo pusieran en libertad, estuvo solo un año con su tercer compañero de celda, un tipo que se llama Jamie Robertson.

—Bevin Collard —dice, y recuerda el caso. Recuerda que Collard tenía un hermano. Escribe el nombre con un lápiz. Usar libreta y lápiz es muy de la vieja escuela—. ¿Sabe su dirección?

—Yo no la tengo, pero sí sus agentes de la condicional —le dice, y le da los detalles—. ¿Quiere que envíe una copia a su departamento?

—Eso sería estupendo.

—Así lo haré.

Él sabe que lo hará y le da las gracias. Usa su teléfono para conectarse a internet. Busca a Bevin Collard y refresca su memoria. Bevin, junto con su hermano Taylor, fue condenado hace nueve años por haber violado a una mujer llamada Linda Crowley. De ese caso se encargó el detective Bill Landry. Él se lo contó todo. Los hechos ocurrieron en la casa de la víctima. Disfrazados con máscaras, los hermanos irrumpieron un sábado por la mañana mientras el marido de Linda jugaba al cricket. A ella le afeitaron la cabeza, le rompieron

ambos brazos y la violaron delante de Monica, la hija de seis años. Landry le reveló que todas las noches, durante una semana, Peter Crowley lo esperaba a la salida del trabajo para rogarle que lo dejara cinco minutos a solas con esos hombres. Landry le dio a Crowley la misma respuesta una y otra vez: no. La cosa no funcionaba así.

Bevin fue liberado hace doce meses. Su hermano, Taylor, hace dieciocho. Él llama al agente de la condicional y se identifica como el detective Theodore Tate. Pregunta por la última dirección conocida de Bevin Collard. Un minuto después, la tiene.

Golpea el bloc con el lápiz. Está cansado. Antes tomaba pastillas de cafeína para mantenerse despierto. Solían ayudarlo. Luego, lo fueron ayudando un poco menos, así que tuvo que tomar más. La antigua vida terminó en junio con una bala. Estaba buscando al Tallador de Christchurch. Lo rastreó hasta una iglesia y hubo un tiroteo. Murió gente, incluida la asesina en serie de policías Melissa X, pero no antes de que ella le pegara un tiro. El Tallador escapó y Viejo Yo salió de ahí con un balazo en la cabeza. La bala entró, pero nunca salió. Sigue ahí, alojada en lo más profundo. Por eso, según le han dicho los médicos, ya no puede saborear nada. Es la razón por la que no puede sentir nada. El motivo por el que ya no le importa nada. Un día, esa bala le apagará las luces y él estará muerto antes de tocar el suelo. Y eso no lo molesta en realidad. ¿Por qué iba a importarle? La única ventaja de tener una bala clavada en la cabeza es que no te importe.

Los médicos le han dicho que podría ocurrir cualquiera de estos días. O en un año. O en diez. O en veinte. ¿Había algo que pudieran hacer? No. ¿Cómo de altos eran los riesgos si trataban de sacar la bala? Altísimos. La cirugía lo mataría, eso estaba casi garantizado. ¿Casi? Bueno, si llegaba a sobrevivir a los cortes, perdería tantas funciones cerebrales que apenas seguiría vivo. Era perder o perder. Le dijeron que tuviera cuidado. «No te metas en una pelea», «No estrelles el coche», «No te emborraches para que no te caigas».

Lee más sobre Linda Crowley. Catorce meses después del ataque, Linda Crowley tomó tantos somníferos como pudo, los regó con una botella de vino tinto de sesenta dólares y se despidió del mundo mientras su hija estaba en el colegio y su marido, en el trabajo. Landry le contó que, después de aquello, Peter Crowley empezó a acudir de nuevo a la comisaría, a pedirle otra vez sus cinco minutos. Le ofreció dinero. Landry dijo que Crowley lo siguió una noche hasta su casa, llamó a la puerta y le entregó un maletín donde había veintiocho mil seiscientos ocho dólares. «Es todo lo que tengo, pero es suyo. Solo deme mis cinco minutos».

Pero el detective no podía hacer eso. Lo envió de vuelta a casa.

Landry habrá dicho que no, tal vez, pero el Hombre de los Cinco Minutos puede decir que sí.

Busca al marido en la guía telefónica y descubre que sigue viviendo en la misma casa. Recuerda el nombre de la calle, porque acompañó a Landry cuando acudieron al suicidio. No es la misma casa del ataque. Los Crowley la vendieron.

Saca la tarjeta SIM del teléfono, la parte por la mitad y la reemplaza. Oye que un coche se detiene fuera. Guarda el bloc y se acerca a la puerta. «Esto se pone interesante», piensa y, por un momento, se pregunta si esta visita está relacionada con la llamada que acaba de hacer, dado que se ha hecho pasar por este mismo hombre. Pero no, claro que no, ¿cómo podría ser?

Abre la puerta. Theodore Tate está subiendo por el camino de entrada.

Capítulo once

Schroder ha tenido un año difícil. Se separó de su mujer hace unos meses y ahora, como no puede trabajar, está en el paro. Hace algunas semanas que no lo veo, y estos días no ha sido exactamente lo que yo llamaría un tipo hablador. Asiente con la cabeza y, en ocasiones, contesta si le haces una pregunta directa, pero nunca llevará el peso de la conversación. A principios de este año, se vio obligado a matar a sangre fría a una anciana muy desagradable con el fin de salvar a una niña inocente. Quitar una vida hizo que Schroder dejara de ser Schroder. Perdió el trabajo y, esa misma noche, yo me convertí en residente de ciudad Coma. Unas semanas después, él empezó a trabajar para la televisión. Fue asesor de rodaje de algunas series policíacas y participó en un reality show —en el cual también fue narrador— sobre un vidente neozelandés que buscaba respuestas a crímenes sin resolver. Fue entonces cuando escapó el Tallador de Christchurch, y Melissa X, la novia del Tallador, le pegó a Carl un tiro en la cabeza. Cuando volvió al mundo de los vivos, la versión sombría de Carl se convirtió en otra cosa. No sé exactamente en qué. Algo vacío. Algo hueco. Algo que hizo que su mujer lo abandonara.

—Hola, Carl —le digo, mientras subo desde la acera a la puerta principal. Está abierta y él está apoyado en ella.

—Hola, Theo —me dice. Casi nunca me llama Theo. Siempre he sido Tate. O eso era—. ¿Qué haces aquí?

—Necesito tu ayuda. —Me salto las bromas. Carl ya no se anda con chiquitas.

Mira el expediente que llevo. Es el expediente de Dwight Smith.

—Será mejor que entres.

Lo sigo al interior. Es una casa de hace treinta o cuarenta años. No tiene una gran personalidad ni muchos muebles. No hay fotos ni cuadros en las paredes. En el salón veo un sofá, dos sillas a juego y una televisión, y nada más, salvo polvo en el suelo y telarañas en los rincones. No me ofrece nada de beber. Se sienta en el sofá y yo, frente a él, en una de las sillas. Ahora está calvo. Se afeitó la cabeza cuando los médicos le salvaron la vida. Como el pelo no le crece en la cicatriz que le dejó el disparo, la lleva afeitada. La cicatriz está en un costado de la cabeza y es horrible, como una moneda de diez centavos con pequeñas líneas que se extienden desde el centro. Parecen grietas en un espejo. Está dos centímetros por encima del ojo derecho y a medio camino entre este y la oreja. Luego están las cicatrices del trabajo de los médicos, finas líneas blancas de corte, agujeros donde se utilizaron taladros. Esas cicatrices se desvanecerán, pero no la herida de la bala.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—Igual —dice—. ¿Y tú?

—Bien —le contesto—. ¿Y los niños?

—¿A qué has venido, Theo?

—¿Recuerdas a Wayne Beachwood? —le pregunto.

—Wayne Beachwood —dice, y luego se queda callado durante unos segundos, como tratando de acceder a su memoria, como si abriera y cerrara cajones en busca del expediente correcto—. Sí, me acuerdo de él. El tipo del tren. Era el tipo que tiró… ¿cómo se llamaba?… a Russell Lighter a las vías del tren.

—Richard Lighter.

—Richard Lighter. Beachwood, que había estado bebiendo, atropelló a Lighter con su coche. Cogió el cuerpo y lo dejó en las vías del tren con la esperanza de ocultar cualquier prueba, pero había un testigo —dice. Todo es muy monótono, como si lo estuviera leyendo de un expediente recién encontrado—. ¿Estás aquí por Beachwood?

—No exactamente. —Le ofrezco la carpeta, pero no la coge. Después de unos segundos, me inclino hacia delante para dejarla caer sobre el sofá, a su lado—. ¿Te acuerdas de Kelly Summers?

—Sí.

—¿Y de Dwight Smith?

—Sí. Aún no me has dicho por qué has venido.

—Dwight Smith está muerto —le digo.

—Vale —dice.

—¿Vale?

Se encoge de hombros.

—No me imagino a mucha gente llorando por él. Eso aún no me dice por qué estás aquí, pero supongo que tendrá algo que ver con Wayne Beachwood. ¿Lo mató Beachwood en la cárcel?

—No —le digo, y entonces le cuento las dos últimas semanas de la vida de Dwight Smith. Su salida de la cárcel, su trabajo despachando gasolina, su repentina marcha de la gasolinera anoche, tras ver a Kelly Summers.

—¿Kelly Summers también está muerta? —pregunta, aún sin emoción.

—Kelly está bien —le digo.

—Me alegra oír eso —dice, aunque no parece contento. No suena a nada. Si acaso, suena aburrido.

—Creemos que Dwight Smith ha sido asesinado —le digo. Aunque la mayoría solo lo consideran una hipótesis, yo sí que lo sé a ciencia cierta. He visto la ventana y la cortina de la ducha. No se lo digo. Estoy aquí porque Hutton ha querido que venga.

—Vale —dice.

—¿Vale?

—Sigues sin decirme por qué estás aquí.

—Fuiste el detective encargado de la investigación hace cinco años. Quiero enterarme de lo que no se incluyó en el expediente. Quiero saber de lo que Kelly o su familia son capaces. Conociste a algunos de sus amigos y familiares. Quiero saber si crees que pudo haber hecho esto ella sola, o bien si sabes quién pudo haberla ayudado.

—Así que es sospechosa —dice.

—Es posible.

—Kelly Summers es una víctima, Theo, no una asesina. Si Smith la siguió hasta su casa anoche, si entró a la fuerza y ella lo dominó, ¿por qué no llamó a la policía?

—Porque…

—¿Porque qué? —pregunta—. Nada quedó fuera del expediente, Theo. Si Kelly lo hubiera matado mientras se defendía, habría llamado a la policía. Tú habrías aparecido, habrías echado un vistazo a lo que había ocurrido, tanto si lo hubiera golpeado con un cuenco de cerámica como si lo hubiera apuñalado con unas tijeras de cocina, y habrías llegado a la conclusión de que Dwight Smith, exconvicto y violador, ese Dwight Smith que acababa de entrar en la

casa, la había atacado y había sido reducido, bueno, ese Dwight Smith se había llevado su merecido. Te conozco. Si te hubieras encontrado con eso, sé que no habrías intentado ver más de lo que había, y no hay ninguna razón para que Kelly Summers sospechara que lo verías de otra manera. No hay ninguna razón para que Kelly Summers no llamara a la policía. No hay razón para que intentara ocultar todo poniendo a Smith en unas vías de tren.

—No creo que el tren fuera parte del plan.

—No te entiendo.

Mi teléfono empieza a vibrar en el bolsillo, pero no le hago caso.

—Usaron el coche de Smith para transportar el cuerpo hasta allí, pero se quedaron sin gasolina. Quienquiera que lo conducía probablemente tenía planes de llevarlo a enterrar a algún sitio, a algún lugar donde nunca lo encontrarían, pero el plan cambió.

—Ya veo —dice.

—¿Cambia esto tu opinión de Kelly Summers?

—No —dice.

—¿No? —pregunto, y mi teléfono se ha quedado en silencio.

—Es lo mismo, Theo. No hay razón para que Kelly ocultara lo que habría sido un claro caso de defensa propia. No estoy diciendo que Dwight Smith no fuera asesinado. Es posible que toda tu teoría termine por cuadrar, pero lo que te quiero decir es que algo más tuvo que pasar entre la gasolinera donde trabajaba Smith y la casa de Kelly Summers. Pudo no haber llegado a su casa. ¿No crees que pudo haber saltado delante del tren?

—Lo estamos valorando —le digo.

—¿Qué han encontrado los forenses en el coche? ¿Otras huellas en el volante? ¿Pelos en el reposacabezas?

—Nada. De hecho, los forenses están seguros de que Smith fue la última persona que lo condujo.

—Pues ahí lo tienes —dice Schroder—. Mira, Theo, sé que parece improbable que viera a Kelly Summers y que luego le dieran ganas de suicidarse, pero a mí me parece un caso sencillo del que estás buscando una respuesta complicada. ¿Da la impresión de que Dwight Smith condujo hasta esas vías para saltar delante del tren?

—Sí —admito, y pienso en la cerradura de la ventana, la cortina de la ducha con las marcas de pliegue. Era una cortina nueva y no había ningún embalaje en la papelera de reciclaje. Pudo haberla comprado hace una semana, igual que es posible que la hubiera cambiado esta misma mañana, si es que anoche usó la que tenía para envolver a un Dwight Smith muy muerto. También es posible que la cerradura de la ventana hubiera sido forzada hace una o dos semanas y ella hubiera decidido no mencionarlo—. Todo lo que dijo sonaba ensayado.

—Me parece que ha actuado así no porque fuera algo ensayado, sino porque era genuino.

—Tal vez —digo, y no hay necesidad de seguir insistiendo. Me alegra que Schroder no crea que ella es capaz de asesinar. Ojalá que eso signifique que todos pensarán lo mismo. Lo que quiero es que Dwight Smith se haya suicidado y que Kelly Summers siga con su vida. Mi teléfono empieza a vibrar de nuevo.

—Sin duda —dice—. Espero que esto te sirva. —Se pone en pie.

Yo también.

—Gracias, Carl. —Le doy la mano—. Volveré pronto y nos pondremos al día un poco más, ¿vale?

—Lo que tú digas, Theo. —Me acompaña a la puerta—. Espera un segundo.

—¿Sí?

—El médico forense. ¿Quién está trabajando en el caso?

—Tracey Walter.

—De acuerdo —dice, y mueve la cabeza de arriba abajo, despacio—. ¿Qué ha encontrado?

—Ha dicho que sabría algo hoy mismo, más tarde.

—Mantenme informado, ¿quieres? Tengo curiosidad.

Saco el móvil mientras me dirijo al coche y veo que Kent ha dejado dos mensajes; sin duda, sobre la niña desaparecida. Antes de que pueda leerlos, me vuelve a llamar.

—¿Cómo te va? —pregunto. Tengo miedo de lo que me pueda responder. Espero que me lleve por el camino de «la niña iba vagando por ahí» y no de «se la han llevado a la fuerza».

—Escucha, Theo, no hay una forma fácil de decir esto —me dice, y esas nunca son palabras que quieras escuchar de alguien; mucho menos de otro policía, y menos aún cuando se trata de una niña desaparecida. En mi mente puedo ver a la niña, una mano que le sujeta el brazo con fuerza, la puerta de una furgoneta que se abre, la niña llorando mientras la meten dentro. No soporto ni pensarlo siquiera, pero lo hago. Claro que lo pienso. Es mi trabajo.

—Solo dilo.

—La niña desaparecida… —dice—. Tate, la niña desaparecida es tu hija.

Capítulo doce

El hombre que ha ayudado a Kelly Summers, el hombre que ha intentado deshacerse del cadáver, el Hombre de los Cinco Minutos, tal y como él se autodenomina ahora —o el detective Carl Schroder, tal y como solían verlo (Viejo Yo), el trágico Carl Schroder desempleado, tal y como lo ven ahora (Nuevo Nuevo Yo)— se sienta de nuevo en su sofá y mira hacia el techo. Descubre que Warren ha vuelto.

—Creí te habían comido —le dice.

«¿Quién se comería una araña?», responde Warren, y, por un momento, Carl Schroder piensa que se ha vuelto loco. Completamente loco. Pero, por supuesto, la araña no ha hablado, las arañas no hablan. E incluso, si las arañas empezaran a hablar, duda que Warren fuera la primera.

—En los últimos años, Tate ha sido una auténtica patada en los cojones —le dice a Warren, pero este es demasiado pequeño como para que Schroder sepa si le está prestando atención—. Sin embargo, también ha demostrado ser un investigador útil. Sabe hacer su trabajo.

«Tendrás que cuidarte», dice Warren.

—Lo sé. Kelly Summers pudo actuar de maravilla en su casa, pero que te interroguen en tu casa o en una sala de interrogatorios son cosas muy diferentes.

«Totalmente de acuerdo —admite Warren—. ¿Qué demonios ha pasado?».

Él se reclina en el sofá y suspira.

—Estaba a cien metros de la vía del tren cuando el coche se dio por vencido. Lo empujé hasta quedar a veinte metros. Tenía esperanzas de que la policía no se esforzara demasiado en averiguar por qué un violador se había hecho cortar en rodajas.

«Una reflexión adecuada —dice Warren—. Entonces, ¿qué?, ¿sacaste a Smith del coche y lo pusiste en las vías?».

—Exactamente. Cuando el tren lo golpeó, volaron pedazos de Dwight Smith por todas partes. Así que até una de las manos con un trozo de cuerda y la enrollé como si fuera un pez. Luego la envolví en un trozo de cortina de ducha, para que no goteara, y dejé huellas por todo el volante, en la palanca con la que se ajusta el asiento y alrededor de la manilla de la puerta.

«Qué listo», dice Warren.

—Y eso que estoy hablando con una araña —dice Schroder.

«No, estás hablando solo».

Deja de hablar consigo mismo. Anoche hizo sus cálculos: la caminata de vuelta a la ciudad le llevaría cinco, seis o quizá siete horas. Se quitó los guantes y empezó. Al cabo de veinte minutos, enterró la cortina de ducha en el lindero de una granja. Tenía que hacerlo, porque nadie va cargando cortinas de ducha mientras camina por las carreteras. Veinte minutos más tarde, llegó al final del camino, donde este giraba hacia la autopista. A los diez minutos, un camión se detuvo, y un tipo corpulento, de antebrazos gruesos y con un corte de pelo que le caía por la nuca, se ofreció a llevarlo. Schroder se acordó de un tío al que había detenido hacía años, uno que distribuía pornografía infantil. En el trayecto en coche hasta la comisaría, el tío le había dicho que lo mejor de la pornografía infantil era que los niños la hacían gratis. A Schroder le entraron ganas de

pegarle un tiro. Por supuesto, aquel era Viejo Yo. Nuevo Nuevo Yo lo habría hecho.

Lo dejó en la ciudad. Cogió un taxi que lo dejó a un kilómetro y medio de la casa de Kelly Summers. Pagó en efectivo y caminó el resto del trayecto.

Kelly ya había limpiado el cuarto de baño. Tenía una bolsa de plástico llena de trapos ensangrentados o empapados en lejía. El baño olía como un hospital. Ella sudaba, pero no perdía la concentración. Tenía el mismo aspecto que él cuando cortaba el césped. Le contó lo del coche. El plan estaba cambiando. Él le dijo que volvería en veinte minutos. Su ropa estaba limpia, pues había tenido cuidado de no mancharse de sangre. Sus manos, en cambio, estaban sucias, pero tardó un minuto en limpiárselas. Se dirigió al supermercado de veinticuatro horas más cercano. Compró una cortina de ducha nueva, velas perfumadas, ambientadores y aceites aromáticos. Cuando volvió, roció la habitación con ambientador, colocó las velas y los aceites para disimular el olor a lejía y colgó la cortina nueva.

Kelly y él se sentaron en el salón durante tres horas. Él pensó que ella estaría nerviosa, pero no lo estaba. Limpiar el baño, le aclaró ella, había sido catártico. Ensayaron lo que la mujer tendría que decir cuando llegara la policía. Él estaba seguro de que saldría airosa. Kelly Summers tenía una vida por delante y quería vivirla. Si metía la pata, la policía terminaría llevándosela. «Dwight Smith te habría dado una paliza —le dijo—. No dejes que te venza».

Él se llevó la bata, los trapos, la lejía y el envoltorio de la cortina de ducha. Cuando por fin se fue, el cuarto de baño olía como un árbol de Navidad. Lo único que no podía hacer era arreglar la ventana, no en el tiempo que le quedaba, pero ella diría que no sabía nada de eso. Para la policía, era imposible averiguar cuándo había ocurrido. Kelly Summers lo abrazó y él se quedó con los brazos colgando a los costados. Ella, con aliento tibio, le susurró al oído las gracias una y

otra vez; y, cuando se apartó, las cuatro manos se encontraron y se entrelazaron, formando una pequeña cadena humana, un círculo, y ella sonrió.

Él tiró todo en lugares separados.

Piensa en Theodore Tate y se pregunta cuánto sabrá en realidad. Eso es lo que pasa con Theo, que nunca se sabe.

Piensa en los hermanos Collard. Piensa en Peter Crowley, el hombre que le pidió a Landry cinco minutos a solas con los hermanos.

Esta noche, Peter Crowley tendrá sus cinco minutos.

Esta noche, con toda seguridad, no se quedará sin combustible.

Esta noche, Nuevo Nuevo Yo seguirá evolucionando.

Capítulo trece

Enciendo las sirenas, aunque no sea una emergencia. Nadie está en peligro. No hay vidas en juego. Así que las enciendo para apartar el tráfico de mi camino, solo que no piso el acelerador. No acelero. Bueno, no mucho. Si causara un accidente, estaría frito.

Conduzco el coche de Kent hasta el aparcamiento donde, hace tres años, murió mi hija. Aún recuerdo cada segundo de aquel día: recibir la llamada, correr al hospital, rezar a Dios mientras los cirujanos jugaban a ser Dios con mi mujer. Por supuesto, no se podía hacer nada por mi hija. Un día después, conduje hasta este mismo aparcamiento. Todavía había cinta policial ondeando al viento. Al contemplar esa cinta, conocí mi futuro o, mejor dicho, conocí el futuro del hombre que le había hecho eso a mi familia.

Encuentro una plaza de aparcamiento y me dirijo a las oficinas de la dirección. Están en el piso de arriba. Hay un montón de despachos que dan a un pasillo. Una de las puertas de esas oficinas se abre y Kent sale a merodear.

—Te he visto gracias a la cámara de seguridad —me dice.

Y, por supuesto, levanto la vista y miro hacia la cámara, como para confirmarlo. Me sonríe con una sonrisa lenta y triste. Intenta decirme que todo va a salir bien.

—¿Ha llegado ya el doctor Forster? —le pregunto. El doctor Forster es el médico de Bridget. Cuando Kent no pudo localizarme de inmediato, lo llamó.

—Hace unos diez minutos. Escucha, Theo, ha tenido que sedarla. En este momento está durmiendo.

—¿Qué ha pasado?

Así que me cuenta lo que ha ocurrido. Me lo cuenta paso a paso, lo mejor que puede, a partir de los relatos de los testigos y del guardia de seguridad que intentó ayudarla en un primer momento, y también a partir de la narración de la propia Bridget. Hay un par de asientos en el pasillo. Tengo que sentarme, porque mis piernas amenazan con desplomarse. Bridget había salido de compras. Nadie sabe cómo llegó aquí, pero imagino que cogió un autobús. En el centro comercial, estaba pasando por delante del cine cuando, de repente, pensó que Emily había desaparecido. Comprobó el cine, los baños y el vestíbulo; luego, se sentó en unas escaleras durante unos minutos sin saber qué hacer. Cuando se levantó, empezó a preguntarle a la gente si habían visto a su hija y les mostraba una fotografía de Emily. Cada vez gritaba más y estaba más asustada, con lo que llamó la atención de un guardia de seguridad. Este la llevó a la oficina de la dirección. El personal y el guardia de seguridad le aseguraron que lo más probable era que Emily estuviera deambulando por algún lugar del centro comercial, así que usaron la megafonía para llamarla.

Emily no apareció. Entonces empezaron a surgir las primeras grietas en la historia de Bridget. La película que había ido a ver con Emily era de animación e incluía animales que hablaban. Hoy no había películas de ese tipo. Aun así, la convicción de mi mujer era fuerte y, por supuesto, estaban ante un problema que requería la intervención de la policía, y por eso nos habían llamado. Cuando le pidieron mi número de contacto, Bridget les dio el de mi móvil. Pero les dio el de hace tres años, y ya no lo tengo, porque era un número del trabajo. Así que intentaron llamarme y solo recibieron un mensaje automático que decía que el teléfono estaba fuera de servicio. Entonces les explicó que yo trabajaba para el departamento de policía y les pidió que me llamaran allí. En ese momento, una de las encargadas reconoció mi nombre y, como ella ya trabajaba aquí el día del accidente, se imaginó lo que podía estar pasando. Antes de que pudiera decidir qué hacer con esa información, llegó al lugar

la primera pareja de agentes. Los informó y, rápidamente, todos estuvieron de acuerdo en que esto era un asunto médico. Era algo raro. Estaban tratando con una mujer que se había vuelto loca, no con una niña desaparecida. Entonces llegó Kent y todo se confirmó. Yo no había podido cogerle la llamada, porque estaba hablando con Schroder, así que habían llamado al médico.

Bridget no sabía quién era Rebecca Kent, porque no la conocía hace tres años, y es ahí donde estaba la mente de Bridget: hace tres años. Y tampoco reconoció al doctor Forster por la misma razón. Era, de nuevo, aquel frío martes del accidente.

Sigo a Rebecca hasta la oficina. Es una oficina grande, con media docena de escritorios y vistas al aparcamiento. Desde aquí puedo ver el lugar donde mataron a Emily. Tuvo que ser una imagen horrible para cualquiera que estuviera aquí ese día. Hay un montón de gente, un dispensador de agua, media docena de calendarios colgados de la pared, un par de relojes, algunas plantas, muchas estanterías con cajas y carpetas y, a lo largo de una pared, un par de sofás. Mi mujer está tumbada en uno de esos sofás.

Todo el personal está de pie. Tres empleados forman un semicírculo cerca de mi mujer y la observan; otros se han dividido en parejas y hablan entre ellos. Rebecca se queda atrás mientras me acerco a Bridget, me agacho a su lado y le cojo la mano. Está caliente. Le acaricio el pelo de la frente y miro al doctor Forster. Es un tipo atractivo, de unos cincuenta años, con el pelo castaño oscuro y gafas de diseño. Cada vez que lo veo, pienso que parece más un médico de la tele que uno de verdad.

—Siempre hemos sabido que algo así podía ocurrir —afirma.

—¿Se va a poner bien?

—Quizá sería conveniente ampliar nuestra definición de lo que significa estar bien —dice—. ¿Se despertará pensando que todavía

es hace tres años? No lo sé. Tal vez no. ¿Volverá a ocurrir? Es posible. Este ha sido el peor de los episodios, ¿verdad?

—Así es —le digo, inseguro de cómo sentirme respecto a que lo que está pasando se resuma como «un episodio»—. Las otras veces solo me ha llevado unos minutos convencerla, quiero decir, recordarle, supongo, lo que estaba pasando.

—¿Y esto empezó hace solo dos semanas? —me pregunta. Lo llamé después del primer episodio. El doctor Forster programó más pruebas, pero aún faltan dos semanas.

—Así es. Estaba bien hasta entonces.

—Supongo que haber venido al centro comercial ha desencadenado una ruptura total. Y todas estas personas son extraños. Por supuesto, ella no iba a creer en ellos, ni a confiar en ellos tampoco. ¿Sabes por qué ha venido aquí?

—No.

—No conduce, ¿verdad?

—Bueno, solía hacerlo, por supuesto, pero ya no… No sé cómo ha llegado aquí. Supongo que ha venido en un autobús.

—Te sugiero esto. Llévatela a casa, vigílala de cerca el resto del fin de semana y tráemela el lunes. Le haremos algunas pruebas. ¿Qué te parece?

Asiento con impaciencia.

—Allí estaremos.

Decidimos que lo mejor será dejarla dormir un rato en el piso de arriba, en lugar de subirla al coche o llamar a una ambulancia. En la

enfermería cercana hay una camilla. La usamos para llevar a mi mujer allí y tumbarla en un catre.

—Dale dos o tres horas —dice Forster. Luego me da la mano, me dice «Aguanta» y me recuerda que lo llame si surge algún otro problema. Le digo que sí, que lo haré, que lo veré el lunes, y entonces se va. Nos deja a Kent y a mí solos con mi mujer en la enfermería.

Capítulo catorce

Salgo al pasillo con Kent. Somos los únicos que estamos aquí. Ella parece un poco agitada y yo me siento sacudido. Me imagino que Elvis sabría cómo resumirlo. De repente, me invade el agotamiento y tengo que apoyarme en la pared para no venirme abajo. Bridget ya estaba mejor. La vida iba a ir bien.

Kent me rodea con los brazos y me abraza. Su cuerpo es cálido y huele ligeramente a perfume.

—Todo va a ir bien —me dice.

No sé qué responder. La verdad es que sus palabras me han dado ganas de llorar, y puedo sentir que las lágrimas vienen, que están por llegar, y entonces brotan. Nadie me ha abrazado así en mucho tiempo. Otra verdad es que Rebecca no sabe si Bridget va a estar bien; solo hace lo que la gente hace, dice lo que es de esperar que diga.

—No pasa nada —me vuelve a decir, mientras las lágrimas escurren por mi cara hasta su hombro. Sigue abrazándome. Por la forma en la que me dice las cosas, parecen creíbles. Nos quedamos así durante casi un minuto. Luego, las lágrimas dejan de caer y nos separamos.

—Esto es muy duro para ella —digo.

—Es duro para ti también, Theo.

Me limpio las lágrimas.

—No soy yo quien una y otra vez recibe la noticia de que su hija ha muerto. Cada vez que se lo digo, es como si la rompiera. Es muy

cruel.

—Quizá no sea así durante mucho más tiempo —dice—. Puede que esta haya sido la última vez. Hay que mantener la esperanza. Hace cinco meses, estaba en estado vegetativo. ¿Habías perdido la esperanza entonces?

—No. —Lo cual no es del todo cierto—. Y no me estoy rindiendo ahora. Es solo que… Yo… No sé. Solo quiero que esté bien. Solo quiero que todo esté bien.

Se levanta y se pasa los dedos por el lado marcado de su cara.

—Sé lo que quieres decir.

—Gracias por ayudarla —le digo—, y por llamar a su médico.

Extiende la mano y me aprieta el brazo. Asiento con la cabeza, como si recibiera un mensaje.

—¿Cómo te ha ido con Schroder? —pregunta.

La conversación da tal vuelco que, por un momento, no puedo responderle. ¿Schroder? Ah, ese Schroder. Estamos trabajando en un suicidio que, en realidad, es un homicidio. No he pensado en ello desde que llegué aquí. Le cuento lo que dijo Schroder, y ella está de acuerdo con él. Si Dwight hubiera seguido a Kelly a su casa, si hubiera entrado, no habría razón para que Kelly no llamara a la policía después de haberlo matado en defensa propia.

—Quédate con el coche —dice—. Pediré a un agente que me lleve a comisaría y hablaré con Hutton. —Caminamos hasta el final del pasillo.— Supongo que todo se reduce a los informes forenses —dice —. Si Smith no estaba muerto antes de caer en esas vías, no hay razón para ponerle a esto un nombre distinto. Cogeré otro coche e iré a hablar con el hermano. Haré que Hutton venga conmigo. Te llamaré y te pondré al día cuando sepa más.

—Gracias, Rebecca.

Sonríe de nuevo.

—Qué suerte tiene de tenerte.

La veo desaparecer entre la multitud mientras pienso que Bridget nunca ha sido la afortunada, que el afortunado soy yo. Tengo la suerte de tener a Bridget. Vuelvo a la enfermería. La habitación es el doble de grande que la celda en la que pasé el verano pasado. Hay dos catres, ambos cubiertos con mantas grises. Uno está vacío; en el otro está acostada mi mujer. Me siento junto a su cama, la cojo de la mano y la miro fijamente, recordando las veces que yo solía hacer esto cuando Bridget estaba en la residencia de recuperación. La habitación huele a desinfectante. Eso me retrotrae a los tiempos del cole, a una o dos ocasiones en las que me sentí mal y tuve que esperar en la enfermería a que mi madre viniera a buscarme.

—He estado pensando últimamente en cómo nos conocimos, ¿te acuerdas? —le pregunto, seguro de que sí, pero no tan seguro como me gustaría. ¿Y si un día esa cosa que le pasa le roba todos sus recuerdos?—. Llevaba un año en la academia de policía. Por aquel entonces, la mayor parte de mi trabajo consistía en pasear con un compañero por las calles de la ciudad, vigilando que no se cometieran delitos; pero, sobre todo, lidiando con ladrones de tiendas. O, si nuestros turnos eran de noche, acudíamos a disolver peleas de borrachos. El trabajo no era tan gratificante como al principio creí que sería. No sé, supongo que siempre había pensado que la gente nos apreciaría más por lo que hacíamos. Pero no, todo el mundo estaba descontento. Todo era una cuestión grados. Hay algo que nunca te he contado sobre la mañana en la que nos conocimos.

Conocí a Bridget en una cafetería. No dejaba de verla allí. A veces, estaba delante de mí en la cola; a veces, detrás; a veces, parecía seria y, a veces, feliz. Al cabo de unas semanas empezamos a

intercambiar sonrisas. Luego, entablamos alguna conversación trivial. Charlas muy triviales. Cosas como «Te prometo que no te estoy siguiendo» o «Creo que soy café en un sesenta por ciento». Entonces nos presentamos. En ese momento, la máquina de capuchinos se puso a hacer mucho ruido y no oí su nombre, y, por alguna razón, no le pedí enseguida que me lo repitiera. Más tarde, ese mismo día, la vi en la ciudad. Yo iba con mi uniforme de policía, hablando con Schroder. Ella se me acercó y me dijo: «Perdone, agente, pero ¿bebe algo más que café?».

Le dije que sí. Sonrió, anotó su número de teléfono en un papelito y me lo dio. «Si alguna vez te apetece ir a tomar algo y no tomártelo tú solo, llámame», me dijo.

—El problema —le digo ahora— es que no alcancé a oír tu nombre cuando me lo dijiste. Y, cuando me diste tu número, era solo tu número. No escribiste tu nombre, porque pensaste que yo ya lo sabía. A partir de ahí, todo se volvió incómodo. Te llamé esa misma noche, con la esperanza de que dijeras tu nombre al coger el teléfono, pero no lo hiciste. Ese fin de semana fuimos a tomar algo. Unas noches después, vimos una película. El fin de semana siguiente, salimos a cenar. Yo seguía sin saber tu nombre y, como llegabas en taxi a los sitios donde nos encontrábamos, no había una matrícula que comprobar. Por supuesto, tampoco sabía dónde vivías. No entonces. Después de nuestra tercera cita, se me ocurrió una solución. ¿Recuerdas cuando empecé a mandarte mensajes en tercera persona, como un juego? Te dije «Theo se lo pasó muy bien anoche y se pregunta si te gustaría volver a salir este fin de semana». Tú respondiste que a Bridget le encantaría.

A Theo le encantaría que ella despertara y todo volviera a ser como antes. A Theo le encantaría que todo volviera a estar bien. Conocer a Bridget ha sido lo mejor que le ha pasado.

Sonrío al recordarlo. Recuerdo que me reí cuando llegó su mensaje. Nunca he querido contarle esta historia. Se la he contado a Schroder

y a otros amigos, pero nunca he querido que Bridget la supiera. Estoy seguro de que se habría reído.

Me pongo un poco más cómodo, ajusto mi postura, sigo cogiéndole la mano y la miro fijamente mientras espero a que las cosas mejoren.

Capítulo quince

Schroder coteja la dirección que tiene anotada con la de la casa frente a la que ha aparcado. Es un barrio medio. Algunos jardines están un poco crecidos; otros, bonitos, frondosos y verdes; otros, demasiado cortos y marrones; otros, inundados de trébol y malas hierbas. Algunas vallas están recién pintadas, otras necesitan reparaciones. Hay jardines desordenados, jardines ordenados, jardines inexistentes. Nada uniforme, nada recargado.

Sale del coche y se dirige a la casa. En el camino que lleva a la puerta hay un montón de malas hierbas, verdes por encima y sucias por debajo. Hay manchas de tierra fresca en el jardín, de donde las hierbas han sido arrancadas. Algunos arbustos parecen recién plantados, tanto que aún tienen las etiquetas colgando. Otros siguen en macetas, listos para ocupar algunos de los agujeros ya cavados. A Schroder le encantaba cortar el césped, pero detestaba la jardinería, y en su antigua vida no podía esperar a que sus hijos crecieran lo suficiente como para ocuparse de la jardinería por él.

No ha llegado al umbral cuando se abre la puerta y sale una joven furiosa. Va completamente vestida de negro. Tiene las uñas negras, y lleva grandes anillos y brazaletes plateados. Parece tener unos quince años, el doble que la hija de Schroder. Lleva los ojos oscurecidos con sombra morada y pintalabios negro. Él ya puede imaginarse las discusiones que la chica tendrá con su padre.

Antes de que ninguno de los dos pueda decir nada, Peter Crowley sale por la puerta, a pocos metros de su hija.

—Maldita sea, Monica, te he dicho que no —dice.

—Como quieras —dice Monica, palabras que todos los chicos adoptan al crecer, Schroder bien lo sabe, junto con «Vete a la mierda» y «¿Me prestas el coche?». Ella se encuentra con Schroder, dedica dos segundos de su tiempo a barrerlo con la mirada de arriba abajo y se despide—. Volveré más tarde.

—¿Cuándo es más tarde? —pregunta Peter.

—Más tarde —dice ella, y entonces se va: una chica y su angustia caminando por la carretera.

Peter mira a su visitante y se encoge de hombros, pero el tipo parece avergonzado. También parece diferente de la última vez que Schroder lo vio. Como sea, todos estos años agregados envejecen a cualquier hombre, pero más aún a quien ha pasado por lo mismo que Peter: la pérdida de su mujer y la forma en la que la perdió. Su pelo se ha vuelto gris y tiene entradas en los lados mucho más grandes que en el centro. También ha perdido peso suficiente como para parecer un corredor de maratón.

—Adolescentes —dice Peter.

Otro par de palabras que resume la situación mejor que ninguna otra. Dos palabras que vuelven locos a los padres, imagina Schroder. Incluso ahora, él destrozaría el mundo con tal de encontrar a su hija o a su hijo si alguna vez les pasara algo. Es reconfortante pensar que una parte de él sigue siendo humana. Se encoge de hombros en señal de que está de acuerdo.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —pregunta Peter.

—Me llamo Carl Schroder —dice él.

Peter asiente.

—¿Uno de los Policías del Coma? Me suena el nombre.

—Sí, uno de los Policías del Coma. Escuche, ¿me concede unos minutos?

—¿De qué se trata?

—¿Podemos entrar?

Peter le lanza una mirada suspicaz, como si Schroder estuviera a punto de intentar venderle algo; quizá uno de esos comas tan chulos de los que acaba de salir. Luego sonríe.

—Claro —dice—, ¿por qué no? Pase.

Peter lo conduce al interior de la casa. Hay fotografías en las paredes: Peter con una mujer que no es Linda Crowley y Peter con la chica que estaba fuera hace un momento, solo que en estas fotografías la niña es un poco más joven. El maquillaje negro y la ropa todavía están en el futuro. Se sientan en el salón y Peter le ofrece una copa, pero Schroder le dice que no. Hay una radio encendida con el volumen demasiado bajo para oír lo que dicen los locutores. Recuerda la casa de la última vez que vino, aunque Peter Crowley no parece recordarlo de entonces, sino de los periódicos. La casa es diferente ahora. Tiene diferentes colores, diferentes muebles, diferente todo. Hay en este lugar un nuevo sello puesto por la mujer de las fotografías, la que ha sustituido a la que se suicidó aquel día, cuando él vino aquí. Mira los chaflanes y no ve a ningún Warren.

—¿Se trata de mi mujer? —pregunta Peter—. ¿Linda?

—Sí.

—Han pasado casi diez años —dice—, ¿lo puede creer?

—Sí —dice Schroder. Y, aunque el tiempo cura todas las heridas, no espera, no se detiene, sigue adelante sin apasionamientos. En los últimos diez años, Peter Crowley ha seguido adelante y ha

empezado una nueva vida. En los últimos diez años, Schroder ha tenido dos hijos y ha recibido un disparo en la cabeza.

—A veces, parece que fue hace toda una vida, como el recuerdo lejano de una época y otra familia, una que ni siquiera era la mía. Es como, no sé, como si fuera una familia que vi en la tele. Sé que no tiene sentido, pero… Mierda… Y no sé, porque otras veces parece que hubiera sido ayer. Me despierto esperando que la mujer que está en mi cama sea Linda, solo que no lo es. Linda se fue y ha sido, no sé, reemplazada, supongo, a falta de una palabra mejor. Pero uno no reemplaza a la gente; lo que hace es seguir adelante, y… —Sonríe y suelta una breve carcajada despojada de humor—. Oiga, lo siento. No sé de dónde ha salido esto.

—¿Se ha vuelto a casar? —indaga Schroder, y se pregunta qué hará su propia mujer: si lo sustituirá cuando se dé cuenta de que está realmente perdido.

Peter empieza a hacer girar su alianza.

—Se llama Charlotte. El próximo febrero cumpliremos cinco años. Nos casamos el Día de San Valentín. Y yo que creía que la gente juiciosa nunca hacía algo así. Es una gran mujer. La quiero mucho. Pero aún… Ya sabe, aún echo de menos a Linda. Éramos… —dice, y baja la voz y mira alrededor, por si alguien más estuviera escuchando— almas gemelas. Estábamos destinados a estar juntos para siempre. Pensábamos tener más hijos, íbamos a… Ya sabe, a vivir. Íbamos a tener una gran vida. Ahora, Linda está muerta y nuestra hija hace lo contrario de todo lo que le pido. ¿Y ha visto cómo viste? Si un día se despertara y viera que el mundo se ha quedado sin ropa negra, se suicidaría.

—¿Dónde está Charlotte?

—Ha salido con su hijo. Con mi hijastro.

—Los hombres que le hicieron eso a Linda, los que le hicieron esto a su familia, ya están fuera de la cárcel —dice Schroder, y aquí debe andarse con cuidado.

Peter aprieta las manos. Su mandíbula se tensa y una vena le palpita en la frente. No dice nada.

—¿Recuerda lo que le pidió al detective Landry cuando murió su esposa?

Peter asiente.

—Me acuerdo.

—Quería cinco minutos a solas con esos hombres.

—He dicho que me acuerdo. Y sí, sabía que estaban fuera de la cárcel, pero le prometo que no he intentado nada. Vaya, me encantaría, me encantaría ir a meterles unos buenos balazos en la cabeza a esos hijos de puta, pero no lo he hecho. Así que no hace falta que venga a ver cómo estoy. Ya lo he…

—¿Superado?

—Sí. ¿No es eso lo que quería oír?

—No, Peter, no es eso.

Peter se reacomoda en su asiento y se inclina un poco hacia delante.

—¿A qué ha venido, detective?

—Ya no soy policía —dice Schroder—. Me despidieron.

—¿Y?

—Y Landry me contó lo que usted hizo, cómo lo siguió hasta su casa.

—Es su palabra contra la mía. No me importa lo que le contase —dice Peter—. Landry fue asesinado a principios de año, ¿verdad?

—Sí —dice Schroder.

Landry se rebeló. Aunque, pensándolo bien, Landry en realidad tomó el mismo puñado de decisiones que Schroder está tomando ahora. Solo que metió la pata, y por eso pagó el precio más alto. Schroder, en cambio, no se va a equivocar. No otra vez. Cuando él y Landry trabajaban juntos, no había atajos; los dos trabajaban según el librito. Para Landry, las reglas se terminaron en un bosque, después de que recibiera varios disparos de escopeta. Él mismo se buscó esa situación mientras intentaba hacer lo correcto haciendo lo incorrecto. El acatamiento de las reglas terminó de la forma más desastrosa posible. Para Schroder, el librito se cerró a principios de año, cuando tuvo que dispararle a aquella anciana. Era la madre de un asesino, una madre que había torturado y atormentado a su hijo hasta convertirlo en un monstruo. Schroder le disparó para salvar la vida de una niña. Si vas a dejar de seguir el manual, esa es la forma de hacerlo, no solo sumergiendo el dedo de un pie, sino zambulléndote de lleno. Por supuesto, eso lo llevó a perder su trabajo, y eso lo llevó a perseguir al Tallador cuando ya había dejado de ser policía, y eso lo puso en una situación donde no tenía refuerzos, y eso lo llevó a recibir un disparo en la cabeza. También tuvo suerte de que no lo arrestaran.

—Landry me dijo que usted sacó los ahorros de su vida, los puso en un maletín y se los ofreció.

—Eso nunca ocurrió.

—Le rogó que lo dejara matar a los hombres que habían agredido a Linda.

—¿De eso se trata? —pregunta Peter, alzando la voz—. ¿Ha venido a chantajearme?

Schroder niega con la cabeza.

—No quiero su dinero. Intento ayudar. Ayudar a alguien como Linda. A una mujer que fue golpeada, mutilada y violada, alguien que fue al infierno y volvió, alguien a quien el sistema judicial defraudó. A alguien que está a punto de meterse en un montón de problemas, a menos que yo haga lo correcto.

Peter se inclina más hacia delante.

—No entiendo. Eso de lo «correcto» —dice—, ¿tiene algo que ver con mi mujer? ¿Para esta cosa correcta necesita mi ayuda?

—Lo correcto no siempre es lo legal —dice Schroder—. Y no, no necesito su ayuda. No he venido porque me haga falta su ayuda, Peter. Cuando Landry me contó lo que usted hizo, él estaba cabreado de verdad. Me llevó a un bar y nos tomamos unas copas. Me dijo que ojalá hubiera una forma de ayudarlo. ¿Sabe lo que me dijo? Me dijo que había pensado en falsificar algunas pruebas, que estaba tratando de encontrar una manera de demostrar que los hombres que agredieron a su mujer eran inocentes. Así los dejarían salir de la cárcel, dijo, y entonces usted tendría sus cinco minutos.

»Yo le dije que no podía hacer eso y él me contestó que lo sabía, que solo estaba desahogándose, que nunca tomaría ese camino —relata, y se pregunta si esa habrá sido la noche en la que Landry empezó a pensar en caminos diferentes—. Puedo decirle que de verdad estaba pensando en hacerlo. Eso creo. A Landry nunca le gustó cómo estaba el mundo, pero no podía hacer nada al respecto. Y se sentía responsable de que su mujer se hubiera quitado la vida.

—¿Responsable? ¿Cómo?

—Si él le hubiera dado sus cinco minutos, usted habría podido darles una paliza a esos dos hombres. Pensó que, si él hubiera encontrado la manera de permitirle hacer eso, de permitir que su mujer también tuviera sus cinco minutos, Linda habría sido capaz de seguir

adelante con su vida. Pensó que eso le habría dado algo a lo que aferrarse.

—Creo que debería irse —dice Peter—. Lo único que está haciendo es traer recuerdos dolorosos.

—Usted dijo que lo había superado, pero, según mi experiencia, la gente no supera algo así. No he venido a pedirle ayuda, Peter; he venido porque usted necesita la mía. Yo no podría cerrar la carpeta por usted, pero sí ayudarlo a dar un paso en esa dirección. Estoy aquí porque usted le pidió a Landry cinco minutos con los hombres que atacaron a su mujer, y yo puedo dárselos. Puedo dárselos esta noche, y no le costará ni un céntimo. ¿O lo ha superado como dice?

Peter no contesta. Su cara está tensa. Parece que va a explotar.

—¿Qué está diciendo exactamente?

—Estoy diciendo exactamente lo que usted cree que estoy diciendo.

—Ha pasado mucho tiempo —dice Peter—, pero la rabia, ya sabe, la rabia nunca desaparece. Arde muy hondo. A menudo he pensado en intentar averiguar dónde viven, pero siempre he sido… un cobarde. Meterme cinco minutos en una habitación con esos dos tipos esposados en sillas es una cosa, pero encontrar dónde viven e ir a por ellos… Durante mucho tiempo me he despreciado por no haber sido capaz de proteger a mi mujer. Me he despreciado por no haber sido el hombre que llevó a esos hijos de puta ante la justicia.

—Yo puedo cambiar eso —dice Schroder—. Todo lo que tiene que hacer es acompañarme.

—¿Ahora?

—Tiene que ser ahora.

Peter no dice nada durante cinco segundos. Luego, diez. Después, sacude la cabeza.

—No puedo. No puedo. Lo siento. Ojalá fuera ese hombre, pero no lo soy.

—¿Está seguro?

—Sí.

—Entonces, seguiré mi camino. —Se levanta—. Prométame que no le contará esto a nadie.

—¿A quién se lo diría?

—Podría decírselo a la policía.

—No los llamaré —dice—, se lo prometo.

—No tendrá que llamarlos. Vendrán aquí a hablar con usted.

—¿Por qué?

—Porque esta noche voy a matar a esos hombres, lo haré en su lugar, y ellos preguntarán si ha sido usted.

Schroder sale del salón.

Peter lo alcanza fuera, justo cuando el expolicía pasa junto a la maleza, cerca de la calle.

—Si lo ayudara, la policía vendría a detenerme.

—¿Y le importaría?

—No. Yo… Supongo que no.

Schroder mira la calle de punta a punta. Está desierta.

—La policía no lo detendría. La policía buscará a alguien que no existe. Estos dos hombres les harán daño a otras personas. Es lo que hacen los hombres como ellos. Es lo que son.

—¿Y qué clase de hombres seríamos nosotros si les diéramos caza?

Schroder ni siquiera tiene que pensarlo.

—Hombres que hacen lo correcto.

Peter empieza a asentir.

—Tengo una nueva vida. Cuando pienso en lo que hicieron esos tipos…, me dan ganas de vomitar. A veces, siento ganas de vomitar. A veces, tengo que ir corriendo al baño a vomitar en el lavabo. Las imágenes de lo que le hicieron son tan fuertes que no tengo escapatoria. Quiero mis cinco minutos. Los quiero por mí, pero, sobre todo, los quiero por Linda, solo que no puedo. Lo siento.

—¿Y por su hija?

—¿Qué quiere decir?

—Su hija lo vio todo, ¿no?

Peter no responde de inmediato. Empieza a respirar más fuerte y rápido.

—No hace falta que me lo recuerde —dice—. Todo lo que le pasó a Linda… A menudo me pregunto si fue peor porque sabía que Monica tenía que mirar. Me pregunto si lo peor para Linda fue saber que nuestra hija estaba allí mirando, llorando y pidiendo a esos hombres que por favor dejaran de hacerle daño a su madre. Ella no recuerda nada en realidad —me dice, y parece enfadado, tan enfadado como Schroder nunca ha visto a nadie—. Por supuesto, tuve que llevarla a terapia. Durante años, se despertaba gritando y preguntaba por su madre; si es que dormía, cosa que apenas hacía.

Schroder no dice nada. No lo necesita. Sabe lo que viene.

—¿Está seguro de que puede concedérmelos? ¿Esos cinco minutos?

—Sí.

—¿Me cambiarán? ¿Me convertirán en una persona diferente?

—Sí —dice Schroder.

—¿Qué clase de persona?

—La que hace lo correcto.

—Vale —dice Peter—. De acuerdo. Déjeme cerrar. Lo acompaño.

Capítulo dieciséis

Al final, mi mujer ha dormido tres horas. Una enfermera ha venido un par de veces a ver cómo estamos o a asegurarse de que no hemos robado todo el material. Yo mato diez minutos inflando un guante de goma, haciéndole un nudo en la boca y dibujándole una cara con un rotulador. No sé nada de Kent. A veces, no tener noticias es una buena noticia, pero, otras veces, no tener noticias es no tener noticias.

Bridget se despierta poco a poco. Sus ojos se abren, me sonríe. Luego, cuando se da cuenta de que el entorno es diferente, su sonrisa se desvanece.

—¿Teddy?

—Estamos en el centro comercial —le digo—. ¿Recuerdas lo que pasó? ¿Cómo llegaste aquí?

Sacude la cabeza y asiente un poco.

—Estoy recordando —dice—. Tengo sed.

Le doy un poco de agua.

—¿Por qué has venido? —le pregunto, y me esfuerzo por quitarle filo a la voz. No debería haber venido sola. Todavía no.

Toma un trago de agua y se aferra al vaso.

—Cogí el autobús —dice—. Quería ir de compras. De repente, de alguna manera, pensé que Emily había desaparecido. Pero no ha desaparecido, ¿verdad, Teddy? Es peor que eso, ¿no?

—Lo siento —le digo.

—Me siento muy estúpida. Y avergonzada. —Apura el agua—. Quiero irme a casa.

La ayudo a ponerse en pie. Mira el guante de goma y sonríe, así que nos lo llevamos. Salimos al vestíbulo, bajamos las escaleras y atravesamos el centro comercial. Aquí todavía hay cientos, quizá miles de personas, así que rodeo a Bridget con el brazo y nos movemos entre la multitud hasta el aparcamiento. Me doy cuenta de que está conteniendo las lágrimas. Cuando entramos en el coche, se pone el cinturón, me mira y me pone una mano en el brazo.

—No quiero estar así —dice.

—No lo estarás, te lo prometo —digo, con lo que rompo la regla cardinal sobre hacer promesas que no sabes si podrás cumplir—. El lunes iremos a ver al doctor Forster.

—Tú lo mataste.

—¿Qué? No, he dicho que iremos a verlo. Yo no…

Ella empieza a sacudir la cabeza.

—No al doctor Forster. Al hombre que mató a Emily. Lo recuerdo. Lo llevaste al bosque, lo hiciste cavar su tumba y le metiste una bala en la cabeza. Lo hiciste suplicar por su vida.

La miro y me quedo boquiabierto. Nos miramos en silencio durante unos segundos.

—¿Por qué lo dices?

—Sucedió, ¿no?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo hiciste —dice ella—. No recuerdo que me lo hayas dicho, pero sé que lo hiciste. Puedo sentirlo. ¿Tengo razón? Puedo verlo como si estuviera allí.

Mi corazón se acelera. Nunca le he mentido a mi mujer, pero ahora parece un buen momento para empezar.

—Bridget…

—Lo sé. No puedes decírmelo, por si me desmayo y le cuento a alguien lo que ha ocurrido. Pero eso nunca sucedería, porque, cuando las cosas me van mal, retrocedo tres años, vuelvo a un momento antes de que lo mataras. Así que nunca se lo contaría a nadie. No podría.

—Bridget…

Continúa hablando rápidamente.

—Me has dicho que ibas a verme con mucha frecuencia. Me cogías de la mano y me contabas tu día. Pensabas que nada de eso iba a quedarse, pero algo tuvo que permanecer. Sé que también has matado a otras personas, a gente mala. Sé lo que has sufrido en los últimos años, pero también que has hecho mucho bien. Eres una buena persona, Teddy.

Otras personas, de camino a sus coches, pasan junto al nuestro. La mayoría llevan compras. Algunos sonríen y otros discuten, pero ninguno sabe que está pasando junto a un coche donde una mujer le está diciendo a su marido que sabe que es un asesino.

—No… No sé qué decirte.

—La verdad. —Me aprieta el brazo—. Solo dime la verdad. La idea de que el hombre que mató a Emily siga libre es dolorosa, Teddy. Saber que está muerto no pondrá un cierre a esto; en cualquier

caso, desearía que lo arrestaras. Pero la idea de que esté ahí fuera… es insoportable.

—De acuerdo —le digo.

—¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Me mira fijamente. Yo no me giro hacia ella, sino que agarro el volante y miro al frente, a través del parabrisas, más allá de los coches, de la gente y el asfalto; más allá de los edificios, hacia el bosque y hacia el pasado.

—Fue dos semanas después del accidente. Lo hice cavar su propia tumba. Él no quería, pero tuvo que hacerlo, porque era su única manera de seguir retrasando lo inevitable. Cuando terminó, me dijo que era una persona diferente, que había un Quentin James, el bebedor, y el Quentin James que estaba entonces frente a mí. Quentin, el bebedor, fue quien mató a Emily, dijo, y por eso sería castigado. Alegó que iba a buscar ayuda y que nunca volvería a beber. Lo prometió. Suplicó por su vida. Me dijo una y otra vez cuánto lo sentía.

Miro a Bridget. Tiene lágrimas en los ojos, pero no caen, todavía no.

—Lo llevé al bosque sabiendo lo que le iba a hacer. Y no hubo dudas. Me sentí bien. No era ético, pero sí correcto.

—Y le disparaste en la cabeza.

—A ambas versiones de él —digo. La conversación parece, ahora, muy casual.

—¿Y te sentiste mejor, Teddy? ¿Eso te ayudó?

—No ha traído a Emily de vuelta. No ha hecho que estés bien —le digo.

—¿Te ayudó?

—No lo sé. —Miro hacia atrás, a través del cristal, todo lo que hay más allá—. Solía pensar que no, pero, ahora… Ahora creo que me ha ayudado a seguir adelante —le digo. En realidad, lo que pienso es que me ayudó a seguir vivo.

—Te quiero —dice.

Vuelvo a mirarla.

—¿Estás segura?

—Por supuesto.

—¿Incluso después de lo que hice?

—Lo dije antes y lo diré de nuevo, Teddy. Eres una buena persona. Hiciste lo que creías correcto —me dice, pero eso es muy distinto a decirme que hice lo correcto.

Me inclino hacia ella y la abrazo. Ella me devuelve el abrazo durante unos segundos y se separa.

—Vámonos a casa —me dice. Arranco el coche—. Pero primero quiero que me lleves allí —dice.

—¿Llevarte a dónde?

—A la tumba.

—¿A la tumba de Emily?

Ella niega con la cabeza.

—A la tumba de Quentin James.

Dice eso mientras estoy a punto de ponerme el cinturón. Hago una pausa y me vuelvo hacia ella.

—¿Por qué?

—Porque quiero verla.

—No creo que sea una buena idea.

Encajo la hebilla.

—Por favor, Teddy. Quiero ir allí. Hiciste lo que tenías que hacer y tuviste que hacerlo solo. Quiero ser parte de ello. Te conozco. Sé que te cambió, pero también sé que es una carga que has tenido que llevar. Déjame quedarme con un poco del peso. Quiero ver lo que viste. Quiero ir a donde fuiste. Quiero ver dónde dejaste al hombre que mató a nuestra hija.

—Bridget…

—Por favor, Teddy —dice—. Por favor, hazlo por mí.

—¿Cuándo?

—Ahora —dice.

—¿Ahora?

—¿Hay un momento mejor?

—Sigo pensando que es una muy mala idea —le digo, pero pongo el coche en marcha—. ¿Estás segura?

—Nunca he estado tan segura.

Capítulo diecisiete

Pasan por delante de casas bonitas y casas horribles. Pasan por delante de coches bonitos aparcados en las calles y coches destrozados aparcados en el césped. Entran en zonas donde los coches pueden ser destrozados en pocos minutos por los niños del barrio. Luego, salen por el otro lado. Esa es una de las características de Christchurch: no hay mucho terreno entre el este y el oeste, entre los ricos y los pobres. El lugar a donde se dirigen resulta ser un barrio de casas normales, lo que sorprende a Schroder, porque esperaba que Bevin y Taylor Collard vivieran en una calle de mierda, el tipo de lugar que no se vería peor, digamos, si le cayera una bomba encima. En la última hora han pasado dos veces por delante de la casa. Ahora, a una manzana de distancia, cerca de un parque, esperan a que oscurezca. Desde aquí no tienen una buena vista de la casa, pero pueden ver si entran o salen coches.

—Le robaron el anillo de boda —dice Peter. Durante los últimos veinte minutos, ninguno de los dos ha dicho una sola palabra—. Cuando la atacaron —dice Peter—, le robaron el anillo de boda. La policía nunca lo encontró. Los hermanos negaron haberlo cogido, pero debieron hacerlo.

—Landry nunca lo mencionó.

—Bueno, pues eso hicieron. ¿Lo tendrán todavía? Sí, ¿verdad? Por eso se llevan cosas como esa, ¿no? No para venderlas, sino como recuerdo. He leído sobre el tema. Después del ataque, leí todo lo que pude sobre gente como esta. ¿Se lo imagina? —pregunta Peter —. Usted está casado, ¿verdad? ¿Se imagina alguna pertenencia de su mujer en el cajón, el bolsillo o el armario de su atacante? Es

como tallar una muesca en un poste de la cama, un marcador; es enfermizo —dice—. Esto que ocurrió es lo peor que podía pasar, es el peor recuerdo que mi mujer habría podido tener, un recuerdo que la llevó a suicidarse. Y estos tipos se quedan con ese anillo como trofeo. ¿Se imagina a una niña que tiene que crecer sabiendo que los hombres a quienes vio violar a su madre guardan un trofeo? Deberíamos entrar ahí ahora mismo —dice—. Deberíamos llamar a la puerta y empezar con el baile.

—¿Y si abriera otra persona? —pregunta Schroder—. ¿Y si hubiera otras personas en la casa?

—Si nos abre otra persona, nos limitamos a decir que nos hemos equivocado de casa y nos vamos.

—¿Y si nos abriera la persona correcta, pero oímos a otros en la casa?

—Entonces, improvisamos —dice Peter—. Quiero terminar esto.

—Conseguiremos…

—Es más, empecemos a improvisar ahora mismo —dice Peter—, porque podrían ser aquellos.

Un coche da marcha atrás desde más arriba de la manzana. Es un sedán azul oscuro. Gira hacia ellos, con el sol poniente brillando en el parabrisas. Tanto el conductor como el pasajero entrecierran los ojos. El coche viene de frente, pasa a un lado y desaparece.

—¿Eran ellos? —pregunta Schroder—. No podría decirlo.

—Sí, eran ellos —dice Peter, y su voz se ha vuelto dura. Schroder sabe que la ira del hombre acaba de subir un escalón—. Y ahora, ¿qué hacemos? ¿Irrumpimos en la casa y nos esperamos? ¿Los seguimos?

Schroder arranca el coche.

—Vamos a ver a dónde van. Siempre podemos volver.

Da media vuelta y, en el siguiente cruce, gira a la izquierda, por donde han ido los hermanos. Mantiene una distancia de cien metros entre coche y coche. Es consciente de que se está desviando del plan. ¿Esto es lo que ocurre cuando la gente tiene planes de matar? «Tal vez por eso los atrapan», piensa. Los que no se desvían siguen libres.

Al cabo de unos minutos, la ruta sugiere que la pareja se dirige a la ciudad. Schroder mantiene la misma distancia y deja que otros coches se interpongan. El trayecto dura quince minutos y, para los hermanos Collard, termina cerca de un callejón de servicio próximo al centro de la ciudad. Ahí aparcan. Schroder se detiene veinte metros más adelante, frente a un banco. El banco está cerrado; habrá cerrado a las cinco. Todas las tiendas de la ciudad habrán cerrado a la misma hora. No hay mucha gente en las calles, no hay mucho tráfico, pero, dentro de una hora o dos, eso cambiará. Por el retrovisor, mira cómo los hermanos bajan del coche. El mayor, el más grande, es Bevin. El más bajo, el que no tiene pelo, es Taylor. Aunque comparten el mismo apellido, el mayor fue adoptado. Es la clásica situación en la que dos personas que se creían incapaces de tener hijos adoptaron, para descubrir, al poco tiempo, que la mujer estaba embarazada. Fue duro para todos. Durante el juicio por violación, los hermanos señalaron que sus padres terminaron por no querer a ninguno de los dos, que su educación estuvo llena de moratones y torceduras, de hambre y noches de encierro en armarios. Los padres no podían defenderse de las acusaciones, pues ambos habían muerto a principios de los sesenta: tumor cerebral y cáncer. No hubo vecinos, profesores, médicos ni amigos que hubieran visto señales de malos tratos. Landry le dijo a Peter Crowley que estaba seguro de que todo era mentira.

Bevin se dirige a la parte trasera del coche, abre el maletero y, en ese momento, la visión queda ensombrecida. Schroder no puede ver lo que saca Bevin, pero, después, eso queda a la vista. Es una bolsa. Los dos hombres entran en el callejón.

—¿Y ahora qué? —pregunta Peter—. ¿Volvemos a su casa y los esperamos?

—Quedémonos un poco —dice Schroder— y veamos qué pasa.

—¿Qué hay ahí abajo? —pregunta Peter.

—Basureros. Basura. Puertas traseras que dan a tiendas y bares. Sobre todo, a bares. La mayoría son para entregas —dice, pero también son lugares para comprar sexo, drogas y armas. Todo muy rock and roll.

Por supuesto, en lugares así no solo hay basura, contenedores y drogas, sino también yonquis, traficantes y putas muertos. Piensa en las dos veces que ha muerto en el último año. La primera, justo antes de las Navidades del año pasado: un hombre llamado Edward Hunter lo metió en una bañera llena de agua y le sumergió la cabeza. El agua le inundó los pulmones y luego se apagaron las luces… Revivió unos minutos después. Tosió, escupió y la vida siguió su curso. La segunda vez fue con la bala, en junio. Mientras los médicos trabajaban en él, estuvo clínicamente muerto durante noventa segundos. Después entró en coma, salió del coma y la vida volvió a avanzar, solo que en otra dirección. Si le pasara algo en este callejón, no habría vuelta atrás, no habría una tercera, y lo sabe. No habrá triplete. Que la muerte es muerte es el tipo de cosas que suelen pasar en callejones como este.

La voz de Peter se endurece de nuevo.

—Bajemos y hagámoslo.

—Todavía no —dice Schroder.

—Vamos, no hay casi nadie.

—Esperaremos a que oscurezca.

—Es solo que… Mierda, ya sabe. Quiero terminar con esto.

Schroder puede oír las palabras tácitas que seguirán: «Antes de que pierda la compostura, antes de que cambie de opinión».

—Siga enfadado —dice Schroder—, y paciente. Al terminar la noche, tendrá lo que le he prometido.

Capítulo dieciocho

Primero vamos a casa. Tenemos que hacerlo, porque Bridget necesita ponerse mejores zapatos para ir al bosque. También se cambia de ropa. Los dos lo hacemos. Llevamos vaqueros, camisas y chaquetas ligeras. Parecemos personas que han salido de fin de semana y, sin saber nada de senderismo, están a punto de irse de excursión. El sábado se termina. Los centros comerciales están cerrando y los restaurantes de comida rápida se están inundando de gente que acaba de salir de trabajar. Dentro de unas horas, el centro de la ciudad estará lleno de fiestas por todas partes. También cambiamos de coche. No quiero ir en uno de la policía, así que usamos el mío.

Nos dirigimos hacia el norte y salimos de la ciudad. Recorremos largos tramos abiertos de carretera con otro tipo de tráfico y prados extensos, y pasamos carreteras que prometen llevarnos a más de lo mismo. Sigo conduciendo, recordando cómo fue la última vez, con Quentin James inconsciente en el maletero, aunque se despertó en algún momento del viaje. Tenía los brazos y las piernas atados, así que no pudo hacer nada.

Después de treinta minutos, tomamos un desvío, y luego otro, y entonces nos dirigimos hacia el bosque. Aparco en una zona apartada. Aquella vez, Quentin James, a estas alturas, estaba tan desorientado por el viaje en el maletero que no pudo caminar recto durante los primeros minutos.

—¿Estás segura de esto? —pregunto.

Me aprieta la mano.

—Sí.

Salimos del coche, cojo a Bridget de la mano y la llevo hacia los árboles, donde trinan miles de pájaros y donde, de vez en cuando, algo cruje entre el follaje. A veces es un pájaro, a veces, un erizo, pero la mayoría de las veces es algo invisible. La última ocasión que di este paseo, llevaba una pistola; Quentin James, una pala. Esto no es el medio de la nada; casi, pero siempre hubo la posibilidad de que, hace tres años, alguien se hubiera acercado y hubiera visto lo que ocurría, o hubiera oído el disparo. Hace tres años me preocupaba lo que pudiera ocurrirme. No quería ir a la cárcel, pero me importaba más matar a Quentin James. Eso era lo más importante. Era lo único que importaba.

Los árboles son árboles y yo no soy rastreador, pero sé dónde estamos y cómo llegar al lugar a donde vamos. El recuerdo de hace tres años funciona como un mapa de carreteras. Caminamos durante diez minutos hasta toparnos con un trozo de tierra que se parece a cualquier otro.

—Aquí es —le digo, y ella me agarra la mano con más fuerza.

Rocas, musgo, tierra, raíces, un montón de árboles.

—¿Estás seguro? —pregunta.

—Seguro.

—Así que está ahí abajo.

—Aquí está.

—Háblame de él.

—Suplicó por su vida —le digo—. Me dijo…

Ella niega con la cabeza.

—No, quiero que me hables de él. ¿Estaba casado? ¿A qué se dedicaba? ¿Por qué era alcohólico? ¿Tenía hijos?

Algunas de esas cosas se las he contado en los últimos meses. Muchas no las sabía cuando saqué al tipo de su casa, pero las averigüé el año pasado. Yo también tuve un accidente de coche. Me hizo darme cuenta de que las cosas no son siempre lo que parecen. Cuando lo maté, no conocía la historia de Quentin James. Ahora sí.

—Tenía cuarenta y ocho años. Estaba divorciado. Tenía una hija de veinticinco. Era dueño de su propio negocio: agente hipotecario. Solo que los tiempos se pusieron difíciles y tuvo que cerrar. Ya no pudo conseguir otro empleo. Todo lo que solía ser, todo lo que solía tener, se lo llevó la bebida. Empezó a beber cuando su mujer lo dejó. Poco después, empezó a beber y a conducir. La policía lo atrapó un montón de veces, y en una y otra ocasión, le ponían una multa, le devolvían el coche y lo dejaban libre. Iba a terminar matando a alguien. Todo era cuestión de quién, dónde y cuándo. —Hago una pausa de unos segundos para asimilarlo—. Deberíamos irnos.

—Dame un minuto —dice ella.

—De acuerdo.

—Lo que quiero es que me des un minuto a solas.

Le suelto la mano y vuelvo por donde hemos venido. Al cabo de unos veinte pasos, me detengo. Bridget está arrodillada junto a la tumba. Está diciendo algo, pero no alcanzo a oírla. Me siento en un tronco caído y miro a lo lejos, en dirección al coche. Compruebo mi teléfono y veo que no tengo cobertura. Si Quentin James siguiera vivo bajo tierra y aún tuviera batería en su móvil, seguiría sin poder pedir ayuda. Todos los pájaros han dejado de piar. No hay brisa, no hay sonido, el bosque ha enmudecido.

De repente, todo vuelve a empezar. El susurro, el sonido natural de los árboles, el viento y los seres vivos. Oigo ramitas que se rompen y pasos, y entonces Bridget está detrás de mí. Me pone una mano en el hombro.

—Estoy bien —me dice.

Bridget piensa en nuestra hija, yo también pienso en ella, y me pregunto qué le habrá dicho mi mujer al hombre que está bajo tierra. Cuando volvemos al coche, el sol casi se ha ido, apenas asoma por el horizonte. Volvemos a tener cobertura en el móvil. Hay un mensaje de Kent. Me dice que la llame.

—¿Cómo está Bridget? —pregunta, y Bridget está dentro del coche mientras yo estoy apoyado en él para hablar por teléfono.

—Ha vuelto a la normalidad. Sabe lo que está pasando.

—Bien, eso es bueno. Y alentador, ¿verdad?

Me oigo a mí mismo dándole la razón.

—Sí, es alentador.

—Acabamos de recibir una llamada de la forense. ¿Quieres adivinar lo que ha dicho?

—Que cree que Smith odiaba su trabajo y que no veía que eso fuera a cambiar nunca, así que condujo hasta las vías del tren y se tumbó en ellas. Cree que, si no se suicidó en la cárcel, fue porque entonces pensaba que las cosas iban a mejorar, mientras que su objetivo en la vida era morir arrollado por un tren.

—Estoy segura de que ella piensa todo tipo de cosas que escapan al ámbito de su trabajo —dice Kent—, pero nos ha llamado para decirnos lo que sí sabe.

—¿Y qué sabe?

—Sabe que Dwight Smith estaba muerto antes de caer en esas vías del tren. No está segura de cuánto tiempo pasó, no exactamente, pero cree que entre una hora y dos. Eso significa que, oficialmente, estamos investigando un asesinato. Y, por mucho que me fastidie decirlo, eso también significa que Kelly Summers es nuestra sospechosa número uno. Hutton quiere que vayamos a buscarla.

—¿Qué? ¿Ahora?

—No. El día está terminando y todos creemos que Kelly Summers no irá a ninguna parte. Iremos a su casa por la mañana, echaremos un vistazo más de cerca y nos la llevaremos para interrogarla. No quisiera que fuera culpable, de verdad que no, pero ¿qué otra cosa podemos hacer?

No le contesto, pero, al cabo de unos segundos, me doy cuenta de que la pregunta no es retórica. Creo que, en realidad, me está preguntando qué más podemos hacer. Lo único que podemos hacer por Kelly Summers es esperar que alguien más esté implicado, que alguien interceptase a Dwight Smith antes de que llegara a su casa. Si eso no fue lo que ocurrió, Kelly Summers podría pasar una temporada muy larga en la cárcel.

Capítulo diecinueve

El callejón está cerca del centro de la ciudad, a pocas manzanas de la catedral de Christchurch. Una vez, Schroder detuvo en esa iglesia a un tipo desnudo que se había pintado los genitales de negro, se había rodeado con un collar blanco la base del pene y se había plantado ante las puertas principales, a la hora de comer, a pedirle a la gente que alabara al Señor. Cuando lo llevaron a la comisaría, intentó ahogarse en su celda. Lo trasladaron rápidamente al hospital, donde estuvo dos días en observación y, después de eso, una semana en vigilancia de suicidios. Cuando volvía a la comisaría, un tipo que circulaba en otro vehículo sufrió un infarto, se saltó un semáforo en rojo y estrelló su coche contra la furgoneta que transportaba al detenido. Lo mató. Schroder siempre pensó que había sido como salvar a una foca herida y devolverla al océano solo para verla engullida por una ballena.

La ciudad se está quedando a oscuras. Ha sucedido gradualmente, a medida que se les van ocurriendo diferentes planes. Eran las siete y el cielo brillaba rojo en el horizonte, reflejándose en los escaparates, con fulgores de lava. Las sombras de las ocho, más largas, dieron paso a las de las nueve. La lava de los escaparates terminó por enfriarse. Pronto, las sombras desaparecieron y el cielo se tiñó de un azul sucio que se ennegrecía un poco con cada minuto. Y seguían esperando.

A las diez, la única luz es la que procede de las farolas y los bares de la esquina. En el interior del banco han dejado luces encendidas, y también en algunas de las tiendas, para que los transeúntes se den cuenta si alguien se ha metido a robar. Por delante de Schroder y Crowley pasan algunas personas, no muchas, aunque el tráfico peatonal al final de la manzana es intenso, puesto que al final de la

manzana y a la vuelta de la esquina están los bares a los que el callejón da servicio.

Los hermanos siguen ahí o se han metido por la entrada trasera de uno de los bares. No ha aparecido nadie más. Nadie más ha salido. Peter está siempre en movimiento. Un momento, su cuerpo está tenso por la expectación, pero, al siguiente, está casi tan relajado como para deslizarse por debajo de la puerta. Schroder debería haber hecho esto solo. Ya podría haberlo hecho, pero no sería el Hombre de los Cinco Minutos si no diera a la gente sus cinco minutos.

—Ya es hora —dice Schroder.

—Por fin.

—Dos minutos —lo alecciona—. No llegue tarde.

—No lo haré.

Schroder se baja del coche. Antes de salir de casa de Peter, llenó con tierra húmeda una de las pequeñas macetas vacías. Unta de barro las dos matrículas, vuelve a meter el recipiente en el coche, se limpia las manos en los vaqueros y cruza la calle.

Puede oír la música que viene de la esquina, el pun, pun, pun que suena entre risas y gritos de placer de las chicas, una explosión de lenguaje soez, el bullicio de la vida, chicos gritando «Eh, tío» y «Oye, tronco» por encima de todo. Camina hacia el callejón con las manos bien metidas en los bolsillos. Al llegar, se ha convertido en un tipo que se tambalea. No es más que un tío que ha bebido demasiado, uno que intenta despejar la mente, que busca, quizá, un contenedor donde mear.

A un lado, a la izquierda, está la pared de una tienda de deportes. También la tienda de música donde, hace casi veinticinco años, su padre lo llevó a comprar su guitarra. Y una librería. A la derecha, las

paredes traseras de los bares. Por todas partes hay pilas de cajas de cartón aplastadas y bolsas de basura, la mayoría precintadas, algunas destrozadas por gatos y ratones. Las flechas de «Este lado hacia arriba» impresas en una gran caja de cartón señalan en el mismo sentido de Schroder, como una invitación a dirigirse «hacia ahí en busca de problemas». Aquí abajo también huele: una combinación de comida podrida y perro mojado, un olor nauseabundo, de esos que no desaparecen hasta después de numerosas duchas. Se detiene a mitad del camino, donde no ha terminado el callejón: veinticinco metros por la espalda, veinticinco metros por delante. O los hermanos están más adelante o se han metido por una de las puertas, pero él cree que están más adelante. Tiene una idea bastante clara de por qué estos hombres han venido aquí. En los bares hay diferentes tipos de música, y cada uno compite para ahogar al otro. Se oyen diferentes ritmos, diferentes tempos, y algunas de las puertas traquetean en sus marcos.

Avanza. Cuenta los segundos mentalmente. Van y vienen las puertas traseras de las tiendas. Hay algo de luz, pero no mucha, y menos cuanto más se adentra en el callejón. Debajo de unas luces que no encienden, hay trozos irregulares de cristal, puesto que a las bombillas les han arrojado piedras y botellas. Se detiene diez metros más adelante y vuelve hacia la calle. Ahora está en tierra de nadie. No es de extrañar que pasen tantas cosas malas en sitios como este.

A diez metros del final del callejón, se da cuenta de que alguien lo sigue. Se detiene. Se gira. Una botella empieza a rodar por el suelo desde detrás de uno de los contenedores. Ha pasado junto a alguien escondido entre las sombras y no lo ha visto.

Se aleja de la botella. Más adelante, una figura espera al final del callejón. Una única y tenue bombilla en lo alto proporciona luz apenas suficiente para verlo. De un vistazo, descubre que el hombre a quien dejó atrás está recogiendo la botella. Schroder se vuelve hacia el primero que ha visto. Mide alrededor de un metro ochenta, viste de negro, tiene el pelo oscuro y un rastro de tatuajes que

surgen de entre las mangas de la chaqueta y llegan hasta las manos. Bevin Collard. También oye acercarse al tipo que tiene detrás. El hermano.

—¿Qué buscas, tío? —pregunta Bevin. Su voz es grave y áspera, y a Schroder no le gusta nada. Ha tratado con muchos gilipollas que tenían voces parecidas.

—¿Qué vendes?

—Nada. ¿Qué tal si te piras?

Schroder niega con la cabeza.

—¿Qué tal si me contestas a lo que te acabo de preguntar?

—Lo único que estás buscando son problemas —dice Bevin.

Hay una bolsa en el suelo junto a los pies de Bevin. Schroder la señala.

—¿Qué me daríais por doscientos dólares?

—Si no te vas a la mierda, un atraco —dice Bevin.

—Vamos, chicos, mi dinero es bueno.

—Sí, bueno para atracarte. Has visto demasiadas películas, tío, si crees que somos traficantes de drogas. ¿Qué tal si te largas y vuelves con tu mujer, tus hijos, tu hipoteca y tu valla blanca?

Sabe que venden drogas. No hay otra razón para estar aquí. También sabe que, por eso, no van a hacerle daño. No pueden. Si le hicieran algo, la policía se vería involucrada, y entonces no podrían volver a su lugar favorito para vender drogas a la gente que frecuenta estos clubes. Sigue contando los segundos. Ya va por noventa.

—Mi mujer me ha dejado —dice— y no tengo valla. Quiero lo que he venido a buscar.

—Escucha, tronco. Me parece que, si has venido aquí, es porque estás buscando por la ciudad un mal lugar para ser castigado, pero aquí no es.

Schroder asiente.

—Casi tienes razón —dice.

—¿Casi?

—Sí. Casi. Podría ser que un tipo como yo viniera a un lugar como este a castigar a otro. ¿No se te ha ocurrido?

No le responden. Percibe la tensión en el tipo de detrás. Y también en el de delante.

—Caramba, amigo, ¿qué te ha hecho decir algo así? —pregunta Bevin. Schroder no responde. Se acaban los dos minutos—. ¿Ves?, eso ha sonado como una amenaza. Ha sonado como si pensaras que puedes con nosotros dos. ¿Te parece bien? —pregunta, y da un paso adelante.

—Me parece bien, Bevin —dice Schroder.

La pregunta surge. Tenía que surgir.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Lo sé porque soy un ciudadano preocupado. Me preocupan muchas cosas; o, al menos, solían preocuparme. Solían preocuparme el calentamiento global, el terrorismo, la economía. Debería estar preocupado por la bala que tengo dentro del cráneo y que podría cruzar la línea de meta. Pero nada de eso me importa. Lo que sí me importa es recuperar el anillo de boda de Linda Crowley.

—¿Quién demonios eres? —pregunta Bevin.

Detrás de Taylor aparecen unos faros. Los haces brillantes les apuntan y los tres levantan las manos para protegerse los ojos. Mientras, las luces hacen que las sombras se estiren y bailen por las paredes. El coche se detiene a cinco metros de Taylor. Entonces el conductor, que ha dejado las luces encendidas y el motor en marcha, abre la puerta. Sale con movimientos un poco torpes debido al bate de cricket que mantiene oculto.

—Espero no interrumpir nada, chicos, pero ¿dónde diablos puedo conseguir un coño decente por aquí?

—Está en el lugar equivocado, señor —dice Taylor.

El conductor lo mira fijamente. Luego se gira un poco a la izquierda y otro poco a la derecha.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente —dice Taylor.

—No sé. Este parece el lugar —dice el hombre, y da un paso adelante—. Lo que quiero decir es que aquí veo un par de coños. —Saca el bate de cricket. Lo saca en el mismo instante en el que empieza a avanzar hacia Taylor. Levanta el palo en el siguiente paso y, en el tercero, lo gira y lo estrella contra la cabeza rapada. Basta con un solo golpe. Taylor ha levantado el brazo para defenderse, pero el esfuerzo ha sido inútil. El bate, de camino hacia un home run bueno y sólido, le habría roto el brazo. El home run que ha puesto el cierre al partido.

Taylor se desploma sin entender lo que está ocurriendo, muerto antes de tocar el suelo o uno o dos segundos más tarde. «Probablemente no sea tan mala forma de morir —piensa Schroder — comparado con lo que le va a pasar al hermano. Según las declaraciones de los interrogatorios, este cometió el noventa por

ciento de las violaciones, mientras que Taylor realizó el noventa por ciento de la observación».

Cuando se vuelve, Bevin ya no está frente a él. Busca una salida. Está a cinco metros del final del callejón. A dos. A uno. Luego, contra la pared. Intenta abrir la puerta más cercana, pero está atrancada. Se vuelve hacia Schroder, mete la mano en el bolsillo y saca una navaja.

—Bájala, Bevin —dice Schroder—. Bájala y sube al coche, y entonces todo será mucho más fácil. Solo queremos hablar.

—Vete a la mierda.

—Vamos a meterte en ese coche, Bevin. Podemos hacerlo por las buenas o por las malas.

—Tendrá que ser…

De punta a punta, la botella de cristal silba y vuela hasta golpear a Bevin justo en medio de la frente. El hombre cae tan rápido como su hermano. Schroder considera que ha habido concordancia.

—Buen tiro —dice.

—Todos estos años jugando al cricket han merecido la pena —dice Peter. Luego, mira el cuerpo a sus pies—. He metido la pata. No quería golpear al otro tan fuerte. Creo que ya está muerto. También quería cinco minutos con él.

—¿Qué tal si se toma diez minutos con este, entonces?

Peter asiente.

—Supongo que funcionará.

—Vamos a subirlos al coche antes de que alguien salga por una de estas puertas. Ah, y asegúrese de coger la botella. Es lo único que

ha tocado, ¿verdad?

—Sí.

—Bien —dice Schroder—. Vamos. Hagámoslo de una vez.

Capítulo veinte

Peter conduce y Schroder da indicaciones. Los hermanos están hechos un fardo en el maletero. Después de comprobar el pulso de Taylor, Peter confirmó que ahora Bevin es hijo único. En cuanto a este, va detrás, con las piernas y los brazos atados. Debajo de los hermanos, para que la sangre no manche el coche, hay una cortina de ducha.

—¿Está seguro de que conoce el camino? —pregunta Peter.

Llevan veinte minutos conduciendo; la mayor parte, por la misma carretera. Después ha venido el desvío, y luego, el complicado laberinto de carreteras descuidadas y sin señalizar. Pasan del asfalto a la grava y de la grava al asfalto, sin afianzarse demasiado tiempo en una sola de las superficies.

—Sé que no lo parece, pero ya casi hemos llegado.

—Ya quiero empezar —dice Peter.

—Ya hemos empezado —dice Schroder. Un momento después, llegan a una entrada un poco oculta y otro poco custodiada por un par de grandes robles. El camino pasa del asfalto a la grava. Unos árboles no tan frondosos marcan la entrada a un edificio abandonado. Se trata de una antigua institución psiquiátrica llamada Grover Hills. Fue construida hace casi cien años, pero lleva abandonada unos diez, después de que el Gobierno retirara los fondos a las instituciones de salud mental para financiar otros planes. Al mismo tiempo, inundó las calles con un montón de locos. Por las paredes no trepan más que enredaderas de hiedra aferradas a los tablones, enrolladas en las bajantes y enroscadas en los canalones. Parece como si la propia

naturaleza estuviera haciendo todo lo posible por arrasar con el edificio y todos los recuerdos que aquí se guardan.

Acercan el coche a la entrada principal. Este lugar estuvo fuera de la vista y de las mentes durante diez años, hasta que, hace varios meses, uno de los locos volvió. Empezó a vivir aquí un expaciente, un nostálgico de la institución, junto con un repertorio de personas a las que había secuestrado. Entonces, Schroder aún era policía. Todavía era un hombre de familia y obedecía las reglas. No era aquí a donde pensaba traer a Dwight Smith anoche. Es algo parecido: Grover Hills es una de las tres instituciones abandonadas en estos parajes, en medio de la nada. Hoy ha elegido esta porque abajo hay una habitación perfecta para sus necesidades.

Salen del coche, que rebota y se mueve sobre sus muelles hasta asentarse. Schroder estira la espalda y Peter hace lo mismo. Hay unos chasquidos y unos crujidos, y luego se acercan a la puerta principal. Está cerrada con candado, además de que una cadena atraviesa las manillas, pero Schroder nunca habría sido un buen policía si no supiera cómo abrir un candado. Tarda un par de minutos. La cadena cae en el escalón delantero y, cuando la puerta se abre, las bisagras protestan un poco, pero luego los dos están dentro. Los pasillos son oscuros y poco acogedores. Abajo hay seis habitaciones para pacientes, una cocina, una zona común para comer y ver la televisión, aseos, duchas y despachos; arriba, otras dos docenas de habitaciones, todas para pacientes. Aún recuerda la distribución. En la mayoría de las habitaciones hay muebles abandonados, ninguno que valga más de lo que costaría venir a recuperarlo. Y fantasmas. Si los fantasmas existieran, aquí estarían.

—Tengo la sensación de que en este lugar murieron personas, de que sufrieron —dice Peter.

A Schroder, eso le trae recuerdos de Jonas Jones, el vidente con quien trabajó durante un corto período a principios de año.

—Así fue —dice, y no solo por el loco que, a principios de año, pensó que volvía a casa, sino por todos los decenios que funcionó este lugar—. Aquí se torturaba a los pacientes. Encontramos algunos enterrados en los terrenos.

—Madre de Dios —dice Peter.

—Dicen que Jesús es la salvación —dice Schroder—, pero no salvó a esta gente. Venga, es por aquí. —Enciende una linterna. El haz de luz recoge el polvo que flota en el aire, levantado por la puerta que ha quedado abierta. Dirige a Peter hasta una habitación cerrada—. Aquí es —dice, y abre la puerta hasta que las bisagras protestan.

Detrás, hay unas escaleras de hormigón que descienden hacia la oscuridad. Schroder se adelanta, pero el sonido de sus pasos ya no resuena, sino que es absorbido por el espacio. Mueve la linterna de un lado a otro, iluminando un viejo sofá, una vieja mesa de centro, una vieja estantería. Hay una pared que divide entre izquierda y derecha y, en medio, una pesada puerta de hierro.

—¿Aquí es donde murieron? —pregunta Peter.

—Los pacientes solían llamarla la sala de los gritos —dice Schroder.

Peter parece asqueado.

—No puedo creer que haya cosas así en este mundo.

—¿De verdad? ¿Después de lo que le hicieron a su mujer?, ¿cree que no existen lugares así?

Peter no contesta.

Vuelven a salir. La nubosidad se ha disipado. Sin contaminación lumínica, pueden ver millares de estrellas, pequeños puntitos, algunos que parpadean contra el cielo nocturno, un sinfín de mundos. «Es hermoso», piensa, y, por un instante, un breve

instante, imagina lo que sería tumbarse en el suelo, al lado de su mujer, a contemplarlas. Se da cuenta de que es la primera vez que la echa de menos.

El instante no dura. Abre el maletero. Bevin está despierto, pero la mordaza lo mantiene callado y las ataduras de plástico truncan cualquier intento de huida. Además, está tan apretado en el maletero contra su hermano muerto que no podría haber hecho nada. Lo sacan y lo dejan caer al suelo. Rebota contra el parachoques y un gruñido atraviesa la mordaza. Luego lo levantan y, entre los dos, lo llevan a la habitación de los gritos, detrás de la gran puerta de hierro. Collard se derrumba en un viejo catre pegado a la pared. Pronto se endereza hasta quedar sentado con los pies en el suelo. Aún tiene las manos atadas por detrás. Gotea sangre de donde ha estado forcejeando.

Schroder tiende la linterna a Peter. Es sólida y lleva seis pilas dentro. Los guardias de seguridad suelen utilizar linternas como estas para borrar sombras y romper cráneos.

—¿Y ahora qué? —pregunta Peter.

—Ahora, es dueño de sus cinco minutos.

Peter alarga la mano y coge la linterna.

—No es como pensaba que sería.

—Nunca lo es.

—Quiero decir… Parece tan patético.

Hay algo diferente entre anoche y esta noche. Anoche, Kelly Summers deseaba sus cinco minutos. Anoche, Summers estaba enfadada porque Smith había entrado en su casa. Iba a violarla y a matarla. Ella se vio impulsada por el miedo, la adrenalina y la necesidad de hacer justicia. En Peter, la mayor parte de la ira aún

está en el pasado. Fue en el callejón, tal vez, donde completó la venganza que buscaba. Tiene que hacer emerger esa ira.

—No está lo bastante cabreado —dice Schroder.

—Lo estoy —dice Peter.

—No —dice Schroder—. Hace nueve años, usted estaba descontrolado. Hace nueve años, si lo hubiera traído aquí, me habría hecho parar por el camino tan solo para romperle algunos huesos y mearle encima. Quiero pedirle algo.

—¿Qué?

—Quiero que cierre los ojos un momento.

—¿Por qué?

—Es importante. Por favor, solo un momento.

Peter lo mira, luego se aleja unos pasos de la habitación donde está Collard y cierra los ojos.

—Quiero que visualice lo que le sucedió a su mujer —dice Schroder —. Quiero que la imagine desnuda, debajo de este tipo, y a este, poniéndole encima las manos sudorosas, follándosela, mientras su hija lo ve de cerca, llora y les pide que paren. Quiero que piense en el hermano que lo incita y, de nuevo, en su mujer llorando, con los brazos rotos y la cabeza rapada, en…

—Basta —dice Peter—. ¿Qué demonios le pasa?

—Violó a su mujer, se rio, gruñó y…

—Basta.

—Su mujer estaba rezando para que usted volviera a casa, la salvara y…

—¡Basta! —grita Peter. Esta vez, da un paso adelante y empuja a Schroder en el pecho. Y este retrocede dos pasos para absorber el impacto, y entonces lo deja pasar—. Tráigame el bate de cricket y luego déjeme en paz.

Schroder le deja la linterna. Sube las escaleras hasta el porche y vuelve a mirar las estrellas. El aire es más frío a medida que se acerca la medianoche. Aún tienen tiempo de sobra, pero le gustaría acabar pronto. Cuanto antes aparezcan los cuerpos, antes verá Tate que hay un patrón y que este no implica a Kelly Summers. Pero, para que el patrón se mantenga, necesitará un tercero. Uno es excepcional, dos son una coincidencia, pero tres ya son un patrón. Cuanto antes termine con esto, más pronto podrá averiguar quién será el elegido para mañana por la noche. Entonces, Kelly Summers y Peter Crowley saldrán de la lista de los sospechosos. Se dirige al coche, coge el bate y regresa a la sala de los gritos, donde Peter camina en círculos, apretando y soltando las manos. Schroder puede sentir que irradia ira. Le da el bate y está listo para saltar hacia atrás, en caso de que Peter decida que la sangre de un hombre no es suficiente.

—Nadie puede oírnos, ¿verdad? —pregunta Peter.

—Ese era uno de los objetivos de esta habitación —dice—. Con esa puerta cerrada, nadie podrá oír el menor ruido. De todos modos, nadie lo haría: no hay una sola persona en kilómetros a la redonda.

Peter deja la linterna en la mesita de modo que ilumina a Bevin Collard. La orina gotea del borde del colchón al suelo, está llorando. Peter le quita la mordaza de la boca.

—Por favor, no lo hagas —dice Bevin.

—Mataste a mi esposa.

—No fui yo, fue Taylor. Intenté detenerlo. Solo queríamos asustarla, eso era todo, pero tu mujer pegó a Taylor, y eso lo sacó de quicio…

Por favor, lo siento. Tienes que creerme, lo siento mucho… Las cosas se descontrolaron. Mierda, lo siento, ¿vale?

—Sentirlo no sirve de nada.

—Vas a morir aquí —le dice Schroder, un poco preocupado de que Collard, con su actuación, consiga que Peter cambie de parecer. Necesita recuperar el control de la situación—. No hay forma de escapar, así que pregúntate si quieres morir suplicando por tu vida o si quieres morir como un hombre.

—Que te jodan —dice Bevin, mirando a Schroder. Luego, mira a Peter—. Por favor, tío, por favor, piensa en esto.

—La agrediste delante de mi hija —dice Peter, y hay lágrimas en su cara, pero también hay rabia. Sobre todo, rabia—. Violaste a mi mujer y destrozaste a nuestra hija.

—Por favor…

—Eres un monstruo —dice Peter.

—Por favor…

Peter sacude la cabeza.

—Tú te lo buscaste —dice—. Tienes suerte de que no te matase hace diez años.

Los gritos de Bevin siguen a Schroder escaleras arriba y fuera de la habitación, y lo siguen también hasta la galería, donde se sienta a esperar mientras contempla las formas en la oscuridad. Se callan al cerrarse la puerta de hierro. Él se sienta en el escalón y mira las estrellas, mira los campos, el camino de entrada y el coche. Toda la oscuridad se rompe con una solitaria luz que sale del maletero. Después de sacar a Bevin, lo han dejado abierto. La luz lo molesta, y lo último que necesitan es que se les agote la batería. Se levanta y

se acerca al coche para ocuparse del problema, solo que, al igual que anoche, las cosas no están saliendo según lo previsto.

Taylor Collard se ha ido.

Capítulo veintiuno

No puedo conciliar el sueño. Bridget, sí. Está en la cama, tumbada bocarriba, con los brazos estirados sobre la cabeza y los dedos entrelazados, como si estuviera soñando con lanzar un martillo en las olimpiadas. Durante un rato, me quedé en la habitación, mirándola, pero ahora estoy viendo la tele en el salón. Están emitiendo Finding the Dead, un programa neozelandés sobre videntes que buscan historias tristes y les sacan provecho. Al menos, así lo ven algunos. Hay quienes lo ven de otra manera: los videntes ayudan donde la policía ha fracasado. Hay algunos videntes en el programa; el principal es Jonas Jones. Este es el programa en el que trabajó Schroder. Que lo emitan a estas horas de la noche significa que es una repetición o que tiene poca audiencia, pero, en cualquier caso, a los treinta segundos de verlo me siento mareado, como si Jones acabara de entrar en mi sala de estar a lamerme la nuca. Cambio de canal. Ponen una película sobre un roedor que habla. Por alguna razón, la raza humana siente que siempre le vendrá bien una película más con roedores que hablan. Antes de que pueda volver a cambiar de canal, mi móvil empieza a sonar.

Miro la hora. Es tarde.

—Es domingo —le digo a Kent.

—Desde hace apenas cinco minutos —dice.

—No trabajo los domingos ni después de medianoche.

—A nadie le gusta trabajar los domingos y a nadie le gusta trabajar después de medianoche, Tate. Incluida yo. Así que estamos en la misma sintonía.

«La misma sintonía. ¿Estamos en la misma sintonía?».

—De acuerdo. ¿Qué tienes?

—Drogas, sangre y un cuchillo.

—¿Ningún cuerpo?

—No hay cadáver, pero un par de testigos declararon haber visto cómo cargaban a uno en el maletero de un coche —dice.

Me inclino hacia delante y me pellizco el puente de la nariz. Con el pulgar y el índice me froto suavemente los ojos mientras pongo todo en el orden debido.

—Vale. Y, dado que me estás llamando a estas horas de la noche, esto está relacionado de algún modo con Kelly Summers, ¿no?

—¿Ves? Por eso eres un gran detective.

—Dame los detalles.

—En cuanto recibieron la denuncia, de inmediato enviaron a un par de agentes al lugar de los hechos —explica—. Siendo sábado por la noche…, bueno, la denuncia podía ser cualquier cosa. Podía ser falsa, podía ser que unos chavales borrachos se hubieran equivocado en los detalles, podía ser que hubieran visto a unas personas metiéndose en un coche o podía ser simplemente una broma. Pero los policías llegan allí y se encuentran un cuchillo y una bolsa de viaje llena de marihuana, todo embolsado en paquetes individuales. El tipo de cosas que ningún vivo dejaría atrás.

—Entonces, ¿por qué no es simplemente un negocio de drogas que salió mal?

—Porque se habrían llevado la droga. Los dos chicos que llamaron a la policía dijeron que no habían podido distinguir la matrícula del

coche. Estaban bastante borrachos, pero no tanto como para pasar por alto lo que habían visto. Tuvimos suerte de que avisaran. Uno de ellos tiene quince años; el otro, dieciséis. Ambos deberían haber estado en casa, pero en esta ciudad empiezan muy jóvenes, ¿verdad? —me pregunta. Y sí, es verdad, Christchurch se está haciendo famosa por las borracheras y el consumo de alcohol entre menores—. Así que, como es natural, los agentes que acudieron al lugar de los hechos tomaron las huellas dactilares del cuchillo.

—No me digas que las huellas pertenecen a Dwight Smith.

—No te lo diré, porque no es así. Pertenecen a un tipo llamado Bevin Collard.

—¿Bevin Collard? —Dejo de frotarme los ojos, pero los mantengo cerrados—. Me acuerdo de él. Fue uno de los casos de Landry, ¿verdad?

—Claro, así que esto ha sido un poco irónico, porque el secuestro ocurrió detrás del Popular Consensus, el bar del hermano de Landry —dice. Y recuerdo al hermano y el bar, porque allí fue donde se celebró el funeral de Landry—. El callejón pasa por detrás de ese y de otros bares. ¿Ahora entiendes la conexión?

Entiendo. Un violador muerto ayer y uno secuestrado esta misma noche. Empiezo a pensar que anoche alguien seguía a Dwight Smith. Creo que lo siguió hasta la casa de Kelly Summers y, después de que Dwight rompiera la cerradura de la ventana, pero antes de que pudiera entrar, lo obligó a conducir hasta las vías del tren. Probablemente, Smith recorrió todo el camino con una pistola en la cabeza o un cuchillo en la garganta. Y, esta noche, esa misma persona ha metido a Bevin Collard en el maletero de un coche.

A veces, una cortina de ducha es solo una cortina de ducha.

—¿Tate?

—Sí, lo entiendo. Así que la pregunta ahora es si encontraremos a Bevin Collard esta misma noche debajo de un tren.

—Con toda franqueza, Theo, creo que, para él, es un lugar tan bueno como cualquier otro. Te veré en unos minutos.

—No puedo dejar a Bridget —le digo.

—Lo sé, por eso iré a recogerte y por eso llevo a mi hermana conmigo.

—¿Qué?

—Para que cuide de Bridget, en caso de que se despierte.

—¿Tienes una hermana?

—Dos —dice—, y un hermano. Vístete. Ya casi estamos en tu casa.

Aún estoy vestido, así que aprovecho el tiempo que me queda para escribirle una nota a Bridget, por si despertara mientras no estoy. Le explico que me he ido y que la hermana de Rebecca estará en el salón viendo la tele. También pongo agua a hervir, con la esperanza de prepararme un café que me ayude a despertar, pero no llego a prepararlo antes de que un coche se detenga frente a la casa. Salgo y entorno la puerta. Me acerco al coche, del que bajan dos mujeres. La hermana de Rebecca es una versión más baja y joven de Rebecca: el mismo pelo oscuro hasta los hombros y los mismos grandes ojos azules. Y, sin duda, atrae la misma cantidad de miradas que atraía Rebecca antes de la explosión.

—Te presento a Phillipa —dice Rebecca.

Phillipa y yo extendemos la mano al mismo tiempo. Su apretón es tibio y firme, y su sonrisa, cálida y amplia. Me cae bien de inmediato.

—Me alegro de que puedas ayudarme —le digo.

—Cuando quieras.

—Phillipa era enfermera —dice Kent—, así que Bridget estará en buenas manos.

Phillipa se encoge de hombros sin hacer caso al comentario, como si no fuera para tanto. Paso treinta segundos dándole las gracias y diciéndole que se sirva lo que encuentre en la nevera y Kent le dice que volveremos en cuanto podamos. Mi compañera ha venido en su propio coche. Yo todavía tengo en mi casa el encubierto de la policía, así que dejamos el suyo aparcado al lado de la calle y cambiamos. Kent se pone al volante.

—¿Era enfermera? —pregunto.

—Es una larga historia —dice Kent.

—No estaría poniendo a sus pacientes a dormir, ¿verdad?

—No —dice, y no da más detalles.

Es un recorrido de diez minutos hacia el interior de la ciudad y hay muy poco tráfico. A veces, en viernes o sábado por la noche, las calles están atestadas de boy-racers, los chicos que conducen coches preparados para correr, pero no este sábado. Tal vez están atiborrándose de Happy Meals y cerveza. Llegamos a la ciudad, donde el ambiente es eléctrico, donde hay tanta loción corporal en el aire que un rayo la haría arder. Las calles bullen de energía. El callejón ha sido acordonado por dos coches patrulla y una furgoneta. A este lado del cordón, la gente deja de beber y bailar para ver qué está sucediendo. Todas las chicas visten de forma muy escasa, mientras que los chicos hacen lo posible por parecer elegantes con ropa corriente. Me siento viejo de inmediato. Soy el abuelo de todos estos niñatos, les doblo la edad; para ellos soy lo que los cuarentones eran para mí hace veinte años, cuando yo tenía rodillas

de joven. Para ellos, soy lo que la gente de ochenta años es para mí. ¿Cómo coño ha pasado tan rápido el tiempo?

Caminamos entre la multitud. Veo que la gente se vuelve hacia Rebecca por diferentes motivos: desde un lado, los chicos se quedan contemplando su belleza; desde el otro, su cara llena de cicatrices. Ella sigue con la mirada al frente.

—¿Dónde está Hutton? —le pregunto al oficial que han apostado junto a la cinta de la escena del crimen.

—De vuelta en la comisaría. Está reuniendo información sobre Bevin Collard.

—¿Y los testigos?

Señala con el pulgar uno de los coches patrulla.

—En el asiento trasero —dice—. Déjame enseñarte lo que tenemos.

Se adentra en el callejón y lo seguimos. Hay puertas a izquierda y derecha. Todas dan servicio a tiendas, bares y restaurantes. De detrás de las de la derecha se oyen los bajos y el ritmo con el que los pinchadiscos ensordecen a la multitud. Hay bolsas de basura, contenedores, un frío permanente y la sensación de que diez minutos aquí abajo atenuarían tus ganas de vivir. El agente apunta con su linterna hacia unas manchas de sangre, unos quince metros antes de que termine el callejón.

—El cuchillo estaba por aquí —dice, y apunta con la linterna hacia el lugar donde lo encontraron.

—¿Tiene sangre? —pregunto.

—Nada. Solo las huellas —dice.

—¿Hay cámaras de seguridad? —Miro los exteriores de las puertas.

—Ninguna —dice el agente—. No hay cámaras. Solo la sangre, el cuchillo, las drogas y dos chicos borrachos que vieron algo.

Una de las puertas se abre y un par de tipos salen con cervezas en una mano y cigarrillos en la otra. Nos descubren y vuelven a meterse rápidamente. Cuando me acerco a la puerta, ya está cerrada.

—No vienen solo a por la hierba —dice el agente. El cuchillo ha sido embolsado y etiquetado, pero no la droga. Sigue aquí. Él se agacha junto a la bolsa de viaje y abre un compartimento lateral—. Mira esto. —Sostiene un par de bolsitas con pastillas dentro.— Y esto —dice, y saca una bengala, una como las que se usan en los accidentes para advertir al resto del tráfico—. A la primera señal de que viene la policía, esta bolsa se incendia junto con todas las pruebas que contiene.

Nos dirigimos a la calle. Tras haber recorrido la mitad de la distancia, nos detenemos junto a un contenedor de basura que alguien registrará muy pronto. Un oficial viene hacia nosotros. A su lado camina un hombre a quien he visto una sola vez en mi vida: el hermano de Bill Landry. Kyle Landry me tiende la mano y se la estrecho, al tiempo que el agente nos dice que Kyle tiene información que podría sernos útil. Se parece mucho a su hermano: los mismos rasgos afilados, la misma mirada sombría de determinación. Parece dispuesto a culpar al mundo de algo.

—Theodore, ¿verdad? —pregunta.

—Así es —le digo.

Se vuelve hacia Kent.

—Y Rebecca —dice—. Me acuerdo de vosotros. Ha sido un año infernal para los cuatro —dice, y por los cuatro se refiere a mí, Schroder, Kent y su hermano.

Puedo ver que es un milagro que solo uno de nosotros esté muerto. El agente nos hace un saludo con la cabeza y yo le devuelvo el gesto, con lo que le doy a entender que, a partir de aquí, nos haremos cargo.

—Tu hermano era un buen policía —le digo.

—Lo sé —dice—. También sé que no le caías muy bien. —No estoy seguro de qué comentar al respecto, así que me quedo callado, y él, que parece que acabara de oír lo que ha dicho, hace como si nada —. Que no te quite el sueño —dice—, así era Bill. A menudo le dolían los cojones por las razones equivocadas.

—¿Has visto que pasase algo aquí? —pregunta Kent.

—¿Esta noche? No. Pero pensé que os gustaría saber que este es un lugar bastante popular para la venta de drogas. La gente se cuela por la parte de atrás del club, y, por supuesto, no es que podamos cerrar estas puertas con cadenas, porque son las salidas de incendios. Tampoco nos alcanza el dinero para contratar porteros solo para vigilarlas.

—¿Nunca has llamado a la policía?

—El policía de la familia era mi hermano —dice—, no yo. Ha habido gente vendiendo droga en este callejón durante meses. Siempre he supuesto que alguien del departamento ya se habría enterado. Y también he supuesto que a nadie le importaba lo suficiente.

—Una mala suposición —dice Kent—. Y me imagino que las drogas en el callejón son buenas para el negocio, ¿verdad?

—Como te he dicho, mi hermano era el policía de la familia, no yo.

—¿Tienes algún nombre?

—¿Qué? ¿Me estás preguntando si tengo los nombres de las personas que a veces vienen a vender drogas? No, no los tengo. Escuchad, antes de que os enfadéis conmigo, hace unos meses me acerqué a ellos y les dije que se largaran. Uno sacó un cuchillo y me dijo que, si volvía a hablar con él o con su hermano, me harían pedazos. Esa misma noche, después de cerrar, alguien arrojó una piedra a mi ventana. Tras lo que sucedió con Bill, pensé que lo mejor sería ocuparme de mis asuntos y que, si esos tipos querían vender hierba sin apuñalarme, ¿por qué decirles que no? Sí, el cuerpo es un templo y toda esa mierda, pero, si los chicos quieren venir aquí a envenenarse, ¿quién soy yo para impedírselo?

—¿Estás seguro de que eso es lo que te dijo? —le pregunto.

—¿Cómo?

—Lo de él y su hermano.

—Eso es lo que dijo.

—¿Alguna vez has visto a uno de estos tipos por aquí solo?

—Siempre vienen en pareja. —Se mete la mano en el bolsillo, saca un paquete de cigarrillos y sonríe tímidamente—. La maldición familiar. Los cigarrillos mataron a mi hermano… O lo habrían hecho, si hubiera vivido unos meses más. El cáncer de pulmón también se llevó a nuestro padre. A veces, no puedes burlar la genética.

—Vale, no te vayas, ¿quieres? —le pido—. Un detective viene de camino con algo de información, incluidas algunas fotografías. ¿Serías capaz de identificar a estos dos tipos si te las enseñamos?

—¿Que si puedo identificar a los tíos que vendían droga? Sí —afirma —, pero eso no significa que fueran los mismos de esta noche.

Vuelve al cordón.

—Estos hermanos fueron los que hirieron a aquella mujer, ¿verdad? —dice Kent, y, mientras habla, hace aspavientos con las manos—. ¿Cómo es posible que tanto Bevin como su hermano hayan sido secuestrados aquí?

—No lo sé. ¿El doble de posible o la mitad de posible que solo uno de ellos fuera secuestrado?

—Eso ni siquiera tiene sentido —dice.

—¿Algo de esto lo tiene? ¿Cómo crees que llegó aquí? —le pregunto a Kent—. Me refiero a Bevin.

Se encoge de hombros.

—Tal vez su hermano vino a dejarlo. O, si llegaron juntos, ¿vinieron en coche? ¿Los habrán metido en el maletero de otra persona?

—¿Dónde está su coche?

—Vale, te entiendo —dice ella—. Dame un minuto —me pide, y saca su teléfono.

Recorremos el resto del camino por el callejón entre un creciente número de personas. Me adelanto a Kent y nos abrimos paso mientras ella habla por teléfono. Alguien grita por ahí «Aquí, cerdita, cerdita» y otro grita «¡Es Babe, el cerdito, pero más feo! ¡Baila un poquito para nosotros, cerdita caracortada!».

Atravesamos la multitud. Kent parece tranquila y serena, pero algo en sus ojos delata cómo se siente en realidad. Sigue con el teléfono en la oreja, pero en un ángulo que me indica que está esperando a que le cojan la llamada.

—¿Quieres que vuelva allí y les pegue un tiro? —le pregunto.

—¿Lo harías?, ¿o es mucho pedir?

—Hmmm… —Doy la impresión de que me lo estuviera pensando en serio—. Puede que sea un poco extremo —le digo.

—¿Algunos balazos en las rodillas? O, mejor aún, abrirles la cara y que les quede como la mía —dice, y no hay nada de humor en sus palabras.

Antes de que le pueda dar una respuesta, levanta la mano para hacerme callar y se concentra en su llamada. Miro la parte trasera de los coches patrulla y distingo a los dos chicos que denunciaron el crimen. Kent asiente y dice «Vale» varias veces. Luego, anota algo en su bloc. Cuando cuelga, está de mejor humor.

—Sé lo que estamos buscando —dice.

—¿Y?

—Y lo tienes detrás de ti. —Señala un coche que está a diez metros de donde hemos aparcado el nuestro. Es un sedán azul oscuro de cuatro puertas. En el parachoques tiene una pegatina con una pieza de ajedrez que pone «Bishop Takes Porn». Está cerrado—. Dos, quizá tres violadores en solo dos noches. Tengo la sensación de que esta va a ser larga.

Y tengo la suficiente experiencia para no discutir con Kent, porque tiene razón. También tengo suficiente experiencia para decirme a mí mismo que aquí hay algo más.

Aunque no sé qué.

Capítulo veintidós

Con suerte, Taylor Collard estará tan malherido que no hará más que deambular de un lado a otro. Con suerte, pronto lo encontrarán. Schroder cierra el maletero y abre la puerta del coche. Las llaves siguen en el contacto. Si todo esto ha de salir mal para él y Peter, no quiere que este par de gilipollas se lleven el coche a su casa; quiere que, por lo menos, se vean obligados a caminar. Esconde las llaves bajo el escalón del porche. No se siente observado. Entra. Conoce el lugar mejor que nadie. No hay luz en el sótano, pero eso puede ser porque la puerta de hierro está cerrada.

Extiende los brazos como quien, habiendo despertado de entre los muertos, buscara cerebros. Avanza a trompicones y deja que sus dedos rocen la pared. El aire del sótano se siente unos grados más frío que el del resto del edificio. Coge el móvil. Si usara la pantalla para alumbrarse y los Collard estuvieran aquí abajo, lo localizarían. Si no la usara, tropezaría con las escaleras y se rompería el cuello. Así que lo usa, pero la luz es de corto alcance. Tiene suerte de ver un pie delante de él. Baja lentamente, preparado para agacharse y reaccionar, pero llega sin ningún problema. La puerta de la celda está abierta. Peter está tumbado bocabajo en el suelo. No se mueve.

Arriba oye un chirrido de tablas y, a continuación, la puerta principal del edificio, que se cierra de golpe. Corre escaleras arriba y llega a tiempo para oír cómo tiran de la cadena a través del picaporte. Se precipita contra ella al mismo tiempo que el candado encaja en su sitio.

—Vete a la mierda, pringao —grita Bevin Collard.

A Schroeder, esa voz ronca lo molesta más ahora que antes. Golpea las puertas, pero es inútil.

Se dirige de nuevo al sótano. Entra en la celda con mucho cuidado. Si la puerta se cerrara con él dentro, no habría manera de salir. Claro, también la puerta principal de todo el edificio está cerrada, pero es mejor poder moverse entre las dos plantas, con habitaciones de pacientes, que en una sala de gritos del tamaño de la celda de una cárcel. Peter Crowley tiene el cráneo hundido por un costado. Es posible que el primer impacto lo haya matado, solo que ha habido más, porque en el techo hay una línea de sangre que ha salido disparada con los siguientes dos golpes. Entonces descubre la botella de cerveza. O trozos de ella. La misma que estaba en el callejón. Taylor debe haberla traído con él. Los primeros dos golpes no la rompieron, pero el tercero sí. Quizá Bevin usó uno de los trozos de cristal para cortar las bridas de plástico que lo sujetaban.

Anoche, las cosas no salieron según lo previsto, solo que, comparado con esto, lo de anoche fue como de ensueño.

Se agacha junto a Peter y le pone una mano en el hombro. El tipo se merecía sus cinco minutos, se merecía su venganza, y esta ha sido su recompensa, su retribución final por haber sufrido la violación de su mujer, por haber padecido la muerte de su mujer; esta ha sido su recompensa por haberse enfadado.

—Lo siento —le dice, pero Peter no responde. Sigue tumbado bocabajo en un charco de su propia sangre. Ninguna disculpa va a deshacer lo ocurrido, pero él lo intenta—. Lo siento mucho mucho —le dice, y se lo dice en serio. Se lo dice en serio porque sí le importa; ahora mismo, le incumbe mucho. Y ahora mismo no quiere que esos tipos lo encuentren y lo maten. Tampoco quiere ir a la cárcel.

—Haré que lo paguen, te lo prometo —dice—. Espero que esto te sirva, al menos, de consuelo.

No está seguro de si le servirá de consuelo, pero sí sabe que, ahora mismo, es todo lo que Peter tiene. Para ser un hombre que ayer no

sentía nada, Schroder está seguro de que siente mucha culpa, pena y rabia, todo en demasía. Se lo piensa un poco más.

—Y, bueno, tú fuiste quien le buscó el pulso a Taylor —dice, y con eso se ayuda a aliviar un poco su culpa.

Pero no mucho. ¿Por qué se quedó conforme con la apreciación de Peter? ¿De repente consideró que Peter era un experto en determinar si alguien estaba vivo o muerto? Es fácil pasar por alto un pulso, especialmente cuando estás nervioso, cuando has intentado matar al tipo, cuando crees que estás a punto de ser atrapado. Los pulsos pueden ser fáciles de pasar por alto incluso cuando no está ocurriendo nada de eso. Y él lo sabe. Se lo enseñaron hace años en los cursos de primeros auxilios.

Cae en la cuenta de que no le ha tomado el pulso a Peter. Lo hace ahora. Pone dos dedos en el cuello del tipo. Nada. Sigue buscando, y nada. Luego, algo. Débil, pero ahí. La culpa se alivia un poco más.

—Voy a sacarte de aquí —dice, y se siente mejor—. Te lo prometo —añade, solo que últimamente ha hecho unas cuantas promesas que no ha podido cumplir.

Heridos y con las llaves del coche escondidas, los hermanos no irán a ninguna parte. A menos que puedan arrancar el coche haciendo un puente, y él cree que es probable que sean capaces. Se pregunta cuál será su plan; si tendrán un plan, incluso. Con suerte, solo estarán por ahí dando tumbos. Ojalá uno de ellos haya caído en una trampa para osos y el otro, en un pozo.

Vuelve a subir las escaleras. Entra en las habitaciones a medida que va pasando por ellas y estudia las rejas de hierro en las ventanas. Siente ganas de haber llevado este espectáculo al medio del bosque en vez de a la maldita sala de los gritos. Encuentra la cocina. Hay una puerta trasera, pero no puede moverla. Está cerrada con pestillo o con cadenas, no hay manera de saberlo. Apoya el hombro en ella y le da patadas, pero nada. Busca en la cocina, solo que no hay

herramientas, utensilios ni cubertería… Hace años que se llevaron todo eso. En los dormitorios hay camas. Uno puede esconderse debajo de ellas o echarse una siesta incómoda, pero nada más.

Va a un despacho que da a la entrada. Algo se mueve con rapidez en la esquina y lo hace dar un respingo. Cuando apunta al lugar con su teléfono, ve que una zarigüeya lo está mirando. Sus ojos reflejan la luz del móvil. Sisea, se le acerca media docena de pasos, se da la vuelta y sale corriendo hacia el pasillo. De repente, un rayo de luz entra por la ventana y le da en la cara. Él se agacha, pero la luz sigue entrando por la ventana hasta chocar con la pared de atrás. No lo sigue. Son los faros del coche. No hay voces ni sensación de urgencia. Los hermanos saben que él está encerrado aquí.

Aún agachado, entra en el despacho contiguo. Luego, asoma la cabeza para mirar por la ventana. Los dos hombres están a menos de veinte metros. A la ventana cubierta de mugre le falta una sección triangular en la parte inferior, lo bastante grande como para meter por ahí el puño si tuviera ganas de hacerse algunos cortes en los costados del antebrazo. Sale del despacho y entra en el primer dormitorio. Es la misma vista: una ventana sucia, más hiedra enroscada en otros barrotes de hierro y, más allá, los dos hermanos. Esta ventana está agrietada, pero no parece haber zarigüeyas.

Recorre toda la planta baja comprobando ventanas y puertas, pero está encerrado. Y no tiene ningún arma. Debería haber cogido el maldito cuchillo con el que Bevin los amenazó antes. Vuelve al despacho, al que tiene un agujero en la ventana. Taylor está ahí fuera, con la linterna en la mano y el brazo izquierdo colgando lánguido por el golpe que Peter le ha dado en el callejón. Bevin tiene algo en la mano. Levanta el objeto y se lo pone en un costado de la cabeza. Un instante después, se pone a hablar.

Tiraron en el callejón los móviles de los hermanos. Ese debe ser el de Peter.

«Mierda».

Contiene la respiración, se concentra y hace todo lo posible por escuchar. Acerca la oreja al lugar donde falta un triángulo de la ventana. Las palabras resuenan en el aire quieto.

—¿Matt? Soy Bevin. Escucha, necesito tu ayuda. ¿Has oído hablar de un lugar llamado Grover Hills? Sí, sí, eso es. ¿Sabes dónde está? Búscalo en un mapa. Escucha, te necesito y… No, escúchame, es importante. Te necesito a ti y a un par de… Sí, ya sé qué hora es… Eh, eh, eh, eh… Bueno, mira, por supuesto que es importante; de lo contrario, no te estaría llamando. Necesito que vengáis aquí. Y traed un par de armas, ¿vale? Estamos formando una partida de caza —dice—. Sí, sí, sabía que te gustaría cómo suena esto. Trae también a Buzzkill. Ah, y algo de gasolina y un par de bengalas. Sí, sí… Vale, claro, puedes traer cerveza, pero para cuando acabemos, ¿vale? No antes.

Esperarán ahí fuera a que salga Schroder. Entonces quemarán el lugar. O entrarán a buscarlo, le dispararán y probablemente lo torturarán un poco antes de prenderle fuego al edificio. Luego, se sentarán a abrir unas cervezas y a revivir el momento.

Calcula que le quedan quince o veinte minutos para encontrar una forma de salir de aquí antes de que Matt y Buzzkill lleguen para convertirlos a él y a Peter Crowley en cenizas y huesos.

Capítulo veintitrés

Hablamos con los dos chicos que han denunciado el crimen. Al mismo tiempo, esperamos a Hutton, cuyo regreso se ha retrasado, porque ahora necesita una orden para el coche y otra para la casa de los Collard. Parece una locura, porque el crimen se está cometiendo en este momento, pero esa locura nos parece bien. Nos parece adecuado tomarnos nuestro tiempo para hacer las cosas como se debe cuando quien está en problemas es alguien como Bevin Collard. Estamos contentos de tomárnoslo con calma y poner todos los puntos y todas las comas en su lugar, como ha dicho Hutton en las vías del tren. Si los Collard fueran los autores del delito, ya habríamos forzado su coche y registrado su casa.

Los testigos están nerviosos y, por lo que veo, creen que vamos a detenerlos. Uno se llama Danny y el otro, Harry, y me pregunto cuál sería su nombre como pareja, si Darry o Hanny. Danny, el mayor, de dieciséis años, se encoge de hombros con cada pregunta, aunque sepa la respuesta. Harry, por su parte, no puede apartar la mirada de las tetas de Kent. Sus nombres suenan como test de inteligencia: «Si Danny tiene la mitad de acné que Harry y Harry tiene el doble de acné que Danny, entonces, ¿quién es más alto?». En este caso, Harry es el más alto. Lleva unas gafas que se tiene que estar subiendo como si le quedaran un poco flojas. Danny lleva una pulsera de cuero con la que no para de juguetear. Ambos chicos están igual de intranquilos.

—Es como les hemos estado diciendo —dice Danny—, no vimos mucho.

—¿Y solo viste que metían a una persona en el maletero? —le pregunto.

Harry niega con la cabeza y Danny mueve la suya de arriba abajo; dos chicos nerviosos, cada uno con su propio punto de vista.

—De acuerdo. Hagamos otro intento —les digo—. ¿Estos metieron a una sola persona en el maletero?

—No vimos a una persona entera —dice Danny—. Solo vimos la parte del final, cuando los dos tipos estaban metiendo las piernas de alguien…

—El resto ya estaba dentro —interrumpe Harry—. Creemos que ya estaba dentro, a menos que las piernas…

—Hubieran sido cortadas —termina Danny—. Que podrían haberlo sido. Y a lo mejor había un montón de partes del cuerpo allí. Podrían haber sido dos o tres personas.

—O diez —añade Harry.

—¿Van a decirles a nuestros padres que estuvimos bebiendo? —pregunta Danny.

—Si resultáis útiles —les digo—, os prometo que no les diré nada. —Y es cierto. Uno de los oficiales de aquí será quien lleve a estos chicos a casa y se lo diga a los padres—. Si no nos ayudáis, os llevaremos a la comisaría y pasaréis la noche en una celda.

Ambos chicos parecen petrificados ante la perspectiva.

—¿Qué hay de los dos hombres fuera del coche?

—No vimos mucho de ellos —dice Danny—. Quiero decir, con suerte vimos algo. Está bastante oscuro ahí dentro.

—¿A qué distancia del callejón estaban?

—Bastante al final.

—¿Cómo los descubristeis? —pregunto.

—Estábamos… Yo había, hmmm, como sea, bajado a mear, y Danny también —relata Harry, que finalmente aparta la mirada del pecho de Rebecca, y eso es todo lo que Danny puede hacer para mantener el contacto visual conmigo.

—Fuisteis allí a comprar drogas, ¿no? —le digo.

—Mire, llamamos a la policía, ¿verdad? —dice Danny—. Hemos hecho lo correcto. Si no hubiéramos llamado, ustedes no se habrían enterado de que estábamos aquí. Por favor, no se lo digan a mi madre ni a mi padre.

—Ni a la mía —dice Harry, mirándonos. Está empezando a llorar.

—Por favor.

—Os prometo que no les contaré nada —digo, lo cual es tan cierto como que he de callarme lo de la bebida—. Decidnos lo que pasó.

Así que nos lo cuentan: el clásico caso en el que los padres creen que su hijo está en casa del otro. Es clásico, porque funciona tanto en las películas como en la vida real. Cogieron el autobús para venir a la ciudad y encontrarse con un tipo al que conocían, hermano mayor de un amigo suyo, quien, por un pago de diez dólares, podía darles un paquete de seis cervezas. No era la primera vez que venían de noche a la ciudad, y cada vez que vienen aprenden algo nuevo: nuevos amigos con hermanos mayores que pueden ayudarlos. Ayer, en la escuela, oyeron hablar de un par de tipos que vendían droga. Y por eso vinieron aquí. Pensaron que sería emocionante; pensaron que sería una aventura. Estaban a la mitad del callejón cuando oyeron las voces. Entonces se escondieron detrás del contenedor y vieron las piernas de alguien mientras lo metían en el maletero, y se acabó la aventura. La mejor descripción que pueden darnos del coche es que era un sedán oscuro. El problema es que el callejón está tan mal iluminado que la oscuridad

abarca un espectro de colores más amplio de lo normal. Cubre casi todo, excepto el blanco. La mejor descripción que nos han podido dar de los dos hombres es que uno era calvo y el otro no, y que eran viejos.

—Ya sabe, como de su edad —dice Danny.

Volvemos a meter a los niños en el coche patrulla. Pronto los llevarán a comisaría para que hablen con un dibujante, pero antes llamarán a sus padres. Imagino que estos chicos van a estar castigados durante seis meses.

Hutton acaba de aparecer. Trae consigo el expediente de los hermanos Collard, una orden judicial y un delgado trozo de metal de medio metro de largo, así como un triángulo de espuma dura que le cabe en la palma de la mano. Mete una punta de la espuma por un lado de la ventanilla del coche para crear un hueco, el cual se va ensanchando cuanto más baja la espuma.

—Abrir así un coche siempre me recuerda a Schroder —dice Hutton.

—Esto es schrodear un coche —le digo.

—¿Qué significa eso? —pregunta Kent.

—Fue un caso en el que trabajamos hace algunos años —dice Hutton, y desliza el fino trozo de metal entre la ventanilla y la puerta del coche de Bevin Collard—. Schroder había conseguido una orden judicial para registrar un negocio. El sospechoso era mecánico y el local, su taller. La orden incluía todos los coches que estaban aparcados allí, en los que él estaba trabajando. El problema era que este taller estaba al lado de otro de carrocerías y que entre los dos edificios había un camino de entrada. El camino pertenecía a la chapistería, pero a menudo dejaban que el mecánico lo utilizara para aparcar coches.

»Schroder no se había enterado de quién era el propietario del camino de entrada. Abrió los coches que había ahí y, en la parte trasera del del mecánico, encontró un montón de ropa ensangrentada. El mecánico era el sospechoso, pero la orden, técnicamente, no permitía ese registro. Nuestro caso se desmoronó. El tipo se salió con la suya.

—Mierda —dice Kent—, qué duro.

—Muy duro —dice Hutton, que sigue trabajando con el trozo de metal. Los expertos pueden abrir una cerradura en cinco o diez segundos, pero Hutton no es un experto—. Y no tan duro como otros, pero, siempre que hay un coche de por medio, tenemos mucho cuidado. Si no fuera por ese caso…, ¿qué fue, hace seis años? —me pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Quizá un poco más.

—Bueno, si no hubiera sido por ese caso, probablemente habríamos abierto este coche —dice, señalando con la cabeza el de Bevin Collard— en cuanto lo vimos aquí. Quizá ya habríamos averiguado dónde están los hermanos. Pero la ley es la ley, y cuando alguien intenta atajarla y abrir un coche sin orden judicial, decimos que está haciendo un schrodereo.

—¿Y qué opina Schroder de ese nombre?

—Nunca se lo dijimos —dice Hutton—, y seguro que nunca lo hemos mencionado cerca de él.

Dejamos a Hutton empeñado en abrir el coche y le mostramos a Kyle Landry las fotografías de los archivos. Mira la primera, asiente con la cabeza y mira la segunda. También asiente.

—Definitivamente, son ellos. Nunca los he visto separados.

Lo que significa que es probable que tampoco esta noche estuvieran separados, y también significa que es probable que no lo estén en este preciso momento. Mientras enseñamos las fotos, cuatro policías revisan los contenedores. Es un trabajo horrible. He tenido que hacerlo en el pasado y me obligaría a jubilarme anticipadamente si tuviera que hacerlo de nuevo. La gente tira todo tipo de cosas a la basura: desde vendas empapadas en pus hasta ratones muertos. A veces, te toca un perro o un gato muerto. O algo peor.

Hutton hace saltar las cerraduras del coche. He estado en escenas como esta, donde los policías cruzan apuestas sobre si habrá un cuerpo en el maletero. Es lo primero que comprobamos. Solo hay unas bolsas de plástico, una cuerda de remolque y unos cables de arranque. En la parte delantera y debajo de los asientos hay algunas latas de refresco y envoltorios de comida rápida, nada de importancia. Lo mismo en la guantera. A menos que los Collard salgan de un bar más tarde esta noche, los mismos tipos que registraron el coche de Dwight Smith se llevarán este y lo registrarán más a fondo.

—Ha sido una pérdida de tiempo —dice Kent.

—Había que hacerlo —le digo.

—Ve a revisar su casa —dice Hutton, y le entrega a Kent la orden judicial correspondiente—. A ver qué encuentras.

—¿Deberíamos ir primero a hablar con Peter Crowley? —le pregunto.

Hutton asiente con la cabeza mientras lo piensa; luego, sacude la cabeza.

—No —dice—. No sabemos por qué estos chicos han sido secuestrados ni si esto está relacionado con Dwight Smith. Tampoco sabemos si Peter Crowley está involucrado. Ve a la casa primero. Por lo que sabemos, podrían estar sentados frente al televisor.

—Sabes qué clase de hombres dejan atrás su alijo de drogas, ¿verdad? —pregunta Kent mientras caminamos de vuelta al coche, cuando Hutton ya ha quedado fuera del alcance.

—Los muertos —le digo.

Ella asiente.

—¿Qué posibilidades crees que hay de que estén sentados delante del televisor?

—Cero —contesto.

Llegamos al coche. Nos paramos junto a la puerta, pero no subimos, sino que nos miramos por encima del techo para seguir hablando.

—¿Crees que esa es la idea? —pregunta Kent.

—No entiendo.

—Hutton nos envía primero a casa de los Collard y no directamente a Peter Crowley. ¿Será porque quiere que Peter tenga la oportunidad de terminar lo que está haciendo, si es que está haciendo algo?

—No lo había pensado de esa manera —digo.

—Yo pienso así todo el tiempo —dice, y abre la puerta—. Venga, vamos a hacer lo correcto. Tratemos de salvar a estos hijos de puta.

Capítulo veinticuatro

Schroder tiene dos opciones. Encontrar un arma o encontrar una salida. Una vez fuera, podría atravesar un montón de prados y árboles y llegar a una carretera, pero eso tampoco es una gran opción, especialmente con Peter Crowley sobre su hombro. Significaría dejar su coche aquí, y tal vez Bevin, Taylor y Buzzkill tengan cómo averiguar quién es el dueño del coche, o tal vez no, y entonces llamarán a la policía y luego la policía averiguará todo. Estos hombres han sido secuestrados y traídos aquí. Podrían llamar a la policía ahora mismo y el mundo los vería como héroes.

Y eso, en realidad, significa que solo tiene una opción.

Debe matar a Bevin y Taylor antes de que lleguen los refuerzos. Taylor, sin duda, tiene el peor dolor de cabeza del mundo, y tal vez un brazo roto. A Bevin también le duele la cabeza. Schroder cree que podría con los dos. Si pudiera salir, Taylor no sería rival, y quizá Bevin tampoco lo sería mucho.

Pero primero tiene que salir.

Piensa en lo que le ha dicho su médico: no estrelles tu coche, no te pelees. Un golpe afortunado de alguien y la bala que Schroder tiene acampando en el cerebro apagaría los interruptores; y ni siquiera tiene que ser un golpe tan afortunado. Se dirige al piso de arriba y, a medio camino, está a punto de tropezar con un escalón que se ha torcido y levantado unos centímetros. Ahí podría acabar todo: un tropiezo, un golpe en la cabeza y la bala que lo acompaña cerraría el negocio. Empieza a abrir puertas y a registrar con su teléfono todas las habitaciones. Y no hay nada. Solo colchones, camas y capas de polvo. Se acerca a una de las ventanas, desde donde puede ver su coche y a los dos hombres.

¿Debería llamar a Tate?

Se lo piensa. ¿Qué diría él? ¿Vendría sin compañero solo porque Schroeder se ha metido en un lío? No vislumbra ningún escenario en el que Tate no trajese refuerzos. Iría a la cárcel, aunque quizá la cárcel no sea para tanto. De todos modos, tal vez solo le queden unos días o unas semanas en este mundo. Sí, puede que la cárcel no sea para tanto, pero, a pesar de que su rango de emociones se ha reducido, lo mata la idea de que su mujer e hijos sepan que ha pasado de Policía del Coma a Policía Asesino.

Camina por el pasillo. A su paso crujen más tablones de madera.

Elige otro dormitorio. Coge un colchón y lo arroja contra la ventana. Con el aire tranquilo, el ruido del cristal al romperse se amplifica en el campo abierto. Mueve el colchón de un lado a otro para arrancar los trozos de cristal. La cosa se engancha y se atasca, pero hace su trabajo. Luego, Schroder saca las manos y agarra los barrotes de hierro. Los empuja. Tira de ellos. Intenta sacudirlos. No se mueven. Uno de los hermanos le apunta con la linterna, así que se escabulle de la habitación.

Vuelve a las escaleras y otra vez crujen los mismos tablones de madera. El mismo escalón dañado casi lo hace tropezar. Fuera, la vista es la misma: los dos hermanos a la espera de sus amigos. A la espera de Buzzkill.

La puerta trasera. Si consiguiera romper las bisagras o zarandear la puerta hacia delante y hacia atrás lo suficiente, podría ceder algo. Cinco segundos tratando de moverla le dicen que es imposible, pero de todos modos se concede otros treinta. No consigue nada. La única forma de entrar y salir es por la puerta principal. Por supuesto. Este lugar fue diseñado para mantener a los locos dentro.

El coche que gira por el camino de entrada, un minuto después, es un sedán blanco. Se detiene junto al suyo. Un tipo que supera el metro ochenta se despliega desde el asiento del conductor. Otro tipo

igual de grande hace lo mismo desde el asiento del copiloto. Ambos llevan pistolas.

Entonces uno de ellos abre la puerta trasera y quien sin duda ha de ser Buzzkill salta, se pone a cuatro patas y empieza a ladrar como si su rechoncho rabo estuviera en llamas.

Capítulo veinticinco

Un par de agentes nos siguen hasta la casa de Collard. Por el camino, voy leyendo el documento que nos ha dado Hutton, el expediente de lo que hicieron Bevin y Collard hace nueve años.

Cuenta Bevin Collard que venía ocupado en sus propias cavilaciones mientras conducía tranquilo de camino al trabajo. Entonces un coche le cortó el paso, el de Peter Crowley. Tocó el claxon en señal de frustración, tras lo cual Peter, según cuenta Bevin, bajó la ventanilla, le hizo un gesto con el dedo y lo llamó «cabrón». Bevin se sintió insultado y pensó que las palabras tarado o retrasado mental eran crueles ante las «necesidades especiales de los raritos que son engendrados cuando se folla entre primos», así que quiso darle una lección a Peter. Lo siguió hasta su casa. A la mañana siguiente, fue con su hermano Taylor; pero Peter no estaba. Era sábado y el tipo había salido a jugar al cricket. Los hermanos pensaron que una buena manera de enseñarle a Peter a no interponerse en el tráfico era «hacer el amor» con su mujer. Así fue como lo dijeron. Ambos le hicieron el amor. ¿Y por qué no?, se preguntaban. Desde luego, era un buen culo.

El relato de los hechos me enferma. Hago un esfuerzo por leerlo en voz alta para Rebecca, y ella también se esfuerza por escucharlo. Noto que afloja el acelerador; no mucho, pero sí lo suficiente para retrasar nuestra aproximación.

—Estos tipos son unos animales —dice.

—Lo sé, pero… —No hablo más. Me encojo de hombros, y, de alguna manera, eso transmite el mensaje. ¿Qué se puede decir? ¿Que estos tipos tienen derechos? ¿Que nuestro trabajo es averiguar qué les ha pasado para poder protegerlos?

—Lo sé —dice. Ha escuchado lo que no he dicho—. Pasaron doce minutos con ella. ¿Te lo puedes creer? En dieciséis minutos irrumpieron en su casa, le afeitaron la cabeza y le rompieron los dos brazos. Cada uno la violó una vez. La dejaron en el suelo del pasillo como un trozo de basura, como algo que uno acaba de usar. Ella ni siquiera pudo llamar para pedir ayuda.

—Lo sé —digo, y puedo visualizar cómo se desarrolló todo. Es la maldición del policía. Ves tantas cosas malas que, cuando te enteras de otras cosas malas, sabes exactamente cómo ocurrieron: desde las súplicas de la víctima hasta las sucias expresiones faciales del agresor.

—Todo ello delante de su hija.

—Lo sé —digo. Y, si alguna vez me enterara de que algo así le ha ocurrido a mi familia… ¿Qué hombre no pensaría en lo que haría o dejaría de hacer? Pero Peter no se encontró con eso. La hija se quedó llorando junto a su madre durante quince minutos antes de correr a pedirle ayuda a un vecino.

El resto del informe no tiene mejor pinta, pero lo examino de todos modos. Siento que me cabreo mientras lo leo. En el juicio, la defensa alegó que los actos de Peter fueron los que llevaron a los hermanos a atacar a su mujer. El jurado no se lo creyó. A los hermanos no los ayudó que el cruce en el que Peter les había cortado el paso tuviera una cámara de semáforo. Esta había captado a Bevin hablando por el móvil mientras se saltaba el semáforo en rojo. Fue Peter quien tuvo que frenar en seco y tocar el claxon. Bevin bajó la ventanilla y le hizo un gesto con el dedo.

—Deja que te pregunte algo —dice Kent, y no me mira, sigue atenta a la calle. Empieza a pasarse un dedo por un costado de la cara, se toca las cicatrices, y creo que el gesto la delata. Me parece que lo hace cuando tiene pensamientos oscuros. Sería un gran rival contra

quien jugar al póquer—. ¿En este asunto, qué resultado te gustaría que hubiera? —pregunta.

«¿Estamos en la misma sintonía?».

—¿A qué te refieres?

—Digamos que estamos en el futuro, que ha pasado una semana, que este caso ya está cerrado y que hicimos todo bien y averiguamos exactamente lo que sucedió. ¿Qué resultado esperas haber tenido?

—Solo espero haber hecho lo correcto —le digo.

—No me refiero a eso, y lo sabes.

—Lo digo en serio. ¿Por qué?, ¿qué esperabas?

—Yo espero que estos tipos se hayan suicidado, como lo hizo Smith.

—Smith no se suicidó. Ya lo sabemos.

—Esos dos tipos que los chicos han visto en el callejón metiendo a Collard en el maletero son el hada madrina de Kelly Summers. Anoche, ellos se llevaron a Dwight Smith. Y esta noche están haciendo desaparecer a los hermanos Collard. Summers no estaba involucrada, y dudo que Peter Crowley lo esté. No hay razón para que él haya seguido a Smith y no hay razón para que Summers haya ido a un callejón esta noche a ayudar a Peter. Es otra persona. Son otras dos personas.

—El hada madrina —digo.

—Y su hada amiga —dice. Luego se ríe, y yo también me río.

—Asegúrate de llamarlos así cuando los encontremos —le digo.

No para de reír, y da gusto oírla.

—Cuando era pequeña, creía en las hadas —dice—. Quizá sea hora de volver a creer.

Llegamos a la casa. La mitad de las farolas no funcionan, así que todas las casas parecen agujeros negros frente a un paisaje algo menos negro. La casa de los Collard no es diferente. Aparcamos fuera y el coche patrulla aparca detrás. Los cuatro caminamos juntos por el sendero; Kent y yo, desarmados, pero los dos agentes llevan pistolas. Aquí no hay ninguna amenaza. Lo más probable es que nos encontremos con una casa vacía, pero nos mantenemos alerta: las drogas que vendían los Collard se fabricaban en algún sitio, y puede que fuera aquí. Llamo a la puerta pensando que nadie va a abrir y, en efecto, nadie abre.

Entramos. Resulta fácil, porque los dos agentes han traído un ariete. El ariete mide un par de metros de largo. Es de acero y, si lo balanceas hasta golpear una cerradura, puede aplicarle a esta unas cuantas toneladas de energía cinética. En este caso, y como ocurre a menudo, la cerradura sobrevive al impacto, pero no el marco de la puerta. Saltan astillas, la madera cruje como un disparo en una calle tranquila y se convierte en trozos afilados y desgarrados.

Nadie ha salido corriendo de ninguna de las habitaciones. Los dos agentes se adelantan, encienden las luces y apuntan con sus armas a las habitaciones. Un minuto después, hemos confirmado que la casa está vacía.

Nos separamos. Kent se queda en el salón, un agente se dirige al garaje y el otro permanece junto a la puerta principal, vigilando la calle por si apareciera alguien más. Yo me ocupo de uno de los dormitorios. La casa es impersonal. No hay cuadros en ningún lugar, ni una sola foto expuesta, ni plantas en macetas, ni muebles ni enseres desparejados. Ni siquiera sé de quién es la habitación en la que estoy. Hay un televisor colgado de la pared. Debajo, una cajonera con una videoconsola y un par de mandos a distancia. La cama no está hecha. Las sábanas parecen necesitar un buen lavado,

por lo que la idea de tocarlas me eriza la piel. Me pongo unos guantes de látex. Miro debajo de la cama. Hay un par de zapatillas viejas y un montón de revistas con mujeres desnudas. Abro el armario y compruebo la ropa. Palpo el suelo para ver si hay algo que se pudiera levantar aquí —el escondite favorito de los traficantes de droga—, pero nada se mueve. Para ser sincero, me da igual. Probablemente, lo mejor que podemos esperar encontrar son drogas. Estoy cansado y quiero estar en casa con mi mujer. Veo a Kent pasar junto a la puerta y dirigirse a otro de los dormitorios.

Empiezo a revisar los cajones. Calcetines. Ropa interior. Camisetas. Las saco y las tiro sobre la cama. En el siguiente cajón hay más de lo mismo. También unos vaqueros, unos pantalones cortos y unos jerséis de mujer. Luego, una carpeta de un centímetro de grosor llena de artículos de periódico.

—Tengo algo —dice Kent, que me llama desde un dormitorio que está al otro lado del pasillo. Aún no sé de quién es este. Le llevo la carpeta—. Mira esto —dice.

Sale del armario.

—Ya estaba así —dice—. Ahí debajo no hay nada, pero ha de ser aquí donde esconden la bolsa.

—¿Qué demonios tienen los criminales con las tablas del suelo? —pregunto.

—Bueno, es eso o el techo. ¿Quieres comprobar el techo? —pregunta.

—Si hay algo ahí arriba, probablemente sean más drogas. Mira esto —le digo. Me pongo a su lado y empiezo a hojear los artículos de la carpeta. Son columnas sobre el ataque a Linda Crowley, todas recortadas de los periódicos con extrema pulcritud.

—Menuda colección —dice.

Sigo hojeando, y entonces una pequeña bolsa de plástico cae de entre los artículos y va a dar al suelo. Kent la recoge.

—Es un anillo —dice. Lo sostiene bajo la luz. Gira la bolsa y estudia el interior—. No tiene inscripción.

—Mira esto —digo, y es otro artículo de periódico, solo que mucho más reciente. Habla de una mujer a la que dos sujetos atacaron en un parque hace tres meses. La empujaron hacia unos arbustos y le arrancaron la blusa, pero un hombre que paseaba a su perro oyó el forcejeo e intervino. El perro ahuyentó a los dos hombres. Hay varios artículos sobre el ataque. Los vecinos fueron advertidos de que vigilaran la zona y llamaran a la policía si veían algo sospechoso. No hubo detenidos.

No nos decimos nada, porque no hace falta. Los artículos hablan por sí solos. A continuación, aparece una historia diferente, solo que en esta no interviene un hombre con un perro. En el aparcamiento de un supermercado, a una mujer la metieron en un coche. La llevaron a un parque, la violaron y la dejaron entre los arbustos. Los hombres llevaban máscaras. En lugar de llamar a la policía, la mujer regresó al supermercado, subió a su coche y condujo a casa. Se dio una larga ducha caliente, luego un largo baño caliente y otra larga ducha caliente antes de meterse en la cama. Se quedó allí. Faltó al trabajo y se desentendió de sus amigos durante una semana, hasta que la gente empezó a ir a ver cómo estaba. Les contó lo sucedido. Fue entonces cuando llamaron a la policía. Pero ese día ya no había pelos, ADN ni nadie a quien acusar.

—Los Collard han estado muy ocupados —dice ella.

Sigo repasando los artículos, asustado de lo que podría encontrarme, de hasta dónde han llegado. El ataque en el supermercado fue una semana después del intento fallido en el parque. Pero aquí ya no hay más historias.

—Tengo un plan —dice Kent, y mira a su alrededor para asegurarse de que ninguno de los agentes pueda oírla.

—¿Sí?

—¿Qué tal si te dejo en casa? Es tarde. Me iré a casa yo también. Luego, te recogeré a las ocho de la mañana para que vayamos a hablar con Peter Crowley.

—¿Y los Collard?

—A la mierda los Collard. Nada de esto va a ayudarnos a encontrarlos, y, aunque pudiéramos, no estoy segura de querer hacerlo. Todavía no. Mañana, tal vez, pero no ahora.

—Suena como un gran plan —le digo.

—¿Pero?

—¿Tiene que haber un pero? —pregunto.

—El tuyo.

—Que no podemos —le digo—. Tenemos que hacer nuestro trabajo, aunque no estemos de acuerdo. —Oigo salir esas palabras y me pregunto de dónde vienen. Entonces recuerdo lo que Bridget me dijo: «Eres una buena persona. Has hecho lo que creías correcto». Tengo que empezar a ser un hombre mejor para Bridget. Cuando perdí a Emily y cuando creía que también había perdido a mi esposa, no necesitaba ser un hombre mejor. No tenía que responder ante nadie. No tenía a nadie a quien defraudar—. Tenemos que ser mejores que la gente a la que investigamos.

Ella contempla el anillo.

—Si estas personas le hicieran daño a tu familia, ¿qué harías?

—Mi trabajo —le digo—. Es lo que ambos tenemos que hacer, no importa a dónde nos lleve. Venga, vayamos a despertar a Peter Crowley.

—¿Y si no está en casa?

—Esperemos que sí esté —le digo, porque, si no, probablemente sea uno de los dos hombres del callejón, y eso lo convertiría en el hada amiga del hada madrina.

Capítulo veintiséis

Un rayo de luz entra en el despacho. Alguien grita «A por ellos», y el perro, un rottweiler, se lanza hacia Schroder. Recorre el espacio más rápido de lo que cualquier perro debería. Luego salta más alto de lo que cualquier perro debería saltar, con las patas metiéndose entre los barrotes, agitándose, golpeando la ventana más fuerte de lo que cualquier perro debería. De repente, el animal gira, corre hacia su izquierda y coge algo. Es la zarigüeya de antes, o una diferente. El perro mueve la cabeza de un lado a otro y, con una pata, mantiene la zarigüeya aplastada en el suelo mientras la destroza.

—El siguiente eres tú —grita alguien.

Schroder corre hacia la puerta del sótano y hace un alto. Es un callejón sin salida y, desde allí, no puede ayudar a Peter. Aunque de alguna manera consiguiera encerrarse con él en la celda, ¿luego qué?, ¿se sentaría a esperar a que lo asaran al vapor mientras el edificio arde? Cierra la puerta que da a las escaleras para que, al menos, el perro no pueda bajar corriendo a por Peter. Los tipos golpean la entrada principal. El candado y la cadena les impiden entrar. Pero estos que acaban de aparecer son de los que siempre llevan una palanca en el coche.

Lo mejor es subir, aunque solo sea para retrasar la muerte y el dolor que la precederá. Tropieza con el maldito peldaño deformado de la escalera, el que lleva al rellano de arriba, y alarga las manos para amortiguar la caída. El móvil se le escapa de las manos y cae, golpea con fuerza el suelo y se apaga la luz. Pero el coche de fuera sigue iluminando con los faros. Oye voces en la puerta, alguien le grita al perro que se calle. El teléfono es su salvavidas. Vuelve a

bajar las escaleras, lo coge y se lo mete en el bolsillo. Sube hasta la mitad y se detiene en la tabla deformada del suelo.

Esta tabla es mejor que nada.

Mete los dedos en el hueco, tensa los músculos y, cuando tira de la tabla, la desprende más fácil de lo que había pensado, tanto que está a punto de rodar por las escaleras. Saca el teléfono y presiona el botón de encendido con la esperanza de que no esté dañado, de que, tal vez, la caída solo haya desconectado la batería durante un breve instante o que haya ocurrido cualquier otro extraño suceso aleatorio de los que suelen ocurrir cuando se caen los móviles. Se siente aliviado al ver que aparece la pantalla de bienvenida. Mira la tabla del suelo: tiene veinticinco centímetros de ancho, sesenta de largo y, en uno de los extremos, clavos que sobresalen un dedo.

Corre hasta el final del pasillo. Con el trozo de madera, rompe la ventana. Agarra los barrotes y prueba si hay algún movimiento, pero no lo hay. El trabajo que han hecho aquí para asegurarlos es tan bueno como el de arriba. Sin embargo, este lugar ha estado abandonado durante diez años, tiempo en el que no se ha hecho ninguna tarea de mantenimiento. Imagina que antes tampoco se hizo gran cosa, así que es posible que algún juego de barrotes esté a solo una buena patada de soltarse. Quizá los pernos sigan siendo fuertes e implacables, pero la madera en la que están atornillados podría estar deteriorada y menos firme. Debería dirigirse al sur, donde la sombra ayuda a que crezca el moho, donde es de esperar que algunas de las tablas hayan absorbido suficiente agua a lo largo de los años como para haber empezado a pudrirse.

Llega a un dormitorio del lado sur. Rompe el cristal. Los barrotes están rodeados de hiedra. Cuando intenta empujarlos, no tiene más suerte que antes. Rompe el cristal del siguiente dormitorio. Solo que esta vez, en cuanto pone las manos en los barrotes, oye un disparo y siente que la bala pasa zumbando junto a su cara. El proyectil golpea el techo por encima de él.

Algo se astilla en el piso de abajo y luego suena otro disparo, también abajo. Después oye cómo se abren las puertas de golpe. Carga el número de Tate en la pantalla de su teléfono. El perro ladra, lo oye correr por el suelo y clavar sus garras en la madera mientras se dirige a las escaleras para subir. Se pregunta si vendrá a por su garganta o a por sus pelotas. No está seguro de qué es peor.

Pulsa «Llamar».

Tate oirá cómo lo destrozan. Schroder solo tiene que aguantar lo suficiente para decirle quién lo está destrozando. Si le da tiempo, también le va a pedir a Tate que le haga un último favor: que se ocupe de esos tipos por él, que les haga lo que le hizo a Quentin James. Sinceramente, no sabe si Tate estará de acuerdo. El viejo, el de principios de año, lo habría hecho. Pero este nuevo Tate es como la madera deteriorada y menos firme a la que espera encontrar atornillados los barrotes.

Solo que el teléfono no marca. Donde debería haber barras de cobertura hay una equis roja. El teléfono se ha estropeado con la caída. Puede oír al perro, que sube las escaleras. Guarda el móvil en el bolsillo y se agarra con fuerza a la tabla. Al menos, debería cerrar la puerta del dormitorio y ganar unos segundos. Con suerte, los cuatro hombres le dispararán en lugar de atacarlo con Buzzkill. Va a la puerta, sin embargo, antes de que le dé tiempo a cerrarla, el hocico y las patas delanteras de Buzzkill ya aparecen en el hueco. El perro es fuerte, demasiado fuerte.

Schroder da una patada a la puerta con la esperanza de, al menos, herir al animal. Tiene que hacerlo, pero el maldito perro no parece sentir nada; su orgullo y su rabia lo vuelven más salvaje mientras ladra y aporrea la puerta. Schroder sabe que está perdiendo la batalla. Retrocede de un salto y se agarra con más fuerza a la tabla del suelo. Sus ojos se han adaptado ligeramente a la oscuridad.

La puerta se abre de golpe. Buzzkill se detiene un segundo, lo suficiente para ladrar, gruñir y averiguar cuál es el mejor ángulo de ataque. Decide que lo más apropiado es ir de frente y lo pone en práctica. Corre hacia delante y salta en el aire, con el hocico todo dientes. Ha decidido que la garganta es el camino.

Capítulo veintisiete

Son casi las tres de la madrugada cuando llegamos a casa de Peter Crowley. Con este tipo de noticias, no creo que le importe que lo despertemos a estas horas de la noche…, si es que está en casa. Estamos saliendo del coche cuando Hutton nos llama. Han encontrado dos móviles en uno de los contenedores del callejón.

—Han limpiado los teléfonos —dice Hutton—, así que no hay huellas. Pero tenemos un montón de contactos. También tenemos mensajes de texto que creemos que podrían ser códigos, ya que hay muchos sobre libros, camisetas y DVD, así como algunas localizaciones que no tienen sentido; no para nosotros, al menos, no todavía. No estoy seguro de que vayamos a encontrar algo que pueda llevarnos a otras redadas antidroga, pero esperemos que sí —dice, y luego colgamos.

Hay una luz encendida en el salón de la casa de los Crowley. Presiono el timbre y oigo que algo suena dentro. Damos un paso atrás, esperamos medio minuto y volvemos a llamar.

—Ya voy —dice una mujer. Vemos que se enciende una luz del pasillo y, a través de los cristales esmerilados de la puerta, distinguimos la silueta de alguien que se acerca—. Te he dicho que no te dejes las malditas llaves cuando vayas a… —va diciendo la mujer mientras empieza a abrir la puerta, pero se detiene. Ve a Kent, me ve a mí. No le hemos dicho que somos policías, no hace falta, y ya está pensando en una docena de cosas, todas malas.

—Dios mío —dice, y se lleva las manos a la cara, temblorosas. Da un paso atrás, luego otro, y entonces sus piernas ceden, tropieza y cae.

—No pasa nada —le dice Kent, y da un paso adelante.

—¿Está…? ¿Está muerta? —pregunta.

«¿Ella?».

Tanto Kent como yo negamos con la cabeza.

—No —dice Kent—. Estamos aquí porque necesitamos hablar con Peter.

—Así que…, entonces…, ¿Monica está bien? Cuando no vino a casa, pensé…

Monica. La hija. En el pasillo se abre una puerta y aparece una adolescente. Lleva una camiseta negra con el dibujo de una calavera. La calavera tiene un aspecto extraño. Tardo un momento en darme cuenta de por qué: tiene orejas de hueso que sobresalen por los lados. Las orejas tienen pendientes.

—¿Qué pasa? —pregunta la chica. Ve a quien, supongo, es su madrastra y la ayuda a ponerse en pie.

—Estás en casa —dice la mujer—. Pensé… Espera… Me he quedado dormida en el sofá… ¿Dónde está Peter? —pregunta—. ¿Por qué no me ha despertado cuando ha llegado a casa?

—¿Está en casa? —pregunto.

—Claro que está en casa. Monica, ve a buscar a tu padre —dice, y Monica desaparece—. ¿Por qué necesitan hablar con él?

—Esperamos que pueda ayudarnos con un caso que estamos…

—No está en la cama —se oye gritar a Monica desde el dormitorio.

La mujer parece preocupada.

—Ya debería haber vuelto.

—¿Vuelto de dónde? —pregunta Kent.

La mujer se alisa el pijama.

—Salió esta tarde. Nos dejó una nota. Decía que debía atender una emergencia en el trabajo. Lo llamaron. Así que… ¿No están aquí para decirnos que le ha pasado algo malo?

—No —dice Kent.

Me acerco a la puerta.

—Entremos. Vamos a sentarnos para explicarle por qué estamos aquí.

—Creo que es una buena idea —dice la mujer.

Se adelanta, y la chica, Monica, cierra la puerta y nos sigue hasta el salón. La mujer se presenta como Charlotte, mujer de Peter. La chica es la hija de Peter. También hay un niño, nos dicen, pero el alboroto no lo ha despertado.

Le explicamos que estamos siguiendo una pista activa en una investigación de homicidio de la que, sin saberlo, Peter podría tener información. Charlotte sacude la cabeza como si no pudiera creer que eso fuera posible.

—¿A qué hora se fue a trabajar? —le pregunto.

—No lo sé. La nota no lo decía y ya no había nadie aquí.

—Estaba aquí cuando me fui hoy —dice Monica—, alrededor de las dos, supongo, o tal vez las tres. Estuve fuera el resto del día y volví a entrar a hurtadillas hace una hora.

—Has estado bebiendo, ¿verdad? —dice Charlotte—. Te hemos pedido que no…

—¡No estaba bebiendo!

—¿No? ¿Entonces qué? ¿Solo estabas pasando el rato? ¿Y fumando?

—Nada de eso.

—¿Y dónde está Peter ahora? —les pregunto—. ¿Dónde trabaja?

Monica se encoge de hombros, se cruza de brazos y mira a su madrastra.

—Siempre piensas lo peor —dice.

Charlotte no le hace caso.

—Está de guardia. Es fontanero, pero su furgoneta sigue aquí, así que lo habrá recogido otro de los chicos. Ha dicho que había una tubería rota en un complejo de oficinas de la ciudad y que no lo esperáramos levantadas.

—He visto al tipo que ha venido a recogerlo —dice Monica, aún con los brazos cruzados.

—¿Quién? —pregunta Charlotte.

—No lo sé. No conozco a todos con los que trabaja papá. Algún calvo.

Un tipo calvo. Había un tipo calvo esta noche en el callejón.

—Suena como Drew —dice Charlotte.

—¿Me da el número de Peter? —le pido.

Me lo lee en voz alta. Tecleo los números en mi móvil, pulso «Llamar» y la línea se conecta. Después de ocho tonos, salta el buzón de voz.

—¿Hay algún problema? —pregunta Charlotte.

Cuelgo.

—No contesta.

—Déjeme intentarlo. —Desaparece de la habitación y nos deja a solas con Monica.

—¿Por qué necesita hablar con mi padre? ¿Ha hecho algo?

—No —dice Kent—, solo esperamos que pueda ayudarnos.

—¿Esto es por lo de mamá?

Kent me mira y yo miro a Kent; no estamos seguros de qué decir, pero nuestra falta de respuesta es, en sí misma, una respuesta.

—Sí, ¿verdad? No recuerdo nada de eso —dice—. O sea, sé lo que pasó, y hace algunos años leí sobre el asunto, pero no puedo recordarlo. Ni siquiera sé si intenté ayudarla. Todo lo que sé es que me senté allí a ver cómo ocurría.

—Lamento mucho lo que sucedió —me oigo decir. Y lo siento, pero las palabras no cambian nada, solo suenan huecas y vacías, como decir «mi más sentido pésame» a alguien que apenas conoces.

—Esos hombres que lastimaron a mamá, ¿alguna vez saldrán de la cárcel?

Antes de que pueda responder, Charlotte vuelve a aparecer. Lleva un móvil en la mano.

—Tampoco a mí me contesta.

—De acuerdo. ¿Puede darme el número de Drew?

—Algo va mal, ¿verdad? —dice, y ahora suena ansiosa—. Por eso están aquí. ¿Peter ha hecho algo?

—Solo tenemos que hablar con él, eso es todo.

—¿A las dos de la mañana? ¿Qué es lo que no nos están diciendo?

—Por favor —le digo—. ¿El número de Drew?

—Se trata de mamá —dice Monica.

Charlotte la mira y frunce un poco el ceño.

—¿Qué? ¿Qué puede tener esto que ver con ella? —Luego nos mira —. ¿Esto tiene que ver con los hombres que la agredieron? ¿Le han hecho daño a él?

—Están en la cárcel —dice Monica.

—Ya no —dice Charlotte. Monica parece confundida—. Ya cumplieron su condena —añade.

—No, no puede ser, papá me lo habría dicho.

—No queríamos que lo supieras.

—Ustedes… ¿Creen que esos tipos le han hecho daño a mi padre? —pregunta Monica.

—Nada de eso —dice Kent.

—¿Creen que…? ¿Creen que mi padre ha ido a hacerles daño? Espero que sea eso —dice—. Ojalá que los mate.

—Monica, no digas eso —le espeta Charlotte.

—Bueno, espero que lo haga. Si nunca le hubieran hecho daño a mi madre, no tendría que escucharte —dice.

—¡Monica!

La chica se levanta.

—Esto es una mierda —dice, y se dirige a mí y a Kent—. Estos tipos matan a mi madre ¿y ahora vienen a tratar a mi padre como si fuera el malo?

—¡Monica! —dice Charlotte.

—Como quieras —dice Monica, y se marcha.

Charlotte vuelve a sentarse en el sofá. Su cara se ha puesto roja.

—Lo siento, pero me desprecia porque nunca seré su verdadera madre —dice, y no parece disgustada; si acaso, acostumbrada—. No puedo imaginar que esto pueda mejorar. Déjenme buscar el número de Drew.

Consulta su teléfono y luego lee en voz alta el número. Lo marco.

—Discúlpeme un momento —le digo. Voy del salón al pasillo, y entonces decido salir de la casa. Puedo presentir lo que voy a oír.

—Es de madrugada —dice Drew a modo de saludo.

—¿Es usted Drew Fulton?

—Sí, soy Drew Fulton —dice—, y aún sigue siendo medianoche.

—Soy el detective Theodore Tate —le digo.

Oigo movimientos. Me doy cuenta de que se está sentando.

—¿La policía? —dice—. ¿Ha pasado algo?

—¿Lo he despertado? —pregunto, y veo en la calle a un tipo que sale de su coche, deja caer las llaves, las recoge, se le vuelven a

caer y vuelve a recogerlas.

—Sí.

—Así que usted no está trabajando —le digo.

—¿De qué se trata?

—¿Ha visto a Peter Crowley esta noche? —le pregunto. Al otro lado de la calle, el tipo se tambalea de camino a la puerta de su casa. Va como cuando yo juego al golf: golpes a la izquierda, golpes a la derecha y un montón de árboles por el camino. Se le caen las llaves y eructa lo bastante alto como para que lo oiga.

—¿Peter? ¿Qué? —pregunta Fulton, y suena preocupado—. No, no, ¿por qué?

—¿Usted no lo ha ayudado con una tubería de agua rota en la ciudad?

—¿Qué tubería rota?

—Estamos buscando a Peter —le digo—. Dejó a su mujer una nota en la que decía que tenía que trabajar en la ciudad.

—Si se hubiera roto una tubería principal, yo me habría enterado —dice.

—Gracias, señor Fulton.

—Espere, ¿el…?

Pero no espero. Le doy las gracias y cuelgo.

Peter mintió a su mujer.

¿El calvo que ha venido a hablar con él será el mismo que vieron Danny y Harry? Creo que sí. Creo que ese calvo ha arrastrado a

Peter a todo un mundo de problemas; problemas que empezaron hace nueve años y han cobrado nueva vida en un callejón de la ciudad, el tipo de callejón donde suelen ocurrir cosas malas. La pregunta es: ¿conocía Peter al calvo antes de hoy? Y, si lo conocía, ¿también lo conocía Kelly?

Capítulo veintiocho

Schroder impulsa un extremo de la tabla hacia la cabeza del perro. Este muerde, abre la boca, chilla y vuelve a morder. Sacude la cabeza con furia. A Schroder le llegan salpicaduras de saliva y sangre mientras el animal muerde los clavos que sobresalen de la tabla. Lucha por no soltarla. El perro lo lleva hacia la ventana, entre fragmentos de cristal roto que rebotaron en los barrotes de hierro. Y empuja la tabla. Tira de ella. Sigue moviendo la cabeza como si no estuviera de acuerdo con las ganas de vivir de Schroder. Se oyen pasos en las escaleras; luego, alguien suelta un taco y grita que cree que se acaba de romper el maldito tobillo porque falta un puto escalón.

El perro hace nuevos cálculos. Suelta la tabla y se lanza de nuevo a por la garganta de Schroder. Este interpone el antebrazo y el perro se aferra a él con los dientes, pero Schroder no siente dolor, no el que esperaba. Sospecha que eso se debe a que la adrenalina está inundando su organismo. El perro parece pesar más de treinta kilos. La presión de su boca es tan fuerte como para levantar un coche. Schroder sigue esperando oír algo chasquear en su brazo. Hace un giro rápido. Las patas delanteras del perro le golpean el pecho mientras las traseras se deslizan por el suelo. Schroder golpea con la tabla la nuca del animal, pero no consigue hacer suficiente palanca para provocarle dolor. La fuerza sigue aumentando hasta ser excesiva. Pisa un trozo de cristal, resbala y pierde el equilibrio. Cae de espaldas y hace lo único que se ocurre: empujar al perro hacia arriba, por encima, todo lo posible.

El impulso y el arco lanzan al perro por encima y hacia la ventana; luego cae, con los cristales rompiéndose a su alrededor. Abre las mandíbulas y suelta el bocado. Su furia aumenta, gruñe más fuerte.

Schroder se pone en pie. En la mitad superior de la cabeza de Buzzkill se ha clavado un triángulo del cristal. El vidrio está allí, encajado, y se hunde más y más mientras el animal forcejea, con los filos deslizándose hacia dentro. El perro lucha con mayor intensidad. Algo se ha desprendido mientras intenta sacudir la cabeza de lado a lado; una oreja, tal vez, quizá algo más. Agita las patas como si estuviera en una cinta de correr imaginaria. Schroder agarra la tabla de madera, la gira para que los clavos apunten hacia abajo y golpea la nuca del perro tan fuerte como puede; en parte, en defensa propia, pero, sobre todo, para acabar con el sufrimiento del animal.

Buzzkill se queda quieto.

Desclava la tabla y la lleva a la entrada. Cierra la puerta, fija la tabla en un ángulo de cuarenta y cinco grados, encaja un extremo por debajo del picaporte y asegura el extremo opuesto en el suelo. De una patada, entierra los clavos parcialmente en el suelo. El picaporte gira, se oyen golpes.

La única arma que tenía ahora es lo único que mantiene alejados a esos tipos.

Se oye un disparo. No cree que la bala atraviese la puerta, porque es demasiado gruesa, pero entonces se oye otro disparo y aparece un pequeño agujero en la pared, a un lado de la entrada. Lo puede notar gracias el haz de luz que hay detrás. Los paneles de la pared son más finos que la puerta.

Schroder se acerca a la ventana y pone las manos en los barrotes. Entonces se oye otro disparo, pero este ha venido del exterior. La bala rebota en algo situado a pocos centímetros.

Hay un nuevo disparo por detrás y otro agujero lleno de luz. La bala se estrella contra la pared opuesta. Otro disparo y otro agujero, y entonces aparece un pie en la parte de abajo. Quizá no puedan con la puerta, pero sí podrían hacer un agujero en la pared, a un lado.

Meterían la mano y desplazarían el tablón. O meterían el arma para dispararle.

El pie desaparece y vuelve a aparecer. Esta vez se retuerce y, en lugar de salir por donde entró, queda atrapado entre el armazón y la tabla.

Schroder coge del suelo un trozo de cristal del tamaño de una mano, arranca la manga de su camisa agujereada y ensangrentada y, para protegerse los dedos, envuelve el trozo por un extremo. El pie desaparece. Espera a que vuelva.

Esta vez, el pie patea una sección más grande de la pared. Schroder lo agarra, tira hacia arriba y entierra la punta del cristal en un costado de la pantorrilla. Lo arrastra tan fuerte como puede de izquierda a derecha a lo largo de la espinilla. El dueño de la pierna empieza a gritar.

Se oye otro disparo, que parece hecho al azar. Schroder ni siquiera cree que haya entrado en la habitación. Sigue tirando hacia arriba hasta enganchar el pie contra las vigas de la pared. Lleva el trozo de cristal a la parte posterior del tobillo. Siente cómo su arma se clava en algo más sólido y entonces la arrastra, lo más fuerte que puede, con la esperanza de cortar el tendón de Aquiles.

Oye otro grito, esta vez más intenso. Sabe que no podrá seguir haciendo esto. No podrá defenderse con un trozo de cristal. Pero ha ganado un poco de tiempo. Suelta el arma improvisada y se acerca de nuevo a la ventana. Coge al perro y lo lanza contra los barrotes tan fuerte como puede. Los hace estremecer. Vuelve a levantar el cuerpo del perro y hace un segundo intento. Esta vez se oyen crujidos y gemidos y los barrotes se inclinan hacia delante. Oye un nuevo disparo y siente el impacto de la bala en el perro muerto. La sensación de esperanza que le dan los barrotes en movimiento hace que el perro parezca más ligero. Vuelve a levantarlo por encima de su cabeza y, esta vez, lo lanza con más fuerza. Los barrotes se

separan de la parte superior y se mueven hacia abajo. La parte inferior del lado derecho se desprende y los barrotes se balancean hacia la izquierda. Después de rozar la madera, se detienen hasta quedar colgados de un último perno. Schroder lanza al perro hacia la figura que le está disparando desde abajo. Hay un impacto y un «pum» cuando las dos formas se convierten en una en la oscuridad.

Está demasiado alto para saltar. De todos modos, la persona que está abajo ya se está quitando el perro de encima. Schroder trepa por la ventana, pone un pie en la esquina de la reja colgante y mira hacia arriba. El tejado tiene un canalón de un palmo y está un metro por encima del punto hasta donde él puede estirarse. Hay hiedra por todas partes, tanta que parece brotar directamente de la madera. Es densa en algunos lugares, débil en otros, pero él se agarra del enramado y empieza a trepar. El primer manojo es bueno. El segundo lo aleja del edificio, y él sigue alejándose cuando, por fin, encuentra una rama gruesa.

Trepa. Unos segundos después, ya está en lo alto. Se estira hasta agarrarse del canalón. Lo siente lo bastante firme como para colgarse de él y, en realidad, ¿qué le queda sino intentarlo? Tira hacia arriba, contra todo su peso, y, durante unos segundos, cuelga del canalón. Agarra con los dedos el borde de un poste. Pronto se da cuenta de que es la base de una antena de televisión —da gracias a Dios de que a los locos les encante la televisión—. Un momento después, sube al tejado y da gracias a Dios también por seguir vivo. Está a dos pisos de altura. Rueda hasta quedar oculto de quien está abajo y luego retrocede para asomarse por el borde. La persona a la que golpeó con el perro está de pie, tratando de apuntar con la pistola, pero no hay forma de que pueda verlo. Eso es casi seguro. La prueba es que el tipo no está disparando.

El techo está formado por tejas de hormigón. Podría agarrarse de algunas y arrastrarse por el techo, o bien, podría hacer el intento de trepar por otra pared. En cualquier caso, tiene más opciones que antes y un perro menos del que preocuparse. Tira de una de las

tejas y alcanza a desprenderla, solo que la pieza se resiste porque está atada con alambre a un listón de madera. Sigue tirando hasta que el alambre se desenrolla solo. Coge otras dos. Piensa que podría lanzar algunas hacia abajo, ¿por qué no? Las tejas surgirán de la oscuridad, así que el tipo no las verá venir. El problema es que está dos pisos por debajo.

Decide que puede darse el lujo de dedicar a la suerte diez esperanzados segundos de su vida. Puede arrojar unas cuantas tejas hacia abajo.

Tiene suerte con la primera.

La lanza de forma que gira de lado, como un disco volador, surca el aire con un silbido y logra un golpe directo, mejor de lo que jamás podría haber esperado. Le da al tipo en algún punto en medio de la cara.

Así que, ahora, esto queda resumido en un perro muerto, un tipo inconsciente —aunque probablemente muerto—, otro con el tendón de Aquiles rebanado y dos más que aún podrían moverse. Después de todo, es posible que él y Peter salgan airosos de esta aventura.

Capítulo veintinueve

Lo primero que piensa Charlotte cuando le digo que su marido le ha mentido es que Peter tiene una aventura.

—Esa idea de que estaría por ahí intentando hacerles daño a los que agredieron… a su… mujer muerta —dice, y sortea el nombre de la mujer muerta— es ridícula. O podría estar apostando, supongo. Ahora que lo pienso, el juego tiene más sentido que una aventura. Pero ¿eso de estar ahí fuera buscando venganza? No, no lo creo. Peter es… Bueno, no quiero sonar mezquina, pero Peter es Peter. Es un cobarde.

No le digo que está equivocada. Pronto llegará a esa conclusión.

—¿Alguna vez lo ha oído hablar de Kelly Summers?

Ahora parece aún más confusa.

—¿Quién? ¿Está tratando de decirme que tiene una amante?

—No —dice Kent—. Esto no va de amantes. Ahora, dígame, ¿había oído ese nombre?

Charlotte niega con la cabeza.

Continúo:

—¿Y qué me dice de Dwight Smith?

—Tampoco —dice ella.

—¿Qué creen que ha hecho papá? —pregunta Monica desde la entrada del salón. Ha vuelto.

—Háblame de ese hombre que ha venido hoy a tu casa, háblame de él —digo, mirándola.

Se encoge de hombros.

—Como he dicho, era calvo. Y blanco.

—¿No puedes decirme algo más?

—Era viejo, como usted —dice, y la gente tendría que dejar de decirme eso. Acercarse a los cuarenta significa que la mitad del mundo me ve viejo y la otra mitad, joven—. Como mi padre también —dice.

—¿Alrededor de cuarenta? —le pregunto.

—Supongo. —Entra en el salón y se sienta en el mismo sofá que Charlotte, pero deja un hueco lo bastante grande como para que quepan dos personas más—. No viejo como un abuelo, solo… Usted ya sabe.

—Viejo.

—Exactamente.

—¿Qué dijo el tipo?

—Nada. Llegaba justo cuando yo me iba.

—¿Y tu padre ya lo conocía? ¿O se presentó a sí mismo?

—No me enteré.

—¿Qué llevaba puesto?

Se lo piensa unos segundos.

—Vaqueros, tal vez. Y una camisa. Una chaqueta, a lo mejor. Sí, creo que llevaba una chaqueta. Negra o azul.

—Vale —digo—, eso está bien, Monica, muy bien —le digo, pero la verdad es que es inútil. Me imagino que, si no tienes menos de veinte años y no odias al mundo, eres invisible para una chica como Monica Crowley.

—¿Este hombre dejó su coche en la entrada?

—No. Creo que aparcó en la calle.

—¿Viste el coche?

—No del todo.

—¿No del todo? ¿Eso significa que puede ser que sí?

Se encoge de hombros.

—Sí, supongo que podría significar eso. Era azul oscuro, pero no sé de coches. No sabría decirle de qué tipo era. Ahora bien, no era uno de esos todoterrenos.

—Así que era un sedán.

—¿Qué significa eso?

—Cuatro puertas —le digo—. Más pequeño que un todoterreno, pero no deportivo. Solo un coche normal.

—Entonces, era un sedán.

Me pongo de pie.

—¿El calvo era más alto que yo?

—Tal vez —dice.

—¿Más robusto que yo?

—No estoy segura.

La idea por fin empieza a calar en Charlotte

—¿De verdad cree que anda por ahí buscando venganza? —pregunta—. ¿Está en peligro? Conoce a ese tipo que usted quiere que Monica describa, ¿no?

—No —dice Kent—. Monica, por favor, esto es importante. ¿Puedes recordar algo sobre el tipo? ¿Tenía algún tatuaje?

—No lo creo, y estoy haciendo todo lo que puedo, pero el tipo era normal, ¿sabe? No es que estuviera bueno ni nada.

Siento cansancio y frustración. Aún no sabemos si Peter está involucrado en algo. Podría estar arreglando una tubería rota, acostándose con una amante o en el casino.

—¿Peter tiene un estudio aquí?

—Sí —dice Charlotte.

—¿Le importaría si echo un vistazo?

—¿No necesita una orden o algo así? —pregunta Monica.

—Monica —dice Charlotte—. Si esto sirve para encontrar…

Pero la chica empieza a negar con la cabeza.

—¿No lo entiendes? Si papá está ahí fuera buscando venganza, ¿por qué deberíamos ayudar a la policía? Esos tipos que lastimaron a mamá merecen morir.

—Monica…

—Pero es verdad —dice la niña—. Y, si papá ha hecho algo, ¿por qué deberíamos ayudar a la policía a enviarlo a la cárcel? —Me mira fijamente y continúa—: Si quieren detener a mi padre, tendrán que encontrar suficientes pruebas. Van a tener que encontrar los cuerpos, van a tener que encontrar el ADN de mi padre y sus huellas dactilares, y van a tener que conseguir una orden.

—Escúchame —le digo—. Si tu…

Ella sacude la cabeza.

—No. ¿Por qué debería escuchar a quienes han dejado salir de la cárcel a los hombres que mataron a mi madre? ¿A quienes ahora quieren meter ahí a papá?

—Monica —le digo—. Estamos tratando de ayudar a tu padre. Queremos llegar a él antes de que…

Ella sigue negando con la cabeza.

—Es demasiado tarde —dice.

—Señora Crowley —digo—. ¿El estudio?

Pero ahora Charlotte también sacude la cabeza.

—Monica tiene razón. No, sin una orden. No sabemos lo que mi marido está haciendo ahí fuera y no quiero que vaya a la cárcel. Si ha hecho algo, no lo entregaremos. Van a tener que probarlo. Esta conversación ha terminado.

—Estamos de su lado —dice Kent.

—¿De verdad? Así que, si Peter estuviera por ahí haciendo algo malo, ¿lo apoyaría? ¿Lo dejaría en libertad?

—No queremos que resulte herido —le digo.

Se levanta, nos levantamos. Nos lleva de nuevo al pasillo. En las paredes hay fotos de Monica y de otro chico, el que aún duerme, y de Charlotte y Peter. También de los cuatro juntos, pero no hay ninguna de Linda Crowley. Claro que no. Charlotte no quiere ver todos los días a la mujer muerta de su marido.

Le doy mi tarjeta.

—Cuando llegue, dígale que nos llame.

—Lo haré —dice.

Llegamos a la puerta. Me vuelvo hacia Charlotte.

—Lo que sea que usted esté pensando hacer, no puede hacerlo —le digo.

—¿Qué significa eso?

—Revisará el estudio de su marido e intentará esconder cualquier cosa que pudiera relacionarlo con lo que él está haciendo. Quiero que no entre en su estudio. Entrar ahí significa interferir en la investigación.

—Es nuestra casa —dice—. Aquí puedo hacer lo que yo quiera.

—No puede ocultar pruebas.

—Hasta que no se sepa con certeza lo que ha ocurrido, nada de lo que hay aquí es una prueba.

Salgo con Kent y nos dirigimos al coche. Charlotte y Monica se quedan en la puerta mirándonos. Subimos y Kent pone las llaves en el contacto, pero no arranca.

—Deberíamos traer a un par de agentes para que vigilen el lugar —dice.

—Yo llamo.

—Y, ahora, ¿podemos irnos a casa? Sin duda, por la mañana temprano habrá una reunión del grupo de trabajo, pero no sé qué más podemos hacer esta noche. Estos tipos podrían aparecer o no. Por otro lado, en cuanto Peter Crowley vuelva, podremos hacer que haya agentes fuera de su casa para cuidarlo. No hay forma de saber dónde está. Aquí no hay más enfoques posibles, no esta noche. Estoy cansada y tú también, y, si tenemos suerte, los hermanos Collard no aparecerán nunca más, así que no tendremos que volver aquí a arrestar a Peter ni a destruir a su familia por segunda vez. ¿Qué me dices?

—Yo digo que deberíamos ver si es posible rastrear el móvil de Peter Crowley. Tal vez podríamos averiguar dónde está exactamente.

Capítulo treinta

Schroder oye un estruendo y el golpe de la puerta del dormitorio contra la pared. Escucha pasos. Luego, los sonidos están en la ventana.

—Qué coño…

Pero el tipo no termina lo que estaba diciendo. Schroder, por encima del canalón, ve que una linterna apunta al suelo. La luz se detiene en el perro muerto; luego, en el cuerpo con la cara abierta. Por la ropa, sabe que es Taylor Collard. Enseguida, la luz vuelve al perro.

—Buzzkill —dice alguien—. ¡Ese hijo de puta ha matado a mi perro!

—Apenas puedo caminar —dice el otro, y ninguna de las voces pertenece a Bevin.

—Ponle más cojones —dice el primero. Mentalmente, Schroder le pone un mote: Dogman. Entonces, Dogman añade—: ¡Ha matado a mi perro!

La luz vuelve a detenerse en el cuerpo. Taylor Collard ha tenido una mala noche en lo que a heridas en la cabeza se refiere, pero parece que ya no tendrá más noches, ni buenas ni malas. El centro de su cara está hundido; su nariz, aplastada hacia un lado; un trozo de cuero cabelludo cuelga sobre su frente; está todo cubierto de sangre. Esta vez, no hace falta tomarle el pulso.

—Tiene que estar ahí abajo, en alguna parte —dice el otro, y hay dolor tras sus palabras. A este tipo, Schroder lo apoda Aquiles. Dogman es el de la linterna.

—Tenemos que largarnos de aquí. Debo ir a un hospital antes de perder la pierna o morir desangrado —dice Aquiles.

—Tenemos que llevar a Buzzkill a un veterinario —dice Dogman.

Una segunda luz apunta ahora al suelo y se detiene en el perro.

—Tu perro está muerto, hermano —dice Aquiles.

—No digas eso. No digas eso.

Aquiles cambia de tema, muy probablemente en busca de su propia seguridad.

—¿Qué es eso?, ¿una especie de ladrillo? —pregunta.

—¿Dónde?

—Ahí, donde estoy apuntando con la linterna.

La luz cambia de posición.

—No, parece… Mierda —dice Dogman, y, un instante después, una linterna apunta hacia arriba y le da a Schroder en la cara. Cuando este se aparta del alero, oye cómo una bala impacta en el borde del canalón, justo donde estaba medio segundo antes. Por un momento, su visión nocturna ha quedado arruinada. Tiene que parpadear para apartar de su campo visual los puntos flotantes y brillantes de la linterna.

Va hacia la chimenea. Desde ahí, Papá Noel tendría un buen plan de escape. El corazón le late con fuerza y necesita sentarse a respirar; tumbarse, tal vez, durante unos minutos. Pero no puede hacer nada de eso. Necesita salir de aquí antes de que estos tipos llamen a más Buzzkills y a más imbéciles para que los vengan a ayudar; antes de que decidan prenderle fuego al edificio.

Rodea la chimenea y se coloca en una posición tal que puede observar la parte delantera del terreno. Alcanza a ver los dos coches y, mientras observa, Bevin Collard se acerca al suyo y se agacha junto a la rueda delantera. Luego se levanta y va a la rueda trasera. No alcanza a oír nada, pero sabe que le acaban de pinchar los dos neumáticos. Aunque pudiera recuperar las llaves y correr hasta su coche, no conseguiría huir a toda prisa a ninguna parte.

Se dirige en silencio al otro extremo del edificio. Diez metros más adelante, justo donde el tejado vuelve a inclinarse hacia abajo, coge apoyo, mete los dedos bajo una teja y tira. Esta se desprende con más facilidad que la que lanzó a Taylor Collard. El trozo de alambre, supuestamente destinado a sujetar estas cosas con seguridad, no está. Es algo que suele ocurrir con los edificios de esta época: si a los constructores les falta un trozo de alambre o, simplemente, les da pereza, las tejas tienen que mantenerse en su sitio gracias a las de alrededor. La siguiente pieza tampoco tiene alambre. La tercera, sí, y la cuarta, también, pero no las dos siguientes. En un minuto, ha hecho una abertura en el tejado. La siguiente parte será ruidosa. Pisa los listones de madera, que son finos y largos, y se rompen con facilidad, pero crujen como leña y el sonido revela a todo el mundo dónde está. Se cuela dentro de la buhardilla. El aire es denso y está caliente. Cada uno de sus movimientos levanta polvo del material aislante, que está en plena descomposición. Iluminándose con el móvil, camina de viga en viga. Hay tanto espacio sobre su cabeza que casi puede mantenerse erguido. No hay forma de encontrar la trampilla, pero tampoco la necesita. Todo lo que tiene que hacer es situarse en medio de dos vigas para romper los paneles del techo y caer en uno de los dormitorios, o, si tiene muy mala suerte, en la escalera. Ahora bien, si tuviera muy, pero muy mala suerte, se desplomaría hasta la base de la escalera, en la planta baja.

El oficio de la construcción no ha cambiado mucho con los años, o, mejor dicho, las prácticas comerciales no han cambiado mucho. Aquí arriba han arrojado restos de madera, periódicos, bolsas de aislante

vacías y baldosas rotas. Pasa el móvil por delante, en busca de algo que se pueda utilizar como arma.

—¡Está en el techo!

Las palabras proceden de algún lugar por debajo. Deja de moverse y se lleva el teléfono al pecho para que no se filtre la luz… No es que puedan verla, de todos modos.

—Te digo que deberíamos quemar el lugar —dice Aquiles.

—Ha matado a mi perro —alega Dogman—. Me las va a pagar.

—Quemarlo vivo se lo hará pagar. Yo tengo que ir a un hospital.

—Quemarlo vivo lo va a liberar fácilmente.

Un momento después, suena un disparo. Schroder oye la bala que atraviesa el techo y rompe una teja.

—¿Qué coño? No hagas eso —dice Dogman.

Otro disparo.

—He dicho que no lo hagas. ¿Y si le das?

—Ojalá. Tengo que hacer que me curen esta pierna antes de desangrarme.

—Acabo de decirte que quiero hacérselo pagar. ¿Y si le dieras en la cabeza? No, si lo ves, dispárale, pero solo a las piernas. Apunta a sus rodillas. Vamos, tenemos que encontrar la forma de subir.

—Probablemente nos esté escuchando —dice Aquiles.

—Bien, que nos escuche, entonces. No hay ningún sitio al que pueda ir.

Schroder avanza con cuidado. Se siente un poco más seguro, ya que no planean dispararle. Sin embargo, eso significa que intentarán encontrar una forma de subir al tejado. Hay una barra metálica de un metro de largo, pero, cuando trata de cogerla, siente que está sujeta con firmeza. Han enterrado la maldita cosa en una viga de madera, aunque no parece estar haciendo nada. Intenta moverla, pero es inútil. Coge una teja rota. Es un trozo de hormigón diagonal con forma de diente de tiburón, de bordes serrados. Abarca la palma de su mano. Al lado de donde estaba esta, encuentra un trozo idéntico.

Vuelve por donde ha venido. En cuanto aquellos empiecen a subir, se dejará caer por el techo al pasillo o a uno de los dormitorios. Con suerte, podrá volver a salir por la puerta principal, si es que está abierta. Ha avanzado unos cuantos metros cuando oye un sonido que proviene de donde estaba. Están arrastrando algo por el suelo; una de las camas, tal vez, lo que significa que han encontrado la trampilla. Arroja la teja por lo bajo, lejos. El proyectil va a estrellarse contra el tejado y, luego, contra el techo.

—Se está alejando —dice alguien.

Cauteloso, Schroder se mueve hacia donde ha oído los ruidos de la cosa que se arrastra. Recoge la otra mitad de la teja, se agacha y espera.

El arrastre se detiene. La cama rezonga ruidosa bajo el peso y luego, a solo medio metro de distancia, la trampilla se levanta y aparece un filo de luz. Este se hace más grande a medida que el hueco se ensancha.

Se queda inmóvil.

La tapa se abre unos centímetros más. Luego, otro poco. Finalmente, se levanta por completo, se dobla sobre sí misma y cae hacia atrás. Aparece una mano, luego otra con una linterna y luego,

la parte superior de una cabeza, un cuello y unos hombros que le dan la espalda.

Con la teja rota en la mano, Schroder da un paso adelante, solo que, antes de que pueda descargarla con fuerza, pone un pie mal, fuera de la viga, y pisa los tablones. Un instante después, atraviesa el techo y se estrella en el suelo.

Capítulo treinta y uno

Nos quedamos sentados en el coche, frente a la casa de Peter Crowley, y hacemos una llamada a la comisaría para que rastreen el número de Peter. No hace falta una orden. Cuando la vida de alguien está en juego, podemos llamar al proveedor del servicio y conseguir una interceptación de telecomunicaciones. Le doy el número al agente y este me dice que será una llamada de diez minutos a la compañía telefónica y que, a partir de ahí, y si hay suerte, en veinte minutos tendrán una localización. Me llamará enseguida.

Me doy cuenta de que Rebecca está enfadada conmigo, y, para ser justos, yo también lo estoy. Ella quiere irse a casa, yo quiero irme a casa y, sin embargo, la noche está cada vez más cerca de ser la mañana. Pronto estaremos desayunando o sentados en la sala del grupo de trabajo. Entonces, el domingo durará para siempre.

Por supuesto, nada de eso tiene que suceder. Si lográramos encontrar a Peter Crowley, tal vez podríamos encontrar al hombre calvo. Todo esto podría terminar ahora mismo.

Se lo digo a Kent, que niega con la cabeza.

—Bevin y Taylor fueron secuestrados… —dice, luego mira su reloj— hace casi cinco horas. ¿Seguirán vivos?

—No lo sé —digo—. Es posible.

—Vale —dice ella—. Pero este es el trato. Encontramos la ubicación de Peter. Si resulta que está con una amante o jugando, nos vamos a casa, ¿vale? Nos vamos a casa y nos quedamos esperando a que aparezcan los Collard, vivos o muertos.

—Trato hecho —le digo.

—Y aquí tienes otro trato: si tenemos que entretenernos treinta minutos, ¿qué tal si vamos a tomar un café?

Nos dirigimos a la ciudad, de vuelta hacia el callejón donde desaparecieron los hermanos Collard, hacia los borrachos y la comisaría. Antes de llegar, nos desviamos unas manzanas y nos dirigimos hacia una hilera de cafés. Aquí, la media de edad está veinte años por encima de la del Popular Consensus y los bares de alrededor. Elegimos una cafetería y nos sentamos en una mesa exterior, bajo una estufa de gas. Pedimos café a una camarera de camiseta negra ajustada y piercings en las orejas, la nariz y la lengua. Nos sentamos con vistas al Avon, un río que serpentea por el corazón de la ciudad. Sus aguas oscuras y poco profundas son hogar de patos y latas de cerveza. En el café hay una docena de personas haciendo lo mismo que nosotros. Son casi las cuatro de la madrugada y supongo que algunas de estas personas han salido a discotecas o bares y ahora están aquí reduciendo las revoluciones. Mientras, los que tienen la mitad de nuestros años se relajan atiborrándose de hamburguesas en locales de comida rápida.

—¿Y por qué te uniste? —me pregunta Kent.

Los cafés han llegado y yo apenas estoy soplando al mío, intentando que se enfríe. En el jardín hay un equipo de música. Han puesto algo fácil de escuchar, algo que no soy capaz de reconocer y con lo que podría quedarme dormido.

—¿Perdona?

—Al cuerpo de policía. ¿Te uniste para pelear del lado de los buenos?

—Algo así —le digo.

—¿Algo así viene con algún otro detalle?

Me encojo de hombros.

—Supongo que sí. No sé. O sea, esta ciudad es mi hogar, ¿no? Me encanta. Sé que reniego de ella, pero puedo quejarme porque es mi ciudad y siempre he querido hacer de ella un lugar mejor. Merece ser mejor de lo que es. Siempre pensé que yo podía ser el que marcara la diferencia. Eso es todo en verdad. ¿Y tú?, ¿por qué te uniste?

Sonríe como si le viniera a la memoria un recuerdo feliz. Luego, da un soplido a su café.

—Bueno, era esto o ser panadera.

—¿Ganadera?

Se ríe.

—Panadera. ¿Me imaginas como ganadera?

—Por alguna razón, me es más fácil imaginarte como ganadera que como panadera.

Se ríe de nuevo.

—Entré en el cuerpo por mi padre. Ya sabes, el topicazo: la chica se hace policía porque su padre es policía. En realidad, me empujaron, pero siempre he soñado con abrir algún día mi propia tienda. Hago las mejores magdalenas. Sé que parece una tontería, pero es verdad.

—¿Haces magdalenas? —le pregunto.

—No te rías —dice, pero ella sigue riéndose.

—No me río —le digo, pero me río—. Si trato de imaginarte, lo único que se me ocurre es que llevas un traje de chef y un gorro de

cocinero cubierto de harina. Mientras tanto, haces lo posible por apagar fuegos de horno.

—Te lo demostraré —dice—. Haré un montón de magdalenas para ti y para Bridget. Las traeré el lunes y estarán en tu puerta cuando vuelvas del hospital.

Al escuchar el nombre de Bridget, dejo de reír. Pienso en su viaje al centro comercial, en nuestra excursión al bosque, en la cita del lunes.

—Estoy segura de que todo irá bien —dice Kent, porque se da cuenta de a dónde ha ido mi cabeza.

Por fin, puedo empezar a beberme el café.

—¿Los chicos de la comisaría saben lo de la repostería?

—No —dice—, y no te atrevas a mencionarlo.

—Bueno, mantenme entre muffins y prometo guardar el secreto.

Suena mi teléfono. Es de la comisaría. Han localizado el móvil de Peter. Está al oeste de la ciudad, en dirección a las vías del tren, donde todo esto empezó para nosotros. Solo que más allá. Han triangulado la señal a través de tres torres de telefonía móvil. Nos hablan de una granja, que, a todos los efectos, está en medio de la nada. Nos dicen que el móvil podría encontrarse en un radio de ochocientos metros. Nos informarán si la señal se mueve.

—Así que, sea lo que sea lo que Peter Crowley esté haciendo —dice Kent—, sigue ahí fuera haciéndolo.

—Eso parece.

—Bien. Buena idea lo de rastrear el móvil. Venga —dice, y se termina rápidamente el café—, vayamos a arrestar a uno de los

buenos.

Capítulo treinta y dos

El derrumbe resulta amortiguado por Aquiles, quien, por alguna razón, se ha quitado la camisa. Schroder le ha caído justo sobre la cabeza y los hombros, y lo dobla contra el suelo. La teja rota sigue en su mano, agarrada con fuerza.

La linterna que apuntaba al tejado ahora apunta hacia él. Dogman está sentado en el borde de la buhardilla. Empieza a agacharse, pero, al parecer, se lo piensa mejor y baja el arma. Al mismo tiempo, Schroder descarga la teja. Aprovechando toda su masa, golpea tan fuerte como puede la rodilla de Dogman. El fuerte desgarrón provoca un estallido y, aunque Schroder no podría asegurarlo, siente que le ha dislocado la mayor parte de la rótula. Recupera la teja.

Dogman grita, se deja caer en la cama, rueda sobre su espalda y va a dar al suelo. Aquiles levanta la mano para disparar su arma, pero Schroder ve el movimiento y se vuelve hacia él justo a tiempo para desviar el tiro. Con la teja, golpea un costado de la cara de Aquiles tan fuerte como puede. La piedra no se clava como lo hizo en la pierna de Dogman, pero no hace falta. Aquiles se queda tendido en el suelo. Schroder le arrebata la pistola justo cuando Dogman, empuñando su propia arma, se lanza hacia él. Schroder logra hacer el primer disparo y le da en la garganta. Dogman se queda con un semblante de confusión en el rostro. Todo el dolor, la emoción y el miedo han desparecido de sus facciones. Se desploma poco a poco y acaba sentado, con las piernas extendidas. Mira fijamente a Schroder. Ahora hay un filo de emoción; no mucha, pero lo suficiente para que trasluzcan el miedo y la confusión. Schroder sigue apuntándole con la pistola. Al mismo tiempo, observa cómo Dogman se debate en las profundidades de su forma de morir, y entonces, sin otra opción real, el hombre se rinde.

Schroder dispara a la cabeza de Dogman para asegurarse de que no vuelva a ocurrir lo mismo que sucedió hace algunas horas con Taylor Collard. Luego, gira el arma hacia Aquiles y le dispara también en la cabeza. Ha visto demasiadas películas de terror como para pensárselo dos veces. Se sienta en el suelo y se apoya en la pared. Siente cómo el corazón le martillea en el pecho. Solo oye el retumbar de los disparos, el zumbido. Duele. Le duele la garganta de tanto respirar. El material de aislamiento, convertido en polvo, cae como nieve blanda por el agujero que ha dejado en el techo. Quiere cerrar los ojos, sentarse y relajarse, recuperar algo de energía, pero aún tiene que enfrentarse a Bevin Collard. Mira a Aquiles, que está sin camiseta. Se la ha había quitado para, con ayuda del cinturón, atársela alrededor de la herida de la pierna.

Se mira las manos. Le tiemblan. Las tiene cubiertas de arañazos, de polvo del aislamiento y suciedad. Las heridas que Buzzkill le ha hecho en el brazo son como una hilera de ojos ensangrentados que lo miran. Necesita salir de ahí. Necesita poner a salvo a Peter. ¿Y la historia? ¿Qué le dirá a la policía? No lo sabe. Por ahora, solo necesitan alejarse de Grover Hills.

—¿Qué está pasando ahí arriba?

La voz procede de la planta baja. Ha retumbado con bastante fuerza como para hacerse oír por encima del zumbido de sus oídos. Ya ha oído disparos en lugares cerrados y sabe que los oídos le seguirán doliendo unos minutos más.

—Necesito ayuda —dice Schroder. Tose al decirlo y baja la voz.

—¿Matt?

—Ayúdame —vuelve a decir.

Pasos en las escaleras. Cautela. Schroder apaga la linterna y se queda en la puerta del dormitorio, deseando que toda esta noche hubiera sido tan fácil como lo será este momento. Un instante

después, un haz de luz recorre las paredes y el suelo y se detiene sobre los cuerpos.

—Ay, mier…

Eso es todo lo que Bevin Collard llega a decir antes de que Schroder apriete el gatillo. Ha apuntado al centro de la masa. No está seguro de dónde ha dado la bala, pero Bevin ya retrocede. El impulso lo hace romper la barandilla de la escalera. Un segundo después, el hombre se estrella contra el suelo. Schroder se pone en pie, sale al pasillo y apunta con la linterna a la última víctima. Lo que ha sido bueno para los otros tendrá que ser bueno para Bevin. La cabeza del hombre se mueve pesadamente hacia un lado cuando Schroder le dispara.

Qué desastre. Qué maldito desastre.

Coge la pistola de Dogman. Luego, baja las escaleras y coge la que estaba usando Bevin Collard, con lo que ahora tiene tres. Fuera encuentra una cuarta, todavía en el muy muerto puño de Taylor Collard; pero, con esta vida que exige tanto aprendizaje, con todo lo que uno debe aprender de sus errores, también dispara un tiro a la cabeza de Taylor.

Baja al sótano. Peter Crowley ha rodado sobre un costado. Tiene los ojos abiertos y observa a Schroder mientras este se agacha junto a él.

—¿Qué…? —Eso es todo lo que Peter puede decir. Luego, chasquea los labios un par de veces y dice—: Agua.

—Voy a sacarte de aquí —le dice Schroder.

No es la mejor posición para un herido, pero la única forma de sacar a Peter Crowley del sótano es con una maniobra de bombero. El brazo le duele mucho mientras sube al hombre por las escaleras, y el trabajo es duro, pero no imposible. Un minuto después, baja a

Crowley en el exterior y lo tumba sobre el césped. Recupera las llaves de su coche y confirma que le han rajado dos ruedas. Se agacha a un lado de Peter.

—Vamos a tener que coger el coche de Dogman —le dice.

—Los hombres… —dice Peter, pero nada más.

Le brota sangre de la oreja. Schroder tiene las manos manchadas de sangre por haberlo cargado.

Pone la mano en el hombro de Peter y la deja ahí.

—Están muertos. Todos. Me los he cargado por ti. Sé que esa no era la idea, pero los hombres que hirieron a tu mujer ahora se pudren en el infierno.

Peter sonríe, levanta la mano y la pone sobre la de Schroder.

—Está bien —dice.

—No está bien —dice Schroder.

—Los has matado.

—Sí, los he matado.

—Y me gusta el helado —dice Peter.

—¿Qué?

—El de chocolate es mi favorito. ¿Tienes?

—No —dice Schroder.

—El de Linda es el helado de chocolate —murmura, pero luego no dice nada más, solo mira fijamente hacia delante. Suelta la mano de Schroder y su propia mano va a dar al suelo.

—Lo siento —dice Schroder. Agarra al muerto por el hombro y mira sus ojos abiertos, que han dejado de ver—. Esto no debía haber sido así, pero Linda estaría orgullosa de lo que has intentado hacer. Solo lamento que haya ocurrido todo esto.

No tenía por qué haber sido así, de verdad. Las cosas no han salido bien porque Schroder quedó atrapado en el ímpetu de los grandes errores. A eso se redujo todo. Cierra los ojos de Peter y mantiene los dedos sobre ellos durante diez segundos, con la esperanza de que ya no se abran, y no lo hacen. Entonces se pregunta si llorará, si lo dominará la emoción, pero no. Por supuesto que no. No hay lágrimas en el Nuevo Nuevo Yo.

Aún queda mucho trabajo por hacer.

Arrastra a Taylor Collard hasta las escaleras y lo coloca horizontal a ellas. Luego entra, arrastra al hermano y lo tiende en el primer escalón, también en horizontal. Los cuerpos ayudan a convertir las escaleras en una rampa. No una gran rampa, sino, más bien, una pirámide lo bastante buena para que el coche de Dogman suba sin problemas. Schroder lo conduce ahora y lo detiene lo más cerca posible de la puerta. Se dirige a la parte trasera y abre el maletero. Hay dos contenedores de metal con unos doscientos litros de combustible. También hay dos paquetes de doce cervezas.

Saca la rueda de repuesto. En la cavidad, bajo la rueda, hay una bolsa de plástico. La abre y encuentra cuatro silenciadores. Saca uno y confirma que se ajusta a su arma. Luego guarda la pistola y el silenciador en bolsillos separados. Lleva la rueda de repuesto a su coche, con la esperanza de que tenga el mismo patrón de pernos, y así es. Tarda diez minutos en cambiarla por una de las suyas. Un poco más de lo normal, pero lo achaca al brazo dolorido y al cansancio. Luego, pone su propia rueda de repuesto en lugar del otro neumático dañado. Mete las ruedas rotas en el maletero de su coche.

Vacía los doscientos litros de combustible por toda la planta baja del edificio. Pone algo alrededor del coche, una buena cantidad en las escaleras. No cree que mucha gente se sienta molesta por el incendio de Grover Hills. En todo caso, la mayoría se preguntarán por qué no incendiaron este lugar hace meses.

No encuentra las bengalas que le pidieron a Dogman, pero sí una caja de cerillas en el bolsillo del muerto. Ya que está en ello, saca las carteras de todos los cadáveres y se hace con más de setecientos dólares en efectivo; la mayoría, de Bevin Collard. Supone que la mayor parte de ese dinero proviene de las drogas. No le apetece quedarse a ver cómo arde. Mira los permisos de conducir: Matthew Roddick y Robin Walsh. Dos nombres poco memorables. Se pregunta qué clase de antecedentes tendrán.

Limpia tres de las pistolas, aunque sabe que el fuego borrará cualquier huella, y luego las pone en las manos de tres de los muertos: Matthew Roddick, Robin Walsh y Bevin Collard. Se queda con la cuarta. Arroja al porche la cortina de ducha con la que cubría el maletero de su coche.

La cerilla enciende al primer intento. Schroder la deja caer en el charco de combustible y este se ilumina en azules y naranjas. La llama corre por el suelo. Transcurren unos segundos apenas antes de que las llamas crezcan. Alcanzan las escaleras y las paredes y se adentran en las sombras, donde se esconden los fantasmas de Grover Hills. Schroder recoge la teja con la que mató a Taylor Collard y la arroja al fuego. Luego, arrastra a Peter lejos de las llamas. No quiere que un buen hombre arda.

Se queda de pie junto a su coche, contemplando el fuego, disfrutando del calor en la cara, hasta que, al cabo de unos minutos, el calor es excesivo. Toda esa madera no tardará mucho en derrumbarse. Desaparecerán el ADN, las huellas dactilares y la historia de lo que esta noche ha ocurrido aquí. Y no se quedará a ver cómo sucede.

Capítulo treinta y tres

Me pregunto en qué estado encontraremos a Bevin y Taylor Collard, si muy vivos o muy muertos o en algún muy miserable estado intermedio. Tengo la sensación de que será esto último. Tengo la sensación de que Peter Crowley ha querido hacerlos sufrir, y por ello se los ha llevado bien lejos de la ciudad. Pero son solo sensaciones; en veinte minutos tendremos datos.

Parte del trayecto es igual que ayer por la mañana: salimos de las afueras de la ciudad y entramos en la autopista; las casas desaparecen, las granjas desaparecen. La cárcel de Christchurch está delante; luego, a un lado, y luego, detrás de nosotros. Nos movemos hacia el oeste. Recuerdo haber venido aquí a principios de este año y haberme prometido que, si otro caso me traía a estos parajes, lo rechazaría. Recibimos una llamada de la comisaría: la compañía telefónica acaba de informar de que el móvil de Peter Crowley ha dejado de transmitir.

A pocos minutos de la ubicación que nos ha dado la compañía telefónica, vemos el resplandor en el horizonte. La mañana está por llegar, así que, en principio, pensamos que es el amanecer, pero, por supuesto, estamos conduciendo en la dirección contraria. Vamos hacia el oeste y el sol está saliendo por el este. El resplandor se vuelve, entonces, más amarillo, más naranja, más intenso, y sabemos que no es una ilusión óptica del sol reflejándose en el paisaje. Estamos viendo un incendio. Informo de ello y digo al servicio de bomberos que pronto tendremos una ubicación más precisa, pero que, por ahora, simplemente se dirijan al oeste de la ciudad por la autopista principal y sigan las llamas. A medida que avanzamos, parece que nuestro destino y esa irradiación naranja son la misma cosa. Por supuesto que lo son. Así que, en lugar de ir a

donde nos ha dicho la compañía telefónica, nos dirigimos hacia el resplandor. Tomamos un desvío. Ahora vamos hacia el norte, a través de un laberinto de caminos rurales, algunos asfaltados, otros de grava, otros de tierra endurecida, y ahora sé exactamente a dónde nos dirigimos. Un minuto después, mi sospecha se confirma.

Nos adentramos en el largo camino de Grover Hills y pasamos junto a los grandes robles que custodian la entrada. Más adelante, el psiquiátrico abandonado es un amasijo de formas oscuras cubiertas de volutas amarillas y naranjas. Los perfiles negros de las paredes y el tejado hacen ángulos rectos. Los amarillos y los naranjas fluyen por todas las superficies. Las ventanas se resquebrajan, algunas se rompen, otras estallan con sonidos que parecen disparos en la noche. Mientras contemplamos el edificio, los ángulos rectos cambian. Unos crecen y otros se encogen, al tiempo que algunas vigas del interior se retuercen y otras empiezan a caer. Esta es la institución mental donde, a principios de año, seguí la pista de un asesino en serie. Aquí es donde recibí el fuerte golpe en la cabeza que se convirtió en mi billete dorado a la Tierra del Coma: ven en busca de paz y tranquilidad y quédate a soñar.

Kent se pone al teléfono y yo salto del coche. El aire está muy caliente, es insoportable, y mirar el fuego es como mirar el sol. Hay un cadáver a veinte metros de la entrada. Corro hacia él y enseguida veo la cara del hombre que he visto en las fotografías del pasillo, cuando Charlotte Crowley nos guiaba hacia la puerta. Le busco el pulso, pero no hay nada. El cuerpo aún está caliente, aunque eso podría deberse a que Grover Hills está ardiendo. Tiene la cabeza hundida. Rebecca me alcanza.

—¿Quién es? —pregunta.

—Crowley. —Busco en sus bolsillos. No hay móvil. Quizá ha quedado entre las llamas y por eso ya no funciona. Encuentro una cartera y examino el carné de conducir. Coincide con el del muerto.

—¿Eso es un coche? —pregunta Rebecca, mientras señala hacia el edificio.

Al principio, no puedo distinguirlo. El aire centellea, hay chispas, llamas y cenizas. El edificio está agonizando. Entonces, a través de las llamas, lo veo, aparcado en la entrada del edificio. Ha subido los escalones y está casi pegado a la puerta, un poco inclinado y con el freno de mano echado. No sé si hay alguien dentro. No podemos saber si aquí hay alguien más.

—Debe haber habido un segundo coche —dice Kent.

—O alguien sigue aquí fuera. Cierra el nuestro —le digo—, y recorramos el perímetro.

Kent cierra el coche. Sería tonto separarnos, sería tonto buscar una manera de entrar ahí. Si de verdad sintiéramos que hay alguien dentro a quien salvar, lo haríamos. Tal y como están las cosas, ambos estamos seguros de que, si hubiera alguien ahí dentro, serían los hermanos Collard. Y ni ella ni yo iríamos a buscarlos. Empezamos por la izquierda. El resplandor del fuego ilumina el terreno en todas las direcciones, las chispas saltan a la hierba larga, que pronto también arderá. Comenzamos a desplazarnos en un círculo lo bastante ancho para no cocinarnos con el calor. Por el lado sur, a unos diez metros del edificio, hay un perro muerto. El fuego no es tan fuerte aquí atrás, pero llegará.

—¿Un perro vagabundo? —pregunta Rebecca.

Niego con la cabeza.

—Parece que tiene collar.

Levanto el brazo para protegerme la cara, corro hacia el perro, me agacho y lo agarro del collar. Tiro de él para llevármelo lejos del edificio. El sudor me corre por la cara y la espalda, pero logro arrastrar al perro veinte metros más lejos de las llamas. Es un

rottweiler. Su cabeza es un amasijo de sangre y piel desgarrada, y le falta una oreja. El collar no tiene placa de identificación.

Dejamos al perro y seguimos adelante. No encontramos ningún otro vehículo. No hay más perros ni muertos. Terminamos nuestro recorrido circular.

—¿Ves eso? —pregunta Kent, y señala hacia el coche en llamas.

—¿Ver qué?

—Creo que hay un cuerpo debajo.

Tengo que cubrirme los ojos con la mano, porque todo lo que puedo ver son llamas que bailan de un lado a otro, pero entonces entreveo un hueco. Puedo distinguir una cabeza, un hombro y un brazo que apunta hacia fuera desde debajo del coche. Entonces el hueco se cierra.

—¿Quieres ir y sacarlo? —pregunto.

—Te sigo —dice.

—¿Puedes leer la matrícula?

—Ni siquiera puedo distinguir el color.

Se oye un fuerte crujido y ambos damos un salto cuando una parte del tejado se desploma. El espacio lo llena un nuevo grupo de llamas que se alargan hacia arriba con intenciones de quemar el cielo de la mañana. En el aire cuelgan ceniza y carbón, suspendidos en el instante como si pendieran de cables.

—Tenemos que retroceder —le digo a Rebecca— y despejar la entrada para los camiones de bomberos. Deberíamos arrastrar a Peter más atrás también.

—Fotografiémoslo primero —dice—, para los forenses.

Rebecca aleja el coche hasta la carretera y vuelve con la cámara. Tomamos algunas fotografías de Crowley para que los forenses puedan ver en qué posición lo encontramos. Luego arrastramos el cuerpo hasta los robles protectores, donde no hay posibilidad de que lo atropellen. Aunque los camiones de bomberos se acerquen, no podremos oírlos mientras Grover Hills siga comiéndose a sí misma. Hay otro crujido y otra esquina del tejado que gira hacia dentro; luego, una parte de la pared se retuerce por debajo, se balancea y cae también hacia dentro. Por el aire vuelan chispas y ardientes astillas de madera, que se enganchan en la brisa ligera para que esta se las lleve. Pienso en la sala de los gritos de la planta baja, en las historias que he oído de pacientes que solían ser torturados aquí por algunos miembros del personal. A veces, como castigo; a veces, solo por diversión.

No hay nada más que podamos hacer mientras esperamos a que lleguen los bomberos y aparezca Hutton. Pronto oímos los camiones; las sirenas están lo bastante cerca como para hacerse oír por encima de la madera que se fragmenta. Son cuatro en total. Avanzan por el camino de entrada y forman un semicírculo. Unas veinte personas salen de ellos como payasos de circo y se ponen manos a la obra. Instantes después, un camión arroja agua al corazón del incendio; luego, otro, y después, las cuatro mangueras se están retorciendo por el suelo como serpientes mientras el agua las engorda. Nos apartamos del camino. Todas las pruebas que había en el interior se habrán quemado primero, para luego quedar empapadas. Parece una guerra que los bomberos no pueden ganar, ya que el fuego se aferra al paisaje e intenta quemarlo también.

—Sé quién es —dice Kent—: el hombre calvo.

Me giro hacia ella porque creo que yo también lo sé. He estado pensando en ello desde que vi dónde ardía el fuego: Grover Hills. Un hombre calvo. Conozco a un hombre calvo que sabe que este lugar está aquí. Pero ¿es posible? No. Kelly Summers fue su caso, pero no Linda Crowley. Aun así…

—¿Quién? —pregunto.

—Es una víctima. Creo que ha perdido a alguien cercano, igual que Peter Crowley. Ese tipo calvo está tratando de ayudar a otros como él. Y, si eso fuera verdad, entonces no habría hecho nada para herir a Peter, porque están en el mismo bando, de la misma forma que estaba ayudando a Kelly Summers.

Pienso en eso, pero se opone a lo que he estado rumiando desde que llegué aquí: de alguna manera, creo que Schroder podría estar involucrado. Si bien fui yo quien, hace meses, rastreó a un asesino hasta aquí, durante la semana siguiente, él tuvo que venir todos los días a lidiar con las consecuencias de lo que habíamos averiguado sobre el pasado de este lugar, de lo que se había ocultado aquí durante tanto tiempo, de las historias de quienes pasaron días y noches en la sala de los gritos antes de ser sepultados. Se sufrió mucho dentro de estos muros, ahora en llamas. Un tipo como Schroder sabe que aquí podría haber mucho más sufrimiento sin que nadie se enterara.

Pero Schroder es Schroder. Al menos, solía serlo. Ya no. Todavía no puedo imaginármelo involucrado, por supuesto que no. Que él sepa de la existencia de este lugar es solo una coincidencia. Miles de personas saben él. Después de todo, el caso salió en las noticias.

Kent continúa:

—Las vías del tren donde mataron a Dwight Smith. Si dibujas una línea entre este lugar y la casa de Kelly Summers, las vías pasan por ahí. ¿Es aquí a donde se dirigían antes de quedarse sin gasolina?

—¿Ellos?

—Si Peter ha estado aquí esta noche, lo lógico es que Kelly estuviera aquí también, ¿no crees?

—No había indicios de que ella hubiera estado en aquel coche —le digo—. Y, si lo hubiera venido siguiendo, podrían haber dejado el cuerpo en el coche y seguido adelante.

Kent se lo piensa unos instantes. Hace cuentas, imagina los escenarios, intenta que las cosas encajen, pero no lo logra.

—Así que, tal vez, no estaba involucrada. El calvo podría estar haciendo todo esto por su cuenta. Cuando el coche se quedó sin gasolina, probablemente pensó que lo mejor era tirar el cuerpo a las vías del tren, con la esperanza de que pensáramos que había sido un suicidio. Luego, volvió caminando o hizo autostop. Tal vez le dio a Kelly la opción y ella dijo que no. Entonces se la dio a Peter y él dijo que sí.

En ese momento aparecen un par de coches de policía. Hutton viene en uno de ellos. Nos ve y se acerca. Una vez más, pienso en lo bien que está ahora que ha perdido tanto peso.

—¿Aquel es Peter Crowley? —pregunta, mientras señala el cuerpo con la cabeza.

—Sí.

—¿Ahí es donde lo habéis encontrado?

—Hemos tenido que arrastrarlo —le digo a Hutton, y luego le explico por qué.

—La forense está de camino —dice—, y no le va a hacer mucha gracia.

—Estará más contenta así que si le hubiéramos dejado el cadáver donde estaba.

—¿Alguna teoría? —pregunta.

Miro a Kent. Ella se encoge de hombros, niega con la cabeza y dice:

—Todavía nada.

Hutton consulta su reloj y luego mira hacia arriba, como si el cielo confirmara lo que su reloj le acaba de decir.

—Quiero que volváis y habléis con su mujer.

—¿Ahora?

Parte del edificio ya no está en llamas. Al parecer, los bomberos están ganando la guerra. Todavía no del todo, pero lo conseguirán con el tiempo. Para cuando terminen, no creo que quede en pie mucho del edificio.

—No veo ninguna razón para posponerlo —dice—. Mirad, sé que es tarde. Pero notificádselo a la mujer. Quizá ahora os deje echar un vistazo en el estudio del marido sin una orden judicial, aunque, a estas alturas, es solo cuestión de semántica, ya que podremos conseguirla de todos modos. Teníamos una reunión del grupo de trabajo a las nueve, solo que la he retrasado a las diez. Sé que no es mucho, pero os da tiempo para desayunar o echar una cabezadita. En cuanto podamos ver el coche, comprobaremos la matrícula y veremos a quién pertenece.

En ese momento, uno de los bomberos se acerca y nos pone al día. Espera que el incendio esté controlado en los próximos treinta minutos, pero nos dice que no tengamos esperanzas de entrar en el edificio en breve.

—Eso, en el mejor de los casos —dice—. Es probable que os resbaléis —nos previene— o que se os caiga una pared encima. Enviaremos un robot con una cámara, pero ya os digo que lo mejor que podemos hacer es quitar ese coche de ahí, sacar los cuerpos que hay debajo y luego derribarlo todo.

—¿Cuerpos? —pregunto.

—Sí, hay dos ahí abajo. Podremos sacar lo que queda de ellos, pero no hasta que hayamos apagado el fuego. Sacarlos de una sola pieza va a ser difícil. En primer lugar, habrá partes de esos cadáveres que estarán pegadas al chasis. Si remolcáramos el coche, destruiríamos lo que tiene debajo, y supongo que los quieres tan intactos como sea posible.

—Sí —dice Hutton.

—De acuerdo. Traeremos una grúa. Encontraremos la forma de levantar el coche y lo haremos lo mejor que podamos. Pero vuestro médico forense tendrá que considerar que esos cuerpos ya han sido quemados y empapados, así que no quedará mucho allí, de todos modos. Aparte, hay un perro muerto por el lado sur.

—Sí, sabemos lo del perro —le digo.

—Parece que alguien le ha dado una paliza. Os pondré al día cuando sepamos más —dice, y vuelve a dirigirse hacia el incendio, que, definitivamente, se está apagando.

—¿Un perro muerto? —pregunta Hutton.

—Sí —le digo, y lo pongo al corriente.

Él escucha toda la explicación negando con la cabeza.

—El tipo que ha hecho todo esto no está ahí, ¿verdad? —dice.

Sacudo la cabeza.

—No.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —pregunta Kent.

—¿Quieres decírselo tú o lo hago yo? —dice Hutton.

—Adelante —le digo.

—Porque nada es así de fácil —dice.

Capítulo treinta y cuatro

Siento el calor en la espalda mientras caminamos hacia el coche de Kent. Cuando nos hemos alejado un poco, la temperatura es bastante agradable y luego, cuando ya estamos demasiado lejos, la noche vuelve a ser fresca. Bueno, ya no es de noche, eso ya ha pasado. Kent sube al coche, yo también, y miramos las llamas por el parabrisas.

—No estoy para esto —me dice.

—Me siento igual.

—Le enviaré un mensaje a mi hermana.

—No me gusta la idea de que Bridget se despierte y yo no esté allí. Ver a tu hermana va a confundirla.

—Son más de las seis —dice—. ¿Qué tal si pasamos por tu casa, la despiertas y le cuentas lo que está sucediendo?

Así que eso es lo que decidimos hacer. Kent envía un mensaje de texto a su hermana para contarle nuestros planes. El viaje de vuelta a la ciudad es rápido y, al cabo de un rato, se vislumbra un resplandor en el horizonte, hacia el este. No hay mucha vida, solo un par de taxis, un par de personas que vuelven de la discoteca a casa, unas cuantas mujeres que llevan los zapatos en la mano. Es probable que algunas de estas personas no hayan conseguido el colocón que buscaban, ya que los hombres a quienes compraban drogas detrás de los clubes han quedado fuera del negocio.

Llegamos a mi casa y Kent se queda en el coche. Su hermana se reúne conmigo de camino a la puerta. Me sonríe. Su sonrisa parece

un poco forzada a estas horas de la mañana, y se la devuelvo, igual de forzada, y entonces me dice que todo va bien, que Bridget no se ha despertado. Entro a la casa mientras ella va a hablar con Rebecca.

Bridget sigue dormida. Le doy un golpecito en el hombro y la sacudo despacio. Tengo que zarandearla un poco más para despertarla.

—Buenos días —me dice, y me sonríe.

Cómo me gusta esa sonrisa.

—Hola —la saludo.

Entonces se da cuenta de que estoy vestido.

—¿Trabajas hoy?

—Sí. Lo siento —le digo—, pero tengo que irme de inmediato.

—Teddy se va a salvar el mundo —dice, y aún parece dormida.

Le digo que he estado fuera toda la noche y que la hermana de Rebecca ha venido para cuidarla.

—No necesito una niñera —me dice, y ahora parece despierta.

—Sé que no —le digo—, pero solo quiero asegurarme de que estás bien.

—¿Así que nunca me vas a dejar sola otra vez?

—No, es…

Me sonríe.

—No pasa nada, Teddy. Solo estoy bromeando —me dice, pero estoy seguro de que también hay algo de verdad. Está asustada, y con

razón. Mira el reloj de la mesita de noche—. ¿Estarás fuera casi todo el día?

—La mayor parte de la mañana —le digo—. Eso es todo lo que sé, por ahora.

—Dentro de unas horas, llamaré a mis padres para que vengan. Luego, la niñera podrá irse a casa.

Le doy un abrazo y vuelvo a salir. La hermana de Rebecca me ve y se baja del coche. Nos saludamos con un movimiento de cabeza, pero no decimos nada.

Quince minutos más tarde, estamos aparcando frente a la casa de Peter Crowley, detrás del coche patrulla. Apenas hemos recorrido una cuarta parte del camino hasta la puerta principal cuando esta se abre de golpe y Charlotte Crowley, seguida de su hijastra y su hijo, salen en tromba al umbral.

—A menos que tenga una orden —dice Charlotte, pero se detiene.

Lo sabe. No sé cómo lo sabe. Tanto Kent como yo hemos hecho esto antes y no lo llevamos escrito en la cara, pero la gente lo sabe. Esta es una de esas ocasiones.

—¿Dónde está? ¿Por qué no lo ha traído a casa? —pregunta, y reconozco estas preguntas como lo que son: tácticas dilatorias. Sabe que su marido está muerto y, mientras quede espacio para la esperanza, lo intentará.

—¿Podemos entrar? —pregunta Kent.

—¿Quién es su…, su… amante…? —dice, pero se va quedando sin fuerzas. Ahora hay lágrimas—. ¿Es esa mujer que ustedes mencionaron antes? ¿Tienen una orden?

—Necesitamos hablar con usted a solas unos minutos —le dice Kent.

—¿Dónde está papá? — pregunta Monica—. ¿Han arrestado…?

Charlotte se vuelve hacia ella.

—Entra y espérame.

—No me vas a decir…

—¡Monica! Por favor, por una maldita vez en tu vida, ¿puedes hacer lo que te pido? —Monica parece sorprendida, pero se da la vuelta y vuelve a entrar a la casa. Un momento después, la puerta de su habitación se cierra de golpe—. Tú también, cariño —le dice Charlotte a su hijo.

Este desaparece sin decir nada y nos quedamos los tres solos.

—Sentimos tener que decirle esto —le digo—, pero…

—Entonces, no lo haga —pide Charlotte, mientras mueve la cabeza de un lado a otro.

—Po desgracia… —vuelvo a hablar.

—No lo diga —dice Charlotte—. Por favor, por favor, no lo diga.

—Lo siento —le digo. Agito despacio la mano.

—Se lo ruego. Por favor, se lo suplico, no lo diga.

Pero tengo que decirlo. Por eso estamos aquí. Tengo que decirle a esta mujer que su marido ha muerto y, por mucho que suplique, eso no va a cambiar.

—Peter apareció muerto hace una hora —dice Kent.

Charlotte sacude la cabeza. Parece desafiante. Solo dice:

—No, no, se equivoca.

—¿Hay alguien a quien quiera que llamemos? —pregunta Kent.

—A mi marido. Quizá yo llame a Peter. Sí, eso haré, si no les importa esperar fuera. Peter podrá resolver esto.

—Señora Crowley —le digo—. ¿Podría…?

—No —dice ella—. Mi respuesta es no a todo hasta que Peter esté en casa. Cuando él esté aquí, será…

Monica vuelve a salir.

—Está muerto —dice, y lo expresa con calma, a pesar de que ha estado escuchando—. ¿No lo entiendes? Lo han matado igual que mataron a mamá.

—¿Quién lo ha matado? —pregunta Charlotte, y la pregunta es tanto para Monica como para nosotros.

—Odio este mundo —dice la chica. Su voz aún suena tranquila. Luego, se vuelve a su habitación y oímos una puerta que se cierra, solo que esta vez no es un portazo.

—Por favor, señora Crowley, Charlotte —dice Kent—. Vamos adentro.

—Ayer llamaron a Peter —dice—. Está trabajando en una rotura de una tubería, pero volverá pronto. Tenemos que comprar más plantas. Queremos tener todo el jardín delantero terminado para cuando acabe el fin de semana. —Empieza a señalar las plantas frescas del jardín junto al camino—. Peter insistía en que ya teníamos suficientes, y yo le decía que no, y ya ve…, ya ve… —dice, y se lleva las manos a la cara—. ¿Están seguros?

—Sí —le digo.

—¿Dónde?

—En una institución mental abandonada que se llama Grover Hills.

—¿Ese lugar que salió en las noticias a principios de año?

—Sí —dice Kent.

—Entonces, no puede ser Peter —dice ella—, porque él no tendría ninguna razón para ir allí. ¿O es ahí donde estaba la tubería rota?

—Esto sería más fácil si pudiéramos entrar a hablar —le dice Kent.

—¿Más fácil? No. «Más fácil» no encaja para nada en esta conversación. —Se gira, pero acaba sentándose en el umbral de la puerta. La mañana es bastante clara ahora. El sol pronto estará a la vista—. Han sido los hombres que agredieron a Linda, ¿no?

—Sí —le digo—. ¿Peter hablaba mucho de ellos?

—Al principio —dice—, y no mucho. Cuando lo conocí, estaba un poco desorientado, y yo también. Robby no tenía ni un año y mi marido ya me había dejado. Conocí a Peter un día y…, ya sabe, así son las cosas, ¿no? La gente se conoce y sigue adelante. Quiero decir, era difícil para él no hablar de los hombres que atacaron a Linda, pero, cuando lo hacía, era como si todavía estuviera viviendo esa vida.

»Yo siempre he sentido que tengo que llenar los zapatos de la mujer que él tuvo que dejar atrás. ¿Saben lo que digo? Nadie quiere que su marido hable de su exmujer, pero, cuando él lo hacía, nos dolía a los dos, y era injusto por mi parte irritarme por ello, ¿sabe? ¿Cómo puedes enfadarte con alguien que primero fue violada y luego se quitó la vida? Esta es la casa en la que se suicidó —dice—. Yo quiero que la venda. Yo quiero que sigamos adelante, pero él siempre se ha negado; al menos, hasta hace poco.

»Lo convencí de que sería más sano para él, y para mí también, y probablemente para Monica, aunque Monica dice que, si la vendemos, se irá. Convencí a Peter hace un mes, y vamos a arreglarla primero. Por eso estamos plantando arbustos nuevos. Solo

necesita… —dice, y luego sacude la cabeza—. No puedo creer que esto esté pasando. Esos chicos, ¿le hicieron esto? ¿Se lo llevaron y lo mataron?

—Parece que ha sido al revés —le digo—. Hay otros dos cuerpos que aún no hemos identificado.

—¿Cree que son ellos?

—Es demasiado pronto para saberlo —dice Kent—, pero es posible. Es posible que Peter los matase, y también que tuviera ayuda.

—¿Ayuda? ¿Quién lo ayudaría a hacer algo así? ¿El hombre que estuvo aquí ayer? ¿Cree que Monica vio al hombre que provocó que mataran a Peter?

—Pronto lo sabremos —digo.

—Entonces…, eso significa que… —dice, y empieza a llorar. Sé lo que va a pasar, siempre termina por llegar—, si le hubiéramos dado permiso para entrar en el estudio de Peter, si usted hubiera echado un vistazo, ¿habría podido…? ¿Habría podido evitarlo?

—No lo sabemos —dice Rebecca—. Pero, si nos dejara entrar ahora, quizá podríamos encontrar al hombre que ha provocado todo esto. Tal vez Peter lo había estado planeando. También podría ser que la de ayer hubiera sido su primera interacción.

—¿He ayudado a que lo mataran? ¿Por no dejarlos echar un vistazo?

Kent sacude la cabeza.

—Usted no lo envió ahí.

—Pero pude haberlo evitado.

—Cuando vinimos a verla, quizá ya todo había terminado.

—Quizá también significa quizá no —dice Charlotte.

—Tenemos que volver a hablar con Monica —le digo—. Queremos que venga a comisaría a darnos una descripción del hombre que vio.

—Vale, la prepararé —dice—. Denle algo de tiempo para que se recomponga. Yo la llevaré esta mañana, más tarde. Se lo prometo. Pero a ese calvo —dice—, tendrán que arrestarlo. Tiene que pagar por lo que ha hecho. Al mismo tiempo, tendrán que darle una medalla. Si en la ciudad tuviéramos más como él haciendo su trabajo, la gente como Linda nunca saldría herida.

Capítulo treinta y cinco

«Si en la ciudad tuviéramos más como él haciendo su trabajo, la gente como Linda nunca saldría herida».

Llevo grabadas las palabras de Charlotte de camino al estudio de Peter. Ella se sienta en el salón con los chicos y les habla en voz monótona mientras nosotros revisamos los correos electrónicos y las cuentas bancarias de Peter, así como cualquier otra cosa que logramos encontrar. Esas palabras traquetean en mi cabeza, se incrustan allí para siempre, porque tiene razón, claro que tiene razón; y, al mismo tiempo, está equivocada. Sería la anarquía. Buscamos durante cuarenta y cinco minutos, y no encontramos nada. Le decimos eso a la hora de marcharnos, y eso alivia su culpa de no habernos ayudado antes. Su vida cambió anoche. Cuando despertó el sábado, no se imaginaba que el domingo por la mañana su marido estaría muerto y su mundo, patas arriba. Así es la vida. Algunos pueden despedirse, otros no.

—Nos quedan dos horas y media antes de la reunión de las diez —dice Kent—. ¿Quieres dormir un poco y que quedemos para desayunar sobre las nueve y media?

—Despertarme después de una hora me va a doler —le digo—, pero será más doloroso no hacerlo.

—¿Quieres que te recoja por la mañana?

—Nos vemos allí.

Me lleva de vuelta a casa. Su hermana sale, me sonríe y me dice que Bridget sigue en el dormitorio. Le doy las gracias por su ayuda. Kent se marcha en el coche de policía y su hermana, en el de Kent. Entro

y cierro tras de mí la puerta del mundo. Bridget está sentada en la cama, leyendo una novela.

—¿Ya has resuelto el caso? —pregunta.

—No, pero tengo una hora libre para descansar.

Pongo el despertador y Bridget se acurruca a mi lado. Cierro los ojos y, de repente, suena el despertador. Es cierto lo que le he dicho a Rebecca: duele.

Bridget no está en la cama conmigo. He dormido sesenta minutos. La sensación que tengo me recuerda a las resacas del año pasado, cuando me pasaba los días y las noches bebiendo, cuando el alcohol era un material importante para adormecer el dolor de todo lo que había perdido. Salgo de la cama. Todavía estoy vestido. Me dirijo a la cocina. Bridget está haciendo tostadas y solo hay dos platos en la mesa.

—¿A qué hora viene Rebecca?

Rebecca, no Carl. Otra buena señal. Miro mi reloj.

—No vendrá. Hemos quedado en vernos en la ciudad.

—Siéntate —me dice.

Trae dos tostadas, un vaso de zumo de naranja y una taza de café. Lo mismo para ella.

—¿Quieres hablarme del caso?

Hace años, no lo habría hecho. De ninguna manera. Hace años, el trabajo se quedaba en el trabajo. Podía acompañarme a casa, podía estar siempre en el primer plano de mis pensamientos, pero yo nunca lo compartía. No veo razón para cambiar nada de eso, ninguna razón para poner malas imágenes en la cabeza de Bridget.

—No quieres saberlo —le digo, que es lo que solía decirle.

—Sí, quiero —dice ella, que es lo que solía decirme—. Me gustaría poder ayudarte, Teddy —añade.

—Está bien. Por extraño que parezca, no es un mal caso, si eso tiene sentido. La gente que ha aparecido muerta es gente mala —le cuento. Doy un mordisco a la tostada y hablo con la boca llena—. Excepto que, anoche, un buen hombre murió intentando castigar a los hombres que le hicieron daño a su mujer.

Ella asiente con la mirada fija en mí.

—¿Alguien ha ido por ahí matando a gente mala y ahora también a gente buena?

—Lo de anoche no salió según lo previsto —digo, y doy otro mordisco—. Alguien cree que está haciendo algo bueno, pero está haciendo algo malo.

—¿Qué vas a hacer cuando lo encuentres?

—Arrestarlo.

—¿Y crees que eso es lo correcto?

Me trago el trozo de tostada. Miro fijamente a mi mujer.

—¿Qué quieres decir?

—Te conozco, Teddy. Sé que esto debe estar causándote un conflicto. Solo quiero asegurarme de que cualquier decisión que tomes sea una con la que puedas vivir.

Dejo que sus palabras calen hondo. Antes de que se me ocurra una respuesta, continúa:

—¿Podríamos salir esta noche, tal vez, si volvieras a tiempo? ¿Una buena cena?

—Me gustaría.

Justo antes de irme, llamo a los padres de Bridget y les pido que vengan a pasar el día mientras estoy en el trabajo. Me preguntan, como solían hacerlo cuando se enteraban de que trabajaba en fin de semana, por qué tengo que ir en domingo, y les doy la respuesta que siempre les daba: porque los fines de semana también muere gente. Les digo que espero que solo sea medio día. Bridget me promete que sola estará bien hasta que lleguen sus padres.

Cuando llego a la ciudad, vuelvo a sentir hambre. He quedado con Rebecca en una cafetería llamada Froggies, a dos manzanas de la comisaría. No estoy seguro de cuál era la intención del dueño, pero, a los pocos días de abrir, su cafetería se convirtió en el lugar de paso de los policías. A estas horas de la mañana —entre semana, al menos—, puede ser casi imposible encontrar un sitio donde sentarse. En una esquina hay una máquina de discos que pone música de los años setenta. Conozco las canciones, pero no los títulos. Hay un reservado en la pared del fondo, debajo de una foto del skyline de Nueva York, con el Empire State en blanco y negro en el centro. La cafetería es cálida y acogedora y huele a gofres, beicon y café. ¿Qué puede ser mejor? Por todas partes hay agentes uniformados que toman café y tratan de despertarse para el turno de la mañana; o bien, que han terminado su turno y toman café para despertarse lo suficiente y conducir a casa. Hay risas en algunas mesas, intensos debates en otras, historias sobre delincuentes que se comparten del mismo modo que los pescadores hablan de sus presas, la que se escapó y la grande, la que pescaron.

Cogemos el menú, aunque yo ya sé lo que voy a comer y el cocinero, también. A esta hora de la mañana, en la parte de atrás ya tienen un montón de grandes desayunos preparados para los policías que están de servicio. Y lo estamos. Pedimos uno cada uno

y, dos minutos después, estamos comiendo beicon, huevos, champiñones, tomate, patatas fritas y tostadas. Odio el tomate, así que lo separo y lo pongo en el plato de Rebecca. En todo este tiempo, no dejo de pensar en Schroder. Schroder, el policía que arrestó a Dwight Smith. Schroder, el que hace años se ocupó de un hombre a quien arrojaron a unas vías de tren para intentar ocultar un crimen. Schroder, el que lo sabe todo sobre Grover Hills.

Schroder, el calvo.

Schroder, el que ya no es Schroder.

Quiero comentárselo a Kent. Ella nunca trabajó con él. No, en realidad, salvo por un día o dos a principios de año, cuando acababa de ser trasladada a Christchurch, cuando Schroder fue despedido. Y estaban juntos el día que explotó un coche que por poco los mata, pero eso no era trabajar juntos; era, simplemente, estar juntos. Sin embargo, ella no lo conoce. Yo estuve en la academia con él, estuvimos juntos en la calle, estuve con Schroder cuando mataron a mi hija. Solíamos quedar los fines de semana durante el verano. Había barbacoas y cervezas, y hablábamos de lo mismo que hablan otros agentes en este café: de los que escaparon, de los que atrapamos. Nuestras mujeres salían por ahí, mi hija correteaba con la suya. Pateábamos puertas, irrumpíamos juntos en las casas y trabajábamos juntos para hacer lo correcto.

Kent empieza a comer su beicon, lo mastica un poco y luego habla con la boca medio llena.

—Quizá sea uno de esos «hoy por ti, mañana por mí». Puede que alguien estuviera ayudando a Peter y que Peter tuviera que ayudar a alguien. O que haya un montón de estos formando un ejército.

—¿Crees que Kelly Summers era parte de ese ejército?

Se encoge de hombros.

—Solo estoy haciendo conjeturas. Cuando sepamos a quién pertenecía el coche de Grover Hills, podremos atar los cabos un poco mejor. Vamos, Tate, come, vas a hacer que lleguemos tarde.

Me meto en la boca todo lo que puedo, con ganas de que mi dinero valga la pena y a sabiendas de que puede que no tenga otra oportunidad de comer hoy. Luego, nos dirigimos a la comisaría.

La cuarta planta no está más concurrida de lo normal. De hecho, está más vacía, probablemente porque es domingo. Imagino que muchos detectives tendrán las baterías de sus teléfonos descargadas y no se han enterado de las noticias. Estamos en la sala del grupo de trabajo y somos unos veinte, la mitad de los que yo esperaba. Alguien ha estado trabajando aquí, porque en una pizarra hay fotografías de los hermanos Collard y de Peter Crowley. En otra hay fotografías de Kelly Summers y Dwight Smith. Las dos pizarras están muy separadas, tanto que me pregunto si es porque los casos son independientes hasta el punto de que no hay nada que los vincule, aparte del momento.

Charlamos un poco con Hutton y lo ponemos al día de nuestra entrevista con Charlotte Crowley y del registro de su casa. Luego, empieza la reunión. Hutton se sitúa al frente de la sala y nos informa. El incendio en Grover Hills ha quedado extinguido. El coche ha sido identificado y pertenece a un hombre llamado Matthew Roddick. El perro encontrado en la escena no tenía ningún microchip implantado, como esperábamos, y no es posible rastrearlo. Los policías que fueron enviados a hablar con Matthew Roddick encontraron a una novia molesta y a ningún Roddick. Lo único que ella sabía era que el hombre había recibido una llamada en mitad de la noche, que se había marchado rápidamente y que se había llevado a su perro. El perro se llama Buzzkill. Los bomberos aún no han conseguido colarse entre los restos del edificio, por lo que todavía no se sabe si hay más cadáveres dentro. Hay una grúa en el lugar de los hechos y se está estudiando la logística para mover el

coche sin que el edificio se derrumbe a su alrededor y sin hacer pedazos los dos cuerpos que hay debajo.

Matthew Roddick tiene antecedentes por agresión, posesión de drogas y robo a mano armada. En los últimos diez años, ha entrado y salido de la cárcel cuatro veces, para un total de siete años de condenas. Nadie construirá una estatua para recordarlo.

—Hemos conseguido los registros telefónicos de Peter Crowley. La llamada a Matthew Roddick se hizo desde su teléfono. No sabemos quién la hizo ni con cuántas personas estamos tratando.

—¿Cuál es el vínculo entre Matthew Roddick y Peter Crowley? —pregunta otro detective desde algún lugar detrás de mí.

—Esa es la cuestión. No parece que lo haya.

—Entonces, ¿por qué tendría como objetivo a Roddick? —pregunta la misma persona—. ¿Por qué llamarlo?

—Eso es lo que vas a averiguar hoy —dice Hutton. Entonces hace una pausa, mueve un poco la cabeza de lado a lado y tensa el rostro, como lo haría cualquiera que tuviera en mente algo de lo que no quiere hablar, pero tiene que hacerlo—. Antes de seguir adelante, debo abordar un tema que no tendría por qué abordar, pero, al parecer, es necesario. Sé lo que muchos de vosotros estáis pensando. Tenemos un violador muerto ya confirmado y probablemente otros dos, si los cuerpos que están bajo el coche son los hermanos Collard.

»Tres violadores muertos. Y Roddick es un mal tipo, y es probable que esté en ese edificio, en alguna parte, y todos estáis pensando que el mundo no los llorará; Quizá tengáis razón, pero también podríais estar equivocados. Quizá haya hermanos y hermanas y padres e hijos que querían a esos hombres. No importa. Como sea, nuestro trabajo es encontrar a quien los mató, y si alguien aquí no está dispuesto a encontrarlo, que entregue su placa ahora mismo.

Una parte de mí espera que se produzca un éxodo masivo, que la gente dimita en el acto y entregue su placa y su identificación. Otra parte de mí espera un ruido de cuerpos mientras la gente se retuerce en sus asientos, se mira las manos o los pies o desvía la vista hacia la ventana, y esa es la parte que está en lo cierto. Hay una sala llena de gente que no ha perdido su empleo, todos inseguros de a dónde mirar.

Hutton prosigue:

—Nos hemos unido al cuerpo por causas nobles y, al unirnos, hemos jurado hacer lo correcto de acuerdo con la ley. Sé que algunos de vosotros estáis pensando que tres violadores muertos es lo correcto, que alguien ahí fuera nos está haciendo un favor, y tenéis derecho a pensar así, pero no tenéis derecho a actuar a favor de eso. Estamos tratando con un justiciero. El público no puede tomarse la justicia por su mano.

»Encontraremos a esa persona y entonces los tribunales decidirán su destino. Y lo haremos antes de que otros Peter Crowley se vean arrastrados. ¿Que eran malos? Sí, lo eran. ¿Estamos contentos de que estén muertos? Estoy seguro de que algunos de vosotros lo estáis. ¿Arrastraremos los pies y nos negaremos a revolver cada piedra hasta averiguar quién los mató? No, no lo haremos. ¿Hay alguien en esta sala poco convencido de lo que estoy diciendo?

No lo parece. Deja que cinco segundos se conviertan en diez y diez, en quince. Hace un año habría estado sentado con el resto de nosotros, mirándose las manos, pero ahora tiene el control, y de nuevo pienso en lo bien que le sienta. Me recuerda un poco al Schroder de antes, al que se ponía al frente, de pie y tomando el mando, sin coger ningún atajo y siempre obedeciendo las reglas.

Hutton continúa:

—Vale. Ahora sabemos que Dwight Smith ya estaba muerto antes de acabar en las vías del tren, pero la forense dice que no puede

determinar la causa de la muerte. Así que la pregunta es —dice, y mira a una pizarra y luego a la otra, y entre ambas hay un metro de separación—: ¿estos dos casos están relacionados?

Nadie lo sabe con certeza, pero pienso en la ventana forzada en casa de Kelly Summers, en la cortina de ducha desaparecida y, sobre todo, en Schroder. Si levantara la mano y compartiera esto con la clase, se añadiría una tercera pizarra al frente de la sala. Esta quedaría intercalada entre las otras, sin espacio de sobra. En ella habría una foto de Schroder, tomada la última vez que actualizó su identificación policial.

—Los dos chicos del callejón no nos ayudaron nada con sus declaraciones —dice Hutton, que sigue hablando—, pero esta mañana ha venido otro testigo que ha visto a un hombre calvo en…

—Tuvo que ser este de aquí, Simón —dice otro policía, y luego le da una palmada en el hombro a su compañero, que tiene un drástico retroceso de cabello. La frase provoca más risas de las que merece.

Hutton no le hace caso.

—Ayer, un calvo recogió a Peter Crowley. Por ahora, no sabemos si es algo más que un amigo que ha pasado a saludarlo. El caso es que Monica Crowley no lo ha reconocido. Ella trabajará esta mañana con un dibujante. Podremos usar dibujos para hacer sondeos por el barrio. Esperemos que alguien más lo haya visto.

Nos cuenta que los bomberos utilizarán un robot teledirigido equipado con una cámara. Con él explorarán el interior de Grover Hills. El coche, una vez sacados los cuerpos de debajo, será puesto en un camión de plataforma que lo llevará al laboratorio forense, donde lo examinarán. Nos dice que uno de los cuerpos tenía una pistola en la mano, o, más exactamente, que la mano del tipo se había derretido alrededor de una pistola. Luego nos reparte algunas tareas. A Kent y a mí nos pide que volvamos a hablar con Kelly

Summers. Entonces la reunión termina y todos nos levantamos de nuestras sillas y escritorios.

—He estado pensando algo —dice Kent—. Si ese calvo estaba siguiendo a Dwight Smith, es posible que la cámara de la gasolinera lo haya captado. Deberíamos comprobarlo.

Lo pienso durante un par de segundos.

—Es una buena idea.

Hemos grabado en un DVD las imágenes de la gasolinera. Desde ayer, otros las han cargado en el ordenador para analizarlas, de manera que ahora resulta tan sencillo como unos pocos clics del ratón. Vemos a Kelly Summers entrar en la gasolinera. Vemos a Dwight Smith yendo paso a paso a colgar un surtidor. Vemos a Kelly marcharse y a Smith seguirla, pero eso es todo, y es así porque las imágenes que hemos grabado son tan solo de esos ángulos y de ese momento.

—Tenemos que ampliar el alcance —sugiere Kent.

—Estoy de acuerdo. Necesitamos todos los ángulos, tenemos que retroceder más; quizá, también avanzar. Deberíamos comprobar las matrículas de todos los coches y cotejarlas con los registros criminales y los archivos de los casos. Si tenemos suerte, encontraremos a un calvo apoyado en su coche a la misma hora que apareció Kelly Summers.

—Volvamos a la gasolinera —dice Kent, y se pone de pie.

Yo también me pongo de pie.

—¿Puedes ocuparte de esto tú sola? Quiero ver a Bridget. Solo una hora, más o menos. ¿Qué tal si nos vemos en casa de Kelly Summers en una hora y media?

—Claro, Theo. Te entiendo. Avísame si el plan cambia, para conseguir a alguien que te cubra.

—Allí estaré.

Me siento dentro uno de los coches encubiertos, saco un mapa y miro el lugar donde encontraron a Dwight Smith. Busco la dirección donde vive Kelly Summers y paso el dedo lentamente de un punto al otro, transportándome a esas calles, intentando recordar qué hay allí. En el radio de la ruta hay tres centros comerciales que incluyen supermercados, además de, al menos, media docena de supermercados aislados; pero, por lo que sé, solo dos funcionan las veinticuatro horas.

Señalo con el dedo la ubicación del supermercado número uno y pienso que, para empezar, es un lugar tan bueno como cualquier otro.

Capítulo treinta y seis

Schroder no ha dormido bien. Para un tipo al que una bala le apagado las emociones, se siente…

«¿Siento algo?».

Siente que debería haber dormido mejor; solo que apenas ha dormido. Cada vez que cerraba los ojos, veía el cráneo roto de Peter Crowley, sentía en su brazo la mano del moribundo, oía «helado de chocolate», sus últimas palabras. Así que siente culpa, y también dolor, porque el brazo le palpita sin parar. Ese maldito perro podría haber sido portador de la rabia o de la peste, o tal vez fuera seropositivo o estuviera infectado de gripe porcina. Una vez que se limpió la sangre y la suciedad, los agujeros no eran tan profundos ni estaban tan desgarrados como temía, pero, aun así, van a necesitar tratamiento.

Cuatro muertos. No, cinco muertos. Tres más de los que se suponía que iban a morir. La policía visitará a la familia de Peter Crowley. La hija recordará haberlo visto y les dará una descripción, pero no será buena. Ella solo miró a través de él, como si no estuviera allí. No cree que haya habido testigos en lo del callejón, y, si los hubo, ¿qué pudieron ver? Dos hombres en la oscuridad y un coche con una matrícula ilegible.

El plan era arrojar a los hermanos donde alguien pudiera encontrarlos —él pensaba en la playa— y entonces la policía asumiría que un asesino justiciero estaba trabajando por su cuenta. No iban a pensar que Kelly Summers y Peter Crowley podían estar implicados. Estarían pensando que alguien trabajaba a partir de una lista, alguien cuya vida había sido alterada por hombres como

Dwight Smith y los hermanos Collard. Nunca sabrían dónde habían sido asesinados.

Pensarán lo mismo: que un asesino justiciero concede a las víctimas sus cinco minutos. Se pregunta si Tate pensará algo más que eso. Sospecha que sí.

—¿Qué te parece? —pregunta a Warren.

«Lo que sé —dice Warren, o lo diría si pudiera— es que las moscas saben muy mal. No me extraña que no te las comas».

—¿Y Tate? ¿Qué pasa con Tate?

«Tate siempre atrapa a todos. Vas a ir a la cárcel».

—Ojalá no te hubiera preguntado nada —dice Schroder.

Warren se queda callado. Por supuesto que no dice nada.

Schroder conduce hasta el centro comercial más cercano y entra en una de las dos farmacias que hay allí. Compra yodo, gasas, vendas y un móvil nuevo para sustituir el que se le ha roto. Vuelve a casa. Limpia la herida, la cubre con yodo, le pone una gasa y envuelve todo con vendas. Deberían ponerle puntos. Debería vacunarse contra la rabia. Pero ¿quién demonios contrae la rabia hoy en día? Nunca ha oído hablar de algo así. Vigilará la herida por si llegara a infectarse. Se toma unas pastillas de codeína y, al cabo de diez minutos, el dolor empieza a desaparecer. Instala su tarjeta SIM original en el nuevo teléfono, lo pone a cargar y copia en él su lista de contactos.

Está otra vez fuera de casa, en una tienda de neumáticos, cuando suena su nuevo teléfono móvil. Ha venido a que le cambien las dos ruedas, un asunto que ya ha consumido quince minutos y al que aún le quedan otros cinco; es un trabajo que le va a costar trescientos dólares. Saca el teléfono, mira la pantalla y ve que es Tate. Se aleja

del otro cliente de la tienda, el único que está ahí, además de él. Es un chico que no deja de insistirle al empleado que lo más importante de los neumáticos que está buscando es que luzcan guais.

¿Es el fin? ¿Lo estará llamando Tate para decirle que lo ha descubierto? ¿Habrán llevado a Kelly Summers a la comisaría y habrá confesado? Es posible. Él le dijo que, si la llevaban a la comisaría, no dijera nada, que tan solo pidiera un abogado. Le dijo que la policía tiene formas para tratar de engatusarla. Entonces se da cuenta de que es probable que ella ya le haya contado todo a la policía. Y, visto lo visto, ¿no es eso lo que se merece por haber dejado morir a un inocente anoche?

—Theo —dice.

—Carl, soy Bridget.

Durante un momento, se siente confundido. ¿Bridget? ¿Qué Bridget? ¿La Bridget de Theo? ¿Por qué iba a llamarlo la mujer de Theo?

—Hola, ¿cómo estás? —pregunta, porque sabe que eso es lo que debe preguntar. Espera que ella esté bien y, gracias a ese pensamiento, se da cuenta de que no se ha convertido en un sociópata. Claro que no. Espera que ella esté bien y espera que Theo también lo esté. Además, un sociópata no se sentiría mal por la muerte de Peter Crowley. Con estas cavilaciones, se da cuenta de algo más, algo de lo que cree que su mente ha estado intentando protegerlo durante el último día y medio: todo esto lo ha hecho sentirse vivo. Todo este asesinato le ha hecho sentir.

—Algo va mal —dice—. Con Teddy.

«Teddy». Había olvidado que ella siempre llama Teddy a Theo. Le parece estúpido.

—Dime —dice.

—He despertado y me ha dejado una nota. Dice que se ha ido a trabajar y que hay una mujer aquí para cuidarme, pero… pero… No hay ninguna mujer, y no hay ninguna razón por la que yo necesite que me cuiden. Y, cuando intento llamar a su número, no funciona. Dicen que está desconectado. Iba a llamar a la comisaría, pero…, bueno, tú eres su amigo, ¿verdad?

—Sí.

—No puedo llamarlo al trabajo —dice.

—¿Por qué no? —Bridget no le contesta, aunque la línea permanece abierta. ¿Seguirá ahí? ¿Se habrá quedado dormida? ¿Habrá vuelto a caer en un estado vegetativo?— ¿Bridget?

—Sigo aquí —dice.

—¿Qué quieres que haga?

—Estoy… ¿Cómo lo digo? —pregunta, y pasa unos segundos más sin decirlo de ninguna manera, hasta que, por fin, se le ocurre algo—. ¿Estoy al teléfono con Carl Schroder, el policía, o con Carl Schroder, nuestro amigo?

«No estás al teléfono con ninguno de los dos».

—¿De qué se trata?

—Por favor, Carl, solo responde la pregunta.

La pregunta sugiere que algo va mal. Sugiere que Bridget tiene problemas, el tipo de problemas de los que la policía no debe enterarse. O Theo, para el caso. ¿Por eso lo estará llamando?

—El amigo —dice él, y es la única respuesta que puede dar, ya que hace tiempo que no es policía. «Ella lo sabe, ¿verdad?».

—¿Estás seguro? —pregunta, dubitativa.

—Sí.

—¿Puedes ayudarlo?

—¿Ayudarlo a qué?

—No ayudarlo a hacer algo, sino a evitar que lo haga. Creo que planea… lastimar a alguien.

—¿A quién?

—Te lo contaré todo cuando llegues, pero, por favor, tienes que darte prisa.

—Porque tenemos que evitar que le haga daño a alguien.

—Sí.

No tiene tiempo para esto. Pero conoce a Bridget y sabe que ella no lo llamaría a menos que de verdad necesitara su ayuda. No la ha visto desde que salió de la residencia de recuperación. La última vez que habló con ella, Emily todavía estaba viva.

Han pasado muchas cosas en este tiempo.

—Por favor —dice ella—. Eres el único que puede ayudar.

—Estoy de camino.

Capítulo treinta y siete

Conduzco hasta el supermercado, que es uno de los más grandes de la ciudad. Está lleno durante el día; en fin de semana, aún más. Aparco en los límites del aparcamiento, a cientos de coches de la puerta principal. Me abro paso entre carritos llenos de comida. Algunos llevan niños que gritan; otros son empujados por padres que hacen callar a sus niños con súplicas, amenazas o regateos; otros más son empujados por padres que hacen todo lo posible por fingir que, en realidad, nada de esto está ocurriendo. Recuerdo a Emily suplicando de la misma manera. Yo detestaba ir de compras con ella. Emily pensaba que todo lo que estaba a su alcance le pertenecía, y, cuanto más colorido era, más lo necesitaba.

Para orientarme en el supermercado, me guío por los carteles que cuelgan sobre los pasillos. Busco los artículos de baño. No tienen muchas cortinas de ducha, solo tres estilos, y, dentro de esos estilos, un par de colores para elegir. Ninguno coincide con la cortina que he visto en casa de Kelly Summers.

Cuando un empleado pasa por ahí, le pregunto si tienen cortinas de ducha de color verde brillante. Él mira hacia donde yo he estado mirando y me dice que no, así que entonces soy un poco más específico y le pregunto si suelen tenerlas; o si las han tenido alguna vez. Me dice que no lo sabe y que pregunte en el mostrador de atención al cliente.

Me dirijo hacia atención al cliente, donde me atiende una mujer con unas gafas enormes. Sus ojos aumentados parecen pelotas de golf, una de las cuales sale disparada hacia la derecha. Me dice que las cortinas de ducha que yo he visto son las únicas que tienen.

—¿No hay verdes brillantes? —pregunto.

—¿Ha visto alguna allí?

—No, pero tal vez alguien acaba de comprar las últimas.

—Usted no ha tenido suerte, entonces —me dice.

Le enseño mi placa. La mira durante unos segundos y luego me devuelve la mirada con sus ojos de pelota de golf.

—Es importante —le digo.

—De acuerdo, detective —dice. Me da la espalda y coge el teléfono. Sesenta segundos más tarde, ya tiene una respuesta—. No vendemos cortinas verdes —dice—. Puede que lo hiciéramos hace años, pero, ahora, nada.

Le doy las gracias. Salgo y encuentro media docena de plazas de aparcamiento libres a menos de veinte metros de la entrada. Atravieso la explanada hasta mi coche.

En el siguiente supermercado me toca vivir la misma experiencia: mucho tráfico y pocas plazas. Acabo aparcando en el extremo más alejado. Dentro hay más niños gritando, adolescentes que ríen a carcajadas, personas mayores que, de repente, dejan de caminar delante de mí o cambian de dirección. Casi atropello a un par de ellas. La distribución del supermercado es similar y pronto encuentro la sección de baños. Aquí es donde cambian las cosas entre el establecimiento anterior y este. Solo hay dos cortinas de ducha para elegir: una verde brillante y otra naranja brillante. Cojo la verde. Es igual a la que vi ayer por la mañana.

La llevo al mostrador de atención al cliente. Tengo que esperar detrás de una mujer que intenta devolver una botella de vino porque no le ha gustado su sabor. La botella está vacía. La mujer que está detrás del mostrador alega que le habrá gustado lo suficiente como para habérsela bebido. El debate continúa. No ha parado cuando otra mujer se acerca para preguntarme si necesito ayuda. Le enseño

mi placa, le muestro la cortina y le pregunto si puede acceder a su ordenador y decirme cuándo se vendieron las últimas.

—No puedo —dice—, no desde aquí abajo. Déjeme llamar al encargado. Seguro que él podrá ayudarlo.

El encargado es un tipo servicial. Tiene unos cuarenta años, pero, cuando habla, parece un adolescente. Hace una inflexión al final de cada frase. Me estrecha la mano y me lleva a su despacho. Una de las paredes está llena de horarios y fotos del personal, y las otras, de premios al mejor supermercado y a la seguridad e higiene, así como de certificados y licencias de alcohol. Marca en su ordenador el código de barras de la cortina de ducha que le he llevado.

—No es lo que yo llamaría un artículo popular —dice—. Hemos vendido dos en el último mes.

Siento que el corazón me da un vuelco. Respiro hondo y exhalo con calma. No quiero que se me quiebre la voz. «Por favor, que una de esas ventas haya sido el viernes por la noche. Pero ¿eso es lo que quiero de verdad? ¿Ver a Kelly Summers comprándola? ¿O al hombre que la ayudó? No, lo que quiero es que Dwight Smith se haya tirado delante de un tren».

—Veamos —dice, y, un momento después, tiene la respuesta—. El viernes por la noche. O, mejor dicho, la madrugada del sábado —corrige. Y bingo. Empieza la función—. Aquí —continúa, y da un golpecito en el monitor—. Se vendieron justo después de las cuatro de la madrugada. Ambas en la misma compra.

Ahora mi corazón está compensando el latido que se había saltado. Ahora va a toda velocidad. Así que Dwight Smith no solo abrió la ventana de Kelly, sino que entró. ¿Qué pasó, entonces? ¿Ella lo estaba esperando? ¿O el calvo lo siguió hasta allí? ¿Por qué dos cortinas de ducha y no una?

—¿Puede ver el ticket? ¿Qué más se compró junto con las cortinas?

—Espere —dice. Esto requiere unos minutos más de trabajo por su parte, pero luego aparece el ticket en el ordenador—. Ambientador, aceites y algunas velas perfumadas. Parece que alguien estuvo refrescando un par de baños —dice, y recuerdo el fuerte olor a lavanda—. ¿Se lo imprimo?

—Sí, gracias. ¿Pagó en efectivo o con tarjeta de crédito?

—Espere un segundo… Efectivo —dice.

—Vale, vale. Vigilancia. Tienen cámaras por todas partes, ¿verdad?

—No en todas partes —dice con una sonrisa—, pero sí, debemos tener grabada a la persona que compró las cortinas. ¿Quiere decirme qué ha hecho?

—No puedo —le digo—. ¿Puede conseguirme el material?

—Sígame —dice.

Salimos de su despacho y entramos en otra habitación. Un guardia de seguridad está sentado frente a una pared llena de monitores, los cuales mira fijamente. Se presenta como Tony Langly y me estrecha la mano. Me la aprieta demasiado fuerte, como intentando compensar el hecho de que es un guardia de seguridad y no un policía. El encargado le cuenta lo que buscamos y Tony responde que no hay problema. Carga los vídeos del viernes por la noche y nos lleva a menos de cinco minutos de la compra de la cortina de ducha. A esa hora de la noche, solo hay dos personas en las cajas, una más detrás del mostrador de atención al cliente y media docena de clientes, como mucho, todos moviéndose despacio. La hora coincide con la del ticket. Solo hay un cliente en la caja.

—¿Es su hombre? —pregunta el gerente.

Niego con la cabeza.

—No. Esperaba que este fuera el tipo, pero no es nadie. Siento haberlos hecho perder el tiempo —les digo—. A veces, las cosas no salen como uno quisiera.

—Es verdad —dice Tony, y tanto él como el director parecen desanimados.

Cuando vuelvo al coche, me tiemblan las manos.

No fue Kelly Summers quien compró las cortinas de ducha.

Fue el calvo.

Fue Carl Schroder.

Capítulo treinta y ocho

Schroder no había estado en casa de Tate desde aquello de los Policías del Coma. Se imagina que Viejo Yo habría abominado el asunto de los Policías del Coma. Se habría quejado de ello a su mujer y, quizá, a algunos de los chicos de la comisaría, pero, por supuesto, los chicos de la comisaría se habrían mofado. Le habrían inventado un apodo y habrían pegado artículos con su historia en todas las paredes del edificio.

Cuando salió del coma, supo lo que la gente había estado diciendo de él: que estaba tan metido en el caso del Tallador de Christchurch que se había convertido en algo personal, que no podía dejarlo pasar y que, al final, le estaba costando la vida. Por supuesto, también fue él quien abatió a Melissa X. Lo advirtieron de que olvidaría fragmentos de aquella jornada, y al principio fue cierto, pero, a las pocas semanas de haber salido del coma, dejó de serlo. Puede recordar hasta el más mínimo detalle. De hecho, si lo piensa detenidamente, puede recordar la sensación de la bala entrando en su cerebro, el ruido sordo y el calor abrasador; puede recordar el ruido cuando el agujero se abrió en su cráneo, las fracturas irradiando desde el impacto hacia fuera, su cabeza doblándose violentamente hacia atrás.

Si cierra los ojos y se sienta en la tranquilidad de su casa, puede sentir la bala ahí dentro. Puede sentirla tirando de su cerebro. Es un picor que no se puede rascar, un zumbido que no puede apagar, una mirada que no puede apartar. Está ahí dentro, esperando su momento. Es una astilla que no puede ser arrancada.

Sube por el camino de entrada a la casa de Tate, ansioso por lo que encontrará dentro. «¿Ansioso?». Sí. Anota mentalmente que ha

vuelto esa otra sensación. No llega a la puerta antes de que Bridget la abra. Esta es la mujer que todos creían perdida. Y ha perdido algo, ¿verdad? ¿Un poco de la chispa que solía tener? Puede advertirlo enseguida. Y también algo de peso: está más delgada de lo que recordaba, su piel es más pálida. Ella lo abraza y él le devuelve el abrazo, pues sabe que eso es lo que habría hecho Viejo Yo.

Cuando ella se aparta, él nota que tiene los ojos húmedos, pero no parece que haya llorado.

—He despertado y… —empieza a hablar, y luego no dice nada más. Pasan unos instantes, y él los deja ir, sabiendo que Bridget seguirá adelante cuando esté preparada—. Pareces diferente —le dice.

—Es la apariencia de moda —dice, y se pasa la mano por la cabeza —. Todo el mundo la lleva.

—No estoy segura de que te quede bien —dice ella—, pero no es solo eso. Pareces…. Bueno, iba a decir mayor, pero tampoco es eso. ¿Qué te ha pasado en la cabeza? —pregunta, y se da golpecitos en la suya, en el mismo sitio donde Schroder tiene la cicatriz.

—Herida de guerra —le dice. Se siente confundido, porque ella debería saberlo.

La respuesta parece satisfacerla.

—¿En el trabajo le dijiste a alguien que ibas a venir aquí?

—No —le dice, porque no hay trabajo. Solo está sentado en casa con Warren. Y luego, por supuesto, se pone a seguir personas para acabar con su vida. Y aunque ese es su trabajo, él sabe que no es lo que ella entiende por trabajo.

—¿Dónde está tu coche? —pregunta.

Se vuelve hacia la carretera y mira el coche aparcado.

—Ahí —dice.

—¿Ese es tu coche?

—Es todo lo que puedo permitirme.

—¿No conduces un coche de la policía encubierto?

—¿Perdona?

—¿No conduces un coche de policía sin marcas?

Él sacude la cabeza.

—Hace tiempo que no.

—Ah —dice ella, y se siente confundida.

Él también.

—¿De qué va esto? —pregunta él.

Ella le entrega un trozo de papel. Es un mensaje de Tate.

Hola, cariño: Kent viene de camino para recogerme. Algo ha pasado en la ciudad, probablemente la mierda de siempre. Espero estar de vuelta antes de que leas esto. En ese caso, te lo leeré durante el desayuno. Miraré por encima de tu hombro y lo leeré en voz alta mientras tú repasas las palabras; será como estar en una película. Pero, si no vuelvo antes, la hermana de Kent está aquí para cuidarte. Te quiero.

Él vuelve a leer la nota. Algo ha ocurrido en la ciudad. ¿Algo relacionado con él? ¿Con el callejón?

—Yo no…

—¿Quién es Kent? —pregunta ella.

—Kent es su nueva compañera.

—¿Qué? —Bridget niega con la cabeza—. Pero tú eres su compañero.

—Ya no —dice.

Ella sigue negando con la cabeza.

—No lo entiendo. ¿Qué ha pasado? ¿Os habéis peleado? ¿Por qué no me lo ha dicho?

—No nos peleamos, no. No sé por qué no te lo ha contado —dice, aunque lo que en realidad quiere decir es «No sé qué está pasando aquí».

—No me ha contado muchas cosas desde… Bueno, desde el accidente —dice ella.

—Han sido tiempos difíciles —afirma Schroder.

—¿Y por qué ya no sois compañeros? ¿Esto tiene que ver con tu herida de guerra?

—Nos hemos movido en direcciones diferentes, eso es todo.

—¿Te han ascendido?

—Algo así —dice.

Y, de repente, recuerda la última vez que la vio, en sus antiguas vidas: el día del cumpleaños de su hija. Tate, Bridget y Emily habían venido a la fiesta. Fue un día pletórico de sonrisas, y, cómo no, Emily estaba viva. Su muerte y el accidente estaban en el futuro, como lo estaba también la bala que apartaría a Viejo Yo de Nuevo Yo. Recuerda cuando vio a esta mujer por primera vez, en la ciudad, aquel día en el que ella le dio a Tate su número de teléfono. Recuerda que pensó que Tate era un hombre afortunado. Piensa después en la boda, en su sonrisa radiante, y, luego, en su aspecto en el hospital, un día después de la operación, con vendas, puntos y moratones por todas partes, dislocaciones, desgarros y, bajo la superficie, huesos rotos. Tate sosteniéndole la mano. Y el propio Schroder, con el corazón roto por la pérdida de Tate; y roto también por Bridget, por esta mujer que, al intentar salvar a su hija, había fracasado. Recuerda haber deseado que Bridget despertara por el bien de Tate, pero no por el de ella misma.

—¿Me has dicho por teléfono que Theo piensa hacerle daño a alguien?

—¿Estás seguro de que no estás aquí como policía?

—Te lo prometo.

—Entonces, sí. Creo que Teddy va a hacer algo estúpido. No puedo perderlo, Carl. No puedo dejar que Teddy vaya a la cárcel.

—Al menos, está habituado —dice.

—¿Qué dices? —pregunta.

Definitivamente, algo no está bien aquí.

—Nada. ¿A quién va a herir Theo?

—Al hombre que mató a Emily —dice—. Creo que está planeando… No puedo decirlo —dice.

—Si quieres que te ayude, Bridget, tienes que decirme qué está pasando.

—Va a matarlo —dice ella—. Estoy segura. Se llevará a Quentin James al bosque y lo hará cavar su propia tumba. Puede que solo quiera asustarlo, no lo sé, pero puede que sea algo más que eso. He intentado llamarlo, solo que su número está desconectado.

—¿Cómo lo encontró Theo después de tanto tiempo? —pregunta. Schroder, al igual que muchos otros, sospecha que Tate lo mató hace tres años. Entonces, ¿dónde se ha estado escondiendo?

—¿Todo este tiempo? Solo han pasado diez días —dice ella.

Ahora, él está aún más confundido. A menos que…

—Bridget, ¿cuánto hace del funeral de Emily?

—¿Qué? ¿Por qué lo preguntas?

—Por favor, es importante.

—Ya han pasado siete días —dice—. Y tuve que perdérmelo, porque estaba en el hospital.

«Siete días». De repente, todo tiene sentido. Bridget ha retrocedido en el tiempo. Esto debe tener algo que ver con la lesión en la cabeza. Ha estado intentando llamar al antiguo número de Tate. Y cree que Schroder siegue siendo policía. Por eso parece tan diferente. Necesita llevarla adentro.

Pero es curioso. Demasiado curioso para dejar esto pasar. Y, realmente, como Warren le diría, aquí hay una oportunidad.

—¿Sabes a dónde piensa llevarlo Theo?

—No. Quiero decir…, sí. Más o menos —dice.

—¿Más o menos?

—Es… Es difícil de explicar. Es en el bosque. Piensa llevarlo al bosque.

—¿Cómo lo sabes?

—Ah… Tan solo lo sé.

—¿Y sabes en qué bosque?

—No —contesta ella—. Quiero decir… Quizá. Creo que sí. Creo que podría conducir hasta allí. No sé cómo. No entiendo por qué no funciona su teléfono. ¿Puedes probar a llamarlo?

—Claro —dice. Saca el teléfono y pulsa los botones, pero no pulsa «Llamar». No quiere que la llamada se conecte. Se acerca el móvil a la oreja. Espera diez segundos y sacude la cabeza.

—Nada. ¿Crees que podrías conducir hasta allí ahora?

Ella asiente.

—Creo que sí.

—Cojamos mi coche —le dice—. Yo conduzco, tú solo dime el camino.

Capítulo treinta y nueve

Me siento en el coche, con la cabeza dándome vueltas. Ante mí se despliegan montones de caminos diferentes, montones de futuros posibles para Schroder. Esto no tiene sentido. De toda la gente… Quiero decir… ¿Qué diablos?

Intento pensar que todo ha sido una coincidencia. Schroder fue de madrugada a comprar una cortina de ducha, porque necesitaba una, y compró una segunda de repuesto. Debo suponer que la suya se rompió de las anillas y él tenía muchas ganas de ducharse a las cuatro de la madrugada, así que fue al supermercado a comprar una cortina nueva. ¿Qué le quedaba? ¿Derramar agua por todo el suelo del baño? Sería una estupidez. Y, si has roto una, lo lógico es asegurarte de tener una de repuesto para la próxima vez que algo así ocurra. Los otros suministros no eran para ocultar el olor a lejía, sino para ocultar los olores normales del hogar. Quizá se había estropeado algo de carne y la había tirado a la basura. Tiene sentido. Es muy lógico. Después de todo, si vas a comprar una cortina de ducha, tiene que ser en algún momento, ¿no? ¿Y no es tan buena la mitad de la noche como la mitad del día? No me imagino a Schroder cómodo entre grandes multitudes; no desde el tiroteo. Probablemente le gustan los lugares tranquilos y silenciosos. Probablemente le gusta…

—Maldita sea. —Golpeo el volante—. Maldita sea.

Suena mi móvil. Es Hutton. De repente, siento que me ha pillado, que sabe dónde acabo de estar y que esto será una prueba. Si entrego a Schroder, entonces, ¿qué? Se convierte en una simple cadena de sucesos: lo arrestarían. Si negara los cargos, habría un juicio. Si se declarara culpable o lo encontraran culpable, iría a la

cárcel. ¿Y después? Con la entrada en vigor de la nueva ley, ¿sería posible que el primero en ser juzgado por la pena de muerte sea Schroder?

Sí. De hecho, es más que posible, creo que es probable. Creo que la fiscalía pedirá la pena de muerte para demostrar que nadie está por encima de la ley; que, si cometes un delito, tendrás que cumplir la condena, y quizá te cuelguen. Demostrarán que, si están dispuestos a colgar a un policía, entonces estarán dispuestos a colgar a cualquiera. Esto hará que en el futuro sea más fácil declararse culpable. Los criminales se declararán culpables y aceptarán veinte años antes que arriesgarse a la soga. ¿Y será una soga? Eso es lo que solía ser, antes de que se aboliera la pena de muerte, a mediados del siglo pasado. ¿Y ahora? Puede que la tecnología haya avanzado en la fabricación de las cuerdas, pero el efecto seguirá siendo el mismo. ¿Se les ocurrirá algo mejor?

Contesto al teléfono.

—¿Dónde estás? —pregunta Hutton.

—Voy de camino a hablar con Kelly Summers.

—¿Ahora? ¿Por qué has tardado tanto tiempo?

—Pensamos que sería buena idea comprobar las grabaciones de vigilancia de la gasolinera en busca del calvo. Quizá estaba siguiendo a Summers, o siguiendo a Smith.

—¿Y ha salido bien?

—Aún no estoy seguro.

—¿Me estoy perdiendo algo? —pregunta.

—Estoy cansado, eso es todo.

—Tienes que dar lo mejor de ti, Tate. No quiero que esto se desmorone en el juicio.

Me froto los ojos.

—Lo sé.

—Ha habido algunos avances —me explica—. Esta mañana enviamos a un par de tipos a la cárcel para obtener información sobre Smith y los Collard. Resulta que Dwight Smith y Bevin Collard fueron compañeros de celda durante cuatro años.

—¿Así que esa es la conexión?

—Parece que sí. Y hay algo más: me han dicho que los llamaste ayer.

Intento que sus palabras tengan sentido.

—¿Tate?

—Sí, aquí estoy. ¿Quién ha dicho que yo he llamado a quién?

—A primera hora de la tarde, en la prisión recibieron una llamada de un hombre que se identificó como el detective Theodore Tate.

—¿Qué?

—Eso es lo que te estoy diciendo.

—Nunca los he llamado.

—Lo sabemos. La llamada quedó registrada junto con el número del móvil donde se originó. Es un teléfono desechable, imposible de rastrear. La mujer ha dicho que Theodore Tate preguntó primero por Dwight Smith. Luego preguntó quiénes habían sido sus compañeros de celda. Ella le dio algunas opciones y él le dio las gracias. Me ha dicho que ya ha tratado con muchos policías y que estaba segura de

que ese tipo lo era. Ni siquiera se lo pensó dos veces; de lo contrario, nunca le habría dado la información. Entonces llamé al agente de la condicional de los hermanos Collard. Él también había recibido una llamada de Theodore Tate y había pensado lo mismo, así que le dio la dirección de los Collard.

—Así que alguien se ha estado haciendo pasar por mí —digo, y aquí un lapsus sería problemático, porque estoy pensando que no es cualquiera quien se hace pasar por mí, sino Schroder. Me pregunto si esto lo divierte, si piensa que es una venganza por las veces que me hice pasar por él, cuando sabía que la gente estaría más dispuesta a dar información a un policía que a un investigador privado.

—Eso parece. Smith también tuvo otro par de compañeros de celda a lo largo de los años, así que ahora estamos en contacto con sus agentes de la condicional. También ellos podrían ser objetivos. Podría ser, incluso, que uno de ellos sea el otro cadáver que tenemos en Grover Hills.

—¿Otro cadáver?

—Los bomberos han encontrado dos cuerpos más. Todavía están dentro. Parece que estaban arriba, pero han quedado en la planta baja, en una sección que se derrumbó. Ambos estaban armados. Los bomberos han podido verlos, pero no llegar a ellos. Todavía no. La teoría es que, a los dos hermanos que ya teníamos, se han sumado Matthew Roddick y otro socio. Con suerte, podremos trabajar en las coincidencias dentales hoy mismo, más tarde. Ya han sacado el coche del edificio y lo tienen en el laboratorio. Nada que informar, excepto que falta la rueda de repuesto. Donde tenía que haber estado la rueda, han encontrado una bolsa de plástico con tres silenciadores. Si la desaparición de la rueda tiene algún significado, es un misterio. Para empezar, ni siquiera sabemos si estaba ahí.

—¿Ya ha llegado Monica Crowley?

—Hace unos veinte minutos. Enviaré un retrato robot cuando termine con el dibujante.

Cuelgo pensando en cómo va a quedar ese boceto y en lo que eso significa para Schroeder. Me dirijo a la casa de Summers y, mientras conduzco, voy imaginando a Schroder llamando a la cárcel y, luego, al agente de la condicional. Si llamó a la cárcel, fue para averiguar quién era el compañero de celda de Smith, y su siguiente llamada al agente de la condicional sugiere que así eligió a los Collard como objetivos.

No hay mucho tráfico los domingos. Ya lo habrá, pero no hasta que se aproxime la hora de almorzar, cuando algunos salgan a aprovechar las rebajas en los centros comerciales y otros intenten sacar partido de lo que será un día bastante caluroso. Pienso en la mejor manera de decirle a Kent quién es nuestro calvo. Me imagino esa conversación, me la imagino preguntándome «¿Estás seguro?» varias veces, y luego enfadándose porque no le había contado mi teoría sobre la cortina de la ducha o sobre el marco de la ventana. Me imagino la conversación con Hutton, en la comisaría, mientras le explico los hechos. Hutton moviendo la cabeza de un lado al otro y diciendo «¿Estás seguro, estás seguro? No me lo creo». Solo que sí se lo cree. Al final, todos se lo creen. La idea de arrestar a Schroder me llena de horror, me hace sentir traidor, como si arrestarlo me convirtiera en el malo de la película.

Llego a casa de Summers y Kent ya está aquí. Cuando me ve aparcar, se baja de su coche y se sube al mío.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Culpa. Traición. Schroder es un asesino. Pero también es mi amigo.

—Nada —le digo, y ese es el primer paso hacia la alienación. Siento que lo doy, trato de convencerme de no hacerlo. Todavía hay esperanza.

—Parece como si alguien hubiera pasado por encima de tu tumba —dice.

—No es nada —le digo, y doy un paso más—. Solo estoy nervioso por las pruebas de mañana. —He dado los pasos tres y cuatro, y entonces me doy cuenta de que lo mismo hice al teléfono con Hutton.

«¿Estamos en la misma sintonía?».

«No, señor, no lo estamos. De estarlo, le habría dicho todo lo que sé».

«Entonces, ¿en qué sintonía estás?».

—¿Encontraste algo en las cámaras de vigilancia? —le pregunto.

—Solo otras personas llenando sus depósitos de gasolina, y ninguno de ellos era calvo. Si a Smith lo siguieron desde la gasolinera, eso ocurrió fuera de cámara. Buscaré las matrículas que he visto y las comprobaré, pero no espero obtener nada. Entonces, ¿cómo quieres abordar esto?, ¿con Summers?

—Todavía no sabemos si está involucrada —digo, y ya no solo doy pasos, sino que voy a saltos. Es ahora, ahora mismo, cuando esto aún tiene arreglo. Todavía estoy a tiempo. ¿Y si no lo hago? ¿Y si quebráramos a Kelly Summers y nos dijera que fue el calvo quien compró la cortina de ducha? Recorrerán el mismo camino que tomé: irán al supermercado y se darán cuenta de que yo ya lo sabía. Y entonces, ¿qué?

Entonces, perderé mi trabajo. Entonces, habrá preguntas.

Pero es Schroder. Schroder, que estuvo conmigo el día que murió mi hija, que me llevó al hospital, que me dijo que todo iba a salir bien, aunque no fuera verdad. Schroder, que estuvo a mi lado mientras enterraban a mi hija. Schroder, que hace meses me dijo que sabía

que yo había matado a Quentin James, pero que siempre ha tenido miedo de que se lo confiese. Schroder, que ha arriesgado su vida por esta ciudad y que fue expulsado del cuerpo. Schroder, el de la bala en la cabeza. Schroder, que será ahorcado si llegaran a descubrirlo.

Schroder.

Desearía no haber ido nunca al supermercado. Desearía no haberme fijado nunca en los pliegues de la cortina de ducha de Kelly Summers ni en las huellas de la palanca en el marco de su ventana. Pero, en última instancia, lo que más quisiera es que Schroder hubiera ocultado mejor sus huellas.

Capítulo cuarenta

Bridget no dice mucho. Tiene una pierna levantada, los dedos entrelazados alrededor del tobillo y la barbilla apoyada en la rodilla. Solo habla para dar indicaciones. La ruta que siguen lo hace pensar que es una búsqueda inútil. Sea cual sea la parte de Bridget que esta mañana ha sufrido un cortocircuito, nunca cambia de dirección: es aquí a la izquierda o allí a la derecha, sin vacilar en ningún momento, sin un solo «Uy, creo que podría haber sido por ahí», sin vueltas sobre lo mismo.

Están al norte de la ciudad. Recorren carreteras largas y rectas durante la mayor parte del trayecto, con grandes prados, animales de granja, densos pastos, huertos y árboles. Luego hay un desvío y siguen carreteras similares, algo más estrechas, algo menos transitadas. Enseguida, ven casas y granjas más pequeñas. Vuelven a ver tramos de largos prados, aparentemente desiertos, a la izquierda y, a la derecha, un bosque.

—Estamos cerca —dice ella.

Está aislado aquí. No es el mejor sitio para dispararle a alguien y enterrarlo, pero tampoco el peor. Al cabo de otros quince minutos, ella le pide que reduzca la velocidad. Medio minuto después, se detienen en un lugar a veinte metros de la carretera.

—El coche de Tate no está aquí —dice él—. No hay nadie aquí.

—Lo ha escondido —dice ella, y se desabrocha el cinturón de seguridad—. O quizá aún no ha llegado.

—¿Hasta dónde hay que ir? —pregunta Schroder.

—Unos diez minutos —dice Bridget—, solo que… algo no va bien —añade. Tiene los ojos cerrados y las manos a los costados de la cabeza. Presiona, como si intentara reventarse el cráneo—. Estoy mareada.

—Respira hondo unas cuantas veces.

Ella respira hondo varias veces.

—No ayuda. Me siento mal.

—Hay que salir del coche.

—No es ese tipo de mareo. —Afloja la cabeza y se gira hacia él—. Lo último que recuerdo de ese día —dice—, cuando Emily murió, es que estábamos en el cine. No recuerdo haber cruzado el aparcamiento, pero sé que debimos hacerlo y, como no recuerdo nada, ni siquiera puedo decir qué podría haber hecho mejor. ¿Grité? ¿Intenté proteger a mi hija? ¿Fue culpa mía? ¿No miré antes de cruzar? No lo sé. Sé lo que me han dicho. Me han dicho que intenté apartar a Emily del camino, pero lo que nadie me ha dicho nunca es que debería haber hecho más. Mi trabajo era protegerla, y fracasé.

—Siento mucho lo que pasó —dice Schroder, y lo siente de verdad. Recuerda a Tate recibiendo la llamada. Y recuerda algo más, algo que nunca le dirá a nadie, que es lo primero que pensó al enterarse: «Gracias a Dios que no es mi familia».

—Deberíamos darnos prisa. No quiero que Teddy vaya a la cárcel. ¿Puedes ayudarlo, Carl?

Él asiente, y tiene una imagen de la bala en su cráneo subiendo y bajando dentro de él.

—Puedo ayudarlo.

—Está entre esos árboles —dice.

—¿Puedes enseñármelo?

Bridget abre la puerta a modo de respuesta.

Él la sigue hacia el bosque. El sol sigue ascendiendo y los árboles filtran la luz. A veces, durante algunos segundos, les regala un poco de calor, luego los pone tras las sombras. El suelo está algo húmedo. El musgo se pega a sus zapatos y él siente que sus pies se hunden ligeramente en la tierra. Todos los rumbos parecen iguales: árboles caídos, rocas, un grupo de peñascos aquí y otro allá y, en ocasiones, dos juegos de huellas, unas que van y otras que vienen. ¿Es posible que Tate y Quentin James ya hubieran estado aquí? Bridget también ve las huellas, pero no dice nada, y él se pregunta qué pensará ella de las huellas. Se imagina que estará deduciendo que ya es demasiado tarde.

—Espero que no se enfade —dice Bridget.

—¿Perdona?

—Teddy. Espero que no se enfade conmigo. Sé cuántas ganas tiene de lastimar al hombre que nos ha hecho esto, pero matar lo cambiará, ¿no crees? Aunque se saliera con la suya, terminaría destrozado, ¿no? Pero ¿me odiaría por detenerlo?

Schroder sacude la cabeza. Las huellas sugieren que ya es demasiado tarde.

—Conozco a Theo desde hace veinte años —dice—. Si algo sé de él, es que nunca podría odiarte. Eres su mundo.

Ella empieza a llorar. No lo mira.

—No quiero que mate a nadie por mí ni quiero perderlo, Carl.

—Entonces, asegurémonos de que no pase nada.

Ella asiente, se tapa los ojos con las palmas de las manos y sigue caminando. Él la deja marcar el paso. Las huellas le indican que van en la dirección correcta. Al cabo de diez minutos, el paso se ralentiza. Hay un tronco caído. Ve ramitas rotas. En el tronco se ha perdido algo de musgo. Pero no hay señales de tierra removida, nada que indique que Tate ha enterrado a alguien más temprano.

—Aquí es —dice Bridget.

Y tiene razón, es aquí. Las huellas no van más allá. Se cruzan unas con otras, forman patrones en la tierra, vuelven por donde vinieron. Pero no van más lejos.

Schroder no dice nada.

Ella mira el suelo. Empieza a girar lentamente en círculo y se detiene. Se acerca a uno de los árboles, un abeto de unos cuatro o cinco pisos de altura. Alcanza una de las ramas más bajas, de donde cuelga un cordel con una figurita de madera del tamaño de un dedo. La coge y tira hacia abajo. La rama se dobla hasta que la cuerda se rompe. Bridget mira la figura. La inclina hacia un lado y hacia otro para que Schroder también pueda verla. Es un oso de madera. Sonríe.

—Era de Emily —dice—. Mi padre lo talló hace un año. Le llevó un mes. Fue un regalo de cumpleaños. Emily le puso Henry. Papá va a tallar uno diferente para ella cada año. Ya va por la mitad de un… Ay —dice. Luego mira a Schroeder—. Ay.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que irnos.

—¿Bridget?

—No debería haberte traído aquí —dice, hablando rápido.

—¿Qué hay aquí? —pregunta él, pero ya lo sabe.

—Por favor, he metido la pata. Algo no anda bien —dice, y se da golpecitos en un lado de la cabeza—. Te he traído al medio de la nada sin ningún motivo. No sé por qué pensé que esto pertenecía a Emily.

—Pertenecía a Emily —dice él—, y me has traído porque aquí es donde está enterrado Quentin James. —Ella empieza a llorar—. Tu marido lo mató hace tres años y hace poco te trajo aquí —añade, porque uno de los juegos de huellas es más pequeño que el otro. Coincide con los pasos que Bridget ha ido dejando hoy por el camino.

—Carl, por favor, no puedes decírselo a nadie. No puedes. Se supone que nadie debe saberlo. —Ella empieza a darse golpecitos en un lado de la cabeza, primero suavemente, luego con toda la palma de la mano, cada vez más fuerte. Él se acerca un paso y le coge la mano—. ¿Y si hubiera sido tu hija?

—Te prometo que no se lo diré a nadie.

Ella asiente con lentitud y él le suelta la mano. Bridget se mete la figura de madera en el bolsillo, se queda pensativa unos segundos y después la cuelga donde la encontró. Ata la cuerda a la rama y se aleja para ver cómo el juguete se balancea lentamente de un lado a otro.

—Me siento estúpida —dice. Él no comenta nada—. Me pasa algo —le dice, sin dejar de mirar el juguete—. Hay algo muy dentro de mí. —Vuelve a darse golpecitos en la cabeza, pero esta vez con suavidad —. Está empeorando. No se lo he dicho a Teddy, pero puedo sentirlo.

—Ha sido el accidente. El cerebro es una cosa rara —dice Schroder, y ¿cuántas veces sus médicos le dijeron lo mismo?—. Dale tiempo.

—Sabes exactamente a qué me refiero, ¿verdad? —dice ella, y no es una pregunta, sino una afirmación—. A veces, me despierto y soy una extraña para mí misma. Un día me despierto pensando una cosa, pero es otra. El mundo se mueve en una dirección y yo, en otra. Creo que Emily sigue viva, y esos momentos son los mejores, porque en ellos no ha ocurrido nada; pero luego, cuando me acuerdo, se convierten en los peores. —Se vuelve hacia él—. Si me quitaras a Teddy, todo estaría perdido. No sobreviviría. Ni siquiera querría sobrevivir.

A él no le importa repetirse; no le gusta, no lo detesta.

—No se lo diré a nadie. Lo prometo.

—¿De verdad?

—Sí —dice ella.

—Estoy embarazada. Teddy no lo sabe. Ayer fui al centro comercial. Quería comprar una prueba de embarazo, solo que tuve un… No sé cómo llamarlo. Un ataque, tal vez. Mi mente se atacó a sí misma y volví al día en el que Emily desapareció. Pasé la tarde pensando que habían secuestrado a mi hija. Aún no he comprado la prueba, pero sé que estoy embarazada. Lo sé de alguna manera, igual que sé que mi cerebro está empeorando. Mi esperanza es que… que pueda seguir siendo yo misma durante el tiempo necesario hasta tener al bebé. Eso es por lo que rezo. ¿Sabes… —señala con la cabeza hacia el suelo donde, hace tres años, su marido dejó muerto a alguien— qué le hizo Teddy a ese hombre?

Él asiente con la cabeza.

—Sí, solo que no sabía dónde.

—¿Y?

Él se encoge de hombros.

—¿Y qué? Lo que hizo Tate —ahora vuelve a hablar de Tate, no de Theo— fue algo que la mayoría de nosotros habríamos querido hacer. Lo que hizo requirió mucha fuerza. Hizo falta mucho valor.

Ella le lanza una mirada que él no puede descifrar.

—¿Eso crees? ¿Que lo que Teddy hizo fue valiente?

—Lo fue —dice él—, ¿no es así?

—Pienso en ello todo el tiempo —dice—, y aún no estoy segura.

Capítulo cuarenta y uno

Kent pulsa el timbre y retrocedemos. Vuelvo la cara hacia el sol. Será otro día bueno, y habrá más días buenos a medida que nos adentremos en el verano; luego, mientras nos vayamos alejando, habrá menos. Los veranos siempre van demasiado deprisa y nunca son lo que queremos: nunca hace suficiente calor, o bien, hace demasiado; nunca son tan perfectos como en mis recuerdos de niño.

Kent vuelve a tocar el timbre y golpea la puerta. Entre el marco y la puerta hay un sobre que dice «Mamá y papá». Nos alejamos de la entrada y le damos otro minuto.

—¿Y ahora qué? —pregunta Kent.

—Ahora la llamamos.

Tengo su número de móvil escrito en mi cuaderno. Lo tecleo en mi teléfono y enseguida salta el buzón de voz. Dejo un mensaje.

—¿Trabaja los domingos? —le pregunto.

Kent niega con un movimiento de cabeza.

—Aunque pudieron haberla llamado.

—Tal vez, solo se esconde de nosotros.

—¿Eso crees?, ¿de verdad? —pregunta, y señala con la cabeza el sobre.

—Podría haber cualquier cosa ahí. Podría ser dinero, una llave o un artículo de periódico.

—Podrían ser muchas cosas —asiente Kent—, pero hay una que encaja más que ninguna otra —añade, y es lo que ambos hemos estado pensando desde que llegamos aquí: Kelly Summers ha hecho las maletas y se ha marchado—. Voy a abrirlo.

—No puedes —le digo—. No va dirigido a ti.

—¿Qué quieres que hagamos, entonces? ¿Volver más tarde? Si está huyendo y esta es su carta de despedida, solo habremos conseguido que se aleje más. Por lo que sabemos, ya podría haber cogido un vuelo al otro lado del mundo. Ha tenido veinticuatro horas. Podría estar en Asia o en los Estados Unidos.

Y, si estuviera allí, buena suerte para ella. Y si estuviera allí y no aquí, entonces no podríamos interrogarla y ella no podría hablarnos de Schroder.

—Déjame echar un vistazo rápido —digo.

Cruzo el césped delantero y doblo la esquina de la casa. Hay una verja de madera de dos metros de altura y, en el centro, dos pares de huellas de zapatos. Alguien ha escalado esta valla. Como está cerrada, yo también la escalo. Mis rodillas de anciano se han calentado y no se quejan. Las marcas de mis pies se suman a las que hay en la madera. Me dejo caer junto al garaje anexo. Miro por la ventana. El coche de Kelly Summers está dentro. Me dirijo a la puerta trasera y llamo. Nadie contesta. Está cerrada. Recorro el resto de la casa y paso por delante del dormitorio de la ventana estropeada. Las cortinas están echadas y no puedo ver el interior. Vuelvo a toparme con la valla; esta vez, al otro lado de la casa. Aquí no hay puertas. Escalo y me dejo caer en el jardín delantero.

—El coche sigue en el garaje —le digo a Kent.

Ella tiene el sobre en la mano.

—No está cerrado —dice.

Sé lo que está pensando. Como no está sellado, puede abrirlo, leerlo y volver a dejarlo como lo encontró. Lo que haya dentro podría ser relevante, o podría no serlo. Me mira y yo le devuelvo la mirada. Sé lo que quiere de mí. Al cabo de unos segundos, se lo doy: asiento con la cabeza.

Justo en ese momento, mi teléfono empieza a sonar. Es mi suegro. Camino hacia el centro del jardín mientras veo a Kent abriendo el sobre. Escucho. Mi suegro me pregunta si sé dónde está Bridget, a lo que le respondo que sigue en casa, pero él me dice que no. Él está allí, mi suegra está allí, pero Bridget ha desaparecido. Lo primero que me viene a la mente es lo que pasó ayer. Quizá esté en el centro comercial o yendo al centro comercial en autobús. Pronto estará buscando a Emily. Kent lee la carta que ha sacado del sobre. Su rostro se tensa de preocupación. De repente, tengo el mal presentimiento de que la carta no es una despedida del tipo que ambos pensamos al principio.

—No sé bien qué quieres que hagamos —dice mi suegro.

—Tengo una idea de dónde puede estar —le digo—. Aguanta y te llamo en unos minutos, ¿vale?

—No deberías estar trabajando hoy —dice, y lo dice de una forma que deja claro que, si algo malo le ha sucedido a Bridget, es por mi culpa—. Tienes que cuidar de ella.

—Hago lo que puedo.

Cuelgo. Kent sigue leyendo la carta. Por su expresión, me doy cuenta de que son malas noticias.

—Dale una patada —dice.

—¿Qué?

—La puerta —dice—. Dale una patada.

No le pregunto por qué; no hace falta. Doy un paso atrás, pongo la mano en el picaporte para asegurarme de que no esté abierto —y no lo está— y, en lugar de patear la puerta, la golpeo con el hombro. Se sacude en el marco, pero aguanta. Sigo sujetando la manilla para mantener el equilibrio y vuelvo a empujar. La hoja es sólida, me provoca dolor, pero oigo un ligero crujido. La tercera vez tampoco funciona, solo que el crujido es más fuerte. Ya en la cuarta, la puerta se astilla por dentro. Al mismo tiempo, se oye una voz detrás.

—¿Qué demonios está haciendo? —Nos giramos hacia una anciana que pasea a su perro. Nos mira fijamente desde la acera—. Voy a llamar a la policía.

Entro. Hace mucho calor. Rebecca grita a la anciana que somos policías y eso hace que se rezague unos pasos. Oigo a la anciana gritar, pero no entiendo lo que dice. Avanzamos rápido por la casa: el pasillo, la cocina, el salón, el cuarto de baño con olor a lavanda y una cortina de ducha verde brillante, un dormitorio, dos dormitorios. Es en el dormitorio tres donde encontramos a Kelly Summers, tumbada encima de su cama con un pijama de seda, la piel blanca pálida, como si se hubiera tumbado bajo la luna toda la noche, como si se hubiera blanqueado con ella. Puedo oír a Kent, que busca a tientas su móvil. Compruebo si Kelly Summers tiene pulso. Está fría. Muy fría. Parece en paz. Parece y se siente como si hubiera estado muerta la mayor parte de la noche, si no toda.

—Hasta parece contenta —dice Kent, que se ha situado detrás de mí, con el teléfono al costado, la llamada sin hacer—. Mira —dice, y señala la mesilla de noche. Hay tres sobres. Uno va dirigido a sus padres; otro, a todos sus amigos, y el tercero, al detective Theodore Tate y a la detective Rebecca Kent.

—¿Qué decía la otra nota?

—Era una advertencia —dice, y me entrega la nota mientras recoge la carta dirigida a nosotros.

Hola, mamá y papá:

Esto será difícil de leer, pues he hecho algo que os va a poner muy tristes. Estoy en la habitación, pero, para cuando hayáis leído esto, será demasiado tarde. Ya no podréis salvarme. Me he tomado un frasco de pastillas y pronto estaré en paz. He dejado esta nota aquí para que sepáis qué esperar cuando abráis la puerta. Tal vez deberíais llamar primero a alguien. Os he dejado otra nota dentro. Os quiero.

Kelly xxx

Doblo la nota por los mismos pliegues que Kelly. Rebecca me mira con una expresión triste en el rostro. La carta para nosotros está a su lado, solo que aún no la ha leído.

—Toma —dice, y me la entrega—. Puedes leerla tú primero. Iré a sentarme al sol y a informar de esto.

Me deja con Kelly Summers y el fantasma de Kelly Summers, pero ninguna de las dos está de humor para hablar. Yo sí, así que empiezo.

—Esto no ha estado nada bien —le digo—, pero es el mundo en que vivimos. Espero, de verdad, que estés en un lugar mejor.

Abro la carta.

Detectives:

A estas alturas, supongo que ya se habrán imaginado lo que pasó. Llegué a casa el viernes por la noche y, en pocos minutos, Dwight Smith entró por la ventana. Yo solía llamarlo «vaquero Dwight». ¿Eso estará archivado en algún lado? Cuando salí del cuarto de baño, allí estaba. Me empujó de nuevo hacia dentro y me quitó el albornoz. Entonces resbaló en el suelo mojado y se golpeó la cabeza en el borde de la bañera. Yo no sabía si estaba vivo o muerto, pero tenía demasiado miedo para comprobarlo. También tenía miedo de coger el móvil, por si volvía en sí antes de que llegara la policía. Levanté la mano y agarré una jabonera de cerámica, lo primero que pude. Quería darle un golpe en la cabeza al vaquero Dwight solo para asegurarme de que siguiera inconsciente, pero, cuando empecé, ya no pude parar. No sé cuántas veces lo golpeé, pero fueron muchas. Lo hice pagar todo lo que me había hecho, por los años que estuve prisionera en mi casa, por haberme quitado la vida que yo quería tener. Podría decirles que no fue intencionado, pero creo que sí lo fue. Estaba convencida de que, si llamaba a la policía, ustedes lo entenderían y serían comprensivos, pero también era consciente de que, en un momento dado, pude haber pedido ayuda. Me abrumó el pánico. Lo arrastré hasta su coche. Fue un trabajo duro. Un trabajo pesado. Pero me las arreglé. Estaba decidida. Y el resto ya lo saben. Sé que lo que hice estuvo mal, pero me alegro de haberlo hecho. Cuando ustedes me interrogaron en la puerta, me preguntaron si tenía la sensación de que se había hecho justicia. La respuesta es sí. Y la verdad es que lo habría matado una y otra vez si hubiera podido.

Haberlo matado no es la razón por la que estoy a punto de hacer lo que voy a hacer, o, a estas alturas, lo que ya habré hecho. Es extraño, pero lo único que durante años había impedido que me suicidara era que él siguiera vivo. Yo estaba demasiado enfadada para morir; enfadada con Smith, enfadada con un mundo que permitió que Smith me hiciera lo que me hizo. No supe, hasta que lo maté, que lo que me mantenía viva era la ira. No hay razón para seguir: no he sido feliz en cinco años y eso ya nunca va a cambiar; sobre todo, ahora que me enfrento a una pena de cárcel mucho más

larga que la de Smith. Eso es lo que habría pasado. Probablemente estén leyendo esto y negando con la cabeza, pero es verdad, y saben que es verdad, aunque no les guste. Él me viola y le caen cinco años; yo lo mato y me caen veinte. Smith no me mató hace cinco años. Tampoco me mató anoche, pero, de todos modos, me quitó la vida. Me alegro de haber podido quitarle la suya y agradezco la oportunidad de quitarme la mía en mis propios términos.

Por favor, no piensen lo peor de mí.

Suya,

Kelly Summers

P. D.: ¿Cómo se cierra una carta como esta?, ¿atentamente, sinceramente?, ¿sin más por el momento?, ¿suya en paz? Bueno, moriré preguntándomelo…

He perdido la cuenta de cuántos suicidios he visto a lo largo de los años. Algunos tristes, otros no; algunos simples, otros no. El de Kelly es uno de los más tristes. ¿Y qué hay de Schroder? No lo menciona en la nota, ¿por qué?

Porque él la ayudó. La salvó del hombre del saco. La carta no es una versión exacta de los hechos. Kelly Summers llegó a casa, Dwight Smith irrumpió y Carl Schroder la salvó. No cuenta que el coche de Smith se quedó sin gasolina ni explica cómo volvió a la ciudad, porque esas cosas no le sucedieron a ella. Ha asumido la culpa y, al hacerlo, ha cerrado el caso. Solo cuatro personas en esta tierra habrán sabido alguna vez lo que pasó, y dos de ellas ya están muertas.

Kent vuelve dentro.

—Los forenses están de camino —dice—, y también Hutton. ¿Has leído su carta?

—Sí —le digo, y se la entrego.

—¿Y las otras dos? —pregunta. Con la barbilla, señala la mesilla y las dos cartas restantes.

Niego en silencio.

—No son para nosotros.

—Podrían ser importantes —afirma.

Señalo la carta que acabo de entregarle.

—Podrían ser, pero todo lo que necesitamos saber está ahí.

—Esperaré fuera, ¿te parece bien?

—Te seguiré en un minuto.

Me quedo un rato más en la habitación, con Kelly. Cuando estoy seguro de que Kent ya está fuera, salgo al pasillo y me dirijo al baño. La cortina de ducha no parece tan nueva como ayer. Hay gotas de agua a lo largo del dobladillo y algunas han quedado atrapadas en los pliegues. Toco el borde, cierro los ojos e imagino a Schroder en el supermercado pagando estas cosas en efectivo. Cuando abro los ojos, veo que las velas y los ambientadores que compró también están aquí. Esta es la habitación en la que murió Dwight Smith. Kelly y Schroder la limpiaron después.

Fuera, Kent está sentada en el porche, esperando paciente. La anciana sigue observándonos desde el otro lado de la carretera, mientras que su perro tiene toda su atención puesta en un árbol cercano. Probablemente piensa en perseguir a un gato hasta allí o

en orinar el tronco. Me siento junto a Kent, la rodeo con el brazo y le digo que todo va a salir bien. Nos quedamos ahí sentados, esperando a que lleguen los demás.

Capítulo cuarenta y dos

Llevamos dos minutos esperando. Mientras observo el jardín, tengo el brazo alrededor de Rebecca; ella está apoyada en mí. De repente, recuerdo que Bridget se ha perdido. Me levanto y rápidamente pongo al día a mi compañera. Luego, mientras llamo al centro comercial, empiezo a pasear por el jardín. Ayer dejé el número anotado en mi cuaderno. Acabo hablando con uno de los encargados que me ayudó. Me dice que estarán pendientes de Bridget y que me llamarán en cuanto la vean. Les digo que iré enseguida.

Entonces llamo a mi suegro. Me contesta a los dos tonos.

—¿Deberíamos ir allí? —pregunta.

—Yo iré pronto —le digo.

—¿Pronto? ¿Por qué no ahora mismo?

—Yo…

—Escucha, Theo, sé que esto es duro, sé que has hecho todo lo que has podido, y sabes que te queremos, pero no basta. No podemos permitir que Bridget deambule así.

—Lo sé. —Me enfado con él por decírmelo y conmigo mismo porque sé que tiene razón, me disgusta tener este intercambio en este momento.

—Las cosas tienen que cambiar.

—Lo sé. Ya se nos ocurrirá algo.

—Bien —dice—. No quiero sonar como un cabrón, pero… Aguarda, espera un segundo… Vale, está en la entrada ahora mismo.

—¿Está conduciendo?

—No. Hay alguien con… ¿Es Carl? Parece diferente, pero es él. Todo está bien, Theo, está saliendo del coche. Te llamaré pronto o haré que ella te llame pronto, ¿de acuerdo?

—Espera. ¿Carl está con ella?

—Sí. Te llamo luego —dice, y cuelga.

¿Carl? ¿Qué demonios está haciendo con Carl? Dejo caer el teléfono en mi bolsillo.

—¿Todo bien? —pregunta Kent.

—No —le digo—. O sea, sí, acaba de aparecer, pero…, pero no.

—¿No?

Así que le hablo de ello, llenando los diez minutos que Hutton tarda en llegar. Rebecca no dice mucho; solo escucha, y eso es todo lo que necesito que haga. Llega Hutton y, detrás, un coche patrulla. Le enseñamos las dos notas, entra un momento a ver la escena y vuelve.

—¿Has leído las otras dos cartas? —pregunta.

Kent niega con la cabeza, yo le digo que no.

—Puede que haya algo importante ahí —dice.

—Todo lo relevante ya nos lo ha contado —le digo.

Asiente con la cabeza.

—Esto es, más o menos, lo que me estaba imaginando. Parece que no hay razón real para abrir esas cartas, pero hablaré con la familia, a ver si nos dan permiso. Solo para asegurarnos.

Llega la forense. Sale del coche y no conversamos mucho. Ella entra; yo espero fuera, con Kent. Aparece la primera furgoneta de los medios: con la casa como telón de fondo, se pone frente a la cámara un tipo con un pelazo y rasgos cincelados. Esto significa que alguien ha establecido una conexión entre el violador muerto y nuestra víctima de suicidio. Además, lo ha hecho con una rapidez inusitada. Esto significa también que los padres de Kelly podrían enterarse de la muerte de su hija por la televisión antes que por nosotros. Se correrá la voz y pronto habrá más furgonetas, más periodistas, más cámaras. La historia cobrará velocidad y, durante los próximos dos o tres días, será noticia. Ya puedo verlo todo: grandes titulares diciendo que el sistema judicial ha defraudado a Kelly Summers, pues dejó salir a quien que la había atacado y, con eso, le dio la oportunidad de terminar el trabajo. ¿Y por qué no habrían de decirlo? Eso es lo que ha ocurrido.

Tracey pasa diez minutos con el cuerpo. Luego sale e inclina la cara hacia el sol. Quizá ha salido pensando lo mismo que todos: «El mundo no es justo».

—Todo parece estar como debe ser —dice—. Tiene pinta de suicidio, pero lo confirmaré mañana.

—¿Mañana? —le pregunto.

Ella suspira.

—Todavía tengo que trabajar en los cadáveres de anoche.

Se marcha y, unos minutos más tarde, aparece una furgoneta blanca y sencilla. Poco después, Kelly Summers, dentro de una bolsa para cadáveres, es puesta en la parte trasera de la furgoneta. Nos ponemos en fila entre la puerta principal y la furgoneta. No es algo

deliberado, pero así ocurre. Guardamos silencio y vemos cómo se la llevan: el cuerpo en una camilla, la camilla mustia en el centro. Todo es triste. Todo es muy muy triste. Incluso la anciana de enfrente parece triste mientras sigue con su perro, observándonos.

—Hablaré con los padres —dice Hutton—. Me parece bastante claro lo que ha ocurrido aquí. El cuerpo ya no está, podrías recoger la escena. ¿Cómo van las cosas con la identificación del hombre que visitó a Peter Crowley?

—No hemos llegado a ninguna parte —dice Kent.

—Por lo que sabemos, no hay ningún calvo —le digo—. Es decir, sabemos que hay un calvo, pero no sabemos si está involucrado. Podría haber sido un amigo que pasó cinco minutos por aquí, podría ser un calvo diferente al que vieron los chicos en el callejón o ningún calvo en absoluto. Los testigos oculares se equivocan todo el tiempo. Simplemente, no lo sabemos. Y, según la carta que dejó Summers, los incidentes no están relacionados —digo. Ahora que estoy comprometido con este camino, no puedo echarme atrás.

—Alguien llamó a la prisión diciendo que eras tú —dice Hutton—. Alguien puso en su mira a esos hermanos, y lo hizo después de haber preguntado por Dwight Smith, así que los casos están relacionados. Me sorprende que no hubieras notado lo de la ventana —dice.

¿Soy yo o me está mirando más de cerca de lo normal? ¿Está buscando una señal de que estoy mintiendo? Hago como que no sé a dónde quiere llegar.

—¿La ventana?

—Así es como entró Smith. La cerradura está astillada y hay marcas de una palanca en la madera —dice Hutton.

—¿No lo viste? —me pregunta Kent.

—No, no lo vi —les digo—. Estuve echando un vistazo alrededor, pero no tan a fondo como debería.

—No —dice Hutton—, supongo que no. Y, si lo hubieras notado, todo esto podría ser diferente.

—¿En qué sentido? —pregunta Kent.

—Nos habríamos llevado a Kelly para interrogarla. Habríamos averiguado lo que pasó en realidad y ahora seguiría viva —dice Hutton.

No tengo respuesta para eso y, si sus palabras duelen tanto, es por una razón: porque son ciertas.

—Sondea el barrio con la descripción que nos dio Monica Crowley —dice—. La tengo en el coche.

—¿Crees que ha estado aquí? —pregunto.

—Es posible. Sí, lo creo. Y, si ha estado aquí, Kelly Summers no iba a mencionarlo en su carta. Vuelve a la comisaría cuando termines.

—Tate no puede —dice Kent.

—Está bien, sí puedo… —arguyo.

—¿Por qué no puedes? —dice Hutton.

—Su mujer lo necesita —dice Kent—. Y mañana tiene que llevarla al especialista para que le haga pruebas, así que tampoco estará entonces.

—Me he enterado —comenta Hutton, y su preocupación es genuina. Él conocía a mi esposa, al igual que Schroder y Landry. Aunque Hutton y Landry nunca vinieron a ninguna de mis barbacoas, sí estuvimos juntos en otras a las que nos invitaban—. ¿Se encuentra bien?

—No lo sé —le digo.

—Muy bien, tómate el tiempo que necesites y házmelo saber, ¿vale?

Empieza a caminar de vuelta al coche, se queda mirando a la mujer con el perro, a quien ahora se han unido otros, y se vuelve hacia nosotros.

—Con todo lo que está sucediendo, había olvidado deciros algo: tenemos ADN del perro muerto.

—¿Han tomado el ADN del perro? —pregunto.

Sacude la cabeza.

—De sus dientes. El veterinario ha encontrado fibras de ropa y sangre. Parece que quien atacó al perro anoche fue atacado primero por el animal. Si este sujeto tiene antecedentes, habrá una coincidencia.

—Deberíamos empezar a revisar hospitales y a preguntar a los médicos —dice Kent.

—Ya nos estamos ocupando —dice Hutton—. Enviaremos faxes y correos electrónicos a todos los médicos y hospitales de la ciudad. También he enviado a un par de hombres a los hospitales y clínicas de veinticuatro horas, para que hagan un seguimiento. Si a quien mordió el perro no es uno de los quemados y va en busca de ayuda, lo cogeremos.

Nos deja entonces. La mañana del domingo avanza mientras la furgoneta que lleva a Kelly Summers enfila la calle. Me quedo pensando en lo que ha dicho Hutton; no solo en lo del ADN, sino en que Kelly Summers estaría viva si yo hubiera hecho lo correcto.

Lo otro correcto.

Capítulo cuarenta y tres

El cadáver en el bosque lo cambia todo. Por primera vez desde el viernes por la noche, cuando las cosas salieron muy mal, ahora todo va bien. ¿No es eso lo que Tate dice siempre, que el mundo es equilibrio?

Ahora, Tate va a ayudarlo. Tate desviará la investigación de Kelly Summers. Tate no la llevará a la comisaría, porque tendrá que hacer lo que Schroder le diga.

Está de vuelta en casa, en su salón, sentado en este sofá que empieza a gustarle un poco más de lo que había pensado. Y está pensando. Está en su posición de pensar: inclinado hacia atrás, con un brazo en el reposabrazos y el otro en el costado. Mira un poco la pared, un poco la ventana. Warren ha salido de su telaraña y se encuentra a medio camino de la ventana. ¿Se estará marchando?

Schroder tiene la radio encendida. Lleva todo el día escuchando informes, intentando averiguar todo lo posible sobre el incendio de Grover Hills. Los medios de comunicación especulan con que lo que ocurrió allí anoche tiene algo que ver con el oscuro pasado del hospital. Entonces el reportero dice algo en lo que Schroder no había pensado: que quienquiera que sea responsable de las muertes de anoche podría muy bien ser la primera persona en enfrentar la pena de muerte.

«¿La pena de muerte?».

Trata de asimilarlo. No quiere que lo detengan. Hoy está más seguro de eso, pero, si lo detuvieran, ¿le tendría miedo a la pena de muerte? ¿O ni siquiera le importa?

No lo sabe. De todos modos, ¿no está ya en el corredor de la muerte? ¿No es lo mismo?

Sí, pero hay algo más: la idea era darle a la gente sus cinco minutos. Se trataba de proteger a Kelly Summers. Con Peter Crowley muerto en Grover Hills, la narrativa que intentaba urdir ha sido demolida. Sus planes eran poner la mira en otro violador esta misma noche, con lo que conseguiría poner a Summers y Crowley fuera del alcance de la policía, pero ahora no hay forma de alejarlos de Crowley. Todo esto implica que mirarán a Kelly Summers más de cerca. Todo esto significa que va a necesitar que Tate le siga el juego. Y lo hará.

Coge el mando a distancia y sube el volumen justo cuando la historia cambia, cuando se aleja de Grover Hills y se dirige a Dwight Smith; más precisamente, a Kelly Summers. Esta mañana, Kelly Summers ha sido encontrada muerta en su casa. No hay circunstancias sospechosas. La policía no busca a nadie.

Kelly Summers.

Salvada el viernes por la noche. A salvo el sábado entero. Muerta el domingo por la mañana. ¿Él podía haber hecho más? De repente, se siente abatido. Lo que sí sabe es que este suicidio provoca que todo lo demás carezca de sentido. Él estaba tratando de protegerla, y lo único que ha sucedido es que otras personas han muerto. Se pregunta cómo se ha quitado la vida, cuándo lo ha hecho. Se pregunta si la vida de esa mujer ya se estaba escapando, si estaría compartiendo un punto en el tiempo cuando la vida de Peter Crowley terminaba.

Kelly está muerta. Peter está muerto. Todo por su culpa.

Todo este tiempo, ellos también estuvieron en el corredor de la muerte.

¿Qué significa todo esto?

¿Qué diablos significa todo esto?

Capítulo cuarenta y cuatro

No pasamos mucho más tiempo en la escena. Entramos en el dormitorio, miramos la ventana y Kent vuelve a preguntarme cómo no me he dado cuenta. Y yo le digo que no lo sé, que no miré todos los objetos, superficies o formas de la casa. Al salir, no dejamos nada que demuestre que estuvimos allí. Kelly Summers se ha ido, ha dejado un hueco en el mundo, pero el mundo no lo sabe. Ahora mismo, sus padres están sentados en un sofá recibiendo la noticia, con la cara entre las manos, las palmas empapadas de lágrimas, preguntando una y otra vez por qué ha tenido que suceder esto. Cerramos la casa y cogemos la nota que nos ha dejado.

Llamo a Bridget. Ella contesta enseguida.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —dice.

—¿No has tenido otro episodio?

—No, nada de eso.

—¿Por qué estabas con Schroder?

—Ha venido a buscarte —dice—. Ya sabes, para poneros al día. Hacía tiempo que no lo veía y se nos ocurrió salir a tomar un café. Debí haber dejado una nota, lo siento. Olvidé que iban a venir mis padres.

—Pensamos que te podía haber pasado algo malo.

—Lo sé. Lo siento mucho, Teddy. Es que…, ya sabes, se me olvidó.

—No pasa nada —le digo, y no pasa nada, puesto que ella está bien. Eso es lo único que importa.

—¿Así que Schroder ha aparecido solo para ver cómo estoy?

—Eso es lo que ha dicho. Y luego tomamos café. Ha cambiado, Teddy. O sea, sigue siendo Schroder, o, al menos, se parece a Schroder, pero no es el mismo Schroder que yo conocía. Aunque ha sido bueno hablar con él, porque yo…, bueno, ya sabes, sé por lo que él está pasando. Yo tampoco soy la misma persona de antes.

—Estás mejorando.

—Ambos sabemos que eso no es cierto.

—Es verdad —le digo.

No me contesta.

—¿Cariño?

—Aquí estoy —dice.

—Todo va a salir bien, te lo prometo —le digo. Ya se lo he dicho antes, es lo que la gente me sigue diciendo.

—Vale, Teddy. Te creo —dice, pero no creo que me crea.

—Estaré en casa dentro de diez minutos. Veinte, como mucho.

—Está bien, Teddy, no hace falta. Mis padres están aquí, vamos a salir a comer. ¿Por qué no terminas de hacer lo que tienes que hacer?

—He terminado —le digo.

—Te conozco mejor que nadie y sé que siempre hay algo más que necesita tu atención. Estoy bien, Teddy, de verdad. Y será agradable

comer con mis padres. Mamá me va a llevar de compras y hay algunas cosas de las que quiero hablar con ellos. Tan solo no vuelvas a casa muy tarde, ¿de acuerdo?

—Te quiero —le digo.

—Eso es porque tienes buen gusto para las mujeres —dice.

Cuando colgamos, pongo a Kent al corriente de lo que está pasando. Hutton nos ha dejado una copia del boceto que Monica Crowley ha ayudado a hacer. El hombre calvo. Carl Schroder. Solo que no se parece a Schroder; se parece al profesor Xavier, de X-Men. Monica no ha mencionado la cicatriz del balazo. Supongo que tenemos suerte de que se diera cuenta de que era calvo.

—Podría ser cualquiera —dice Kent.

—Podría ser —estoy de acuerdo.

Cogemos el boceto y vamos de puerta en puerta. Nos hacen más preguntas de las que hacemos. Nadie reconoce al calvo. Un par de personas recuerdan haber visto un coche aparcado frente a la casa de Kelly, pero no pueden identificar la marca, el modelo ni, mucho menos, el color. Ni siquiera sabemos si es el coche de Dwight Smith o el del calvo. Encontramos a la mujer del perro, la que gritó esta mañana, y nos dice que el viernes por la noche vio dos coches extraños aparcados en la calle. Uno estuvo allí media hora y el otro, mucho más. Nos da los colores, pero no las marcas ni los modelos.

—Es una verdadera lástima lo que le ha pasado a esa chica —dice—. Nunca hablé con ella, pero la veía a veces y nos saludábamos de vez en cuando. Siempre tenía ese semblante, como de una vida arrojada al barro y pisoteada. Supongo que justo eso es lo que le había pasado. Tengo ochenta y dos años y he sobrevivido a dos maridos y al cáncer. Una vez, en un barco, cogí neumonía y casi me muero, pero, comparada con muchas otras, mi vida ha sido fácil. Lo siento por esa pobre chica.

Cuando terminamos, son casi las cuatro. Los centros comerciales cerrarán y se encenderán algunas barbacoas.

—Un barrio menos —dice Kent—. Aún falta el de Peter Crowley.

Consulto mi reloj. Luego, miro a Kent.

—No pasa nada —dice—, puedo ocuparme yo sola. Te pondré al día esta noche. —Alarga la mano, me toca el brazo y sonríe—. Buena suerte con las pruebas de mañana.

Salimos de la calle y caminamos en la misma dirección durante un minuto antes de separarnos. Dejo el coche en la comisaría y vuelvo al mío. Al llegar a casa, veo que mis suegros siguen aquí. Entro y hablo con ellos cinco minutos; luego, consigo hablar a solas con Bridget mientras empiezan los preparativos de la cena en la cocina. Los olores y los sonidos me dan hambre y, por un momento, no quiero pensar en la muerte ni en la pérdida. No quiero pensar en Schroder. Solo quiero aferrarme a la familia que tengo.

Le pregunto a Bridget por Schroder y me dice lo mismo que me dijo antes por teléfono: que solo ha venido a ver cómo estaba yo. Hay algo en la forma en la que lo dice que me hace dudar de ella solo por un segundo. Luego, pienso en lo que Schroder me dijo ayer: que siempre estoy buscando cosas que no existen.

—Bueno, podría ir rápidamente a verlo —le digo.

—¿Ahora? ¿Ahora?

—Sí, mientras tus padres siguen aquí. Necesito hablar con él.

—¿Sobre qué?

—Sobre este caso en el que estoy trabajando.

Parece insegura.

—¿Eso es todo?

—¿Qué más podría ser? —pregunto, y vuelve la molesta sensación de que me está ocultando algo.

Se encoge de hombros.

—No lo sé. Solo trata de no tardar mucho.

—¿Hay algo que no me hayas dicho? —le pregunto.

—Sí —dice ella.

—¿El qué?

—Puede esperar —dice—. No te preocupes, que no es nada malo. Te lo contaré esta noche, te lo prometo. —Me besa en la mejilla—. Intenta volver pronto, ¿vale? Te mantendremos la cena caliente.

Vuelvo a salir. Las cuatro se han convertido en las cinco, y es domingo. Las carreteras, en su mayoría vacías, lo reflejan. Aún quedan tres, casi cuatro horas de luz solar. Durante todo el trayecto voy pensando en lo que voy a decirle a Schroder y, cuando llego, aún no he concretado lo que quiero decirle. Me siento en el coche y veo que el suyo está aparcado en la entrada. Es un sedán azul oscuro. Por supuesto, es el coche que toda la gente ha estado viendo. La matrícula está manchada de barro. Imagino que habrá ADN por todo el maletero.

Salgo del coche y, cuando estoy a punto de llegar a la puerta, él la abre de un tirón.

—Theo —dice—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Lo sé todo —le digo, y luego exhalo profundamente, como si me quitara un peso gigante de encima y todas las cosas que había

pensado decirle, todas las diferentes posibilidades, hubieran desaparecido—. Sé que has matado a esas personas.

Me mira con rostro inexpresivo.

—Entonces, quizá deberías entrar.

Capítulo cuarenta y cinco

Schroder conduce a Tate al interior y se sienta en el sofá mientras Tate se sitúa enfrente, en la silla. No le ofrece ninguna bebida, aunque una parte de él le dice que eso es lo que debería hacer. Una cerveza, imagina. Esa es, probablemente, la bebida adecuada para lo que está a punto de ocurrir. Pero Tate ya no bebe. Se pregunta qué estará pensando Warren.

—¿A qué gente se supone que he matado? —pregunta.

—La cortina de la ducha —dice Tate.

—¿Qué?

—Era nueva. Todavía tenía las marcas de pliegue. —Schroder asiente. Desplegaron la cortina, la colgaron y él se llevó el embalaje y el ticket. Sabe a dónde va esto—. No podía dejar de pensar en esa cortina. Al final, todas esas cavilaciones me llevaron al supermercado donde fue comprada. Era solo cuestión de buscar cortinas de ducha que hubieran sido compradas en mitad de la noche. Fui allí esperando verte a ti o a Kelly Summers.

—¿Por qué yo?

—Porque tú fuiste el detective que arrestó a Dwight Smith. Conocías a los hermanos Collard. Sabías cómo ocultar un crimen en unas vías de tren. Sabías lo de Grover Hills. Lo sospechaba —dice Theo—, pero no lo creía. No hasta esta mañana, cuando te vi en un monitor de seguridad mientras comprabas la cortina que ahora cuelga en el baño de Kelly Summers. Compraste dos. ¿Usaste la segunda anoche?

—Ya veo —dice él, sin responder a la pregunta. Debería haber usado algo más que una cortina de ducha. O no haber usado nada. Hizo lo que en ese momento pensó que era lo correcto.

—¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—No —dice Schroder—. Hay algo más. Primero explícame algo, porque no lo entiendo.

—¿Qué?

—Viste las imágenes esta mañana. Eso fue antes de encontrar a Kelly Summers muerta, ¿correcto?

—Así es.

—Así que ayer tenías esta teoría sobre la cortina de la ducha. Eso significa que examinaste la casa de Kelly Summers. Eso significa que descubriste el pestillo roto de la ventana. Y todo eso significa también que, de inmediato, supiste que Kelly Summers estaba implicada. Aun así, no fuiste enseguida al supermercado. No lo hiciste porque no querías enviar a Kelly Summers a la cárcel. Te sentías satisfecho con el hecho de que Dwight Smith estuviera muerto. ¿No es cierto?

—No estoy de acuerdo con nada de esto —dice Tate, y se pone a gritar—. ¿En qué demonios estabas pensando, Carl?

—Tan solo ocurrió —dice—. Quería ayudarla.

—Y ahora está muerta.

—Entonces, ¿es culpa mía por haberla socorrido? —pregunta—. ¿O tuya por tratar de ayudarla a salirse con la suya?

—¿Qué dem…?

—No es culpa de ninguno de los dos —dice Schroder—. Es culpa de Dwight Smith. Él fue quien la agredió. Él es la razón por la que está muerta ahora, no nosotros. No hay necesidad de que te castigues por ello. Tampoco hay necesidad de que me castigue yo.

—¿Y Peter Crowley? ¿Allí tampoco hay necesidad?

—Ojalá también hubiera sido de otra manera —dice.

Tate sacude la cabeza.

—Eres increíble. Quiero que me cuentes lo que pasó el viernes por la noche.

—¿Necesito un abogado?

—Por favor, Carl, dímelo.

—¿Qué?, ¿de amigo a amigo?

—De policía a policía —dice Tate, y parece dispuesto a descargar un golpe en la mesilla.

—Ya no soy policía.

—Pero crees que lo eres. En el fondo, lo crees.

—Tal vez —dice—. Eres el único que lo sabe, ¿verdad? —Tate asiente —. ¿Va a seguir siendo así?

—Solo dime lo que pasó —dice Tate.

—¿Has venido a arrestarme?

—Solo dímelo.

—¿Dejó Kelly una nota de suicidio? ¿Habló sobre la noche del viernes y lo que sucedió?

Tate asiente.

—Su versión no te incluye.

—No quería que muriera. Todo esto fue para salvarla. No es importante, pero me gustaría que lo creyeras. ¿Cómo lo hizo? ¿Pastillas?

—Sí.

—Bueno, es mejor que lo que habría pasado si yo no hubiera aparecido.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Por qué es mejor? —pregunta Tate.

—Eso es lo que pienso, y estoy bastante seguro de que tú también; y aún más seguro estoy de que Kelly pensaba lo mismo —dice—. Yo la salvé. Ella ha muerto como ha querido, pero, si yo no la hubiera salvado, habría tenido una muerte espantosa. Tú no has visto nada de eso, Theo, y yo sí. Dwight Smith estuvo a diez segundos de meterle la polla y, probablemente, a dos minutos de clavarle un cuchillo.

—¿Por qué no llamaste a la policía? ¿Por qué lo seguías?

—Fue un regalo para Viejo Yo —dice.

—¿Para quién?

—Para el viejo Schroder.

Así que le cuenta a Tate todo sobre la conversación, sobre el descubrimiento de que Dwight Smith iba a vivir una vida mejor que la suya. Le cuenta lo del viernes por la noche, cuando siguió a Dwight Smith hasta la casa de Kelly Summers. Relata cómo escaló la verja, cómo encontró la ventana del dormitorio abierta y a Kelly bocabajo en el suelo del baño.

—Ella me pidió sus cinco minutos —dice al terminar el relato. Luego, se sienta en silencio para que Tate resuelva el acertijo.

Pero él no resuelve nada.

—¿Sus cinco minutos? ¿Qué cinco minutos?

—Piénsalo.

—Me lo estoy pensando.

—¿Cuántas veces nos ha pedido alguien que lo dejemos cinco minutos a solas con…? —Deja de hablar cuando Tate alza la mano para detenerlo.

—Entiendo —dice Tate—. Así que Kelly pidió sus cinco minutos a solas con Dwight.

—Estoy seguro de que, a lo largo de los años, has deseado poder darle eso a la gente. Creo que tú mismo habrías querido tus cinco minutos. De hecho, estoy bastante seguro de que los tuviste.

—Te he dicho cientos de veces que no tuve nada que ver con la desaparición de Quentin James.

—Lo que tú digas, Theo —dice, y está bien, porque, por el momento, Tate puede creer lo que quiera—. La cuestión sigue siendo la misma: si te ofrecieran cinco minutos con el hombre que le hizo daño a tu familia, los aceptarías. Eso es lo que Kelly Summers quería y yo no tenía ninguna razón para negárselo.

—Así que la ayudaste.

—Hasta cierto punto, sí.

—¿De la misma forma que ayudaste a Peter Crowley?

Suspira. Se está enfadando con Tate, pero enseguida se pregunta cómo un hombre que no siente nada puede exasperarse. La respuesta es que aún está evolucionando. Algo en su interior se ha liberado y, aunque no todas las emociones están ahí, algunas sí.

—Mira, las cosas con Peter no salieron según lo planeado, y lo lamento. Pero cometió un error y pagó por él.

—Cometió un error porque lo pusiste en una situación que no podías controlar.

—Quería sus cinco minutos.

—Estoy seguro de que quería estar vivo al final. Fuiste tú quien lo buscó, ¿verdad? Llamaste a la prisión para conseguir la información de los Collard. Luego, fuiste a enfadar a Peter. No entiendo por qué.

—Tienes razón. Llamé a la cárcel y fui a ver a Peter, y yo tenía razón, porque él quería sus cinco minutos —dice, aunque no le explica que Peter necesitaba que lo convencieran, que necesitaba que se lo recordaran—. Los llevamos a Grover Hills, solo que los Collard escaparon, mataron a Peter y llamaron para pedir refuerzos. Eran ellos o yo. Todo fue en defensa propia.

—No, no fue así, porque fuiste tú quien llevó allí a los Collard. En todo caso, fueron ellos quienes actuaron en defensa propia.

—No puede ser una cosa y la otra, Tate. No puedes alegar, por un lado, que fue en defensa propia, cuando ellos tuvieron tiempo para meditar lo que estaban haciendo, y, por el otro, negar que lo de Kelly también fue por su propia defensa. Ella quería sus cinco minutos y los tuvo; Peter quería los suyos y los perdió. Entonces, esos cuatro hombres también aspiraron a sus cinco minutos. Es un milagro que el achicharrado no sea yo. Ellos fueron quienes llevaron al perro, la gasolina y las armas. Pero aún no me has dicho por qué estás aquí, Theo.

Theo se inclina hacia delante. Schroder no está seguro de si alguna de estas respuestas es lo que su antiguo colega ha venido a oír.

—No me has dicho por qué involucraste a los hermanos Collard. ¿Por qué llamaste a la cárcel para averiguar quiénes habían sido los compañeros de celda de Dwight Smith?

—¿Qué más da? Lo hecho, hecho está.

—Podrías enfrentarte a la pena de muerte, ¿no lo entiendes?

—Sé que esto es duro para ti, Theo —dice, y también lo habría sido para Viejo Yo. Sabe lo que diría Viejo Yo si estuviera donde está sentado Theo. Se imagina que no sería muy diferente de lo que, de todos modos, está escuchando—. Es duro, porque tú habrías hecho lo mismo.

—No. Yo habría llamado a la policía. No habría dejado que Kelly tuviera que vérselas con un hombre como Dwight Smith. Dejaste que se te fuera de las manos.

—¿Igual que hiciste hace tres años, con Quentin James?

—Ya te he dicho que…

Ahora le toca a Schroder levantar la mano.

—Que no tuviste nada que ver con su desaparición, sí, lo sé.

—No maté a Quentin James —dice Tate—. Quería hacerlo. Pero esto… Lo que estás haciendo está mal. Estás atacando a gente que no te ha hecho nada.

—¿Ahí es donde trazas la línea divisoria? ¿El asunto está bien si es personal?

—Eso es… Estás tergiversando mis palabras —dice Tate.

—Y aquí estamos perdiendo el tiempo. Mira, Theo, como te dije hace un minuto, lo hecho, hecho está. Hice lo que hice anoche para proteger a Kelly Summers. No quería que fuera a la cárcel y, digas lo que digas, sabes que no se merecía que la encerraran. Yo quería lo mejor para ella. La dejé hacerse cargo de sus asuntos, y luego hice lo necesario para encubrirlo todo. Así que pensé: «¿Por qué no acabar con otro par de degenerados y que parezca que un justiciero anda suelto?». Así desviaría la atención de Kelly. Ahora no importa, ¿verdad? Kelly está muerta, Peter está muerto y no hay más huellas que cubrir. Si me arrestaras, te resultaría difícil explicar por qué has dejado pasar un día antes de investigar lo de la cortina de ducha, por qué esta mañana no le has dicho a nadie lo de los vídeos del supermercado.

Tate no dice nada, pero puede ver al hombre pensativo, puede ver que las posibilidades vienen y van. Entonces se inclina más hacia delante y empieza a hablar:

—Te equivocas. He venido aquí porque yo no quería que fuera verdad. Quería que me dijeras algo que te hiciera inocente.

—Lo único que quería era ayudar a Kelly Summers —dice.

—Lo sé. —Tate se levanta—. Escucha, Carl, has sido bueno conmigo en los últimos años, muy bueno. Y… Y siento lo que te ha pasado, me aflige que te hayas convertido en quien te has convertido, pero, sobre todo, lamento tener que hacer esto: tendré que llevarte a la comisaría. Vas a rendir cuentas de lo que has hecho. Dadas las circunstancias…

—Dadas las circunstancias, ¿qué, Theo? ¿Me dejarán ir?

—No. Pero…

—Pero ¿qué?

—No lo sé. Maldita sea, Carl, ¿por qué demonios has tenido que ponerme en esta situación?

—¿Así que eso es todo? ¿Vas a arrestarme?

—Tienen tu ADN —dice Tate.

—¿Qué?

—El perro. Te mordió, ¿verdad?

—Mierda.

—No pensaste en eso, ¿cierto?

—No importa —dice Schroder—. Mi ADN no está en el registro.

—Todavía no, pero vendrán a por él en cuanto empiecen a averiguar lo que yo he averiguado. Lo siento, Carl, pero no tengo elección.

—En realidad, Theo, sí que la tienes. Creo que tendrías que sentarte un minuto más, porque hay algo que debes saber.

Capítulo cuarenta y seis

Me dan ganas de atravesar de un puñetazo la ventanilla lateral del coche. Me subo, me pongo el cinturón de seguridad y empiezo a golpear el volante. Luego me desabrocho el cinturón, vuelvo a salir, doy vueltas alrededor del coche, sin tener ni idea de a dónde voy, solo para completar un círculo completo y volver a subirme.

¿Qué? ¿Coño? ¿Haré?

Me meto la mano en el bolsillo y saco el pequeño juguete de madera que Schroeder me acaba de dar. Es el que colgué sobre la tumba de Quentin James. No sé muy bien por qué lo puse allí. Quizá como recordatorio de lo que ese hombre había hecho. No lo sé. De verdad que no lo sé. Lo que sí sé es que desearía no haberlo hecho.

Arranco el coche. Schroder no me ha dicho cómo encontró la tumba, pero esto debe tener algo que ver con Bridget. Él dice que siempre ha sabido dónde está el cadáver y que hoy solo ha ido a recuperar el pequeño juguete por tener una prueba, pero no le creo. Supongo que Bridget lo ha llevado allí. No sé por qué lo habrá hecho, pero creo que no era ella misma cuando lo estaba haciendo. Creo que era la otra versión de Bridget, una cuya química cerebral está cada vez más fuera de control. Eso es lo que ella me ha estado ocultando. Probablemente le hizo prometer a Schroder no decir nada.

Una versión diferente de Schroder. Una versión diferente de Bridget. ¿Y yo? ¿Qué versión de Tate tendrá que lidiar con esto? ¿El borracho Tate? Ha pasado un año desde que él y yo tuvimos una breve charla, pero cómo lo echo de menos.

¿Tate, el asesino?

Golpeo el volante una vez más en busca de suerte. ¿Schroder sentirá algún remordimiento por lo ocurrido? Tendría que haberle dicho a Kent lo de la cortina de ducha de inmediato. Ayer habríamos podido arrestar a Summers y a Schroder. Peter Crowley no habría muerto. Bridget no le habría enseñado a Schroder dónde está el cuerpo de Quentin James. Kelly Summers seguiría viva. Yo no debería ser policía. No deberían haberme dejado volver al cuerpo. Ser policía es hacer que la gente muera.

¿Y ahora qué? ¿Y si Schroder volviera a matar?

Solo que no lo hará. Me ha prometido que esto se ha terminado. Me ha dicho que mi trabajo es conducir las investigaciones en otra dirección, asegurarme de que él no aparezca en el radar de nadie. Si no lo consigo, iré a la cárcel junto con él.

No voy a casa a por la pala, sino que pasaré por una ferretería y compraré una nueva. No quiero tener que responder a las preguntas de mi mujer; no quiero enfrentarme a ella ahora mismo, porque podría contarle lo sucedido, sin más, y no quiero que lo sepa. No quiero que se sienta más culpable de lo que ya debe estar sintiéndose. La tienda está abierta hasta las ocho de la tarde. Eso me da veinte minutos. Lo normal es que me guste ir a las ferreterías. Creo que es como comprar zapatos para las mujeres. Esta vez invierto en una pala menos de cinco minutos y menos de cincuenta dólares. Luego, me voy al bosque por la misma ruta que cogí ayer por la tarde. El sol baja rápido hacia el horizonte y en quince minutos se habrá ido; sin embargo, habrá luz hasta las nueve.

Ya de camino, llamo a Bridget y le digo que ha surgido algo y que tardaré otras dos horas. Parece decepcionada. Le digo que lo siento y me contesta que no pasa nada, que su madre se quedará, porque su padre quiere volver a casa. En la tele dan una película que le apetece mucho ver, y eso suena como lo que mi propia madre le diría de mi padre. Llego al bosque, aparco el coche, cojo la linterna y

la pala y camino diez minutos. Ya hay suficientes huellas en la tierra como para que parezca un pasillo de aeropuerto.

Llego a la tumba.

Está abierta.

Quentin James se ha ido.

Capítulo cuarenta y siete

Meto la pala en la parte trasera de mi coche. Me subo, me abrocho el cinturón de seguridad, le doy un puñetazo al volante, me bajo y hago lo mismo que hice antes. Solo que esta vez han pasado cuarenta y cinco minutos y estoy a veinte millas de distancia.

«Sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad?».

Pero Killer Tate no quiere ir allí. No ahora.

«Entonces, ¿cuándo?».

—Nunca.

Llamo a Bridget y le digo que estoy de camino, que las cosas no han salido como esperaba. Ella me dice que está deseando verme. Durante los siguientes diez minutos, no veo un solo coche; luego, al llegar a la autopista, unos cuantos, y más al entrar en los suburbios. Sigo pensando en Quentin James y en el estado en el que se encontrará el cuerpo, en las pruebas que se podrían extraer de él, en cómo podrían relacionarlas conmigo. ¿Será posible? Por supuesto que sí. Nadie en el mundo tenía un motivo más poderoso que el mío.

Cuando llego a casa, Bridget y sus padres ya han cenado: pasta con salami y pesto. El padre de Bridget se ha ido. Mi cena se mantiene caliente en el horno, pero la idea de comer no me ayuda a equilibrar la rabia que siento hacia Schroder. En realidad, comer no me ayuda a compensar el miedo a lo que va a hacer.

—¿Estás bien? —me pregunta Bridget.

Su madre está en el salón viendo la tele.

—Sí. Solo cosas de trabajo.

—De acuerdo. Papá está de camino para venir a recoger a mamá.

Me acabo la pasta. Entonces aparece el padre de Bridget y charlamos un poco. Mis suegros nos desean mucha suerte en las pruebas de mañana y luego se van. Bridget sigue en el salón mientras yo limpio la cocina. Paso un rato de pie junto al fregadero, mirando por la ventana, viendo cómo se desvanece la última luz del día, pensando en Schroder, pensando en Kent, pensando en las pruebas de mañana, pero, sobre todo, pensando en Quentin James y en cómo ha cambiado nuestras vidas. Por primera vez, me arrepiento de lo que le hice, pero no por culpa, sino por miedo a lo que todo eso provocará. Destrozará a mi familia por segunda vez. El universo se resiste a que la vida vuelva a la normalidad. Con una mano da, con la otra quita. Mi mujer sale de su estado vegetativo y la vida es buena, pero sigue siendo cruel, porque engaña a mi mujer, y la engaña con el pasado. Yo también he sido engañado, engañado por Schroder, pero tampoco soy el mismo de hace tres años. En cierto modo, creo que Schroder está representando una versión más oscura y dura de mí. ¿Es ahí hacia donde yo me dirigía? Si Bridget no hubiera vuelto a mí, ¿yo estaría haciendo lo mismo que él?

Cuando suena mi teléfono, veo que es Kent. Paso unos segundos pensando si debo contestar o no. Por ahora, solo quiero que el resto del mundo desaparezca. Sobre todo Kent, Schroder y todo lo que ellos representan.

—Renuncio —le digo en cuanto le cojo la llamada.

—Bueno, antes de que salgas corriendo a esculpir tu primera obra de arte moderno, quiero decirte que he estado haciendo algunos deberes —dice— acerca de los otros compañeros de celda de Smith.

—¿Y?

—Tuvo otros dos en varios momentos de su estancia. Un tal Jamie Robertson y un tal Eugene Walker.

—¿Y en qué están metidos?

—Robertson estuvo preso por robo a mano armada —dice—, pero en quien tenemos que centrarnos es Eugene Walker. ¿No te acuerdas de él?

—No.

—El tipo de los impuestos —dice.

—Ay, mierda, ¿ese? —exclamo. Recuerdo el caso, y también recuerdo tanto las historias que salieron en las noticias como las que no. Walker trabajaba para la Agencia Tributaria. Su objetivo eran las mujeres que acababan de quedarse solteras. Utilizaba los recursos de la agencia para buscar su dirección y, sabiendo que ahora vivían solas, las atacaba sexualmente. Solo elegía mujeres con bebés. Después de agredirlas, les decía que, si acudían a la policía, mataría a su hijo. Estuvo haciendo eso durante tres años y ninguna acudió a la policía. En la ciudad había un violador en serie y nadie lo sabía. Un día intentó atacar a una mujer que estaba siendo investigada por fraude fiscal. El inspector de Hacienda que seguía a la mujer estaba aparcado frente a la casa cuando vio a Walker entrar por la fuerza. La policía nunca llegó a saber a cuántas mujeres había lastimado, ya que, tras la detención, solo se presentaron cuatro, aunque siempre sospechamos que habían sido más.

—¿Cuándo fue eso? ¿Hace diez años? ¿Quince? Han de ser quince, porque yo no llevaba mucho tiempo en el cuerpo.

—Quince —dice ella.

—¿Dónde está ahora?

—Salió hace unos años —dice—. Sigo intentando localizar a su agente de la condicional. Si la cárcel es la conexión, los compañeros de celda están relacionados. Es lógico, entonces, pensar que Walker podría ser la siguiente víctima. Habrá que poner agentes a cuidar al tipo. Qué desperdicio de personal.

—Es lo que es —le digo, pero, en realidad, quisiera decirle que también me parece una pérdida de tiempo.

—Además, Hutton sigue convencido de que el calvo pudo haber estado en casa de Kelly Summers. Tiene sentido creer que Kelly no pudo haber levantado ese cuerpo sola, además de que no hay rastro de ella en el coche de Smith. Quiere que tomemos las huellas de la casa.

De repente, me mareo.

—¿Qué?

—Sí. Sé que probablemente solo encontremos sus huellas y las de algún familiar, pero, si alguien la ayudó, y si ese que la ayudó fue el calvo, podría haber tocado un montón de superficies.

—No lo sé —le digo—. Parece poco probable.

—Tal vez —dice ella—. Pero vale la pena intentarlo, ¿no? Creo que también deberíamos tomar huellas dactilares de la casa de Peter Crowley.

—No creo que a su familia le haga mucha ilusión.

—No tenemos nada que perder —dice ella—. Enviaré un equipo de huellas dactilares para que lo hagan.

—¿Cuándo?

—A primera hora de la mañana. ¿Quieres que te mantenga informado?

Pienso en las huellas de Schroder: en la cortina de ducha, en el alféizar, en todo. Él lo habría limpiado todo, ¿no? Sí, pero basta con una huella.

—¿Tate?, ¿estás ahí?

—Sí, aquí estoy.

—¿Quieres que te mantenga informado?

—Sí. Por supuesto.

—Buena suerte mañana —dice, y yo pienso lo mismo.

Vuelvo a mirar por la ventana, pensando en la vida, en las rutas por las que he transitado. Pienso en todo el trabajo duro, en recuperar a Bridget. Pienso también en con qué facilidad desaparecería esto si encontraran huellas de Schroder por toda la casa de Kelly Summers. De alguna manera, tengo que evitar que eso ocurra.

Capítulo cuarenta y ocho

Schroder está sentado en su cocina. La mesa tiene treinta o cuarenta años y consiste en un tablero laqueado, patas de metal curvadas y un montón de arañazos. Le costó quince dólares y venía con dos sillas, aunque solo necesita una. Tiene una pizza de supermercado que, en un primer bocado, no sabía a nada. En el segundo parecía tener un atisbo de sabor, aunque él piensa que han de ser los recuerdos, la memoria que lo engaña, porque al tercer bocado vuelve a no saber a nada. A su lado ha puesto un papel donde va enumerando las emociones que vuelven. La primera de la lista es «curiosidad». Si bien no está muy seguro de que pueda contarse entre las emociones, delibera que no hay nadie aquí para discutírselo. Si él quiere que la curiosidad sea una emoción, es una emoción. Después de «curiosidad» ha escrito «culpa». La culpa es una emoción que ha regresado definitivamente. Había escrito «pasión», pero tachó la palabra. Confundía su deseo de proteger a Kelly Summers con algo que lo apasionaba, pero, en realidad, ese sentimiento estaba más cerca de la culpa que de la pasión o, más en concreto, de la culpa que habría sentido si no la hubiera protegido. Y eso es lo que siente ahora.

¿Ira?, no. ¿Felicidad?, no. ¿Tristeza? Anota «tristeza» y rodea la palabra con un círculo: no está seguro. ¿Amor?, no. ¿Esperanza?, no. ¿Alegría?, no. ¿Disgusto?, sí. ¿Anticipación?, sí. También escribe eso. ¿Miedo?, sí, tiene miedo de que lo atrapen, de ir a la cárcel.

¿Deseo?

«Deseo». Encierra la palabra en un círculo. La subraya. Con el bolígrafo, da golpecitos al bloc mientras mira la palabra. Deseo. Sí, siente deseo.

Vuelve a «miedo». También le pone un límite. No es solo el miedo a ser atrapado, sino el miedo a no hacer algo memorable; el miedo a irse de este mundo y ser olvidado, y, de verdad, ¿no ha puesto demasiado de sí mismo en esta ciudad como para que eso ocurra? Miedo a morir. No quiere morir, pero está sucediendo. Melissa X ya se encargó de ello. Si muriera mañana, ¿cómo lo vería la gente dentro de seis meses? ¿Qué dirían?, ¿que murió como un héroe?, ¿que murió limpiando la ciudad? ¿Y dentro de diez años? Dentro de cien años nadie hablará de él. Se imagina que, cuando estás muerto, cien años pasan muy rápido. Para un muerto, cien años son un latido, comparados con la eternidad. Vuelve a anotar «enfado» y encierra la palabra en un círculo, algo sorprendido de haberla descartado antes.

Se pregunta si hay algo que hacer contra la culpa y decide que sí. Todo es cuestión de equilibrio, del mismo modo que cien o mil años pueden pasar inadvertidos para los muertos, los océanos y los paisajes. Piensa que su culpabilidad podría pasar de largo si pudiera inundar su sistema con la emoción opuesta. Legalmente, lo contrario de culpable es inocente, pero, en este caso, lo que se opone a la culpa es salir, localizar a gente mala de verdad y matarla. Lo opuesto a la culpa es hacer que otros tengan cinco minutos con quienes les han hecho daño y asegurarse de que nada salga mal. Y nada va a salir mal, porque, si eso ocurriera, Tate estará en su esquina para ayudarlo. Tate, con sus propios demonios personales y sus propias definiciones de la justicia. Tate, que se siente capaz de juzgarlo, a pesar de lo que él hizo en el bosque con el hombre que mató a su hija. El Tate que hace dos horas tenía enfrente, cada vez más enfadado, el que sostenía en las manos el pequeño juguete de madera que Schroder le acababa de dar. Fueron amigos una vez. Hace dos horas, sin embargo, todo eso se había reducido a polvo. ¿Y para qué quiere amigos un moribundo?

«Disfrute». Lo escribe.

Si de la ecuación de la culpa eliminara, por un momento, las muertes de Kelly Summers y Peter Crowley, si tuviera que etiquetar el remanente, ¿no lo llamaría disfrute? Cruza la palabra con una línea y, a continuación, debajo, escribe «plenitud». Encierra la palabra en un círculo y le pone una marca al lado. La respuesta es la satisfacción, no el disfrute. Es un hombre con una bomba de relojería en la cabeza, es alguien que hace dos días no buscaba nada, que no le importaba nada, que abandonaba el mundo a su suerte. El Nuevo Nuevo Yo es todo plenitud.

Dará a los demás sus cinco minutos.

No hay necesidad de ir a por otros compañeros de celda ni a por otros tipos a quienes Dwight Smith conocía. Esa artimaña ha terminado. Sería inútil pedirle más nombres a la funcionaria de prisiones, ya que ahora la policía los estará vigilando.

Entonces, ¿quién?

¿Quién será su próximo objetivo?

Cierra los ojos y empieza a pensar en los años recorridos, a la espera de que un viejo nombre salte desde el pasado.

Capítulo cuarenta y nueve

Nos vamos a la cama y nos sentamos un rato a leer. Bridget está leyendo una novela sobre un chico que se escapa de casa para encontrar a su perro desaparecido. Yo estoy leyendo una novela sobre un chico que se escapa de casa porque su padre solía pegarle, y ahora se ha unido al circo y está aprendiendo a ser lanzador de cuchillos mientras su padre va a buscarlo. Puedo imaginar hacia dónde va. Sin embargo, no puedo entrar en el relato. Estoy demasiado distraído. Por la vida. Por Schroder. Por las pruebas de mañana. El mundo se me viene encima. Incluso, si de alguna manera pudiera ocuparme de las huellas de Schroder, entonces, ¿qué? Surgiría algo más, claro está. Dos o tres cosas. Un puñado. Nos tumbamos en la cama y no hablamos de las pruebas, de esta cosa tácita entre nosotros, como si mencionarlas fuera a gafarlas. Lo que Bridget quería contarme hoy lo ha dejado para mañana; y me parece bien, ya tengo bastantes cosas en la cabeza.

Con las luces apagadas y tratando de conciliar el sueño, lo único que puedo ver es a Schroder diciéndome que sabe dónde está Quentin James; que, a partir de hoy, respondo ante él; que, si no quiero acabar en la cárcel junto a él, tengo que evitar que la policía llame a su puerta. También me ha dicho que, a fin de cuentas, ya había acabado, que había salvado a quien quería salvar y que dentro de poco nada de eso importaría de todos modos. Me dijo que la bala que tiene en la cabeza resolverá muy pronto todos nuestros problemas.

Bridget empieza a roncar suavemente, algo que no solía hacer, pero que ahora forma parte de ella. Veo pasar los números del reloj, cada uno de los cuales me acerca más a lidiar con Schroder o a ayudar a Schroder, que es lo mismo que ir a la cárcel o no ir a la cárcel.

Cuando llegan las seis de la mañana, llevo tres horas durmiendo de forma intermitente. Me siento agotado. Me levanto de la cama y me siento en el borde, con la cara entre las manos, pensando que este podría ser mi último día como hombre libre.

A las seis y media, despierto a mi mujer. Ella me sonríe, y luego esa sonrisa se convierte en ceño fruncido cuando ve que llevo el mismo traje que ayer, el traje que me pongo para salvar al mundo.

—¿Vas a trabajar?

—Solo una hora, tal vez un poco más.

Mira el reloj y luego me mira a mí.

—¿Hablas en serio?

—Es algo que tengo que hacer.

—Deja que otro lo haga. Hoy es nuestro día, Teddy.

—Volveré a tiempo para nuestra cita. Lo prometo. Con suerte, incluso volveré a tiempo para el desayuno.

No aparece su sonrisa habitual ni su respuesta de «Teddy sale a salvar al mundo». Parece molesta.

—¿Por qué siempre siento que tu trabajo es más importante que yo?

—No deberías sentirte así —le digo—, porque no es así.

—Ayer trabajaste todo el día.

—Es solo esta mañana, te lo prometo, ¿vale? Hay algo que tengo que hacer.

—No puedes llamar a mis padres tan temprano —dice.

—Lo sé —le digo.

—Quieres dejarme sola —dice.

—No será mucho tiempo. No tengo alternativa. Si hubiera otra forma, la encontraría, solo que no la hay. No quiero ir, pero es importante.

—¿Más importante que yo? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Lo hago por ti —le digo—. Por nosotros.

Ella asiente.

—¿Quieres explicarme cómo?

—No puedo. Lo siento.

—Vale, Teddy, pero no llegues tarde, ¿de acuerdo?

Me inclino y la beso en la mejilla, y, por suerte, no se aparta.

—No, te lo prometo.

Me siento como un cabrón por dejar a mi mujer, pero es mejor que estar diez años en la cárcel. Entonces, mientras conduzco, me asalta una nueva idea: según la nueva ley, podrían condenarme a muerte. ¿Me harían eso? ¿Pondrían de ejemplo lo que he hecho? Tomarían en cuenta mis motivos…, pero, aun así…, maté a un hombre a sangre fría. El motivo no importa. Lo que importa es el resultado. Puse a un hombre bajo tierra. El cuándo tampoco importa. Se dice que pronto harán una oferta a todos los buscados por asesinato: los invitarán a entregarse antes de fin de año. Cualquiera que sea arrestado después, sea por un homicidio en plena investigación, por uno reciente o un caso sin resolver, es decir, sin importar cuándo se cometió el crimen, puede enfrentarse a la pena de muerte.

Hace unos meses, a Schroder y a mí nos llamaban los Policías del Coma.

¿Cómo nos llamarán cuando estemos colgados del cuello?

Son las siete menos diez cuando llego a casa de Schroder. La calle está tranquila. Llamo a la puerta lo bastante fuerte como para que me oiga, pero no demasiado como para que el sonido despierte a todo el mundo en la calle. Tarda un minuto en abrir. Parece cansado.

—¿Mataste a alguien más anoche? —le pregunto.

—¿Qué quieres, Theo?

—Quiero saber cuántas huellas dejaste en casa de Kelly Summers y también en casa de Peter Crowley.

Asiente con la cabeza.

—Ninguna en casa de Peter Crowley. Tuve cuidado de no tocar nada. También limpié la casa de Kelly Summers, pero podría ser un problema. ¿La policía va a empolvarla?

—Sí.

—Mi intención era que Dwight Smith desapareciera —dice—. No llevaba guantes. Nunca hubo ningún motivo para que interrogaran a Kelly y, desde luego, tampoco para que registraran el lugar. Limpiamos muy bien, pero es imposible saberlo con seguridad. Tienes que encontrar una manera de evitar que la policía busque huellas.

—¿Y cómo se supone que debo hacerlo?

—Tú eres el policía —dice—. Tu trabajo es averiguar ese tipo de cosas.

Sacudo la cabeza.

—En realidad, Carl, averiguarlo es trabajo tuyo. Tú eres el asesino. Tú eres el que no debía haber dejado rastros.

—Si no quieres acabar en la cárcel, Theo, encontrarás la forma de detenerlos.

—Pues es tu día de suerte, Carl, porque ya me lo he imaginado. Ponte camisa y corbata. Vamos a dar una vuelta.

Capítulo cincuenta

El cuadro de la mujer en el campo de margaritas es obra de Kelly Summers. No me había dado cuenta. Tiene la cabeza ligeramente girada hacia un lado, pero aquella expresión de pérdida que le vi el sábado es ahora una de paz.

—¿Ella pintó eso? —pregunta Schroder.

—Sí.

—Es increíble —dice—. ¿Quién crees que es la modelo? ¿Crees que es Summers?

—No lo sé.

—Traté de ayudarla, lo sabes. De verdad.

—Lo sé.

—¿Crees que podría quedármelo?

—¿Qué?

—El cuadro. Me gustaría quedármelo. De alguna manera, habla conmigo.

—No lo creo.

—¿No crees que me habla? —pregunta.

—No. Quiero decir que no creo que puedas tenerlo. Estoy seguro de que sus padres lo querrán.

—Probablemente tengas razón. —Se pasea por la sala de estar—. Nos sentamos aquí. Ella ahí, yo ahí —dice, señalando el sofá y la silla—. Le dije que todo iba a ir bien siempre que hiciera lo que yo le dijera.

Pasamos al dormitorio. Con un pañuelo, abre la ventana y limpia todos los lugares que Smith o él pudieron haber tocado. Lo mismo hace en el alféizar, aunque, como dice, ya lo había hecho.

A las ocho llega Rebecca Kent. Echa un par de vistazos a mi coche y me doy cuenta de que intenta entender qué hago aquí. Cuando entra y ve a Schroder, parece aún más confundida. La siguen dos agentes con equipo para tomar huellas dactilares. Ella les pide que empiecen por el dormitorio. Luego, me explica que Hutton ha llamado para decir que está enfermo y pedirle que tome el mando.

—¿Cómo estás, Carl? —pregunta. Se acerca y lo abraza.

Él le devuelve el abrazo y se estrechan con fuerza. Aunque apenas han trabajado juntos, la explosión en la que estuvieron los ha unido.

—Sobrevivo —dice.

—Siento no haber ido a verte —dice. Charlan durante un minuto mientras la pregunta está en el aire. Entonces, Rebecca finalmente la articula—: ¿Y qué haces aquí?

—Estaba pensando en lo que dijiste anoche —respondo por él—, sobre eso de que Kelly Summers recibió ayuda.

—¿Y?

—El de Kelly fue un caso de Carl.

—Y ya habías hablado con Carl —dice.

—Lo sé, pero pensé que sería buena idea traerlo aquí a echar un vistazo.

—Por si algo despertaba un recuerdo —dice Schroder.

—¿Un recuerdo?

—Theo pensó que, con suerte, yo vería algo que podría ayudar. Algo que provocara un «ah» y que de ahí surgiera un nombre. Le dije que era una idea estúpida.

—¿Y ha sido una idea estúpida? —pregunta ella—. ¿O has visto algo?

—Ha sido una estupidez —le digo—. Ya miramos por toda la casa, pero no ha notado nada que pudiera ayudar.

Rebecca me mira, luego mira a Schroder y después, las manos de Schroder. Estoy bastante seguro de que se ha dado cuenta de que él no lleva guantes. Eso significa que sus huellas deberían estar ahora en algunas superficies.

—Tu reloj está roto —le dice.

—En realidad, el tiempo no me sirve de mucho —dice.

—Se rompió con la explosión, ¿verdad? —dice, y se lleva una mano a la cara.

—Sí.

—¿Por qué lo sigues llevando?

—Probablemente por la misma razón por la que no te has arreglado la cara. Es un recordatorio. Ahora es parte de mí.

Rebecca asiente despacio.

—Nunca te di las gracias por lo que hiciste.

—¿Darme las gracias?

—Me prometiste que los atraparías —dice.

—Fallé por la mitad —dice.

—Tuviste la mitad del éxito. —Deja de tocarse la cara y se encoge de hombros, como si nada de eso importara, no en el gran esquema de la vida—. Bueno, supongo que, en teoría, la idea era buena —dice—. Que vinieras aquí a echar un vistazo.

—En eso consiste a veces el trabajo policial —dice Schroder—: teorías que no dan resultado.

—Voy a echar otro vistazo. ¿No tendrías que estar en otro sitio, Theo?

Miro mi reloj.

—Sí, tienes razón.

—¿Has visto los periódicos de hoy?

—No.

—Míralos —dice—. Ha sido un gusto verte de nuevo, Carl. Espero que las cosas mejoren para ti.

Se abrazan de nuevo y salimos hacia el coche. No es hasta que estamos conduciendo que Schroder empieza a hablar de nuevo.

—¿Crees que lo sabe? —pregunta.

—¿Qué?, ¿Rebecca? No. ¿Cómo podría saberlo?

—Porque es una buena policía. Y porque tú no tenías por qué haber deducido esto y, sin embargo, aquí estamos.

—Si no lo hubiera deducido, tus huellas aparecerían esta mañana y estaríamos de camino para arrestarte.

—Para ti, habría sido más fácil de esa manera, ¿no?

Tiene razón.

—Aun así, ¿le habrías dicho a la policía lo de Quentin James?

—No. No habría sido necesario. Todo se habría acabado para mí; no habría habido nada que tú pudieras hacer. Y, si Rebecca se diera cuenta, ¿qué harías?

Aparco y me giro hacia él.

—¿Qué demonios significa eso?

—No significa lo que tú crees. Todo esto —dice— va de segundas oportunidades. Estos tipos hacen cosas horribles y van a la cárcel. Luego salen y se les permite tener una segunda vida. Pero no a mí. Yo no tengo una segunda oportunidad. He dado mi vida por esta ciudad, y ¿cuál es mi recompensa? Pierdo mi trabajo, me pegan un tiro en la cabeza, pierdo a mi familia. Si hubiera violado y matado a una mujer hace quince años, estaría mejor que ahora. No es justo; no lo es para mí ni para quien yo solía ser. Estos tipos no se han ganado una segunda oportunidad, pero ¿sabes quién sí la merece? Yo. Yo. Pero eso no va a pasar.

—¿De eso va todo esto? ¿Estás cabreado?

—Claro que estoy cabreado —dice, y por un momento hay algo de emoción; no mucha, solo un poco, un poco del viejo Schroder—. Pero no tan cabreado como para hacerle daño a gente que no hay que dañar. Tienes que evitar que Rebecca se meta por malos

caminos. Eso es todo lo que estoy diciendo. Yo nunca le haría daño, porque, de todas las personas que merecen segundas oportunidades, ella es una. Y tú también. Mataste a un tipo y tienes que seguir adelante. Tu mujer ha vuelto. Tú has vuelto al cuerpo. Eres un tipo de segundas oportunidades, Theo. Demonios, eres el rey de las segundas oportunidades. Yo he sido un tipo de una sola oportunidad. Ya la tuve. Ahora estoy jodido.

Por el parabrisas, contemplo la carretera. Más adelante, una gaviota picotea un erizo aplastado.

—Siento lo que te ha pasado, en serio. Y tienes razón, no es justo, de verdad que no lo es, pero esto no se puede hacer. No puedes asumir el papel de juez y verdugo, porque le estás haciendo daño a quien no debes.

—Estoy aprendiendo —dice.

—¿Aprendiendo? —Me vuelvo hacia él—. Suena como si no hubieras terminado.

No dice nada. Se gira y mira por el parabrisas más allá del erizo, hacia una carretera de posibilidades.

—¿Eso es todo? —le pregunto.

—No tengo nada más. Mi familia se ha ido, y estoy bien con eso. No tengo futuro, y lo asumo. No tengo nada que ofrecer. Esto… Hacer esto es algo. Puedo hacer que las cosas cambien.

—Tu familia no se ha ido —le digo—. Solo tienes que empezar a hablar con ellos.

—Creo que me iré andando desde aquí, Theo —dice, y abre la puerta del coche.

—Carl… Eh, Carl —lo llamo, pero ya está saliendo del coche. Yo también salgo y me apoyo en el techo para hablar con él—. No puedo permitir que sigas haciendo esto.

—¿Qué?

—Que sigas con lo que estás haciendo. Ayer me dijiste que se había acabado.

—Han cambiado muchas cosas desde ayer.

—Nada ha cambiado.

—Te avisaré cuando necesite tu ayuda. Y me ayudarás, Theo.

—No. Esto termina ahora mismo.

—Eres un buen hombre, lo sé, pero ya has tenido suficientes segundas oportunidades. Ahora, tus propias reglas y la forma en la que has creado tus propias reglas durante los últimos dos años te está pasando factura. O me ayudas, o me pegas un tiro. Tal y como yo lo veo, no tienes otra opción.

Capítulo cincuenta y uno

Está a diez minutos en coche de su casa, pero a una hora andando, y qué bien. Le dará tiempo a despejarse. De camino, se detiene a tomar un café. Solía beber mucho café en su antigua vida, cuando podía saborearlo; así que esta mañana decide probar. Ronda por su cabeza un «¿Quién sabe?», un «¿Quién sabe si hoy será diferente?». Después de todo, se siente diferente, así que espera en la cola y escucha a otras personas que piden tipos de café que le suenan extraños. Él los mira y piensa: «¿Son estos por quienes me estoy muriendo?, ¿gente que pide café de avellana con leche de soja sin azúcar, mitad moca y mitad mierda?». Sí, se ha dejado la piel por esta gente.

Pide un café solo que le cuesta cinco veces más de lo que debería, y probablemente sabe la mitad de bueno. La bala en su cerebro hace que, en estos días, las cosas se procesen un poco diferente, pero sus cálculos le indican que está bebiendo un café que vale el diez por ciento de lo que ha pagado por él. Hay media docena de periódicos de cortesía que nadie lee, ya que, aquí, todo el mundo está enviando mensajes de texto, correos electrónicos o escribiendo novelas. Se sienta y mira la primera plana. En ella aparece la foto a media página de un hombre calvo que no se parece a él. El titular reza «El Hombre de los Cinco Minutos».

Por un momento, se le congela el corazón. El café se oscurece un poco.

En letra más pequeña, debajo del encabezado, dice un titular: «El asesino en serie de Christchurch solo quiere cinco minutos de tu tiempo».

¿Qué demonios? ¿Cómo pueden saber el nombre que se ha dado a sí mismo? Entonces se percata de que no lo saben, de que ese nombre le vino a la mente cuando estaba pensando en que a los medios de comunicación se les ocurriría algo parecido… Vaya, no solo se les ha ocurrido algo parecido, sino exactamente igual.

Lee el artículo. Es sobre Peter Crowley. El periodista ha hablado con Charlotte, y Schroder se pregunta cómo habrá ido esa conversación para que la entrevista se haya reproducido tan rápido. Charlotte habla de su marido, de lo buen hombre que era y de que, cuando se conocieron, él solía hablarle de su mujer. Le había dicho que solía pedir a la policía cinco minutos a solas con los hombres que la habían herido.

«No los consiguió entonces —narra Charlotte—, pero alguien se los dio el sábado. O, al menos, hizo el intento. Peter siempre había querido sus cinco minutos y, al final, eso lo mató. Ojalá hubiera habido otro forma. Ojalá que, en aquel momento, la policía le hubiera podido conceder sus cinco minutos. Entonces, se habría desahogado. ¿Se imagina cómo sería la vida? ¿Se imagina cómo serían las cosas si a las víctimas se les diera permiso de vengarse en un ambiente controlado? Nada de esto habría sucedido. Tal vez, incluso una cosa así ayudaría a prevenir el crimen. Supongo que eso es lo que esperan que haga la pena de muerte, ¿no? Pero en la pena de muerte es el Gobierno que ejecuta a un tipo malo. ¿No cree que el derecho sería de la víctima si así lo quisiera? Creo que la víctima debería tener la oportunidad de tirar de la palanca».

Cuando le preguntan si piensa que el Hombre de los Cinco Minutos ha hecho algo bueno, responde: «Algo muy bueno. Yo habría deseado, tan solo, que hubiera salido mejor».

Peter Crowley está muerto, pero la mujer del hombre no culpa a Schroder. Culpa a la sociedad. Culpa a los hermanos Collard. Culpa al sistema judicial por dejarlos salir y a la policía por no hacer un mejor trabajo.

«¿Odia al hombre que ha hecho esto? ¿Querría cinco minutos a solas con él si pudiera conseguirlos?».

«No lo sé —dice ella—. Pregúntemelo cuando haya enterrado a mi marido».

Schroder piensa en las formas en las que la policía pudo haber hecho un mejor trabajo a lo largo de los años. Es cierto lo que ha dicho Charlotte Crowley. Hay casos que nunca llegaron a los tribunales. Casos en los que la policía no tenía pruebas suficientes para condenar a quien se sabía que era culpable, o bien, casos en los que las pruebas fueron desestimadas. Casos en los que los hombres matan y no necesitan una segunda oportunidad, porque no han agotado la primera.

Todo esto tiene a Schroder pensando. Quizá esto no se trate de buscar a gente que haya salido de la cárcel y esté disfrutando de una segunda oportunidad. El asunto, quizá, va de quienes han escapado. Eso es lo que el Hombre de los Cinco Minutos tiene que hacer ahora. Y, si Charlotte Crowley estuviera aquí, lo aprobaría. Ella le daría las gracias por lo que está tratando de hacer y le pediría que, la próxima vez, hiciera un mejor trabajo. Y, si ella estuviera aquí, él le diría que eso es lo que hará, ni más ni menos.

Capítulo cincuenta y dos

Cuando vuelvo a casa, Bridget se alegra de verme. Cualquier discusión que hayamos tenido esta mañana ha quedado olvidada, porque he vuelto cuando dije que volvería. No he salido corriendo a salvar el mundo; ni siquiera nuestro pequeño rincón de él.

Nuestra cita es a las once. Hacemos lo mismo que anoche: no hablamos del tema. Nos sentamos en el porche; ella lee el mismo libro que leía anoche y yo leo el periódico, en cuya portada llaman a Schroder el Hombre de los Cinco Minutos. Y me pregunto qué opinará Schroder al respecto. A principios de este año, trabajé en un caso en el que un hombre me rogó que le diera cinco minutos con quien había secuestrado a su hija. Así que entiendo el principio. Y lo he entendido cada vez que, a lo largo de los años, con diferentes víctimas y diferentes asesinos, alguien me ha pedido que le conceda cinco minutos con el hombre que le hizo esto o aquello a sus familias. A veces, son solo palabras simbólicas, pero algunos de ellos lo dicen en serio. De otros, no sé qué habría pasado si se les hubiera concedido ese tiempo. Tal vez lo habrían aprovechado. Quizá se habrían sentado a llorar en un rincón.

Schroder tiene razón. Tuve mis cinco minutos con el hombre que mató a mi hija y luego recibí una segunda oportunidad. ¿Quién soy yo para impedir que otras personas anhelen lo mismo?

A las diez y media nos dirigimos al hospital. Es otro de esos días en los que no sabes si ir en camiseta o con chaqueta. Encontramos sitio en el aparcamiento, echamos monedas en el parquímetro, entramos en el vestíbulo y subimos en ascensor hasta la tercera planta.

Nos presentamos en la ventanilla de citas. La enfermera tiene un par de lunares simétricos en las mejillas, uno negro y otro gris.

Esperamos. Me imagino que una cita a las once significa que nos verán más cerca de las once y media, pero, en realidad, nos llaman a las once y veinte. Eso adelanta nuestro día diez minutos, creo, y me pregunto qué podemos hacer con ese tiempo. Me pregunto si todo serán buenas noticias de aquí en adelante.

El doctor Forster me estrecha la mano y le da un pequeño abrazo a Bridget.

Nos sentamos. Él se sienta detrás de su escritorio y lo primero que hace es decirle a Bridget que tiene buen aspecto.

—No me encuentro muy bien —dice ella.

—¿En qué sentido?

Se encoge de hombros, me mira y vuelve a encogerse de hombros.

—¿Bridget? —dice el doctor Forster, y parece preocupado.

Agarro con más fuerza la mano de mi mujer y ella aprieta la mía. Luego mira a Forster, y, mientras habla, no me mira en absoluto.

—Estoy cambiando —dice—. Puedo sentirlo. Es como si perdiera un poco de mí misma cada día.

—Es normal que…

Ella lo interrumpe.

—Lo sé, y tal vez tengas razón, y espero que tengas razón, y estoy agradecida de haber salido del estado vegetativo, de verdad, pero siento como si esto fueran unas vacaciones. Siento que estoy volviendo allí. No quiero decir pronto; no mañana, no la semana que viene, pero tendré suerte de ver otro año.

—Nosotros…

Ella lo interrumpe de nuevo y sacude la cabeza.

—Puedo sentir que está pasando. Sé que está pasando.

—Sé que tienes miedo —dice Forster—. El cerebro es un enigma. Sabemos tan poco sobre él… Pero el hecho de que estés de vuelta con nosotros, Bridget, es un misterio médico. Te tenemos de vuelta y no vamos a dejar que te vayas. Vamos a averiguar qué está pasando —dice, lo que, en cierto modo, contradice lo que acaba de decir sobre que el cerebro es un misterio. Significa que no hay garantías.

Charlamos un rato más. Los tres nos levantamos y él le pide a una enfermera que nos lleve a una sala de reconocimiento. Nos dice que estará con nosotros dentro de una hora. La sala de reconocimiento tiene muchos carteles en las paredes: cerebros, esqueletos y órganos. Aquí parecen una maravilla de la ciencia, pero estos mismos carteles, en la habitación de un niño, probablemente lo convertirían en un asesino en serie. La enfermera sonríe de forma amigable y tiene un gran trato con los pacientes. Echa mano de ambos atributos, con todo ahínco, mientras extrae sangre. Llena cuatro tubos, sonriendo todo el tiempo, sin parar de charlar sobre las decoraciones navideñas que su marido está colocando en casa. Al terminar, le dice a Bridget cómo llegar al baño, le entrega un frasco de muestras de orina y le pide que lo llene.

Después de haber llenado el frasco, a mi mujer le dan una bata de hospital y le piden que se cambie de ropa y se quite todas las joyas. Luego, otra enfermera nos lleva por otro pasillo, y luego por otro, y, en un lugar como este, no me gustaría intentar llegar con prisa a ninguna parte. Ni perderme. Nos dirigimos a otra sala, esta no tan iluminada como las demás. En el centro de la habitación hay un tubo metálico gigante y, en un extremo, una camilla estrecha. El tubo abierto parece una boca y la camilla, su lengua. Recuerdo haber estado en esta misma sala después del accidente, con Bridget tumbada encima de esa camilla mientras se deslizaba dentro de la

máquina. El TAC estuvo listo en treinta minutos; mientras, yo estaba del otro lado de la puerta, rezando para que se pusiera bien y esperando que mis plegarias fueran escuchadas. No lo fueron. Al menos, no entonces.

Retrocedo para que una enfermera y un técnico puedan preparar a Bridget. La tienden en la camilla, le sujetan la cabeza y el cuello con almohadillas y le piden que no se mueva.

—¿Puedo quedarme en la habitación con ella? —pregunto. La otra vez dijeron que no, y esta vez también.

—No hay problema, Teddy —dice Bridget—. Pero ¿puedes dejarme unos minutos a solas con la enfermera? Necesito discutir algo con ella.

—Tal vez debería…

Ella sonríe.

—Está bien, Teddy, de verdad. Te veré en el otro lado.

Me hace gracia que diga eso. Le aprieto la mano y salgo al pasillo para ponerme cómodo durante treinta minutos. Cuando todo ha terminado, la enfermera sale para avisarme y vuelvo a entrar. Bridget se pone en pie. Parece tranquila. Me dice que todo ha ido bien. Nos llevan de nuevo a la sala de exploración, donde hace un rato le han extraído la sangre. Ahí esperamos diez minutos, hasta que aparece el doctor Forster.

—¿Cómo van las cosas? —le pregunto.

—Todavía hay que hacer más pruebas —afirma.

Durante la siguiente hora, le hace una serie de exámenes auditivos y del habla. Le examina los ojos y la coordinación, tomando notas todo el tiempo. Empieza a darle golpecitos con un martillo de

reflejos, algo que solo había visto en series de médicos y que, hasta hoy, no estaba completamente seguro de que en realidad se hiciera. Muchas de estas pruebas, incluida la tomografía computarizada, se las hicieron a Bridget cuando acababa de salir del estado vegetativo, hace unos meses, mientras yo estaba en coma. Eso le da al médico un punto de referencia.

Entonces las cosas empeoran. El médico le pide a Bridget que se tumbe de lado en la camilla. Entra una enfermera y los dos se preparan para hacerle una punción lumbar. Apenas soy capaz de ver cómo le introducen la aguja con el anestésico, ya no digamos la aguja espinal que, minutos más tarde, se desliza entre las vértebras. Durante el proceso, Bridget tensa la cara. Aprieta las manos un par de veces, pero resiste. De principio a fin, el procedimiento dura treinta minutos y termina con cuarenta y cinco mililitros de líquido en la jeringa. La aguja ya está fuera cuando a Bridget empieza a dolerle la cabeza. Forster le dice que se quede quieta durante otra media hora y nos vuelve a dejar. Me siento en un taburete, junto a la mesa, y se me ocurre dibujar una cara en un guante de goma inflado, pero decido no hacerlo. Apenas hablamos. Bridget está tumbada, con los ojos cerrados y el ceño un poco fruncido; el dolor de cabeza está desapareciendo, aunque sigue ahí. Al cabo de media hora, entra la misma enfermera que antes le sacó sangre y le dice a Bridget que puede vestirse y que, cuando estemos listos, bajemos a la consulta del doctor Forster. De nuevo en el despacho, todo el círculo de pruebas nos ha devuelto al punto de partida. Y han pasado cuatro horas.

—En primer lugar, aquí no habrá respuestas rápidas —dice—. Por mucho que me gustaría poder echar un vistazo a estos resultados y darte algo de tranquilidad ahora mismo, no puedo. Tengo que descifrar lo que tenemos y esperar a las analíticas. He acelerado el proceso y espero tener más información en un plazo de veinticuatro horas.

—Está bien —dice Bridget—. Estoy agradecida de que lo estés intentando.

Suena un poco derrotada, y eso me rompe el corazón. Alargo la mano para apretar la suya.

—Vamos a hacer algo más que solo intentarlo —dice Forster—. Haremos todo lo posible.

Hablamos otros diez minutos, lo sondeamos. Siento lo mismo que cuando estoy frente a frente con un sospechoso, tratando de indagar todo lo posible. Al final, nos vamos con un par de apretones de manos y la promesa de que él se pondrá en contacto con nosotros mañana o, a más tardar, el miércoles.

Al llegar al coche, hay una multa en el parabrisas, porque hace dos horas que se agotó el parquímetro. Doblo el papel y me lo guardo en el bolsillo, seguro de que encontraré a alguien que la haga desaparecer. No hablamos mucho de camino a casa. Cada uno va inmerso en sus propios pensamientos, probablemente con algunos en común. No pienso mucho en Schroder; solo en el futuro, en Bridget, en que todo va a salir bien.

Tal como la gente no para de decir.

Capítulo cincuenta y tres

Ron McDonald —sin relación con el payaso, como él dijo el día que fueron a detenerlo— cometió un asesinato y se salió con la suya. Ese chiste del payaso lo utilizó en la puerta de su casa; después, en la comisaría, y, una vez más, delante de su abogado. Para Schroder, el chiste pasó de no tener gracia a no tener ni puta gracia y a darle ganas de arrojar a Ron por la ventana del noveno piso.

Los policías pueden ser como los pescadores. Pillan delincuentes y, a veces, dejan escapar a los más pequeños para quedarse con los grandes. A los más grandes les hacen fotos y las exponen. Y, por supuesto, siempre hay alguno que termina por escapar. A Schroder se le escapó el Tallador de Christchurch; pero no es el único pez gordo que se ha escapado.

Ron McDonald asesinó a su esposa.

Fue hace siete años. McDonald había estado trabajando hasta tarde. Era mecánico y tenía su propio taller. Terminó de instalar una caja de cambios de segunda mano en un Honda de veinte años, limpió, cerró el taller y se dirigió a casa. Allí encontró a Hailey, su mujer desde hacía ocho años, tendida en el suelo de la cocina sobre un charco de sangre. De la casa se habían llevado joyas y dinero en efectivo. Fue un asesinato de alto riesgo a cambio de una ganancia no muy grande, pero estas cosas pasan, y Schroder sabe que mucha gente es capaz de matar por menos. A veces, los crímenes evolucionan. Por ejemplo, un tipo entra en una casa pensando que está vacía, pero no lo está. Se encuentra con una mujer atractiva de unos treinta años que, en cualquier otra ocasión, no le daría ni la hora, pero, ese día, él está en una casa que creía vacía y piensa:

«¿Por qué no?», tres grandes palabras que van junto a «¿Y si…?» y a «¿Por qué debería…?».

Así que la ataca. Él cree que ella hará lo que le pida, pero la mujer no obedece en absoluto, y entonces se produce un forcejeo. Antes de que él se dé cuenta, la ha apuñalado una vez, dos veces, una docena de veces, porque ella, de verdad, de verdad, no debería haberse negado de esa manera.

Esa es la escena con la que Ron McDonald se encontró al llegar a casa. Una escena en la que la sangre había fluido hasta el borde de la habitación de al lado y se acumulaba en todas partes, en la lechada entre las baldosas. Gritó. Sus vecinos lo oyeron gritar y uno de ellos se acercó corriendo. Ron estaba de rodillas sobre la sangre, intentando evitar que se derramara lo que aún quedaba dentro del cuerpo de Hailey, pero ya era demasiado tarde. Cuando la policía llegó, él no podía hablar. Lo llevaron a otra habitación y un agente le ayudó a quitarse las prendas ensangrentadas y a ponerse ropa limpia. Todo ese tiempo, Ron permaneció con la mirada al frente. Algo dentro de él se había roto.

El caso se lo asignaron a Schroder. Era una escena horrible. Se imaginó a sí mismo entrando por la puerta, el «Hola, cariño, ya estoy aquí» y el espanto de la sangre de su mujer por todas partes. En la mayoría de las escenas, se imaginaba a la víctima como alguien a quien amaba. No podía evitarlo. La otra cosa que no pudo evitar fue pensar, desde el principio, que McDonald era el culpable. Lo supuso por la ley de probabilidades. Por las estadísticas. Las estadísticas dictaban que, en nueve de cada diez ocasiones, una mujer asesinada en su casa ha sido víctima de alguien que vivía con ella o de alguien con quien ella estaba relacionada. Lo de esta escena parecía aleatorio, sí, sobre todo por la desaparición del dinero y las joyas. Sin embargo, Schroder también sabía que hacer que algo planeado pareciera aleatorio no requería mucho esfuerzo. Lo aleatorio ocurría mucho en esta ciudad, pero también lo planeado.

Cuando McDonald se recompuso lo suficiente para hablar, les contó lo sucedido. Era mecánico. Caja de cambios de segunda mano. Viaje a casa. Lo que encontró allí. Al poco de empezar con el relato, le dijo a Schroder que, cuando apareciera el hombre o los hombres que habían hecho eso, quería estar cinco minutos a solas con ellos. Schroder negó con la cabeza, se disculpó y dijo que, aunque le daban muchas ganas de concederle esos cinco minutos, el mundo no funcionaba así.

A la mañana siguiente, empezó a trabajar en la coartada de McDonald. ¿La tenía? No, no la tenía, porque no había nadie en el trabajo para verificar que él había estado allí. Alguien activó la alarma a las nueve de la noche, pero él pudo haber conducido hasta su casa, matado a su mujer, vuelto al trabajo y activado la alarma. Schroder empezó a investigar más a fondo. McDonald y su mujer no eran felices. Discutían con frecuencia. «Ella le tenía miedo», le había dicho a Schroder el padre de Hailey.

—¿Alguna vez lo vio exhibir algún comportamiento que diera miedo? ¿Algún comportamiento abusivo?

—No.

—¿Y ella?

—Nunca lo dijo; no con esas palabras, pero yo me daba cuenta.

—Si ella estaba tan asustada o usted estaba tan preocupado por ella, ¿por qué no se puso en contacto con la policía cuando eso empezó a ocurrir?

—Ojalá lo hubiera hecho —dijo el hombre—. Pero me veía a mí mismo solo como un viejo tonto por pensar esas cosas, y ahora míreme. Me he convertido en el viejo más estúpido del mundo, porque no hice nada. Cuando encuentre al tipo que hizo esto, ¿podría hacerme un favor?

No había nada en la casa que señalara a McDonald como el culpable. La sangre que llevaba encima se explicaba por los intentos que hizo de ayudar a su mujer, pero, hasta eso, solo tenía sangre en las manos, las rodillas y los pies, todas las partes que habían entrado en contacto con el suelo y con ella. No había salpicaduras ni arcos en su pecho y cuello. Si él la había matado, no lo había hecho con la ropa que llevaba puesta cuando lo encontraron. Si la había matado y había conducido de vuelta al trabajo, podía haberse deshecho de la ropa por el camino.

Entrevistaron al personal del negocio de McDonald. ¿Habían visto algo sospechoso? No, nadie. Pero entonces descubrieron que uno de los hombres había vuelto al trabajo a las ocho de la tarde porque se había dejado allí el móvil.

—La alarma no estaba puesta y el coche de Ron no estaba allí, pero el equipo de música del trabajo estaba encendido y las herramientas, fuera. Parecía que solo había salido unos minutos. Lo hacía de vez en cuando. Todos haríamos algo así si tuviéramos hambre. Hay una gasolinera a unos dos minutos. Nadie entraría en la tienda a robar las herramientas en solo unos minutos.

Eso declaró. Schroder sabía que esto último no era tan improbable como el tipo parecía pensar. La gente roba mucho más rápido de lo que los demás creen posible, porque practican, practican y practican.

Así que Ron McDonald no estaba en su trabajo, a pesar de lo que había dicho, y, cuando le preguntaron dónde había estado, dijo que en la gasolinera, tomando un tentempié. ¿Tenía un ticket? No. ¿Cómo pagó? En efectivo. ¿A qué hora estuvo allí? No estaba seguro. Alrededor de las ocho, tal vez. ¿Cuánto tiempo estuvo ahí? Cinco minutos, como mucho; o tal vez diez. ¿Quién le atendió? No se acordaba. ¿Qué compró? Una lata de Coca-Cola y unas bolsas de patatas fritas, además de un par de rollitos de salchicha calientes. ¿Condujo o caminó? Condujo. No estaba lejos, pero no tenía ganas de caminar.

Así que fueron a la gasolinera. Había imágenes de vigilancia. Las inspeccionaron. Examinaron todo lo que había sobre las ocho de la tarde. Avanzaron una hora. Retrocedieron una hora. Adelantaron dos horas. Volvieron a esa mañana. Encontraron a McDonald por la mañana, vieron a otros empleados de vez en cuando, pero a ninguno de ellos por la tarde.

Schroder volvió a hablar con McDonald. Esta vez, él quería un abogado. Lo informaron de lo que habían encontrado. McDonald negó con la cabeza. Luego, mantuvo una conversación de veinte segundos con su abogado, en voz baja. Este negó con la cabeza una vez, luego asintió dos veces y luego se acabó.

—El hecho es que mi cliente no ha sido totalmente veraz con usted —dijo el abogado—. Desde hace un mes, mi cliente tiene una aventura, y ahí es donde estaba la noche en la que mataron a su mujer.

Investigaron lo de la aventura, claro que sí, pero era una historia que ya habían oído antes con otros sospechosos y otros crímenes. Y la volverían a oír. Lo malo es que también era una buena coartada; no pudieron desacreditarla.

Sin embargo, el caso contra McDonald fue creciendo. Una vecina lo había visto aparcar su coche a una manzana de distancia. Luego, alrededor de las ocho de la tarde, lo vio recorrer el resto del camino hasta su casa, donde pasó quince minutos. Después, McDonald regresó a su coche. ¿Cómo de bien lo vio la vecina? Lo vio bien. Pero eran las ocho, era pleno invierno, estaba oscuro. ¿Pudo haber sido cualquiera? No. Era Ron. Definitivamente, era Ron.

Consiguieron una orden para registrar el taller. Schroder se llevó a un equipo de personas para que desmantelaran el lugar, pero fue en el coche donde encontraron la ropa que Ron llevaba puesta. Estaba empapada en sangre. El asesino la había metido en una bolsa negra

de basura y había escondido esta en el maletero, debajo de la rueda de repuesto.

Arrestaron a Ron y lo llevaron ante un juez. Pero el caso fue desestimado y no llegó a juicio. No había suficientes pruebas. No sin la ropa ensangrentada. La ropa que encontraron no podía usarse como prueba. ¿Y por qué no? Porque la orden judicial cubría el taller y los coches aparcados en las instalaciones, mientras que el coche de Ron estaba aparcado en la entrada, en un área que era propiedad del taller vecino. Un tecnicismo. Eso era todo. Pero la ley se basa en tecnicismos. En el futuro, otros detectives llamarían a eso un schrodereo. Nunca pensaron que él se enteraría, pero se enteró, y se cabreaba; más por haber metido la pata que por el nombre que le habían puesto a su chapuza.

La policía debería tener mejores soluciones.

Solo que ya no había más soluciones, y más gente moría en la ciudad, más gente salía libre y, de algún modo, Hailey McDonald y su marido homicida se habían colado entre las grietas.

Hasta hoy.

—Yo no la maté —dice Ronald, que sangra por el lado derecho del abdomen, donde Schroder le acaba de pegar un tiro hace menos de un minuto. También está llorando. Caen grandes lágrimas por su cara.

Schroder sigue apuntando con el arma.

—Sí que lo hiciste. Sé que lo hiciste.

—¡Estás cometiendo un error!

—Nos mentiste.

McDonald está de rodillas. Mira a Schroder.

—Solo intentaba ocultar que tenía una aventura —dice. Se agarra la herida y se mete un dedo en ella, como si eso pudiera impedir la pérdida de sangre y la visita de la Parca. Su rostro palidece.

—Y te vieron entrar en tu casa.

McDonald sacude la cabeza.

—No era yo.

—¿Recuerdas lo que me pediste?

—Por favor, no lo hagas.

—Contesta.

McDonald sigue negando con la cabeza.

—¿Qué pregunta? ¿Qué pregunta?

—Te estoy preguntando si recuerdas lo que me pediste.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—La noche que nos conocimos. Me preguntaste si podías tener cinco minutos a solas con la persona que mató a tu mujer —dice Schroder —. Bueno, pues podrías considerar esto como lo que me pediste, exactamente.

Capítulo cincuenta y cuatro

Volvemos del hospital y hay una cesta en la puerta. Está cubierta con un paño a cuadros rojos y blancos. Al levantar el paño, encuentro un surtido de magdalenas; quizá una docena. Se las enseño a Bridget, que parece contenta por el gesto, pero no tanto cuando le digo que son de parte de Rebecca.

Estamos cenando cuando suena mi móvil. Es la tercera vez. En las dos anteriores, me he agachado y he cortado la llamada sin contestarla. Estoy a punto de volver a hacerlo cuando Bridget me dice que no pasa nada, que puede ser importante.

—No importa —le digo.

—Solo contesta el teléfono, Teddy.

Así que cojo el teléfono y veo que es Rebecca. La tentación de no contestar sigue ahí, pero es que siempre tengo la tentación de no contestar.

—Hola —le digo—. ¿Llamas por el artículo del periódico o por las huellas dactilares?

—Ni una ni otra —dice ella—. Te tengo malas noticias.

De inmediato pienso en Schroder, en que hoy ha hecho lo mismo que en los dos últimos días y tenemos otra escena del crimen.

—¿Otro violador muerto? —pregunto.

—He dicho malas noticias —dice—. Es Hutton.

—¿Qué pasa con él?

—Esta tarde ha tenido un ataque al corazón. Los médicos creen que ha tenido que ver con la pérdida de peso, las dietas y el ejercicio.

—Mierda, ¿se pondrá bien? —pregunto.

Bridget deja de comer y me mira.

—No —dice ella—. No lo ha logrado… Ha muerto, Theo. —Empieza a llorar—. Ha muerto hace media hora.

—Ay, mierda —digo, y el mundo se balancea un poco. Puedo sentir la cena moviéndose en mi estómago, lista para dar un salto hacia arriba—. ¿Dónde estás? ¿En el hospital?

—Estoy en casa. Su mujer está con él en el hospital, pero me acaba de llamar el comisario para decirme lo que ha sucedido. Me ha dicho que ha tratado de localizarte. No puedo… Ya sabes, no puedo…

—¿Creerlo? —le pregunto, y apoyo el codo en la mesa. Escondo la cara en la palma de la mano, con los ojos cerrados. Allí puedo ver a Hutton tal y como lo vi la última vez, cuando estábamos frente a la casa de Kelly Summers.

—Lo vimos ayer. ¿Cómo puede la gente irse así? —pregunta.

Es una pregunta ingenua viniendo de alguien en la posición de Kent, pero, a pesar de todo, sigue siendo una buena pregunta. Ocurre todos los días.

—¿Qué ha sucedido? —le pregunto.

—No lo sé. Esta mañana llamó para decir que estaba enfermo, ¿recuerdas? Supongo que… No lo sé. Simplemente no lo sé. Pero ha muerto, Theo. Era un buen tipo. Un tipo muy bueno.

—Era un buen tipo —digo, y Bridget me mira con preocupación. Sabe que alguien ha muerto.

—Tiene un par de hijos —dice.

—Lo sé.

—Siento que tengo que hacer algo, ¿sabes? Como si, con tan solo averiguar qué hacer, pudiéramos cambiar lo que ha ocurrido. Sí, está muerto, pero es como si mañana, al llegar al trabajo, todo estuviera bien y él pudiera estar allí.

—Siempre es así —le digo.

—El caso es tuyo —dice.

—¿Qué?

—Por eso te ha estado llamando el comisario: para decirte que ahora tú llevas el caso.

—¿Yo?

—Sí, tú. Cree que estás a la altura. También está de acuerdo en que el calvo es de verdad. Escapó de Grover Hills, creemos que ayudó a Summers. Tenemos una lista de los secuaces conocidos de Roddick y hemos comparado los registros dentales. Ya tenemos el nombre de la cuarta víctima de Grover Hills. Es Robin Walsh. Era un seguidor conocido de Matthew Roddick. Eligió la noche equivocada para echarle una mano a su amigo. El Hombre de los Cinco Minutos los mató a todos. ¿Te gusta el nombre que le han dado los medios?

—En realidad, no —le digo, pero es mejor que llamarlo Carl Schroder.

—La forense recuperó balas de los cuerpos. Ya las están analizando. En Grover Hills aparecieron tres pistolas. Habrá coincidencias —dice.

—Sin duda.

—Todavía no puedo creer que Hutton haya muerto —dice.

—¿Qué pasó con la casa de Kelly Summers? ¿Encontraste alguna huella?

—Montones.

—¿Y en la de Dwight Smith?

—No. Pero lo que sí encontramos fueron muchas superficies limpias. Lo que quiero decir es que no había huellas en el alféizar de la ventana, y, en el baño, apenas unas cuantas. Alguien lo limpió.

—Kelly parecía una mujer ordenada.

—Nadie es tan ordenado —dice—. Pero, ya sabes, ahora no hay nada que sugiera que las cosas fueron distintas a como Kelly las explicó en su carta. Ahora que llevas el caso, supongo que de ti depende lo que hagamos a continuación.

Me pregunta cómo está Bridget. La pongo al día y colgamos. Le doy a Bridget la noticia sobre Hutton y ella llora. A mí también me dan ganas de llorar. Ella conocía a Hutton, no tanto como a Schroder, pero sí lo suficiente como para sentirse sacudida por la pérdida. Uno está aquí un instante y, al siguiente, se ha ido. Así es la vida. El domingo trabajábamos horas extras juntos. Hoy estaba enfermo. Este fin de semana acudiremos a su funeral.

Cuando vuelve a sonar mi teléfono, sé que va a ser Kent o el comisario Dominic Stevens. Por un momento, solo por un momento, pienso que me llaman para darme noticias: que ha habido un milagro y que, aleluya, Hutton no está muerto. Pero no es nada de eso. Es Schroder.

—Necesito tu ayuda —me dice.

—No —le digo, y cuelgo.

—¿Quién era? —pregunta Bridget.

—Alguien a quien intento evitar —le digo.

Mi teléfono vuelve a sonar. Le doy unos segundos, luego le digo a Bridget que me dé un minuto, entro en el salón y cojo la llamada. Esta vez no digo nada. Lo dejo hablar.

—Pronto recibirás una llamada, ha aparecido otro cadáver —dice—. ¿Te acuerdas de Ron McDonald? Era el tipo que no paraba de hacer mofa de que no estaba emparentado con el payaso, el tipo que…

—Me acuerdo de él.

—Bueno, ahora está muerto, y hay un problema. Este es el segundo caso en el que fui detective jefe, y eso significa que habrá preguntas. Tienes que mantenerme al margen.

Doy vueltas por el salón, con el teléfono tan agarrado que, si me sucediera ahora mismo lo que a Hutton, no podrían arrancármelo de la mano. Tendrían que enterrarme con él.

—Por Dios, Carl. Te has vuelto loco.

—Ahora estamos juntos en esto, Theo.

—Hutton ha muerto hoy —le digo.

—¿Qué? ¿Cómo?

—De un ataque al corazón. Algo repentino.

—Ese tipo ha sido un infarto andante durante los últimos diez años.

—Al menos, podrías sentir lástima por él.

—Ojalá pudiera. Pero, si fuera útil, sentiría algo. Sé que es una pena. Y también sé que harás lo que yo te pida a menos que quieras arriesgarte a ir la cárcel o a la pena de muerte. ¿Vas a reemplazar a Hutton como jefe de la investigación?

—Sí.

—Esto debería ser sencillo para ti, entonces —dice—. Ahora, Theo, esto es muy importante. Me he dejado algo.

—¿De qué estás hablando?

—Cuando maté a McDonald, me dejé uno de los móviles. No debería haber huellas en el teléfono, pero podría haber una en la tarjeta SIM. Debió salirse de mi bolsillo durante el forcejeo. Eso significa que probablemente esté en el suelo. Necesito que te encargues de eso por mí.

—¿Por qué no te encargas tú mismo?

—Porque no puedo volver allí. El riesgo es demasiado grande —dice.

Me siento en el sofá, bajo la cabeza y miro la alfombra.

—¿Así que quieres que limpie la tarjeta SIM?

—No, Theo, necesito que recuperes el teléfono y me lo traigas.

—¿Qué tal si me entrego y, de paso, a ti también? —le pregunto, y lo digo en serio. Lo pienso—. Tengo que detenerte, y lo entiendes, ¿verdad? —Vuelve la voz de antes y me dice: «¿Y ahora qué? ¿Ahora te dará por pensar en lo que no quieres pensar?». No. No quiero.

—No. No lo harás, Theo. Sé que no lo harás. ¿Tu mujer no te ha dado la noticia?

—¿Qué noticia?

—Entonces, no lo ha hecho. Cuando lo haga, sabrás que nunca te entregarás. Diablos, si me diera la gana, podría obligarte a venir conmigo la próxima vez. ¿Y sabes qué? Tal vez lo haga.

—Estás perdiendo el control —le digo.

—No. Por fin tengo el control. ¿No te das cuenta? Por primera vez desde que he querido hacer algo diferente con esta ciudad, puedo hacerlo.

Capítulo cincuenta y cinco

Bridget me pregunta por qué parezco intranquilo. Le digo que me preocupa dirigir el caso. Hace unos meses estuve en coma y, antes de eso, ni siquiera era policía. Estoy seguro de que no será una decisión popular. Otros en el cuerpo han trabajado duro y durante más tiempo y son más aptos. Sin embargo, que te den el caso no es un ascenso. No viene con más dinero ni un mejor título. Solo significa seguir haciendo exactamente lo que hacía y un poco más, con todo el estrés que eso conlleva.

—Todavía no me has dicho lo que querías decirme ayer —le digo.

—Puede esperar —dice.

Muevo la cabeza de lado a lado.

—No, no puede esperar. —Hablo con un poco más de firmeza de lo debido.

—Teddy…

Levanto la mano.

—Lo siento. No quería sonar enfadado. Es solo que… Bueno, con Hutton fuera, habrá más cosas que hacer en el trabajo hasta que el caso esté resuelto. Lo último que quiero hacer es estar más horas allí y menos aquí, y…, bueno, en realidad, no sé lo que quiero decir —le digo, aunque eso no es cierto. Sé exactamente lo que intento expresar: «Schroder me ha dicho que hay algo que él puede usar para chantajearme».

Alarga el brazo y me coge la mano.

—¿Sabes por qué fui al centro comercial ayer? —dice—. Para comprar una prueba de embarazo.

Intento responder, pero no sé cómo.

—No la compré entonces, pero ayer fui con mi madre. Me he hecho la prueba, Teddy. Estoy embarazada. Eso es lo que he tenido que decirle a la enfermera hoy, antes de la tomografía. Estoy embarazada de seis semanas. Vamos a tener un bebé.

La noticia es muy diferente de cualquier cosa que yo pudiera haber imaginado. Cuando intento decir algo, descubro que no puedo.

—¿Teddy?

¿Un bebé? Noches sin dormir. Cambiar pañales. Una niña pequeña que camina como un Bambi borracho mientras busca el equilibrio, las primeras palabras, las citas para ir a jugar, para ir al colegio; que la atropelle un coche y tenga que enterrarla antes de que su vida se ponga en marcha. Solo que retrocedo, porque nada de eso va a pasar. No esta vez. Esta vez, todo va a ir bien. Así que pienso en jugar en el jardín, en tener un gato, comprar ositos de peluche y leer los boletines de notas del colegio. Pienso en verla hacer deporte en el cole, en las coletas, en las pecas y en una de sus manos entre las mías mientras caminamos por la playa, con un cubo y una pala en la otra mano. Construimos castillos de arena, comemos pescado con patatas fritas y gritamos a las gaviotas que nos dejen en paz. Pienso en sus amigos que se acercan, en sonrisas sin dientes, en sobornarla con comida basura, en hablarle de Papá Noel y en poner en la nevera dibujos de gatos y árboles pintados con lápices de colores. Pienso en ella creciendo, dejando la escuela y yendo a la universidad, construyendo su propia identidad, haciendo algo diferente por el mundo. Pienso en ella siendo lo que quiera ser, y feliz de hacerlo.

—Teddy, con ella, todo va a salir bien —dice—. No le va a pasar nada.

—¿Ella?

—Es una niña —aclara, y me doy cuenta de que yo también he estado pensando en ella como una niña.

—¿Has…? —empiezo a preguntar, pero ella ya está negando con la cabeza.

—No, no he ido al médico, y es demasiado pronto para saberlo, pero puedo decirlo.

—Una niña —digo, y si yo no hiciera lo que Schroder quiere que haga, ¿qué edad tendrá mi hija cuando el Gobierno me ejecute? Todas estas cosas que he imaginado hacer con ella no podré hacerlas. Crecerá y papá aparecerá en los periódicos por haber matado al hombre que le quitó a una hermana que nunca llegó a conocer. Papá en un tribunal. Papá camino del fin, escoltado por dos guardias y un cura.

—¿Estás contento? —pregunta Bridget.

Me acerco y la abrazo, la abrazo con fuerza. Esta es la vida, que ha venido a darme otra segunda oportunidad, porque soy el rey de las segundas oportunidades.

—Claro que estoy feliz —le digo—. Me siento inmensamente feliz.

—Va a ser increíble —exclama.

—Lo sé.

—Y nos aseguraremos de que nunca le pase nada malo —dice.

—Lo sé. —Y será fantástico, y nos aseguraremos de que no le pase nada malo; pero ya tengo miedo. Tengo miedo del futuro y de todas las cosas desconocidas que hay en el mundo, cosas que siempre

buscan la forma de quitarme las segundas oportunidades, porque no las merecía.

Todavía estamos abrazados cuando suena mi teléfono. No quiero contestar, pero tengo que hacerlo. Y debo hacerlo porque Schroder ha matado a alguien y tengo que ir a hacer limpieza. Si no la hiciera, la vida que Bridget y yo soñamos simplemente no va a suceder.

Antes de que pueda disculparme, Bridget me dice que coja la llamada. Dice que ha sido un día agitado y que, con la pérdida de Hutton, los próximos días serán duros.

Miro la pantalla y veo que es el comisario Dominic Stevens. Stevens es una de las razones por las que volví al cuerpo. Cuando hacía lo posible por volver a ser policía, fue él quien me dio la oportunidad. Gracias a él, no estoy deambulando por los centros comerciales ni vendiendo trozos de mi hígado.

—He estado intentando localizarte —me dice—. Tengo malas noticias.

—Ya las he oído —le digo—. Rebecca me ha llamado hace unos minutos.

—Era un buen hombre y un buen policía. En los últimos meses, estaba alcanzando la plenitud de su capacidad. Es una pena —se lamenta—, una gran pena.

—Sigue sin parecer verdad —le digo, y quisiera añadir más, pero ahora mismo no se me ocurre nada.

—Cierto, y detesto decir esto, pero sé que Hutton lo entendería: aún tenemos mucho que hacer. Ha habido otro homicidio.

—Lo que me estás diciendo es que debemos seguir adelante —le digo, porque, después de todo, han pasado cinco minutos.

—Él lo entendería —dice Stevens—. ¿Y cuál es la alternativa si no?

—Comprendo lo que quieres decir —le digo—. ¿Qué tenemos?

Así que me lo cuenta. Ron McDonald. ¿Me acordaba de él? Sí. ¿Recordaba los detalles del caso? Casi todos. ¿Lo de que Schroder metió la pata con la orden judicial? Sí, lo recordaba, y, por supuesto, el que McDonald haya sido el elegido es completamente explicable.

—En dos de los tres casos en los que se ha centrado el Hombre de los Cinco Minutos, Schroder era el detective a cargo —dice—. El tercero era de Landry. ¿Crees que alguien ha estado eligiendo a las víctimas por quien las investigó? —pregunta, y me quedo esperando a que añada «¿Estará Schroder haciendo esto?», pero no lo hace. Y eso es porque Schroder no es sospechoso. Schroder es Schroder, uno de los nuestros, uno de los buenos.

—No lo sé —le digo.

—Llama a la detective Kent y reúnete con ella en la escena.

—¿Quién está allí en este momento?

—Un par de oficiales y el tipo que encontró el cuerpo, pero eso está a punto de cambiar.

Miro el reloj. Son las ocho de la tarde.

—Vale. Mira, antes de que la mitad del cuerpo de policía haga una excursión por el lugar, deja que primero me reúna con Kent. Deja que tengamos la escena para nosotros solos durante media hora. Llama a los oficiales y diles que esperen afuera. —No dice nada—. Puede que no ayude, pero puede que sí. Solo déjanos pasar treinta minutos mirando por ahí con un poco de paz y tranquilidad, sin otros oficiales ni forenses moviendo cosas o cambiándolas de lugar.

—De acuerdo —dice—. Tú decides. No veo en qué podría perjudicarnos que pasarais algo de tiempo allí solos, además de que podrías descubrir algo que, de otro modo, no veríais —dice, y yo me quedo pensando «Ojalá que sea el móvil».

—Llamaré a Kent y enseguida iré para allá.

«Allá» es un taller que está en las afueras de la ciudad, un lugar que McDonald poseía y gestionaba y donde tenía media docena de empleados. Los negocios de Ron McDonald eran buenos, pero los negocios que se basan en que a otras personas les ocurran desgracias siempre son los mejores. Los abogados, dentistas, médicos, mecánicos y policías tienen eso en común. Tardaré quince minutos en llegar. Antes de salir, llamo a los padres de Bridget y les digo que uno de mis colegas ha muerto y que tengo que ir a trabajar. No discuten, claro que no; no cuando he perdido a un amigo.

Me reúno con Kent en la puerta. Veo dos coches patrulla; en uno hay dos agentes, el otro está vacío. La escena la iluminan los propios coches. Tienen los faros encendidos y los motores en marcha. Cerca de la entrada principal hay otros dos agentes y, sentado en un deportivo blanco, un tipo que habla animadamente por el móvil. Debe ser el hombre que encontró el cadáver.

Hablamos con los uniformados y estos nos cuentan cómo se encontró el cadáver. Nos explican que el hombre del coche deportivo es Chris Watkins. También nos enteramos de que uno de los agentes se metió en el charco de sangre que estamos a punto de ver. Lo hizo para comprobar si la víctima tenía pulso. Este sostiene una bolsa de plástico, dentro de la cual está su zapato.

—Me lo quité enseguida para no contaminar la escena —dice—. Espero que nadie se enfade demasiado conmigo por haber pisado la sangre, pero tuve que hacerlo por si aún había manera de salvar a la víctima.

—¿El tipo del coche es quien llamó? —pregunto.

—Es uno de los empleados —dice el agente—. La mujer de McDonald dijo que Ron tenía que estar en casa sobre las seis. Cuando no apareció, intentó llamarlo, pero no obtuvo respuesta —dice. Enseguida, echa un vistazo a su bloc de notas—. Llamó a Chris y le preguntó si sabía algo. Él le contestó que no, pero que bajaría a comprobarlo.

—¿Y él ha llamado ya a la mujer? — le pregunto.

—Watkins se puso en contacto enseguida con la policía —me cuenta —, pero dice que no ha llamado a la mujer porque no quiere ser él quien le dé la noticia.

—Bueno, le está dando la noticia a alguien ahora mismo —dice Kent, mientras mira hacia el coche—. Probablemente ya ha llamado a una docena de personas.

—¿No tenemos derecho a quitarle el móvil? —pregunta el agente.

—¿Se lo pediste, al menos?

—No. Supongo que debería haberlo hecho.

—Pues ve y pídeselo ahora. No quiero que la noticia de la muerte de Ron McDonald llegue a la mujer antes de que se la demos nosotros, ¿vale? —dice Kent.

—Claro, detective —dice el agente. Camina hacia el coche cojeando un poco debido al zapato que le falta.

Entro con Kent al local. Tenemos que atravesar la oficina para llegar al taller. La oficina está llena de fotografías de coches y de gente trabajando en ellos, de hombres risueños vestidos con mono, de hombres sentados fuera y fumando. Me recuerdan a la gasolinera en la que trabajaba Dwight Smith. Los trabajadores parecen formar un

equipo muy unido. Un par de ellos aparecen en un barco pescando algo grande, otros están en pose de soldados cazadores, como si acabaran de derribar un gran oso, solo que estos chicos llevan pistolas de paintball. Otro de ellos conduce un kart.

Este taller es como otro cualquiera que yo haya visitado: un mundo dominado por hombres, donde los coches son el centro. La oficina, con sus fotos de paintball y pesca, es para el público, pero detrás, en la zona de trabajo, hay calendarios de mujeres semidesnudas, grandes carteles de coches de rally y deportivos, fotos de mujeres sentadas en coches veloces o montadas sobre ellos como si tal cosa, otras en bikini ondeando banderas a cuadros. Hay dos grandes elevadores hidráulicos: uno, vacío y otro, con un coche encima. También, largas mesas llenas de herramientas, herramientas por todas partes, y más herramientas aún. Y, en medio de todo, está Ron McDonald tumbado de espaldas, con los ojos abiertos, sin que sus ojos capten nada. Las mujeres semidesnudas quizá sean una de las últimas cosas que haya visto, y me imagino que hay cosas peores que ver cuando uno se va.

Hay mucha sangre alrededor del muerto. Probablemente seguía vivo cuando pasó de estar de pie a tumbado, y probablemente siguió vivo durante algún tiempo después. El epicentro de todo este desbarajuste parece ser el abdomen de McDonald. Hay un agujero en el mono del muerto. Parece de bala. En la sangre hay una sola huella.

—Entonces, ¿quién es este tipo? —pregunta Kent.

—Se llama Ron McDonald. Hace algún tiempo estábamos bastante seguros de que había matado a su mujer.

—¿Pero?

—No pudimos probarlo. Hubo un problema con la investigación y, al final, ni siquiera hubo un juicio. Encontramos ropa ensangrentada en

su coche, solo que no pudimos usarla como prueba, porque hubo un problema con la orden judicial.

—¿El schrodereo? —pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Sí, de ahí viene el término. —Le completo los detalles: la detención, la coartada, las mentiras, la aventura. Después de que la ropa quedara descartada como prueba, el caso se estancó, se enfrió y murió.

—Pero no para el Hombre de los Cinco Minutos —dice—. Porque él es quien ha hecho esto, ¿verdad?

—Todavía no lo sabemos.

Se mete las manos en los bolsillos y rebota ligeramente sobre sus talones. Me mira.

—¿Sabes lo que pienso?

—Dímelo.

—Creo que podríamos estar enfrentándonos a un policía.

—¿Qué?

Mira a su alrededor para asegurarse de que estamos solos, y lo estamos, excepto por Ron McDonald, que no está tomando notas.

—Encaja, ¿no? Por eso siempre va por delante de nosotros. Tiene que ser alguien con acceso a este tipo de información. Y no olvides que, cuando te suplantaron, la mujer de la cárcel dijo que estaba segura de estar hablando por teléfono con un policía.

—No lo sé —digo—. No lo veo.

Se saca las manos de los bolsillos y pone las palmas hacia arriba.

—¿Por qué?

¿Por qué? Sí, Tate, ¿por qué, exactamente?

—Porque trabajamos con esta gente. Porque son buenas personas. Simplemente no lo veo.

—Sí, trabajamos con gente buena, pero este tipo cree que está haciendo algo bueno. Aquí, McDonald se salió con la suya, así que el Hombre de los Cinco Minutos ha venido a arreglarlo. Suena como algo que haría un policía.

—¿Y por qué ahora? ¿Por qué no cuando Hailey McDonald fue asesinada?

—Esa es la cuestión, ¿no? ¿Por qué no antes? Vamos, echemos un vistazo antes de dejar entrar a los demás.

—¿Por qué no empezamos por lo obvio? —le digo—. Ve a la oficina a ver si alguien tenía que recoger o dejar un coche. No sabemos a ciencia cierta si este caso está relacionado con los anteriores. Después de todo, el tipo era mecánico. Seguro que mucha gente ha querido matar a su mecánico.

Rebecca vuelve a entrar en la oficina. Paso unos segundos de pie junto al charco de sangre, miro a McDonald y me pregunto cómo se sucedió todo. Es posible que él no se enterara de con quién estaba hablando, que Schroder fuera un cliente, un tipo a quien no reconoció, y lo siguiente que supo es que le estaban disparando. No hay gotas de sangre que se proyecten fuera del cuerpo o hacia el cuerpo, así que estaba ya herido cuando cayó. El forcejeo tuvo lugar aquí. No veo el teléfono de Schroder. Quizá no esté aquí, pero también podría ser que McDonald estuviera tumbado encima.

Solo que no está debajo de McDonald, en absoluto. Está a unos tres metros, pegado a la rueda de un Toyota de dos puertas. Miro hacia la oficina. No hay línea de visión con Rebecca. Me acerco al teléfono y el ángulo entre el despacho y yo se estrecha aún más, aunque no lo suficiente. Si Rebecca mirara a través de la puerta, me vería. Con un pie, deslizo el teléfono detrás de la rueda. Luego sigo caminando por el suelo del garaje, en busca de pistas, en busca de un arma, intentando averiguar quién, como buen policía, habría hecho esto, por estar en la misma sintonía, y yo estoy en la misma sintonía… Pero no en la frecuencia de Hutton, quien, de todas formas, ya se ha ido.

—¿Has encontrado algo? —pregunta Rebecca, que acaba de salir.

—Nada.

—He mirado los tickets y las citas, pero no hay nada que destaque. De todas formas, no hay anotaciones para esta noche. Acabo de oír que la forense ha llegado. ¿Te parece bien que la dejemos entrar o quieres que, por el momento, la escena siga siendo solo para nosotros?

—Ve y dile que puede entrar —le digo—. De hecho, diles a todos que pueden entrar.

—No ha sido una idea estúpida —comenta—, querer venir aquí antes que los demás.

Me encojo de hombros, como si lo fuera y no lo fuera. Rebecca vuelve al despacho para salir del local y, en cuanto desaparece, meto la mano debajo del Toyota y cojo el teléfono. Me lo guardo en el bolsillo. Y noto que me quema, que me dejará cicatrices en la piel, que prenderá fuego a mi chaqueta y que se me caerá delante de todo el mundo. Me expondrá como lo que soy: cómplice de asesinato.

Capítulo cincuenta y seis

Como estamos en una zona industrial y todos los talleres y edificios cierran sobre las cinco o las seis, no podemos hacer ningún sondeo. No hay nadie a quien preguntarle nada. Hablo con Chris Watkins, el hombre que encontró el cuerpo. Parece conmocionado, pero también encendido, como lo estaría cualquiera a cuyo jefe acabaran de asesinar. Lleva una camiseta que dice «El tío Badtouch quiere un beso» y unos vaqueros que deben estar rotos en un cuarenta por ciento, como si la cadena de producción incluyera la jaula de los leones de un zoológico. Tiene unos treinta y tantos años, un corte de pelo de estilo militar y, en un lado de la cara, un par de lunares del tamaño de una uña.

—No sé lo que me esperaba —habla rápido, ansioso por pronunciar las palabras—, pero seguro que no era esto. Me imaginé que mi jefe estaba trabajando hasta tarde y que tenía el teléfono apagado, pero también pensé que podía haber habido un accidente. Ya sabe, esas cosas pasan y tal, sobre todo cuando uno está rodeado de todas estas herramientas y todos estos coches, y las cosas se las arreglan para salir mal. No habían salido mal, no aquí, pero eso solo significaba que era cada vez más probable, ¿sabe?, que el momento estaba llegando. Dios, pobre Ron. Primero, su mujer, quiero decir, su primera mujer, y ahora él. Los han de haber maldecido de alguna manera.

—Usted es quien volvió aquí para coger su teléfono la noche que mataron a Hailey McDonald, ¿verdad?

—Sí. Sí, es cierto —dice, y yo sé que es cierto, porque hace unos minutos he leído lo que he podido sobre esa noche y los días siguientes. Puedo recordar los fragmentos más grandes, pero no los

pequeños detalles—. Siempre se me olvida el móvil; bueno, ya sabe, no siempre, pero sí muchas veces. He perdido unos cuantos a lo largo de los años, lo que significa que nunca podré comprarme un teléfono bonito, ¿me entiende? Ya me decía mi padre que, cuanto más caro es algo, más probable es que alguien te lo quite; o, en mi caso, más probable es que yo lo pierda.

—¿Y esta noche?

—Sí, sí, esta noche Naomi me llamó para…

—¿Naomi Williams?

—Sí. Bueno, no. Es Naomi McDonald, pero antes era Williams, claro.

—¿Así que Ron se casó con la mujer con la que tenía una aventura?

—Sí, hace unos dos años. Están locamente enamorados, y han estado así desde el momento en que se conocieron. O… O lo estaban, supongo, ahora que él ha muerto.

—Vale. Háblame de esta noche —le pido.

Me cuenta lo de esta noche, lo de la llamada de Naomi, y todo el rato puedo sentir el móvil de Schroder ardiendo cada vez más en mi bolsillo. Diablos, ni siquiera he comprobado si el maldito aparato estaba encendido. Con la suerte que tengo, empezará a sonar. Meto la mano en el bolsillo y, a tientas, mientras Watkins habla, consigo meter la uña del pulgar en el pequeño orificio de la tapa y sacar la batería. Ya hay dos docenas de policías en el lugar y el taller parece una fiesta de Wall Street de los ochenta, con el polvo blanco de las huellas dactilares volando por todas partes. Kent está revisando el coche del muerto. La forense está revisando los bolsillos del muerto y pronto estará revisando al muerto. Termino con Watkins y entro de nuevo a hablar con Kent. Tiene en la mano un juego de llaves que ha encontrado en el bolsillo de McDonald.

—Aparentemente este es el mismo coche que tenía cuando murió su mujer —dice—. Qué raro. Yo habría supuesto que lo habría vendido o, mejor aún, dado el tipo de negocio, desguazado y usado las piezas.

—Sí, sé lo que dices —le digo—. Una prueba judicial tan grande como esta… Lo normal sería deshacerse de ella, creo. Pero no es lo único. ¿Te acuerdas de la mujer con la que tenía una aventura y que le dio la coartada? Pues ahora están casados.

—¿Casados?

—Sí. Y felizmente, según me ha dicho Watkins ahí fuera.

—Así que… —Hace una pausa para pensar.

Le cojo la palabra:

—Así que, si a Naomi le quedaba alguna duda de que McDonald hubiera matado a su esposa, no la veo casándose con él. En todo caso, me la imagino no queriendo verlo nunca más.

—A menos que estuviera involucrada.

—Eso es —digo—. Lo que significa una de dos: o no mentía sobre la coartada, porque realmente estaban juntos, o mentía sobre la coartada, porque sabía exactamente lo que él estaba haciendo.

—Si no mentía sobre la coartada, ¿significa eso que McDonald era inocente? —Antes de que yo pueda darle una respuesta, continúa—: Supongo que, en aquellos momentos, el consenso general era que ella había mentido por él, pero, sin duda, ella creía que era inocente.

—Más o menos, sí.

—¿Y tú?, ¿tú qué piensas?

—Lo mismo.

Empezamos a caminar de vuelta a la calle. Pienso en el caso original. Trabajé en él, pero no era quien lo dirigía. De hecho, apenas contribuí. Me tocó sondear el vecindario. Recuerdo haber encontrado una testigo que dijo haber visto a McDonald aparcar su coche a una manzana de distancia, caminar a su casa y luego volver caminando. Solo que ella usó la palabra «escabullirse», porque pensó que eso era lo que todos queríamos oír. Y sí, era lo que queríamos oír.

—Bueno, supongo que todo aquello es irrelevante —dice Kent. Llegamos al coche de McDonald y no lo reconozco después de tantos años, porque he visto muchos desde entonces. Abre el maletero sin parar de hablar—. Ya no importa qué creíste ni qué puedes demostrar. Había, por lo menos, una persona empeñada en afirmar que Ron McDonald era culpable.

—Sí, pero vas un paso por delante de ti misma —le digo—. Todavía no sabemos si esto tiene algo que ver con ese caso. Podría ser que…

—Un cliente descontento —dice—. Sí, ya lo has dicho.

—O un marido descontento. Si entonces engañaba a su mujer, es posible que también estuviera engañando a su mujer actual. Tal vez alguien lo descubrió.

El maletero está vacío. Kent levanta la alfombra para descubrir la rueda de repuesto. Un tornillo la atraviesa y la mantiene fija. Ella empieza a aflojarlo.

—Chris Watkins ha dicho que estaban locamente enamorados, ¿verdad? ¿Desde el momento en el que se conocieron?

Asiento con la cabeza.

—Eso ha dicho.

—Eso significa que Chris la conocía desde el principio, cuando la aventura estaba empezando. Si este tipo lo sabía en ese momento, entonces tienes razón: podría saber si McDonald estaba teniendo una aventura ahora.

—Sí, buena idea —digo—. ¿Quieres ir a preguntarle?

—¿Puedes hacerte cargo de esto?

—No hay problema.

Se va a hablar con Watkins. Yo saco el tornillo y desmonto la rueda de repuesto. No hay ropa ensangrentada debajo, no como la última vez. Mientras espero a Kent, llamo a Bridget y le digo que aún tardaré otro par de horas. Me dice que se acostará pronto, que su madre dormirá en el sofá y que su padre se irá a casa. Tenemos una cama libre en la habitación que solía ocupar Emily, pero ninguna de las dos sugiere que la madre de Bridget duerma allí. Esa habitación siempre será de Emily. Aunque pronto, supongo, pertenecerá a otra niña. Por un momento, siento el orgullo y la emoción de volver a ser padre. Pienso en tartas de cumpleaños y helados.

—Estás sonriendo, ¿verdad? —dice Bridget.

—¿Cómo lo sabes?

—Casi lo puedo oír. Te queda bien —dice—. Ocúpate de tu caso, déjalo listo y, cuando hayas terminado, apagamos tu teléfono, y entonces serás mío por unos días, ¿trato hecho?

—Trato hecho.

Cuelgo. Kent vuelve a salir y viene negando con la cabeza.

—Watkins no tiene ni idea de si McDonald engañaba a su mujer, pero dice que lo duda mucho. Supongo que me ha dado el mismo

discurso que a ti sobre que los dos estaban profunda y locamente enamorados.

—Echemos un vistazo al coche y luego vayamos a hablar con la mujer.

—Sí, esto será muy parecido a ir a ver a la mujer de Peter Crowley.

—Si McDonald tenía una amante, es posible que su mujer lo supiera. O lo sospechara. Quizá ella lo mató.

—Pareces atascado en esta teoría del amorío.

Me encojo de hombros.

—Solo es una teoría —digo—. No quiero atribuirle este homicidio al Hombre de los Cinco Minutos hasta que las pruebas nos lo digan —digo.

Pero, por supuesto, las pruebas están perforando el bolsillo de mi chaqueta. Hacen lo posible por desenmascararme.

Capítulo cincuenta y siete

Salimos a la calle y el coche de Kent está aparcado detrás del mío. Estoy a punto de subirme cuando ella me pone una mano en el hombro para detenerme.

—Necesito decirte algo —dice, y mi corazón se desploma, pues sé lo que se avecina. Me llevo la mano al bolsillo y palpo el móvil, como si pudiera ocultarlo aún más.

—¿Sí?

—Esta mañana, en casa de Kelly Summers… —me dice. Estoy a punto de suspirar de alivio, pero no lo hago, porque esto aún podría ir mal.

—¿Sí?

—Quería decirte algo en ese momento, pero había demasiada gente alrededor. Y no era como para llamarte después, no contigo llevando a Bridget al hospital hoy. Después me preguntaste por las huellas, pero de inmediato vino lo de la muerte de Hutton …, y justo entonces decidí que lo dejaría pasar. Pero, bueno, ya no puedo.

—¿Quieres decirme en qué estás pensando?

—Llevaste a Schroder a la escena de un crimen. Mira, entiendo por qué lo hiciste. Él fue el detective principal en el caso hace cinco años y, hace unos días, el propio Hutton te pidió que te pusieras en contacto con él. Y, claro, era posible que descubriera algo; o no… Parecía una posibilidad remota, una posibilidad muy remota, porque no sé qué es lo que esperabas que él viera, y, a veces, las

posibilidades remotas dan resultado. Pero vamos, Tate, ¿sin guantes? Me extraña de ti. Ninguno de los dos los llevaba.

—Tienes razón —le digo—. Lo siento. Con todo lo que está pasando con Bridget… No sé. Supongo que estaba distraído —le digo. Me siento mal del estómago por estar usando a mi mujer como pretexto —. Sé que no es excusa. Me aseguraré de que no vuelva a ocurrir.

—Schroder también debería haberlo sabido.

—Bueno, si te sirve de ayuda, no creo que hayamos tocado nada —le digo.

—No, eso no ayuda. Las huellas de él sí aparecieron, así que tocó algunas cosas.

No pregunto dónde.

—Mira, lo siento mucho.

—Lo sé. Solo quería señalarlo, porque la próxima vez…

—No habrá una próxima vez.

—La próxima vez podría ser otra persona quien se dé cuenta. Si el comisario hubiera estado allí esta mañana, probablemente te habría suspendido y a Carl le habría dado una patada en las pelotas. Y, bueno, ya he dicho lo que tenía que decir, así que ¿qué tal si ponemos punto final y seguimos adelante?

Nos ponemos en marcha, yo delante y Kent detrás. Son diez minutos en coche hasta la casa de Ron McDonald, pero muchos lugares de Christchurch están a solo diez minutos; es una de las mejores cosas de esta ciudad. Cuando pienso en enseñar a conducir a mi hija, me pregunto cuántos coches habrá entonces en las carreteras y qué aspecto tendrán, o si conduciremos como los Supersónicos.

Cuando llegamos a la dirección, la puerta se abre antes de que hayamos recorrido la mitad del camino. Una atractiva mujer morena viene en bata hacia nosotros a un ritmo entre el paso y el trote. Lleva un teléfono en la mano izquierda. Con la derecha se sujeta la bata.

—¿Es cierto? —pregunta. Alguien con quien ha hablado Chris Watkins se ha puesto en contacto con alguien más, y tal vez se ha hecho una cadena de alguien. Naomi McDonald acaba de convertirse en un eslabón de esa cadena.

—Lamentamos mucho decirle que su marido ha aparecido muerto —dice Kent.

—No —dice Naomi, y le tiembla la boca. Suelta el teléfono, suelta la bata y se lleva las dos manos a la boca—. No. —Da unos pequeños pasos hacia atrás y tropieza. Luego está tumbada sobre la hierba, llorando—. ¡No!

Entonces viene lo de rutina. La ayudamos a levantarse, la llevamos dentro y le preguntamos si quiere que llamemos a alguien. Nos dice que sí, que quiere que hablemos con sus padres, y le da el número a Kent. Mientras hace la llamada, Kent pone la tetera y empieza a preparar tazas de té. Naomi solloza, se sienta en el sofá y me pregunta una y otra vez si estoy seguro de que es él, de que su marido es quien ha muerto. Yo le digo que estamos seguros. Me pregunta cómo ha ocurrido. Le digo que aún no lo sabemos.

—Chris fue a buscarlo y no volvió a llamar. Luego no me cogía las llamadas, así que supe que algo malo había pasado; y ahora, hace apenas un minuto… —dice, y respira hondo, mira hacia el techo e intenta calmarse—. Me ha dicho que estaba muerto —dice—. Por teléfono. La mujer de Chris acaba de llamar, y yo no quería creerla, pero ella ya lo sabía.

Kent cuelga el teléfono, termina de preparar el té y se sienta junto a Naomi, frente a mí. Ambos expresamos nuestras condolencias.

Luego, nos disculpamos por lo que está a punto de venir, pero tenemos que interrogarla. Le decimos que entendemos que es un momento difícil para ella, que sabemos que está conmocionada y siente un gran dolor, pero que, cuanto antes entendamos lo que ha pasado, antes encontraremos al culpable.

—¿Ha sido el Hombre de los Cinco Minutos? —pregunta, aferrada a su taza de té.

—¿Por qué lo pregunta?

—Por lo que le ocurrió a la primera mujer de Ron.

—¿Está diciendo que él la mató? —pregunto.

Con una sonrisa triste, mueve la cabeza de un lado al otro.

—No. Pero esa es la cuestión, ¿verdad? Nunca creyeron que de verdad era inocente, pero lo era. Ustedes creen que yo me inventé la coartada, pero no fue así. Él estaba conmigo la noche en la que Hailey fue asesinada. Pasamos dos horas juntos, y a ella le había dicho que estaba trabajando en un coche, pero no era así, ¿saben? Estaba aquí. La hora de la muerte que dieron sus expertos lo demostraba, solo que ninguno de ustedes quiso escuchar.

»Y lo más raro de todo es que esta mañana he visto el periódico y he llamado a Ron para contarle lo del artículo. Un tío anda por las calles matando gente y la mujer del artículo cree que eso es genial. ¿Sabe lo que me dijo mi marido? Que ese tío mejor se cuide la espalda. Pero era una broma, ya sabe, una broma tonta, porque él podía… —dice, y se esfuerza por resistir—, podía ser el siguiente, solo que no lo pensó. Por lo menos, no lo pensó. Solo que, cuando me hizo esa broma, pensé «Oye, oye, quizá haya algo por ahí, tal vez deberías cuidarte la espalda», pero no se lo dije, ¿sabe?

»Y lo más estúpido, tonto y loco es que, cuando colgué, me quedé pensando: «Estupendo, qué guay que este tipo ande por ahí, porque

podría atrapar al verdadero asesino de Hailey». Lo que quiero decirles es que no fue Ron, por supuesto que no. Si yo lo hubiera creído posible, nunca me habría casado con él. Pero no lo hizo, no pudo haberlo hecho. Eso significa que el asesino sigue suelto.

No sé muy bien qué decir después de eso, y parece que Kent tampoco. Naomi mira su taza de té. La sujeta entre las manos, pero no bebe.

—Sé lo que ahora están pensando —dice—, pero lo que deberían haber pensado todos estos años es: ¿quién puso esa ropa en su coche?

—No sabemos si esto tiene algo que ver con lo que le ocurrió a Hailey —dice Kent—. No sabemos si ha sido el blanco del hombre sobre el que usted ha leído en el periódico.

—Podría haber sido un cliente —le digo—. Podría haber sido un intento de robo. Quizá alguien pensó que el lugar estaba vacío, forzó la entrada y, de repente, se produjo un enfrentamiento. ¿Habló su marido de algún problema en el trabajo? ¿Había discutido con alguien?

—Se supone que los policías no deberían creer en las coincidencias —dice.

—Tenemos que explorar todos los ángulos —alego.

Naomi sacude la cabeza.

—Bueno, no hubo nada de lo que usted sugiere. Ron nunca discutía. Bueno, claro que reñía con su primera mujer, pero esos dos llevaban mucho tiempo sin quererse. Él estaba conmigo por eso, y no había ningún secreto. Quiero decir, claro, se lo ocultó a ustedes porque sabía que tendría mala pinta, y lo único que consiguió fue empeorarlo, pero Hailey sabía todo sobre mí; no quién era, pero sí

que yo existía. Lo sabía desde hacía una semana. Y no le importaba. Ni lo más mínimo.

—Lo recuerdo —le digo. El problema era que todo eso hacía que pareciera aún más probable. La mujer se entera y, a pesar de lo que Naomi nos está diciendo ahora, resulta que sí le importa. Discuten una y otra vez durante una semana y, en un momento dado, la discusión se descontroló. De la misma manera que Schroder se ha descontrolado.

—Seguro que sí —dice ella—, y eso lo hizo parecer aún más culpable. Miren, todo esto es historia, y es muy doloroso. Ustedes jodieron a Ron, y él no se lo merecía. De alguna manera, en algún lugar, quizá terminarán pagándolo por haber metido la pata, pero en este momento eso no sirve de nada para encontrar a quien lo ha matado, ¿verdad? Así que pregunten lo que necesiten preguntar. Sé que son capaces de pensar casi cualquier cosa, así que sigamos con esto.

Me inclino hacia delante y suavizo la voz.

—¿Es posible que tuviera una aventura?

—¿Qué? No, nunca —dice ella—. Ron no es ese tipo de… —empieza, pero se detiene ante lo irónico de lo que está a punto de expresar—. Quiero decir, no conmigo. Él me quería y yo a él. Lo nuestro era diferente a lo anterior. En aquel entonces, él intentaba salir de un matrimonio sin amor. Eso no se parece en nada a lo que tenemos nosotros.

—Si la estaba engañando —digo, y me siento mal por decirlo, me siento como un completo cabrón, y es que, aun si Schroder no me tuviera a su merced, me vería obligado a insistir…, aunque quizá no tanto—, es posible que la persona con la que salía también estuviera casada. Quizá molestó a quien no debía.

Antes de que siquiera termine de decirlo, niega con la cabeza.

—No —dice ella—, y si esto se parece en algo a la última vez, ustedes terminarán centrando toda su atención en la persona equivocada. No hay ninguna otra mujer, no hay ningún marido cabreado. Lo que hay es un loco que cree que le está haciendo un favor al mundo, cuando lo único que está consiguiendo es matar gente buena. No sé cómo decírselo más claro, pero mi marido no me engañaba.

—¿Nos permitiría revisar sus pertenencias personales? —pregunta Kent—. Correos electrónicos, archivos, extractos bancarios, ese tipo de cosas.

—No encontrarán recibos de habitaciones de hotel, si es lo que están pensando.

—No es que pensemos en eso —dice Kent—, pero debemos tener en cuenta que su marido podía conocer a la persona que lo atacó. Si así fuera, tendríamos que hablar con todos sus conocidos. Necesitamos saber exactamente qué pasaba en su vida.

—No pasaba nada en su vida, salvo el hecho de que la policía pensaba que había asesinado a su mujer. Y, como nunca encontraron al verdadero culpable, la gente siempre estuvo muy segura de que él lo había hecho. Los primeros años fueron los más duros. Íbamos al supermercado o al cine y nos miraban y señalaban. Pero, al cabo de unos meses, dejaron de hacerlo. Se giraban un poco y susurraban, y nosotros siempre sabíamos lo que decían. Y todo eso porque ustedes renunciaron a averiguar lo que realmente había ocurrido.

»Así que no, no pasaba nada en su vida, a excepción de que alguien por ahí ha decidido que no solo era culpable, sino que había que eliminarlo. Entiendo lo que hace este tipo y, en cierto modo, quisiera estar de acuerdo con él, porque ahora mismo me encantaría echarle el guante a la persona que mató a mi marido. Pero ¿no se dan

cuenta de que la culpa no es solo suya? También es de ustedes. Y de la persona que mató a Hailey. Ustedes y él son…

—Por favor, señora McDonald —interrumpe Kent.

—Déjeme terminar —dice ella, y levanta la mano—, y luego podrán revisar nuestra casa, su ordenador y cada trozo de papel que encuentren. Pero ustedes y el hombre que mató a Hailey comparten la culpa de lo que ha pasado esta noche. Las acciones de un loco y un departamento de policía miope han provocado que mi marido esté muerto.

Un coche se detiene en la entrada. Dos puertas se abren, dos puertas se cierran y, a continuación, unos pasos se acercan rápidamente.

—Mis padres están aquí —dice Naomi.

Un momento después se abre la puerta principal y un hombre y una mujer, ambos de unos sesenta años, irrumpen en el salón. Naomi intenta levantarse para abrazarlos, pero no lo consigue. La madre se desliza a su lado y la rodea con los brazos, y entonces la viuda de Ron McDonald rompe a llorar. El padre nos mira con cara triste, pero, al menos, no nos mira como si fuéramos el enemigo.

—Quizá podamos hablar fuera —dice.

Lo seguimos hasta el jardín delantero. No deja de levantar la mano y rascarse el bigote, que le calienta la base de la nariz. Su pelo, casi todo negro, está peinado de lado, con algunas canas en las sienes. Extiende la mano, se presenta.

—Soy Bob Williams —dice.

Me presento y luego, a Kent.

—¿Están seguros? —pregunta—. ¿Están seguros de que es él?

—Sí —le digo.

—Dios santo —dice.

—Esto es duro —le digo—, pero tenemos que hacerle algunas preguntas.

—Lo entiendo —dice.

—¿Podemos ser francos? —le pregunto—. Cuanto antes sepamos qué está pasando, antes podremos averiguar quién ha matado a Ron.

—Sí, lo mejor es que hable con franqueza —dice.

—¿Es posible que Ron tuviera una aventura?

—¿Posible? —Se encoge de hombros. No necesita pensarlo mucho—. Claro. Lo había hecho antes, ¿no? Y me parecía mal que mi hija se enredara con un hombre casado. Pero ¿probable? No. No veo cómo.

—¿Sabía de la relación entre ellos dos antes de que Hailey McDonald fuera asesinada?

Asiente y se cruza de brazos.

—Sí, lo sabía. Pero así es el amor, ¿verdad? Hace que hagas cosas estúpidas; aunque, en cierto modo, es lo mejor de todo.

—¿Le caía bien?

—¿Ron? Claro, es un tipo simpático. Siempre se ha portado bien con Naomi, siempre ha sido educado con nosotros. Es respetuoso, servicial; exactamente lo que quieres del chico con quien se relaciona tu hija, pero… —dice, aunque no añade nada.

—¿Pero? —pregunta Kent.

—Pero ningún padre quiere que su hija se relacione con alguien acusado de asesinato.

—Entonces, usted pensaba que él era culpable —digo.

El hombre vuelve a encogerse de hombros.

—Mire, no soy policía, pero trabajé en seguridad durante treinta años. Durante veinte de esos treinta, estuve patrullando zonas por la noche con nada más que una linterna y una radio de apoyo, y he visto cosas muy desagradables. Sé cómo funciona el mundo. Lo sé bien. La gente se mete en los edificios todo el tiempo. Rompen ventanas o abren las puertas a la fuerza. Pasan un minuto dentro, en lo que se activa la alarma, y se llevan lo que pueden, porque los demás les importan una mierda.

»Yo solía trabajar en la zona donde Ron tiene su negocio. De hecho, así es como se conocieron. Yo conocía a Ron. Lo conocía porque trabajaba en la seguridad de su edificio. Era un buen mecánico y, cuando el coche de Naomi se estropeó, hablé con él. Incluso llevé a mi hija. Así que, para mis adentros, siempre he pensado que, si Ron mató a su mujer, todo empezó el día que conoció a mi hija. Empezó entonces, porque se enamoró de ella y se desenamoró de la mujer que tenía, y eso puede ser algo complicado.

»Como le acabo de decir, uno puede hacer cosas estúpidas por amor, pero ¿asesinar? No lo sabía entonces y sigo sin saberlo ahora. Entonces Camilla, mi mujer, y yo pensamos que Ron terminaría en la cárcel, con lo que ya no tendríamos que hacer que Naomi entrara en razón; pero el arresto se fastidió y el asunto ni siquiera llegó a juicio. Cuando se hizo evidente que iba a quedar libre, le rogamos a Naomi que lo dejara, pero se negó.

»Ron era un buen tipo, seguro, pero ¿yo podía confiar en él? Eso quería, de verdad que quería, porque confiaba en mi hija. Y si ella dijo que esa noche estaba con él, entonces estaba con él, no lo dudo. Aun así… Yo no podía confiar en él. No estaba seguro, no

podía. No al cien por cien, que es como quieres que sean las cosas cuando se trata de tu familia. ¿Tiene algo que ver con lo que ha pasado esta noche?

—No estamos seguros —dice Kent—, pero es posible.

—Tan posible como que Ron estuviera trabajando en el coche de algún tío y que a ese tío no le gustase tener que cambiar la bomba de gasolina. O que tuviera una aventura. O que ese loco del que leí hoy en los periódicos… Ay, mierda —dice—. En él es en quien están pensando, ¿no?

—Cabe la posibilidad —vuelve a decir Kent.

—Posibilidad. Supongo que eso significa que no puedo hacer preguntas.

Entonces le hacemos las preguntas habituales: «¿Sabe de algún problema que tuviera en el trabajo? ¿Se peleaba con alguien?», el tipo de cosas que alguien como Bob resumiría en «calcular las verdaderas dimensiones del hombre».

—No obstante, les diré una cosa.

—¿Sí?

—Hace dos años, Ron vino a verme. Vino a hacer lo tradicional, a preguntarme si le parecía bien que se casara con mi hija. Él pensaba que yo le iba a decir que no. Me di cuenta, y probablemente lo hubiera hecho, pero entonces me dijo algo. Dijo que, después de que el caso hubiera sido desestimado, intentó convencer a su abogado para que… Diablos, no conozco los términos legales, pero quería que se permitiera el uso de las pruebas que habían sido desestimadas.

—¿Qué? —pregunto.

—Sí. Verá: él tenía una teoría. Sabía que era inocente, y eso significaba que alguien más lo había hecho, ¿no? La prueba era su ropa, que estaba en la parte trasera del coche. Él no negó que fuera su ropa, pero pensó que alguien más debía haberla usado. Así que tuvo una idea: si la ropa podía usarse como prueba, pensó que la policía podía enviarla a hacerle pruebas de ADN.

»Dijo que su propio ADN estaría allí, porque las prendas eran suyas, pero que también encontrarían el de alguien más, el de quienquiera que las hubiera llevado. Su abogado le dijo que la idea era estúpida, quizá porque el abogado, como todo el mundo, tampoco le creía. Le dijo a Ron que era un hombre libre y que, si dejaba que la policía usara esas pruebas, las aprovecharían en su contra. No necesitaba más pruebas que la forma en la que ya lo estaban tratando.

»Incluso, si las prendas habían sido colocadas allí para inculparle, ¿qué habría sucedido si el tipo que las colocó era cuidadoso? Entonces, ¿qué? No, ese jugada se volvería contra él. El que hubieran registrado así el coche, justo en ese momento… Ese error era lo que lo tenía fuera de la cárcel. Eso es lo que dijo el abogado. Pero Ron alegaba que ese error lo hacía culpable a los ojos del público. Te deja pensando, ¿no? Te hace pensar que Ron podría haber sido inocente todo el tiempo.

Capítulo cincuenta y ocho

Parece como si otra vez fuera el domingo por la mañana, cuando estaba revisando las cosas de Peter Crowley; los movimientos físicos de la búsqueda, la misma sensación de que otro buen hombre ha sido asesinado. Recibimos una llamada de la forense: nos dice que mañana se hará cargo del cuerpo, que sigue trabajando en los cuatro hombres de Grover Hills, pero que esta noche recuperará la bala de Ron McDonald para balística.

—¿Qué te parece? —me pregunta Kent.

—La mujer ha sido convincente.

—Muy convincente —dice—. Si yo hubiera trabajado en este caso, creo que me habría tragado su historia.

—Y quizá también el jurado. La pregunta es: ¿eso es todo?, ¿una historia?

Ella niega con la cabeza.

—Para ella, no. Para ella, es real. Para ella, Ron McDonald era inocente. De verdad, creo que nunca se habría casado con él si hubiera tenido alguna duda, y no me ha dado la impresión de que pudiera estar involucrada. Deberíamos hablar con su abogado, a ver si es cierto eso de que McDonald quería que las pruebas fueran analizadas.

Acordamos reunirnos por la mañana con el grupo de trabajo. Luego, nos vamos a casa en el coche. De camino, llamo a la comisaría y dejo todo arreglado para que se envíen memorandos a los demás

detectives implicados en las muertes de los últimos días. Los cito para una reunión a las diez de la mañana.

La siguiente llamada que hago es a Schroder.

—¿Has encontrado mi teléfono? —pregunta.

—Sí, lo he encontrado.

—¿Y nadie te ha visto?

—Por supuesto que no. Lo recuperarás, pero ahora mismo estoy cansado y me voy a casa. Ha sido un día largo, y eso es gracias a ti.

—Si me dejas hacer lo que ya he empezado a hacer, tus días serán cada vez más cortos, Theo. Habrá menos tipos malos por aquí.

—Así no funcionan las cosas.

—No. Supongo que no. Puedes quedarte con el teléfono —dice—. Diablos, ni siquiera funciona.

Pienso durante unos segundos y luego todo encaja.

—¿El teléfono de verdad tiene tus huellas dactilares?

—No.

—No se te cayó en el forcejeo, ¿verdad? No hubo lucha. Lo pusiste ahí deliberadamente. Querías ver si yo lo cogía y hacía lo que me pedías.

—Eso es muy pesimista por tu parte, Theo.

—¿Estoy en lo cierto?

—Sí, lo estás. Vas a hacer un gran trabajo, Theo, y, ahora que estamos juntos en esto, podremos hacer algo memorable para esta

ciudad. Te daré algo de tiempo para que desvíes las investigaciones. Después, dentro de unos días, elegiré a otro para nosotros dos.

—Voy a colgar ya.

—Buenas noches, Theo.

—Vete a la mierda, Carl.

Capítulo cincuenta y nueve

A la mañana siguiente, todo marcha según lo previsto. Me despierto a las ocho, a la misma hora que mi mujer. Desayunamos juntos y me promete que va a estar bien, y yo la creo y me voy a trabajar. Sin embargo, de camino, llamo a sus padres y les pido que la llamen de vez en cuando para ver cómo está.

—Creo que quiere ir a comprar ropa de bebé —dice su madre—. Está convencida de que va a ser niña, pero ¿sabes qué? Tengo la sensación de que va a ser niño.

Un niño. Me doy cuenta de que he dado por buena la predicción de Bridget de que será una niña, aunque no ha sido más que un presentimiento; nada científico en absoluto. Por primera vez, me planteo tener un hijo. Imagino todas las cosas guais que podremos hacer juntos. Puedo enseñarle a lanzar un balón de rugby y a patear las ruedas de un coche.

—¿Se lo has dicho ya a tus padres? —me pregunta.

—Todavía no —le digo—, pero lo haré. Pronto.

Llego al trabajo a las nueve y media y ya siento que necesito una siesta. Escondo el móvil de Schroder bajo el asiento de mi coche. No se ha tomado ninguna decisión oficial sobre si el homicidio de anoche tiene algo que ver con los acontecimientos del fin de semana.

—En primer lugar —digo, después de haberme puesto de pie ante la sala llena de gente, entre aromas de gel de ducha mezclados con café, con Kent en primera fila y el comisario Dominic Stevens a su lado—, quiero dar voz a lo que todos estamos pensando: la muerte

de Hutton ha sido una gran pérdida. Era un buen hombre, un buen policía, y lo echaremos de menos. Lo echaremos mucho de menos. El funeral será el viernes por la tarde. A él le gustaría que pudiéramos averiguar qué demonios está pasando y que, para entonces, le hayamos puesto fin.

Hay un murmullo general de entendimiento. Recuerdo el funeral de Landry, a principios de año, y a esta misma gente emborrachándose. Luego llegó la noticia de un homicidio y todos salieron tambaleándose, se montaron en taxis y aparecieron en la escena.

—Vale, así que vayamos a lo de Ron McDonald. Sé que algunos de vosotros trabajasteis en el caso, cuando su mujer fue asesinada, y otros no. Hemos decidido revisar el caso original.

Más murmullos generales que no suenan ni positivos ni negativos.

—Anoche descubrimos algunas cosas que ponen en duda los sucesos de hace siete años.

—¿Como qué? —pregunta alguien desde la última fila.

Pongo a la sala al corriente de las conversaciones que hemos mantenido con Naomi y su padre. Algunos en la sala mueven la cabeza de lado a lado, otros asienten lentamente. Lo he hecho sonar convincente, y ¿cómo no? Estábamos convencidos.

—Así es como van a funcionar las cosas: hace siete años, la ropa nunca se analizó, porque no se aceptó como prueba. Todavía tenemos la ropa en nuestro poder, o la teníamos, porque hace treinta minutos ha sido enviada desde nuestro almacén de pruebas al laboratorio de ADN. Tardaremos un mes, al menos, en cotejar los perfiles de ADN, en caso de que tengamos este registrado, pero, como todos sabéis, tardaremos entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas en averiguar cuántas fuentes de ADN hay en esa camisa. Tomarán muestras de las axilas, de la parte trasera del cuello… Tomarán muestras de toda la maldita cosa. Si alguien más llevaba

esa camisa, lo sabremos en uno o dos días. Esto es lo que quiero que averigüemos hoy: quiero una lista de la gente que pudo haber tenido acceso al coche hace siete años. También quiero una lista de la gente que pudo haber tenido acceso a la casa. Si alguien más llevaba esa ropa, ¿cómo la consiguió?

—¿Y luego qué? —pregunta alguien más. Se trata del detective Travers, un tipo con quien he trabajado unas cuantas veces a lo largo de los años. Travers es el mejor vestido de todos nosotros. A menudo hace que parezca que los demás vamos con trajes de unos cinco dólares—. Aunque encontráramos ADN en la camisa, no podríamos compararlo con el de ningún sospechoso. Y, si hiciéramos el perfil y encontráramos una coincidencia, y si esa coincidencia nos condujera a un sospechoso, ¿qué pasaría en el juicio cuando nos preguntaran qué nos ha llevado en la dirección de nuestro sospechoso?

—Sé que es complicado —digo a la sala—, y por eso no vamos a usar la camisa para encontrar un perfil que coincida. Sé que eso ayudaría, y también sé que parece contraproducente, pero, si encontráramos una coincidencia, el caso sería desestimado incluso antes de empezar. Seamos claros: estamos analizando la camisa para ver si hay más de un tipo de ADN en ella, nada más. Es para saber si estamos en el camino correcto. Recordad: buscamos a alguien que creía que Ron estaba en el trabajo esa noche, o bien, que sabía que tenía una aventura y que, por lo tanto, no estaría en casa.

»El médico forense dijo que no había heridas defensivas en la mujer, así que era alguien a quien ella conocía y en quien confiaba. Mientras algunos de nosotros nos centramos en eso, otros hablaremos con los amigos y la familia de McDonald, así como con el personal, para intentar averiguar qué pasó anoche —les digo, y luego les cuento nuestra teoría de la aventura. Les digo que, por supuesto, no podemos descartar de la ecuación al Hombre de los Cinco Minutos, pero tampoco podemos ser estrechos de miras y

centrarnos solo en él—. Si lo hiciéramos, correríamos el riesgo de cometer los mismos errores que hace siete años.

—Ni siquiera sabemos si cometimos errores entonces —dice Travers —. La ropa era suya y esta prueba de ADN va a demostrarlo.

Me quedo mirando toda la habitación durante unos segundos hasta que el silencio se vuelve un poco incómodo.

—Sé que algunos de vosotros pensáis que esto es una pérdida de tiempo, pero yo no, de verdad. Deberíamos hablar con la familia y los amigos de Hailey McDonald. Buscad las transcripciones de las entrevistas, revisadlas y volved a entrevistar a esas personas. La última vez que hicimos esas preguntas pensábamos que el marido era culpable. Esta vez, interrogadlos como si fuera inocente. Y, mientras lo hacéis, preguntaos quién querría hacerle daño e inculparlo. ¿Quién odiaba tanto a Hailey como para querer verla muerta?, ¿quién lo detestaba tanto a él como para querer verlo en la cárcel? ¿Cuál de esas dos cosas fue el factor que determinó lo que ocurrió aquella noche?

»Mirad, sé que parece mucho trabajo, sé que parece que nos estamos centrando en el asunto equivocado, pero los casos están relacionados. Recibiremos noticias de balística esta misma mañana, con lo que tendremos una mejor comprensión de lo que ha ocurrido en Grover Hills. Sabremos si a McDonald le dispararon anoche con la misma arma. También tenemos esperanzas de que el perro muerto pueda ayudarnos. El perro tenía rastros de ADN y fibras de ropa en los dientes. Mordió a alguien antes de que lo mataran, y, si ese alguien tiene antecedentes, entonces habrá una coincidencia.

—Pero no antes de Navidad —dice otro, y es cierto.

Cambio de lugar con el comisario, quien se levanta y retoma las cosas donde las he dejado. Repasa mis puntos casi en orden inverso y vuelve al primero que planteé sobre la pérdida que supone la muerte del detective Hutton. A estas alturas, todo el mundo está

asintiendo. Esta misma semana tendremos el segundo funeral policial del año.

Cuando el comisario termina, vuelvo a levantarme y asigno las tareas. Una docena de detectives, divididos en parejas, irán a las calles: algunos para hablar con gente que conocía a Ron McDonald, otros para sondear la zona donde fue asesinado, otros para entrevistar al personal. Habrá más agentes en las calles para explorar los barrios de Crowley, McDonald y Summers. Esta mañana nos hemos puesto en contacto con todos los empleados de McDonald, ocho en total. Los hemos informado de la situación y les hemos pedido que vengan a la comisaría para interrogarlos. Ahora estamos trabajando en dos casos. Le digo a Kent que quiero entrevistar a la mujer con la que hablé hace siete años, quien identificó a Ron McDonald fuera de su casa la noche en la que murió la mujer.

—¿Quieres trabajar en el caso antiguo y no en el nuevo? —pregunta ella cuando termina la reunión.

—No —le digo—, pero quiero hablar con ella primero, porque esa fue mi parte en la investigación de entonces. Quiero saber si lo hice todo bien.

—Para tu tranquilidad —dice.

—Si nos equivocamos en ese entonces, sí que voy a necesitar un poco de tranquilidad. Primero, tendríamos que ver si aún vive allí.

Estamos buscando la dirección en un ordenador cuando el comisario Dominic Stevens viene a buscarme.

—Ven un momento —me dice. Se da la vuelta y se dirige a su despacho.

Entramos y él señala la puerta con la cabeza. El significado está claro, así que la cierro. Se sienta detrás de su escritorio. Frente a él

hay un agente. Tardo unos segundos en darme cuenta de que es uno de los de anoche, el que se quitó el zapato.

—Este de aquí es el agente Jim Williams —dice, y ya van dos Williams en dos días. Si apareciera alguno más, terminaré perdiendo la cuenta—. ¿Por qué no le cuenta al detective Tate lo que me acaba de decir?

—Sí, señor —dice Williams. Se vuelve hacia mí. Está en posición de firmes, con las manos detrás—. Fui uno de los agentes que recibió la llamada anoche. Cuando llegamos allí, la puerta estaba abierta y las luces encendidas. Atravesamos la oficina y lo primero que vimos fue el cadáver.

—Y te quitaste el zapato para comprobar si tenía pulso —le digo—. Fue inteligente por tu parte quitártelo y meterlo en la bolsa. Sé todo esto.

Asiente. Me doy cuenta de que está contento con el cumplido.

—Después de avisar, volvimos a salir y vigilamos el edificio. Eso era lo que estábamos haciendo cuando llegasteis. El caso es que… —dice, y luego mira a Stevens, que le hace un gesto con la cabeza para que continúe—. El caso es que la sangre y el cadáver no fueron lo único que vi.

—¿Qué quieres decir?

—Tuve que sentarme para quitarme el zapato, porque tenía que hacerlo con cuidado. Cuando estaba en eso, vi un teléfono móvil en el suelo. Supuse que probablemente pertenecía a la víctima y que había quedado allí tirado tras el forcejeo. Más tarde, cuando se estaban registrando todas las pruebas, vi que no lo habían incluido. Volví al taller, pero ya no estaba.

—¿Había desaparecido?

—No hay ninguna mención.

Niego con la cabeza.

—No lo entiendo —digo, y noto que mi corazón empieza a latir un poco más fuerte. ¿Estaré sudando? ¿Estará mi corazón martilleando con el trazado de un corazón en mi camisa, como en los dibujos animados? ¿La forma sobresale medio metro? No. ¿No? Sin embargo, creo que eso está a punto de empezar a suceder. La estúpida prueba de Schroder para asegurarse de que ambos estamos en la misma sintonía… Maldito sea.

—Nos estás diciendo que alguien robó pruebas —dice Stevens—. Puedes retirarte —le dice al agente—. Y no le digas ni una palabra de esto a nadie, ¿me entiendes?

—No lo haré —dice—. Por eso he venido directamente a usted. Nadie más lo sabe.

—Que así se quede.

—Sí, señor —dice Williams. Sale del despacho y cierra la puerta.

Stevens se echa hacia atrás en la silla. Apoya los codos en los reposabrazos, entrelaza los dedos y se los lleva a la barbilla.

—Mierda, Tate, qué desastre.

Sigo negando con la cabeza.

—Sigo sin verlo.

—¿No? ¿Crees que está mintiendo?

—No, no es eso. Hay muchas razones por las que podría haber desaparecido, si es que, para empezar, estaba allí.

—Entonces, crees que se equivoca.

Me encojo de hombros.

—Es posible. Veo más posible eso que el hecho de que uno de nosotros lo haya robado. Diablos, si uno de nosotros robara algo, no elegiría un objeto importante en la escena. Robaría algo de la oficina, algunas herramientas… Quiero decir, aunque es difícil de creer, pero puedo ver que suceda. ¿Robar una prueba crucial porque alguien quiere un móvil nuevo? No. —Sacudo la cabeza—. No lo veo.

Él mueve la suya de arriba abajo.

—Me inclino a estar de acuerdo contigo. Se roban cosas de las escenas de los crímenes, detective, pero tienes razón: lo hacen en el extremo opuesto de la casa. Un agente ve una cámara o un billete de cincuenta dólares en la cómoda y está a cuatro habitaciones y un pasillo del crimen, pero ¿robar una prueba clave? Eso es imprudente y estúpido. Y eso hace que todo esto sea aún peor.

—¿Cómo?

—Ninguno de tu equipo es tan imprudente ni tan estúpido. Si alguien ha robado un móvil, no fue porque quería un teléfono nuevo, detective. Lo robó porque quería ocultar pruebas.

Sigo negando con la cabeza.

—Eso significaría que uno de ellos está involucrado en el asesinato. Tiene que ser un error.

Gira ligeramente en su silla, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, solo unos grados.

—Bien. Esto es lo que va a pasar: investigaré la cadena de pruebas. A lo mejor alguien lo recogió y quedó en el fondo de otra caja, arrinconado; quizá se olvidaron de anotarlo. Pero te toca hacer lo mismo que el agente Williams: no le dirás nada a nadie sobre esto, ni siquiera a Kent. Lo remitiré internamente. Si las pruebas se

perdieron, ha sido un trabajo policial descuidado y alguien será reprendido o suspendido; pero, si alguien las cogió para ocultar lo que pasó, bueno, ya sabes lo que eso significa.

—Lo sé —digo.

—Si el Hombre de los Cinco Minutos es el responsable de la muerte de Ron McDonald, podría tratarse de la misma persona que se llevó ese teléfono. Vas a tener que empezar a vigilar a tu equipo, Tate. Es posible que nuestro Hombre de los Cinco Minutos sea un policía.

—Creo que debería dejarme hablar con Kent al respecto. Es decir, ella estuvo conmigo el sábado por la noche desde el callejón hasta Grover Hills. No hay forma de que haya sido ella.

Con un dedo, él se da golpecitos en la barbilla mientras se lo piensa.

—De acuerdo —dice—. Vale, puedo permitir que lo hagas, porque los últimos días han quedado grabados en piedra. Todo lo que habéis hecho tú y Kent será examinado al detalle. Si ella estuviera implicada de alguna manera, lo averiguaremos.

—¿Y yo? ¿Por qué me lo dice a mí?

—Porque tú estás al frente de esta investigación, detective, y eso significa que confío en ti y en tus habilidades. No te habría dado la responsabilidad si no creyera que estás a la altura. Schroder siempre ha respondido por ti, al igual que Hutton, y he visto lo que puedes hacer. Y también sé que eres capaz de caminar por la cuerda floja. ¿Que crees que estos malvados se merecían lo que les está ocurriendo? Sí, seguro que sí. Pero ¿que seas tú quien los esté matando? No lo veo tan claro.

»Además, como ya has señalado, Rebecca y tú estabais trabajando cuando se inició el incendio de Grover Hills. Se está haciendo daño a gente inocente y, aunque algunos piensan que eres capaz de hacer ciertas cosas, sé que nunca permitirías esto. Así que, por ahora, la

detective Kent y tú mantendréis esto en secreto mientras sois investigados junto con el equipo. Y traedme a ese calvo hijo de puta antes de que los medios lo conviertan en una especie de superhéroe justiciero.

Capítulo sesenta

Salgo al pasillo y Kent me está esperando.

—¿Qué ha sido todo esto? —me pregunta.

—Solo he venido a que me recuerden cuál es mi lugar en el esquema general —le digo— y a que me digan que no lo estropee todo.

—¿Eso es todo?

—No, no es todo. Vamos a tomar un café.

Caminamos dos minutos hasta una cafetería cercana. Pedimos algo de beber y nos sentamos fuera, mirando el río Avon, que está delante de nosotros. Las aguas oscuras reflejan la luz solar. Algunos patos ociosos toman el sol en la orilla, lo mismo que un par de esnifadores de pegamento. El verano hace esfuerzos denodados para anunciarnos que ya casi está aquí.

Le cuento a Kent lo de la reunión con Stevens. Ella empieza a negar con la cabeza a mitad del relato y me dice «No me lo creo» dos veces antes de que termine. Pero luego se lo cree.

—Esto confirma lo que te dije ayer —dice—. Estamos buscando a un policía.

Me tomo el último sorbo de café.

—No sé qué pensar.

Volvemos a la comisaría a por el coche. De camino, recibo una llamada de un tal Chuck Langly. Chuck es el único tipo que he

conocido llamado Chuck, y Chuck trabaja en balística. Eso significa que, si esto fuera un test de inteligencia, podría decir, con seguridad, que todos los Chuck trabajan con balas.

—Tengo algo para ti —me dice—. De hecho, un montón de cosas.

—Venga —le digo.

—Esto tiene gracia —dice—. Así que tenemos cuatro cuerpos de Grover Hills, ¿verdad?

—Así es.

—Y en la escena se recuperaron tres armas.

—Exacto.

—Pues ninguna de las balas de las cuatro víctimas de Grover Hills salió de esas armas.

—Así que estamos buscando una cuarta arma —digo.

—Exactamente. Y esa cuarta pistola, que se usó en todas las víctimas de Grover Hills, también se usó para matar a Ron McDonald.

—Eso prueba, por lo menos, que los dos casos están relacionados. Gracias, Chuck. Escríbelo y hazlo circular, ¿vale?

—Lo haré.

Llegamos a la comisaría y cogemos el coche. Kent conduce y yo voy de copiloto. Nos dirigimos al barrio en el que vivió Ron McDonald hasta que él —o alguien que se hizo pasar por él— mató a su mujer. No tenemos ni idea de quién vive allí desde entonces, pero hay un coche aparcado en la entrada. En una ventana podemos ver una pequeña estatua de la Torre Eiffel, y en otra, un pitufo de peluche de un metro de altura. Hemos venido a visitar la casa de enfrente, nos

acercamos a la puerta y nos abre la misma mujer que hace siete años.

—Me acuerdo de usted —dice Julianne Cross. Estamos dentro de su casa, sentados en el salón, con una taza de café en la mano. Nos rodean fotografías de hijos y nietos. Ninguno es suyo, nos dice, pero son niños a los que ayudó a criar. Julianne fue niñera durante más de cuarenta años y nunca pudo tener hijos propios, nos cuenta, y ya me lo había dicho—. Usted fue quien me interrogó entonces. Esta mañana he oído en las noticias que el karma puede ser algo bastante horrible —dice.

—Puede ser —le digo.

—Leo mucho —nos cuenta—, y veo mucho la televisión. A mi edad, a veces es lo único que me apetece hacer, sobre todo cuando llega el invierno. ¿Quiere preguntarme qué leo?

—¿Qué lee? —le pregunto.

—Novelas policíacas, joven. Y muchas. Tanto yo como Barney. Barney era mi marido, ya falleció. Solíamos pasarnos dos horas de cada noche leyendo antes de irnos a dormir; y, ya jubilados, otras dos horas por la mañana. Así que sé por qué están aquí. Están aquí porque hace siete años vi a Ron McDonald entrar en su casa, donde estuvo quince minutos, y luego salir a hurtadillas a su coche. Quieren saber si algo de eso ha cambiado.

—¿Y ha cambiado? —le pregunto.

—No, hijo, en absoluto.

—¿Puede explicármelo otra vez?

Me lo cuenta otra vez. Es casi lo mismo, palabra por palabra. Julianne Cross tiene una memoria excelente.

—¿Le vio bien la cara? —pregunto.

—Lo suficiente —dice.

—¿Lo suficientemente bien? —pregunta Kent.

—Era él, si eso es lo que me está preguntando. ¿Y por qué lo pregunta? ¿Por qué están aquí? Debe haber ocurrido algo para que estén volviendo a las andadas —dice, y entonces su mente enigmática entra en acción—. ¿Quieren decir que él no lo hizo?

—Creemos que es posible que otra persona llevase su ropa.

Empieza a asentir.

—Una cosa que viene con la vejez es la obstinación —dice—. Soy terca como un buey. Pero con la edad también llega la sabiduría, y no soy tan terca como para no admitir cuando me equivoco, no como la mayoría de la gente que llega a los ochenta. ¿Le vi la cara? Estaba oscuro. Por supuesto que estaba oscuro, y las farolas apenas lo iluminaban cada pocos metros. Y llevaba una gorra, una gorra de béisbol como las que lleva la gente cuando intenta parecer guay o esconder un mal peinado. Pero sí, llevaba la ropa de Ron y se parecía a Ron. Sí, sí, aún diría que era él.

—El coche que estacionó a una manzana, ¿lo vio bien? —pregunta Kent.

—Estaba demasiado lejos para ver la matrícula y no se me dan bien los coches. Lo mejor que pude hacer entonces fue decirle a usted que estaba oscuro. Eso es lo mejor que puedo hacer ahora.

Tomo un sorbo de café. Es mejor que la cosa que solemos tomar en la ciudad, pero no me queda sitio para café.

—¿Conocía bien a Hailey?

—Bastante bien. Llevo casi cincuenta años en esta casa —dice— y he visto entrar y salir a otras familias. Ella vivió allí con su marido durante seis o siete años antes de que ocurriera lo que ocurrió. Así que la conocía como vecina. Charlábamos por la calle. Un año me ayudó con los adornos de Navidad. Si estaban haciendo una barbacoa y Barney y yo no teníamos otra cosa, a veces nos invitaban. Eran una pareja agradable. Después de la muerte de Barney, me visitaban a menudo. Eran agradables, pero ¿felices? No lo creo. Nunca parecía haber química, ¿me entiende?, pero tampoco los oíamos pelear. Eran una pareja que solo cumplía con sus obligaciones. Fue todo un shock que él la matara.

—Así que se puede decir, con certeza, que la conocía bastante bien —dice Kent.

—Todo lo bien que se puede como vecino, querida.

—Anoche hablamos con Naomi McDonald. Es la mujer que…

—Sí, sé quién es, querida.

—Dijo que la mujer sabía de la aventura y que no le importaba. En absoluto. ¿Parecía Hailey el tipo de persona a la que no le importaría?

Ella niega con la cabeza.

—No, claro que no. Le habría importado mucho. A menos que…

—¿A menos que? —pregunta Kent.

Entonces nos sonríe, toma un sorbo de café y lo deja ordenadamente a su lado, sobre la mesa.

—Bueno, me parece que lo que usted está preguntando es lo siguiente: ¿es posible que a una mujer no le importe lo más mínimo que su marido la engañe? Supongamos, por un momento, que fuera

posible. Ahora, entonces, usted necesita hacer una pregunta diferente. Tiene que preguntarse a qué clase de mujer no le importaría.

—Una que no estuviera enamorada de él —dice Kent.

—Sí, eso, pero hay más —dice Julianne.

—Una que estuviera casada por razones totalmente diferentes —digo.

—No —dice ella—. Pero sí una que hubiera seguido adelante. La que sabe que su matrimonio se ha acabado, la que sabe que se está separando, la que ya ha pasado página desde el punto de vista emocional; y, quizá, físicamente.

—¿Hailey McDonald tenía una aventura? —pregunto.

—De haberla tenido, no habría sido una aventura como tal, ¿cierto? No en el sentido tradicional. Tanto el marido como la mujer se estaban separando, cada uno iba por su lado. En cierto modo, ni siquiera se estaban engañando.

Miro a Kent y ella me devuelve la mirada.

—Si eso es verdad —dice Kent—, quien fuera a quien ella estuviera viendo podría ser su asesino.

—Y, si ella lo veía en su casa mientras Ron estaba en el trabajo o con su nueva novia, eso le daría acceso a la ropa.

Miro mi café, tratando de asimilar la información. ¿Encaja? Parece que sí.

—Tenemos que hablar con los amigos de Hailey McDonald —digo—. Si ella tenía un amante, quizá alguno lo sabía.

—¿No se habrían presentado y avisado a la policía? —pregunta Kent.

—No necesariamente —dice Julianne, y ambos la miramos; y, quizá con todos los libros que ha leído, deberíamos tenerla en el cuerpo como asesora—. Quiero decir, si yo hubiera sabido que ella tenía un amante, no me habría presentado. Tal y como funcionan los tribunales hoy en día, a menudo se juzga a la víctima. Es repugnante. Si yo lo hubiera sabido, no habría dicho nada. ¿Qué sentido tendría? El hombre que la mató estaba bajo custodia, y yo ayudé a ponerlo ahí, porque lo vi.

»Iban a acusarlo de asesinato, encontraron ropa ensangrentada en la parte de atrás de su coche, así que ¿por qué arriesgar la reputación de Hailey cuando ya habían cogido a quien lo hizo? Sé por qué lo soltaron, algún tecnicismo con la orden judicial, pero eso no lo volvió inocente, solo lo hizo afortunado. No hace falta ir a la policía y decir: «Por cierto, su mujer le estaba poniendo los cuernos, así que dejemos que los periódicos la llamen puta».

—¿Puede hacerme un favor? —le pregunto.

—Claro, hijo.

—Piense en esa noche. Piénselo en el contexto que conoce ahora. En aquel entonces, Ron era sospechoso de asesinato, y ese es el contexto bajo el que usted lo veía cuando prestó declaración. Piense en él ahora como si fuera la víctima. Piense en su mujer teniendo una aventura e imagine a aquel hombre matándola mientras Ron estaba a quince kilómetros de distancia. Piense en ello. Si llegara a recordar algo diferente, llámeme.

—Lo haré —dice, y, cuando nos levantamos para irnos, nos ofrece más café. Le decimos que no y le damos las gracias.

—Realmente era una joven agradable —dice, mientras nos acompaña a la puerta—. Es verdad lo que dicen, que nunca sabes lo que te espera a la vuelta de la esquina, y lo sé porque tengo edad suficiente para haberlo vivido. Un día estás aquí, y al siguiente, ya

no. Así de fácil —dice, y chasquea los dedos, pero es un chasquido muy suave.

Me hago a la idea de que ha tenido suerte de no romperse algo.

Salimos y, al llegar a la acera, Kent y yo nos miramos a la cara.

—La gorra no tenía sentido —le digo.

—¿Qué gorra?

—La señora Cross ha dicho que el hombre que vio llevaba una gorra de béisbol, y eso mismo dijo hace siete años, y estará en la declaración. Cuando Schroder encontró esa ropa en el coche, eran una camisa, pantalones y zapatos. No había calcetines ni ropa interior ni, desde luego, una gorra. Los calcetines y la ropa interior no se habrían manchado de sangre, pero la gorra sí. ¿Por qué deshacerse de la gorra por separado?

—¿Y nunca la encontrasteis?

—No. Ron tenía un par de gorras de béisbol que casi nunca se ponía y ambas estaban guardadas en su armario, pero ninguna tenía sangre. En primer lugar, que dejara la ropa ensangrentada en el coche, y no la gorra, no tiene sentido. ¿Por qué deshacerse de ella por separado? Lo mismo ocurre con el arma homicida. Nunca la encontramos. ¿Y por qué no la guardó con la ropa ensangrentada?

—¿No te lo preguntaste la última vez?

—Sí, nos lo preguntamos, y supusimos que le gustaba la gorra y quería quedársela. Que, por otra parte, se las había arreglado para deshacerse del cuchillo antes de deshacerse de la ropa. No cuestionamos esa estupidez de guardar la ropa en la parte trasera del coche; más bien, quisimos preguntarle por qué, pero su abogado estaba presente y, para entonces, la orden judicial estaba en entredicho. Así que nunca llegamos más lejos.

—Y ahora piensas que quienquiera que fuese llevaba una gorra para ocultar su cara.

—Eso parece, ¿no?

—Lo admito, todo parece convincente —dice—. El problema es que significa que se hizo un mal trabajo policial hace siete años. ¿A dónde vamos ahora?

—Volvamos a la comisaría y revisemos los materiales originales. Las pruebas que se guardaban en el almacén ya deben estar ahí. Hagamos una lista de personas con las que podríamos hablar sobre Hailey. Si tenía un amante, alguien podría haberlo sabido.

Capítulo sesenta y uno

La mordedura del perro se ha infectado. En el brazo de Schroder, los agujeros son de color rojo brillante, aunque casi negros en el centro. Hay sangre de color verde oscuro atrapada bajo la piel. Cuando aprieta, burbujea pus amarillo por los lados, y debería dejar de apretar, porque, cada vez que lo hace, siente que lo domina una oleada de náuseas. Le duele todo el brazo.

En estos momentos se encuentra en la puerta de urgencias del hospital. Anoche no pudo dormir. Se sentó a hablar con Warren sobre cómo las cosas se le han ido de las manos. Le preguntó si creía que Tate tenía razón con sus valoraciones. ¿De verdad ha perdido el control? ¿Es posible? No. Sí. No. Warren tampoco estaba seguro.

Las puertas se abren y sale un niño acompañado de su padre. Tiene un brazo escayolado. Va diciéndole a su padre que está deseando que sus amigos del cole se lo firmen. El mundo se balancea durante un segundo; luego, un segundo más, el tiempo suficiente para pensar «Eso es: es la bala, que está terminando lo que empezó», solo que no se trata de eso en absoluto. No ha comido en veinticuatro horas y la infección lo está consumiendo. Con las puertas ya abiertas, a punto de atravesarlas, se da cuenta del error que está a punto de cometer.

Cuando quemó Grover Hills, tenía que haber tirado al perro allí dentro. El maldito animal lo mordió. La policía sabe que lo mordió. Habrán alertado a los hospitales y a todos los médicos de la ciudad. No puede entrar ahí. Está solo con este problema.

¿Y si tuviera rabia?

Solo le queda esperar que no la tenga.

Al llegar a casa, se pasa quince minutos en el baño, hurgando en la herida. Cierra el puño y aprieta los agujeros verdes y amarillos. Limpia todo lo que ha salido y vuelve a apretar. Cuando ha terminado, se pone un poco de yodo antes de vendarse bien el brazo. Abre el botiquín. Necesita antibióticos, pero no puede conseguirlos sin receta. Tiene, al menos, los analgésicos que le recetaron para el dolor de cabeza. Se los toma con la esperanza de que lo ayuden.

Se dirige al salón y vuelve a sentarse en el sofá, que ahora empieza a gustarle de verdad. Extiende el brazo para estudiar el vendaje y para que Warren también pueda verlo. Solo que a Warren no parece preocuparle en absoluto.

—Esto hará que vaya más lento —dice Schroder.

«Necesitas aflojar el ritmo —dice Warren—. Ya has visto esto antes: si intentas hacerlo todo en una o dos noches, vas a terminar cometiendo un error. Serás como el último tipo que arrestaste, ¿te acuerdas? De hecho, ya has cometido errores. Han muerto dos inocentes. Y no poner ese perro en el fuego… Bueno, qué imbécil, no se puede ser más tonto. Y esto te lo dice alguien que come moscas. Claro, Tate está de tu lado, pero no hay mucho que puedas hacer. No vas a llevarlo contigo cada vez que mates a alguien, ¿verdad?».

—No, desde luego que no. Solo lo he dicho.

«¿Dices cosas en las que no crees?», pregunta Warren.

—Por supuesto. ¿Tú no?

«No, las arañas no somos así. Si te atrapan, ¿le dirás a la policía dónde has escondido el cuerpo de Quentin James?».

—No.

«¿No les hablarás de él en absoluto?».

—No.

«Así que tampoco hablabas en serio cuando le dijiste a tu amigo que lo delatarías si no te ayudaba».

—No, supongo que no.

«La gente es complicada», dice Warren antes de escabullirse por la pared en busca de sombras.

Schroder se tumba en el sofá. Warren sale de su campo de visión y, después, de sus pensamientos. Ha sido un largo fin de semana de matar gente mala, y no ve por qué no tomarse unos días de descanso antes de volver a la acción. Debe dejar que el brazo se recupere, que la infección abandone su cuerpo. Eso le dará unos días para pensar en viejos casos y elegir a alguien más; a alguien a quien nunca conoció. Una buena opción podría ser algún recién liberado de la cárcel. Alguien a quien le esté yendo bien, que esté disfrutando de una segunda oportunidad y que ahora viva una vida mejor que la de Schroder, una vida mejor construida sobre las cenizas del dolor y la destrucción causados.

No tendría sentido quemarse matando gente durante la próxima semana. Y, aunque pudiera hacerlo, ¿de cuántos podría ocuparse? ¿Cinco o seis? Tiene que pensar a largo plazo. Tiene que espaciar las cosas y hacer mejor los deberes, o, de lo contrario, habrá más mordeduras de perro y más suicidios. Ha terminado con lo de los cinco minutos. Ha terminado, al menos, con la modalidad de ofrecérselos a la gente. Lo de anoche fue el comienzo de algo nuevo. Pudo haber ido a ver al padre de Hailey McDonald para preguntarle si quería cinco minutos con Ron. Y Nuevo Nuevo Yo lo habría hecho, pero Nuevo Nuevo Yo ha quedado en el pasado. Ahora es Yo Evolucionado. Yo Evolucionado ha aprendido de los errores

que cometieron todos los Yo del pasado. Las personas piden cinco minutos que, en realidad, no quieren. Les gusta la idea, mas no la realidad. Kelly Summers sí se entusiasmó porque estaba en el momento justo. Smith la estaba atacando y ella estaba enfadada. Pensó que Crowley quería sus cinco minutos, pero Schroder tuvo que darle un buen empujón.

Las cosas serán diferentes ahora. Él hará todo el trabajo sucio. Seguirá siendo el Hombre de los Cinco Minutos, solo que ahora les concederá a estas personas sus cinco minutos a través de él. Podrá cargar con ello; los demás podrán cargar con ello. No habrá secretos y ningún inocente saldrá herido.

Así, todos ganan. Cuando su brazo esté curado, empezará a ganar de nuevo, más despacio que antes; quizá una vez a la semana, quizá una vez al mes, pero ganará, de todas maneras. Ganará a largo plazo, y eso le dará motivos para vivir.

Capítulo sesenta y dos

Tenemos una lista de nombres. Gente que conocía a Hailey McDonald. También, personas de las que era amiga y que podrían saber si Hailey tenía un amante. Estamos cogiendo carrerilla. Se conecta una llamada a la sala del grupo y yo la cojo. La persona se identifica como Jerry Williams. Un Williams más esta semana. Dentro de mil años, ¿nos habremos extinguido el resto de nosotros? Jerry es del laboratorio de ADN, donde, hace un rato, un agente dejó la ropa.

—¿Ya has analizado la ropa? —le pregunto.

—Todavía no, pero debería ser mañana.

—¿Debería?

—Ya sé —dice Jerry—, todo es prioritario, y ese es el problema. Pero, en realidad, te llamo para ayudarte. Puede que tenga algo para ti. Encontramos algunos pelos en la ropa. Hay tres tipos.

—¿Tres?

—Sí, eso acabo de decir. Lo que necesito de vosotros son muestras de la víctima y del sospechoso para poder hacer algunas comparaciones. Entonces, podré deciros cuál de las tres es la anomalía.

—Bien, tenemos muestras de la víctima, pero no del sospechoso.

—¿El sospechoso tiene el pelo corto? —pregunta.

—Sí.

—¿Tenía el pelo corto hace siete años, cuando esto ocurrió?

—Sí. Corto y negro, con algunas canas en las sienes.

—Uno de estos es corto y negro —dice—, pero es solo uno. Está enterrado en el cuello, por detrás. Si estuviera en cualquier otra parte de la camisa, te diría que fue transferido; incluso por alguno de los oficiales en la escena. Quizá por ti mismo, si tienes el pelo negro y estabas allí. Pero, enterrados así en el cuello… Bueno, ahí es donde los encuentras cuando la camisa la has llevado puesta. Solo que yo habría esperado encontrar más. Y hemos encontrado más, pero de los otros dos sujetos. Así que, tal vez, este pelo negro se quedó atascado en ese lugar y no salió en el lavado. Los otros dos son largos y rubios.

—¿De dos mujeres diferentes?

—De dos personas diferentes. Hay cabellos de todos los grosores, así que no podría decirte si son de hombre o de mujer; todavía no, pero un par de ellos conservan las raíces. Podremos analizar el ADN, y entonces podré decírtelo con certeza. Envíame el cabello de la víctima y lo compararé con lo que tenemos. Y, acerca de este pelo corto, ¿tienes más con los que podamos comparar?

—Eso no será un problema, Jim —digo, y pienso en Ron McDonald en algún lugar de la morgue—. Estos otros dos pelos, ¿podrías fotografiarlos y enviarnos las fotos por correo electrónico ahora mismo?

—Me llamo Jerry, no Jim. Y sí, puedo hacerlo. Pero son más de dos. Tenemos ocho en total, cinco que, supongo, serán de la víctima, ya que están en la parte delantera; algunos, incluso, enredados en la sangre. Otros tres estaban en el cuello, por detrás, junto con el pelo negro. Dame tu dirección y te enviaré algo en los próximos minutos.

Le doy mi correo electrónico del trabajo y colgamos. Le explico todo a Kent, me conecto a uno de los ordenadores y, un minuto después,

aparece un correo electrónico en mi bandeja de entrada. Lo abro. Hay cuatro fotografías. En dos de ellas, una regla de plástico muestra la longitud de los pelos.

Uno mide sesenta y un centímetros; el otro, treinta y ocho.

Las otras dos fotografías están ampliadas mucho más de cerca. Son los pelos fotografiados a través de un microscopio. El más largo ha sido teñido de rubio, según ha escrito Jerry. El más corto conserva el color natural y es más castaño que rubio.

—¿Sería otra mujer quien usó esa ropa? —le pregunto a Kent.

—O un hombre de pelo largo.

—¿De qué color tenía el pelo Naomi entonces?

—Negro, igual que ahora. Estos no son suyos, pero también tendremos que cogerle una muestra para confirmarlo. Y hay otra posibilidad: que Ron estuviera engañando tanto a su mujer como a su novia y que el pelo perteneciera a esa otra.

—Necesitamos considerar otras posibilidades —le digo—. Deberíamos empezar con Chris Watkins. Él dijo que sabía que Ron tenía una amante. Si Ron tenía una segunda aventura, puede que él también lo supiera.

—Deberíamos volver al taller —dice Kent—. Creo que será bueno para ambos casos. Si seguía acostándose con cualquiera, podríamos encontrar pruebas. También es posible que encontremos alguna cosa que se os pasó hace siete años.

Ponemos al corriente al comisario y me organizo para que un agente lleve al laboratorio pelos del cadáver de McDonald. Hago que otro agente vaya a por una muestra de Naomi. Luego, bajamos y nos dirigimos al taller de Ron. Encontramos algunas furgonetas de los medios de comunicación, pero los reporteros están todos charlando

entre ellos, con las cámaras apuntando a ninguna parte. Parecen un poco aburridos, como si supieran que la próxima noticia bomba no ocurrirá aquí, sino que está sucediendo en algún lugar desconocido y a alguien desconocido. Al menos, por ahora. El coche de Ron sigue aparcado fuera.

De los edificios cercanos llega música. Se oyen ruidos de maquinaria, gente trabajando; hay cosas que se fabrican y cosas que se reparan. Es el sonido de la vida. Aparcamos en la calle. Por la zona pasean agentes que hablan con trabajadores de por aquí, les muestran los dibujos del calvo y les preguntan qué han visto. Toda la escena parece distinta a la de anoche. El sol de la mañana resalta diferentes ángulos y brilla en distintas superficies. Es una ordinaria mañana de martes, con el añadido de la cinta negra y amarilla de las escenas criminales.

Nos dirigimos a la oficina, donde un detective revisa el ordenador, otro hojea recibos y archivos y otro lee todo lo que cae en sus manos.

—El coche en el que McDonald estuvo trabajando anoche es un Toyota de dos puertas —dice el detective Watts, y Watts es el otro tipo que, junto a Travers, estuvo diciendo cosas esta mañana durante la sesión informativa. Ha estado en el cuerpo mucho más tiempo que cualquiera de nosotros y solo le faltan uno o dos años para jubilarse. El poco pelo que le queda es canoso desde que lo conocí, hace veinte años—. Está aparcado ahí arriba —dice. Señala el taller con un movimiento de cabeza.

—Recuerdo haberlo visto —le digo, porque es el coche en el que estaba apoyado el móvil de Schroder.

—Pertenece a un tipo llamado Stephen Becker. En este momento, Becker está usando un coche prestado.

—¿Lo has llamado?

—En realidad, quien nos ha llamado ha sido él. Se ha enterado por las noticias y le preocupa que la reparación de su coche se retrase. Nos ha preguntado si se lo podemos devolver hoy. El tipo dijo que llamaría a un abogado en caso de que no acatáramos sus exigencias. Le dije que podía llamar a todos los abogados que quisiera, pero que no le devolveríamos el coche hasta que los trabajos en la escena estuvieran terminados.

—¿Han encontrado los forenses alguna señal de que la puerta fuera forzada? —pregunto.

Sacude la cabeza.

—O la puerta se quedó sin cerrar, o nuestra víctima dejó entrar al asesino, fuera como cliente o porque lo conocía.

Kent y yo nos dirigimos al taller, donde hay un charco de sangre seca que no parece tan oscuro como algunas de las manchas de aceite repartidas por el suelo. Empezará a parecerse si no se limpia. El Toyota está exactamente donde estaba anoche. Por un instante, alcanzo a distinguir el fantasma del móvil ahí abajo, acechándome, burlándose de mí.

Miramos a nuestro alrededor. Kent busca lo que ocurrió anoche. Yo espero que no lo averigüe. Pasara lo que pasara hace siete años, aquí no habrá ninguna prueba. Mirar las herramientas y el suelo manchado de sangre no va a resolver esto. Tenemos que hablar con la gente que trabajó aquí, con la gente que mejor conocía a Hailey y Ron McDonald.

Volvemos a la oficina. Los detectives siguen con lo que estaban haciendo. Las grandes fotografías de pesca, paintball y karting contemplan la escena: hombres más felices en tiempos más felices. Me tomo un momento para mirar a esta gente, a Ron McDonald. Pienso en cómo sus acciones atrajeron la muerte.

Miro la fotografía del paintball. En ella aparecen seis hombres. Algunos podrían seguir trabajando aquí; otros, quizá no. Están abrazados, con Ron en el centro y los rifles de paintball apuntando al aire. A la derecha de Ron, con la mitad de su rostro hacia la cámara, está Chris Watkins. Con su corte de pelo al estilo militar, sostiene el rifle en alto, como un hombre victorioso. Retiro la fotografía de la pared, le doy la vuelta y veo la fecha en el reverso. Fue tomada hace ocho años, uno antes de que Hailey fuera asesinada.

Cierro los ojos y me pellizco la parte superior de la nariz con los dedos pulgar y corazón. Con el índice me doy golpecitos en la frente, una y otra vez.

—¿Tate?

Lo pienso bien. Los pelos largos. El acceso al coche. A la ropa. Hailey McDonald teniendo una aventura.

—Tate, ¿qué pasa? —pregunta Kent.

—Echa un vistazo —le digo, y le entrego la fotografía.

—¿Echar un vistazo a qué, exactamente?

No lo ve. Y entonces lo ve. Ladea un poco la cabeza, como si dejara que sus pensamientos se agitaran, que cambiaran de posición hasta acomodarse, mientras piensa las mismas cosas que yo he pensado. Y eso ha hecho, porque, un momento después, ambos estamos corriendo hacia el coche, de vuelta a la comisaría.

Capítulo sesenta y tres

A veces oigo ese zumbido, el bombeo de adrenalina por mi cuerpo, cuando sé que estoy a punto de cerrar un caso.

—No tenemos certeza de nada —dice Kent, que se mueve entre el tráfico.

—Ya lo sé.

—Es solo circunstancial —dice.

—También lo sé.

—En realidad, este interrogatorio podría servir tanto para descartarlo como para señalarlo culpable.

—Lo sé. Sé todo eso, Rebecca.

—Sé que lo sabes, solo que no quiero que te hagas ilusiones. Y, recuerda, el pelo en la parte de atrás de la camisa que llevaba cuando asesinaron a Hailey McDonald no es una prueba. Solo puede darnos indicios, pero, si construimos cualquier tipo de caso sobre él, será desestimado incluso antes de llegar a los tribunales.

—Cierto, pero él no lo sabe —le digo, y es Chris Watkins, el hombre con quien hablé anoche, el hombre que hace siete años dijo que fue al taller a recuperar su teléfono móvil y vio que Ron McDonald no estaba allí. Chris Watkins, el del corte de pelo al estilo militar en la fotografía, excepto en la nuca, donde un mechón de pelo largo le cuelga entre los hombros. Pelo largo y rubio, igual que el del correo electrónico. Chris Watkins tenía acceso al coche de Ron McDonald.

—Sigue sin acercarnos a lo que pasó anoche —dice Kent.

—Sí que nos acerca.

—¿Cómo?

—Si es el Hombre de los Cinco Minutos quien ha hecho esto, todo cambia.

—¿En qué sentido?

—El tío piensa que está haciendo el bien, ¿verdad? Cree que salva a la gente de esta ciudad de gente de esta ciudad. ¿Cómo crees que va a reaccionar cuando sepa que ha matado a un inocente?

Ella hace una pausa para reflexionar.

—Esa ha sido tu idea todo este tiempo —dice.

—Más o menos.

—Está bien —dice—. Crees que, en lugar de atraparlo, podremos apelar a él para que se entregue.

—Exactamente —digo, y esta palabra resume cuán lejos está de la verdad: exactamente en las antípodas.

—Como he dicho, está bien, pero deberías haberme contado algo antes —dice—. Somos un equipo, ¿recuerdas?

—Por supuesto que me acuerdo. Como dijo Hutton, estamos en la misma sintonía.

—A veces, no me lo parece.

Mi móvil empieza a sonar. Kent sigue conduciendo y yo cojo la llamada. Es Julianne Cross, la testigo lectora de novelas policíacas con la que hablamos esta mañana.

—Estoy muy disgustada —dice, y lo parece—. He hecho lo que usted me ha pedido. He empezado a repasar todo lo que vi esa noche, ¿y sabe lo que ha pasado?

—Dígamelo.

—Todo ha cambiado. Estoy empezando a convencerme de cosas diferentes. En cuanto usted se fue, me senté y vi todo tal y como lo recordaba, pero también vi algo nuevo, algo que parecía real en ese momento, pero que se hace menos real cuanto más pienso en ello. Si me esfuerzo en recordar, más pormenores de aquella noche se van convirtiendo en otras cosas, y ahora no sé qué es lo verdadero. Estoy disgustada, porque me preocupa haber puesto a un inocente en la cárcel mientras un malvado seguía libre.

—¿Qué recuerda diferente? —pregunto—. Antes de que se concentrara en exceso y todo cambiara.

—Es una cosa muy pequeña —dice—. Pero Ron, y sigo estando segura de que fue Ron, bueno, cuando llegó a la casa, no entró. Llamó a la puerta.

—¿Llamó a la puerta?

—Sí, a la puerta principal, y su mujer lo dejó entrar.

—¿Y por qué no me lo había dicho?

—Cuando cierro los ojos, puedo verlo tan claro como el día. Ron va caminando desde su coche, el cual ha aparcado a una manzana de distancia, con la visera de la gorra bajada. Llega a la puerta principal y llama. Sí, sí, estoy segura de que llamó. Puedo recordarlo haciéndolo. ¿Por qué tendría que llamar a su propia puerta? Supongo que, si hubiera olvidado las llaves… Pero acababa de llegar en coche, así que llevaba las llaves encima. Si en realidad hubiera sido Ron, tan solo habría entrado, ¿no?

—Sí —le digo—. Eso es lo más probable.

—Cometí un error, ¿verdad? —dice.

—Muchos nos equivocamos. Gracias por llamarme, señora Cross.

Pongo al corriente a Rebecca.

—Incluso, aunque no hubiera sido Watkins, no parece que Ron lo hiciera —dice.

—Durante siete años, todo el mundo ha pensado que era culpable —digo, y me siento mal ante esa idea.

—Y tuvo que ser asesinado para que su nombre quedara limpio —dice—. Él solo quería seguir adelante con su vida.

Llegamos a la comisaría. Si todo marcha según lo previsto, el interrogatorio de Chris Watkins habrá empezado hace unos minutos. Responderá a una serie de preguntas estándar y, luego, a cualquier otra que le hagan los dos detectives a cargo: «¿Desde cuándo conocía a la víctima?», «¿Eran amigos?», «¿Alguien lo odiaba?», «¿Era un buen jefe?», «¿Cómo era la relación de la víctima con el resto del personal?», «¿Dónde estuvo usted anoche?», «¿Hay alguien que pueda corroborarlo?». No es sospechoso, y, como Chris Watkins no mató a Ron McDonald, no se sentirá como tal. No pedirá un abogado. Estará allí pasando el rato, bebiendo café o refrescos y sintiéndose relajado. Hablará de la llamada que recibió anoche, la de Naomi McDonald, quien le preguntó si sabía dónde estaba su marido.

Subimos a la cuarta planta y confirmamos que Watkins está en el edificio, hablando con dos de nuestros chicos. Ideamos un plan de interrogatorio y nos tomamos veinte minutos para reunir lo que necesitamos. Luego, le contamos al comisario Stevens lo de los pelos en la camisa y lo de la entrevista con Julianne Cross. También le enseñamos la fotografía del taller.

—¿Esto es lo que tienes? —me pregunta—. ¿Una fotografía de un hombre con pelo largo? Ni siquiera sabes si el pelo encontrado en la camisa es de un hombre.

—El resto encaja.

—Aunque pudiéramos conseguir una orden judicial para tomarle una muestra de pelo —dice—, no podríamos cotejarla con esa camisa. Esa prueba fue descartada.

Le digo lo mismo que a Kent: nosotros lo sabemos, pero Watkins no.

—¿Crees que podrás hacerlo confesar?

—No.

—¿Entonces?

Miro a Kent, y ella me hace un leve gesto con la cabeza. Luego, vuelvo a mirar a Stevens.

—Creemos que nos podría guiar hasta el arma homicida.

—¿Cómo?

—Aprovechándonos de la ropa.

Empieza a darse golpecitos en la barbilla y a asentir al mismo tiempo.

—¿Crees que podrías engañarlo?

—Anoche hablé con este tipo. No parece tener una retorcida mente criminal.

—Pero es lo bastante listo como para haberse salido con la suya, si lo que has dicho resulta ser verdad.

—Tal vez. O solo ha sido afortunado. Si hubiéramos analizado esa ropa hace siete años, habríamos encontrado su ADN por todas partes. En tal caso, no es tan inteligente.

—Entonces, ¿cuándo dejó la ropa ensangrentada en el coche de Ron?

—Supongo que cuando Ron estaba en casa de su novia. El coche seguía en la calle. Estaba oscuro. Aprovechó la oportunidad.

—¿Y por qué no dejó ahí el cuchillo?

—Tal vez el cuchillo era suyo. Sus huellas dactilares y su ADN habrían estado por todas partes. Le preocupaba que lo descubrieran a través del arma.

—Si entráis ahora y no le sacáis nada y se vuelve suspicaz, no tendréis otra oportunidad hasta que esté presente su abogado.

—Lo sabemos.

Sigue asintiendo.

—Vale, detective, es tu decisión. Por eso llevas el caso. Pero no te precipites, ¿de acuerdo? ¿Qué pasa con Ron McDonald?

—Si pudiéramos probar que Ron era inocente —dice Kent—, eso podría cambiar la forma en la que el Hombre de los Cinco Minutos ve las cosas.

—¿Crees que se entregaría? —pregunta Stevens.

—Ojalá —le digo.

Pero, en realidad, lo que quiero de Schroder es que deje de hacer lo que ha estado haciendo. No habrá necesidad de atraparlo. Sí, ha muerto un hombre inocente, pero Schroder lo pagará muy pronto: de ello se encargará la bala que tiene en la cabeza.

—Bien. Buen trabajo, detectives. Espero que estéis en el camino correcto. Mantenedme informado. Y no lo estropeéis.

Capítulo sesenta y cuatro

Nos tomamos otros diez minutos para prepararnos. Luego, llamo a la puerta de la sala de interrogatorios y la abro. A ningún detective le gusta que lo interrumpan en estas labores, pero esto no es un interrogatorio —al menos, no todavía—. Además, hace diez minutos, uno de los detectives ha recibido un mensaje de texto de advertencia para que esté preparado.

—Siento interrumpir, pero nos ha llamado tu mujer —le digo a uno de los dos detectives—. Acaba de ponerse de parto.

—Ay, mierda —dice, y se levanta rápidamente. En el pasado, hemos echado mano de este código cuando tenemos que cambiar de detective sin avisar al interrogado de que acaba de convertirse en sospechoso.

—Yo te llevo —dice su compañero, que también acaba de ponerse de pie. Luego, nos pregunta—: ¿Podéis haceros cargo? Son cosas básicas.

—Sí, sí, eso creo —digo. Luego miro a Rebecca, que está en el pasillo, detrás de mí—. ¿Te parece bien?

—Estaba a punto de coger algo para comer.

—Solo serán unos minutos —nos dice el detective.

—En ese caso, vale, ¿por qué no?

—Buena suerte con el bebé —dice Chris, mientras los dos detectives salen corriendo de la habitación. Sin duda, Stevens los pondrá al

corriente de todo y, sin duda, se sentirán molestos por no haber tenido la oportunidad de completar la entrevista.

—Claro, claro —digo. Llevo una taza de café, que dejo sobre la mesa, delante de mí. Se derrama un poco de líquido por el borde y me limpio la mano en la camisa. También dejo sobre la mesa la carpeta que traía conmigo. Me siento y miro por encima las notas que han dejado los detectives.

—Chris, ¿verdad?

—Sí.

—Espera un segundo —le digo—, déjeme ver… Así que… Aquí dice que trabaja o trabajaba para McDonald.

—Sí, así es.

Sigo mirando las notas, las recorro con el dedo.

—Y… Y aquí dice… Ah, usted fue quien avisó.

—Anoche hablé con usted, ¿no lo recuerda?

Lo miro. Inclino ligeramente la cabeza.

—¿Era usted?

—Sí —dice, y sonríe—. Una noche larga, ¿eh?

—Por eso Dios creo el café —digo, y tomo un sorbo del mío—. Sí, sí, claro que era usted. En la escena del crimen, ¿verdad?

—Sí.

—Soy Theo —le digo. Extiendo la mano y estrecho la suya— y ella es Rebecca.

—Hola —dice Rebecca. Parece aburrida. Consulta su reloj, bosteza. Luego se echa hacia atrás en su silla.

—Debe haber sido un infierno. Entrar así y ver a Ron de esa manera. Un infierno.

Asiente con la cabeza.

—¿Quiere beber algo más? —le pregunta Rebecca.

—Estoy bien —dice él. Levanta una lata de Coca-Cola y la agita para que oigamos que está medio llena.

—Bueno, si llegara a necesitar algo, pídalo —dice—. Sé que pasar un día en comisaría no es nada divertido, así que intentaremos hacerlo rápido, tanto por su bien como por el mío. Si no como algo pronto, me voy a volver loca.

—Sé que ustedes solo están haciendo su trabajo —dice—. Cualquier cosa que yo pueda decir y que sea útil para encontrar a quien hizo esto… Bueno, ya saben. Ron era un buen tipo. Un tipo muy bueno. Hay quien muere y, entonces, otras personas dicen que el mundo no será el mismo sin él, ¿ven? Eso es lo que pasa con Ron. Incluso hace años, cuando ustedes insistían en que había matado a su mujer, quienes lo conocíamos no creíamos que fuera verdad.

»Y yo, demonios, a mí me tocó decirles que yo había ido al taller y él no estaba allí. Por mi culpa pensaron que Ron mentía. ¿Y saben qué? Cuando lo soltaron, pensé que lo primero que él iba a hacer sería despedirme. Me llevó a su despacho y me dijo que yo había hecho lo correcto, que solo había dicho lo que había visto y que mi puesto seguía siendo mío si lo quería. Le dije que, por supuesto, lo quería.

—¿Usted nunca pensó que Ron fuera culpable? —pregunto.

—Nunca.

—Solo culpable de tener una amante —le digo.

Se inclina hacia delante.

—Ron era un buen tipo —dice—, así que no vayamos por ahí, ¿eh?

Me inclino hacia atrás.

—¿Ir a dónde?

—Está culpándolo otra vez de lo que le pasó a Hailey.

—Me parece razonable —digo, y sigo adelante; pero, por supuesto, volveremos pronto—. Así que, en los últimos años, ¿las cosas han ido bien en el trabajo?

—Supongo —dice—. O sea, siempre estamos ocupados.

Lo interrogamos al respecto. Entablamos con él una conversación de cinco minutos sobre cómo es el trabajo, cuántas horas le dedican, cómo son los clientes.

—Las notas aquí dicen que usted estaba con su mujer anoche, cuando Naomi lo llamó, ¿es cierto?

—Sí. Los padres de mi mujer estaban en casa y ya les habíamos preparado la cena. Todos ellos pueden decirles que yo estaba allí —dice—, si a eso quieren llegar. —Añade una sonrisa.

Me río.

—No, nada de eso. Solo intentamos construir la línea temporal. Usted salió del trabajo a las cinco, ¿verdad?

—Todos, excepto Ron. Tenía un cliente gilipollas al que intentaba ayudar, un tipo que había reventado la caja de cambios de su Toyota.

—¿Es el Stephen Becker del que he oído hablar?

—Ese.

—¿Se pusieron a discutir entre ellos?

—No. Solo que, verá, ese tipo es un capullo, y Ron… no sé por qué se sentía así, pero quería ayudarlo. Pensó que, como mucho, trabajaría una hora más. Dijo que se iría alrededor de las seis.

—¿Así que él fue el único que se quedó en el taller?

—Sí.

—¿La puerta del taller, por la que entran los coches, estaba abierta o cerrada?

—Yo la cerré antes de irme.

—¿Y la puerta de la oficina?

—Ron la habría cerrado con llave. Nadie que esté solo trabaja allí sin haber cerrado la puerta, nunca. A menudo haces ruido. Si alguien se colara, no podrías oírlo.

—Así que, anoche, ¿cómo supone que entró la persona que mató a Ron?

Se encoge de hombros.

—Supongo que alguien llamó a la puerta y él intentó ayudarlo.

—Como este sujeto, Becker, por ejemplo. Si no estaba contento con el trabajo, quizá volvió para hacer alguna reclamación. O quizá su jefe terminó el trabajo y él mismo lo llamó.

—Tal vez.

—O tal vez alguien lo estaba esperando fuera y lo forzó a entrar.

Se encoge de hombros.

—No sé qué más decirle. De verdad que no.

—No pasa nada —le digo—. Todo esto es útil. Es solo para construirnos una imagen, ¿sabe? ¿Necesita otra bebida?

—Todavía no —dice—. Ojalá pudiera añadir algo más, pero la verdad es que no se me ocurre nada.

—Lo está haciendo bien —dice Rebecca, y le dedica una de sus mejores sonrisas.

Él se la devuelve.

—Así que todo el personal tiene llaves, ¿verdad?

—Sí, porque todos llevamos trabajando allí seis meses o más. Esa es la regla: tienes que trabajar allí seis meses antes de que te den una llave. De hecho, el chico más nuevo lleva allí dos años. No es exactamente un trabajo con alta rotación de personal, ¿sabe? Pero, si usted cree que ha sido uno de nosotros, bueno, pues va en la dirección equivocada.

—Así que podemos decir con seguridad que usted conoce a todo el mundo bastante bien —dice Kent.

—Sí, claro. Llevo allí diez años. Desde que empezó el negocio. Otros han ido y venido durante todo este tiempo, pero Ron y yo somos el núcleo.

—¿Y usted conoció a Hailey?

Bebe otro trago de Coca-Cola y agita la lata para que todos oigamos que está casi vacía.

—¿Puedo tomar otra? —pregunta—. Hace un poco de calor aquí.

—Claro, no hay problema. De todas formas, ya casi hemos terminado —le digo—. Solo tenemos un par de preguntas finales. ¿Cómo de bien conocía a Hailey?

—Venía al taller de vez en cuando. Supongo que podría contar las veces con una mano. Por supuesto, vino a mi boda; los dos vinieron. Ya sabe, porque fue antes de que la mataran. También asistió a algunos eventos por el trabajo, como fiestas de Navidad y barbacoas de verano.

—¿Le caía bien?

—Claro, era bastante simpática. Nos caía bien a todos. Siempre fue amable con nosotros. Lo que le pasó, cielos, odio pensar en ello.

—Y usted está convencido de que Ron no tuvo nada que ver —le digo.

—No hay ninguna posibilidad, en absoluto.

—Eso es lo que hemos pensado últimamente —le digo.

Tiene la Coca-Cola a medio camino de la boca. Está a punto de beberse los últimos sorbos, y entonces se detiene.

—¿Cómo dice?

—Estamos diciendo que estamos abiertos a la posibilidad de que Ron fuera inocente —dice Kent—. Lo que pasó anoche, claro, significa que tendremos que echar otro vistazo a lo que ocurrió hace siete años.

—¿Por qué? —pregunta.

—Por si acaso estuviera involucrada la misma persona.

—Pero ¿y qué hay de la ropa en el coche de Ron?

—¿Qué pasa con eso? —pregunto.

—O sea, sí, Ron es un gran tipo, uno de los más agradables, pero, ya sabe, esa ropa, bueno, estaba en su coche, ¿verdad?

—De acuerdo —le digo.

—Creemos que alguien más la puso allí —dice Kent.

—¿La pusieron allí? ¿De verdad? Creía que esas cosas solo pasaban en las series de televisión.

—No solo en la televisión —dice Kent.

—La ropa fue declarada inadmisible, o como se diga, ¿verdad? Por eso Ron nunca fue a la cárcel, ¿cierto?

—Era una prueba inadmisible en ese momento—dice Kent—, pero ahora no.

Parece confundido. Parece preocupado.

—¿Qué quiere decir?

—Mire, esto es… Es como usted decía —le dice ella—. La gente deja pruebas porque lo ve en la tele, pero nunca es tan sencillo.

—Lo que vamos a contarle tiene que quedar estrictamente entre nosotros, ¿vale? —le digo—. No puede contárselo a su mujer, a sus amigos ni a nadie con quien trabaje. Pero usted parece un buen tipo y es obvio que Ron le importaba de verdad. El caso es que la ropa que encontramos tenía sangre porque el asesino la llevaba puesta cuando mató a Hailey. Fuera Ron o cualquier otro, iba vestido con esa ropa.

—Habrá ADN ahí también —dice Kent.

—¿ADN?

Continúo:

—Verá. Creemos que quien iba vestido con esa ropa debió sudar. Así que encontraremos ADN en las axilas, alrededor del cuello, quizá por todas partes. Creemos que quien la llevaba probablemente también se puso su propia ropa debajo, con la esperanza de que el ADN no llegara a la camisa —digo.

—Parece una idea inteligente, ¿no? —pregunta Rebecca.

—Sí, supongo.

—Sí, eso cree usted —le digo—, solo que no es tan inteligente. La cuestión es que el ADN llega a todas partes. Quienquiera que llevara esa camisa habrá dejado rastros de sí mismo por todas partes. Irónicamente, si nos hubieran dejado analizarla hace siete años, habríamos descubierto que la había llevado otra persona.

—¿Habrían hecho pruebas de ADN a pesar de que la camisa era de Ron, estaba en su coche y tenía la sangre de su mujer por todas partes? —pregunta.

—Claro que sí —dice Kent.

Chris se queda pálido. Abre la boca, pero no dice nada. Al cabo de unos segundos, la cierra.

—¿Pudieron arrestar al tipo correcto entonces?

—Así es —dice Kent.

—¿Y ahora? ¿El ADN no se habrá degradado con el tiempo? —pregunta.

—Es una buena pregunta —digo—. Pero, por la forma en la que almacenamos las pruebas, eso no ha sucedido. No, ese ADN va a

estar ahí al cien por cien. Ahora que la ropa ha vuelto a ser una prueba admisible, deberíamos enviarla a analizar.

—Espere un segundo. ¿Admisible otra vez?

—Así es —dice Kent—. Ahora que Ron ha muerto y que ya no lo consideramos sospechoso oficial, cambian las condiciones del registro ilegal de hace siete años.

—¿Cambian? ¿Cómo cambian?

—Bueno, es muy difícil hablar en jerga de abogado —le digo—, pero puedo intentar resumirlo. Suena bastante inhumano, pero, básicamente, si podemos hacerlo ahora, es porque Ron ya no puede quejarse.

—¿Pueden hacer esto porque no puede quejarse?

—Porque está muerto —dice Kent.

—Dios, sé que está muerto, ¿vale? Es solo que… No, nada —dice.

—Pensamos que será lo mejor para él —le digo.

—No —dice Chris.

—¿No?

—Si Ron era culpable, entonces no le conviene en absoluto. Tal como están las cosas, es un hombre inocente. Y, si usted se pone a analizar la ropa que no le permitieron analizar hace siete años, dado que ahora sí se lo permiten, eso podría cambiar.

—¿Cambiarlo de inocente a culpable? —pregunto—. Pensé que él no lo había hecho.

—No me refiero a eso —dice—. Recuerdo cómo fue hace siete años. Eso es lo que quiero decir. Intentaron forzarlo entonces, y parece

que van a intentar hacer lo mismo otra vez.

Me tomo el último sorbo de café.

—Entiendo su punto de vista, Chris, pero no tiene nada de qué preocuparse. Verá, incluso usted cree que es inocente. Lo conocía mucho mejor que nosotros, y, después de escuchar lo que nos ha dicho, de verdad creo que el camino a seguir es hacer analizar esa ropa. Supongo que hoy o mañana la empaquetaremos y la enviaremos al laboratorio. Quizá nos den una respuesta esta semana. Es caro, y no íbamos a hacerlo, pero, después de oír lo que ha dicho, bueno, creo que es el siguiente paso.

Se queda mirando la lata de Coca-Cola vacía, con las manos enroscadas alrededor.

—Creemos que Hailey tenía un amante —dice Kent—. Vamos a hablar con todos sus amigos, porque alguno podría haberse enterado.

—Y, además, pediremos a todos los conocidos de Hailey y Ron que contribuyan con muestras de ADN. Así podremos compararlas con las de la ropa —le digo.

—¿Pueden hacer eso? —pregunta—. ¿No necesitan una orden judicial o algo así?

—Claro que sí —dice Kent—, pero casi todo el mundo va a decir «Sí, claro, pueden quedarse con mi ADN, tomen todo el que quieran». Solo una persona dirá que no. Solo una persona va a decir que necesitamos una orden judicial. ¿Quiere adivinar quién?

—Quienquiera que la mató —dice.

—Exacto. Así que analizaremos todo el ADN que podamos conseguir. En un mes más o menos sabremos quién llevaba esa ropa.

—O antes, en caso de que alguien no ofrezca voluntariamente su ADN —señalo.

—Pero ¿eso es justo? —pregunta—. Es decir, me están diciendo que la gente que no quiere colaborar es culpable.

—¿Justo? Probablemente no —digo—, y sabemos que siempre habrá algún gilipollas que se resista solo para demostrar algo, pero no logrará otra cosa que ralentizar un poco el procedimiento. Seguiremos a todos los que se resistan y rebuscaremos en sus vidas, a ver qué sale. Eso sí: recuerde que esto es solo entre nosotros, ¿vale? Lo último que necesitamos es que esta información salga a la luz y el asesino se dé a la fuga.

—Necesito un descanso y beber algo —dice Kent, y luego señala la bebida de Chris—. ¿Quiere otra?

—¿Eh? Ah, sí, claro. Gracias.

—¿Le importaría esperar unos minutos a solas? —le pregunto—. Necesito ir al baño.

—¿Eh? ¿Qué? Sí, sí, claro, lo que sea —dice.

—Volveremos en cinco minutos —le digo. Dejo la carpeta sobre la mesa, salimos y cerramos la puerta.

Capítulo sesenta y cinco

Del pasillo, entramos directamente en la habitación de al lado. En la sala de interrogatorios, una cámara apunta hacia Chris. Parece ansioso. Se inclina hacia delante y luego hacia atrás, se pasa las manos por la cabeza, se las agarra por detrás de la nuca, mete los codos. Luego levanta la vista y sus ojos se mueven de izquierda a derecha mientras piensa en cómo resolver esto.

—Es él —le digo a Kent—. Puedo sentirlo.

—¿Crees que cinco minutos serán suficientes? —me pregunta ella.

—¿Para inventar una historia? Sí. No podemos darle demasiado tiempo, porque podría salirnos con una muy buena.

Chris afloja el cuello, extiende la mano y pone los dedos índice y medio en la carpeta que he dejado allí. La gira para ponerla al derecho. Es un viejo truco, pero uno muy bueno, y lo es por una razón: los culpables siempre curiosean. Por supuesto que los inocentes también miran a veces, pero es raro que los culpables se queden sentados sin hacer nada. Chris Watkins vigila la puerta, mira de nuevo la carpeta y la puerta. Una vez más. Lo que ocurra hoy depende de si abre esa carpeta.

La abre.

La página superior es una copia impresa de las fotografías de los cabellos, las que me enviaron por correo electrónico. Observa las imágenes. Con los dedos extendidos, calcula el largo. Después se lleva la mano a la nuca, como tratando de recordar lo largo que tenía el pelo entonces.

—Lo tenemos —dice Kent.

Pasa a la página siguiente, que es otra fotografía. En ella se ve la camiseta en posición horizontal, tal y como la extendieron sobre una mesa blanca para fotografiarla hace siete años. Con un rotulador, Kent ha dibujado un círculo alrededor de cada axila. Luego, las flechas de esos círculos van al lado de la página donde ha escrito «Dos perfiles de ADN. Ambos XY. Masculino. El ADN de la sangre es XX. Femenino». Chris mira la fotografía y la gira de lado a lado, como buscando su propio ADN. Luego hay algunas fotografías de la habitación de la escena del crimen. Enseguida, una de Hailey, y a esta foto le da la vuelta rápidamente. Luego aparece una «Declaración de testigo» de una de las inexistentes «amigas» de Hailey. La hemos mecanografiado y le hemos puesto fecha de hace siete años. Dice que sabía que su amiga estaba saliendo con alguien.

Más adelante hay un memorándum escrito por el comisario —aunque, en realidad, lo hemos escrito hace media hora— que resume la nueva posición con respecto a la ropa: «Puedo confirmar que ahora es posible utilizar las prendas como pruebas, pero esto llevará algún tiempo y será caro. Espero que el proceso se pueda evitar. Lo que necesitamos es el arma homicida utilizada en Hailey McDonald. Ya nos hemos puesto en contacto con los propietarios de la casa donde ocurrió el crimen y nos han dado permiso para registrarla. Esto está previsto para mañana a las nueve de la mañana. Si el arma sigue ahí, la encontraremos, aunque tengamos que excavar por todo el jardín. Al no tener que analizar la ropa, ahorraremos tiempo y dinero. Todos podremos aprender de esta experiencia y hacerlo bien la próxima vez».

Chris cierra la carpeta y vuelve a dejarla donde estaba. Le damos dos minutos más, Kent coge una lata de Coca-Cola y volvemos a entrar.

—Lo siento —le digo.

Kent le da la Coca-Cola.

—Gracias —dice él, y se la pasa por la nuca.

—¿Demasiado calor aquí? —pregunto.

—Un poco, pero estaré bien. —Abre la lata y toma un buen trago. Cuando el líquido pasa por su garganta, hace un gesto de dolor—. He estado pensando —dice—. Ron era un buen tipo, por supuesto, pero ahora está muerto y, para un muerto, no hay necesidad de guardar secretos, ¿verdad? Los muertos no pueden hacerte daño. Tú no puedes hacérselo a ellos.

—¿Usted guarda un secreto? —pregunta Kent.

Él asiente, y luego sacude la cabeza.

—No puedo creer que esté a punto de decirle esto, pero, si ha de saberse, que se sepa. —Empieza a mover con un dedo la lengüeta de la lata de Coca-Cola—. Ron… Ron era un buen tipo, ¿vale? Pero las cosas en su casa estaban muy tensas. Él y Hailey se peleaban todo el tiempo. Él decía que la odiaba. Absolutamente. Y se iban a divorciar, ¿de acuerdo? Por lo tanto, ella se iba a quedar con la mitad de todo, así que me dijo… Ay, coño —dice—, no quiero decirlo. De verdad que no.

—Tiene que hacerlo —le digo—. Podría revelarnos lo que ocurrió en realidad.

—Bueno, él salió con el guion clásico, ¿vale?, que el matrimonio es para toda la vida, pero, por asesinato, solo te caen diez años. Estábamos tomando unas copas después del trabajo. Él acababa de conocer a Naomi y me decía que iba a perder la mitad de lo que tenía, pero que, si mataba a su mujer y cumplía la condena, saldría económicamente mejor parado. Pensé que estaba bromeando, desahogándose.

Me inclino hacia delante. Le muestro mi cara de fastidio.

—¿Por qué no nos lo dijiste entonces?

—Porque entonces no creía que él lo hubiera hecho. La gente dice gilipolleces todo el tiempo. El fin de semana pasado, mi mujer me dijo que quería matarme. A veces, digo que quiero matar al director del banco, al vecino o a algún cliente idiota, pero eso no significa nada.

—Solo un desahogo, como acaba de decir, ¿verdad? —le digo.

—Exacto.

—Y eso significa que nos ha mentido hace un rato —dice Kent.

—Lo sé. Lo sé, y lo siento.

—Háblenos de Ron —le digo.

—Ron. Bueno, hay un lado de él que nadie más conocía, ¿vale? Tal vez Hailey lo conocía. A lo mejor ni siquiera Naomi lo sabe, pero ustedes tendrían que preguntarle a ella. Pero ahí estaba, un lado oscuro que aparecía de vez en cuando; no mucho, solo lo suficiente para saber que nunca debías meterte con él. Le pregunté si él lo había hecho. Fue hace dos años, mucho después de que todo se enfriara. Estábamos en su despacho, un viernes por la tarde, y el taller ya estaba cerrado. Así que allí estábamos, tomando unas copas. Empezó a decir lo mucho que odiaba que todo el mundo pensara que era un asesino. Yo estaba cada vez más borracho. Entonces empezó a hablar de Hailey y a decir lo puta que era, y por eso le comenté que daba la impresión de que había hecho lo que la policía decía que había hecho. Ahí fue cuando lo dijo.

—¿Qué dijo? —pregunto.

—Dijo que había tenido su merecido.

La habitación se queda en silencio, excepto por el clic clic que hace la lata de Coca-Cola cuando él la presiona por un lado, se libera la tensión y vuelve a enderezarse.

—Nos está diciendo que él confesó el crimen —digo.

Sacude la cabeza.

—No, no confesó, pero seguro que sonó así.

—Usted debería haber acudido a la policía.

—¿Y luego qué?, ¿eh? No quería que lo arrestaran por algo que dijo cuando estaba borracho. Y hasta yo sabía que Hailey podía ser un verdadero grano en el culo si le daba la gana.

—Así que la conocía bastante bien —le digo.

—No, no, no tan bien, pero él siempre se quejaba de ella. Y cuando ella venía a trabajar… Bueno, no quiero hablar mal de los muertos, pero podía ser una auténtica zorra. Creo que lo que pasó con ella es que presionó y presionó y presionó, y él, simplemente, estalló.

—Y usted se lo guardó todo —dice Kent—. Todo este testimonio clave que podríamos haber usado.

—Lo sé —dice, y, durante unos segundos, esconde la cara detrás de las manos. Luego, habla entre los dedos—. Metí la pata. Ahora ya no importa, ¿verdad? Si mató a su mujer, se hizo justicia. Y la mató. Estoy tan seguro de eso como de cualquier otra cosa, y firmaré cualquier papel que me pongan delante para declararlo. Además, pagaré el precio que sea por no haber acudido a ustedes hace dos años, cuando él me lo dijo. Pero lo hizo. Sé que lo hizo.

Miro a Kent, que parece molesta.

—Ha cometido un grave error. Lo sabe, ¿verdad? —le pregunta.

—Lo sé.

—Y habrá consecuencias —digo—. No sé cuáles, pero puede que usted tenga que enfrentar cargos.

—Lo sé. Pero, al menos, podrán ahorrar algo de dinero al no tener que hacer esos exámenes, ¿verdad? Esto tendrá que ponerme de vuelta en la lista de los buenos.

—¿Por qué?

—Porque ahora saben que él lo hizo. Ya no tiene sentido analizar la ropa.

—Tal vez —dice Kent—. Aunque quizá enviemos esa ropa de todos modos.

—Siempre es bueno poner cada cosa en su lugar —le digo—. Por otra parte, tenemos algo más que esperamos que pueda resultar.

—¿Sí?

—Sí. Y, si resultara, podría hacernos lo bastante felices como para olvidarnos de su metedura de pata.

—Mierda, vale, vale. ¿Puedo ayudar en algo?

—En nada —le digo—. Váyase a casa y quédese allí el resto del día. —Echo la silla hacia atrás y me levanto—. Volveremos a ponernos en contacto mañana por la mañana, cuando sepamos más. Por ahora, hemos terminado aquí.

Capítulo sesenta y seis

—Pareces confiado —dice Stevens.

—Lo estoy.

—¿Y si te equivocaras?

—Entonces, estaré equivocado. Aun así, vamos a encontrar más de una fuente de ADN en esa camisa. Eso no cambiará. Estoy seguro.

Stevens se lo piensa unos segundos.

—ADN que no podremos utilizar. Y ahora, ¿qué?

—Ahora ponemos un coche encubierto en la vieja casa. Si nos pusiéramos a seguir a Chris Watkins, correríamos el riesgo de asustarlo. Es mejor tener a alguien esperándolo. Pero no será hasta esta noche. Me pondré en contacto con los actuales propietarios y veré si puedo conseguir que nos dejen usar la casa.

—Hazlo. Será más fácil si cooperan —dice—. Y hay algo más: me acaban de decir que tenemos un testigo en el taller de carrocería de al lado del de McDonald. Acaba de entrar a trabajar y por eso no habían podido hablar con él. Ha dicho que anoche, sobre las seis, cuando salía del trabajo, vio a un tipo calvo esperando en la puerta principal. Vio cómo Ron abría la puerta y lo dejaba entrar. Su sedán estaba aparcado justo enfrente. Dice que no podría decir si el tipo se parecía al de la foto que le mostramos, porque solo lo vio la espalda, pero tú sabes qué es lo mejor de los mecánicos y trabajadores de los talleres de carrocería, ¿verdad?

Kent niega con la cabeza, pero yo sé la respuesta.

—Saben identificar un coche —le digo.

—Exactamente. Estamos buscando un Honda Accord azul oscuro. Dice que ha de tener unos diez años. Está en bastante buen estado, pero hay algunos pequeños golpes y abolladuras a lo largo del lado que él alcanzaba a ver. La otra cosa que dijo es que el coche tenía dos neumáticos nuevos. Tal vez los cuatro, si hubiera podido ver el otro lado. Declaró que parecían recién salido de la tienda, que no podían tener más de una semana.

—Hutton dijo que al coche incendiado en Grover Hills le faltaba la rueda de repuesto —dice Kent.

—Eso es lo que estoy pensando —dice Stevens—. Así que, tal vez, tenía dos ruedas pinchadas. El calvo pudo haber instalado la de repuesto, pero necesitaba otra. Vamos a sacar una lista de vehículos de la Agencia de Transportes y empezaremos a cruzar referencias con la policía. También con los familiares de las víctimas.

—¿Un Honda Accord de unos diez años? Estamos hablando de miles de coches —le digo.

—Puede que incluso más —dice—, pero es un punto de partida. —Consulta su reloj—. He programado una rueda de prensa. Hay suficiente como para que el público nos ayude. De todos modos, los medios de comunicación no siguen de cerca. La rueda de prensa empieza en treinta minutos y los dos formáis parte de ella.

—Detesto esas cosas —digo.

—¿También detestas dirigir la investigación? Porque no se puede tener una cosa sin la otra, detective.

—Tienes razón —le digo—. Lo que quería decir es que me encantan.

—Bien. Localiza al dueño de la antigua casa de McDonald y pon vigilancia. Te he asignado a otros seis detectives. Ya los tengo yendo

de tienda de neumáticos en tienda de neumáticos con el retrato robot del calvo. Si somos afortunados, el tío habrá pagado con tarjeta de crédito. Quizá tengamos suerte, ¿eh?

—¿Mencionamos esto en la entrevista con los medios?

—No —dice—. No queremos que este tipo se ponga a hacerles raspaduras. Por el momento, lo que hace a ese coche diferente de cualquier otro Honda Accord son los neumáticos. ¿Has ido ya a ver a la forense?

—Todavía no.

—Vale. Tan pronto como termine la rueda de prensa, será tu próxima parada, ¿de acuerdo?

Me dirijo a mi escritorio y me pongo a averiguar el nombre y el número de teléfono del dueño de la casa en la que vivía McDonald. Eso me lleva dos minutos; la mitad del tiempo, esperando a que se encienda el ordenador. Tecleo la dirección y aparecen los datos. Pronostico que será otro Williams, pero no es así: la casa está ocupada por sus dueños, Lee y Nancy Charters. Hago la llamada. Nancy contesta, me identifico y ella me pregunta si llamo por lo ocurrido a Ron McDonald.

—Es usted rápida —le digo.

—Ha salido en las noticias —dice. Puedo oír a un niño pequeño de fondo y a alguien que repite una y otra vez algo que no alcanzo a entender—. Además, vivimos en la casa en la que él vivía. Lee, mi marido, no quería comprarla por lo que pasó aquí, pero el precio era muy bueno y, como yo le decía, mientras no creas en fantasmas, no podrán hacerte daño. Y nosotros… Mierda —dice—. Ya lo estoy haciendo de nuevo.

—¿El qué? —pregunto.

—Siempre me pongo a dar explicaciones de por qué vivimos aquí. ¿En qué puedo ayudarlo?

Se lo digo. Es muy sencillo. Queremos poner un par de agentes en su casa porque creemos que, con el caso volviendo a ser noticia, hay riesgo de vandalismo.

—Estas cosas pasan a veces.

—Mi marido es vendedor de coches usados —dice.

—No estarán más seguros por esa razón —le digo.

Se ríe.

—Lo que quiero decir es que no se puede estar casada con un vendedor de coches usados sin haber aprendido el fino arte de saber cuándo alguien te está tomando el pelo. Así que, dígame, ¿para qué necesita nuestra casa?

—No puedo decírselo.

—¿Estamos en peligro?

—No.

—¿Y es solo por hoy?

—Solo esta noche.

—¿Registrarán el lugar? Con un bebé de quince meses aquí, lo último que necesito es más desorden.

—No.

—De acuerdo. Si le parece bien que un par de tíos estén aquí a la hora de darle de cenar a un bebé, de bañarlo y de ponerlo a dormir,

adelante, pero le advierto que esto puede ser como un campo de batalla.

—Lo recuerdo bien —le digo.

Me reúno con Kent abajo, en la sala de conferencias, donde se celebran las ruedas de prensa. En la parte delantera hay una mesa que ocupa casi todo el ancho de la sala. Está instalada sobre una plataforma para que todo el mundo pueda verla mejor. En este momento, la mesa está vacía, salvo por un puñado de micrófonos colocados en la parte delantera. La sala ya está medio llena de periodistas. Caben treinta personas sentadas, pero, en los casos más importantes, puede haber otras veinte de pie, pegadas a las paredes. Tengo la sensación de que hoy será así.

Me dirijo al frente con Kent. El comisario está en un rincón, hablando con un par de personas. Cuando termina, se acerca y nos ponemos de acuerdo en lo que vamos a decir a los medios. Quince minutos después, la sala está casi llena. Él me pregunta si estoy preparado y le digo que sí. Subimos a la plataforma y nos sentamos. Entonces empieza.

Capítulo sesenta y siete

Schroder está sentado en el sofá que empieza a gustarle de verdad. Es cómodo, le costó poco dinero y no tiene agujeros. Es el mejor sofá del mundo. Warren también ha vuelto.

La radio está encendida. Escucha las noticias. El presentador habla del cadáver encontrado anoche y no dice nada nuevo. Entonces un locutor dice algo que Schroder no se esperaba, y quizá el locutor tampoco. Hay una rueda de prensa en directo en el departamento de policía.

Apaga la radio y enciende la televisión. Tarda cinco segundos en encontrar el canal adecuado. Es la noticia más importante. Al parecer, la rueda de prensa acaba de empezar. El comisario Stevens está hablando. Su exjefe. El hombre era una puta paliza, pero era un hombre justo, y eso es lo más importante. Fue quien lo despidió después de que Schroder, para salvar a una niña, matase a aquella anciana, y el propio Stevens fue quien lo ayudó a encubrir el crimen. En aquel momento, Schroder estaba muy molesto por haberse quedado sin trabajo, pero agradecido porque la cosa podría haber sido peor. Ahora se pregunta si serán espíritus afines.

No ve a Tate, así que, tal vez… Pero entonces cambia el ángulo de la cámara. Tate está sentado a la izquierda de Stevens. A la izquierda de Tate está Rebecca Kent. Viejo Yo estaba enamorado de Kent cuando sabía cómo enamorarse. Supone que Viejo Yo, en realidad, estaba enamorado de Vieja Ella. Stevens está hablando. Confirma su creencia de que los asesinatos del sábado están relacionados con el de anoche. Stevens cree que Peter Crowley es lo que el Hombre de los Cinco Minutos llamaría «daño colateral».

—Que te jodan. —Mira a Warren—. ¿Puedes creer que haya dicho eso? —La araña no contesta—. Que te follen a ti también, Warren —dice.

Un periodista pregunta si los casos están relacionados con Dwight Smith, pero Stevens dice que al final habrá tiempo para preguntas. Continúa explicando que están siguiendo varias pistas y muestra el boceto del hombre calvo que no se parece a Schroder, sino, en todo caso, a su antiguo dentista. Stevens dice al público que este tipo puede ser un familiar, un amigo o un vecino. Schroder se imagina que es dos de esas cosas; quizá incluso las tres, siempre que Warren pueda perdonarle los insultos.

Entonces Stevens pide ayuda al público. Se busca un Honda Accord azul oscuro de unos diez años de antigüedad. Muestra una fotografía genérica de la misma marca y modelo que conduce Schroder. Pide al público que llame si ha visto este coche cerca de alguna de las escenas del crimen. Esto podría ser un problema, igual que el ADN que encontraron en la boca del perro.

—Nos enfrentamos a un individuo muy peligroso —dice Stevens—. Balística ha demostrado que en las muertes ocurridas en Grover Hills, así como en la de Ron McDonald, se utilizó la misma pistola. El hombre que está usando esta arma es responsable de la muerte de Peter Crowley. También creemos que estuvo implicado en la de Dwight Smith. No se acerquen a él. Cree que está cumpliendo con algún tipo de misión. Eso significa que es posible que haga daño a quienquiera que se interponga en su camino.

—¿Así que de esto se trata? ¿De una misión? —pregunta alguien, una voz masculina que procede de la multitud—. ¿Eso significa que no ha terminado?

—Lo detendremos —dice Stevens, sin dar una respuesta directa—. Ahora, los dejo con el hombre que está al mando de la investigación y quien contestará sus preguntas. Es el detective Theodore Tate.

Estoy seguro de que muchos de ustedes saben quién es. Quiero recordarles que sus preguntas deben ser pertinentes.

—¿Quién es el primero? —pregunta Tate. Entonces, casi todos los presentes se dan cuenta de que son el primero. Las preguntas llegan de todas las direcciones—. De uno en uno —dice Tate, y señala a la multitud. La cámara no cambia de ángulo. Se queda en Tate mientras se escucha la pregunta. La expresión facial del detective no cambia.

—¿Qué les diría a los familiares de las víctimas para asegurarles que se está haciendo todo lo posible?

—Les diría que estamos haciendo absolutamente todo lo que podemos, y todo según la ley. Vamos a…

Entonces el periodista lo interrumpe.

—Pero estuvo en coma hace apenas unos meses —dice—. Antes de eso, estuvo en la cárcel. Me parece que la policía no lo está haciendo lo mejor que puede, sino cargando los dados a favor del Hombre de los Cinco Minutos.

Antes de que Tate pueda responder, Stevens vuelve al micrófono.

—Como he dicho, gente, preguntas relevantes. No estúpidas.

—Pero…

—Usted. —Corta al periodista y señala a otro entre la multitud—. Confío en que no se desvíe del tema.

El ángulo de la cámara no muestra a quien hace la pregunta, pero se oye una voz femenina.

—Hay quienes piensan que lo que está haciendo el Hombre de los Cinco Minutos es algo bueno. Ha sido un tema candente que el

sistema judicial de este país no es lo suficientemente duro, y que el público haya votado por la restitución de la pena de muerte es prueba de ello. ¿Qué le diría a esa gente?

Tate mira a Stevens hasta asegurarse de que su jefe no va a contestar. El comisario se endereza y pone distancia entre él y el micrófono.

—Yo les recordaría que la mitad del país está en contra —dice Tate —, y me gustaría que todo el mundo pensara a dónde nos llevaría todo esto si permitiéramos que la gente anduviera por ahí jugando a ser jueces y verdugos. Sé que en la calle la gente tiene nociones hollywoodenses de un buen hombre que hace lo que cree que es correcto, pero…

—¿Y usted, detective? ¿Cuál es su postura al respecto?

—Se está hiriendo y hasta asesinando a personas inocentes, como Peter Crowley y Ron McDonald —dice Tate—. Voy a detener a quien esté detrás de esto.

Se oye un murmullo entre la multitud. Entonces alguien hace la pregunta que Schroder está pensando. Sabe que Tate ha dicho deliberadamente lo que ha dicho, pero ¿qué significa eso?

—¿Está aseverando que Ron McDonald era inocente?

—Por supuesto. Eso es lo que estoy diciendo —dice Tate—. De haber sido culpable, lo habríamos procesado hace siete años.

—¿Es consciente de que esa no es la impresión general? —pregunta el mismo periodista.

—No puedo soslayar las impresiones generales, pero el hecho es que Ron McDonald nunca fue acusado de un delito. Eso lo convierte en un hombre inocente.

—¿Está diciendo que es tan inocente como lo era hace siete años?, ¿o han encontrado algo para que parezca más inocente?

—Es como he dicho —dice Tate—: Ron McDonald nunca fue acusado. Lo que puedo decirle es que, después de varios interrogatorios y un registro realizado hoy mismo, han salido a la luz nuevas pruebas relacionadas con el asesinato de Hailey McDonald.

—¿Significa eso que tienen un nuevo sospechoso principal? —pregunta otro reportero.

—Lo que he dicho es que han salido a la luz nuevas pruebas.

—Simplifiquemos esto, detective —pide otro reportero—. En su opinión, ¿Ron McDonald mató a su esposa?

—Vuelva a preguntármelo mañana —dice Tate—, porque, para entonces, lo sabremos con certeza.

Hay más preguntas, unas estúpidas, otras van al grano. Tate responde algunas y deja de lado otras. Schroder está sentado escuchando, escuchando, escuchando, pero, en realidad, lo que está haciendo es pensar, pensar, pensar.

La rueda de prensa continúa. Tate dice que es posible que el calvo hiciera autostop el viernes por la noche, en algún momento posterior a la una de la madrugada, cuando regresaba de las vías del tren. Pide a quien lo recogió que se ponga en contacto con la policía. Kent no habla. Stevens toma el relevo, agradece a los periodistas su presencia y les promete que mañana tendrán más información. Luego les habla del detective Wilson Hutton, cuya pérdida afectará enormemente al departamento. Al final, le recuerda a todo el mundo lo peligroso que es el Hombre de los Cinco Minutos.

La rueda de prensa termina.

Schroder apaga el televisor.

Saca su teléfono móvil.

Llama a Tate. Se lo imagina todavía saliendo de la sala, se lo imagina metiéndose la mano en el bolsillo mientras los periodistas siguen intentando hacerle preguntas.

—Detective Tate —contesta.

—No va a funcionar —dice Schroder.

—¿El qué no va a funcionar?

—Estás tratando de provocarme. Intentas hacerme creer que maté a un hombre inocente.

—Espera un segundo —dice Tate, y se oye un crujido. Schroder puede imaginarse el teléfono metido en un bolsillo, más voces, más pasos, una puerta que se cierra y el silencio—. No tengo intenciones de hacerte pensar nada.

—Mentira.

—Es verdad. Y la otra cosa que es verdad es que Ron McDonald era inocente. Mataste a un buen tipo, Carl. Mataste a alguien que nunca hizo daño a nadie. Esta noche voy a demostrarlo.

—Estás mintiendo.

—No, no estoy mintiendo.

—No te creo.

—Lo creerás. Mañana, a esta hora, lo creerás.

Tate cuelga. Schroder se queda mirando el teléfono. Le tiembla la mano. Se siente… conmovido. Se mete el teléfono en el bolsillo y mira a Warren.

—Me está mintiendo.

«Quizá tú te estás mintiendo a ti mismo».

—Maldito seas, Warren —dice. Se quita el zapato, levanta la mano y convierte a Warren en una bola de pelo—. Maldito seas por no haber estado nunca de mi parte —dice, y lo vuelve a golpear, y otra vez, y una vez más, por si acaso. Luego, se da la vuelta y lanza su zapato contra el sofá—. Malditos seáis todos.

Capítulo sesenta y ocho

Cuelgo el teléfono. Me sienta bien haber puesto nervioso a Schroder. Salgo de nuevo al pasillo. Los periodistas siguen dirigiéndose a la escalera y a los ascensores. Encuentro a Kent en la sala del grupo de trabajo de la cuarta planta. En una esquina han colocado una pizarra blanca de un metro cuadrado en la que han dibujado una cuadrícula. En cada cuadrado hay un número.

—Es una quiniela —dice Kent—, para esta noche. Yo tengo las doce y media. —Me doy cuenta entonces de que los números son horas y que están espaciados diez minutos. Tal como me acaba de decir, Kent ha escrito su nombre en el hueco de las doce y media—. Es la hora en la que Chris Watkins aparecerá esta noche.

La mayoría de los espacios aún están libres, lo que significa que acaban de dibujar la parrilla. Las casillas cogidas están entre las once y la una.

—¿Cuánto? —pregunto.

—Diez pavos —dice, y señala un recipiente.

—¿Y si no apareciera?

—Entonces todos recuperamos el dinero.

Dejo diez pavos en el recipiente. Cojo el rotulador que está junto a la pizarra y escribo mi nombre en la casilla de las dos.

—¿De verdad crees que será tan tarde? —pregunta.

—No tengo ni idea, pero las dos de la mañana es tan buena suposición como cualquier otra.

—He oído que ya están llegando llamadas sobre el coche. Parece que mucha gente lo ha visto o conoce a alguien que tiene uno. Probablemente nos van a inundar de telefonazos. Los videntes también han empezado a llamar.

Miro el reloj.

—Solo han pasado diez minutos —le digo.

—Sí, pero los adivinos lo saben desde hace quince.

—¿Cómo nos va con los chicos que han estado sondeando las tiendas de neumáticos?

—Va a ser un trabajo gordo —dice—. No solo son las tiendas de neumáticos: muchas gasolineras también los cambian. Podría llevarles una semana.

Los neumáticos son una preocupación. Puede que hoy encuentren a un vendedor que se acuerde del coche y del calvo. Podría ser hoy, mañana o la semana que viene, pero ocurrirá. Podría ser que tuvieran cámaras vigilancia o que Schroder hubiera pagado con tarjeta de crédito. Entonces, ¿qué? Bueno, tendríamos que traerlo para interrogarlo. Nos dirá lo que ha estado haciendo y, de paso, lo que yo he estado haciendo también. Luego vendrán las celdas de detención, celdas de prisión, el tribunal, más celdas de prisión y la soga del verdugo. O una inyección letal. O lo que demonios vaya a ser… Quizá eso también se decida por referéndum.

Siento cómo la red se estrecha a mi alrededor.

—¿Estás bien, Theo?

—Sí. Solo pensaba.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo bien que nos sentiremos después de haber arrestado a Chris Watkins esta noche.

—Y, hasta entonces, ¿cuál es el plan?

Bueno, el plan es no llegar a nada. El plan es seguir empujando la investigación en las direcciones equivocadas, solo que eso es imposible ahora. No puedo evitar que la policía vaya de tienda en tienda. No puedo decir que les echaré una mano e iré de tienda en tienda, aunque con la esperanza de encontrar la correcta y poder encubrirlo. No puedo impedir que se coteje la lista de los Honda Accord y que aparezca el nombre de Schroder en unos días, en una semana o en el tiempo que se necesite para revisar miles de nombres.

—Vamos a ver a la forense —le digo.

Vamos al hospital y, como siempre, conduce Kent. Se acerca la media tarde, el sol aprieta y la temperatura alcanza su punto máximo. No puedo imaginarme a mí mismo con chaqueta hasta el año que viene. Aparcamos en el mismo sitio que el sábado, firmamos ante el mismo guardia de seguridad y bajamos en el mismo ascensor hasta el sótano, donde están alineadas las mismas herramientas brillantes y una selección diferente de cadáveres. Muchos cadáveres. Entre ellos, Wilson Hutton. Una sábana lo cubre hasta el cuello. Nos acercamos a él justo cuando Tracey sale de su despacho.

—Siento mucho vuestra pérdida —dice—. Hutton era un buen hombre.

—¿Qué le pasaba? —le pregunto.

—Aún no tengo todas las respuestas —dice—, pero las pastillas para adelgazar y el ejercicio en exceso, cuando eres tan grande como él,

no son buena combinación. Creo que le falló el corazón. ¿Te dejo un minuto con él?

—Claro.

Se acerca a unos cuerpos ennegrecidos que ni siquiera parecen personas, sino algo de Marte que se ha estrellado para luego ser arrojado a la barbacoa. Nos quedamos con Hutton dos minutos más. Él nos recuerda cómo de caprichosa puede ser la vida; nosotros le recordamos que lo vamos a echar de menos y luego le prometemos que cuidaremos de su ciudad. Mi teléfono vibra varias veces y no le hago caso. Espero que no me esté llamando Schroder para decirme que ha elegido a su próxima víctima.

Tracey repasa sus hallazgos con nosotros.

—Es espeluznante —dice, y empieza a señalar heridas que no podemos ver bajo la carne quemada.

Los dos cuerpos que quedaron atrapados bajo el coche son los que están en mejor estado, pero eso solo es una afirmación comparativa, como elegir un tomate muy podrido porque está en mejor estado que otro plagado de gusanos.

Cuatro víctimas: Bevin Collard, Taylor Collard, Matthew Roddick, Robin Walsh. Los cuatro hombres recibieron disparos en la cabeza, aunque ya estaban muertos. A Walsh le abrieron el tendón de Aquiles y le dieron un golpe en la cabeza antes de dispararle. A Roddick le dispararon en la garganta. No se pudo recuperar esa bala, porque salió por el otro lado del cuello. La de la cabeza es otra historia; esa sí la recuperaron. También le abrieron la pierna. A Taylor Collard le hicieron un corte en la cara y le rompieron el cráneo con una teja. A su hermano, Bevin, le pegaron un tiro en el pecho y otro en la cabeza. Tenía las muñecas, un brazo, la clavícula y el cuello fracturados.

—Seguramente por una caída —dice Tracey—, del piso de arriba al de abajo, suponemos. Además, los hermanos tienen diecinueve costillas rotas entre los dos. Supongo que los usaron como rampa para subir el coche hasta la puerta. No sé qué demonios pasó ahí —dice—, pero seguro que no fue nada bonito. Estos hombres cabrearon a quien no debían.

—¿Alguno de ellos tiene mordeduras de perro? —pregunta Kent.

—No que yo haya visto —explica Tracey—, pero es posible. El fuego causó muchos daños, así que podría haber mordeduras de perro que no puedo ver en la carne quemada. Estoy enterada de lo del perro y del ADN que encontraron. He enviado al laboratorio ADN de nuestras víctimas, así que pronto sabrás si hay alguna coincidencia.

—¿Y Peter Crowley? —pregunta Kent—. ¿Qué pasó con él?

—Peter murió de un traumatismo por objeto contundente. Fueron tres golpes en la cabeza. Encontré vidrio verde en la herida. Lo he enviado a analizar, pero creo que era de una botella de cerveza. La botella resistió los dos primeros golpes y se rompió en el tercero. El cerebro empezó a sangrar y se inflamó. Peter Crowley vivió unos diez o quince minutos más, probablemente. Durante ese tiempo, quizá ni siquiera habría sido capaz de decir su nombre.

—¿Hay fotos de la escena del crimen aquí? —pregunta Kent.

—Algunas —contesta Tracey.

—¿Tienes las que tomamos de la posición de su cuerpo?

—Aquí están.

—¿Puedo verlas?

Tracey desaparece en su oficina.

—¿En qué estás pensando? —le pregunto.

—Se suponía que Peter no iba a morir, ¿verdad?

—Exacto.

—Entonces, lo verás en un momento.

Tracey vuelve. Lleva en la mano una carpeta con las fotografías de cada uno de los cadáveres, tal y como los encontraron antes de retirarlos. También trae las fotos que hicimos de Crowley. Kent gira un poco la foto de Crowley, como si pudiera cambiar el ángulo desde el que fue tomada. La mira durante veinte segundos antes de dármela.

—Mira —me dice—. ¿Te das cuenta de lo que no está ahí?

Echo un vistazo a la fotografía y la respuesta que viene a mi cabeza es «Schroder», pero lo que expreso es:

—¿El qué?

—Vidrio —dice—. El golpe con la botella se lo dieron en otro lugar y lo arrastraron hasta allí. Mi suposición es que Peter fue asesinado dentro y que lo arrastraron fuera de la casa.

—Porque al asesino le dio pena —le digo—. Intentaba ayudar a Peter y no quería que el tipo se quemara.

—Exacto —confirma Kent.

—Sé a dónde quieres llegar —dice Tracey—, pero, entre ese momento y este, lo han movido y tocado, y le han hecho la autopsia. De cualquier manera, ¿sabes lo difícil que sería sacar las huellas dactilares de la piel?

—Muy difícil —dice Kent—, pero a veces es posible. Si nuestro asesino lo movió, podría haber algo.

—O quizá lo cogió por las axilas y solo le tocó la ropa —digo.

—Cierto, pero mira esto —dice, y vuelve a señalar las fotografías—. Peter tiene los ojos cerrados. Quizá nuestro calvo no se limitó a arrastrarlo antes de prender fuego al edificio, sino que, con sus dedos, cerró los ojos del muerto. Parece el tipo de cosa que habría hecho, especialmente si nunca tuvo intenciones de herir a Peter. Sugiero que tomen las huellas del cuerpo y que empiecen por los ojos.

—Ojalá se te hubiera ocurrido ayer —dice Tracey.

—De acuerdo. Pero es posible, ¿no?

—¿Posible? Pregúntale a tu mejor dactiloscopista qué opina. Él te dirá que, con suerte, a lo mejor podrías acercarte un poco a «posible». Aun así, merece la pena intentarlo —dice, y yo siento que la red se estrecha un poco más.

Capítulo sesenta y nueve

Salimos al sol. El sol nunca sienta tan bien como en los primeros segundos a la salida del depósito de cadáveres.

—Buena idea la que has tenido ahí abajo —le digo a Kent.

—Puede que no conduzca a nada —dice—, pero tengo que decirte que me siento confiada. Voy a llamar para que venga alguien.

—Asegúrate de conseguir lo mejor —le digo, aunque, en realidad, quisiera que fuera Forrest Gump quien estuviera ahí abajo buscando huellas.

Miro el teléfono y veo que el comisario Stevens me ha dejado un mensaje. Me pide que le devuelva la llamada enseguida. Y eso es lo que hago.

—¿Recuerdas a un tipo llamado Benson Barlow? —pregunta.

Me acuerdo de él. Es un psiquiatra que nos ayudó en algunos casos del año pasado. Schroder trabajó con él un par de veces. Yo conocí al tipo en Grover Hills, cuando todos estábamos enterándonos de los oscuros secretos de la institución.

—Sí. Lo recuerdo.

—Cree que puede ayudarnos.

Estupendo. Más ayuda. Justo lo que necesitamos.

—¿En qué sentido?

—Acaba de pasar los últimos quince minutos aquí. Ha dicho que ha estado siguiendo el caso, que vio la conferencia de prensa y que, de alguna manera, ha hecho lo que hacen los psiquiatras: recoger todo lo que ha asimilado y convertirlo en una especie de conjetura.

—¿Y?

—Durante los últimos quince minutos ha estado tratando de convencernos de una cosa y solo de una cosa. Me siento algo inclinado a creerle, sobre todo después de lo que sabemos del móvil desaparecido.

—¿Qué cosa? —pregunto.

—Barlow sabe quién es nuestro asesino —dice. En este momento, mis entrañas se retuercen hasta el infinito y de vuelta. Y mi futuro coge el mismo rumbo. Se me seca la boca y se me pega la lengua al paladar—. ¿Sigues ahí? —pregunta.

—Solo estoy esperando la revelación.

—Cree que buscamos a un policía. Y no a cualquier policía, sino a uno que lleva tiempo en el cuerpo. Uno que está hastiado, que está harto de jugar el juego. Cree que es posible que estemos buscando a un agente retirado. Concuerda con todo lo que sabemos, incluyendo el móvil desaparecido, y concuerda con la teoría de tu compañera.

—¿Tiene algún sospechoso?

—¿Un sospechoso? Ese es nuestro trabajo, detective. Pero lo que puedo decirte es que tengo una lista con los nombres de todos los que anoche estuvieron en la escena del crimen. Mientras hablamos, ya están cotejando la lista con la del coche que conduce cada uno. Tenemos la esperanza de que alguno tenga un Honda Accord. Si es verdad, vamos a encontrarlo; o a encontrarlos. Y pronto.

—Muchos de ellos podrían tener un Honda Accord —digo—. Incluso mi padre tiene un Honda Accord.

—Entonces, pondremos a tu padre en la lista —dice, y no me ha quedado del todo claro si ha sido de cachondeo—. ¿Cómo os fue con la médica forense?

—Estamos trabajando en algo —le digo.

—Vale, mantenme informado. Ya he incluido el perfil que ha hecho Barlow en el caso. Incluso podría alterar algunas cosas.

Cuelgo el teléfono y Kent ya ha terminado con su llamada. Me pregunta con quién acabo de hablar y se lo digo; y me siento mal, me siento físicamente mal, porque sé que, al poner en el caso lo de Barlow, seguro que saldrá a relucir el nombre de Schroder. ¿Y cómo no? Un exdetective calvo que conduce un Honda azul oscuro. Me agarro al lateral del coche. Kent me mira y me pregunta si me encuentro bien.

—Estoy bien.

—No tienes buena cara —me dice—. Necesitas sentarte.

—Solo necesito un poco de aire fresco.

—No, lo que necesitas es dejar de hacerte el duro y sentarte, o te vas a desmayar. No hace tanto que estabas en coma por una herida en la cabeza, Theo.

Abre el coche. Me siento con las piernas fuera y respiro hondo. A diez metros, una gaviota está sentada encima de un coche aparcado. Me mira con ojos omniscientes.

—Creo que el salir de la morgue fría al calor me ha afectado un poco.

—¿Quieres agua?

—Estoy bien, ya se me pasa —digo, y se me está pasando. El mareo que sentía se traslada ahora a mis piernas, que parecen de goma.

—Volveré en dos minutos.

Ella desaparece y yo juego a mirar la gaviota. Entonces Kent vuelve con una botella de agua fresca, me la da y me bebo la mitad de un trago. Lo que en realidad necesito es algo más fuerte. Hace más de un año que no bebo, desde aquella noche en la que me emborraché y estrellé el coche. Algunas personas pueden aprender de una experiencia así, y otras no.

—Estoy mejor, lo juro —le digo.

—Si te pusieras mal, ¿me lo dirías?

—Por supuesto que sí.

—Ha sido un día largo y, sin duda, querrás estar en esa casa esta noche, para cuando aparezca Watkins, ¿verdad? ¿Qué tal si te llevo de vuelta a la comisaría y te vas a descansar hasta entonces?

Subo las piernas.

—Suena como un buen plan.

Kent arranca el coche y la gaviota desaparece. Salimos del aparcamiento y nos metemos en el tráfico.

—¿Me necesitas allí esta noche?

—La verdad es que no. Todo será muy fácil —le digo. Ni siquiera yo necesito estar allí, pero quiero estar. Por supuesto que quiero estar: este es mi caso.

—Después de dejarte —dice—, volveré a la morgue. Quiero estar allí en el instante en el que saquen las huellas de nuestra víctima. Tengo esperanzas. ¿Sabes?, lo que podríamos hacer es otra quiniela. Podríamos empezar a elegir el horario en el que terminará este caso, porque esto está a punto de cerrarse.

Capítulo setenta

Mientras vamos en el coche, pongo a Kent al corriente de la teoría de Barlow. Luego, me deja en la comisaría. Pienso en saltar a mi coche y recorrer las calles a toda velocidad, en ir al depósito de cadáveres y llegar antes que Kent y el técnico de huellas dactilares. Entonces, con la manga, borrar las huellas que hayan quedado en la piel de Peter Crowley; sobre todo, alrededor de los ojos. Pero no puedo. Es muy poco lo que se puede hacer para salvar a Schroder y a mí mismo, y esto no forma parte de ese poco. Lo que sí puedo hacer es abrigar esperanzas de que las huellas que Schroder haya dejado en la víctima no permanezcan o se hayan borrado durante la autopsia.

Conduzco hasta New Brighton. Es un barrio residencial junto a la playa. La mayoría de las casas parecen deterioradas por el sol. Aparco delante de una licorería y una cafetería. Cojo el móvil de Schroder y cruzo la carretera hasta el muelle de enfrente. El muelle es una masa de hormigón y acero que se adentra unos cientos de metros sobre el agua. Algunas personas están admirando la vista, otras pescan. Dejo caer el teléfono entre los barrotes y se lo traga el gran azul. Luego, vuelvo a donde está el coche y entro en la licorería. El tipo que me atiende se da cuenta enseguida de que hoy no es Martes de Conversaciones. Con el dedo, le señalo una petaca de whisky. Él coge el dinero, mete la botella en una bolsa y añade también un vaso vacío, como si ya lo hubiera visto todo y supiera que el beber no puede aplazarse más que unos segundos. Me halaga que no asuma que beberé de la botella.

Pero el beber sí se puede aplazar, y no solo unos segundos. Cuando llego a casa, meto la botella debajo del asiento, donde había escondido el móvil. Es tentador bebérsela ahora. Así, si el titular de

mañana dijera «De policía en coma a detective corrupto», no me molestaría tanto.

Bridget me está esperando en la puerta.

—¿Así de mal? —pregunta.

—Así de mal —le digo. La abrazo fuerte y cierro los ojos, y ojalá pudiera quedarme así para siempre.

—Tengo algo que mostrarte. —Me lleva a la habitación de Emily—. ¿Qué te parece?

En el dormitorio hay una cuna. Es la misma que teníamos cuando Emily era bebé, antes de que se le quedara pequeña y se la diéramos a los padres de Bridget, que tienen mucho más espacio de almacenamiento, para que la cuidaran. No creí que aún la tuvieran. El hecho de que aún estuviera ahí podría decir mucho. Podría decir que tenían esperanzas de que su hija se recuperara y volviera a tener una vida normal. O podría significar que nunca limpiaron el garaje. Verla aquí me trae muchos recuerdos, muchos buenos recuerdos.

—Esta va a ser su habitación —dice.

No digo nada.

—¿Estás bien? —Asiento con la cabeza. Sí, estoy bien, pero no puedo decirlo—. Y siempre tendrá a Emily para cuidarla.

Sigo asintiendo. «Ella tendrá a Emily para vigilarla, pero no a mí. Estaré en la cárcel».

—Todo va a ir bien, Teddy —dice Bridget, y me abraza. Me abraza fuerte y respira en mi cuello. La rodeo con los brazos y cierro los ojos—. De verdad, todo va a ir bien.

Solo que no irá bien, en absoluto. Luego está la voz, la que dice «Ya lo has hecho antes, puedes volver a hacerlo». Esa voz habla del trabajo sucio que se necesita para que las cosas pasen de no estar bien a estar bien, del trabajo sucio que me llevaría a guiar a Schroder por el bosque y a darle al Hombre de los Cinco Minutos un poco de su propia medicina. El trabajo sucio que se necesita para proteger a mi familia.

Por fin escucho la voz. Al final dejo que mi mente vague por allí.

«Puedes volver a hacerlo», dice la voz.

Y lo más aterrador es que estoy bastante seguro de que sí puedo.

Capítulo setenta y uno

A las seis, Kent me llama para decirme que no han podido sacar una sola huella limpia del cuerpo de Peter Crowley. Está decepcionada. Esto hace que desaparezcan la voz y las imágenes sucias y oscuras de Schroder y yo en el bosque. Esas imágenes no eran reales, de todos modos. También significa que, por el momento, la botella bajo el asiento de mi coche puede permanecer oculta. Sí, he matado a gente mala, pero Schroder no es gente mala. Es una buena persona que está cometiendo errores muy malos. Schroder era mi amigo. Kent me dice que nadie ha llamado para decir que recogió a un autoestopista el viernes por la noche.

A las ocho dejo a mi mujer en casa de sus padres, me despido de ella con un beso y le digo que la veré por la mañana. Conduzco hasta la comisaría para cambiar de coche, porque Chris Watkins vería el mío anoche, cuando aparqué fuera del taller. A las ocho y cuarenta y cinco, de camino a la casa en la que vivía Ron McDonald, recibo una llamada de Jerry Williams.

—Me debes una —dice.

—¿Tienes algo para mí?

—El pelo de Ron McDonald que enviaste esta mañana coincide con el único pelo negro que encontré en la camisa.

—Eso está bien —le digo.

—Pero no es todo —dice—. Tenemos en la camisa un perfil de ADN mixto que es producto de tres perfiles diferentes. Déjame desglosarlo: mi suposición es que la camisa fue lavada antes de que la usaran para cometer el crimen. En la lavadora, esa camisa ha

recogido ADN secundario de otras prendas. Contra lo que la gente piensa, el ADN puede ser muy resistente y, en este caso, ha sobrevivido al lavado. La sangre de la camisa es de mujer y coincide con el pelo más largo que encontramos. Tenemos una segunda muestra de ADN que coincide con el único pelo negro de Ron McDonald. Hay una tercera muestra de ADN que coincide con el pelo restante. Esta tercera la encontramos en abundancia alrededor de las axilas, del pecho y el cuello, y también es masculina.

—Así que, definitivamente, alguien más llevaba esa camisa.

—¿Definitivamente? No puedo asegurarlo. Por lo que sé, alguien la cogió para limpiarse. Ahora bien, si me gustase apostar, entonces sí, apostaría mi granja a que alguien más la llevaba puesta. Por otro lado, si quieres que compare estos perfiles con la base de datos criminal, no podré hacerlo más rápido.

—¿Qué hay de la muestra de ADN que te envió el veterinario?

—Construiremos el perfil mañana —dice—, pero es posible que no podamos compararlo con nada hasta dentro de tres o cuatro semanas, y eso solo si tuviéramos una muestra coincidente en el sistema.

A las nueve en punto, aparco a dos puertas de la casa donde vivía Ron McDonald cuando Hailey estaba viva. No hay mucha actividad en la calle. Veo a dos adolescentes cogidos de la mano. Él está apoyado en una valla, ella lo mira y sonríe. Un gato mordisquea un pastel de carne que se ha caído en la acera y, desde los árboles, unas cuantas docenas de pájaros lo observan, como si estuvieran formando una banda para vengarse de él por todos los familiares caídos. Llego a la casa, llamo a la puerta y me abre un hombre de unos treinta años. Sus gafas parecen de los años cuarenta.

—Soy el detective Theodore Tate —le digo.

—Lee Charters —me dice. Me ofrece la mano junto con una gran sonrisa de vendedor de coches usados—. ¿Es usted con quien mi mujer habló antes?

—Sí, soy yo.

Se ríe.

—Oí que le dijo eso de «No mientas a la mujer de un vendedor de coches usados».

—Eso dijo.

—Intenta aplicárselo a todo el mundo —dice, y me da una palmada en la espalda—. Pase. Le ofrecería una cerveza, pero supongo que dirá que no. Se la voy a ofrecer de todos modos. Mis padres siempre decían que no hay que aceptar una cerveza de un extraño, aunque nunca dijeron nada de ofrecerla.

—No, gracias —le digo.

—¿Ese es su coche, en el que lo he visto llegar —pregunta— o un coche de la policía?

—Es de la policía.

—¿Y qué conduce usted?

—Lo que tengo es todo lo que puedo permitirme.

—Se sorprendería de lo que se puede permitir —me dice, y me entrega su tarjeta—. ¿Por qué no viene a verme? Hacemos descuentos a las fuerzas del orden.

—Gracias —le digo, y me guardo la tarjeta en el bolsillo.

—Tiene a un colega en el salón y al otro en el estudio, vigilando el jardín. Si me necesita para algo, estaré en la cocina. Nancy sigue

intentando que Lenny se duerma. Ha sido uno de esos días, pero pronto la conocerá. —Me da otra palmada en el hombro—. Avíseme si cambia de opinión sobre esa cerveza, ¿vale?

Me dirijo al salón. El detective Lance McCoy está aquí. He trabajado con él en el pasado, pero no desde mi regreso al cuerpo. Nos damos la mano y me dice que, de momento, no hay nada de lo que informar. En el otro extremo de la casa está el agente Bristol, al que creo que no conozco de nada. Ha traído consigo una pistola paralizadora.

Miro el reloj. Son las nueve y cinco. Fuera está casi completamente oscuro; el efecto de las luces de la calle es cada vez mayor. Me pregunto quién acertará en la quiniela. Tal vez yo gane lo suficiente para ir con Lee a hacer efectivo el descuento de las fuerzas del orden. O para contratar a un buen abogado.

—Vienes como si te hubieran dado un balazo —dice McCoy—. Tengo esto cubierto, por si quieres tomarte un descanso —dice, y señala hacia la silla—. No es como si hubiera un centenar de ángulos que vigilar, y todavía es muy temprano.

Le digo que estoy bien, hablamos del caso y le cuento lo del ADN. Al cabo de un rato, aparece Lee para decirnos que se van a la cama, y no acabo de conocer a la mujer del vendedor de coches usados. Pasan las diez y media y me pregunto qué nombres aparecerán en la pizarra en las franjas horarias que ya han quedado atrás.

Las once.

Once y media. Empiezo a pensar en el whisky que tengo en el coche, en que mi coche está en la comisaría y en la cerveza que Lee me ha ofrecido. Estoy a cinco metros de la cocina, a un poco más de la nevera. Podría llegar allí en diez segundos.

Once cuarenta. Once cincuenta.

Mi pronóstico era las dos de la mañana, pero ya siento que me he equivocado. ¿Me habré equivocado? ¿Habré acertado y Watkins no tiene acceso al arma homicida? Si él mató a Hailey McDonald, pudo haber conducido hasta el muelle de New Brighton a ver cómo el agua se tragaba el cuchillo. Tal vez está justo al lado del teléfono móvil de Schroder.

Llega la medianoche. La medianoche se va. Kent escogió las doce y media.

Pero llegan las doce y media y la franja horaria de Kent dura diez minutos. Entonces desaparece y llega una nueva franja horaria. Me quedo junto a la ventana en la que he acampado desde que llegué, una ventana que da a izquierda y derecha. Las cortinas están abiertas lo justo para ver, solo que no viene nadie. No hay sombras en movimiento. No hay nadie que venga a esconder un arma homicida. ¿Nos habremos equivocado?

La una.

—Esto no tiene buena pinta —dice McCoy.

Una y media. Se me han escapado tres franjas horarias más.

—He perdido —dice—. Tenía la una y veinte. ¿Y tú?

—Las dos —le digo.

—Buena suerte.

Solo que la suerte no me acompaña. A la una y cincuenta, diez minutos antes de la hora que yo había previsto, Christopher Watkins se deja ver vestido con vaqueros negros, camiseta negra y gorra de béisbol; quizá la misma que llevaba hace siete años. De su hombro cuelga una pequeña mochila. Hace lo posible por tener en todo momento una visión de trescientos sesenta grados. Gira el cuerpo al entrar en el jardín delantero, se acerca rápidamente a un gran árbol

de la linde y se apoya en él. Observa, espera y escucha. Hace esto durante un minuto hasta convencerse de que la calle está dormida. Luego, se dirige a la casa. Lleva guantes oscuros.

McCoy susurra en una radio de mano para que, en el otro extremo de la casa, el agente sepa que Watkins ha llegado. Le pide que permanezca atento al exterior.

—¿Cuánto tiempo le damos? —pregunta McCoy.

—Hay que dejarlo que coloque el arma. Prefiero ponerlo bajo custodia cuando ya esté desarmado.

Watkins sigue moviéndose. Se dirige al garaje y se aleja de la ventana del salón. Vamos a la cocina. El garaje no linda con la casa, sino que hay unos metros entre los dos edificios. Desde una de las ventanas de la cocina vemos cómo se acerca a la puerta lateral. Por un momento, pienso que va a intentar entrar, pero en lugar de eso se agacha. Abre la cremallera de su bolso y saca una pequeña pala de jardín. Clava la punta en el suelo, saca un par de cucharadas de tierra y se detiene. Se tensa y se vuelve hacia la cocina. No puede vernos, seguro que no, pero ¿podría sentirnos?

Corre.

—Vamos —grito.

Antes de llegar a la puerta principal, podemos oír que, en el otro extremo de la casa, el bebé ha empezado a llorar. Al mismo tiempo, el agente que está aquí abajo se disculpa e irrumpe en el salón, detrás de nosotros. Llegamos a la puerta principal y salimos, pero entonces se oye el sonido de un juguete que chirría, un «Me cago en la…», un ruido sordo y, detrás de nosotros, un estruendo.

McCoy y yo salimos.

—Avisa —le digo, mientras echamos a correr.

Watkins nos lleva treinta metros de ventaja. Lleva la mochila en la mano izquierda e intenta pasar la derecha por la correa. Llegamos rápido a la acera. Por el momento, mis piernas de viejo funcionan bien. McCoy va sacando el móvil del bolsillo. Yo mantengo el mismo ritmo que él y, juntos, mantenemos el mismo ritmo que Watkins. No hay ningún sitio al que pueda ir, ninguna carrera de obstáculos, campo minado ni tren que pueda saltar.

Los treinta metros se convierten en veinticinco. McCoy empieza a hablar por el móvil.

Entonces Watkins deja de correr. Es como si hubiera chocado con un muro. Se detiene y se vuelve hacia nosotros. Ha renunciado a ponerse la mochila. Ha renunciado a todo. No puede dejarnos atrás. Los refuerzos están en camino. Aquí no hay huida, pero entonces me doy cuenta de que ya no piensa en huir, sino en luchar. Mete la mano en la mochila y saca una bolsa de plástico. Dentro está el cuchillo.

Nos detenemos. Me mira a mí y, luego, a McCoy. Está tratando de tomar una decisión, calculando a cuál de los dos atacar.

Capítulo setenta y dos

Pongo las manos delante de mí.

—Cálmese, Chris. No tiene nada que ganar aquí. Baje el cuchillo y pensemos en esto.

No se calma. Nuestra pistola paralizadora ha quedado atrás, en manos del agente Bristol y el juguete con el que ha tropezado. Eso significa que, en este momento, lo mejor es que nos mantengamos fuera del alcance de Chris. McCoy va a la izquierda y yo, a la derecha. Chris se decide y va hacia McCoy.

—Chris —grito, pero él no responde. Solo sigue avanzando hacia McCoy, con el cuchillo delante, el codo ligeramente doblado—. ¡Chris!

Pero no está escuchando.

Me coloco detrás de él, me oye, se vuelve hacia mí y blande el arma. Lanza una cuchillada a mi cara, me doblo hacia atrás y veo la hoja pasar. Entonces McCoy, que está detrás de él, lo agarra por el cuello con una llave de estrangulamiento. En un instante, Chris tira otra cuchillada por encima del hombro y, aunque McCoy alcanza a mover la cabeza para apartarse, no es suficiente. Veo cómo el arma se desliza por la parte inferior de su oreja, se mueve hacia arriba y corta más profundamente. En lugar de soltarlo, McCoy aprieta con más fuerza mientras la sangre empieza a brotar de su herida. Salto sobre Chris, lo agarro por el brazo y empujo su muñeca hacia un lado. Hay sangre por todas partes. Le doy un puñetazo debajo de la mandíbula. Su cabeza se echa hacia atrás y choca con la parte inferior de la barbilla de McCoy. Con el impacto, la oreja de McCoy vuela hacia un lado, arrancada por el impulso. No veo dónde cae. Mi

compañero retrocede y arrastra a Chris, que cada vez forcejea menos. Le agarro una mano con las dos mías y, en la parte inferior de la muñeca, le clavo los pulgares tan fuerte como puedo hasta hacerlo soltar el cuchillo. Después, con toda mi energía, lo golpeo en el estómago. McCoy le da la vuelta, lo pone bocabajo en el suelo y le clava una rodilla en la espalda. Cojo las manos de Chris y le pongo las esposas.

—Maldita sea —dice McCoy. Se aleja unos metros y se sienta a tocarse el costado de la cabeza. Luego mira la sangre. Chris Watkins se pone de lado, con las manos esposadas a la espalda, y se lleva las rodillas al pecho. Jadea—. Si te mueves un centímetro más, te arranco los dientes —añade McCoy.

Seguramente, Chris le ha creído, porque no se mueve ni un centímetro más.

—¿Puedes ayudarme? —pregunta McCoy.

Miro el suelo alrededor, donde ha ocurrido la lucha. El cuchillo es de cocinero. Tiene una hoja de unos veinte centímetros y un mango de madera maciza. Está lleno de sangre. Una mitad ha quedado en la acera y la otra mitad, en el borde de hierba, apuntando hacia la calle. La oreja de McCoy está a unos cuantos centímetros del arma, sobre un pequeño charco de sangre. Parece una seta en salsa.

—Lo tengo controlado —dice McCoy. Luego, asiente en dirección a la casa—. Ve a traerme un poco de hielo.

Vuelvo corriendo a la casa. Todo el mundo está despierto, el bebé llora y las luces están encendidas. El agente Bristol está tumbado sobre un costado, con el pie girado noventa grados hacia dentro, la cara roja y tensa y todas las venas tratando de saltar a través de la piel. Lee se inclina sobre él y trata de convencerlo de que supere el dolor.

—Los refuerzos están en camino —les digo a los dos, y me dirijo a la cocina. Abro los armarios y encuentro un recipiente de plástico con tapa, lo bastante grande para que quepan un par de sándwiches. Lo lleno de hielo del congelador y vuelvo corriendo a la calle, donde McCoy sigue sentado. Una parte de mí esperaba descubrir que había apuñalado a Watkins o, como mínimo, que le había cortado una oreja. Está al teléfono, informando a los agentes que acuden al lugar. Recojo la oreja cortada y la meto entre el hielo, luego siento el impulso de limpiarme los dedos en el césped. De hecho, eso hago. Agito un poco el recipiente hasta asegurarme de que la oreja ha quedado completamente cubierta.

—Si esto no vuelve a su lugar correctamente —le dice McCoy a Watkins—, juro por Dios que te voy a cortar los párpados.

—Quiero un abogado —dice Watkins.

—Va a necesitarlo —le digo—, porque sabemos que usted mató a Hailey McDonald, además de que, ahora mismo, acaba de intentar matar a un agente de policía.

—No diré nada más —dice—. Solo que quiero un abogado.

—¿Cómo está Bristol? —me pregunta McCoy.

—Probablemente llueva —le digo.

—Ja, ja —dice. Y, para ser un tipo al que le acaban de cortar una oreja, parece extremadamente tranquilo.

—Se ha roto un tobillo —le digo—. Tiene el pie en un ángulo de noventa grados. Al parecer, cuando se lo enderecen, le va a doler mucho más.

—Menos mal que he pedido una ambulancia.

Los otros coches de policía llegan antes que la ambulancia. Solo son dos, porque el sospechoso ya ha sido detenido. Ayudan a Watkins a subir a la parte trasera de uno y se lo llevan. Irá a la comisaría y seguirá insistiendo en que quiere un abogado. Llega la ambulancia y los dos sanitarios empiezan a examinar a McCoy. A uno de ellos le entrego el recipiente de plástico con la oreja. Meten a McCoy en la parte de atrás, pero luego tienen que esperar cinco minutos, en lo que meten también al agente Bristol. Se detiene otro coche con otro detective, que viene acompañado de un técnico forense. Hacen algunas fotografías del cuchillo y lo meten en una bolsa de pruebas. Después, el técnico y el detective van a la casa y hacen más fotografías; esta vez, del jardín donde Watkins había empezado a cavar. La pequeña pala todavía está allí. La meten en una bolsa igual a la del cuchillo.

Soy el último que queda en la escena. Agradezco a Lee Charters que nos haya prestado su casa y él nos dice que nos quedemos con el recipiente.

—Piense en esto como una razón para venir a comprarme su próximo coche —dice.

Finalmente, subo a mi coche y vuelvo a la comisaría.

Capítulo setenta y tres

La comisaría solo tiene una cuarta parte de las luces encendidas y el diez por ciento del personal. Puede que el crimen no duerma, pero los que limpian sus desastres sí que necesitan hacerlo. Me preparo un café. Son las cuatro de la mañana, estoy cansado y quiero irme a casa. Watkins está en una de las salas de interrogatorios hablando con un abogado. Pronto averiguará cuál es la mejor manera de cooperar y ahorrarse uno o dos años; solo tiene que hacerse a la idea, es todo. Ahora mismo, piensa de forma diferente. Estará buscando cómo explicar por qué lo atrapamos con un cuchillo. Querrá salir de esto sin ir a la cárcel, pero eso no va a ocurrir. Ni Stephen King podría encontrar una explicación de que, casi a las dos de la madrugada, Christopher Watkins estuviera en la casa que fuera de Ron McDonald enterrando en el jardín, inocentemente, el cuchillo que hace siete años se usó para matar a la mujer de McDonald.

Llamo a Kent. Contesta al teléfono con voz de sueño y le cuento lo que ha pasado. Ella, aún somnolienta, me pregunta cómo está McCoy. Le digo que no lo sé. Luego se me ocurre que, con el asunto de la oreja de McCoy, podría hacerse un chiste sobre no haber oído nada de lo que ha ocurrido, pero no tengo energía para componerlo. Kent me dice que está de camino.

Bebo mi café y deambulo por la sala del grupo. Voy pensando en cómo algunos casos son sencillos y otros no. Acabamos de zanjar en treinta horas un caso que llevábamos siete años sin resolver, y eso hace que parezca fácil. Kent llega. Viste igual que ayer. Se prepara un café y nos dirigimos a la sala de interrogatorios. Trae consigo una cámara de vídeo y un trípode. Estoy a punto de llamar a la puerta cuando esta se abre y un hombre trajeado nos sonríe. Se identifica

como Ernest Grey, nos da la mano y nos pregunta si podemos hablar en el pasillo. Le decimos que sí.

—Son las cuatro y cuarto de la mañana —nos dice. Ernest tiene una sonrisa grande y amable; es un poco más alto que yo. Tiene un pelo casi canoso que lleva suelto y ordenado, salvo por unos mechones que le cuelgan sobre la frente. Me recuerda un poco a mi padre—. Ahora, dígame, ¿estamos todos de acuerdo en que podríamos ocuparnos de esto mañana? Este homicidio por el que van a intentar acusarlo sucedió hace siete años. Él no irá a ninguna parte y a la familia no le importará esperar un día más. ¿Qué tal si reprogramamos esto para un momento más razonable? Lo único que le pido es que mantenga a mi cliente en su propia celda de detención.

Asiento con la cabeza mientras nos habla, incluso en la parte en que ha dicho «intentar acusarlo».

—Se lo agradezco, pero ya estamos aquí, listos para ponernos en marcha —le digo.

Ahora es él quien asiente.

—Vale —dice—, pero, en cuanto mi cliente parezca demasiado cansado para continuar, pongo fin.

Todos entramos en la sala. Chris está sentado al otro lado de la mesa, donde también se sentó ayer. Hoy es una bestia diferente. Tiene las manos manchadas de sangre. Su abogado se sienta a su lado. Kent coloca la cámara de vídeo de modo que nos capte a los cuatro. Luego, nos sentamos frente al asesino y su abogado.

—Justo antes de las dos de la madrugada —digo—, usted entró en el jardín delantero de Lee y Nancy Charters, donde lo pillaron intentando enterrar el arma homicida utilizada en…

Ernest Grey levanta la mano. La gran sonrisa sigue ahí.

—Permítame que lo interrumpa un momento, detective, porque ya veo a dónde quiere llegar. —Mira su reloj—. Hace dos horas y media que detuvieron a mi cliente. Estamos en plena noche. ¿Puede explicarme cómo pudo conseguir que se analizara el ADN del cuchillo en tan poco tiempo y a una hora tan extraña?

—No se ha probado —le digo.

Sus cejas se levantan.

—¿No lo han hecho? Perdone, me ha parecido oírlo decir que el señor Watkins intentaba enterrar el arma homicida. ¿Con qué crimen se ha relacionado ese cuchillo?

—Vale —le digo—. ¿Qué le parece esto? Chris, ¿quiere decirnos qué hacía intentando enterrar un cuchillo en el jardín de Lee y Nancy Charters?

—No intentaba enterrarlo —dice—. Lo encontré allí.

—¿Lo encontró allí? —pregunta Kent.

—Sí.

—Una pregunta rápida —dice Ernest—, porque creo que podemos aclarar una de estas cuestiones enseguida. ¿Puede decirme qué dijo mi cliente después de que ustedes se identificaron como agentes de la policía?

No le contesto.

—¿Detective?

—Creo que era bastante obvio que éramos policías —le digo, pues ya sé a dónde nos lleva—. Sobre todo debido a que interrogué a su cliente doce horas antes.

—Ya veo. ¿De modo que ni usted ni el detective McCoy se identificaron? —Ante mi falta de respuesta, continúa—: ¿Así que lo que le oigo decir es que cualquiera que sea perseguido por una calle oscura a las dos de la mañana por dos hombres debe asumir siempre que esos dos hombres son agentes de policía, aunque no le digan nada?

—Su cliente fue encontrado con un cuchillo en su poder. Creemos que podemos relacionar esa arma con el homicidio de Hailey McDonald, ocurrido hace siete años —le digo.

—Sí, eso dice usted, y volveremos al tema en un momento, pero cualquier cargo que crea que puede presentar contra mi cliente por agredir a un agente de policía me lo tomaré a risa. Ustedes no se identificaron. Chris actuó en defensa propia. He oído que están buscando ADN en la camisa que se encontró en el coche de Ron McDonald. Esa mierda podrá funcionar con gente que no entiende la ley, pero yo sí la entiendo, y esa ropa nunca volverá a ser prueba de nada. Nunca. Cualquier cosa, cualquier ADN que haya aparecido en esas ropas, no podrá usarse. Este intento de manipular a mi cliente no es más que la policía aprovechándose de alguien que no puede defenderse por sí mismo.

—Cálmese, señor Grey —dice Kent—. Hace siete años, su cliente apuñaló a una mujer hasta matarla, y esta noche ha intentado hacer lo mismo con un policía.

—No. Hace siete años, Ron McDonald apuñaló a su mujer, y esta noche mi cliente ha intentado defenderse de dos hombres a quienes consideraba una amenaza.

—¿Puede su cliente explicar por qué estaba en la casa? —pregunta Kent.

Grey mira a Watkins y asiente. Luego Watkins se remueve en su silla, se inclina un poco hacia delante y apoya las manos en la mesa.

—Estaba teniendo una aventura con Hailey —dice—. Llevábamos unos meses viéndonos.

—Usted la veía antes de que Ron empezara su propia aventura —le digo.

—Sí.

—¿Ron lo sabía?

Niega con la cabeza.

—No. Él sospechaba que ella tenía un amante, pero nunca supo quién era y, en realidad, tampoco le importaba. Sobre todo después de conocer a Naomi. Dijo que, de todos modos, su matrimonio había terminado y que eso ya llevaba mucho tiempo así.

—Vale —digo—. Así que ayúdeme a ponerlo todo en orden. ¿Cómo conduce esto a intentar enterrar un cuchillo en el jardín delantero de donde vivían?

Sacude la cabeza.

—Así no ocurrieron las cosas —dice.

—Entonces, ¿cómo?

—Encontré el cuchillo allí.

—Explíquenos eso —le digo.

—Esta noche. Lo encontré allí. Mire, sabía que ustedes iban a registrar la casa, ¿vale? Vi el informe que usted dejó ayer sobre la mesa. Vi…

—Qué olvidadizo, detective —dice Grey, y mueve el dedo de un lado a otro—. Un hombre más pesimista que yo sospecharía que lo dejó ahí deliberadamente.

—Continúe, Chris —dice Kent.

—Bueno, vi el informe y sabía que ustedes pensaban que Hailey había tenido un amante. Sabía que, si registraban esa vieja casa, encontrarían pruebas. Verán, ella solía dejar una llave para mí.

—¿Una llave? —pregunto.

—Sí. La metía en una bolsita de plástico y la escondía en el jardín. Así, de vez en cuando, yo podía llamar al trabajo y decir que estaba enfermo. Entonces iba a su casa y entraba. Ella estaría esperándome en el baño o en el dormitorio. Ya sabe, todo listo.

—Le dejaba una llave —le digo— escondida en una bolsa de plástico, enterrada en el jardín.

—Así es.

—Hacía eso en vez de dejar la puerta sin cerrar —le digo.

—Por supuesto. ¿Quién deja la puerta abierta?

—Y hacía eso en vez de salir a abrir la puerta —le digo.

—Sí. Parte de la emoción era saber que yo entraría en el dormitorio y empezaríamos. Además, ella no quería arriesgarse a que la gente la viera desnuda cuando abría la puerta. Siempre estaba desnuda para mí.

—¿Por qué no le dio una llave para que usted la guardara? —le pregunto.

Se encoge de hombros.

—No lo sé y nunca se lo pregunté. Tal vez ella estaba viendo también a otros. Eso pensé. Quizá no dejaba ahí la llave cuando estaba ocupada, para evitar que todos apareciéramos al mismo tiempo.

—Vale, ¿qué ha sucedido esta noche?

—Bueno, yo sabía que ustedes iban a encontrar esa llave, si todavía estaba allí. Mis huellas dactilares estarían en ella. Sabía que empezarían a recopilar todo el ADN posible. Me imaginé que, probablemente, también tomarían huellas dactilares de cualquiera que hubiera conocido a Hailey —dice. Ernest Grey sacude de nuevo la cabeza y mueve el dedo de un lado a otro en un gesto de negación—. No quería que encontraran esa llave porque sabía lo que pensarían: que quienquiera que se hubiera acostado con ella fue quien la mató. Así que fui al lugar donde Hailey solía esconderla y empecé a cavar. Entonces encontré el cuchillo. Me dio un susto de muerte, porque eso me confirmó, allí mismo, que Ron la había matado, ¿sabe?

—¿Así que, en vez de llamar a la policía o dejar el arma allí, usted decidió huir? —pregunto.

—Sí. Porque me sentía observado. Eso era peor, ¿no? Pensarían que no había ido solo a por la llave, sino que quedarían convencidos de que yo la había asesinado, porque, de repente, tenía el cuchillo en la mano. Debería haberlo dejado allí. No sé por qué no lo hice. Así que, cuando me sentí observado, eché a correr. Me llevé el cuchillo para protegerme. Dos tipos venían persiguiéndome, así que hice lo que pude para defenderme.

Termina de hablar y la habitación se queda en silencio. Chris mira a Kent. Parece estar a punto de llorar.

—Yo la quería de verdad —dice—. Nunca habría hecho nada para lastimarla.

Nadie más habla. Miro a Ernest Grey, que parece tranquilo y relajado, aunque tiene la boca un poco tensa. Sabe lo que yo estoy pensando, sabe lo que está pensando Kent, porque acaba de oír la misma historia. Está pensando que tienen muchos problemas.

—¿No tiene nada mejor? —le pregunto.

—¿Qué?

—Detective —dice Grey.

—Esto es, de verdad, lo mejor que se le ha ocurrido —digo.

—Es lo que sucedió —afirma Watkins.

—Detective, ya basta —dice Grey.

Empiezo a reírme. No puedo evitarlo. De verdad que no puedo. Entonces Kent se me une. Después de las tensiones del día, de que McCoy perdiera la oreja, de la muerte de Hutton… Todas esas cosas empiezan a desaparecer de improviso. Estoy a punto de pasar el resto de mi vida en la cárcel, así que ¿por qué no reírme una última vez si puedo?

—Es la historia más ridícula que he oído nunca —digo, y apenas me salen las palabras—. Y he oído muchas.

—Es imposible que un jurado se trague esto —dice Kent.

—Encontró el cuchillo —dice Grey—, y sabemos que lo usó en un acto de defensa propia, y nada más. Aunque lo hubiera usado hace siete años, cualquier ADN de mi cliente en ese cuchillo ha llegado allí esta misma noche, cuando lo encontró.

Me sigo riendo.

—Esta entrevista ha terminado —dice Grey.

—Deje de reírse de mí —dice Chris.

—Chris —dice Grey, y le pone una mano en el hombro—. No digas nada.

—Esta entrevista no ha terminado —les digo, y por fin me calmo, y Kent también—. Hasta ahora, no ha dicho nada que nos dé motivos para no acusarlo del asesinato de Hailey McDonald.

—Yo no la maté —dice Chris, alzando la voz—. Yo la quería.

—¿De verdad espera que creamos que el cuchillo fue enterrado exactamente en el mismo lugar donde solía estar enterrada la llave?

—¿Por qué no? —Grey dice—. Si una persona pensó que era un escondite ideal, ¿por qué no otra? Y eso explicaría por qué la llave podría no estar allí cuando ustedes vuelvan a la escena: el día que Ron enterró el cuchillo, quizá encontró la llave. O quizá la encontró cualquiera de los otros hombres que posiblemente se acostaban con la víctima.

—Esto es lo que pienso… —digo.

—No, esto es lo que pienso —dice Grey—. Le mintieron a mi cliente esta tarde. Lo manipularon para que acudiera a ese lugar, puesto que enviaron esa camisa a un laboratorio y recibieron resultados que apuntaban en una dirección diferente. Usted se centró en mi cliente a través de pruebas ilegales. Eso hará que todo esto sea desestimado en los tribunales.

—Invitamos a su cliente para interrogarlo por el homicidio de Ron McDonald —le digo—. Durante ese interrogatorio, a su cliente se le metió en la cabeza que…

—¡Porque usted se dejó la carpeta! —exclama Chris.

—Lo pillamos con el… —digo.

—Detectives —dice Grey, en voz alta—. El hecho es que han detenido a mi cliente con argucias. No tienen ninguna razón para retenerlo.

—Tenemos todas las razones para…

—Esta reunión ha terminado —dice Grey, y se pone en pie—. A mi cliente le estoy dando instrucciones de que no diga una palabra más. Sugiero esto: dejemos que un juez les señale lo equivocados que están. Hagámoslo a primera hora de la mañana, ¿vale? Estaría bien quitarnos esto de encima, y así podrán hacer algo productivo el resto del día, en lugar de perseguir a hombres por cosas que no han hecho.

—Siéntese, señor Grey —dice Kent—, aún tenemos…

—Ya ha oído a mi abogado —dice Watkins—. No tengo nada más que decir.

—Esta es su última oportunidad para hacerse un favor —le digo—. Cuéntenos lo que pasó y tal vez pueda evitar la pena de muerte.

—¿De qué está hablando? —pregunta Watkins.

—Te está engañando —dice Grey.

—No, no es verdad —le digo—. Sabe que esto va a empezar de nuevo, Chris, así que no tiene más que preguntarse si quiere estar en el lado bueno o en el lado malo. Su abogado puede fanfarronear y decir lo que quiera, pero usted sabe lo que hizo y yo sé lo que hizo, y ningún jurado va a tragarse esta historia.

—Y no habrá ningún jurado. Esto será sobreseído —dice Grey—. Todo.

—Su abogado no es a quien le clavan una aguja cuando se equivoca —le digo a Watkins.

—¿Una aguja?

—O el gas o la cuerda. No sabemos cómo va a ser —dice Kent—. Podría ser un pelotón de fusilamiento, por lo que sabemos.

—Ya basta —dice Grey—. Mi cliente no tiene nada más que añadir.

—¿Es cierto? —le pregunto a Watkins.

Este asiente.

—Sí, así es.

—Bueno. Se le acusa del homicidio de Hailey McDonald y del intento de homicidio del detective Lance McCoy —le digo, y me pongo en pie—. Si ha terminado con su abogado, entonces es hora de procesarlo y meterlo en una celda.

—No digas nada más —dice Grey—. Te veré por la mañana, ¿vale?

Watkins asiente. El interrogatorio ha terminado y es hora de que me vaya a casa.

Capítulo setenta y cuatro

Estoy con Kent en el aparcamiento, comentando el interrogatorio. Una furgoneta de la prensa pasa por delante de las puertas principales y me pregunto cuál será el titular de hoy; pero, sobre todo, me pregunto cuál será el de mañana.

—¿No os identificasteis? —pregunta Kent.

—No. Quiero decir, lo habríamos hecho, pero él empezó a correr. Antes de que supiéramos lo que estaba pasando, se lanzó hacia nosotros con el cuchillo. Tan solo no hubo tiempo.

—Grey va a alegar que siempre hay tiempo —dice, lo que equivale a decir «Deberías haber encontrado el momento». Y tiene razón—. Pero esa historia de la llave y del cuchillo aparecido, ¿qué te parece?

—Creo que es una locura, aunque, a veces, los jurados se creen locuras.

—Vendré a buscarte por la mañana —dice—. ¿Sobre las nueve?

—Me parece bien.

Nos separamos y me dirijo a casa. La ausencia de Bridget aquí me recuerda a todas las veces que he llegado a casa a altas horas de la noche después de investigar algo. La casa vacía, mi mujer en una residencia. En realidad, pienso en llamar a Schroder; o, incluso, en ir a golpear su puerta. Son las cinco y media y hay algo seductor en la idea de ir a despertarlo para decirle que ha metido la pata, pero no es suficiente como para hacerlo de verdad. Si haber matado a un inocente no basta para detener a Schroder, no sé qué se necesita.

«Sí lo sabes».

Sí.

Pongo el despertador a las ocho y media. Cuando suena, casi tres horas después, tengo la sensación de haber dormido cinco minutos. Durante un instante, me pregunto si no me habré arrastrado hasta el coche para coger la botella de whisky. Eso parece.

Me meto en la ducha y me desperezo un poco. El café me despierta un poco más, y entonces llamo a mi mujer. Hablamos durante diez minutos y le digo que el caso avanza rápidamente, que es posible que todo termine hoy.

—¿Cuándo es el funeral de Wilson? —pregunta.

—El viernes.

—Vale. Hoy me quedaré en casa de mis padres. ¿Quieres pasar a buscarme después del trabajo?

—Te veré entonces.

En cuanto Kent se detiene en la calle, toca el claxon. De camino al coche, suena mi teléfono. Es el detective Travers.

—Tengo algo —dice.

—¿Qué clase de algo?

—¿Dónde estás? —pregunta, y suena emocionado.

—De camino a la comisaría.

—¿Y en este momento?

—En la puerta de mi casa —le digo. Miro la calle de arriba abajo por si él estuviera aquí.

—Vale. ¿Sabes dónde está Neumáticos Tim?

Me imagino el edificio y la ubicación, a las afueras de la ciudad.

—Sí, eso creo.

—Deberías venir —me dice.

—¿Por qué no me lo cuentas por teléfono?

—Porque te arruinaría la sorpresa.

—No me gustan las sorpresas —le digo.

—Esta te gustará —dice, pero no le creo. Va a ser Schroder pillado en vídeo. Va a ser Schroder usando su nombre y pagando con tarjeta de crédito. Travers cuelga. Me dirijo a mi coche, abro la puerta y me meto la petaca de whisky en el bolsillo de la chaqueta. Luego, voy con Kent.

—¿Buenas noticias? —pregunta ella—. ¿Watkins ha confesado?

—Es otra cosa —le digo—. ¿Sabes dónde está Neumáticos Tim?

—Sí, lo sé.

—Me ha llamado Travers. Ha dicho que tiene una sorpresa para nosotros.

—Debe ser donde el calvo compró los neumáticos. ¡Esto se pone emocionante! —dice, y su emoción parece tan grande como mi terror—. ¡Nos estamos acercando!

Pienso en la petaca. Hoy está todo trazado: los neumáticos con huellas por todas partes, un nuevo testigo, la lista de los Honda Accord. Siento las piernas como gelatina. Siento que voy a vomitar.

—Sigues sin tener buen aspecto —dice.

—Estoy bien.

—¿Seguro que quieres hacer esto?

—He dicho que estoy bien —repito, quizá con demasiada energía.

—Lo que tú digas.

Mientras nos alejamos, echo un último vistazo a mi casa. Hay gente en bicicleta y gente paseando. Toman el sol con ansias de llegar al otro extremo del día, donde termina el mundo de las cinco de la tarde. Imagino que, para entonces, estaré en una sala de interrogatorios, solo que esta vez en el lado opuesto de la mesa.

Las paredes de la tienda de neumáticos son de bloques de hormigón anaranjados. El tono de los bloques se ha ido apagando con el paso del tiempo y de los coches. Los tubos de escape le han rebajado el color, y lo mismo ha ocurrido con las grandes letras negras del nombre, que ahora son casi grises. Las amplias puertas de la nave están enrolladas y, en el interior, se ven filas y filas de neumáticos y herramientas. Hay un coche sin ruedas a medio elevar y un par de tipos con uniformes negros moviéndose alrededor. Al lado de todo esto hay una oficina con pared de cristal para que los clientes paguen, esperen y discutan las opciones de financiación. El detective Travers nos espera en la entrada. Mis piernas ya han recuperado la fuerza. Él lleva una camisa azul y unos pantalones negros muy elegantes que hacen que mi propio atuendo parezca como si lo hubiera rescatado de una sepultura.

—Hemos tenido suerte —dice, lo que hace que mi estómago baje aún más—, pero no hemos sido lo bastante afortunados —añade, y esto, en cierto modo, hace que mi estómago vuelva al lugar que le corresponde—. Este negocio estaba en la lista, solo que, a este ritmo, no habríamos llegado aquí hasta dentro de dos días. Sin embargo, Tom Headman, el dueño…

—¿No es Tim? —pregunta Kent.

—No, y no me preguntes por qué, pero lo del coche, lo que sacamos ayer en las noticias, estaba en los periódicos esta mañana. Ahí es donde él lo vio y entonces lo reconoció. Llamó por teléfono y dijo que el domingo por la tarde había recibido un coche igual y le había puesto dos neumáticos nuevos. Así que esa es la buena noticia. La mala es que aquí no hay cámaras de vigilancia y que el tipo pagó en efectivo. La buena es que los neumáticos que le quitaron siguen aquí.

—¿Dejó algún nombre? —pregunto.

—Sí, dejó un nombre —dice—. Y esa es la parte buena. ¿Quieres adivinar cómo se llamaba?

Siento que la oscuridad vuelve. Siento que mis piernas empiezan a tambalearse. La única pregunta es si Schroder me llevará con él.

—¿Quién?

—Has sido tú —contesta—. El tipo dijo que se llamaba Theodore Tate.

Tardo un momento en asimilar la noticia. Theodore Tate. No Carl Schroder.

—El mismo nombre que le dio al funcionario de prisiones —le digo—. Podrías habérmelo dicho por teléfono.

—Quería decírtelo en persona —dice.

Sacudo la cabeza.

—Qué putada —le digo.

—¿Qué?

—Eres un mentiroso de cojones, y este no es mi primer día en el cuerpo. Me querías aquí para que Tom me echara un vistazo,

¿verdad? Querías asegurarte de que no fui yo quien estuvo aquí el domingo.

—Eh, espera un segundo…

—Vete a la mierda, detective —le digo.

—No, vete a la mierda tú, Tate —dice, mientras me señala con el dedo—. Tú habrías hecho la misma maldita cosa. Hay una teoría de que este asesino es uno de nosotros o era uno de nosotros, ¿qué se supone que tenía que hacer?

Kent me pone una mano en el hombro. Me siento impulsado a quitarla de ahí.

—Tiene razón —dice ella—, tú habrías hecho lo mismo.

Sacudo la cabeza. Sé que estoy exagerando, pero tengo derecho a hacerlo. Estoy pasando por un momento de muy alta tensión.

—Vayamos a ver a Tom. Asegurémonos de que esta es mi primera vez aquí —le digo.

—Vamos, Tate, no seas…

—Como quieras —digo, y me dirijo al despacho.

—Hola, detective, soy Tom —me dice un hombre, uno que debe ser Tom, y me ofrece la mano. Se la estrecho. Enseguida me da una tarjeta—. La próxima vez que necesite neumáticos —dice—, venga a verme.

—Déjeme adivinar: ¿hace descuentos a las fuerzas del orden?

—Hago descuentos a todo el mundo —dice—, pero el cuerpo de policía se lleva los descuentos de verdad. —También le da una tarjeta a Kent. Me imagino que Travers ya tiene una—. Hacen un trabajo estupendo.

Me guardo la tarjeta en el bolsillo. Vuelvo a sentirme tranquilo. Sin cámaras de vigilancia, sin el nombre verdadero. Entonces pienso en los neumáticos que están aquí, con las huellas de Schroder, de cuando los cambió en Grover Hills, y el corazón se me acelera. Solo me queda la esperanza de que llevara guantes.

—¿Así que el tipo pagó en efectivo? —le pregunto.

—Sí.

—¿Hay alguna posibilidad de que ese dinero todavía esté aquí?

Sacude la cabeza.

—Como le he dicho a su colega, los fines de semana estamos muy ocupados. Lo primero que hacemos el lunes por la mañana es llevar los ingresos al banco. Mantenemos un poco de efectivo, pero siempre está dando vueltas. El tipo pagó en billetes de veinte. Esos van y vienen todo el día.

—Así que los dos neumáticos están aquí, según me han dicho. ¿Eso significa que no tienen arreglo? —pregunto.

—Así es —dice Tom—. No solo los neumáticos, sino una de las ruedas de repuesto. Llevaba dos. Una la reparé y la volví a poner en su coche. La otra se la dejó.

—¿Y sobre qué rodaron?

—No es que hubieran rodado sobre algo —dice Tom—, las rajaron. Estaban completamente inservibles. Como dije antes de que usted llegara, están atrás, en la pila de chatarra. Son todo suyos. ¿Quiere que le eche una mano para cargarlos?

—Está bien —dice Travers—. Ya hay un técnico de huellas en camino. Muéstreme dónde están y yo me haré cargo.

—Le diré a Neal que le muestre el lugar —dice. Hay una puerta abierta entre el despacho y el taller. A través de ella, Tom llama a uno de los dos hombres que vimos antes, un chico de unos veinte años que está desmontando un neumático de una llanta. Neal levanta la vista, ve que Tom le hace señas y se acerca—. ¿Puedes enseñarle al detective dónde están los dos neumáticos rajados que llegaron en el Honda?

Neal empieza a asentir. Parece ansioso por agradar. Vuelve a guiar a Travers a través del taller.

—¿Este hombre tuvo que firmar algo? ¿Tuvo que tocar algo? —pregunta Kent.

—Nada. El tipo se quedó mirando todo el rato. No dijo mucho. Abrió la boca para pedir dos neumáticos nuevos y para preguntar cuánto iban a costar. Se quedó observando, con las manos en los bolsillos. Recuerdo que llevaba una camisa de manga larga, aunque hacía mucho calor. La manga estaba toda hinchada, como si, por dentro, el brazo estuviera vendado. Solo sacó las manos del bolsillo para pagar; ah, y también cuando contestó al móvil. Yo estaba enseñando el local a otro cliente, pero él contestó el teléfono con su nombre.

—Theodore Tate —le digo, y qué cerca acabo de estar de decir «Carl Schroder».

—Sí, miró la pantalla del teléfono, luego lo abrió y dijo «Theo».

—¿Cuándo fue esto exactamente? —pregunto.

—No lo sé con exactitud —dice—, no lo de la llamada telefónica, pero no pasó mucho tiempo antes de que pagara. El ticket dice que pagó a las once y cincuenta y siete.

—Así que este tipo sigue haciéndose pasar por ti cuando llama por teléfono —me dice Kent.

Asiento con la cabeza. Pienso en la cronología. Bridget estuvo con él a esas horas, más o menos, ¿no? ¿Será posible que, en lugar de haberse hecho pasar por mí al teléfono, mirara la pantalla y pensara que era yo quien llamaba? No dijo «Theo» como quien dice «Hola, soy Theo». Dijo eso porque pensaba que era yo quien lo estaba llamando, como en «Hola, Theo». Y yo no fui; pero, si Bridget lo llamó desde casa, mi nombre habría aparecido en su teléfono. Esto fue al día siguiente de que le contase a ella dónde estaba enterrado Quentin James. Supongo que, esa mañana, algo falló dentro de Bridget. Quizá llamó a Schroder en busca de ayuda. Por alguna razón, ella lo llevó a la tumba, puesto que, en su mente, la cronología estaba en desorden. Así es como él supo dónde estaba el cuerpo.

—¿Cómo de bien vio al tipo? —pregunta Kent.

—Bastante bien.

—Si lo pusiéramos delante de un dibujante, ¿sería capaz de conseguir algo?

—Claro, y será algo mucho más exacto que ese boceto del periódico de esta mañana —dice—. Es que ese boceto ni siquiera tiene la cicatriz.

Hago todo lo posible por no acobardarme ante esas palabras.

—¿Qué cicatriz? —pregunta Kent.

—Aquí —dice, y se da golpecitos en un lado de la cabeza—. Parecía que al tipo le habían disparado.

Capítulo setenta y cinco

Volvemos al coche. El salpicadero nos dice que la temperatura es la misma que hace diez minutos, cuando llegamos, pero me tiro de la parte superior de la camisa en un intento de conseguir que entre un poco de aire, porque parece que el día se ha vuelto cincuenta grados más caluroso. Esto es un horno. Un horno tan caliente que tengo algunas dificultades para respirar.

Kent no dice nada. Yo tampoco. Tom Headman nos sigue en su coche de camino a la comisaría. Estamos a más de medio camino cuando rompo el silencio.

—Puedes hablar —le digo. Ella niega con la cabeza—. Vamos, Rebecca, puedes decirlo.

—No quiero decirlo.

—Las huellas dactilares lo confirmarán.

—No lo sabemos —dice.

—Sí, lo sabemos —digo, porque esto ya se ha acabado. Se acabó desde el momento en el que descubrí que la ventana de Kelly Summers había sido forzada y me quedé callado—. Sabemos que estamos buscando a un policía.

—Es solo una teoría.

—Sabemos que Schroder ya no es Schroder. Sabemos que está relacionado con los dos primeros homicidios. El primer caso fue suyo y él sabía todo sobre Grover Hills.

—Me salvó la vida. Si no fuera por él, aún estarían recuperando trozos míos en la carretera. —No le contesto—. ¿Y tú? —pregunta—. Lo llevaste a casa de Kelly Summers. ¿Por qué no me dices que fuiste tú quien se llevó el móvil y pones mi mundo patas arriba de una puta vez?

—No fui yo —le digo.

—Júralo, Tate. Por favor.

—No fui yo, te lo juro —digo, y no sé por qué demonios sigo mintiendo si estoy ya se acabó.

—¿Y ahora qué? —pregunta Kent.

—Ahora nos lo guardamos. No tiene sentido hacer acusaciones hasta que tengamos la certeza, ¿verdad? Podría haber muchos por ahí con disparos en la cabeza. Analicemos las huellas y veamos el boceto.

—Has estado en su casa —dice—. Debes saber qué tipo de coche conduce.

—Lo sé.

—¿Y?

—Un Honda azul oscuro.

—¿Un Accord?

—Creo que sí. Mantengámoslo en secreto hasta que estemos seguros, ¿de acuerdo?

—¿Y después?

—Después, vamos y lo arrestamos.

Llegamos a la comisaría y subimos. Stevens viene a buscarnos para decirnos que hicimos un buen trabajo anoche. Dice que McCoy y yo metimos la pata al no identificarnos, pero que, aparte de eso, está satisfecho.

—Ese tipo estaba allí tratando de enterrar el arma homicida —dice—. Mientras hablamos, están analizando el cuchillo. Nadie duda de que el ADN de Hailey McDonald aparecerá por todas partes. No dejes que su abogado te haga pensar que esto no va a llegar a los tribunales. Por cierto, ¿sabes quién ganó la quiniela?

—¿Quién?

—Yo —dice—. Y no quiero más gilipolleces como esa en este edificio, ¿vale? Se supone que somos profesionales. —Deja de hablar y me mira durante unos segundos—. ¿Sabes, detective?, no tienes muy buen aspecto.

—Solo estoy cansado —le digo.

—Asegúrate de tomarte un par de días libres cuando esto termine, ¿eh? Acabamos de perder a un buen hombre y estoy seguro de que no queremos perder a otro.

Tom Headman sale del ascensor. Lo escolta otro agente. Nos ve y se dirige a una sala de interrogatorios similar a la de anoche, solo que un poco más grande y cómoda. Lo ponemos en contacto con el dibujante y los dejamos solos.

Estamos de vuelta en la sala del grupo cuando suena mi teléfono.

Es el detective Travers.

Las huellas del neumático han quedado impresas.

Han encontrado dos juegos: uno ha de pertenecer a Tom, porque él fue quien desmontó los neumáticos de las llantas y los tiró a la

chatarra. El segundo debe ser del hombre calvo. Las huellas aparecieron en la rueda de repuesto que él dejó ahí. Cuando metió los dedos por los agujeros de las llantas, dejó buenas marcas en la suciedad y la grasa del otro lado. En cambio, las de los neumáticos eran ilegibles.

—Ya vamos de vuelta a la comisaría para comprobar las huellas —dice—. Si este tipo está en el sistema, lo tenemos. Si es policía, sus huellas estarán en el archivo. Esto está a punto de terminar —dice, y suena como un niño en Navidad. Cuelga y me vuelvo hacia Kent.

—Travers ha encontrado un buen juego de huellas —le digo.

—Estupendo —dice, pero no parece emocionada. Claro que no. Como ha dicho, Schroder le salvó la vida.

—En realidad, no me siento bien —le digo.

—¿Te llevo a casa?

—Sí, creo que eso será lo mejor —le digo.

—Te llevaré.

Sacudo la cabeza.

—Dame las llaves —le digo—. Iré a casa unas horas y volveré después de comer.

Inclina ligeramente la cabeza mientras me mira.

—Sé a dónde vas —me dice.

—A casa.

—Si tú lo dices. Solo espero, por tu bien, que estés tumbado ahí dentro de unos cuarenta y cinco minutos, porque será entonces cuando se desate el infierno.

—Ahí estaré.

—Buena suerte —dice—. No sé si irás a arrestarlo o a advertirle, pero, sea lo que sea, buena suerte.

—Gracias.

Me da las llaves.

—No te estrelles.

«No te estrelles». Creo que ya es demasiado tarde para eso. Cojo el ascensor y salgo al aparcamiento por última vez como hombre libre.

Capítulo setenta y seis

Llamo a mi mujer, pero no contesta. Debe estar fuera con sus padres. Pienso en dejar un mensaje, pero ¿qué puedo decirle? «Lo siento, cariño, pero, de alguna manera, le has enseñado a Schroder dónde está Quentin James y ahora voy a ir a la cárcel…». Cuando llego a casa de Schroder, aún es relativamente temprano. Son las diez y media, pero parece que ya fuera por la tarde. Es el día más largo de mi vida.

«Sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad?».

Sí, sé lo que tengo que hacer. Tengo que rendirme. Se acabó.

—Theo —dice Schroder en cuanto abre la puerta.

Levanto la botella de whisky.

—¿Tienes hielo? —le pregunto.

Me mira a los ojos, mira el whisky y vuelve a mirarme a la cara. Su rostro se suaviza. Suspira.

—Se acabó, ¿eh?

—Se acabó.

Lo sigo hasta la cocina. Coge un par de vasos y echa en cada uno una buena ración de hielo y una ración aún mayor de whisky. Nos sentamos a la mesa de la cocina.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—No mucho. Treinta minutos, quizá. Tal vez ni siquiera eso. Podría ser un poco más.

—¿Se lo has dicho?

Sacudo la cabeza.

—No. Si lo hubiera dicho, no estaría aquí.

—Entonces, ¿qué?

—Benson Barlow vino ayer. Nos convenció de que buscamos a un policía.

—¿Intentaste convencerlos de lo contrario?

—No, porque tu experimento con el móvil ha vuelto para agarrarte de los cojones. Uno de los oficiales vio el móvil antes de que yo lo encontrara. Así que saben que alguien lo cogió. Saben que están buscando a un policía o a alguien que está ayudando a un policía.

—Hay muchos policías —dice—. Solo tienes que asegurarte de que…

—Es demasiado tarde para asegurarme de nada —digo. Cojo mi vaso y le doy vueltas. Dentro, el líquido ámbar es como el oro, es el cielo. Bebo un sorbo. Es fuerte, muy fuerte, y muy muy bueno—. Tal vez, tal vez ayer pude haber hecho las cosas de otra manera, pero eso fue ayer.

—¿Y hoy?

Tomo un sorbo más largo. ¿Por qué lo dejé alguna vez?

—Hoy, hay un boceto con tu cara —le digo.

—Ayer también había un boceto con mi cara. Lo he visto —dice—, y no se parece en nada a mí.

—Este es un nuevo boceto, de un nuevo testigo. Lo están dibujando ahora mismo.

—No hay testigos —dice.

—¿Te hicieron el descuento del cuerpo de policía en Neumáticos Tim o ni siquiera le dijiste a Tom que habías sido policía?

Bebe un sorbo y, al tragar, hace un gesto de dolor. Yo tomo otro y otro, y está bueno, condenadamente bueno. Siento un subidón. El calor golpea mi mente y se expande. Hola, whisky, viejo amigo, gracias por venir a saludar. Bebo otro sorbo, aunque ya no es un sorbo. Me siento sonreír.

—Te vio, Carl. Santo cielo, te vio muy bien. Y esto —me inclino hacia delante y le doy un golpecito en la cicatriz— podrá ser invisible para una niña de quince años, pero, para Tom, el hombre de Neumáticos Tim o como demonios se llame… Bueno, ahora mismo se lo está contando todo al dibujante.

—Es… lamentable —dice.

—Ja. Sí, lamentable. Qué mala suerte que he matado gente, qué desafortunado soy de tener que ir a la cárcel por ello. ¿Llevabas guantes cuando quitaste las ruedas de tu coche, Carl?

—No.

—Eso me imaginaba —digo—. Han sacado algunas huellas. Las están analizando ahora y terminarán por dar con tu nombre. Pero esto tampoco es demasiado importante. Están haciendo una lista de Honda Accord entre policías activos y retirados. Tu nombre aparecerá pase lo que pase.

—Se suponía que tenías que evitar que ocurrieran ese tipo de cosas.

Casi me atraganto con el whisky.

—¿Hablas en serio? ¿De verdad vas a culparme a mí por cómo están resultando las cosas? Rellénname esto —le digo, y deslizo mi vaso. Él coge la botella y me sirve más whisky—. Has matado a un inocente.

—¿Qué?, ¿Ron McDonald? Vamos, Theo, ambos sabemos que eso es…

—¿Una gilipollez? —pregunto—. No. Una gilipollez es que tú me digas que esto es una gilipollez. McDonald era inocente. Metimos la pata, Carl, y anoche corregimos el error. Hemos arrestado a Christopher Watkins.

—¿Quién demonios es ese?

—Trabajaba para Ron.

—¿El tipo con el mechón de pelo largo?

—Él. Tenía una aventura con Hailey McDonald. Lo pillamos anoche cuando intentaba deshacerse del arma homicida. —Schroder no dice nada—. Ron era inocente. —Sigue sin decir nada—. La cagaste, Carl.

—Mierda —dice.

—Eso lo resume todo. Caso cerrado, Carl.

Schroder se termina su vaso. Lo llena de nuevo, y también el mío. No dejo de preguntarme por qué dejé de beber. Ahora mismo, no se me ocurre ninguna buena razón para haber dejado la bebida. Sabe demasiado bien, me hace sentirme demasiado bien y…, joder, joder, joder…, hace que todo parezca bien. Y, si en la cárcel hubiera whisky, entonces la cárcel no será tan mala.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

—¿Cómo que «ahora qué»?

—Quiero decir, ¿cuál es el plan?

Muevo la cabeza de un lado al otro.

—No lo entiendes, ¿verdad? No hay ningún plan. El plan es que estamos jodidos. No hay más plan que quedarnos aquí a tomar unas copas y esperar a que la policía venga a detenerte. Ese es el plan. Tal vez terminemos como compañeros de celda, ¿eh?

—Ese no es un buen plan —dice Schroder.

Miro a izquierda y derecha y noto que mi visión se retrasa una fracción de segundo. Me estoy emborrachando.

—Por eso he dicho que no hay un plan.

Vierte el resto de la botella en nuestros vasos. Eso es lo que pasa con las botellas de petaca: no les cabe lo suficiente.

—¿Hay una licorería cerca? Necesitamos más. Aún nos queda… —consulto mi reloj— la mejor parte de veinte minutos.

—Estás borracho —dice.

—No. Borracho no. Solo resignado al hecho de que, por tu culpa, no veré crecer a mi hijo; que por tu culpa han muerto inocentes.

—Lo siento —dice.

—Sí, yo también. ¿Sabes? Entiendo lo que querías hacer. Y sí, por supuesto que me ocupé de Quentin James. A ese hijo de puta le metí un tiro en la cabeza. Me quitó a mi hija. Él se la llevó, y ahora…, y ahora me estás quitando a mi otra hija. —Me doy cuenta de que estoy empezando a llorar. ¿Qué demonios me pasa?

—Tenías razón —dice—, sobre eso de que he perdido el control.

—Para un hombre tan lleno de principios, para un hombre que realmente cree que está haciendo lo correcto, no entiendo por qué ahora mismo estás aquí y no en casa de Naomi McDonald.

—¿Qué quieres decir?

—Es irónico, ¿no? —Me recuesto en la silla y, por un segundo, siento que no hay respaldo y que me iré de espaldas al suelo. Madre mía, qué cansado estoy de repente—. Querrá sus cinco minutos con el hombre que mató a su marido, a su marido inocente. Eso es lo que tú crees, ¿no?, ¿que todo el mundo quiere sus cinco minutos?

—Eso creo.

—Si fueras un hombre de palabra, le ofrecerías el mismo trato que has ofrecido antes. ¿Y sabes qué? Me gustaría estar allí. Me gustaría ver qué cara tiene el karma.

Bebo otro trago. Schroder tiene las dos manos apoyadas encima de la mesa, el vaso entre ellas, y me mira fijamente. Con dureza. La habitación empieza a dar vueltas. Inclino el vaso hacia delante y hacia atrás y observo cómo traquetean los hielos. Hielos fríos y transparentes recubiertos de whisky frío y transparente. Me meto uno de los cubitos en la boca y empiezo a chuparlo.

—Tienes razón —dice.

—¿En qué? —pregunto. Muerdo el cubito de hielo, que se parte en pequeños trozos. Estos empiezan a disolverse bastante rápido.

—Ese es el plan, entonces —dice.

—¿Cuál es el plan?

—Vamos a ver a Naomi McDonald. Verás que soy un hombre de palabra.

—Vamos, Carl, no quería decir que de verdad debas ir. Solo estaba tratando de exponer mis argumentos.

—Buenos argumentos.

—Esperemos aquí a que llegue la policía. Esto ya ha terminado.

—Terminará en quince minutos —dice.

—Porque tienes un plan.

—Sí, por eso, Theo.

—Entonces, ¿qué? ¿Vamos allí, hablas con la viuda de McDonald y qué? ¿Le pides que te dispare?

—¿Por qué no? Tengo una pistola.

—No voy a ir contigo.

Parece confuso.

—Acabas de decir que te encantaría estar allí.

—Sí, pero no quería decir eso. Igual que no quería decir que tú debías ir.

—Vamos, Theo, tú eres el que siempre dice que el mundo está desequilibrado. Acabas de decir que quieres saber qué cara tiene el karma. Diablos, te estoy dando la oportunidad.

—No voy a ir contigo. Voy a buscar una licorería.

—Puedo amenazarte con la pistola.

—¿Sí? Puedes, pero no lo harías.

—No estés tan seguro, Theo. Tú también has matado gente, recuérdalo. Eras el Rey de las Segundas Oportunidades, pero quizá ya no, ¿eh? Has hecho las mismas mierdas que yo, ¿por qué yo debería ser el único sentenciado a muerte?

Lo señalo mientras balanceo el vaso de un lado a otro. Los cubos de hielo son cada vez más pequeños.

—No voy a ir contigo. ¿Y sabes por qué? Porque puedo controlarme, Carl.

—Te diré dónde está Quentin James.

Dejo de mover el vaso. Lo miro.

—Puedo decirte exactamente dónde está. Y nadie tiene por qué saberlo, guardaré tu secreto.

Apuro mi bebida de un largo trago.

—¿Y luego qué? La policía va a descubrir que te he estado ayudando. El hecho de que yo esté aquí se lo revelará.

—Podrán sospechar, pero no hay pruebas. ¿Qué tienen? ¿Registros telefónicos? ¿Eso es todo? Hutton te dio un motivo válido para llamarme.

Me lo pienso. Aún queda el problema de la cortina de ducha. Si la policía persiguiera esa pista, descubrirán que les llevo una ventaja de días. Pero solo si se pusieran a buscar por ahí…

—Si te dejara aquí y la policía apareciera en cinco minutos, les dirías dónde estoy, ¿no? —dice.

—Probablemente.

—Así que ven conmigo ahora. Será como en los viejos tiempos, ¿verdad? Los dos juntos, resolviendo un caso. Y en todo esto hay algo que parece correcto. Hay algo de simetría. Juntos hasta el final. Dime que no tienes esa sensación.

—Voy contigo ahora y tú me dices dónde está Quentin James.

—Vale.

—Y guardas todos mis secretos.

—Lo prometo.

Extiendo la mano y cojo su bebida. Apenas la ha tocado. Doy dos largos tragos y se acaba.

—Vale —le digo. Cuando me pongo en pie, la habitación da aún más vueltas. Tengo que alargar la mano hacia la mesa para no caerme—. Vámonos.

Capítulo setenta y siete

Schroder ayuda a Tate a ir al coche. Un expolicía y un policía activo. Demonios, hace un año era al revés: Tate era el que estaba arruinando las cosas. Schroder hacía un buen trabajo, Schroder era el que apuntaba hacia un ascenso. Él y Tate eran mundos aparte. Pone a Tate en el asiento delantero y, para cuando ha llegado al lado del conductor, su compañero está durmiendo.

—Theo —dice, y le sacude el hombro. Theo murmura un poco, pero nada más.

Yo Evolucionado ha llegado al final del camino, un camino empedrado con los errores que cometieron sus últimas versiones. Yo Final conduce y piensa en llamar a su mujer, pero ¿qué podría decirle? Le diría que la quiere, y ¿de qué serviría? Eso no cambiaría nada; solo provocaría disgustos. Habría preguntas y lágrimas y, en realidad, es más fácil no hacer esa llamada. Viejo Yo la habría hecho. Pero Viejo Yo ha muerto. Apaga el móvil y lo arroja al asiento trasero.

Sabe dónde vive Ron McDonald. O vivía. Por supuesto que lo sabe. No planeas matar a un hombre sin saber, al menos, dónde trabaja y dónde vive. Conduce hacia allí, con el sol subiendo lentamente mientras la temperatura asciende también. En algún lugar de la ciudad, la policía ya lo busca o está a punto de empezar a buscarlo. Quizá están llamando a su puerta en este mismo instante, quizá han ido a ver a su mujer. No puede creer que todo esto sea culpa de unos neumáticos pinchados. Y todo porque Peter no pudo encontrar un pulso cuando sí que lo había.

—No culpes al muerto —dice.

Entonces Tate murmura algo, gira la cabeza y la apoya en la ventana. Empieza a roncar.

Los McDonald viven en un barrio como cualquier otro. Él le presta poca atención; tan solo observa los nombres de las calles y los buzones hasta que llega al lugar a donde se dirige, que podría ser este: el destino final. Y Tate… El pobre Tate va a despertar en un mundo lleno de mierda, pero lo superará. Todo lo que tiene que hacer es decir las cosas correctas y no cambiar su historia. Después de todo, Tate es el Rey de las Segundas Oportunidades. Diablos, probablemente podría hacer el paseíllo con los restos de Quentin James a cuestas y, de todos modos, lo dejarían ir. Lo amonestarían, pero sin quitarle el trabajo. Rebusca los bolsillos de su compañero dormido y encuentra un bolígrafo y un bloc de notas. Arranca una página.

—Voy a cumplir mi promesa —dice, porque, a pesar de lo mucho que lo molesta que Tate siempre termine por volver, a pesar de lo mucho que lo molesta ser Carl Una Sola Oportunidad, eran amigos. Grandes amigos. Estaban juntos cuando Bridget le dio a Tate su número telefónico. Recuerda haberse reído cuando Tate le confesó que no sabía su nombre. Estaba allí cuando Tate recibió aquella llamada, la que le cambió la vida: su hija muerta, su mujer apenas viva. Hacían un buen equipo. Policía bueno, policía bueno; luego, policía bueno e investigador privado malo. Ahora es expolicía malo y policía de segundas oportunidades. Pero nada de esto es culpa de Tate. En todo caso, siente celos. Qué no haría ahora mismo por intercambiar posiciones. Y Tate nunca mató a ningún inocente.

Anota el lugar donde se encuentra el cuerpo de Quentin James y vuelve a meter el bolígrafo, el bloc y el papel en el bolsillo de Tate. Las instrucciones son sencillas. Tate probablemente se dará una patada a sí mismo cuando las lea.

No hay coches enfrente de la casa ni en el camino de entrada, así que se dirige a la puerta principal. Llama y nadie contesta. Vuelve a

llamar y, de nuevo, nadie contesta; pero deja pasar otro minuto y hace un tercer intento. Entonces se oyen pasos, la puerta se abre despacio y una mujer se tapa los ojos con la mano para protegerse del resplandor. Tiene el pelo revuelto y los ojos rojos. Esta mujer está experimentando lo que queda cuando un huracán ha pasado por tu vida y ha destruido todo lo bueno.

—¿Sí? —dice.

—No sé si me recuerda —dice él, pero mi…

—Me acuerdo de usted. —Mira la calle, el coche, a Tate en el asiento del copiloto—. ¿Qué le pasa?

—Un golpe de calor.

Ella se apoya en el marco de la puerta y se cruza de brazos.

—¿Qué hace aquí?

—He venido a decirle que siento mucho lo que le pasó a Ron.

Ella niega con la cabeza.

—No es cierto. Hace siete años, usted intentó detenerlo por asesinato. No se arrepiente, solo se siente culpable, y nada de eso lo traerá de vuelta.

—Lo sé, lo sé, tiene razón. Pero, de verdad, lo siento, y él era inocente. Ahora lo sé.

Ella despliega los brazos para golpearlo en el pecho.

—Yo lo sé ahora y lo sabía entonces —dice—, y me alegro de que usted también se haya enterado. Eso no cambia el hecho de que ahora esté muerto, ¿verdad?

—No.

Naomi se cruza de brazos otra vez.

—Entonces, ¿qué quiere de mí? ¿Solo ha venido a disculparse?

—¿Le ha dicho la policía que han encontrado al hombre que mató a la primera mujer de Ron?

—Sí, estuvieron aquí hace unas horas.

—Entonces, es verdad —dice.

Parece perpleja. Lo mira con el ceño fruncido.

—Claro que es verdad. No entiendo por qué ha venido, en vez de estar buscando a la persona que ha matado a mi marido. Usted es la razón por la que está muerto, ¿sabe?, usted y su estrechez de miras —dice. Ahora vuelve a señalarlo con el dedo, preparándose para atizarlo de nuevo—. Usted se centró en mi marido y, por eso, el loco ese que anda por ahí también se centró en él.

—¿Podemos entrar? Hay algo que necesito discutir con usted.

—No —dice ella—. No, no puede. Diga lo que quiera decir y lárguese, ¿vale?

—Está enfadada conmigo —le dice.

Ella le sonríe entonces. Aparta un poco la cara.

—Claro que estoy enfadada con usted.

—¿Me mataría si pudiera?

—¿Qué?

—¿Me mataría porque me considera culpable de lo que ha ocurrido? —Siente cómo le late el corazón, cómo se acerca el final. No ha

sentido nada así en los últimos días. Ni siquiera cuando los Collard lo encerraron en el psiquiátrico. Ahora mismo se siente vivo.

—¿Que si yo lo mataría?

—Sí —confirma él—. Es lo que acabo de preguntarle.

Ella da un paso atrás y estira la mano derecha para agarrar el borde de la puerta, dispuesta a cerrar de golpe.

—¿Qué demonios le pasa?

—Yo maté a su marido —dice él.

—Sé que lo hizo. Lo mató porque es un policía inútil. Y, sin duda, habría matado a otros si hubiera seguido en el cuerpo.

Sacude la cabeza.

—No me está entendiendo.

—No, lo entiendo muy bien. Usted pensó que…

—No —la interrumpe, y levanta la mano—. No lo entiende. Yo maté a su marido.

—Eso ha dicho.

—Hace dos noches, fui a verlo porque pensé que él había matado a Hailey.

Entonces ella deja de hablar. Lo mira y gira la cabeza hacia la izquierda, como si por el lado derecho pudiera verlo mejor. Suelta la puerta y se yergue.

—¿De qué habla?

—Fui a verlo porque él tenía que pagar por lo que había hecho. Me dijo que era inocente. No le creí. Yo tenía una pistola y le disparé en el vientre. Tardó cinco minutos en desangrarse en el suelo del garaje; no hice nada por ayudarlo.

—¿Esto es…? ¿Está de broma? ¿Esto es alguna clase de puta y… enfermiza… y retorcida broma?

—Lo hice con esta pistola —dice, y se la muestra.

Ella mira el arma. Luego, a él.

—¡Mató a mi marido!

—Sí.

La mujer grita y se abalanza sobre él. Hay una ráfaga de puñetazos. Lo golpea una y otra vez. Acierta, sobre todo, en la cara, aunque le da algunos golpes en el cuello y en el pecho; unos cuantos en un brazo. También le da un rodillazo en la ingle. Pero el golpe en el costado de la cabeza es el que más le duele. El dolor no es externo, sino que viene de algún lugar profundo en el interior, justo alrededor de la zona donde se esconde su nuevo mejor amigo, la bala que tiene su nombre. Durante unos instantes, puede ver estrellas, colores brillantes, fuegos artificiales… Puede verlo todo. Sostiene la pistola con las manos extendidas, se la ofrece. Ella le clava los dedos en los ojos y él siente que la piel se le desgarra. Entonces, la mujer se detiene, se desploma, cae de culo y se queda sentada en el camino que lleva a la puerta de su casa.

Él sigue sosteniendo la pistola. Las luces que solo ven sus ojos empiezan a desvanecerse, pero el dolor sordo permanece. Es como un dolor de muelas en medio del cráneo. Se agacha frente a ella.

—Está cargada —le dice, y las palabras proceden de otro lugar, quizá de un lugar tan lejano como Viejo Yo. Estos son Viejo Yo y Yo Evolucionado formando el equipo que hace lo correcto—. Todo lo

que usted tiene que hacer es decir que la he atacado. Peleamos. Saqué un arma y se disparó.

—¿De qué está hablando?

—Usted aparecerá en las noticias durante un tiempo. La gente pensará que es una heroína.

—¿Quiere que lo mate?

—Todo lo que tiene que hacer es insistir en que ha sido en defensa propia.

Ella sacude la cabeza. Las lágrimas corren por un lado de su cara y le cuelgan de la barbilla.

—Se equivoca. Está totalmente equivocado. Matarlo no me convertiría en una heroína. Ron era un héroe. Sobrevivió a lo que le usted le hizo pasar. Iba a trabajar todos los días y volvía a casa todos los días, y me quería, me quería más de lo que nadie me ha querido nunca. Eso convirtió a Ron en el héroe más grande del mundo y eso lo convierte a usted en la peor persona del mundo. Matarlo no me hará una heroína. Matarlo solo me hará tan mala como usted.

—No lo entiendo. Tome —dice, y extiende la mano para que ella pueda coger la pistola.

Ella mueve la cabeza de lado a lado.

—Usted ha metido la pata y, por lo mismo que juzgó a Ron, ahora se está juzgando a sí mismo, y tal vez yo debería respetarlo por eso; pero no, no lo respeto, porque lo odio demasiado. Al menos, no puedo llamarlo hipócrita, ¿eh? Pero ha venido aquí porque cree que me debe la oportunidad de matarlo. Cree que me hará sentir mejor, y estoy segura de que probablemente usted se sentirá mejor, pero ¿sabe qué? Jódase, detective. Lárguese de aquí y llévese esa pistola

consigo. Viva con lo que ha hecho. Aquí no hay redención para usted, no hay final. ¿Por qué no arrastra su lamentable culo hasta la comisaría y se entrega?

—Yo aún… —dice, sacudiendo la cabeza. Deja de moverla porque el mundo se balancea un poco, y casi puede sentir la bala dando pequeños saltos—. Todo el mundo quiere sus cinco minutos.

—No todo el mundo.

—Sí, todos.

—Pues vaya a ofréceselos a otro, porque esta «todo el mundo» que tiene delante quiere que la deje en paz para que pueda seguir llorando lo que usted le ha quitado. Una parte de mí espera que encuentre lo que está buscando. Una parte de mí espera que encuentre a ese alguien que le ponga la pistola en la cabeza, pero otra parte de mí quiere que viva eternamente y se arrepienta siempre de lo que ha hecho. ¿Lo quiero muerto? No. Quiero que se siente en una celda todos los días a sufrir por sus pecados. Diablos, si hay justicia en este mundo, aún podré verlo colgado. Ahora, largo de mi jardín.

Capítulo setenta y ocho

Deja a Naomi McDonald sentada en la entrada de la casa y se dirige de nuevo a su coche. Va cojeando ligeramente de la rodilla a los cojones, porque el mundo se ha inclinado un poquito. Es muy poco, algo apenas perceptible, pero es de algún modo diferente. La bala se ha movido. Está seguro.

—No tiene sentido —le dice a Tate, solo que ahora mismo hablar con Tate es como hablar con Warren—. En todos estos años, no se me ocurre una sola persona que no quisiera meterle una bala en el cerebro al hombre que mató a su cónyuge. Ni una sola persona.

«Es el modo de ser de las arañas», dice Tate, pero por supuesto Tate no ha dicho eso, no en realidad. Tate no hace otra cosa que permanecer desplomado contra la puerta, ahora con la cabeza inclinada hacia delante, y respirar el limpio aire de Christchurch en reemplazo de los vapores del alcohol.

—¿Y, ahora, a dónde vamos?

«Creo que lo sabes». Tate no dice eso, aunque lo diría si no estuviera contando arañas. Diría: «Que Naomi McDonald te haya dejado libre no significa que otros lo hagan».

Se lleva la mano al ojo y entre sus dedos brota una gota de sangre. Arranca el coche y empieza a conducir. Al cabo de diez minutos, está en el mismo barrio que el sábado por la tarde, pasando por las mismas calles. Algunas cosas son diferentes: la temperatura, el hecho de que Peter Crowley está muerto y que Tate venga dormido en el asiento del copiloto. Pero otras cosas son iguales: poco tráfico, la necesidad de hacer algo bueno. Llega a la casa de Peter Crowley y hay un par de coches más, probablemente de familiares afligidos.

Con suerte, no habrá policías. Encuentra una botella de agua en el asiento trasero y algunos analgésicos en la guantera. Hace que una cosa salude a la otra y se traga las pastillas, con la esperanza de que esta jaqueca, que siente como un dolor de muelas, se desvanezca.

Llama a la puerta y le responde Monica, la hija, vestida como vestiría la Muerte si la Muerte fuera una niña de quince años.

—Tú —dice.

—¿Está tu madre aquí?

Ella se lleva las manos a la nuca y se tira suavemente del pelo.

—Usted hizo que mataran a mi padre y ella no es mi madre.

—Lo sé. Lo siento.

Ella se acerca y le da una bofetada. Vuelven los colores, las luces brillantes y los fuegos artificiales. Son una advertencia de su nuevo mejor amigo, que le está diciendo «No dejes que te sigan pegando», porque eso es lo que dijo el médico.

—Ojalá pudiera matarlo —dice ella.

—Lo sé —responde él, pero no ha venido a imponer esa carga a la niña. Si la chica tuviera veinte años, tal vez, pero no con quince. Si tuviera veinte años, la dejaría pegarle una y otra vez hasta que la bala que lleva dentro hiciera su trabajo.

Otra mujer se acerca a la puerta. Su fotografía estaba en el periódico. Es la mujer de Peter Crowley. Charlotte. Ella le recuerda a su mujer: el mismo corte de pelo, la misma complexión, solo que más triste. Por supuesto que está más triste. Puede oír otras voces en el interior de la casa.

—¿Qué pasa? —pregunta Charlotte. Entonces ve a Schroder y exclama «Ah», como si, de repente, todo en el mundo tuviera sentido—. Es usted, ¿verdad?

—Sí. Me llamo Carl Schroder —dice.

—¿Qué quiere de nosotros, señor Schroder?

—Él mató a mi padre —dice Monica.

—Por favor, Monica —le pide Charlotte—, déjalo hablar.

—Vale —dice Monica—, pero voy a llamar a la policía.

—No —dice Schroder, y levanta la palma de la mano—. Todavía no, por favor. Solo necesito cinco minutos de su tiempo. Luego, podrán llamar a quien ustedes quieran, ¿vale?

—¿Cinco minutos? —pregunta Charlotte.

—Eso es todo.

—Dile que no —dice Monica—. Échalo a patadas.

—Por favor, Monica, escuchemos lo que tiene que decir. Entre —dice.

Monica se queja, pero solo durante unos segundos. Luego, los sigue al interior y a la cocina. Puede oír voces que vienen de otra parte de la casa; probablemente, del salón.

—¿Le traigo algo de beber? —pregunta Charlotte.

—Un poco de agua estaría bien, gracias. —Mira a Monica, que lo fulmina con los ojos, y luego vuelve a mirar a Charlotte—. ¿Podemos hablar a solas?

Charlotte se lo piensa unos instantes y luego asiente.

—Monica, ve a hablar con tus abuelos, ¿vale? Yo terminaré pronto.

—Yo no…

—Por favor, por favor, Monica. Por favor, haz esto por mí, ¿vale? Por favor, no me digas que no soy tu madre y que no tienes que hacer lo que yo te diga, porque ya lo sé, ¿vale? Lo sé porque ya lo has dicho cien veces hoy.

Monica no dice nada y sale de la cocina. Desde la puerta, vuelve a mirarlos.

—Pero voy a llamar a la policía.

—Monica…

—Está bien —dice Schroder—. Que llame. Habremos terminado para cuando lleguen.

Charlotte sirve agua y le entrega el vaso. Él saca la pistola con la que disparó a cuatro hombres en la cabeza y a uno en el vientre. Charlotte abre los ojos de asombro al verla, pero vuelve a la normalidad cuando él la deja sobre la encimera de la cocina y retrocede.

—¿Qué quiere? —pregunta ella.

—Quiero darle sus cinco minutos. Eso es lo que intentaba hacer con Peter. Intentaba ayudarlo, pero las cosas se descontrolaron.

Ella sacude un poco la cabeza, y entonces lo entiende; seguramente lo ha entendido, porque se queda quieta. Su cara cambia un poco. Charlotte ha captado el sentido, aunque sigue confundida.

—¿Quiere que lo mate?

—Sí.

Ella asiente. Mira la pistola y sigue asintiendo.

—Lo ha entendido todo mal —dice—. He tenido algunos días para pensarlo. ¿Ha oído ese dicho acerca de que hay gente que muere haciendo lo que le gustaba? Nunca lo entendí. Los corredores de coches se estrellan y la gente dice que han muerto haciendo lo que más les gustaba, pero yo siempre pensé que eso no tenía sentido, porque quizá les gustaba conducir, quizá les encantaba ir a toda velocidad por un circuito, pero no ha sido correr lo que los ha matado, sino estrellarse. ¿Y cómo puede gustarle a alguien estrellarse? O un escalador que cae hasta matarse. Le encantaba escalar rocas, pero no ha muerto escalando rocas: ha muerto tras una aterradora y larga caída. Ha muerto al estrellarse contra el suelo. No amaba las caídas.

»Pero ahora lo entiendo. Yo quería a mi marido, de verdad, solo que a él le faltaba una parte. No lo conocí antes de que perdiera a su mujer, así que no puedo decir exactamente qué era, pero no hacía falta ser una científica espacial para ver que esa parte suya había muerto junto con ella. Él hizo lo que pudo. Era un buen hombre y quería a su hija; y nos quería a mí y a su hijastro lo mejor que podía, y siempre iba a hacer lo correcto por nosotros.

»Pero yo no era Linda. Nadie era Linda. Lo que más le gustaba en este mundo era la idea de que les pasara algo malo a quienes le hicieron daño. —Sonríe y se seca algunas lágrimas de la cara—. Ha venido a decirme que usted provocó la muerte de mi marido, y ahora mismo me aferro a ese estúpido dicho, y sé que me aferraré a él durante años. Mi marido murió haciendo lo que quería hacer. Murió feliz, murió con usted, matando a los hombres que lo destrozaron.

»De todas las formas de dejar este mundo, creo que esa es tan buena como cualquier otra. Creo que Peter la habría aceptado. Peter dio su propia vida a cambio de la venganza, y con eso se aseguró de que esos hombres no pudieran arruinar ninguna otra vida, y yo lo

echaré de menos, y siempre lo querré, pero murió haciendo lo que quería hacer, y ¿quién no quiere morir así? ¿Quién? —pregunta ella, y el silencio cae a su alrededor.

Los segundos suman cinco, luego diez, y Schroder no sabe qué contestar. Se da cuenta de que los demás en la casa también guardan silencio. Están escuchando.

—¿Peter seguía vivo cuando usted mató a esos hombres? ¿Él lo supo?

—Sí. Sí estaba vivo, y lo supo.

Charlotte se cruza de brazos. Con una mano se sujeta el codo y, con la otra, la barbilla. Sus dedos empiezan a temblar, las lágrimas están cerca, y esto es obra de él. El dolor en esta casa, el espacio vacío que no se puede llenar, son por culpa suya.

—¿Estaba a su lado cuando murió?

—Sí, ahí estaba yo.

—Si ha venido porque cree que quiero venganza, se equivoca. Cree que haber provocado la muerte de mi marido me da derecho a los mismos cinco minutos que usted le concedió a él, pero las cosas no funcionan así. No para mí. No en esta casa. Coja su pistola y entiérrela, o entréguese a la policía, porque, si lo que quiere es hacer algo diferente por los demás, lo único que va a conseguir es que maten a más gente buena. Es usted tonto y arrogante, e hizo que mataran a Peter, pero Peter fue tonto y arrogante por seguirle la corriente. Estoy enfadada por lo que pasó, sí; pero lo perdono, Carl Schroder. Así que ahora quiero que se vaya y no vuelva nunca más. Quiero que se lleve consigo mi perdón por haber hecho que mataran a mi marido.

Capítulo setenta y nueve

—¿He estado malinterpretando al mundo? —le pregunta a Tate. Tate sigue durmiendo. Después de las largas horas del caso y una nueva inyección de alcohol tras un año de abstinencia, Tate podría dormir el resto del día—. Dos mensajes contradictorios de dos mujeres distintas, y ninguna de las dos quiere verme muerto. Esta última semana…, bueno, los últimos veinte años… No sé. No sé.

Recuerda todo lo relacionado con el caso de Kelly Summers. Incluso dónde vivía ella y dónde vivían sus padres. Ahora conduce hasta la casa de los padres. La última vez que fue allí, Kelly Summers acababa de salir del hospital. Schroder fue a informarlos de que habían cogido al hombre que le había hecho daño. Ella lo tenía bien identificado, por supuesto; era su vecino. Sin embargo, Dwight Smith no había vuelto a casa, había huido. Iba al norte. El problema con Nueva Zelanda —lo bueno, en este caso— es que el norte no te lleva muy lejos. El norte, el sur, el oeste y el este te llevan al océano en cuestión de horas. Para ir más lejos, necesitas un avión, un barco o un buen par de pulmones, pero Smith no tenía nada de eso. Después de vaciar sus cuentas bancarias, llegó hasta Nelson. Luego se peleó con un proxeneta por no haber podido pagarle a la prostituta con la que acababa de pasar quince minutos. Lo encontraron inconsciente, ingresado en el hospital, y entonces se ataron cabos.

La casa es una pequeña cabaña en medio de un gran jardín, con un seto de tres metros que la mantiene oculta de la calle. Detrás del seto hay mil rosas y docenas de lavandas y un montón de todo lo que crece fuerte y brillante, como si esta familia utilizara los colores para ahuyentar la oscuridad. Un camino de grava serpentea hasta la casa, donde hay cuatro coches aparcados. Uno de ellos tiene una

inscripción en un costado: pertenece a una funeraria. Hay un porche de madera. Schroder sube y, desde ahí, alcanza a ver el salón. Las sillas están llenas de gente. Ve que el padre de Kelly levanta la vista, se fija en él y lo mira extrañado, tratando de ubicar su cara. Entonces se levanta y se acerca a la puerta principal.

—Usted es el detective Schroder, ¿verdad? —pregunta. Roger Summers ronda los cincuenta, pero parece quince años mayor. Por supuesto que lo parece. Esto es lo que las personas como Dwight Smith hacen a las familias.

—Así es —dice Schroder.

—Me emociona que haya venido a ofrecernos sus condolencias —dice el padre—, pero no es el mejor momento. El funeral es el jueves. Todos le agradeceremos que venga.

—Necesito hablar con usted y con su mujer. Por favor, es importante.

—¿No puede esperar?

—No —dice Schroder—. De verdad que no. Se trata de Kelly. Por favor.

Roger Summers asiente.

—Hay una mesa al aire libre en la parte trasera de la casa. Dé la vuelta y nos vemos allí en un par de minutos.

Schroder baja del porche y rodea la casa. Ve más flores, árboles y arbustos, más lavanda visitada por docenas de abejas; luego, un gran jardín trasero con un pequeño estanque. Un gato negro está sentado junto al agua, observando los peces. Hay una larga mesa exterior en la que cabrían una docena de personas. Está hecha de madera, y está muy bien hecha. En una noche de verano, si la hija aún viviera, este sería un entorno precioso.

Se sienta frente al sol y se deja quemar la piel. Un día de estos, ese sol se apagará. La vida desaparecerá del planeta y todo esto habrá sido en vano.

Roger aparece entonces. Lleva una jarra de zumo. En el interior de la jarra, el hielo traquetea, la condensación corre por los costados del vidrio. La mujer —de repente, Schroder no recuerda el nombre— viene detrás, con tres vasos en las manos. Los dos dejan todo en la mesa. Schroder se levanta para que todos puedan darse la mano. Entonces, la mujer llena los tres vasos.

—Lamento lo de Kelly —dice Schroder.

—Lo sé —dice la mujer—. Todos lo lamentamos.

Se sientan. Él toma un sorbo del zumo. Es como poner hielo al dolor de muelas que tiene en la cabeza.

—¿Está bien? —pregunta la mujer.

—Sí —dice, y está bien, porque esto acabará pronto, de una forma u otra. Una podría ser con estas personas; la otra, con el hombre que está dormido en su coche.

—Me caía bien —dice.

—Le caía bien a todo el mundo —completa Roger.

—Fue uno de esos casos que siempre se me quedaron grabados. Por Kelly, las cosas han ido como han ido.

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunta la mujer.

—¿Qué tipo de cosas? —pregunta Roger.

Así que habla. Y habla. Y habla. La presión en su cabeza se está acumulando. Si pudiera seguir hablando…; si, al deshacerse de

todas esas palabras, pudiera hacer algo de espacio, el dolor de cabeza desaparecería. Vuelve al principio. Dice:

—Siempre quise ser policía y, a principios de este año, me arrebataron eso. —Les habla de la decisión que se vio obligado a tomar, de la mujer a la que tuvo que matar, de qué clase de mujer era—. Le disparé a sangre fría. Si no lo hubiera hecho, la niña, la pequeña, habría muerto. Tuve que elegir entre una vida y otra. —Les cuenta cómo ese suceso lo llevó a perder su trabajo, cómo encubrieron el crimen. Les habla de su trabajo para Jonas Jones, el vidente—. Es un baboso hijo de puta. Es tan vidente como un hombre del tiempo. —Luego, les habla de la caza de Joe Middleton, una caza que terminó con Schroder recibiendo un disparo en la cabeza—. Cuando salí del coma, estaba perdido. Ya no era quien solía ser, y ya no me importaba.

Luego, les habla del referéndum. La conversación. El «por qué debería». Les cuenta cómo se enteró de que Dwight Smith había quedado libre. Les cuenta lo mucho que le enfadaba que la gente saliera de la cárcel y tuviera segundas oportunidades.

—¿Dónde está mi segunda oportunidad? ¿Dónde?

Mientras les cuenta esto, ellos dan sorbos a sus bebidas. Schroder puede ver que estas personas se preguntan a dónde quiere llegar, pero estas personas también se dan cuenta de que él se está usando esto como una descarga, de que lleva un gran peso encima, así que van a dejarlo terminar. Son buenas personas, y eso podría muy bien actuar en su contra. Mientras habla, el cielo —nada más que azul durante los últimos días— se ha ido acompañando de algunas nubes en el horizonte. Nubes negras. Se están acumulando.

Les cuenta que quería matar a Dwight Smith. Relata cómo lo siguió desde la gasolinera. La irrupción en la casa de Kelly. Kelly deseando sus cinco minutos.

—Los dos sabíamos —dice la mujer —que nuestra hija no podía haberlo hecho sola. Era demasiado.

—¿Lo mató? ¿Al menos hizo eso? —pregunta Roger.

—¿Qué quiere oír usted? —dice Schroder—. ¿Que lo hizo?

—Sí —dice—. Quiero saber que se vengó de ese hijo de la gran puta.

—No —dice la mujer—. La idea de que Kelly pudiera matar a alguien… No, eso no me gusta nada.

—El tío se merecía lo que le pasó —dice Roger.

—Lo sé —dice la mujer—. Pero Kelly… ¿ella lo mató?

—Sí.

—Déjeme preguntarle algo, detective —dice ella—. ¿En qué clase de mundo vivimos cuando una joven como Kelly tiene que matar a un hombre?

—En mi mundo —dice Schroder—. Siento no haber podido hacer algo por ella.

—¿Lo siente? —pregunta la mujer—. ¿Cómo?

—Está muerta por mi culpa.

—No lo entiendo —dice la mujer.

Así que Schroder se lo cuenta. Si hubiera llamado a la policía, Kelly quizá seguiría viva. No habría habido necesidad de esconder un cadáver. La policía se habría involucrado. La gente lo habría sabido todo.

Los padres guardan silencio, piensan en eso, beben el zumo a sorbos, y él puede oír las abejas que vuelan alrededor de la lavanda,

puede sentir las gotas de sudor que escurren por sus axilas, por un costado de su cuerpo. Y puede sentir la bala dentro de su cabeza, palpitando por los golpes recibidos, expandiéndose con el calor, contrayéndose con el zumo frío. La bala se prepara para hacer algo.

—¿Lo que ella quería era llamar a la policía? —pregunta Roger.

—No —dice—, pero eso no importa. Su hija murió por lo que yo hice. Ustedes tienen el derecho a descargar su ira conmigo.

Roger sacude la cabeza.

—No estamos enfadados con usted —dice.

—Si no hubiera sido por usted —dice la mujer—, Kelly habría muerto en el suelo del baño. Usted no mató a nuestra hija. Kelly no se suicidó. Dwight Smith la asesinó hace cinco años.

—Esto no nos la devuelve, pero es un cierre. Es mejor que ella lo hubiera matado a que él la lastimara de nuevo. Mucho mejor.

—Yo…

Roger levanta la mano para detenerlo.

—Esto le duele —le dice—. Cualquier tonto podría verlo. Se está culpando por lo que pasó, pero, tal y como yo lo veo, el mundo necesita más gente como usted. Necesita gente que se sienta mal por la injusticia, necesita gente que se posicione.

Schroder sacude la cabeza, pero se arrepiente al instante. Ahora va a tener que reducir al mínimo los movimientos de cabeza hasta que la bala se asiente de nuevo.

—Lo que he estado haciendo es un error. Un gran error, y su hija está muerta. Alguien tiene que pagar por ello.

—Y alguien ha pagado por ello —dice la mujer.

—Yo también tengo que pagar.

Se vuelven a quedar callados. Roger se termina el zumo, coge la jarra y vuelve a dejarla sin servirse más.

—Me parece que lo que usted quiere es que alguien lo castigue. Se siente mal. ¿Y cuál cree que es la solución?

—La solución es que usted tenga conmigo los mismos cinco minutos que Kelly tuvo con Dwight Smith.

—¿Eso piensa de verdad? —pregunta Roger—. ¿Que lo culpamos? ¿Que queremos hacerle daño? ¿Que queremos matarlo?

—Deberían.

—No, no deberíamos —dice la mujer—. Estamos en deuda con usted. Sí, nuestra hija ha muerto, y sí, ahora mismo somos capaces de funcionar. Sin embargo, dentro de unos días no podremos. Tendrán que llevarnos en brazos al funeral, porque no podremos andar; pero a usted no lo culpamos, detective. En absoluto. Si ha venido a buscar culpabilidades, está en el lugar equivocado.

—Usted salvó a nuestra hija —dice Roger—. Después, ella se fue de este mundo, y nunca nos recuperaremos de eso, pero sabemos que se fue por su propia voluntad. No podemos odiarlo por eso, y seguro que tampoco podemos castigarlo. Usted le evitó a nuestra hija la que habría sido la última noche de su vida, la peor noche de su vida, y le dio algo que ella quería…: hacer pagar a ese hijo de puta. Le dio a nuestra hija un regalo que ojalá hubiera podido darle yo. Si yo hubiera sido un hombre mejor, uno más fuerte, habría tenido cojones para hacer lo que usted hizo. De haber sabido que el tipo estaba fuera de la cárcel, yo tampoco habría hecho nada. Así que no, no lo culpamos, detective. ¿Cómo podría culparlo por haber hecho mi trabajo? En todo caso, lo envidio. Para mí, usted es un héroe. Para mí, lo que esta ciudad necesita es mucha más gente como usted.

Capítulo ochenta

Otra vez estoy en el museo de arte, con el teléfono grande que tiene los telefonillos pegados, los telefonillos que forman un teclado, y, de repente, empiezan a sonar. Intento alcanzarlos, pero mis brazos no se mueven. De hecho, nada se mueve en mí. Si bien los bordes de la habitación están oscuros, en el centro hay luz, demasiada luz. Quiero apartar la vista, pero no puedo, porque mi cabeza no se mueve, mis ojos no se mueven. Tengo el mismo dolor de cabeza que solía tener cuando me veía en la necesidad de darme una tregua de alcohol de algunas horas.

En este instante, recuerdo que eso era lo que estaba haciendo antes de entrar en el museo de arte.

De alguna manera, tengo uno de los teléfonos pegado a la oreja. Es Rebecca. Me ha encontrado en mi sueño.

—¿Tate? ¿Dónde estás?

Le cuento lo del dolor de cabeza y las palabras cogen forma, pero no llegan a salir. Se me mueren en la garganta, me las trago. La gran obra de arte moderno ha desaparecido. La han reemplazado un parabrisas y, más allá, una calle. Hay algunos coches aparcados, casas y un montón de farolas y árboles. Puedo saborear el whisky. El cielo está más oscuro que la última vez que lo vi. Desde las montañas del oeste vienen nubes. El coche está aparcado en la calle, a un lado de un seto.

—¿Theo? ¿Estás ahí?

Tengo el teléfono pegado a la oreja.

—¿Rebecca?

—Ha habido dos llamadas telefónicas en los últimos treinta minutos —dice Rebecca—. Una de Naomi McDonald y otra de Monica Crowley. Schroder ha ido a verlas. La policía lo sabe, Theo. Saben a quién buscan. Han comprobado las huellas y todo está confirmado. Ahora mismo estamos de camino a la casa de Schroder. ¿Dónde estás?

—Estoy en un coche —le digo.

—¿Dónde?

—Me duele la cabeza.

—Tate…

—Otra vez estaba soñando con arte moderno —le digo.

—¿Estás borracho?

—Tal vez. ¿Por qué llamas…? Espera un segundo… —le pido, y la puerta del coche se abre—. Hey, Schroder está aquí. ¡Eh, Schroder! ¿Cómo estás, coño? ¿Vamos a un bar?

Schroder se acerca y me quita el teléfono. Lo apaga y lo arroja al asiento trasero.

—Oye, ¿qué coño haces? —le pregunto.

—Tenemos trabajo.

Le digo que me deje en paz, pero las palabras se pierden en el mar. Se ahogan en el dolor de cabeza inducido por el whisky. Me siento como hace unos meses, justo antes de entrar en coma. Ese día, el dolor de cabeza se hizo cada vez más fuerte hasta que desapareció, llevándose el mundo por delante. ¿Encarcelarían a un paciente en

coma? Y si así fuera, ¿contarían los años? ¿Ahorcarían a un hombre en coma?

—¿Lo harían? —pregunto, y por fin brotan algunas palabras.

—¿Que si harían qué? —pregunta Schroder.

—¿Colgar a un paciente en coma?

—Estás borracho.

—¿A dónde vamos? —pregunto, porque la calle, los coches aparcados, las farolas y los árboles se mueven. Los estamos adelantando.

—He hecho lo que me has dicho que hiciera —dice.

Aprieto los ojos y veo algunos colores flotando alrededor. Tengo sed.

—Necesito agua —le digo. Un instante después, aparece una botella en mi regazo. Ni siquiera me pregunto de dónde ha salido. Si lo hiciera, podría desaparecer como si fuera parte de mi sueño. Bebo la mitad; luego, la otra mitad. Me siento un poco mejor—. ¿Tienes analgésicos? —le pregunto, y el universo también me los pone en las manos. Como se ha acabado el agua, me los trago en seco, no queda otra. Entonces Schroder también se toma un par de analgésicos, los mastica, y supongo que también tiene resaca.

Me adormezco mientras conducimos. Estamos en las afueras de la ciudad. Atravesamos barrios y nos dirigimos hacia el norte. El sol, grande y cruel, pega de lleno en el coche. Estoy sudando. Noto cómo el whisky se filtra por mis poros. Los analgésicos empiezan a hacer efecto.

—La policía lo sabe —le digo, ya un poco más despierto—. Me ha llamado Rebecca. Ha dicho… —Realmente tengo que pensar en ello. ¿Qué ha dicho?—. Ha dicho que Naomi McDonald y Charlotte

Crowley han… No, no ha sido Charlotte, ha sido Monica. Ha dicho que Naomi y Monica han llamado a la policía. Ha dicho que habías ido a verlas.

—Les he dado sus cinco minutos —me dice, mientras se frota un lado de la cabeza.

—¿Qué?

Así que me cuenta más. Primero, la mujer de Ron McDonald; después, la mujer de Peter Crowley; luego, los padres de Kelly Summers. Me lo cuenta todo. Las conversaciones. Y, mientras habla, seguimos avanzando, y, mientras avanzamos, voy despertando un poco más. Nos dirigimos al norte. Fuera de la ciudad. Hace más calor, porque estamos más cerca del sol. Pero entonces el calor abandona al sol. Las nubes llegan y ocultan la luz. Los árboles que bordean los prados comienzan a balancearse.

—He ido con todos y ninguno estaba lo suficientemente enfadado por lo que yo había hecho —me dice.

—¿Vamos a la policía ahora mismo? —le pregunto.

—¿Te parece que vamos a la policía?

Miro a izquierda, derecha y al frente.

—No.

—Cuando mataste a Quentin James, ¿qué sentiste?

Pienso en ese momento y en todos los que siguieron.

—No sentí nada.

—¿Sentiste dolor?

—¿Dolor? No. No me dolió.

Su boca se curva hacia abajo y empieza a asentir.

—Sí, eso es lo que me imaginaba. No me dolió cuando dejé que mataran a Dwight Smith, no me dolió matar a esos gilipollas en Grover Hills. No me sentí mal, aunque tampoco me sentí bien. No sentí nada. Es la bala —dice, y se da golpecitos en un lado de la cabeza, tal como lo hacía Tom, el de Neumáticos Tim, que se daba golpecitos en la cabeza mientras decía que era capaz de describir al calvo—. La bala apagó algo dentro de mí.

—Lo sé.

—Entonces, Peter Crowley murió, ¿sabes? Murió y, en ese momento, todo lo que se había apagado… Bueno, algo de eso empezó a volver. Sé que hice que lo mataran, pero yo no lo maté, y hay una diferencia bastante grande entre una y otra cosa. Me siento mal, pero no pesaroso. ¿Tiene sentido? —pregunta, y ahora puedo verlo llorar. Este hombre que no siente nada tiene lágrimas rodando por sus mejillas.

—Tiene sentido —le digo, y el dolor de cabeza está a punto de desaparecer. Vuelvo a sentir la boca seca—. ¿Tienes otra botella de agua?

—Esa era la única.

Conducimos durante otro minuto. Se pasa las manos por la cara, borrándose las lágrimas. Unas gotas de lluvia golpean el parabrisas.

—Matar a Ron McDonald —dice, y sigue limpiándose la cara, pero las lágrimas no dejan de brotar— me sentó bien. Ah, demonios, Tate, le pegué un tiro en el estómago y se desangró, y, por primera vez, no sentí nada. Por primera vez, me sentí genial. Me sentí feliz. Quería matar a más gente. La ciudad está llena de gilipollas que merecen que les peguen un tiro.

—Por muy defectuoso que sea el sistema judicial, Carl, tu camino no es mejor. No andas por ahí como Batman, limpiando la ciudad. Has estado poniendo gente inocente en peligro, y esa gente inocente ha muerto.

—Ya lo sé, maldita sea —dice, y da un puñetazo al volante. Enseguida, su cara se tensa de dolor, aunque no sé por qué. Luego, levanta la mano y se masajea un poco la sien. Le duele la cabeza. Quizá por la resaca, aunque no creo que haya bebido mucho.

—Sí, ahora ya lo sabes —le digo.

—Tienes razón. Me sentí bien por haberle disparado a ese tipo en el vientre. Lloró mientras moría, Tate, lloró y me dijo que era inocente, y eso hizo que todo fuera mejor. Luego… luego, cuando llamaste… —dice, y las lágrimas lo abruman. Tiene que detenerse. Estamos al norte de la ciudad, no muy lejos del desvío que nos llevaría al lugar donde Quentin James estaba enterrado.

—No pasa nada —le digo.

—No está bien —dice—. Nunca estará bien. He matado a un hombre inocente, Theo. No fue como lo de antes, lo de esa mujer. Ahí no tuvimos alternativa y, de todos modos, ella era un monstruo, pero ese tipo… Esto… Ay, demonios, todo se ha ido a la mierda. He pasado de no sentir nada a sentirlo todo, y quiero que se acabe, Tate. Quiero que se acabe.

Vuelve a poner el coche en marcha. Seguimos avanzando. Y sigue lloviendo. Ahora más fuerte. Schroder pone el limpiaparabrisas.

—¿A dónde vamos?

—Ya lo verás —me dice.

—Demos la vuelta —le digo—. Entrégate.

—¿Eso harías tú? —pregunta.

—Sí.

—¿En serio? ¿Te entregarás por haber matado a Quentin James?

—Sí.

—¿Aunque no veas crecer a tu hijo?

—Sí.

—No, no te creo —dice, y toma el desvío hacia el bosque que tan importante papel ha tenido en los últimos días. Esto solo puede significar que vamos hacia donde yo pensaba que podríamos ir. No sé por qué, pero no parece haber una buena razón. Por eso le acabo de mentir al decir que me entregaría. Algo anda mal.

—Maté a un hombre inocente —dice—. Tú mataste al hombre que mató a tu hija. Naomi me dijo que era un héroe. Eso es lo que eres, Theo. Has matado a gente, y sé que Quentin James no ha sido el único, pero…

—No ha habido nadie más —digo—, excepto en defensa propia.

—Eso no es cierto, y no importa, porque, para mí, eres un héroe. ¿Realmente te entregarías? —me pregunta. Antes de que le pueda dar una respuesta, continúa—: Si te enseñara dónde está Quentin James y te prometiera que no le diré nada a nadie, ¿te entregarías?

—Sí.

—Vamos, Tate, sé honorable conmigo. No te queda otra que ser honorable.

—Entonces, no —le digo—. Mató a mi hija. Si yo pudiera elegir, no lo dejaría impedirme criar a otra.

—Casi hemos llegado —dice, y el viaje continúa. Las casas van desapareciendo y las granjas se extienden hectáreas y hectáreas. Luego son árboles y bosques, y entonces nos detenemos justo en el mismo lugar en el que me detuve con Bridget el sábado, el mismo lugar en el que me detuve el día que traje a Quentin James para hacerlo pagar por lo que hizo. Schroder sale del coche y yo hago lo mismo. El viento nos empuja y la lluvia nos abofetea. Es como si el tiempo no quisiera que estuviéramos aquí. El mundo gira un poco, mas no como antes. Me emborracho rápidamente, porque hacía más de un año que no bebía alcohol, pero la borrachera también se me pasa con rapidez.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunto.

—Antes, éramos muy parecidos —dice—. Luego, tú te fuiste por un lado y yo, por otro, pero hemos estado en los mismos sitios y hemos visto las mismas cosas: lugares y cosas oscuros. Demonios, incluso estuvimos en coma al mismo tiempo —dice. Se pasa la mano por la calva y se seca la lluvia—. La cosa es, Theo, que siempre seremos los mismos: tú y yo. Tenemos las mismas creencias. Libramos la misma lucha. Hemos hecho las mismas cosas y tú has estado en mis zapatos y yo, en los tuyos.

—¿Y?

—Y por eso estamos aquí —dice. Ahora tiene que subir la voz—. Somos lo mismo. La prueba del móvil fue una tontería sin sentido, pero fue una prueba, y la superaste. Significaba que estabas de mi lado. Preguntarte por Quentin James también fue una prueba, pero fallaste ahí.

—¿De qué estás hablando?

Saca la pistola del bolsillo.

—No estás preparado para asumir la responsabilidad de tus actos, Theo. No como yo. Les ofrecí a estas personas sus cinco minutos.

No los quisieron, pero eso no significa que no puedan tenerlos. He hecho cosas en nombre de la gente y haré esto por ellos también. Se merecen verme muerto.

—¿Qué vas a hacer? ¿Pegarte un tiro?

—¿Por qué no? ¿Cuál es mi futuro aquí? ¿Ser detenido? ¿Que me paseen por los tribunales y me conviertan en un ejemplo? ¿Incluso pasar a ser el primer hombre ejecutado en virtud de la nueva ley? No quiero eso ni para mí ni para mi familia. Ya les he hecho bastante daño, y les he hecho daño a demasiados otros.

—Carl…

—Y tú —dice—. No te veo ofreciéndote a la gente a la que has hecho daño. Podría jurar que no lo harías.

—¿A dónde demonios quieres llegar? —le digo. No dejo de mirar la pistola que apunta al suelo. Me pregunto a dónde apuntará ahora. O a quién. Pero ya lo sé. Si en el coche me sentía preocupado, ahora es peor. Ahora, tengo miedo.

—Somos la misma persona, Theo. La misma persona. Maté a un hombre inocente el lunes. ¿Cuándo matarás a uno? ¿El próximo lunes? ¿El año que viene? Al próximo malo que persigas, al próximo asesino en serie, ¿lo matarás? Por supuesto que sí. ¿Y si el próximo no es el que debería? Eso va a ocurrir, colega, igual que me ocurrió a mí, y no puedo permitirlo.

—Volvamos a la comisaría y contémoslo todo.

—No —dice—. Sigo creyendo en lo que he estado haciendo. Cometí algunos errores en el camino, pero todavía creo en…, en esta…, en esta misión. Y tú y yo, amigo, hemos llegado a la meta: estos bosques, justo aquí, no iremos más lejos.

—¿Iremos?

Me apunta con la pistola, como sabía que haría. Debería haber echado a correr en cuanto he salido del coche.

—Aquí es donde todo empezó para ti y aquí es donde todo va a terminar —dice—. Simetría. ¿Dijiste antes que le querías ver la cara al karma? Pues ha llegado la hora. Venga —dice, y apunta el arma hacia los árboles para mostrarme por dónde debo empezar a caminar—. Déjame enseñarte dónde enterré a Quentin James y acabemos con esto.

Capítulo ochenta y uno

Caminamos por el bosque. La lluvia martillea los árboles. Suena como una cascada. Se enreda en las hojas y las ramas. Las gotas se juntan y forman gotas más grandes que empapan mi ropa y ruedan por el dorso de mi camisa. Sigo moviéndome, porque no moverse significa recibir un disparo. No moverse es decir adiós al mundo, mientras que seguir caminando significa que hay alguna oportunidad. Cuanto más tiempo pueda seguir vivo, más posibilidades habrá. Quizá llegue la policía. Quizá haya gente cerca haciendo ciclismo de montaña. Schroder podría caer en una trampa para osos.

—Carl, vamos, no hagas esto —le digo—. Por favor, no lo hagas.

—Sigue caminando, Theo.

Y sigo caminando, pero, al mismo tiempo, sigo hablando. Hablo por hablar y camino por hablar. Me dirijo hacia la tumba vacía de Quentin James porque es el único punto de referencia que conozco, y Schroder no dice nada para corregirme. Sigo buscando ramas que sujetar para lanzárselas, y hay algunas, pero él se mantiene a la distancia. Se lo espera. El día es cada vez más frío. La temperatura ha bajado cinco grados desde que empezamos nuestro paseo. Las nubes son más oscuras y…

Los relámpagos destellan y se bifurcan sobre mi cabeza, cortan el cielo y desaparecen. Unos instantes después, siguen los retumbantes truenos, que suenan como el vientre vacío de un gigante. Hago una pausa para mirar al cielo y Schroder me dice que siga caminando. Hay más relámpagos y más truenos, un destello tan brillante que casi me ciega, un estruendo tan fuerte que lo siento atravesar el suelo. Aquí se acaba el mundo. La lluvia, que no quiere

ser superada por los relámpagos, redobla sus esfuerzos. El suelo alrededor de los árboles se llena de agua. Aun así, caminamos, caminamos y caminamos, y entonces llegamos a la tumba de Quentin James, un lugar que hace tres años no pensé que necesitaría volver a ver y del cual ahora nadie puede mantenerme alejado. La tumba está vacía, las paredes se están convirtiendo en barro y se deslizan hacia dentro. En el fondo se acumula agua sucia.

—¿Dónde está? —Me vuelvo hacia Schroder—. ¿Dónde lo has puesto?

—Revisa tus bolsillos —dice.

Así que reviso mis bolsillos. Dentro de uno de ellos encuentro una nota. Es de Schroder. Dice: «Q. J. está a veinte metros de donde lo dejaste, al norte».

—¿En serio? —pregunto.

—De verdad. Ahora date la vuelta y arrodíllate —dice.

—No.

—En serio, Theo, hazlo. Arrodíllate y podremos hablar; o bien, puedo dispararte ahora mismo y acabar con todo esto. Elige lo que creas que es mejor para ti.

—Éramos amigos —le digo.

—Y ahora somos asesinos, los dos. Date la vuelta y arrodíllate. No te lo volveré a pedir.

Giro para quedar de frente a la tumba. Me arrodillo. La tierra me empapa los pantalones. Mis rodillas de viejo se quejan, pero pronto estarán en paz.

—Lo único que importa es que el mundo esté equilibrado. La simetría —dice, y ahora tiene que hablar más alto para hacerse oír por encima de la tormenta—. Aquí es donde lo mataste. Lo lógico es que aquí se haga justicia.

—Pensé que hacías justicia para la gente que aún no he matado. —No contesta—. Y, si no los he matado, entonces no hay justicia en absoluto, ¿verdad?

—¿Cuál es el mayor problema para un policía? —pregunta.

—¿Recibir un disparo en acto de servicio?

—El mayor problema es que somos reactivos, Theo, no proactivos. Si pudieras detener a la gente antes del delito, lo harías, ¿no? Solo que es imposible. Excepto ahora mismo. Ahora mismo es posible, porque sé que vas a volver a matar.

—No voy a hacerlo —le digo—. Joder, aunque me hayas dicho dónde está Quentin James, aunque pueda salir airoso de todo esto, renunciaré a ser policía. Esta no es la vida que quiero; no ahora, no con un bebé en camino. Por favor, Carl, no lo hagas. Por favor, no lo hagas.

No contesta. Puedo sentirlo ahí atrás. Puedo sentir el arma apuntándome. Puedo sentirlo tomando una decisión.

—Vamos, Carl, por favor, no hagas esto —le digo—. Tengo la oportunidad de hacer las cosas bien —añado, y me acuerdo de Quentin James aquí mismo, diciéndome que lo haría mejor. Esto es el mundo en busca de equilibrio. Estamos a un disparo de la simetría —. Bridget está embarazada. Piensa en ella. Piensa en lo que le vas a hacer. Ella no puede pasar por esto. —No contesta. El viento aúlla entre los árboles. Más relámpagos y más truenos—. ¡Maldita sea, Carl, no lo hagas!

Como no responde, empiezo a darme la vuelta. Si va a disparar, que lo haga mirándome a los ojos. Podría dispararme mientras…

Schroder está tumbado en el suelo, de lado. Tiene los ojos muy abiertos, pero no me miran a mí. No miran nada. Aún tiene la pistola en la mano, pero el cañón apunta al suelo. Su muñeca está doblada hacia dentro y el otro brazo lo tiene metido bajo el cuerpo. De su boca abierta asoma la punta de la lengua.

—¿Carl?

Carl no responde. Me acerco a él, cojo la pistola y compruebo si tiene pulso. No hay pulso. Compruebo dos veces más, una en el cuello y otra en la muñeca.

Carl Schroder está muerto.

Finalmente, la bala que tiene dentro de la cabeza ha seguido su camino.

Capítulo ochenta y dos

Y así, sin más, deja de llover. Es como si se hubiera cerrado un grifo gigante. Se oye otro gran trueno, pero está lejos, en algún lugar del mar, y no he visto el relámpago al que persigue. La lluvia sigue cayendo de las ramas.

Me siento y apoyo la espalda en un árbol. Ya no estoy borracho, ni remotamente. Pienso en mi futuro. Después de haber pensado bien, vuelvo al coche, con los pies empapados y llenos de barro. Mientras camino, voy pensando un poco más. Mi teléfono está en el asiento trasero. Lo cojo, lo enciendo y me siento en el capó del coche mientras el cielo se despeja y vuelve a surgir el sol. Empieza a salir vapor del asfalto.

Llamo a Kent.

—Madre mía, Tate, ¿dónde diablos estás?

—He ido a ver a Schroder —le digo.

—Sí, ya lo sé. Ya lo sabemos. ¿Dónde demonios estás?

—Fui a detenerlo y me apuntó con una pistola.

—¿Qué?

—Esto parece una locura —es lo que dice cualquiera cuando está a punto de mentir como un bellaco—, pero me obligó a beber. Sabía de mi problema y, bueno, me obligó a beber, y entonces me desmayé.

—¿Te obligó?

—Sí. A punta de pistola.

Le hablo de los viajes en coche, de los que ella ya está enterada. Luego, le cuento el viaje hasta donde estoy y le doy indicaciones.

—¿Y Schroder? ¿Dónde está ahora?

—Aquí —le digo—. Está muerto.

Entonces cuelgo, porque no quiero seguir hablando. Treinta minutos después, oigo sirenas. Se acercan, luego se apagan, después aparecen los coches.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —pregunta Stevens, y parece enfadado, más enfadado de lo que nunca lo he visto.

Se lo explico palabra por palabra. Le digo que he ido a hacer un arresto. Le hablo de la bebida, del viaje al bosque. Schroder cayendo muerto mientras yo estaba arrodillado delante de una tumba.

—¿La tumba de quién? —pregunta.

—No sé si la había cavado para mí o para otra persona. Además…, ya lo había hecho antes —le digo.

—¿Qué?

—Schroder. Dwight Smith no fue el primero. Dijo que el primero había sido Quentin James.

—¿James? ¿El hombre que atropelló a tu hija?

—El mismo. Carl dijo que se hizo cargo de él por mí. Dijo que lo hizo porque éramos amigos y compañeros, porque creía que yo habría hecho lo mismo por él.

—¿Dijo dónde está el cuerpo?

—Por aquí, en alguna parte.

Mira a Rebecca. Otros agentes salen de sus coches, pero esperan a que yo les indique el camino.

—¿Podemos tener un poco de privacidad aquí? —pregunta Stevens.

Los demás se alejan y nos dejan solos.

—Esto no tiene buena pinta para ti, Tate.

—¿En qué sentido?

—Le avisaste. Sabías que alguien lo estaba ayudando. Tenemos registros telefónicos que muestran que hablabas con él todo el tiempo, incluso la noche que Ron McDonald fue asesinado. Hay quien piensa que fuiste tú quien lo ayudó.

—Eso es mentira —le digo—. Iba a meterme un tiro en la cabeza.

—Solo tenemos tu palabra.

—¿Qué? Vamos, ¿por qué diablos estaríamos aquí si no? Era un hombre cambiado. Cuando fui a arrestarlo, realmente creía que nadie más que yo sabía lo que él había hecho. Pensó que, si me mataba, podía ocultar la verdad.

—¿Esa es tu historia?

—Así sucedió, sí. Los forenses me respaldarán.

—Escucha, Tate, voy a tener que suspenderte, ¿de acuerdo? Si hay algún indicio de que…

—Está bien —le digo—. Ya no quiero seguir haciendo esto. Este mundo… es todo equilibrio. He hecho lo que he podido por esta ciudad. Ahora, tengo que hacer lo que pueda por mi familia. Renuncio —le digo.

Asiente con la cabeza. Parece que se lo esperaba.

—¿Estás seguro?

—Totalmente.

—Seguiremos investigándote, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —le digo.

—Muéstranos dónde está —me dice, y entonces los conduzco de vuelta al bosque, de vuelta a Schroder. Los llevo a que vean, exactamente, qué cara tiene el karma.

Agradecimientos

Es raro…, espantosamente raro que este sea el libro número ocho. Da miedo ver que los años pasan volando y que, por fin, he alcanzado en edad a Tate. Él era casi diez años mayor que yo cuando se me ocurrió la idea de su primera novela. Ahora, los dos nos despedimos de la treintena. Puede que lo haga nonagenario en el próximo libro solo para sentirme más joven. Puede que lo ponga calvo a los cuarenta y uno también para sentirme mejor con eso. No es difícil adivinar de dónde he sacado la idea de sus rodillas de anciano.

Esta novela ha sido escrita en distintas partes del mundo: la primera mitad, en Nueva Zelanda y la segunda, en Inglaterra. Luego, el verano siguiente, volví a Nueva Zelanda para editarla. Me gusta el verano. Intento evitar el invierno siempre que puedo. He evitado un montón de ellos en los últimos seis o siete años. Escribí algunas partes de esta novela en habitaciones de hotel de Estados Unidos, Francia y Alemania. Mi mente nunca se apartaba de lo que hacían Tate y Schroder.

Al igual que los siete libros anteriores, Cinco minutos a solas ha mejorado gracias al maravilloso equipo de Atria. Mi editora, Sarah Branham, es increíble, y cada año quedo muy agradecido de saber que estoy en buenas manos, que sus comentarios siempre me guiarán por el camino correcto. Al resto del equipo —Judith Curr, Mellony Torres, Janice Fryer, Lisa Keim, Emily Bestler, Isolde Sauer y todos los demás—, muchas gracias por darnos un hogar a mí y a mis libros.

Hasta el otro lado del Atlántico, me gustaría darle las gracias una vez más a Jane Gregory, de Gregory and Company. Sin Jane, estaría

perdido. También a Stephanie Glencross, la correctora de Jane, quien además es, en mi opinión, la mejor correctora del Reino Unido. Y a Claire Morris, que lleva los libros a otras partes del mundo; a veces, a lugares de los que nunca he oído hablar.

Por supuesto, también quiero daros las gracias a vosotros, lectores. A lo largo de los años, he recibido correos electrónicos y mensajes realmente increíbles de muchos de vosotros. Viajar y conocer gente en festivales y firmas de libros es lo mejor de ser escritor. Lo he dicho antes y lo diré de nuevo: vosotros sois la razón por la que me gusta hacer que ocurran cosas malas.

Paul Cleave

Christchurch, junio de 2